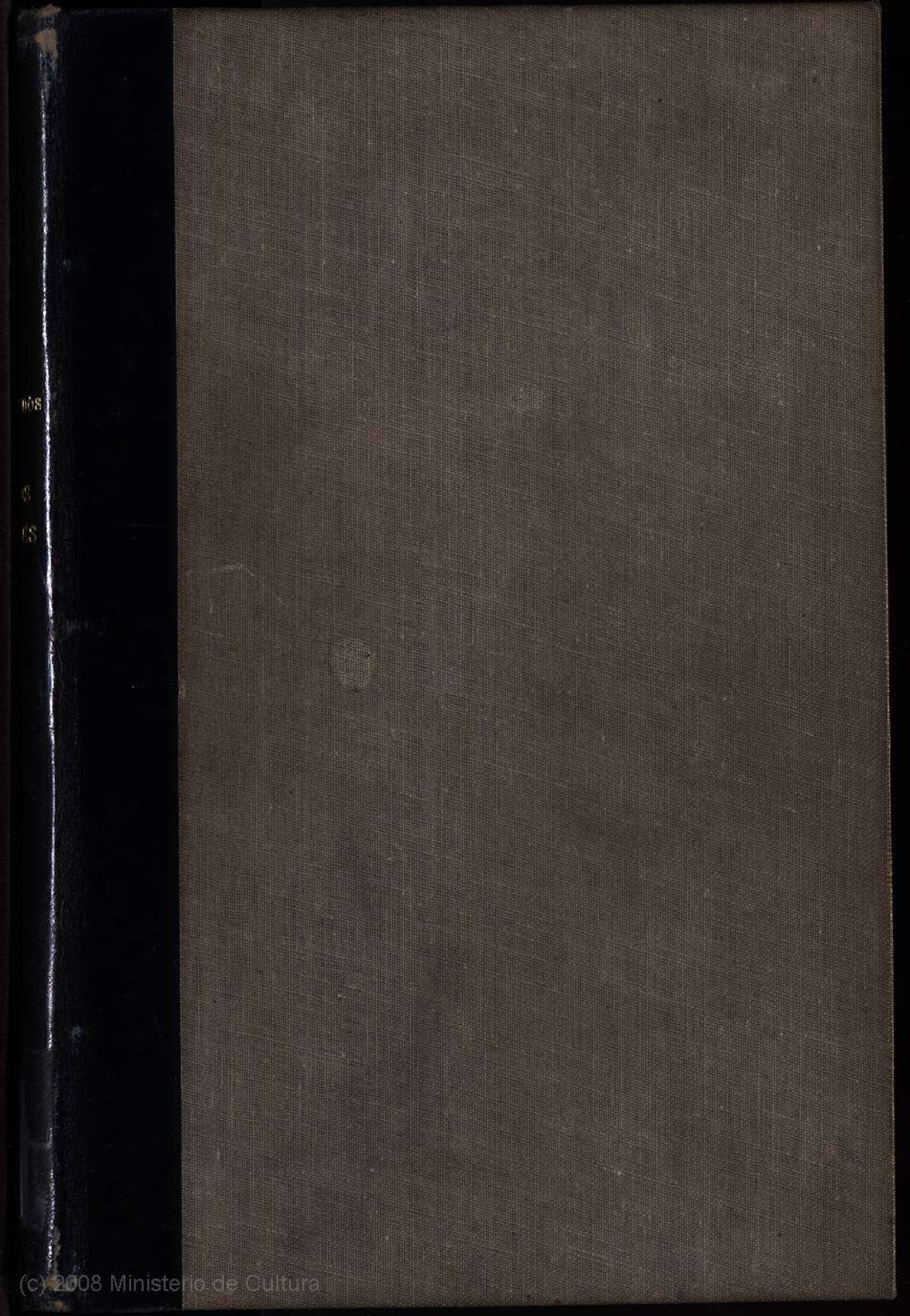
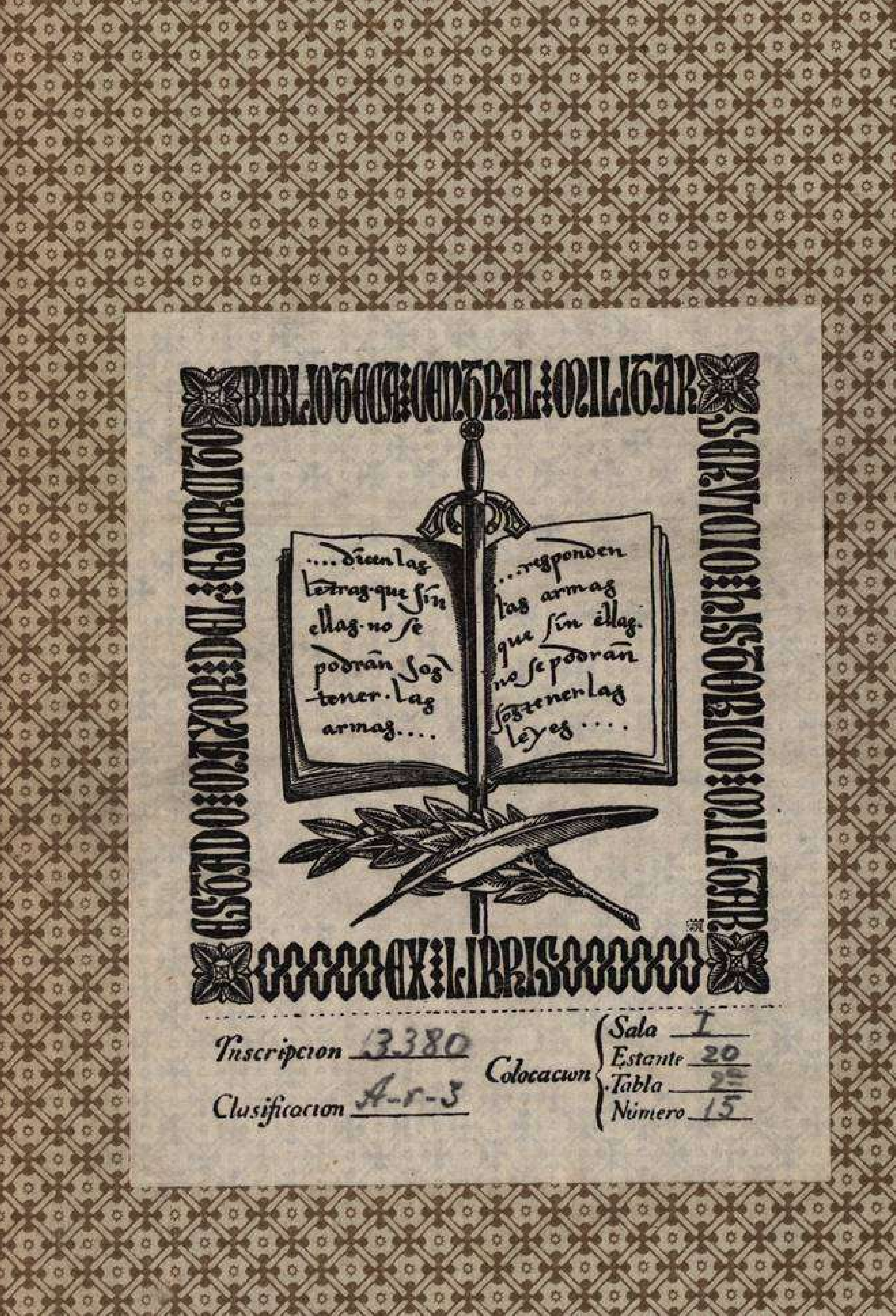
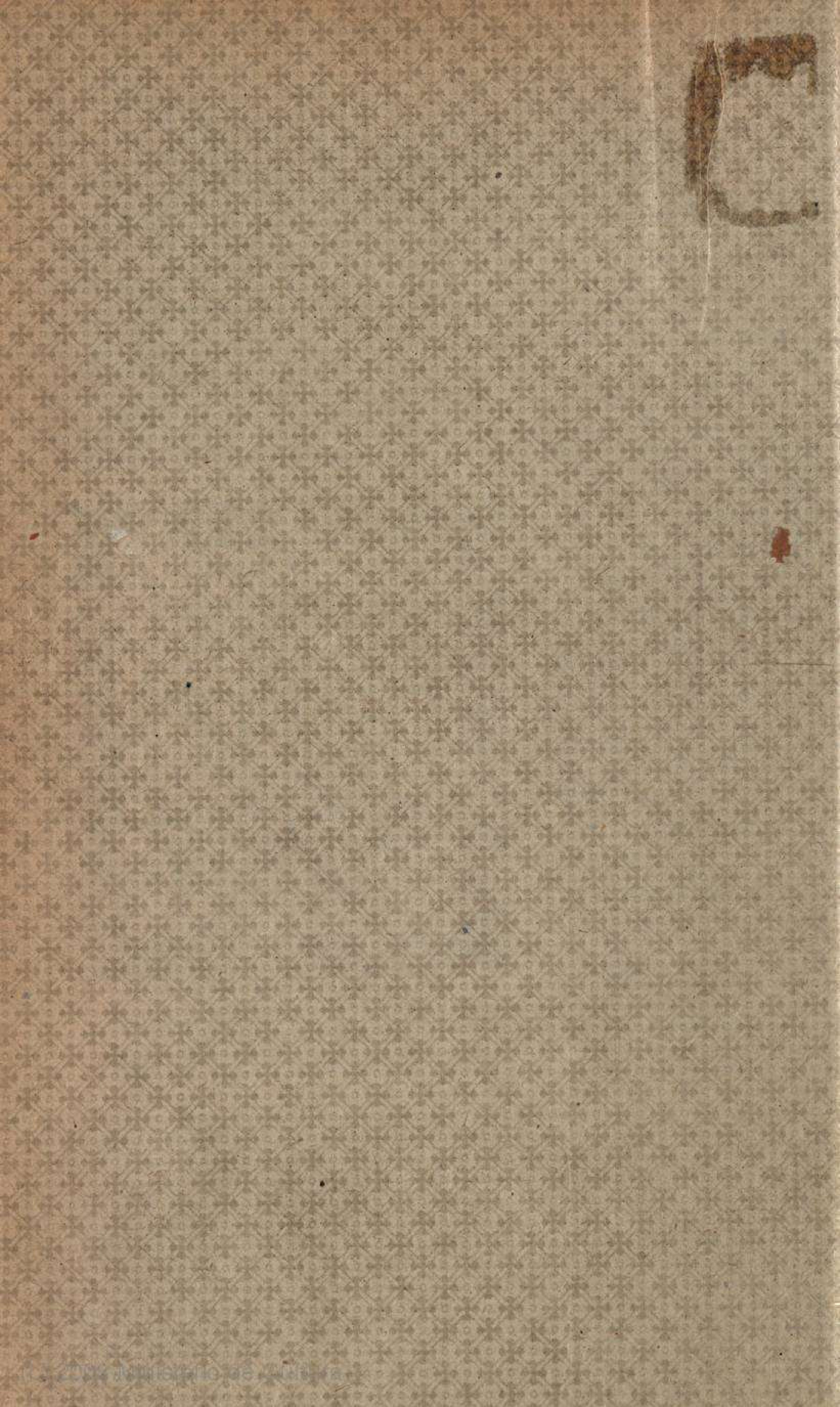



BIBLIOTECA CENTRAL MILITAR
SERVICIO HISTORICO MILITAR
ESTADO MAYOR DEL EJERCITO
EX LIBRIS
...dicen las letras que sin ellas no se podrán sostener las armas....
...responden las armas que sin ellas no se podrán sostener las leyes....





EPISODIOS NACIONALES

TOMO II

EL 19 DE MARZO Y EL 2 DE MAYO

BAILÉN



Madrid 1882.—Imp. y lit. de *La Guirnalda*, Pozas, 12

EPISODIOS

NACIONALES

POR B. PEREZ GALDÓS

TOMO II

Ilustrado por D. Enrique y D. Arturo Mélida



MADRID
Administracion de LA GUIRNALDA y EPISODIOS NACIONALES
CALLE DEL BARCO, 2 DUPLICADO


EL 19 DE MARZO
Y
EL 2 DE MAYO



EL 19 DE MARZO Y EL 2 DE MAYO

I

En Marzo de 1808, y cuando habian transcurrido cuatro meses desde que empecé á trabajar en el oficio de cajista, ya componia con bastante destreza y ganaba tres reales por ciento de líneas en la imprenta del *Diario de Madrid*. No me parecia muy bien aplicada mi laboriosidad, ni de

gran porvenir la carrera tipográfica; pues aunque toda ella estriba en el manejo de las letras, más tiene de embrutecedora que de instructiva. Así es que sin dejar el trabajo ni aflojar mi persistente aplicacion, buscaba con el pensamiento horizontes más lejanos y esfera más honrosa que aquella de nuestra limitada, oscura y sofocante imprenta.

Mi vida al principio era tan triste y tan uniforme como aquel oficio, que en sus rudimentos esclaviza la inteligencia sin entretenerla; pero cuando habia adquirido alguna práctica en tan fastidiosa manipulacion, mi espíritu aprendió á quedarse libre, miéntras las veinticinco letras, escapándose por entre mis dedos, pasaban de la caja al molde. Bastábame, pues, aquella libertad para soportar con paciencia la esclavitud del sótano en que trabajábamos, el fastidio de la composicion y las impertinencias de nuestro regente, un negro y tiznado cíclope, más propio de una herrería que de una imprenta.

Necesito explicarme mejor. Yo pensaba en la huérfana Inés, y todos los organismos de mi vida espiritual describian sus amplias órbitas alrededor de la imágen de mi discreta amiga, como los mundos subalternos que voltean sin cesar en torno del astro que es base del sistema. Cuando mis compañeros de trabajo hablaban de sus amores ó de sus trapicheos, yo, necesitando comunicarme con alguien, les contaba todo sin hacerme de rogar, diciéndoles:

—Mi amiga está en Aranjuez con su reverendo tio, el padre D. Celestino Santos del Malvar, uno de los mejores latinos que ha echado Dios al mundo. La infeliz Inés es huérfana y pobre; pero no por eso dejará de ser mi mujer, con la ayuda de Dios, que hace grandes á los pequeños. Tiene diez y seis años, es decir, uno ménos que yo, y es tan linda, que avergüenza con su carita á todas las rosas del Real Sitio. Pero díganme ustedes, señores, ¿qué vale su hermosura comparada con su talento? Inés es un asombro, es un prodigio; Inés vale más que todos los sabios, sin que nadie le haya enseñado nada. Todo lo saca de su cabeza, y todo lo aprendió hace cientos de miles de años.

Cuando no me ocupaba en estas alabanzas, departia mentalmente con ella. En tanto las letras pasaban por mi mano, trocándose de brutal y muda materia en elocuente lenguaje escrito. ¡Cuánta animacion en aquella masa caótica! En la caja, cada signo parecia representar los elementos de la creacion, arrojados aquí y allí, ántes de empezar la grande obra. Poníalos yo en movimiento, y de aquellos pedazos de plomo surgian sílabas, voces, ideas, juicios, frases, oraciones, períodos, párrafos, capítulos, discursos, la palabra humana en toda su majestad; y despues, cuando el

molde habia hecho su papel mecánico, mis dedos lo descomponian, distribuyendo las letras: cada cual se iba á su casilla, como los simples que el químico guarda despues de separados; los caractéres perdian su sentido, es decir, su alma, y tornando á ser plomo puro, caian mudos é insignificantes en la caja.

¡Aquellos pensamientos y este mecanismo todas las horas, todos los dias, semana tras semana, mes tras mes!... Verdad es que las alegrías, el inefable gozo de los domingos compensaban todas las tristezas y angustiosas cavilaciones de los demas dias. ¡Ah! permitid á mi ancianidad que se extasíe con tales recuerdos; permitid á esta negra nube que se alboroce y se ilumine traspasada por un rayo de sol. Los sábados eran para mí de una belleza incomparable; su luz me parecia más clara, su ambiente más puro; y en tanto, ¿quién podia dudar que los rostros de las gentes eran más alegres y el aspecto de la ciudad más alegre tambien?

Pero la alegría no estaba sino en mi alma. El sábado es el precursor del domingo, y á eso del medio dia comenzaban mis preparativos de viaje, de aquel viaje al cielo, que mi imaginacion renueva hoy, sesenta y cinco años despues. Aún me parece que estoy tratando con los trajineros de la calle Angosta de San Bernardo sobre las condiciones del viaje: me ajusto al fin y no puedo ménos de disertar un buen rato con ellos acerca de las probabilidades de que tengamos una hermosa noche para la expedicion. En seguida me lavo una, dos, tres, cuatro veces, hasta que desaparezcan de mi cara y manos las últimas huellas de la aborrecida tinta, y me paseo por Madrid esperando que llegue la noche. Duermo un poco, si la inquietud me lo permite, y cuando el reloj del Buen Suceso da las doce campanadas más alegres que han retumbado en mi cerebro, me visto á toda prisa con mi traje nuevo, corro al lado de aquellos buenos arrieros, que son sin disputa los mejores hombres de la tierra, subo al carromato, y ya estoy en viaje.

Con voluble atencion observo todos los accidentes del camino, y mis preguntas marean y enfadan á los conductores. Pasamos el puente de Toledo; dejamos á derecha mano los caminos de Carabanchel y de Toledo, el portazgo de las Delicias, el ventorrillo de Leon; las ventas de Villaverde van quedando á nuestra espalda; dejamos á la derecha los caminos de Getafe y de Parla, y en la venta de Pinto descansan un poco las caballerías. Valdemoro nos ve pasar por su augusto recinto, y la casa de Postas de Espartinas ofrece nuevo descanso á las perezosas mulas. Por fin nos amanece bajando la cuesta de la Reina, desde donde la vista abarca toda la extension del inmenso valle en que se juntan Tajo y Jarama;

atravesamos el famoso puente largo, entramos más tarde en la calle larga, y al fin ponemos el pié en la plaza del Real Sitio.

Mis miradas buscan entre los árboles y sobre las techumbres la modesta torre de la iglesia. Corro allá. El Sr. D. Celestino está en la misa, que por ser dia festivo es cantada. Desde la puerta oigo la voz del tio de Inés, que exclama *gloria in excelsis Deo.* Yo tambien canto *gloria* en voz baja, y entro en la iglesia. Una alegría solemne y grave, que da idea de la bienaventuranza eterna, llena aquel recinto y se reproduce en mi alma como en un espejo. Los vidrios incoloros permiten que éntre abundante luz y que se desparrame por la bóveda desnuda, sin más pinturas que las del yeso mate. El altar mayor es todo oro, los santos y retablos todos polvo; en el primero veo al santo varon, que se vuelve hácia el pueblo y abre sus brazos; despues consume, suenan las campanillas dentro y las campanas fuera; se arrodillan todos, golpeándose el pecho pecador. El oficio adelanta y concluye: durante él he mirado sin cesar los grupos de mujeres sentadas en el suelo, y de espaldas á mí: entre aquellos centenares de mantillas negras distingo la que cubre la hermosa cabeza de Inés. La conoceria entre mil.

Inés se levanta cuando todo ha concluido, y sus ojos me buscan entre los hombres, como los mios la buscan entre las mujeres. Por fin me ve, nos vemos; pero no nos decimos una palabra. La ofrezco agua bendita, y salimos. Parece que nuestras primeras palabras al vernos juntos han de ser arrebatadas y vehementes; pero no decimos cosa alguna que no sea insignificante. Nos reimos de todo.

La casa está á espalda de la iglesia, y entramos en ella cogidos de las manos. Hay un patio con un ancho corredor, en cuyos gruesos pilares retuerce sus brazos negros, ásperos y leñosos una vieja parra, junto á un jazmin que aguarda la primavera para echar al mundo sus mil flores. Subimos, y allí nos recibe D. Celestino, cuyo cuerpo no se cubre ya con la sotana verdinegra de antaño, sino con otra flamante. Comemos juntos, y luégo los tres, Inés y yo delante, él detrás apoyándose en su baston, nos vamos á pasear al jardin del Príncipe, si hace buen tiempo y los pisos están secos. Inés y yo charlamos con los ojos ó con las palabras; pero no quiero referir ahora nuestros poemas. Á cada instante el padre Celestino nos dice que no andemos tan aprisa, porque no puede seguirnos, y nosotros, que desearíamos volar, detenemos el paso. Por último, nos sentamos orillas del rio, y en el sitio en que el Tajo y el Jarama, encontrándose de improviso, y cuando seguramente el uno no tenia noticias de la existencia del otro, se abrazan y confunden sus aguas en una sola cor-

riente, haciendo de dos vidas una sola. Tan exacta imágen de nosotros mismos, no puede ménos de ocurrírsele á Inés al mismo tiempo que á mí.

El dia se va acabando, porque aunque á nuestros corazones les parezca lo contrario, no hay razon ninguna para que se altere el sistema planetario, dando á aquel dia más horas que las que le corresponden. Viene la tarde, el crepúsculo, la noche, y yo me despido para volver á mis galeras; estoy pensativo, hablo mil desatinos, y á veces me parece que me siento muy alegre, á veces muy triste.

Regreso á Madrid por el mismo camino, y vuelvo á mi posada. Es lúnes, dia que tiene un semblante antipático, dia de somnolencia, de malestar, de pereza y aburrimiento; pero necesito volver al trabajo, y la caja me ofrece sus letras de plomo, que no aguardan más que mis manos para juntarse y hablar; pero mi mano no conoce en los primeros momentos sino cuatro de aquellos negros signos que al punto se reunen para formar este solo nombre: *Inés*.

Siento un golpe en el hombro: es el cíclope ó regente que me llama holgazan, y me pone delante un papelejo manuscrito que debo componer al instante. Es uno de aquellos interesantes y conmovedores anuncios del *Diario de Madrid*, que dicen: *Se necesita un jóven de diezisiete á dieziocho años, que sepa de cuentas, afeitar, algo de peinar, aunque sólo sea de hombre, y guisar si se ofreciere. El que tenga estas partes, y ademas buenos informes, puede dirigirse á la calle de la Sal, número 5, frente á los peineros, lonja de lanería y pañolería de D. Mauro Requejo, donde se tratará del salario y demas.*

Al leer el nombre del tendero, un recuerdo viene á mi mente:—Don Mauro Requejo—digo.—Yo he oido este nombre en alguna parte.



II



He recordado dias tan felices, y ahora me corresponde contar lo que me pasó en uno de aquellos viajes. No se olvide que he empezado mi narracion en Marzo de 1808, y cuando yo habia honrado al Real Sitio con diez ó doce de mis visitas. En el dia á que me refiero, llegué cuando la misa habia concluido, y desde el portal de la casa un armonioso son de flauta me anunció que D. Celestino estaba tan alegre como de costumbre, señal de que nada desagradable ocurria en la modesta familia. Inés salió á recibirme, y hechos los primeros cumplidos, me dijo:

—El tio Celestino ha recibido una carta de Madrid, que le ha puesto muy alegre.

—¿De quién?—pregunté.

—No me lo ha dicho su merced, ni tampoco lo que la carta reza; pero él está contento y... dice que la carta trae muy buenas noticias para mí.

—Eso es particular—añadí confundido.—¿Quién puede escribir desde Madrid cartas que á tí te traigan buenas noticias?

—No sé; pero pronto saldremos de dudas—repuso Inés.—El tio me dijo: "Cuando venga Gabriel y nos sentemos á la mesa, os contaré lo que dice la carta. Es cosa que interesa á los tres: á tí principalmente, porque eres la favorecida; á mí porque soy tu tio, y á él porque va á ser tu novio cuando tenga edad para ello."

No hablamos más del caso, y entré en el cuarto del buen sacerdote y humanista. Una cama, cubierta de blanquísima colcha pintada de verdes

ramos, ocupaba el primer puesto en el reducido local. La mesa de pino con dos ó tres sillas que le servian de simétrica compañía, llenaba el resto, y aún quedaba espacio para una cómoda estrambótica, con chapas y remiendos de diversos palos y metales. Completaban tan modesto ajuar un crucifijo y una vírgen vestida de terciopelo, y acribillada de espadas y rayos, ambas imágenes con sendos ramos de carrasca ó de olivo clavados en varios agujeritos que para el caso tenian las peanas. Los libros, que eran muchos, no cubrian, por el órden de su colocacion, más que media



mesa y media cómoda, dejando hueco para algunos papeles de música y otros en que borrajeaba versos latinos el buen cura. Desde la ventana se veia un huerto no mal cultivado, y á lo léjos las elevadas puntas de aquellos olmos eminentes que guarnecen, como hileras de gigantescos centinelas, todas las avenidas del Real Sitio. Tal era la habitacion del padre Celestino.

Sentámonos los tres, y el tio de Inés me dijo:

—Gabrielillo: tengo que leerte una poesía latina que he compuesto en loor del serenísimo señor Príncipe de la Paz, mi paisano, amigo y áun

creo que pariente. Me ha costado una semanita de trabajo; que componer versos latinos no es soplar buñuelos. Verás, te la voy á leer, pues aunque tú no eres hombre de letras, qué sé yo... tienes un pícaro gancho para comprender las cosas... Luégo pienso enviarla á Sanchez Barbero, el primero de los poetas españoles desde que hay poesía en España; y no me hablen á mí de Fray Luis de Leon, de Rioja, de Herrera, ni de todos esos que compusieron en romance. Fruslerías y juégos de chicos. Un verso latino de Sanchez Barbero vale más que toda esa jerga de epístolas, sonetos, silvas, églogas, canciones con que se embobaba el vulgo ignorante... Pero vuelvo á lo que decia, y es que ántes que aquel fénix de los modernos ingenios la examine, quiero leértela á tí á ver qué te parece.

—Pero, Sr. D. Celestino, si yo no sé ni una palabra en latin, á no ser *Dominus vobiscum* y *bóbilis bóbilis*.

—Eso no importa. Precisamente los profanos son los que mejor pueden apreciar la armonía, la rimbombancia, el *ore rotundo*, con que tales versos deben escribirse—dijo el clérigo con tenacidad implacable.

Inés me dirigió una mirada en que me recomendaba, con su habitual sabiduría, la abnegacion y la paciencia para soportar al prójimo impertinente. Ambos prestamos atencion, y D. Celestino nos leyó unos cuatrocientos versos, que sonaban en mi oido como una série de modulaciones sin sentido. Él parecia muy satisfecho, y á cada instante interrumpia su lectura para decirnos:—¿Qué os parece este pasajillo? Inés: á esa figura llamamos *litote*, y á este paloteo de las palabras para imitar los ruidos del mar tempestuoso de la nacion cuando lo surca la nave del Estado, diestramente guiada por el timonel que yo me sé, se llama *onomatopeya*, la cual figura va encajada en otra que es la *alegoría*.

Así nos fué leyendo toda la composicion, de la cual figúrense ustedes lo que entenderíamos. Aún conservo en mi poder la obra de nuestro amigo, que empieza así:

Te, Godoie, canam: pacis tua munera cœlo
Inserere ægrediar: per te Pax alma biformem
Vincla recusantem conduxit carcere Janum.
. . . .

Cuatrocientos versos por este estilo nos tragamos Inés y yo, siendo de notar que ella atendia á la lectura con tanta formalidad como si la comprendiera, y áun en los pasajes más ruidosos hacia señales de asentimiento y elogio, para contentar al pobre viejo: ¡tal era su discrecion!

—Puesto que os ha agradado tanto, hijos mios—dijo D. Celestino guardando su manuscrito,—otro dia os leeré parte del poema. Lo dejo

para otra ocasion, y así se comparte el placer entre varios dias, evitando el empacho que produce la sucesion de manjares demasiado dulces y apetitosos.

—¿Y piensa usted leérsela tambien al Príncipe de la Paz?



—¿Pues para qué la he escrito? Á Su Alteza Serenísima le encantan los versos latinos... porque es un gran latino... y pienso darle un buen rato uno de estos dias. Y á propósito, ¿qué se dice por Madrid? Aquí está la gente bastante alarmada. ¿Pasa allá lo mismo?

—Allá no saben qué pensar. Figúrese usted, la cosa no es para ménos

Temen á los franceses, que están entrando en España á más y mejor. Dicen que el Rey no dió permiso para que entrara tanta gente, y parece que Napoleon se burla de la Córte de España, y no hace maldito caso de lo que trató con ella.

—Es gente de pocos alcances la que tal dice—repuso D. Celestino.—Ya saben Godoy y Bonaparte lo que se hacen. Aquí todos quieren saber tanto como los que mandan, de modo que se oyen unos disparates...

—Lo de Portugal ha resultado muy distinto de lo que se creia. Un general francés se plantó allá, y cuando la familia real se marchó para América, dijo: "Aquí no manda nadie más que el Emperador, y yo en su nombre; vengan cuatrocientos milloncitos de reales; vengan los bienes de los nobles que se han ido al Brasil con la familia real."

—No juzguemos por las apariencias—dijo D. Celestino;—sabe Dios lo que habrá en eso.

—En España van á hacer lo mismo—añadí;—y como los Reyes están llenos de miedo, y el Príncipe de la Paz tan aturullado, que no sabe qué hacer...

—¿Qué estás diciendo, tontuelo? ¿Cómo tratas con tan poco respeto á ese espejo de los diplomáticos, á esa natilla de los ministros? ¿Que no sabe lo que se hace?

—Lo dicho, dicho. Napoleon les engaña á todos. En Madrid hay muchos que se alegran de ver entrar tanta tropa francesa, porque creen que viene á poner en el trono al Príncipe Fernando. ¡Buenos tontos están!

—¡Tontos, mentecatos, imbéciles!—exclamó con enfado el padre Celestino.

—Lo que fuere sonará. Si vienen con buen fin esos caballeros, ¿por qué se apoderan por sorpresa de las principales plazas y fortalezas? Primero se metieron en Pamplona, engañando á la guarnicion; despues se colaron en Barcelona, donde hay un castillo muy grande que llaman el Monjuich. Despues fueron á otro castillo que hay en Figueras, el cual no es ménos grande, el mayor del mundo, segun dice Pacorro Chinitas, y lo cogieron tambien, y por último se han metido en San Sebastian. Digan lo que quieran, esos hombres no vienen como amigos. El ejército español está trinando: sobre todo, hay que oir á los oficiales que vienen del Norte y han visto á los franceses en las plazas fuertes... le digo á usted que echan chispas. El gobierno del Rey Cárlos IV está que no le llega la camisa al cuerpo, y todos conocen la barbaridad que han hecho dejando entrar á los franceses; pero ya no tiene remedio... ¿Sabe usted lo que se dice por Madrid?

—¿Qué, hijo mio? Sin duda alguna de esas vulgarísimas aberraciones propias de entendimientos romos. Ya lo he dicho: nosotros no entendemos de negocios de Estado; ¿á qué viene el comentar las combinaciones y planes de esos hombres eminentes, que se desviven por hacernos felices?

—Pues allá dicen que la familia real de España, viéndose cogida en la red por Bonaparte, ha determinado marcharse á América, y que no tardará en salir de Aranjuez para Cádiz. Por supuesto, los partidarios del Príncipe Fernando se alegran, y creen que esto les viene de perillas para que el otro suba al trono.

—¡Necios, mentecatos!—exclamó el tio de Inés, incomodándose de nuevo.—¡Pensar que habia de consentir tal cosa el señor Príncipe de la Paz, mi paisano, amigo y áun creo que pariente!... Pero no nos incomodemos fuera de tiempo, Gabriel, y por cosas que no hemos de resolver nosotros. Vamos á comer, que ya es hora, y el cuerpo lo pide.

Inés, que se habia retirado un momento ántes, volvió á decirnos que la comida estaba pronta. Durante ella, fué cuando el respetable cura nos comunicó el contenido de la misteriosa carta que habia llegado á la casa por la mañana.

—Hijos mios—dijo cuando los tres habíamos tomado asiento:—Voy á participaros un suceso feliz, y tú, Inesilla, regocíjate. La fortuna se te entra por las puertas, y ahora vas á ver cómo Dios no abandona nunca á los desvalidos y menesterosos. Ya sabes que tu buena madre, que santa gloria haya, tenia un primo llamado D. Mauro Requejo, comerciante en telas, cuya lonja, si no me engaño, cae hácia la calle de Postas, esquina á la de la Sal.

—D. Mauro Requejo...—dije yo recordando,—justamente. Doña Juana le nombró delante de mí varias veces, y ahora caigo en que ese comerciante pone en el *Diario* unos anuncios que me dan bastante que hacer.

—Le recuerdo—dijo Inés.—Él y su hermana eran los únicos parientes que tenia mi madre en Madrid. Por cierto que siempre se negó á favorecernos, aunque lo necesitábamos bastante: dos veces le ví en casa. ¿Creería su merced que fué á consolarnos, á socorrernos? No: fué á que mi madre le hiciera algunas piezas de ropa, y despues de regatear el precio, no pagó más que la mitad de lo tratado, y decia: "De algo ha de servir el parentesco." Él y su hermana no hablaban más que de su honradez ó de lo mucho que habian adelantado en el comercio, y nos echaban en cara nuestra pobreza, prohibiéndonos que fuéramos á su casa, miéntras no nos encontráramos en posicion más desahogada.

—Pues digo—exclamé con enfado—que ese D. Mauro y su señora hermana son dos grandísimos pillos.

—Poco á poco—continuó el cura.—Déjenme acabar. El primo de tu madre habrá faltado; pero lo que es ahora, sin duda Dios le ha tocado en el corazon, y se dispone á enmendar sus yerros, favoreciéndote como buen pariente y hombre caritativo. Ya sabes que es bastante rico, gracias á su laboriosidad y mucha economía. Pues bien: en la carta que he recibido esta mañana me dice que quiere recogerte y ampararte en su casa, donde estarás como una reina; donde no te faltará nada, ni áun aquello de que gustan tanto las damiselas del dia, tal como joyas, trajes bonitos, perfumes primorosos, guantes y otras fruslerías. En fin, Dios se ha acordado de tí, sobrinita. ¡Ah! ¡si vieras qué interés tan grande demuestra por tí en sus cartas; qué alabanzas tan calurosas hace de tus méritos; si vieras cómo te pone por esas nubes, cómo lamenta tu orfandad y cómo se enternece considerando que eres de su misma sangre, y que á pesar de esta natural preeminencia careces de lo que á él le sobra! Te repito que trabajando mucho y ahorrando más, el señor Requejo ha llegado á ser muy rico. ¡Qué porvenir te espera, Inesilla! El párrafo más conmovedor de la carta de tus tios—añadió sacando la epístola—es este: *¿á quién hemos de dejar lo que tenemos, sino á nuestra querida sobrinita?*



Inés, confundida ante tan inesperado cambio en los sentimientos y en la conducta de sus ántes cruelísimos parientes, no sabia qué pensar. Me miró, buscando sin duda en mis ojos algo que le diera luz sobre tan inexplicable mudanza; mas yo, que algo creia comprender, me guardé muy bien de dejarlo traslucir ni con palabras ni con gestos.

—Estoy asombrada—dijo la muchacha;—y por fuerza para que mis tios me quieran tanto ha de haber algun motivo que no comprendemos.

—No hay más sino que Dios les ha abierto los ojos—dijo D. Celestino, firme en su ingénuo optimismo.—¿Por qué hemos de pensar mal de todas las cosas? D. Mauro es un hombre honrado; podrá tener sus defectillos; pero ¿qué valen esos ligeros celajes del alma, cuando está iluminada por los resplandores de la caridad?

Inés, mirándome, parecia decirme:

—¿Y tú qué piensas?

Algunos meses ántes de aquel suceso, yo hubiera acogido las proposiciones de D. Mauro Requejo con el imprevisor optimismo, con el necio entusiasmo que afluian de mi alma juvenil ante los acontecimientos nuevos é inesperados; pero las contrariedades me habian dado alguna experiencia; conocia ya los rudimentos de la ciencia del corazon, y el mio principiaba á reunir ese tesoro de desconfianzas, merced á las cuales medimos los pasos peligrosos de la vida. Así es que respondí sencillamente:

—Puesto que ese tu reverendo tio era ántes un bribon, no sé por qué le hemos de creer santo ahora.

—Tú eres un chicuelo sin experiencia—me dijo D. Celestino algo enojado,—y yo no debiera consultar esto contigo. ¡Si sabré yo distinguir lo verdadero de lo falso! Y sobre todo, Inés, si él quiere favorecerte, poniéndote en pié de gente grande, si él quiere gastarse sus ahorros con su querida sobrina, ¿por qué no lo has de aceptar? Mucho más podria decirte; pero él mismo en persona te explicará mejor el gran cariño que te tiene.

—¿Pues qué—preguntó Inés turbada,—vendrá á Aranjuez?

—Sí, chiquilla—repuso el clérigo.—Yo te reservaba esta noticia para lo último. El domingo próximo tendrás el gusto de ver aquí á tu amado tio y protector. ¡Ah, Inés! Mucho sentiré separarme de tí; pero serviráme de consuelo la idea de que estás contenta, de que disfrutas mil comodidades que yo no te puedo dar. Y cuando este viejo incapaz eche un paseito á Madrid para visitarte, espero que le recibirás con alegría y sin orgullo; espero que no te ofuscará la ruin vanidad al considerarte en posicion superior á la mia, porque tio por tio, hermano soy de tu difunto padre, miéntras que el otro...

D. Celestino estaba conmovido, y yo tambien, aunque por distinta causa.

—Sí—continuó el cura.—Dentro de ocho dias tendremos aquí á ese eminente tendero de la calle de la Sal. Me dice que habiendo comprado unas tierras en Aranjuez, junto á la laguna de Ontígola, vendrá con el doble objeto de conocer su finca y de verte. Él espera que irás á Madrid en su compañía y en la de su hermana Doña Restituta, á quien tambien tendremos el gusto de ver en casa.

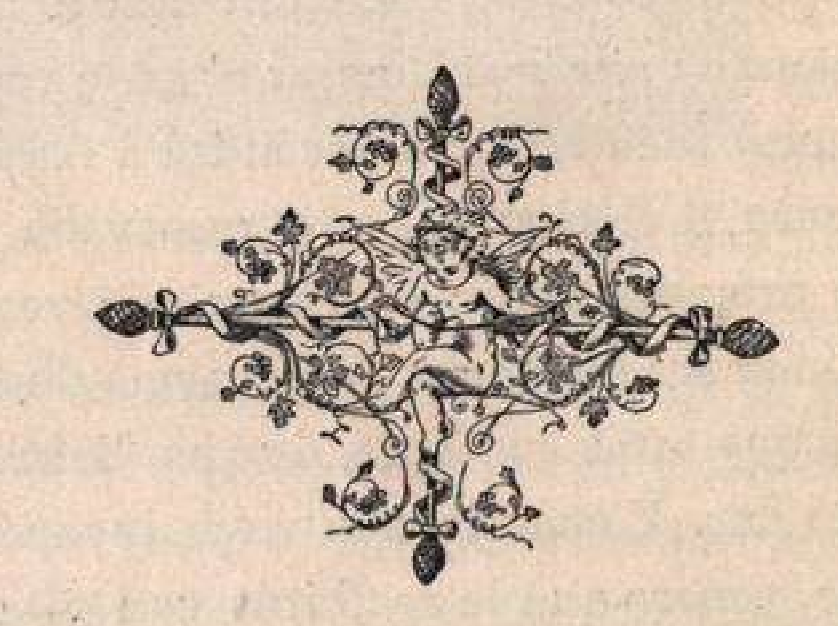
Despues de oir esto, todos callamos. Revolviendo en mi cabeza extraños y no muy alegres pensamientos, dije á Inés:

—Pero ese hombre, ¿es casado?

Ella leyó en mi interior con su intuicion incomparable, y me respondió con viveza:

—Es viudo.

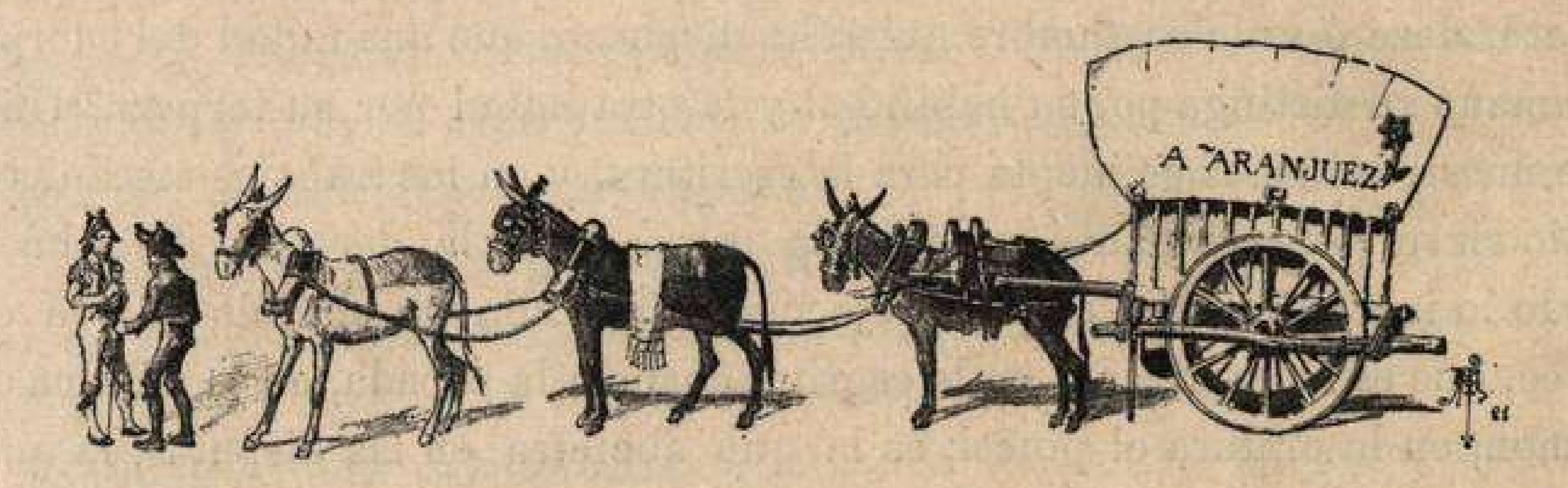
Despues volvimos á callar, y sólo D. Celestino, tarareando una antífona, interrumpia nuestro grave silencio.



III


RISTÍSIMO sobre toda ponderacion me volví á Madrid, y pasé toda la semana meditabundo y como alelado, deseando y temiendo que el domingo siguiente llegase, porque de un lado la curiosidad y de otro el temor solicitaban mi espíritu. Tan grande era mi sobresalto en la noche del sábado, que no pegué los ojos, y de madrugada me fuí al meson de la calle de la Aduana á buscar un acomodo en cualquier galera que partiese para el Real Sitio. Mi escasez de numerario me puso en peligro de no poder ir, lo que me desesperaba y afligia extraordinariamente.

Pero con ruegos y razones sutilísimas, unidas al poco dinero que tenia, logré ablandar el corazon duro de un carromatero, que al fin consintió en llevarme. Las tres mulas emplearon no sé si un siglo en el viaje.



Yo temia que se me adelantaran los tios de Inés; pero no fue así. Cuando llegué, D. Celestino estaba en la misa mayor; entré en la iglesia lo mismo que los domingos anteriores; pero el templo me pareció triste y fúnebre. Al salir dí agua bendita á Inés, esperamos al buen párroco en la puerta

de la sacristía y nos fuimos los tres á la casa. ¡Cosa singular! No hablamos nada por el camino. Los tres suspirábamos. Durante la comida traté de animar á los demas con fingido buen humor; pero no lo pude conseguir. Viendo la tardanza de la anunciada visita, yo creí que los Requejos no vendrian; pero mi alegría se disipó cuando estábamos concluyendo de comer. De improviso sentimos ruido de voces en el patio de la casa; levantámonos, y saliendo yo al corredor, oí una voz hueca y áspera que decia: "¿Vive aquí el latino y músico D. Celestino Santos del Malvar, cura de la parroquia?„

D. Mauro Requejo y su hermana Doña Restituta, tios de Inés, habian llegado.

Entraron en la habitacion donde estábamos, y al punto que D. Mauro vió á su sobrina, dirigióse á ella con los brazos abiertos, y al estrecharla en ellos, exclamó endulzando la voz:

—¡Inés de mi alma, inocente hija de la pobre Juana! Al fin, al fin te veo. Bendito sea Dios que me ha dado este consuelo. ¡Qué linda eres! Ven, déjame que te abrace otra vez.

Doña Restituta hizo lo mismo, pero exagerando hasta lo sumo el mohin lacrimoso de su rostro, así como la apretura de sus abrazos; y luégo que ambos hubieron desahogado así sus amantes corazones, saludaron á D. Celestino, quien no pudo ménos de derramar algunas lágrimas al ver tal explosion de sensibilidad. Por mi parte, de buena gana habria correspondido con bofetones á los abrazos con que estrujaban á Inés aquellos gansos, cuya descripcion no puedo ménos de considerar ahora como indispensable.

D. Mauro Requejo era un hombre izquierdo. Creo que no necesito decir más. ¿No habeis entendido? Pues lo explicaré mejor. ¿Ha sido la Naturaleza ó es la costumbre quien ha dispuesto que una mitad del cuerpo humano se distinga por su habilidad y la otra mitad por su torpeza? Una de nuestras manos es inepta para la escritura, y en los trabajos mecánicos sólo sirve para ayudar á su experta compañera, la derecha. Ésta hace todo lo importante; en el piano ejecuta la melodía, en el violon lleva el arco, que es la expresion; en la esgrima maneja la espada, en la náutica el timon, en la pintura el pincel; es la que abofetea en las disputas, la que hace la señal de la cruz en el rezo y la que castiga el pecho en la penitencia. Iguales disposiciones tiene el pié derecho; si algo eminente y extraordinario ha de hacerse en el baile, es indudable que lo hará el pié derecho; él es tambien el que salta en la fuga, el que golpea la tierra con ira en la desesperacion, el que ahuyenta al perro atrevido, el que aplasta

al sucio reptil, el que sirve de ariete para atacar á un despreciable enemigo que no merece ser herido por delante. Esta superioridad mecánica, muscular y nerviosa de las extremidades derechas, se extiende á todo el organismo. Cuando estamos perplejos sin saber qué direccion tomar, si el cuerpo se abandona á su instinto, se inclinará hácia la derecha, y los ojos buscarán la derecha como un oriente desconocido. Al mismo tiempo en el lado siniestro todo es torpeza, todo subordinacion, todo ineptitud; cuanto hace por sí resulta torcido, y su inferioridad es tan notoria, que ni áun en desarrollo puede igualar al otro lado. La mitad de todo hombre es generalmente más pequeña que la otra; para equilibrarlas, sin duda, se dispuso que el corazon ocupara el costado izquierdo.

Hemos hecho tan fastidiosa digresion para que se comprenda lo que dijimos de D. Mauro Requejo. Los dos lados de aquel hombre eran dos lados izquierdos; es decir, que todo él era torpe, inepto, vacilante, inhábil, pesado, brusco, embarazoso. No sé si me explico. Parecia que le estorbaban sus propias manos: al verle mirar de un lado para otro, creeríase que buscaba un rincon donde arrojar aquellos miembros inútiles, cubiertos con guantes sin medida, que quitaban la sensibilidad á los oprimidos dedos, hasta el punto de que su dueño no los conocia por suyos.

Habíase sentado en el borde de la silla y sus piernas pequeñas y rígidas, no eran los miembros que reposan con compostura: extendíanse á un lado y otro como las dos muletas que un cojo deja junto á sí. Ya no le servian para nada, sino para arrastrar de aquí para allí los pesados piés. Al quitarse el sombrero, dejándolo en el suelo, al limpiarse el sudor con un luengo pañuelo de cuadros encarnados y azules, parecia el mozo de cuerda que se descarga de un gran fardo. La buena ropa que vestia no era adorno de su cuerpo, pues él no estaba vestido con ella, sino ella puesta en él. En cuanto á los guantes, embruteciéndole las manos, se las convertian en piés. Á cada instante se tocaba los dijes del reloj y los encajes de las chorreras para cerciorarse de que no se le habian caido; pero como tras la gamuza habia desaparecido el tacto, necesitaba emplear la vista, y esto le hacia semejante á un mono que al despertar una mañana se encontrase vestido de piés á cabeza.

Su inquietud era extraordinaria, como la de un cuerpo mortificado por infinito número de picazones, y cada pliegue del traje debia hacer llaga en sus sensibles carnes. Á veces aquella inerte manopla de ante amarillo, rellena de dedos tiesos é insensibles, partia en direccion del sobaco ó de la cintura con la ansiosa rapidez de una mano que va á rascar; pero se contenia subiendo á acariciar la barba recien afeitada. Tam-

bien movia con frecuencia el cuello, como si algun bicho extraño agarrado á su occipucio juguetease en el pescuezo entre el pelo y la solapa. Era el coleto encebado que irreverentemente se metia entre piel y camisa, ó es-



D. Mauro Requejo.

carbaba la oreja. La mano de ante amarillo se alzaba tambien en aquella direccion; pero tambien se detenia pasando á frotar la rodilla.

La cara de D. Mauro Requejo era redonda como una muestra de reloj: no estaba en su sitio la nariz, que se inclinaba del un hemisferio buscando

el carrillo siniestro que, por obra y gracia de cierto lobanillo, era más luminoso que su compañero. Los ojos verdosos y bien puestos bajo cejas negras y un poco achinescadas, tenian el brillo de la astucia, miéntras que su boca, insignificante si no la afearan los dos ó tres dientes carcomidos que alguna vez se asomaban por entre los labios, tenia todos los repulgos y mohines que el palurdo marrullero estudia para engañar á sus semejantes. La risa de D. Mauro Requejo era repentina y sonora: en la generalidad de las personas este fenómeno fisiológico empieza y acaba gradualmente, porque acompaña á estados particulares del espíritu, el cual no funciona, que sepamos, con la rigurosa precision de una máquina. Muy al contrario de esto, nuestro personaje tenia sin duda en su organismo un resorte para la risa, de la cual pasaba á la seriedad tan bruscamente como si un dedo misterioso se quitara de la tecla de lo alegre para oprimir la de lo grave. Yo creo que él en su interior pensaba así: "ahora conviene reir", y reia.



IV



mposible era decir si Doña Restituta seria más jóven ó más vieja que su hermano: ambos parecian haber pasado bastante más allá de los cuarenta años; pero si en la edad se asemejaban, no así en la cara ni el gesto, pues Restituta era una mujer que no se estorbaba á sí misma y que sabia estarse quieta. Habia en ella si no fineza de modales, esa holgada soltura, propia de quien ha hablado con gente por mucho tiempo. Comparando aquellas dos ramas humanas de un mismo tronco, se decia: "Mauro ha estado toda la vida cargando fardos, y Restituta midiendo y vendiendo; el uno es un sabandijo de almacen y la otra la bestiezuela enredadora de la tienda."

Alta y flaca, con esa tez impasible y uniforme que parece un forro; de manos largas y feas, á quien el contínuo escurrirse por entre telas habia dado cierta flexibilidad; de pelo escaso, y tan lustrosamente aplastado sobre el casco, que más parecia pintura que cabello; con su nariz encarnadita y algo granulenta, aunque jamás fué amiga de oler lo de Arganda; la boca plegada y de rincones caidos, la barba un poco velluda, y un mirar así entre tarde y noche, como de ojos que miran y no miran, Restituta Requejo era una persona cuyo aspecto no predisponia á primera vista ni en contra ni en favor. Oyéndola hablar, tratándola, se advertia en ella no sé qué de escurridizo, que se escapaba á la observacion, y se caia en la cuenta de que era preciso tratarla por mucho tiempo para poder hacer presa con dedos muy diestros en la piel húmeda de aquel carácter, que para esconderse poseia la presteza del sáurio y la flexibilidad del ofidio. Pero dejemos estas consideraciones para

su lugar, y por ahora conténtense ustedes con oir hablar á los tios de Inés.

—*Éste* estaba tan impaciente por venir—dijo Restituta, señalando á su hermano,—que con la prisa nos fué imposible traer alguna cosita, como hubiéramos deseado.

D. Celestino les dió las gracias con su amable sonrisa.

—Tenia tanta impaciencia por venir á ver esas tierras—dijo D. Mauro, —que... y al mismo tiempo el alma se me arrancaba en cuajarones al pensar en mi querida sobrinita, huérfana y abandonada... porque las tierras, Sr. D. Celestino, no son ningun muladar, Sr. D. Celestino, y me han costado obra de trescientos cuarenta y ocho reales, trece maravedíes, sin contar las diligencias ni el por qué de la escritura. Sí señor, ya está pagado todo, peseta sobre peseta.



Doña Restituta.

—Todo pagado—indicó Doña Restituta, mirando uno tras otro á los tres que estábamos presentes.—Á *éste* no le gusta deber nada.

—¡Quiten para allá! Ántes me dejo ahorcar que deber un maravedí—exclamó D. Mauro, llevando la manopla á la garganta, oprimida por el corbatin.

—En casa no ha habido nunca trampas—añadió la hermana.

—Á eso deben ustedes el haber adelantado tanto—dijo D. Celestino.

—La suerte... eso sí; hemos tenido suerte—dijo Requejo. Luégo *ésta* es tan trabajadora, tan ahorrativa, tan hormiguita...

—Pero todo se debe á tu honradez—añadió Restituta.—Sí, créanlo ustedes, á su honradez. *Éste* tiene tal fama entre los comerciantes, que le entregarian los tesoros del Rey.

—En fin... algo se ha hecho, gracias á Dios y á nuestro trabajo. Si fuera á hacer caso de *ésta*, compraria tierras y más tierras. Á *ésta* no le gustan sino las fincas.

—Y con razon: si *éste* me hiciera caso—dijo la hermana, mirando otra vez sucesivamente á los circunstantes,—todas nuestras ganancias se emplearian en tierras de labor.

—Como yo soy así tan... pues—afirmó Requejo.

—Sin soberbia, Sr. D. Celestino—dijo Restituta;—bueno es aparentar que se tiene lo que se tiene.

—Y me hace comprar vestidos, sombreros, alhajas—indicó D. Mauro. —Qué sé yo la tremolina de cosas que ha entrado en casa. Ello como se puede... Vea usted esta cadena—añadió, mostrando á D. Celestino una que traia al cuello;—vea usted tambien este alfiler. ¿Cuánto cree usted que me han costado? La friolerita de mil reales... Ps: yo no queria; pero *ésta* se empeñó, y como se puede...

—Son hermosas piezas.

—Y bien te dije que te quedaras tambien con la *tumbaga* de la esmeralda, que ya recordarás la daban por poco más de nada. Es una lástima que la haya tomado el duque de Altamira.

Al decir esto nos miraban, y nosotros les contestábamos con señales de asentimiento, pero sin palabras, porque ni á Inés ni á mí se nos ocurrian.

—Pero ¿cómo está ahí mi sobrina tan calladita?—dijo Requejo riéndose de improviso y quedándose muy serio un instante despues.

Inés se sonrojó y no dijo nada, porque en efecto no tenia nada que decir.

—¡Ay, no puedes negar la pinta! ¡Cómo se parece á su madre, á la pobre Juana, mi prima querida!—exclamó Requejo llevándose la manopla á la boca para tapar un bostezo.—¡Y qué pronto se murió la pobrecita!

—Ya que pasó á mejor vida aquella santa y ejemplar mujer—dijo Restituta,—no la nombremos, porque así se renueva nuestro dolor y el de esta pobre muchacha, aunque ella es niña, y los niños se consuelan más fácilmente.

Inés no dijo nada tampoco; pero el color encendido de su rostro se trocó en intensa palidez. Creyó conveniente el cura variar la conversacion, y dijo:

—¿Y ha visto usted esas tierras de la laguna de Ontígola?

—Todavía no—respondió Requejo; pero me han dicho que son magníficas. Ps... para mí, poca cosa. *Ésta* se empeñó en que me quedara con ellas y al fin me decidí. Allá en el país tenemos muchas más, que hemos ido comprando poco á poco.

—En su país de usted, hácia el Vierzo, si no me engaño.

—Más acá del Vierzo, en Santiagomillas, que es tierra de Maragatería. De allí *semos* todos, y allí está todavía el solar de los Requejos.

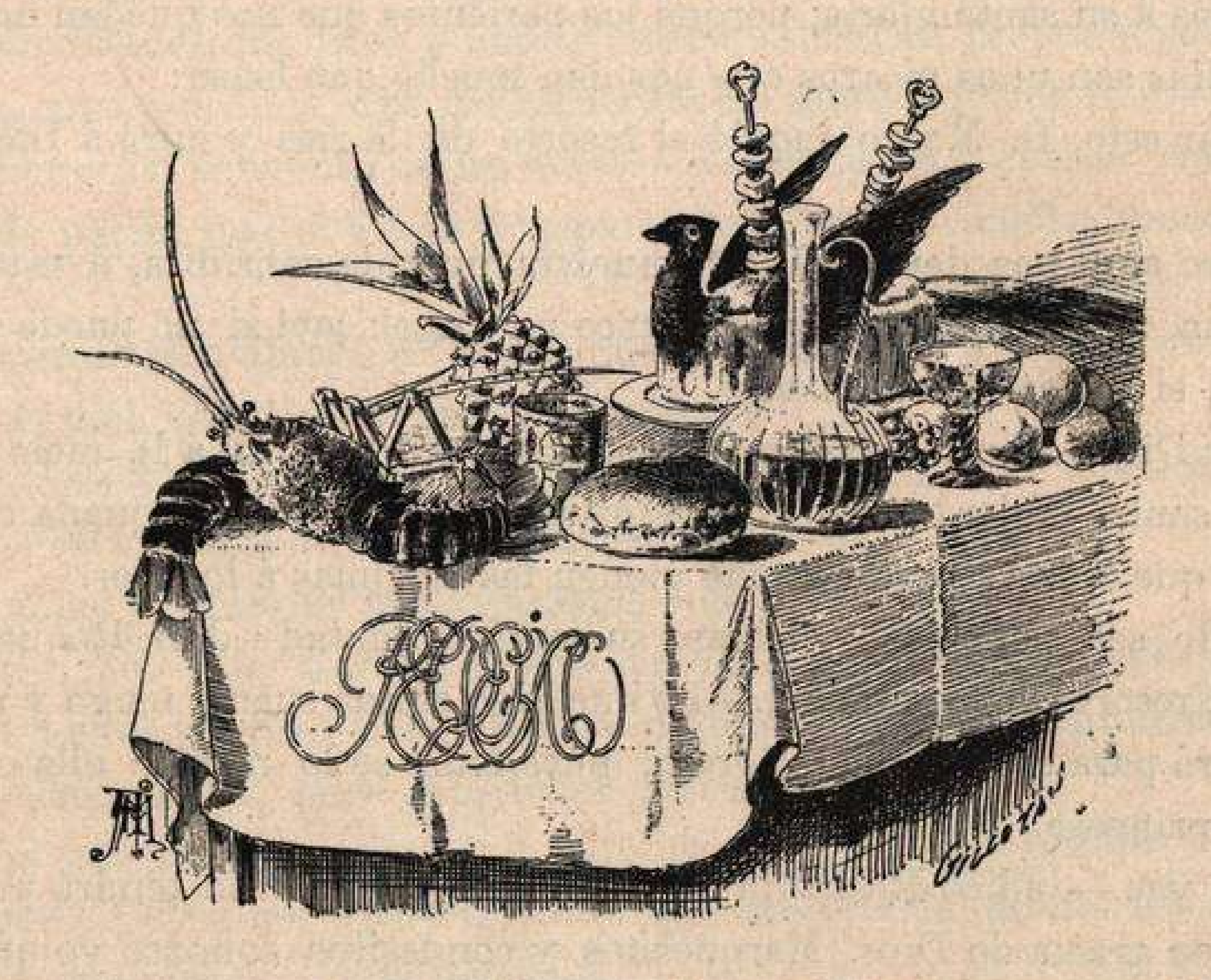
—Familia hidalga, segun creo—afirmó el cura.

—Ello... no deja de tener uno su *motu propio*—contestó D. Mauro;—

y segun nos decia un sabio escribano de mi pueblo, nuestros ascendientes tenian un gran quejigar, de donde les vino el nombre de Requejo.

—Así debe de ser; los más ilustres apellidos traen su orígen de alguna yerba ó legumbre. Y si no, ahí están en la Roma antigua los *Léntulos*, los *Fabios* y los *Pisones*, que se llamaban así porque alguno de sus mayores cultivó las lentejas, las habas ó los guisantes. En cuanto á mí, creo que este nombre de *Malvar* me viene de que algun abuelo mio se pintaba solo para el cultivo de las malvas.

—Pues yo creo—dijo D. Mauro volviendo á reir,—que eso de que la nobleza viene de las guerras y de las hazañas de algunos caballeros es pura mentira. Que no me vengan á mí con bolas: yo no creo que haya habido nunca esas heroicidades. No hay más sino que los reyes hicieron



duque á uno porque tenia un huerto de coles, y á otro marqués porque sabia escoger melones. De todos modos, nuestra familia no viene de ningun cardo borriquero.

—Y venga de donde viniere—dijo Doña Restituta,—lo principal es lo principal. Lo que es en nuestra casa, Sr. D. Celestino, no falta nada en gracia de Dios, y aunque por fuera no gastamos lujo, ni nos gusta andar en carroza, ni figurar, lo que es la gallina en el puchero todos los dias... eso sí: *éste* y yo no nos podemos pasar sin ciertas comodidades.

—Lo que es por mí—interrumpió Requejo,—con cualquier cosa me sustento. Teniendo un pedazo de pan, otro de tocino y agua de la fuente del Berro, vamos viviendo; pero *ésta* se empeña en poner las cosas en

buen pié. Todos los dias ha de traer libra y media de carne de vaca, y jamon rancio á morrillo, y abadejo del mejor todos los viernes, y para cenar una perdiz por barba, y los domingos tres capones, y por Navidad y por el dia de San Mauro, que es el 15 de Enero, ó por San Restituto, que es el 10 de Junio, andan los pavos por casa, como si ésta fuese la era del Mico. El mayordomo de los duques de Medina de Rioseco, que suele ir á casa á pedirnos dinero prestado, se queda estupefacto de ver tanta abundancia, y dice que no ha visto despensa como la nuestra.

—Eso sí—dijo Restituta,—no nos duele gastar en el plato, ni en buena ropa para vestir, ni en buen cisco de retama para la lumbre. Vivimos tranquilos y felices. Nuestra única pena ha consistido hasta ahora en no tener una persona querida á quien dejar lo que poseemos, cuando Dios se sirva llamarnos á su santa gloria; porque los parientes que nos quedan en Santiagomillas son unos pícaros que nos dan mucho que hacer.

Al oir esto, D. Mauro movió el resorte de la risa y miró á Inés, diciendo:

—Pero aquí nos depara Dios á nuestra querida sobrinita, á esta rosa temprana, á esta señoritica que parece un ángel: ¡ay! si no puede negar la pinta, si es *éntica* á su madre.

—Por Dios, Mauro—exclamó Restituta,—no traigas á la memoria á aquella santa mujer, porque yo estoy todavía tan impresionada con su muerte, que si la recuerdo, se me vienen las lágrimas á los ojos.

—Todo sea por Dios, y hágase su santa voluntad—dijo Requejo tocando el resorte de la seriedad.—Lo que digo es que cuanto tengo y pueda tener será para esta palomita torcaz, pues todo se lo merece ella con su cara de princesa.

—Ya, ya...—indicó Restituta guiñando el ojo,—que no tendrá pretendientes en gracia de Dios. Marquesitos y condesitos conozco yo que no suspirarán poco debajo de nuestras ventanas cuando sepan que guardamos en casa tal primor.

—Pelambrones, hija, pelambrones sin un cuarto—añadió Requejo.—Cuando la niña haya de tomar estado, ya le buscaremos un jóven de una de las principales familias de España, que sea digno de llevarse esta joya.

—Eso por de contado. Casas hay muy ricas, donde no es todo apariencia, y mayorazgos conozco que en cuanto la vean y sepan la riqueza que ha de heredar de sus tios, beberán los vientos por conseguir su mano. Á fé mia que nuestra casa no es ningun guiñapo, y cuando pongamos en la sala las cortinas de sarga verde con ramos amarillos, y aquellos pájaros color de pensamiento que parecen vivos, no estará de mal ver para recibir,

en ella á todos los señores del Consejo Real. Pues poco tono se va á dar la niñita en su gran casa.

D. Celestino, viendo que su sobrina no contestaba nada á tan patéticas demostraciones de afecto, creyó conveniente hablar así:

—Ella les agradece á ustedes con toda el alma los beneficios que va á recibir.

—Ya estoy contento, Sr. D. Celestino—dijo Requejo.—Una cosa me faltaba y ya la tengo. Inés será mi heredera. Inés se casará con una persona que la merezca y que traiga tambien buenas peluconas; ella será feliz y nosotros tambien.

—No hables mucho de eso, porque lloro—dijo Doña Restituta.—¡Qué gusto es tener quien la acompañe á una en la soledad, y quien comparta las comodidades que Dios y nuestro trabajo nos han proporcionado. ¡Ay, Inesita, eres tan linda, que me recuerdas mi mocedad cuando iba á jugar á la huerta del convento de las madres Recoletas de Sahagun, donde me crié. Me parece que si ahora te separaran de mí, no tendria fuerzas para vivir.

Diciendo esto abrazó á Inés, y parecióme que el forro de su cara, es decir, la piel, se teñia de un leve rosicler.

—Puesto que Inés está impaciente por irse con nosotros—dijo Requejo,—esta misma tarde nos la llevaremos.

—¡Cómo! ¡esta tarde! ¡yo!—exclamó ella vivamente.

—Hija mia—dijo Restituta,—no conviene disimular el cariño que nos tienes. Somos tus tios, y de veras te digo que no debes agradecernos lo que hacemos por tí, pues obligacion nuestra es.

—Tal vez ponga reparos á ir con ustedes así... tan pronto—dijo con timidez D. Celestino;—pero no dudo que comprenda pronto las ventajas de su nueva posicion, y se decida...

—¡Que no quiere venir!—exclamó Requejo con asombro.—Con que nuestra sobrina no nos quiere... ¡Jesús! ¡Mayor desgracia!

—Sí... les quiere á ustedes—añadió el cura, tratando de conciliar la repugnancia que notaba en el semblante de Inés con el deseo de los Requejos.

—Hermano, no sabes lo que te dices—afirmó Restituta.—Nuestra sobrina es un dechado de modestia, de ingenuidad y de sencillez. ¿Quieres que se ponga ahora á hacer aspavientos en medio de la sala, saltando y brincando de gusto porque nos la llevamos? Eso no estaria bien. Por el contrario—prosiguió la hermana de D. Mauro,—se está muy calladita, y como muchacha honesta y bien criada... ¡ya se ve! como hija de aquella

santa mujer... disimula su alborozo y se está así mano sobre mano, bendiciendo mentalmente á Dios por la suerte que le depara.

—Entónces, Sr. D. Celestino—dijo Requejo,—nosotros nos vamos ahora á ver esas tierras de Ontígola que están ahí hácia la parte de Titulcia, y por la tarde cuando volvamos, Inés estará preparada para venirse con nosotros á Madrid.

—No tengo inconveniente, si ella está conforme—repuso el clérigo, mirando á su sobrina.

Mas no dieron tiempo á que ésta expresara su opinion sobre aquel viaje, porque los Requejos se levantaron para marcharse, diciendo que un coche de dos mulas les esperaba en el paradero del Rincon. Abrazaron por turno dos ó tres veces á su sobrina, hicieron ridículas cortesías á Don Celestino, y sin dignarse mirarme, lo cual me honró mucho, salieron, dejando al clérigo muy complacido, á Inés absorta y á mí furioso.



V


L punto se trató de resolver en consejo de familia lo que debia hacerse; pero deseando yo conferenciar con el buen cura para decirle lo que Inés no debia oir, rogué á ésta que nos dejase solos, y hablamos así:

—¿Será usted capaz, Sr. D. Celestino, de consentir que Inés vaya á vivir con ese ganso de D. Mauro, y la lechuza de su hermana?

—Hijo—me contestó,—Requejo es muy rico, Requejo puede dar á Inesilla las comodidades que yo no tengo, Requejo puede hacerla su heredera cuando estire la zanca.

—¿Y usted lo cree? Parece mentira que tenga usted más de sesenta años. Pues yo digo y repito que ese endiablado D. Mauro me parece un farsante hipocriton. Yo en lugar de usted, les mandaria á paseo.

—Yo soy pobre, hijo mio, ellos son ricos; Inés se irá con ellos. En caso de que la traten mal la recogeremos otra vez.

—No la tratarán mal, no—dije muy sofocado.—Lo que yo temo es otra cosa, y eso no lo he de consentir.

—Á ver, muchacho.

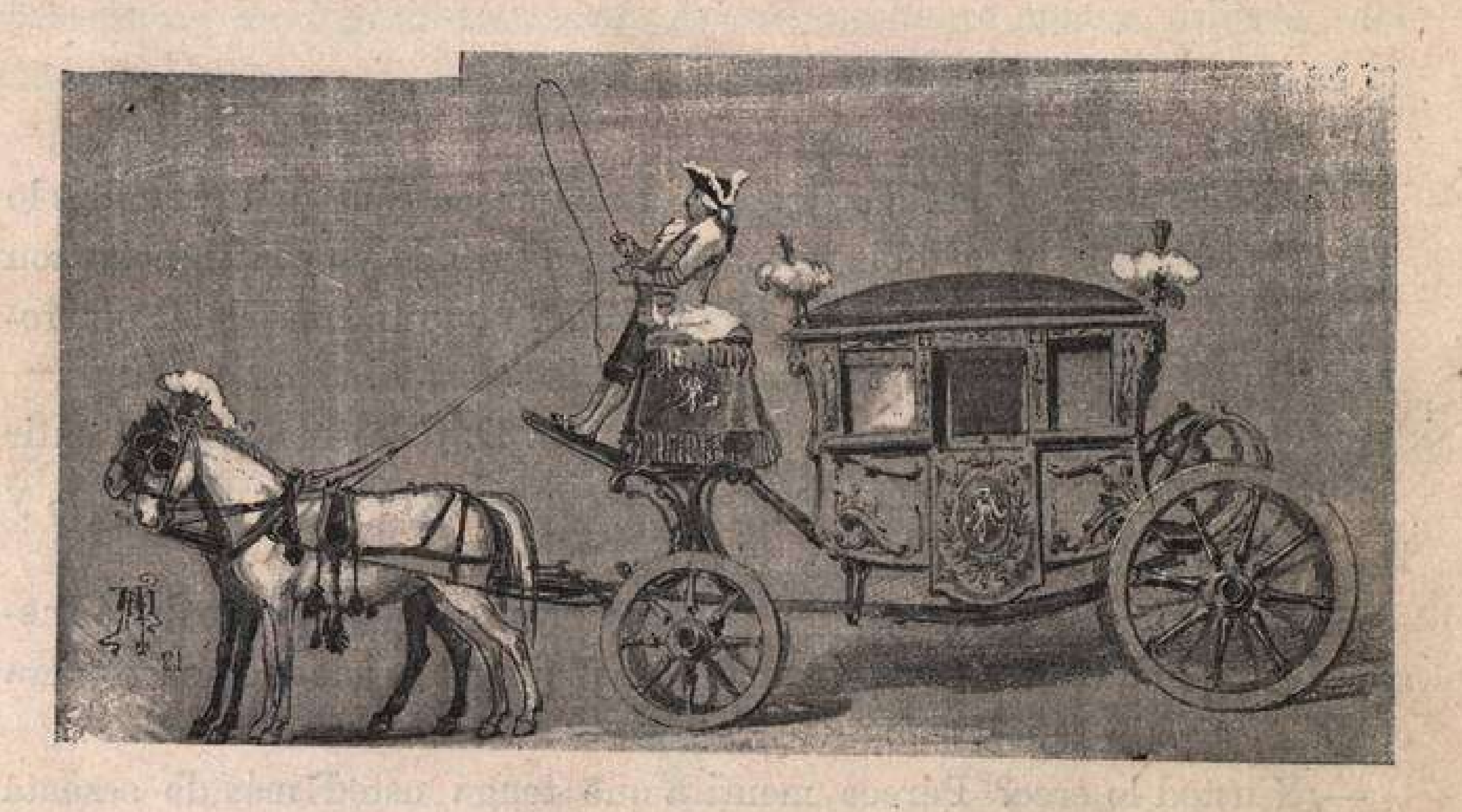
—Usted sabe como yo lo que hay sobre el particular; usted sabe que Inés no es hija de Doña Juana; usted sabe que Inés nació del vientre de una gran señora de la Córte, cuyo nombre no conocemos; usted sabe todo esto, y ¿cómo sabiéndolo no comprende la intencion de los Requejos?

—¿Qué intencion?

—Los Requejos despreciaron siempre á Doña Juana; los Requejos no

le dieron nunca ni tanto así; los Requejos ni siquiera la visitaron en su enfermedad; y ahora, Sr. D. Celestino de mi alma, los Requejos lloran recordando á la difunta, los Requejos echan la baba mirando á su sobrinita, y no puede ser otra cosa sino que los Requejos han descubierto quiénes son los padres de Inés; los Requejos han comprendido que la muchacha es un tesoro, y ¡ay! no me queda duda de que el Requejo mayor, ese poste vestido, trae entre ceja y ceja el proyecto de casarse con Inés, obligándola á ello luégo que la pille en su casa.

—Sosiégate, muchacho, y óyeme. Puede muy bien suceder que la intencion de los Requejos sea la que dices, y puede muy bien que sea la que ellos han manifestado. Como yo me inclino siempre á creer lo bueno, no dudo de la sinceridad de D. Mauro, hasta que los hechos me prueben lo



contrario. ¿Qué sabes tú si de la mañana á la noche verás á Inés hecha una damisela, paseando en magnífica carroza, con dos caballos empenachados y un encartonado cochero? Sí, verásla rodeada de lacayos y pajes, llena de diamantes como avellanas y viviendo en uno de esos caserones que hay en Madrid más grandes que conventos.

—¡Bah, bah! Eso es como cuando yo queria ser príncipe, generalísimo y secretario del Despacho. Á los diez y seis años se pueden decir tales cosas; pero no á los sesenta.

—Viviendo conmigo, Inés ha de estar condenada á perpétua estrechez. ¿No vale más que se la lleven los parientes de su madre, que parecen personas muy caritativas? En todo caso, Gabriel, si la muchacha no estuviere contenta allí, tiempo tenemos de recogerla, porque á mí, como tio carnal, me corresponde la tutela.

—¿Y por qué la deja usted marchar?

—Porque los Requejos son ricos... ¿lo comprenderás al fin?... porque Inés en casa de esa gente puede estar como una princesa, y casarse al fin con un comerciante muy rico de la calle de Postas ó de Platerías.

—Alto allá, señor mio—exclamé muy amostazado,—¿qué es eso de casarse Inés? Inés, Dios mediante, no se casará más que conmigo. Sí, ¡vaya usted á hablarle de comerciantes y de usías!

—Es verdad, no me acordaba, hijito—dijo el cura con algo de mofa.—¡Casarse á los diez y siete años! ¿El matrimonio es algun juego? Y además, hazme el favor de decirme qué ganas tú en la imprenta donde trabajas?

—Sobre tres reales diarios.

—Es decir, noventa y tres reales los meses de treinta uno. Algo es, pero no basta, chiquillo. Ya ves tú; cuando Inés esté en su sala con cortinas verdes de ramos amarillos y se siente en aquellas mesas donde hay siete pavos en Navidad, y todas las noches cena de perdiz por barba... ya ves tú, no sé cómo podrá arrimarse á ella un pretendiente con noventa y tres reales al mes, en los que traen treinta y uno.

—Eso ella es quien lo ha de decir—repuse con la mayor zozobra;—y si ella me quiere así, veremos si todos los Requejos del mundo lo pueden impedir. En resumidas cuentas, Sr. D. Celestino, ¿usted está decidido á que Inés se vaya esta tarde con D. Mauro?

—Decidido, hijo; es para mí un caso de conciencia.

—¿Y quién le dice á usted que con noventa y tres reales al mes no se puede mantener una familia? Pues á mí me da la gana de casarme, sí señor.

—¡Casarse á los diez y siete años! Uno y otro debeis esperar á tener los treinta y cinco cumplidos. La vida se pasa pronto: no te apures. Para entónces podreis casaros. Sois á propósito el uno para el otro. Casar y compadrar, cada uno con su igual. Veremos si de aquí allá te luce más el oficio.

—¿Y no puedo yo buscar un destinillo?

—Eso es como cuando se te puso en la cabeza que te iba á caer un principado ó un ducado.

—No: un destinillo de estos que se dan á cualquier pelon, en la contaduría de acá ó en la de allá.

—¿Pero crees tú que un destino es cosa fácil de conseguir?

—¿Por qué no?—respondí enfáticamente.—¿Pues para qué son los destinos sino para darlos á todos los españoles que necesitan de ellos?

—Hijo, las antesalas están llenas de pretendientes. Ya recordarás que á pesar de ser paisano y amigo del Príncipe de la Paz, estuve catorce años haciendo memoriales.

—Y al fin... pero hoy visita usted á S. A. y le trata; de modo que si le pidiera para mí una placita, no creo que se la negara.

—¡Ah!—exclamó D. Celestino con satisfaccion.—El dia que visité á Su Alteza fué para mí el más lisonjero de mi vida, porque oí de sus augustos labios las palabras más cariñosas. Si vieras con cuánto agasajo me trató; ¡y qué amabilidad, qué dulzura, qué llaneza, sin dejar por eso de ser príncipe en todos sus gestos y palabras! Cuando entré, yo estaba todo turbado y confuso, y la lengua se me quedó pegada al paladar. Mandóme S. A. que me sentara, y me preguntó si yo era de Villanueva de la Serena. ¿Ves qué bondad? Contestéle que habia nacido en los Santos de Maimona, villa que está en el camino real como vamos de Badajoz á Fuente de Cantos. Luégo me preguntó por la cosecha de este año, y le respondí que, segun mis noticias, el centeno y cebada eran malos, pero que la bellota venia muy bien. Ya comprenderás por esto el interés que se toma por la agricultura. En seguida me dijo si estaba contento en mi parroquia, á lo cual contesté afirmativamente, añadiendo que me tenia edificado la piedad de mis feligreses. Al decir esto no pude contener las lágrimas. Bien claro se ve que al Príncipe le interesa mucho cuanto se refiere á la religion. Habléle despues de que entretenia mis ocios con la poesía latina, y notifiquéle haber compuesto un poema en exámetros, dedicado á él. Enterado de esto, dijo que *bueno*, en lo cual se demuestra palmariamente su desmedida aficion á las letras humanas, y por fin, á los diez minutos de conferencia, me rogó afectuosamente que me retirara, porque tenia que despachar asuntos urgentísimos. Esto prueba que es hombre trabajador, y que las mejores horas del dia las consagra puntualmente á la administracion. Te aseguro que salí de allí conmovido.

—¿Y no vuelve usted?

—¡Pues no he de volver! Supliqué á S. A. que me fijara dia para llevarle el poema latino, y mañana tendré el honor de poner de nuevo los piés en el palacio de mi ilustre paisano.

—Pues yo iré con usted, Sr. D. Celestino—dije con mucha determinacion.—Iremos juntos y usted le pedirá un destino para mí.

—¡Estás loco!—exclamó el sacerdote con asombro.—No me creo capaz de semejante irreverencia.

—Pues se lo pediré yo—dije, más resuelto cada vez á entrar en la administracion.

—Modera esos arrebatos, jóven sin experiencia. ¿Cómo quieres que te presente sin más ni más al Príncipe de la Paz? ¿Qué puedo decir de tí, cuáles son tus méritos? ¿Conoces acaso por el forro los versos latinos? Has saludado siquiera el *Divitias alius fulvo sibi congerat auro*, el *Passer delitiæ meæ puellæ*, ó el *Cynthia prima suis me cepis ocellis*? ¿Estás loco, piensas que los destinos están ahí para los mocosos á quienes se les antoja pedirlos?

—Usted le dice que soy un jóven pariente suyo, y yo me encargo de lo demas.

—¿Pariente mio? Eso seria una mentira, y yo no miento.

Así disputamos un buen rato, y al fin, entre ruegos y razones, logré convencer al padre Celestino para que me llevara á presencia del serenísimo señor Godoy. Mi tenaz proyecto se explica por el estado de desesperacion en que me puso la visita de los Requejos y su propósito de cargar con la pobre Inés. La viva antipatía que ambos hermanos me inspiraron desde que tuve la desdicha de poner los ojos sobre ellos, engendró en mi espíritu terribles presentimientos. Se me representaba la pobre huérfana en dolorosa esclavitud bajo aquel par de trasgos, condenada á perecer de tristeza si Dios no me deparaba medios para sacarla de allí. ¿Cómo podia yo conseguirlo, siendo como era, más pobre que las ratas? Pensando en esto, vino á mi mente una idea salvadora, la que desde aquellos tiempos principiaba á ser norte de la mitad, de la mayor parte de los españoles, es decir, de todos aquellos que no eran mayorazgos ni se sentian inclinados al cláustro; la idea de adquirir una plaza en la administracion. ¡Ay! aunque habia entónces ménos destinos, no eran escasos los pretendientes.

España habia gastado en la guerra con Inglaterra la espantosa suma de *siete mil millones* de reales. Quien esto derrochó en una calaverada, ¿no podia darme á mí cinco mil para que me casara? Por supuesto, el pretender casarse entónces á los diez y siete años, era una calaverada peor que la de gastar siete mil millones en una guerra. Aquella idea echo raíces en mi cerebro con mucha presteza. Á la media hora de mi conferencia con D. Celestino, ya se me figuraba estar desempeñando ante la mesa forrada de bayeta verde, las funciones que el Estado tuviera á bien encomendarme para su prosperidad y salvacion. Atrevido era el proyecto de pedir yo mismo al poderoso ministro lo que me hacia falta; pero la gravedad de las circunstancias y el loco deseo de adquirir una posicion que me permitiera disputar la posesion de Inés á la temerosa pareja de los Requejos, disminuia los obstáculos ante mis ojos, dándome aliento para las empresas más difíciles.



La huérfana no disimuló al hablar conmigo la repugnancia que le inspiraban sus tios: tal vez hubiera yo logrado impedir el secuestro; pero D. Celestino repitió que era para él caso de conciencia, y con esto Inés no se atrevió á formular sus quejas, ¡tan grande era entónces la subordinacion á la autoridad de los mayores! La escrupulosidad del buen sacerdote no impidió, sin embargo, que yo hablara mil pestes de los dos hermanos, criticando sus fachas y vestidos, y comentando á mi manera aquello de los siete pavos y capones, con la añadidura de las perdices por barba en la hora de la cena. Tambien me reí con implacable saña de los tratamientos que se daban hermano y hermana, pues, segun el lector observaria, se llamaban simplemente *éste* y *ésta*. D. Celestino me dijo al oirme que tratase con más miramientos á dos personas respetables que habian sabido labrar pingüe fortuna con su trabajo y honradez, y entre tanto Inés preparaba de muy mala gana su equipaje.

No tardó la casa del cura en verse honrada de nuevo con las personas de los Requejos, que llegaron á eso de las cuatro, haciendo mil ponderaciones de las tierras adquiridas cerca de Ontígola; y su contento al ver que Inés se disponia á seguirles, fué extraordinario.

—No te des prisa, pimpollita—decia D. Mauro,—que todavía hay tiempo de sobra.

—Su impaciencia por emprender el viaje—añadió Doña Restituta, plegando de un modo indefinible el forro cutáneo de su cara—es tan viva, que la pobrecilla quisiera tener alitas para salir más pronto de aquí.

—Eso no—dijo D. Celestino algo amoscado,—que su tio no le ha dado malos tratos para que así se impaciente por abandonarle.

Inés se arrojó llorando en brazos del cura, y ambos derramaron muchas lágrimas. Por mi parte, tenia interés en que los Requejos no conocieran que un antiguo y cordial amor me unia á Inés; así es que disimulé mi sofocacion, y acechándola fuera, cuando salió en busca de un objeto olvidado, le dije:

—Prendita, no me digas una palabra, ni me mires, ni me saludes. Yo me quedo aquí; pero descuida, pronto nos hemos de ver allá.

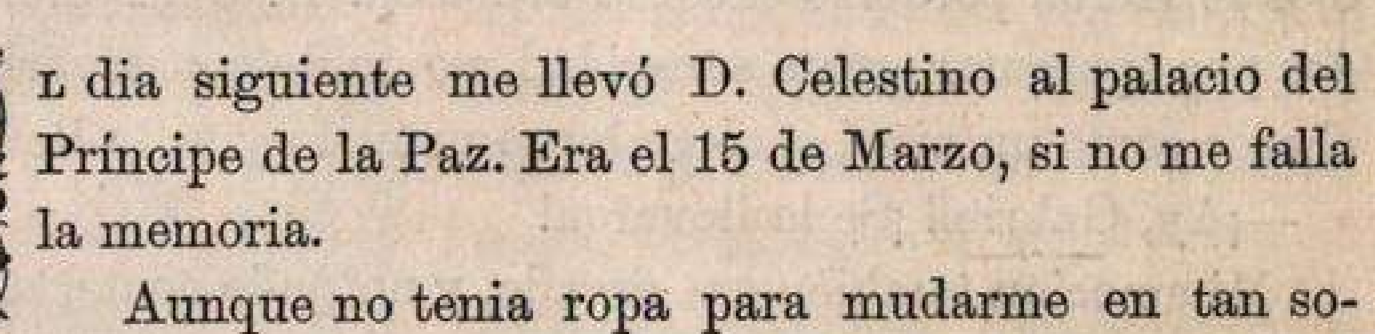
Llegó por fin la hora de la partida; el coche se acercó á la puerta de la casa. Inés entró en él muy llorosa y los Requejos tomaron asiento á un lado y otro, pues áun en aquella situacion temian que se les escapara. Jamás he visto mujer ninguna que se asemejara á un cernícalo como en aquel momento Doña Restituta. El coche partió, y al poco rato nuestros ojos le vieron perderse entre la arboleda. D. Celestino, que hacia esfuerzos por aparentar gran serenidad, no pudo conservarla, y haciendo pucheros como un niño, sacó su largo pañuelo y se lo llevó á los ojos.

—¡Ay, Gabriel! ¡Se la llevaron!

Mi emocion tambien era grande, y no pude contestarle nada.



VI



Al dia siguiente me llevó D. Celestino al palacio del Príncipe de la Paz. Era el 15 de Marzo, si no me falla la memoria.

Aunque no tenia ropa para mudarme en tan solemne ocasion, como la que llevaba á Aranjuez era la mejorcita, con una camisa limpia que me prestó el cura, quedé en disposicion, segun él mismo me dijo, de presentarme aunque fuera á Napoleon Bonaparte. Por el camino, y miéntras haciamos tiempo hasta que llegara la hora de las audiencias, D. Celestino sacaba del bolsillo interior de su sotana el poema latino para leerlo en alta voz, porque,

—Quizás el señor Príncipe—decia—me mande leer algun trozo, y conviene hacerlo con entonacion clásica y ritmo seguro, mayormente si hay delante algun embajador ó general extranjero.

Despues, guardando el manuscrito, añadió con cierta zozobra:

—¿Sabes que el sacristan de la parroquia, ese condenado Santurrias... ya le conoces... me ha puesto esta mañana la cabeza como un farol? Dice que el señor Príncipe de la Paz no dura dos dias más al frente de la nacion, y que le van á cortar la cabeza. Esto no merece más que desprecio, Gabrielillo; pero me da rabia de oir tratar así á persona tan respetable. Pues ¿qué crees tú? he descubierto que ese pícaro Santurrias es jacobino,

y se junta mucho con los cocheros del Infante D. Antonio Pascual, los cuales son gente muy alborotada.

—¿Y qué dice ese reverendo sacristan?

—Mil necedades; figúrate tú. Como si á personas de estudios y que tienen en la uña del dedo á todos los clásicos latinos, se les pudiera hacer tragar ciertas bolas. Dice que el señor Príncipe de la Paz, temiendo que Napoleon viene á destronar á nuestros queridos Reyes, tiene el propósito de que éstos marchen á Andalucía para embarcarse y dar la vela á las Américas.

—Pues anoche—dije yo—cuando fuí al meson á decir á los arrieros que no me aguardaran, oí decir lo mismito á unos que estaban allí, y por cierto que hablaban de su amigo y paisano de usted con más desprecio que si fuera un bodegonero del Rastro.

—No saben lo que se pescan, hijo,—me dijo el cura.—Pero ó yo me engaño mucho, ó los partidarios del Príncipe de Astúrias andan metiendo zizaña por ahí. Ello es que en Aranjuez hay mucha gente extraña y... quiera Dios. Ya me dijo esta mañana Santurrias que su mayor gusto será tocar las campanas á vuelo si el pueblo se amotina para pedir alguna cosa; pero ya le he dicho—y al hablar así D. Celestino se paró y con su dedo índice hacia demostraciones de la mayor energía,—ya le he dicho que si toca las campanas de la iglesia sin mi permiso, lo pondré en conocimiento del señor Patriarca para lo que éste tenga á bien resolver.

Con esta conversacion llegó la hora, y nosotros al palacio de Su Alteza. Atravesamos por entre varios guardias que custodiaban la puerta, porque ha de saberse que el Generalísimo tenia su guardia de á pié y de á caballo, lo mismo que el Rey, y mejor equipada, segun observaban los curiosos.

Nadie nos puso obstáculo en el portal ni en la escalera; pero al llegar á un gran vestíbulo, en cuyo pavimento taconeaban con estrépito las botas de otra porcion de guardias, uno de éstos nos detuvo, preguntando á Don Celestino con cierta impertinencia que á dónde íbamos.

—Su Alteza—dijo el clérigo muy turbado—tuvo el honor de señalarme... digo... yo tuve el honor de que él señalara el dia de hoy y la presente hora para recibirme.

—Su Alteza está en Palacio. Ignoramos cuándo vendrá—dijo el guardia dando media vuelta.

D. Celestino me consultó con sus ojos, y tambien iba á consultarme con sus autorizados labios, cuando se sintió ruido en el portal.

—¡Ahí está! Su Alteza ha llegado—exclamaron los guardias, to-

mando apresuradamente sus armas y sombreros para hacer los honores.

Pero el Príncipe subió á sus habitaciones particulares por la escalera excusada que al efecto existia en su palacio.

—Quizá Su Alteza no reciba hoy—dijo á D. Celestino el guardia que poco ántes nos habia detenido.—Sin embargo, pueden ustedes esperar, si gustan, y él avisará si da audiencia ó no.

Dicho esto, nos hizo pasar á una habitacion contigua y muy grande,



donde vimos á otras muchas personas que desde por la mañana habian acudido en solicitud del favor de una entrevista con S. A. Entre aquella gente habia algunas damas muy distinguidas, militares, señores á la antigua, vestidos con antiguas casacas y cubiertos con antiquísimas pelucas, y tambien algunas personas humildes.

Los pretendientes allí reunidos se miraban con recelo y mal humor, porque á todo el que hace antesala molesta mucho el verse acompañado,

considerando sin duda que si el tiempo y la benevolencia del ministro se reparten entre muchos, no puede tocarles gran cosa. Un ugier se acercó á nosotros y preguntó á D. Celestino quiénes éramos, á lo cual repuso el buen eclesiástico:

—Nosotros somos curas de la parroquia de... quiero decir, soy cura de la parroquia, y este jóven... este jóven gana noventa y tres reales en los meses de treinta y uno; y venimos á... pero yo no pienso pedirle nada al señor Príncipe, porque este picaron (señalando á mí) no se morderá la lengua para decirle lo que desea.

Cuando el ugier se alejó, dije á mi acompañante que tuviera cuidado de no equivocarse tan á menudo; que no anunciara anticipadamente nuestra comision pedigüeña, y que no habia necesidad de ir pregonando lo que yo ganaba, á lo que me respondió que él, como persona nueva en antesalas y palacios, se turbaba á la primera ocasion, diciendo mil desatinos. Uno de los señores que aguardaban se nos acercó, y reconociendo al cura, se saludaron ambos muy cortesmente, diciendo el desconocido:

—Sr. D. Celestino, ¿qué bueno por aquí?

—Vengo á visitar á S. A. Ya sabe usted que somos paisanos y amigos. Mi padre y su abuelo hicieron un viaje juntos desde Trujillo á la Vera de Placencia, y un tio de mi madre tenia en Miajadas una dehesa donde los Godoyes iban á cazar alguna vez. Somos amigos, y le estoy muy reconocido, porque á la munificencia de S. A. debo el beneficio que disfruto, el cual me fué concedido en cuanto S. A. tuvo conocimiento de mi necesidad; así es que desde mi primer memorial hasta el dia en que tomé posesion, sólo transcurrieron catorce años.

—Se conoce que el Príncipe quiso servirle á usted—dijo nuestro interlocutor.—No á todos se les despacha tan pronto. Hace veintidos años que yo pretendí que se me repusiera en mi antigua plaza de la Colecturía, del Noveno y del Excusado, y esta es la hora, Sr. D. Celestino. Á pesar de todo, yo no me desanimo, y ménos ahora, porque tengo por seguro que la semana que viene...

—No todos son tan afortunados como yo—dijo el optimista D. Celestino.—Verdad es que, como paisano y amigo de S. A., estoy en situacion muy favorable. De mi pueblo á Badajoz, cuna de D. Manuel Godoy, no hay más que trece leguas y media por buen camino, y estoy cansado de ver la casa en que nació este faro de las Españas. Así es que en cuanto supo mi necesidad...

—Pero diga usted—preguntó bajando la voz el señor de *la semana que viene;*—¿tenemos viaje de los Reyes á Andalucía ó no tenemos viaje?

—¿Pero usted cree tales paparruchas?—dijo D. Celestino.—Esa voz la ha corrido Santurrias, el sacristan de mi iglesia. Ya le he dicho que si tocaba las campanas sin mi permiso...

—Todo el mundo lo asegura. Ya sabe usted que ha venido mucha tropa de Madrid, y por las calles del pueblo se ve gente de malos modos.

—¿Pero qué objeto puede tener ese viaje?

—Amigo: ya Napoleon tiene en España la friolera de cien mil hombres. Ha nombrado general en jefe á Murat, el cual dicen que salió ya de Aranda para Somosierra. Y á todas estas, ¿hay alguien que sepa á qué viene esa gente? ¿Vienen á echar á toda la familia real? ¿Vienen simplemente de paso para Portugal?

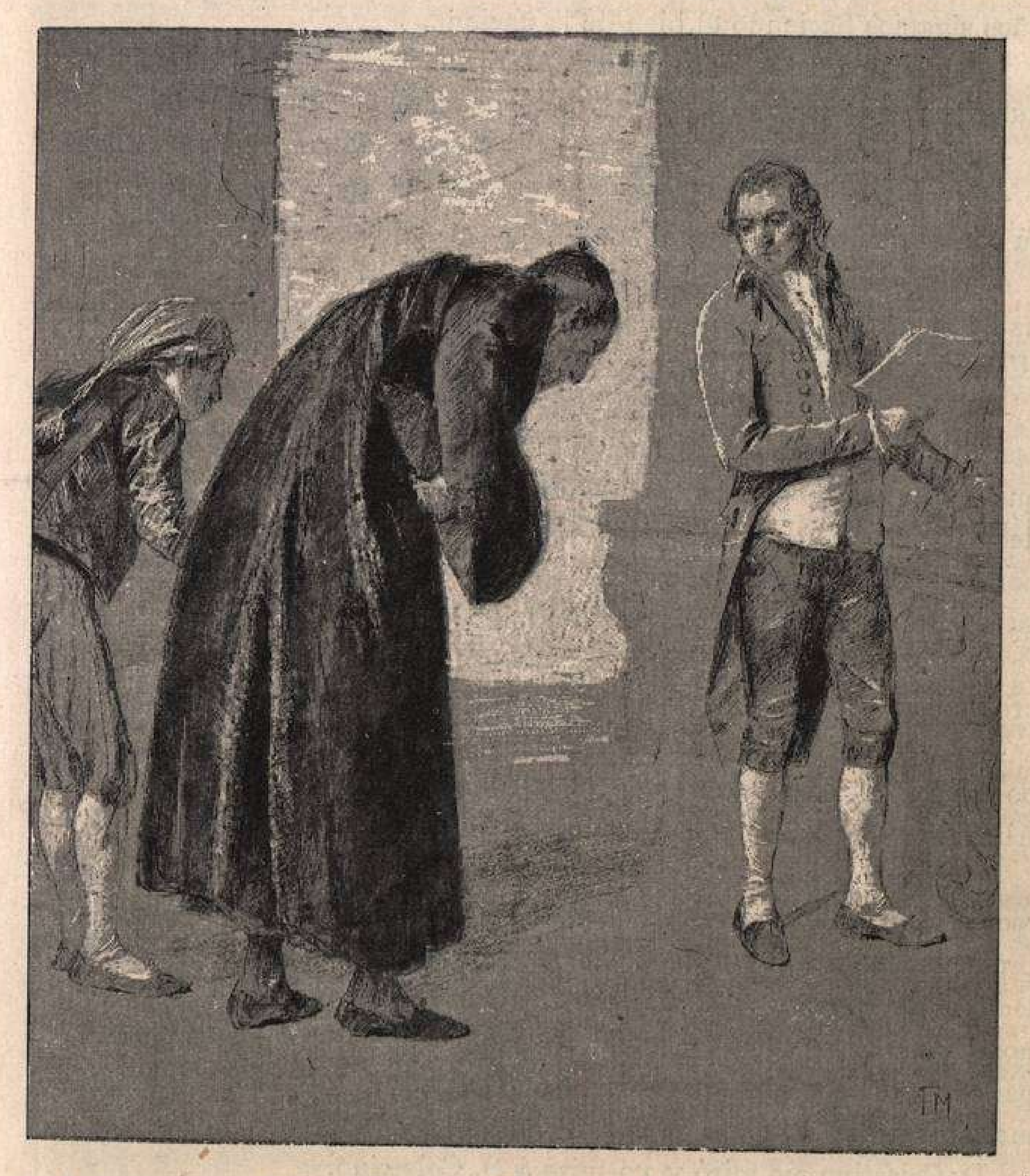
—¿Quién se asusta de semajante cosa?—dijo D. Celestino. Pongamos por caso que vengan con mala intencion. ¿Qué son cien mil hombres? Con dos ó tres regimientos de los nuestros se podrá dar buena cuenta de ellos, y ahí nos las den todas. Como S. A. se calce las espuelas... Eso del viaje es pura invencion de los desocupados y de los enemigos de S. A., que le insultan porque no les ha dado destinos. Como si los destinos se pudieran dar á todo el que los pretende.

No siguió esta conversacion, porque el ugier se acercó á nosotros, haciéndonos señas de que le siguiéramos. Su Alteza nos mandaba pasar. Cuando los demas pretendientes vieron que se daba la preferencia á los que habian llegado los últimos, un murmullo de descontento resonó en la sala. Nosotros la atravesamos muy orgullosos de aquella predileccion, y miéntras D. Celestino saludaba á un lado y otro con su bondad de costumbre, yo dirigí á los más cercanos una mirada de desprecio, que equivalia al convencimiento de mi próximo ingreso en la administracion de ambos mundos.

Pasamos de aquella sala á otras, todas ricamente alhajadas. ¡Qué bellos tapices, qué lindos cuadros, qué hermosas estátuas de mármol y bronce, qué vasos tan elegantes, qué candelabros tan vistosos, qué muebles tan finos, qué cortinajes tan espléndidos, qué alfombras tan muelles! No pude detenerme en la contemplacion de tan bonitos objetos porque el ugier nos llevaba á toda prisa, y yo me sentia atacado de una cortedad tal, que se disipó mi anterior envalentonamiento, y empecé á comprender que me faltarian ideas y saliva para expresar ante el Príncipe mi pensamiento. Por fin llegamos al despacho de Godoy, y al entrar ví á éste en pié, inclinado junto á una mesa y revisando algunos papeles. Aguardamos un buen rato á que se dignase mirarnos y al fin nos miró.

Godoy no era un hombre hermoso, como generalmente se cree; pero

sí extremadamente simpático. Lo primero en que se fijaba el observador era en su nariz, la cual, un poco grande y respingada, le daba cierta expresion de franqueza y comunicatividad. Aparentaba tener sobre cuarenta años: su cabeza, rectamente conformada y airosa, sus ojos vivos, sus finos modales y la gallardía de su cuerpo, que más bien era pequeño que gran-



de, le hacian agradable á la vista. Tenia sin duda la figura de un señor noble y generoso; tal vez su corazon se inclinaba tambien á lo grande; pero en su cabeza estaban el desvanecimiento, la torpeza, los extravíos y falsas ideas de los hombres y las cosas de su tiempo.

Nos miró, como he dicho, y al punto D. Celestino, que temblaba como un chiquillo de diez años, hizo una profunda cortesía, á la cual siguió otra

hecha por mi persona. Á mi acompañante se le cayó el sombrero; recogiólo, dió algunos pasos, y con voz tartamuda dijo así:

—Ya que Vuestra Alteza tiene el honor de... no... digo... ya que yo tengo el honor de ser recibido por Vuestra Alteza Serenísima... decia que me felicito de que le salud de Vuestra Alteza sea buena, para que por mil años sigamos haciendo el bien de la nacion...

El Príncipe parecia muy preocupado, y no contestó al saludo sino con una ligera inclinacion de cabeza. Despues pareció recordar, y dijo:

—¿Es usted el señor chantre de la catedral de Astorga, que viene á...?

—Permítame Vuestra Alteza—interrumpió D. Celestino—que ponga en su conocimiento como soy el cura de la parroquia castrense de Aranjuez.

—¡Ah!—exclamó el Príncipe—ya recuerdo... el otro dia... se le dió á usted el curato por recomendacion de la señora condesa de X (Amaranta). ¿Es usted natural de Villanueva de la Serena?

—No señor: soy de los Santos de Maimona. ¿No recuerda Vuestra Alteza esa villa? En el camino de Fuente de Cantos. Allí se cogen unas sandías que pesan muchas arrobas, y tambien hay muchos melones... Pues, como decia á Vuestra Alteza, hoy venia con dos objetos: con el de tener el honor de presentarme á Vuestra Alteza, para que este chico lea un poema latino que ha compuesto... no, quiero decir...

D. Celestino se atragantó, miéntras que el Príncipe, asombrado de mi precocidad en el estudio de los clásicos, me miraba con ojos benévolos.

—No—dijo el cura entrando de nuevo en posesion de su lengua.—El poema ha sido compuesto por mí, y, accediendo á los deseos de Vuestra Alteza, voy á comenzar su lectura.

El Príncipe adelantó la mano con ese instintivo movimiento que parece apartar un objeto invisible. Pero D. Celestino no comprendió que su protector rechazaba por medio de un movimiento físico la amenazadora lectura del poema, y firme en su propósito, desenvainó el manuscrito homicida. En el mismo instante, Godoy, que atendia poco á nosotros y parecia estar pensando cosas muy graves, volvióse bruscamente hácia la mesa y empezó á hojear de nuevo los papeles.

D. Celestino me miró y yo miré á D. Celestino.

Así transcurrió un minuto, al cabo del cual el Príncipe dirigióse hácia nosotros y dijo, señalando unas sillas:

—Siéntense ustedes.

Despues siguió en su investigacion de papeles. Sentados en nuestros asientos el cura y yo nos hablábamos en voz baja.

—Para exponerle tu pretension—me dijo el tio de Inés,—debes esperar

á que yo lea mi poema, en lo cual, con la pausa conveniente, no tardaré más que hora y media. El admirable efecto que le ha de producir la audicion de los versos clásicos, á que es tan aficionado, le predispondrá en tu favor, y no dudo que te concederá cuanto le pidas.

Despues de otro rato de espera, un oficial entró para dar un despacho al Príncipe. Éste le abrió al punto, y despues que lo hubo leido con mucha ansiedad, dejólo sobre la mesa y se dirigió hácia D. Celestino.

—Dispénseme usted—dijo—mi distraccion. Hoy es dia para mí de ocupaciones graves é inesperadas. No pensaba recibir á nadie en audiencia, y si le mandé entrar á usted fué porque sabia no es de los que vienen á pedirme destinos.

D. Celestino se inclinó en señal de asentimiento, y yo dije para mí: "Lucidos hemos quedado." Despues dirigióse S. A. á mí, y me dijo:

—En cuanto al poema latino que este jóven ha compuesto, ya tengo noticias de que es una obra notable. Persista usted en su aplicacion á los buenos estudios y será un hombre de provecho. No puedo hoy tener el gusto de conocer el poema; pero ya me habian hablado de usted con grandes encomios y desde luégo formé propósito de que se le diera á usted una plaza en la oficina de Interpretacion de Lenguas, donde su precocidad seria de gran provecho. Sírvase usted dejarme su nombre...

D. Celestino iba á contestar, rectificando el error; pero su turbacion se lo impidió. Ántes que mi compañero pudiera decir una palabra, levantéme yo, y extendiendo mi nombre sobre un papel que en la mesa encontré, ofrecílo respetuosamente al Príncipe, que concluyó así:

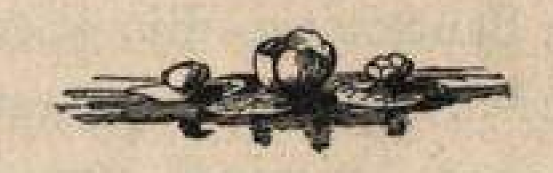
—Ruego á ustedes que tengan la bondad de retirarse, pues mis ocupaciones no me permiten prolongar esta audiencia.

Hicimos nuevas cortesías; D. Celestino balbució las fórmulas pomposas propias del caso, y salimos del despacho del Príncipe. Al pasar por la sala donde esperaban con impaciencia los demas pretendientes, el ugier lanzó esta terrorífica exclamacion:—"¡No hay audiencia!"

Al encontrarse en la calle, el buen cura, recobrando la serenidad de su espíritu y la soltura de su lengua, me dijo con cierto enojo:

—¿Por qué no le dijiste tú que el poema no era tuyo, sino mio?

No pude ménos de soltar la risa viéndole picado en su amor propio y considerando el extraño resultado de nuestra visita al Príncipe de la Paz.



VII



UES Gabrielillo—me dijo D. Celestino cuando entrábamos en la casa,—cierto es que hay demasiada gente en el pueblo. Se ven por ahí muchas caras extrañas, y tambien parece que es mayor el número de soldados. ¿Ves aquel grupo que hay junto á la esquina? Parecen trajineros de la Mancha... y entre ellos se ven algunos uniformes de caballería. Por este lado vienen otros que parecen estar bebidos... ¿oyes los gritos? Entrémonos, hijo mio, no nos digan alguna palabrota. Aborrezco el vulgo.

En efecto, por las calles del Real Sitio, y por la plaza de San Antonio discurrian más ó ménos tumultuosamente varios grupos, cuyo aspecto no tenia nada de tranquilizador. Asomábase á las ventanas el vecindario todo para observar á los transeuntes, y era opinion general que nunca se habia visto en Aranjuez tanta gente. Entramos en la casa, subimos al cuarto de D. Celestino, y cuando éste sacudia el polvo de su manteo y alisaba con la manga las rebeldes felpas del sombrero de teja, la puerta se entreabrió, y una cara enjuta, arrugada y morena, con ojos vivarachos y tunantes, una cara de esas que son viejas y parecen jóvenes, ó al contrario, cara á la cual daba peculiar carácter toda la boca necesaria para contener dos filas de descomunales dientes, apareció en el hueco. Era Gorito Santurrias, sacristan de la parroquia.

—¿Se puede entrar, señor cura?—preguntó, sonriendo con aquella jovialidad mixta de bufon y de demonio que era su rasgo sobresaliente.

—Á tiempo viene el Sr. Santurrias—dijo el cura frunciendo el ceño,—porque tengo que prevenirle... Sepa usted que estoy incomodado, sí señor; y pues los sagrados cánones me autorizan para imponerle castigo... allá

veremos... y digo y repito que la gente que se ve por ahí no viene á lo que usted me indicó esta mañana. Pues no faltaba más.

—Señor cura—contestó irrespetuosamente Santurrias,—esta noche me desollará las manos la cuerda de la campana grande. Es preciso tocar, tocar para reunir la gente.

—¡Ay de Santurrias si suenan las campanas sin mi permiso!... Pero ¿qué quiere esa gentuza? ¿Qué pretende?

—Eso lo veremos luégo.

—Ande usted con Barrabás, diablo de siete colas. ¿Pero á qué viene esa gente á Aranjuez?—repitió D. Celestino dirigiéndose á mí.—Gabriel, se nos olvidó advertir al señor Príncipe de la Paz lo que pasa, y aconsejarle que no esté desprevenido. ¡Cuánto nos hubiese agradecido Su Alteza nuestro solícito interés.

—Ya se lo dirán de misas—murmuró burlonamente Santurrias.—Lo que quiere esa gente es impedir que nos lleven para las Indias á nuestros idolatrados Reyes.

—¡Já, já!—exclamó el sacerdote, poniéndose amarillo.—Ya salimos con la muletilla. Como si uno no tuviera autoridad para desmentir tales rumores; como si uno no fuera amigo de personas que le enteran de lo que pasa; como si uno no estuviera al tanto de todo.

Diciendo esto, D. Celestino no quitaba de mí los ojos, buscando sin duda una discreta conformidad con sus afirmaciones. En tanto Santurrias, que era uno de los sacristanes más tunos y desvergonzados que he visto en mi vida, no cesaba de burlarse de su superior gerárquico, bien contradiciéndole en cuanto decia, bien cantando con diabólica música una irreverente ensaladilla compuesta de trozos de sainete mezclados con versículos latinos del Oficio ordinario.

—¡Ay, señor cura, señor cura!—dijo.—Si veremos correr á su paternidad por el camino de Madrid con los hábitos arremangados. ¡Já, já, já!

Préstame tu moquero,
si está más limpio,
para echar los tostones
que me has pedido.

Asperges me, Domine, hissopo, et mundabor.

—Mi dignidad—repuso el clérigo, cada vez más amostazado,—no me permite rebajarme hasta disputar con el Sr. de Santurrias. Si yo no le tratara de igual, como acostumbro, no se habria relajado la disciplina eclesiástica; pero en lo sucesivo he de ser enérgico, sí señor, enérgico, y si

Santurrias se alegra de que esa plebe indigna vocifere contra el Príncipe de la Paz, sepa que yo mando en mi iglesia, y... no digo más. Parece que soy blando de genio; pero Celestino Santos del Malvar sabe enfadarse, y cuando se enfada...

—Cuando llegue la hora del jaleo, señor cura, su paternidad nos sacará aquellas botellitas que tiene guardadas en el armario, para que nos refresquemos—dijo Santurrias, descosiéndose de risa otra vez.

—¡Borracho! así está la santa Iglesia en tus pícaras manos—repuso el clérigo.—Gabriel, ¿querrás creer que hace dos dias tuve que coger la escoba y ponerme á barrer la capilla del Santo Sagrario, que estaba con media vara de basura? Desde que llegué aquí, me dijeron que este hombre acostumbraba visitar la taberna del tio Malayerba: yo me propuse corregirle con piadosas exhortaciones; pero ¡el Diablo le lleve! hay dias, chiquillo, que hasta el vino del Santo Sacrificio desaparece de las vinajeras. ¡Y esto se permite tener opinion, y disputar conmigo, asegurando que si cae ó no cae el dignísimo, el eminentísimo, ¡óigalo usted bien! el incomparabilísimo Príncipe de la Paz!

—Pues y nada más. ¡Como que no le van á arrastrar por las calles de Aranjuez, como al giganton de Pascua florida!...

—¡Qué abominaciones salen por esa boca, Dios de Israel!

Santurrias tan pronto ahuecaba la voz para cantar gravemente un trozo de la misa ó del oficio de difuntos, como la atiplaba entonando con grotescos gestos una seguidilla. Luégo imitaba el son de las campanas, y hasta llegó en su irrespetuoso desparpajo á remedar la voz gangosa de mi amigo, el cual, todo turbado, variaba de color á cada instante, sin poder sobreponerse á las zumbas de su miserable subalterno.

—Pero en resúmen—dijo al fin,—¿qué es lo que mi señor sacristan espera? ¿Cuenta, sin duda, con ordenarse de menores para que le hagan cardenal subdiácono?

—Allá veremos, Sr. D. Celestino—contestó el bufon.—Esta noche ó mañana veremos lo que hace Santurrias. No tema nada mi curita, que ya le pondremos en salvo.

Tuba mirum spargens sonum
per sepulchra regionum
coget omnes ante thronum.

Esta sí que es tira, tirana:
ojo alerta, cuidado, señores,
que aunque tengan las caras de plata
muchas tienen las manos de cobre.

—Eso es, mezcle usted los cantos divinos con los mundanos. Me gusta. Pero se me acaba la paciencia, señor rapa-velas. ¡Oh, Gabriel! estoy sofocadísimo. Yo bien sé que no hay nada; que no ocurre nada: bien sé que de ese monigote no hay que hacer caso. Sabe Dios cuántos cuartillos de lo de Yepes tendrá en el bendito estómago; pero conviene averiguar... Mira, hijito, sal tú por ahí, entérate bien, y tráeme noticias de lo que se dice en el pueblo. Puede que esos tunantes tengan el propósito aleve... Si así fuese, haz lo que te digo; que aquí quedo yo esperándote, y en cuanto descabece un sueñecito, iré á prevenir al Príncipe, para que se ande con cuidado... ¡Pues no me lo agradecerá poco el buen señor!

No sólo por obedecerle, sino tambien por satisfacer mi curiosidad, salí de la casa y recorrí las calles del pueblo. El gentío aumentaba en todas partes, y especialmente en la plaza de San Antonio. No era preciso molestar á nadie con preguntas para saber que el generoso pueblo, enojado con la noticia verdadera ó falsa de que los Reyes iban á partir para Andalucía, parecia dispuesto á impedir el viaje, que se consideraba como una combinacion infernal fraguada por Godoy, de acuerdo con Bonaparte.

En todos los grupos se hablaba del Generalísimo, como es de suponer, y en verdad digo que no hubiera querido encontrarme en el pellejo de aquel señor, á quien poco ántes habia visto tan fastuoso y espléndido; pero sabido es que la Fortuna suele ser la más traidora de las diosas con aquellos mismos que favoreció demasiado, y no hay que fiarse mucho de esta ruin cortesana. Decia, pues, que á los vasallos del buen Cárlos no les parecia muy bien el viaje, y aunque hasta entónces no se les habia hablado del derecho á influir en los destinos de esta nuestra bondadosa madre España, ello es que, guiados sin duda por su instinto y buen ingenio, aquellos benditos se disponian á probar que para algo respiraban doce millones de séres humanos el aire de la Península.

Más de dos horas estuve paseándome por las calles. Como á cada instante llegaba gente de la Córte, traté de encontrar alguna persona conocida; pero no hallé ningun amigo. Ya me retiraba á la casa del cura, cercana la noche, cuando de un grupo se apartó un jóven de más edad que yo, y llegándose á mí con aparatosa oficiosidad, me saludó llamándome por mi nombre y pidiendo informes acerca de mi importantísima salud. Al pronto no le conocí; mas cuando cambiamos algunas palabras, caí en la cuenta de que era un señor pinche de las reales cocinas, con quien yo habia trabado conocimiento cinco meses ántes en el Palacio del Escorial.

—¿No te acuerdas de quien te daba de cenar todas las noches?—me dijo.—¿No te acuerdas del que contestaba á tus mil preguntas?

—¡Ah! sí—repuse,—ya reconozco al Sr Lopito; has engordado, sin duda.

—La buena vida, amigo—dijo con petulancia, terciando airosamente la capa en que se envolvia.—Ya no estoy en las cocinas; he pasado á la montería del señor Infante D. Antonio Pascual, donde no hay mucho que hacer y se divierte uno. Velai; ahora nos han mandado que nos quitemos las libreas y paseemos por el pueblo... en fin, esto no se puede decir.

—Pues yo por nada serviria en Palacio. Tres dias fuí paje de la señora condesa Amaranta, y quedé harto.

—Quita allá; en ninguna parte se vive como en Palacio, porque despues que le dan á uno buena cama, buen plato y buena ropa, cuando llega una ocasion como esta no falta un dobloncito en el bolsillo... Pero esto no es para dicho aquí entre tanta gente, y allí está la taberna del tio Malayerba, que parece llamarnos, para que refrescando en ella nos contemos nuestras vidas.

Lopito era un chicuelo de esos que prematuramente se quieren hacer pasar por hombres, pues tambien entónces existia esta casta, no conociendo para tal objeto otros medios que beber á porrillo y dar de puñetazos en las mesas, desvergonzarse con todo el mundo, mirar con aire matachin, y contar de sí propios inverosímiles aventuras. Pero con estas cualidades y otras muchas, el ex-pinche no dejaba de ser simpático, sin duda porque unia á su vanidosa desenvoltura la generosidad y el rumbo, que acompañan por lo regular á los pocos años. Convidóme á cenar en la taberna, charlamos luégo hasta las nueve y nos separamos tan amigotes, cual si hubiéramos aprendido á leer en la misma cartilla.

Al dia siguiente, como no me era posible volverme á Madrid, á causa de que los trajineros pedian fabulosos precios por el viaje, nos reunimos otra vez. Lopito estaba tan desocupado como yo, y entre la taberna del tio Malayerba y los jardines del Príncipe nos pasamos la mayor parte del dia, conferenciando sobre cuanto nos ocurria, y especialmente acerca de acontecimientos públicos, asunto en que él se daba extraordinaria importancia. Al principio se mostraba algo reservado en esta cuestion; pero por último, no pudiendo resistir dentro de su alma el sofocante peso de un secreto, se franqueó conmigo generosamente.

—Si quieres—me dijo—puedes ganarte algunos cuartos. Yo te llevaré en casa del Sr. Pedro Collado, criado de S. A. el Príncipe Fernando, y verás cómo te dan soldada. ¿Ves esos paletos manchegos que andan por ahí? Pues todos cobran ocho, diez ó doce reales diarios, con viaje pagado y vino á discrecion.

—¿Y por qué es eso Lopito? Yo creí que esa gente gritaba y chillaba porque así era su gusto. De modo que todo eso de *vivan nuestros Reyes* y lo de *muera el choricero*, es porque corre el dinero?

—No: te diré. Los españoles todos aborrecen á ese hombre; mas para que dejen sus casas y tierras y sus caballerías por venir aquí á gritar, es preciso que alguien les dé el jornal que pierden en un dia como este. Todos los que servimos al Infante D. Antonio Pascual y los criados del Príncipe de Astúrias hemos estado por ahí buscando gente. De Madrid hemos traido medio barrio de Maravillas, y en los pueblos de Ocaña, Titulcia, Villatobas, Corral de Almaguer, Villamejor y Romeral, creo que no han quedado más que las mujeres y los viejos, pues hasta un racimo de chiquillos trajo el Sr. Collado.

—Pero tonto—dije yo, creyendo presentar un argumento decisivo,—¿qué importa que toda esa gente chille á las puertas de Palacio pidiendo lo que no les han de dar? ¿Pues no tiene ahí S. M. sus reales tropas para hacerse respetar? Porque ó somos ó no somos. Si con un puñado de gente gritona traida de los pueblos y de las Vistillas de Madrid se puede obligar al Rey á que haga una cosa, no sé para qué se toma ese señor el trabajo de llevar corona en la cabeza.

—Dices bien, Gabrielillo, y si el condenado Generalísimo estuviera seguro de que la tropa le sostenia, ya podian volverse á sus casas todos esos caballeros que han venido á darle una serenata; pero tú no sabes de la misa la media. Tambien han repartido dinero á la tropa—añadió bajando la voz;—y como el Príncipe de Astúrias tiene no sé cuántas arcas llenas de onzas de oro que le ha ido dando su padre para juguetes... ya ves... S. A. hará lo que le dé la gana, porque le ayudan todos los señores de la grandeza, muchos obispos, muchos generales, y hasta los mismos ministros que ahora tiene el Rey.

—Eso sí que es una grandísima picardía—exclamé con ira.—Son ministros del Rey, son compañeros del otro, á quien sin duda deben los zapatos con que se calzan, y al mismo tiempo le hacen la mamola al niño Fernando, porque ven que el pueblo le quiere, y dicen: "Por fas ó nefas, por la mano derecha ó por la izquierda, no ha de tardar en sentarse en el trono."

Con este diálogo llegamos á la taberna, y allí nos sentamos, pidiendo Lopito para sí aguardiente de Chinchon y yo tintillo de Arganda. No estábamos solos en aquella academia de buenas costumbres, porque cerca de la mesa en que nosotros perfeccionábamos nuestra naturaleza física y moral, se veian hasta dos docenas de caballeros, en cuyas fisonomías re-

conocí á algunos famosos Hércules y Teseos de Lavapiés, de aquellos que invocó con épico acento el poeta al decir:

Grandes, invencibles héroes,
que en los ejércitos diestros
de borrachera, rapiña,
gatería y vituperio,
fatigais las faltriqueras,
las tabernas y los juegos,
venid á escuchar el modo
de vengar nuestro desprecio.
Envidiable Pelachon;
Marrajo temido y fiero;
inimitable Zancudo,
y demas que sois modelo
de virtudes, venid todos...

Entre estos hombres ví otros de figura extraña, y tan astrosos y con tanto andrajo cubiertos, que daba lástima verles.



—Estos—me dijo Lopito, satisfaciendo mi curiosidad,—son lo mejorcito del Zocodover de Toledo, donde ejercitan su destreza en el aligeramiento de bolsillos y alivio de caminantes.

Tambien entraron en la taberna muchos soldados de caballería, y al poco rato se habia entablado conversacion tan viva, que no era posible entender ni una palabra, si palabras pueden llamarse las vociferaciones y juramentos de aquella gente. Unos sostenian que la familia real partiria aquella misma tarde, y otros que el Rey no habia pensado en tal viaje. Pronto se disiparon las dudas, porque corrió la voz de que S. M. dirigia la voz á sus súbditos por medio de una proclama que al punto se fijó en todos los sitios públicos. En ella, despues de llamar *vasallos* á los españoles, decia el buen Cárlos IV que la noticia del viaje era invencion de la malicia; que no habia que temer nada de los franceses, nuestros queridos amigos y aliados, y que él era muy dichoso en el seno de su familia y de su pueblo, al cual conceptuaba asimismo como empachado de prosperidad y bienaventuranza al amparo de paternales instituciones.

La mayor parte de los héroes de Zocodover y las Vistillas no parecian inclinados á dar crédito á la régia palabra, ántes bien se burlaban de cuantos acudian á leerla, añadiendo:—No se nos engañará. Á mí con esas... Aspacito, Sr. D. Cárlos, que ya lo arreglaremos.

Cuando fuí á casa encontré á D. Celestino loco de alegría: paseaba con la sotana suelta por su habitacion, y aunque no estaba presente, ni áun en sombra, el pícaro sacristan, mi amigo proferia con desaforado acento estas palabras:

—¿Lo ves, malvado Santurrias? ¿Lo ves, tunante, borracho, mal acólito, que no sabes más que juntar gotas de aceite y mocos de vela para venderlo en pelotillas? ¿Ves como yo tenia razon? ¿Ves como los Reyes no han pensado nunca en semejante viaje? Sí, que hay están esos señores en el trono para darte gusto á tí, pérfido sacristan, escurridor de lámparas y ganzúa de cepillos. ¿No bastaba que lo dijera yo, que soy amigo de Su Alteza Serenísima, y tengo estudios para comprender lo que conviene al interés de la Nacion? Véngase usted ahora con bromitas; amenáceme con tocar las campanas sin mi permiso. ¡Ah! agradézcame el muy tunante que no me cale ahora mismo manteo y teja para ir en persona á contarle á Su Alteza qué clase de pajarraco es usted, con lo cual, dicho se está que el señor Patriarca me lo pondria de patitas en la calle. Pero no, Sr. Santurrias; soy un hombre generoso y no iré; no quiero quitarle el pan á un viudo con cuatro hijos. Pero véngase usted ahora con bromitas, diciendo que mi paisano acá y allá; y que le van á arrastrar, y repita aquello de "¡Viva Fernando, *Kirie eleyson*! ¡Muera Godoy, *Christe eleyson*!" con que me despierta todos los dias.

Á este punto llegaba, cuando advirtió que yo estaba delante, y echándome los brazos al cuello, me dijo:

—Al fin hemos salido de dudas. Todo era invencion de Santurrias. ¿Qué hay por el pueblo? Estará la gente contentísima, ¿no? Ahora cuando salga el señor Príncipe de la Paz á paseo supongo que le vitorearán... ¡Ay! qué susto me he llevado, hijito. De veras creí que íbamos á tener un motin. ¡Un motin! ¿Sabes tú lo que es eso? En mi vida he visto tal cosa, y sírvase Dios llevarme á su seno ántes que lo vea. Un motin no es ni más ni ménos que salirse todos á la calle gritando viva esto ó muera lo otro, y romper alguna vidriera, y hasta si se ofrece golpear á algun desgraciado. ¡Qué horror! Gracias á Dios no tendremos ahora nada de esto, y sin duda la prudencia y tino de aquel hombre... ¿Sabes que estuve en su palacio á prevenirle de lo que pasaba y no me recibió?...

—Lo creo. En estos dias no tendrá S. A. humor para recibir, porque como dijo el otro, no está la Magdalena para tafetanes.

—Tal vez él tenga noticias de las picardías de Santurrias y de los otros perdidos con quien se junta en la taberna del tio Malayerba—continuó el cura.—¿Pero en dónde está ese endemoniado sacristan? No parece por aquí, porque sabe que le he de poner más colorado que un pimiento riojano.

No habia acabado de decirlo, cuando entreabriéndose la puerta, dejó ver los dientes, la plegada y siempre risueña boca, la esprimida cara y arrugada frente del sacristan.

—Venga acá—exclamó D. Celestino con alborozo;—venga el sapientísimo Sr. Santurrias, presunto cardenal metropolitano; venga acá para que nos ilustre con su saber, para que nos aconseje con su prudencia. ¿Puede decirnos cuándo es el viaje? Porque yo tengo para mí que la proclama de S. M. es una tiñería; ¿y qué crédito merece el Rey de las Españas, de las Indias, de Jerusalen, de Rodas, etc., cuando habla el Excmo. Sr. Don Gregorio de las Santurrias, sacristan que fué de monjas Bernardas, y hoy de mi parroquia? Á ver, ¿nos sacará de dudas su señoría?

—Mañana, mañana, mañanita, señor cura—contestó el sacristan.—Dígame su paternidad: ¿saca ó no las botellicas?

Y luégo, sin desconcertarse ante la ironía de su superior, sino por el contrario, burlándose de los graves gestos con que se le interpelaba, empezó á entonar los singulares cantos de su repertorio, haciendo mil grotescos visajes y moviendo los brazos, ya en ademan de repicar, ya aparentando recorrer el teclado de un órgano, ya en fin, con la postura propia de tocar la guitarra, sin dejar de cantar en la forma siguiente:

—*Domine, ne in furore tuo arguas me...*

Es la Córte la mapa
de ambas Castillas,
y la flor de la Córte
las Maravillas.
Anda, moreno,
que no hay cosa en el mundo
como tu pelo.

De profundis clamavi ad te, Domine. Domine exaudi vocem meam... Don, dilondon, don, don.



VIII



L dia siguiente no hallé tampoco quién me llevase á Madrid; pero deseando vivamente saber de Inés y curioso por oir de sus propios labios si era verdad ó mentira la bienaventuranza que le habian ofrecido los Requejos, determiné marcharme á pié, lo cual, si no era muy cómodo, era más barato: D. Celestino y yo hablábamos de esto, cuando Lopito entró buscarme.

—Esta noche—me dijo al bajar la escalera—tendremos fiesta. No lo digas ni á tu camisa, Gabrielillo. Pues verás... aquel papelote que escribió ayer el Rey es una farsa. Bien decia yo que D. Carlitos, con su carita de páscua, nos está engañando.

—¿De modo que hay viaje?

—Tan cierto como ahora es dia. Pero como no queremos que se vayan, porque esto es enjuague de Napoleon con Godoy para luégo repartirse á España entre los dos; como no queremos que se vayan, el viaje se prepara ocultamente para esta noche. Si fuera verdad que no pensaban salir, ¿por qué no se ha retirado la tropa? ¿Por qué ha venido más tropa, y más tropa, y más tropa? ¿Ves? Ahora está entrando un batallon por la calle de la Reina.

Confieso que á mí no me importaba gran cosa que saliese un batallon ó entraran ciento, ni tampoco me ponia en cuidado el que mi Sr. D. Cárlos se marchara á Andalucía ó á donde mejor le conviniese. Así se lo manifesté á mi amigo; pero hallándose el alma de Lopito inundada de generoso entusiasmo, por *el bien del reino*, me hizo ver que mi indiferen-

cia era censurable y hasta criminal. Largas horas pasamos discurriendo por el pueblo y matando el tiempo con amenas conversaciones. Él se empeñó en llevarme á la taberna, y á la taberna fuimos. La concurrencia era la misma, aunque el panorama de caras habia variado, viéndose entre ellas la de Santurrias, que no era la ménos animada. Tambien estaba allí muy macilento y meditabundo, con los agujereados codos sobre la mesa, el poeta calagurritano que dos años ántes capitaneaba la turba de silbantes en el estreno de *El sí de las niñas*, y con él libaba el néctar de Esquivias en el mismo vaso otro de los dioses menores del Olimpo Comellesco, el famoso Cuarta y Media, calderero y poeta. ¡Pobres hijos de Apolo!

El pinche me dijo que todos aquellos personajes habian venido de Madrid traidos por los confeccionadores de la conjuracion, y añadió:

—Esto para que se vea que tambien toman parte los hombres que se llaman *científicos*.

No puedo ménos de decir que toda aquella gente me repugnaba, y en cuanto á sus intenciones y propósitos, todo me parecia absurdo, sin explicarme por qué.

—Estúpidos—decia para mí,—¿pensais que semejante gatería es capaz de quitar y poner reyes á su antojo?

Pero en la noche de aquel mismo dia fué cuando pude medir en toda su inexplorada profundidad el abismo de ignorancia y fanatismo de aquel puñado de revolucionarios. No hallando otro alivio á mi aburrimiento que la asistencia á la taberna en compañía de Lopito, en cuanto cerró la noche procuré tranquilizar á D. Celestino y me fuí allá. Lopito, que me aguardaba con impaciencia, me dijo al verme á su lado:

—Me alegro de que hayas venido, pues con eso no perderás lo mejor. Aquí está reunida toda la gente, y despues... despues veremos.

La taberna del tio Malayerba estaba llena de bote en bote, y tambien disfrutaba el honor de una desmesurada concurrencia un patio interior, destinado de ordinario á paradero y taller de carretería. No puedo haceros formar idea de la variedad de trajes que allí ví, pues creo que habia cuantos han cortado la historia, la costumbre y el hambre con su triple tijera. Veíanse muchos hombres envueltos en mantas, con sombrero manchego y abarcas de cuero; otros tantos cuyas cabezas negras y redondas adornaba un pingajo enrollado, última gradacion del turbante oriental; otros muchos calzados con la silenciosa alpargata, ese pié de gato, que tan bien cuadra al ladron; muchos, con chalecos botonados de moneditas, se ceñian la faja morada, que parece el último giron de la bandera de las Comunidades; y entre esta mescolanza de paños pardos, sombreros negros

y mantas amarillas, se destacaban multitud de capas encarnadas, cubriendo cuerpos famosos de las Vistillas, del Ave-María, del Carnero, de la Paloma, del Águila, del Humilladero, de la Arganzuela, de Mira el Rio, de los Cojos, del Oso, de Tribulete, de Ministriles, de los Tres Peces, y otros célebres *faubourgs* (permítasenos la palabrota), donde siempre germinó al beso del sol de Castilla la flor de la granujería.

En cuanto á la variedad de las voces nada puedo decir, porque todos hablaban á un tiempo. Pero al fin de aquella reunion, como en todas las de igual naturaleza, resonó una voz para dominar á las demas. La multitud sabe á veces callar para oir, sin duda porque se marea con sus propios gritos. Algunos de los presentes dijeron: "que hable Pujitos,„ y al instante Pujitos, cediendo á los reiterados ruegos de sus *amigos políticos* (dispensadme este anacronismo), salió al patio, por no tener la taberna capacidad para tan grande auditorio, y subió á la tribuna, es decir, á un tonel.

Pujitos era lo que en los sainetes de D. Ramon de la Cruz se señala con la denominacion de *majo decente*, es decir, un majo que lo era más por aficion que por clase, personaje sublimado por el oficio de obra prima, el de carpintero y el de platero, y que no necesitaba vender hierro viejo en el Rastro, ni acarrear aguas de las fuentes suburbanas, ni cortar carne en las plazuelas, ni degollar reses en el matadero, ni vender aguardiente en *Las Américas*, ni machacar cacao en Santa Cruz, ni vender torrados en la verbena de San Antonio, ni lavar tripas allá por el portillo de Gilimon, ni freir buñuelos en la esquina del hospital de la V. O. T., ni ménos se degradaba viviendo holgadamente á expensas de ninguna mondonguera, ó castañera, ó de alguna de las muchas Vénus salidas de la jabonosa espuma del Manzanares. Pujitos estaba con un pié en la clase media; era un artesano honrado, un hábil maestro de obra prima; pero tan hecho desde su tierna y bulliciosa infancia á las trapisondas y jaleos manolescos, que ni en el traje ni en las costumbres se le distinguia de los famosos Tres Pelos, el Ronquito, Majoma y otras notabilidades de las que frecuentemente salian á visitar las córtes y sitios reales de Ceuta, Melilla, etc.

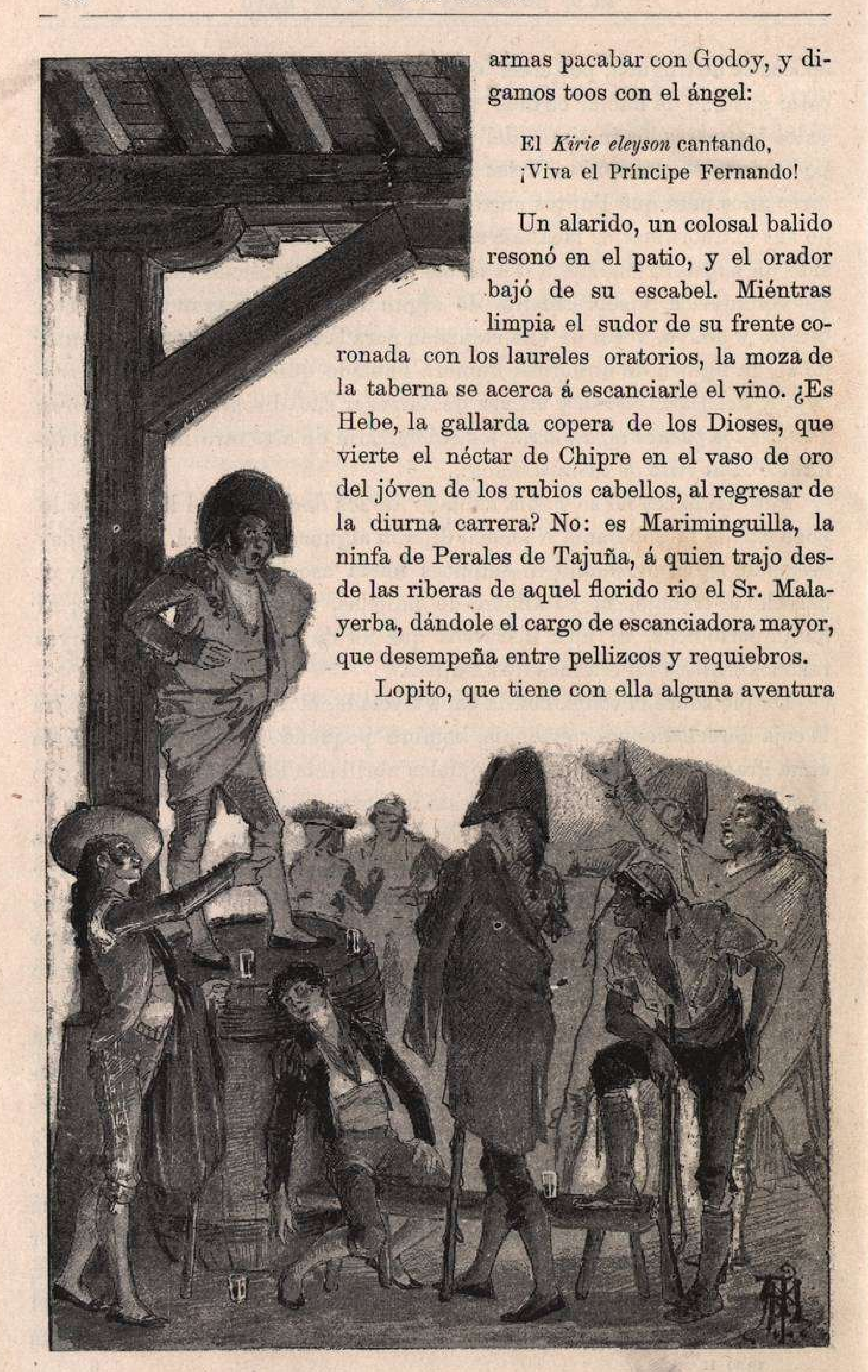
Pujitos era español, y como es fácil comprender, tenia su poco de imaginacion, pues alguno de los granos de sal, pródigamente esparcidos por mano divina sobre esta tierra, habia de caer en su cerebro. No sabia leer, y tenia ese don particular, tambien español neto, que consiste en asimilarse fácilmente lo que se oye; pero exagerando ó trastornando de tal manera las ideas, que las repudiaria el mismo que por primera vez las echó al mundo. Pujitos era ademas bullanguero; era de esos que en todas

épocas se distinguen, por creer que los gritos públicos sirven de alguna cosa; gustaba de hablar cuando le oian más de cuatro personas, y tenia todos los marcados instintos del personaje de club; pero como entónces no habia tales clubs, ni milicias nacionales, fué preciso que pasaran catorce años para que Pujitos entrara con distinto nombre en el uso pleno de sus extraordinarias facultades. Setenta años más tarde, Pujitos hubiera sido un zapatero suscrito á dos ó tres periódicos, teniente de un batallon de voluntarios, vicepresidente de algun círculo propagandista, elector diestro y activo, vocal de una comision para la compra de armas, inventor de algun figurin de uniforme; hubiera hablado quizás del *derecho al trabajo* y del *colectivismo*, y en vez de empezar sus discursos así: *Jeñores: Denque los güenos españoles...* los comenzaria de este otro modo: *Ciudadanos: Á la raíz de la revolucion...*

Pero entónces no se habia hablado de los derechos del hombre, y lo poco que de la Soberanía Nacional dijeron algunos no llegó á las tapiadas orejas de aquel personaje; ni entónces habia asociaciones de obreros, ni derecho al trabajo, ni batallones de milicias, ni gorros encarnados; ni habia periódicos, ni más discursos que los de la Academia, por cuyas razones Pujitos no era más que Pujitos.

De pié sobre el tonel, con la capa terciada, el sombrero echado sobre la ceja derecha, aquel personaje, hombre pequeño de cuerpo, si bien de alma grande, morenito, con sus ojuelos abrillantados por los vapores que le subian del estómago, habló de esta manera:

—Jeñores: Denque los güenos españoles golvimos en sí y vimos quese menistro de los dimonios tenia vendío el reino á Napolion, risolvimos ir en ca el palacio de su sacarreal majestad pa icirle como estemos cansaos de que nos gobierne como nos está gobernando, y que naa más sino que nos han de poner al Príncipe de Astúrias, pa que el puebro contento diga: "el *Kirie eleyson* cantando, ¡viva el Príncipe Fernando!" (*Fuertes gritos y patadas.*) Ansina se ha de hacer, que ínterin quel otro se guarda el dinero de la Nacion, el puebro no come, y Madrid no quiere al menistro, con que, ¡juera el menistro! que aquí semos toos españoles, y si quieren verlo, úrgennos un tantico y veran do tenemos las manos. (*Señales de asentimiento.*) Pos sigo iciendo que esombre nos ha robao, nos ha perdío, y esta noche nos ha de dar cuenta de too, y hamos de ecirle al Rey que le mande á presillo y que nos ponga al Príncipe Fernando, á quien por ésta (y besó la cruz), juro que le efenderemos contra too el que venga, manque tenga enjércitos y más enjércitos. Jeñores: astamos ya hasta el gañote, y ahora no hay naa más sino dejarse de pedricar y coger las



armas pacabar con Godoy, y digamos toos con el ángel:

El *Kirie eleyson* cantando,
¡Viva el Príncipe Fernando!

Un alarido, un colosal balido resonó en el patio, y el orador bajó de su escabel. Miéntras limpia el sudor de su frente coronada con los laureles oratorios, la moza de la taberna se acerca á escanciarle el vino. ¿Es Hebe, la gallarda copera de los Dioses, que vierte el néctar de Chipre en el vaso de oro del jóven de los rubios cabellos, al regresar de la diurna carrera? No: es Mariminguilla, la ninfa de Perales de Tajuña, á quien trajo desde las riberas de aquel florido rio el Sr. Malayerba, dándole el cargo de escanciadora mayor, que desempeña entre pellizcos y requiebros.

Lopito, que tiene con ella alguna aventura

pendiente, la llama, la pellizca tambien, dícele mil niñerías... Pero á todas estas la multitud que ocupa la taberna se levanta, obedeciendo á la órden de un hombre que allí se presentó de improviso. Salieron todos, y yo, no queriendo perder el final de una funcion que parecia ser divertida, les seguí.

—Silencio todo el mundo—dijo una voz, perteneciente, segun comprendí, á persona resuelta á hacerse obedecer; y la turba se puso en marcha con cierto órden. La noche era oscurísima; pero serena.

—¿Á dónde vamos, Lopito?—pregunté á mi compañero.

—Á donde nos lleven—me contestó por lo bajo.—¿Á que no sabes quién es ese que nos manda?

—¿Quién? ¿Aquel palurdo que va delante con montera, garrote, chaqueta de paño pardo y polainas; que se para á ratos, mira por las bocacalles y se vuelve hácia acá para mandar que callen?

—Sí; pues ese es el señor conde del Montijo. Con que figúrate, chiquillo, si no podemos decir aquel refran de... cuando los santos hablan, será porque Dios les habrá dado licencia.



IX

El grupo recorrió algunas calles y unióse á otro más numeroso que encontramos al cuarto de hora de haber salido. Lopito, señalándome las tapias que se veian en el fondo del largo callejon, me dijo:

—Aquellas son las cocheras y la huerta del Príncipe de la Paz.


Pujitos.

Pasamos de largo y vimos de léjos las dos cúpulas del palacio. Cerca del mercado se nos unieron otras muchas personas que, segun Lopito, eran cocheros, palafraneros, pinches, mozos de cuadra y lacayos del Infante Don Antonio y del Príncipe de Astúrias.

—Pero ¿qué vamos á hacer aquí?—pregunté á mi amigo.—¿Vamos á impedir que los Reyes salgan del pueblo, ó vamos simplemente á tomar el fresco?

—Eso lo hemos de ver pronto—me contestó.—Yo, si he de decirte la verdad, no sé lo que se ha de hacer, porque Salvador el cochero no me ha dicho más sino que

vaya donde van los demas y grite lo que los demas griten. Ves, ahí frente tenemos el palacio: no hay luces en las ventanas ni se oye ruido alguno, como no sea el de las ranas que cantan en los charcos del rio.

La voz del que nos mandaba dijo "alto," y no dimos un paso más.

—Es raro—dije á Lopito muy quedamente—que no hayamos encontrado centinelas que nos detengan; ni siquiera una ronda de tropa que nos pregunte á dónde vamos á estas horas.

—¡Necio!—me contestó.—¡Si sabrá la tropa lo que se pesca! ¿Pues qué hacen ellos sino estarse quietecitos en sus cuarteles esperando á que les digan: caballeros, esto se acabó?

Díme por convencido y callé. Durante un rato bastante largo no se oyó más que el sordo murmullo de diálogos sostenidos en voz baja, algunos sordos ronquidos, sofocadas toses, y á lo léjos el canto de las discutidoras ranas y el rumor de leves movimientos del aire, sacudiendo las ramas de los olmos, que empezaban á reverdecer. La noche era tranquila, triste, impregnada de ese perfume extraño que emiten las primeras germinaciones de la primavera. El cielo estaba tachonado de estrellas, á cuya pálida claridad se dibujaban las espesas y negras arboledas, la silueta cortada del Real Palacio, y más allá la figura del Anteo de mármol, levantado del suelo por Hércules, en el grupo de la fuente monumental que limita el llamado *Parterre*. El sitio y la hora eran más propios para la meditacion que para la asonada.

De improviso aquel silencio profundo y aquella oscuridad intensa se interrumpieron por el relámpago de un fogonazo y el estrépito de un tiro que no se sabe de dónde partió. La turba de que yo formaba parte lanzó mil gritos, desparramándose en todas direcciones. Parecia que reventaba una mina, pues no á otra cosa puedo comparar la erupcion de todo aquel rencor contenido. Todos corrian, yo corria tambien. Lucieron antorchas y linternas; se alzaron al aire nudosos garrotes; muchas escopetas se dispararon; oyóse un son vivísimo de cornetas militares, y una multitud de piedras, despedidas por manos muy diestras, fueron á despedazar, produciendo horribles chasquidos, los cristales de una gran casa. Era la del Príncipe de la Paz.

La historia dice que el tumulto empezó porque la multitud se empeñó en conocer á una dama encubierta que, acompañada de dos guardias de honor, salia en coche de casa del Generalísimo. Aseguran algunos que en una de las ventanas del palacio se vió una luz, considerada como señal para empezar la gresca.

Del tiro y toque de corneta no tengo duda, porque los oí perfecta-

mente. En cuanto á la luz, yo no la ví; pero creo haber oido decir á Lopito que él la vió, aunque no estoy muy seguro de ello. Poco importa que apareciera ó no: lo primero es, si no cierto, muy verosímil, porque el centro de la conjuracion estaba en el alcázar, y los principales conspiradores eran, como todo el mundo sabe, el Príncipe de Astúrias, su tio, su hermano, sus amigos y adláteres, muchos gentiles hombres, altos funcionarios de la casa del Rey y algunos ministros.

Los alborotadores se multiplicaban á cada momento, pues nuevas oleadas de gente engrosaban la masa principal, sin que un soldado se presentase á contener al paisanaje. No tardó en caer al suelo, destrozada por repetidos golpes y hachazos, la puerta del palacio del Príncipe de la Paz, cuyo nombre pronunciaba el irritado vulgo entre horribles juramentos y amenazas.

La turba siempre es valiente en presencia de estos ídolos indefensos, para quienes ha sonado la hora de la caida. Tienen éstos en contra suya la fatalidad de verse abandonados de improviso por los amigos tibios, por los servidores asalariados y hasta por los que todo lo deben al infeliz que cae, de modo que á las manos del odio, justo ó injusto, se unen para rematar la víctima las manos de la ingratitud, el más canalla de todos los vicios.

Sintiendo el auxilio de la ingratitud, la turba se envalentona, se cree omnipotente é inspirada por un estro divino, y despues se atribuye orgullosamente la victoria. La verdad es que todas las caidas repentinas, así como las elevaciones de la misma clase, tienen su manubrio interior manejado por manos más expertas que las del vulgo.

Cuando la puerta de la casa se abrió, precipitóse la turba en lo interior, bramando de coraje. Su salvaje resoplido me causaba terror é indignacion; mayormente cuando consideré que iba á saciar su sed de venganza en la persona de un hombre indefenso. Era aquella la primera vez que veia al pueblo haciendo justicia por sí mismo, y desde entónces le aborrezco como juez.

Á los gritos de "¡muera Godoy!„ se mezclaban preguntas de feroz impaciencia: "¿Le han cogido?„ "¿Le han matado?„ Todos querian entrar; pero no era posible, porque la casa estaba ya atestada de gente. Desde fuera y al través de los balcones, de par en par abiertos, se veia el resplandor de las hachas. Siniestros gritos y ruidos de muebles ó vasos que se quebraban bajo las garras de la fiera, salian de la casa á mezclarse con el concierto exterior. En un instante se encendió una gran hoguera que iluminó la calle: las campanas de todas las iglesias y conventos del pueblo

tocaban sin cesar; pero no podia definirse si aquellos tañidos eran toques de alarma ó repiques de triunfo.

Lopito, que bailaba como un demonio adolescente junto á la hoguera, se acercó á mí y me dijo:

—Gabriel, ¿no te entusiasmas? ¿Qué haces ahí tan friote? Ven, subamos al palacio. Alguna vez ha de ser para nosotros. ¿No dicen que todo lo ha robado á la nacion?

Casi arrastrado por mi jóven amigo entré en el palacio y subí á las



habitaciones altas, abriéndonos paso por entre los energúmenos que bajaban y subian. Recorrí todas las salas por las cuales habia transitado dos dias ántes; llegué al mismo despacho del Príncipe, y ví la mesa donde escribí mi nombre. La multitud subia y bajaba, abria alacenas, rompia tapices, volcaba sofás y sillones, creyendo encontrar tras alguno de estos muebles al objeto de su ira; violentaba las puertas á puñetazos; hacia trizas á puntapiés los biombos pintados; desahogaba su indignacion en

inocentes vasos de China; esparcia lujosos uniformes por el suelo, desgarraba ropas, miraba con estúpido asombro su espantosa faz en los espejos, y despues los rompia; llevaba á la boca los restos de cena que existian aún calientes en la mesa del comedor; se arrojaba sobre los finos muebles para quebrarlos, escupia los cuadros de Goya, golpeaba todo por el simple placer de descargar sus puños en alguna parte; tenia la voluptuosidad de la destruccion, el brutal instinto tan propio de los niños por la edad como de los que lo son por la ignorancia; rompia con fruicion los objetos de arte, como rompe el rapaz en su despecho la cartilla que no entiende; y en esta tarea de exterminio la terrible fiera empleaba á la vez y en espantosa coalicion todas sus herramientas, las manos, las patas, las garras, las uñas y los dientes, repartiendo puñetazos, patadas, coces, rasguños, dentelladas, testarazos y mordiscos.

La rabia del mónstruo aumentó cuando corrieron de boca en boca estas frases: "No está ese perro." "El endino se ha escapao." Efectivamente; el Príncipe no parecia por ninguna parte, de lo cual me alegré.

Cuando la turba no puede saciar su hambre de destruccion en el objeto humano de su rencor, suele darse el gustazo de tomar venganza en los cuerpos inocentes de los muebles que á aquél pertenecieron. Así ha ocurrido en todos los motines de nuestro repertorio, y asi ocurrió en aquel, más que ninguno famoso, por las diversas causas que lo ocasionaron. Convencidos, pues, los conjurados de que no habrian á las manos ni un pelo del Príncipe de la Paz, concibieron el heróico pensamiento de quemar todas las preciosidades del palacio recien saqueado. Con gozo sin igual, con la embriaguez del triunfo y la conciencia de su fuerza irresistible, comenzaron los nuevos huéspedes del palacio á arrojar por los balcones sillas, sofás, tapices, vasos, cuadros, candelabros, espejos, ropas, papeles, vajillas y otros mil perversos cómplices de la infame política de Godoy. La fiera cumplia este cometido con cierto órden, sin dejar de decir: "Muera ese tunante, ladron!" y "¡Viva el Rey, viva el Príncipe de Astúrias!"

Pero ántes de que empezara esta operacion, y cuando los exploradores se convencieron de que el Príncipe habia huido, la Princesa de la Paz, que estaba hasta entónces oculta, se presentó pidiendo socorro é implorando la compasion de la multitud. El miedo hacia temblar á la infeliz señora, lo mismo que á su hija, niña de corta edad, que con ambos puños en los ojos lloraba sin consuelo. No sé si los ruegos de la madre y de la hija ablandaron á los amotinados, ó si las personas de categoría que dirigian la fiesta determinaron poner en salvo con todo miramiento y consideracion á la infeliz princesa; lo cierto fué que, léjos de maltratarla de

obra ó de palabra, sacáronla de la casa, y puesta en una berlina fué llevada en *ca el palacio* de los Reyes, como decia Pujitos, el cual, sin que nadie se lo ordenara, se encargó de tan caballeresca comision.

Ustedes comprenderán que todo lo que fuese figurar en primer término agradaba á Pujitos, así es que si se reunia un peloton para marchar á cualquier parte, allí estaba él para mandarlo, complaciéndose en decir: "Malchen, media güelta á lizquielda," con tanta marcialidad como un coronel de guardias walonas. No me cansaré de repetirlo: Pujitos tenia en su cráneo, entre un lobanillo y un chichon, la protuberancia (¿cómo lo diré...?) la protuberancia de la *tenientividad.* Como Napoleon el genio de la guerra, poseia él el instinto de la milicia nacional, y los hados le permitieron gozar el mando de varias compañías en los años de jarana del 20 al 23 y áun posteriormente.

Cuando los infatigables trabajadores del motin comenzaron á arrojar por ventanas y balcones los muebles del palacio, Lopito, que llevaba á cuestas una maravillosa obra de porcelana, producto de los talleres de la Moncloa, se llegó á mí y díjome:

—Gabrielillo, cuidado cómo coges nada. El *tio Pedro*, que está allí observando lo que hacemos, tiene en la mano una pistola, y dice que levantará la tapa de los sesos al que robe cualquier chuchería. No es el único gran caballero que está entre nosotros. ¿Ves aquel hombre vestido de majo que está dando de patadas á un retrato de cuerpo entero? Pues es un gentil-hombre del cuarto del Príncipe. ¿Ves? ya pasó el pié del otro lado de la tela. Tremendo agujero le han hecho. ¡Al fuego, al fuego!

La hoguera, alimentada con tanto combustible, subia á enorme altura, y las llamas oscilantes iluminaban de un modo pavoroso la calle toda, y tambien el interior del palacio. Parecíamos los cíclopes de una inmensa fragua: y digo parecíamos, porque yo tambien, temiendo que mi falta de entusiasmo fuera sospechosa y me proporcionase algun porrazo, puse manos á la obra, y cogiendo una armadura milanesa, en cuyo peto y casco se veian batallas microscópicas, trabajadas por finísimo cincel, dí con ella en la calle y en la hoguera. Ni por un momento cesaban los gritos de "¡muera Godoy!," y sin duda querian matarlo á voces ya que de otra manera les fué imposible conseguirlo. Pero es de advertir que entre nosotros es muy comun el intento de arreglar las más difíciles cuestiones mandando vivir ó morir á quien se nos antoja, y somos tan dados á los gritos, que repetidas veces hemos creido hacer con ellos alguna cosa.

Yo no sé si los asaltadores de la casa del Príncipe de la Paz creian estar quemando algo más que muebles muy finos y primorosas obras de

arte; pero por lo que en boca de alguno de aquellos héroes oí, se me figura que ellos estaban convencidos de que hacian un gran papel político; de que con la llama de los espinos y de los brezos, sin cesar alimentada por ébanos tallados y bordadas telas, estaban cauterizando las más feas llagas de la doliente España. ¡Ay! He presenciado despues la misma escena repetida cada pocos años ya por esta idea, ya por la otra, y he dicho: "Algunas veces puede conseguirlo la espada en manos de un hombre de genio; pero el fuego en manos del vulgo, jamás."

Tras la armadura cogí un reloj de bronce, y al llevarlo sobre mí sentia el palpitar de su máquina. El pobrecillo andaba, vivia; aquel artificio, que tanto se parece á un sér animado, aquella obra de los hombres que parece una obra de Dios, y que ha sido inventada por la ciencia y adornada por las artes para uno de los más útiles empleos de la vida, iba á perecer á manos del hombre mismo, sin haber cometido más crímen que el de marcar las horas... ¿Pero á qué vienen estas consideraciones hechas ante la hoguera del rencor? Aunque me daba lástima del relojito, y lo estrechaba contra mi pecho escuchando su latido que iba á extinguirse, arrojéle al fin, y las mil piezas de su máquina ingeniosa repercutieron sobre el suelo. Al reloj siguieron cuantas baratijas encontré á mano, entre ellas guantes perfumados, un estuche de marfil, pequeñas estátuas de alabastro, y despues unos mapas del Asia, libros lujosamente encuadernados, que sin duda los muy necios se creian libres de la Inquisicion, unas pantuflas, cuatro casacas con galones de plata y oro y el pupitre en que dos dias ántes se habia extendido mi recomendacion. ¿Fortuna, vil prostituta, por qué te invocan los hombres? ¿Por qué con-

sagran su vida á buscarte, ya con afanes y trabajos, ya con intrigas y sutilezas, por todos los rincones del mundo, en altas y bajas esferas? ¿Y el que te encuentra porque se te entrega ciegamente, ignorante de tus traiciones? Vale más ser constante entre tus desdeñados que entre tus elegidos, y la mayor suerte del hombre será el no conocerte ni de nombre, y su mejor hazaña darte con la puerta en los hocicos el dia en que intentes penetrar en su casa.



X



UANDO revolvia uno de los armarios, aparecieron varias cruces; pero algunos de los presentes ni áun me permitieron tocarlas, y pusiéronlas todas en una bandeja de plata, para entregarlas, segun decian, al Rey en persona. Lo más singular de la determinacion de aquellos cortesanos tiznados con el hollin de la demagogia, era que disputaban sobre quién debia llevarlas, pues ninguno queria ceder á los demas semejante honor. Uno de ellos venció al fin; y no quisiera equivocarme, pero me pareció reconocer al señor de Mañara.

Con el crecer de la llama parecia que cobraban nuevos brios los quemadores, si bien puede atribuirse este fenómeno á que algunos zaques dieron vuelta á la redonda, humedeciendo los secos paladares, y alegrando los ánimos que un trabajo tan penoso como patriótico habia comenzado á abatir. Creí oir la voz de Pujitos, obligado nuevamente por sus *amigos políticos* á tomar la palabra; pero no, era Santurrias, que teniendo en la izquierda la bota y en la derecha mano un leño encendido, pronunciaba sentidas frases en loor del pueblo y del Rey, ambos en buen amor y compaña, para bien del *reino;* y añadia que el *endino* Príncipe de la Paz estaba bien castigado, puesto que eran ya cenizas todos los muebles que robó al *reino*, y que de *aquí palante*, es decir, en lo sucesivo, no habria más *menistros* pillos y *lairones*.

Las hogueras, cuando ya no habia nada que echarles, se aplacaron; el populacho, miéntras el tio Malayerba tuvo vino y Pujitos y Santurrias elocuencia, seguia ardiendo y chisporroteando. Algunos quisieron trasladar el teatro de sus ingeniosas proezas á las puertas de Palacio, no siendo

extraños los dos oradores á un proyecto que ensanchaba la esfera de sus triunfos; pero debió oponerse á esto el tio Pedro y compañeros de polaina, mayormente cuando tenian la seguridad de que el motin de las calles no era más que una sucursal de la gran asonada que en los mismos momentos estallaba en Palacio y en la cámara del Rey Cárlos IV.

Era ya la madrugada cuando quise retirarme, sin que lograra detenerme Lopito, que decia:

—Aún falta lo mejor. ¿Qué te parece, Gabrielillo, lo que hemos hecho? Pues *entavía* hemos de hacer mucho más. Ya habrá visto el Rey si se puede ó no se puede. Pónganos otra vez menistros malos y verá cómo en ménos que canta un gallo los despabilamos. Lo que es Lopito... je, je... ya habrán visto que tiene malas moscas... y como yo hubiera encontrado á Godoy en cualquiera parte de la casa, le juro que no sale vivo de mis manos.

Diciendo esto, el valiente pinche sacó una navajilla, con la cual le ví describir heróicas curvas en el aire.

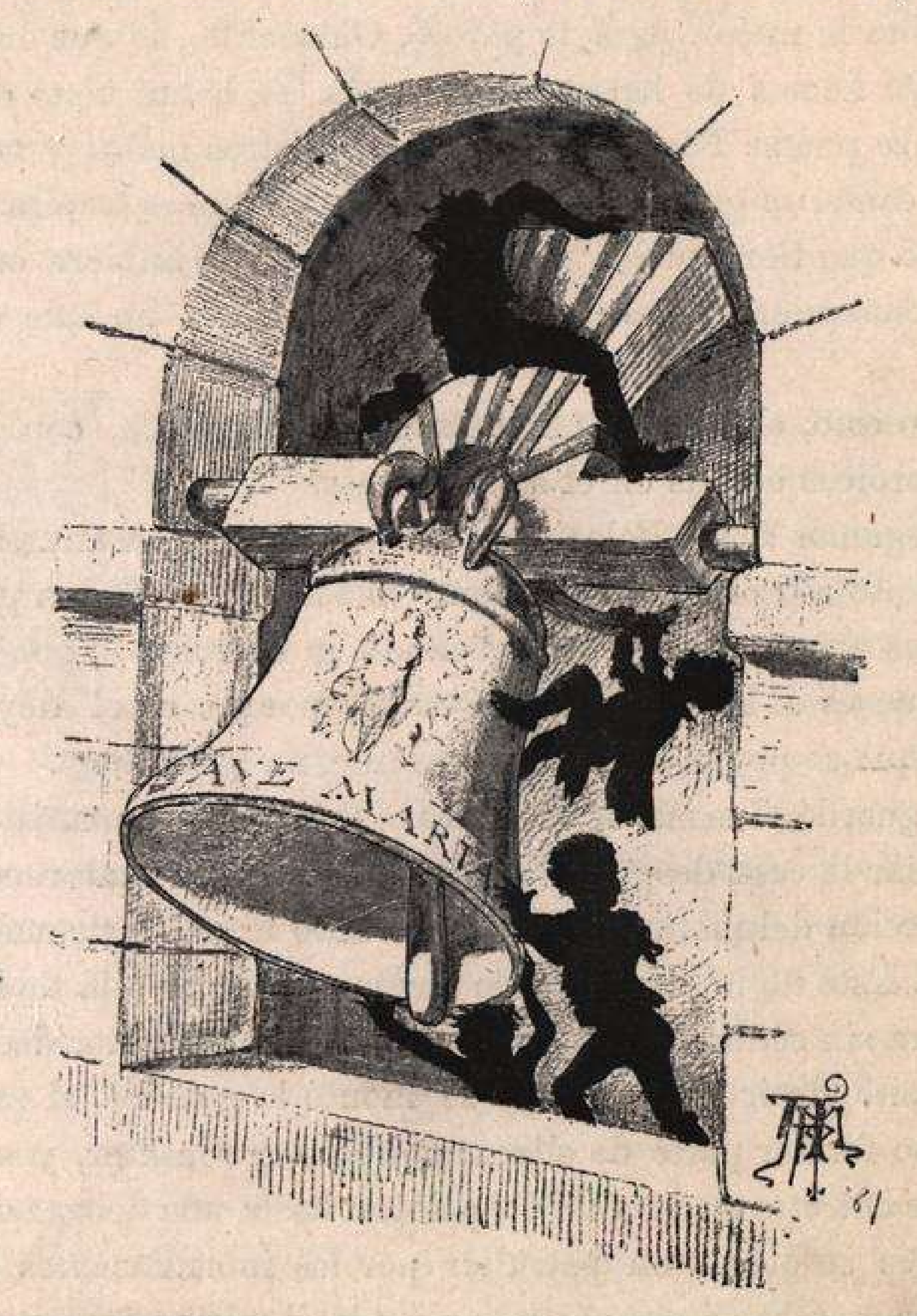
—Y si llegamos á ir á Palacio—prosiguió, alzando el arma homicida,—yo, yo mesmito soy el que me presento al Rey y á la Reina para decirles que si no nos ponen al Príncipe Fernando en el trono, lo pondremos nosotros. Lo que es al Rey no le haré nada, porque es el Rey; pero á la Reina, manque se ponga de rodillas delante, no la perdono.

Dijo, y guardó el arma. Á todas estas llegó una compañía de guardias para custodiar la casa despues de saqueada: fácil era comprender la inteligente direccion del motin, de que habia sido brutal instrumento un pueblo sencillo. Éste no hubiera podido dar un paso más allá de la línea que se le marcara sin sentir encima la fuerte mano de la autoridad.

No necesito decir que cuando se montó la guardia, el predestinado Pujitos quiso formar parte de ella, aunque no era militar, y su genio organizador se entretuvo en reunir en peloton hasta una docena de hombres, con los cuales se ocupó en patrullar por las inmediaciones de la casa, mandándoles marchar á compás y supliendo él mismo con su voz la falta de tambor.

Al fin me marché, no sólo porque tenia sueño, sino porque cuanto habia visto y oido me repugnaba con exceso. Llegué á la casa del cura, y no puedo haceros formar idea del estado de agitacion y de fiebre en que le encontré. Envuelta en un pañuelo la cabeza, puesta la sotana vieja y con un antiguo gaban de paño burdo echado sobre los hombros, y sus anchos pantuflos en los piés, estaba mi buen eclesiástico recorriendo de largo á largo los corredores y pasillos de su casa. Su aspecto era seme-

jante al de los que sufren un terrible dolor de muelas; á cada instante se llevaba las manos á las orejas, como para resguardarlas del ruido que hacian aún las campanas de la iglesia vecina; de vez en cuando golpeaba el suelo con fuerte patada, y á lo mejor daba media vuelta, cambiando de direccion en su calenturiento paseo. Entre tanto no cesaba de hablar un solo momento. ¿Con quién? Con las paredes, con la luna, con la parra, que enredándose en los maderos del corredor, extendia sus flacos y secos bra-



zos para coger alguna cosa. Cuando me vió, hablóme sin aguardar á que llegase á su lado.

—Estoy loco, Gabrielillo; ¿qué pasa, qué ocurre? ¿Oyes las campanas de la parroquia? Por los mártires de Alcalá juro... no, jurar no, que es pecado... prometo que Santurrias me las ha de pagar todas juntas. ¿Pero has visto cómo se burla de mí ese condenado? No es él el que toca, que si fuera... Mira, estaba yo descabezando el primer sueño, cuando me hizo saltar de la cama el ruido de las campanas. ¡Dios mio, qué algazara! Plin,

plan, plin, plan... parecia que el cielo se venia abajo. Lleno de indignacion corrí á la torre; pero Santurrias no estaba, y en su lugar sus cuatro hijos tocaban las campanas. Tal era mi cólera, que resolví mostrar la mayor energía, y les dije: "Pillos, granujas, váyanse de aquí noramala;" pero ellos se rieron de mí y siguieron tocando... plin, plan, plin, plan... ¡Si hubieras visto á los cuatro condenados muchachos, con qué alegría, con qué frenesí tiraban de las cuerdas!... ¡Malditos sean!... y uno de ellos, el mayor, es listillo y muy mono... y ayuda á misa como un zarapico. Pero me dió tal enfado, que les mandé salir de la torre. ¿Tú me obedeciste? pues ellos tampoco. El más chico me dijo: *Pare Gorio jué matal á Godoy y nos puso á que tocálamos fuelte, fuelte.* Desde las once hasta ahora no han cesado ni un momento. ¿Pero díme, qué ocurre en el pueblo? He visto el resplandor de una llamarada, he sentido gritos. La tia Gila fué por órden mia á ver lo que pasaba, y volvió horrorizada, diciendo que estaban quemando todo el Palacio Real de punta á punta, y los jardines, y el Tajo y la cascada. Cuéntame, hijito, que estoy sin sosiego.

Contéle lo que habia pasado en casa del Príncipe su amigo.

—Pero á estas horas habrán salido las tropas para castigar á esa vil plebe—me dijo.

—¡Quiá! Si entre la multitud habia muchos soldados... La tropa debe de estar sobornada.

—Pero á estas horas el Príncipe ha de estar tomando sus disposiciones para arreglarlo todo... porque él no es hombre que se anda con chiquitas, y si les sienta la mano... ¡Cuánto deploro no haber podido advertirle ayer lo que se preparaba! Ya ves, hubiéramos podido evitar ese tumulto. ¡Miserable de mí!... Yo, yo tengo la culpa de lo que está pasando. Si no fuera por este genio corto que Dios me ha dado...

—El Príncipe ha huido, y debe estar á estas horas muy léjos de Aranjuez.

—¡Que ha huido! No puede ser, no puede ser—exclamó con cierta enagenacion.—Gabriel, ¿para qué mientes? ¿Ó eres tú tambien de los que creen las majaderías y simplezas de Santurrias?

Á este punto llegábamos de nuestro coloquio, cuando sentimos una voz ronca y desapacible que gritaba en el portal.

—¡Ah!—dijo el cura;—me parece que siento á Santurrias. Ahora va á ser ella: no intercedas por él... estoy decidido... ahora sí que es preciso ser enérgico.

La voz se acercaba. Era efectivamente el sacristan, que cantaba así, subiendo por la escalera:

Vale una seguidilla
de las manchegas
por veinticinco pares
de las boleras.

Solvet sœclum in favilla, teste David cum Sibylla.

—Váyase usted, Sr. Santurrias—exclamó el cura.—No le quiero ver á usted, no quiero oir sus necedades.

El sacristan, que hasta entónces no nos habia visto, se paró ante nosotros, y lanzando una carcajada de estupidez, habló así, con lengua estropajosa:

El *Kirie eleyson* cantando,
¡Viva el Príncipe Fernando!

Luégo dió fuertes golpes en el suelo con un garrote medio quemado que en la mano traia, y acto contínuo empezó á marchar militarmente por el corredor, imitando con la boca el ruido del tambor.

—¡Está borracho!—dijo el cura.—Pero miserable, ¿no ves que el vino se te sale por los ojos?

Santurrias, apoyado en su palo para no caer al suelo, alargó su cuello, fijó en nosotros los encandilados ojos, arrugóse su cara más aún que de ordinario, y dijo:

—Señor paterniá: el Príncipe ha juío... ¡Viva el Rey! ¡Muera el Choricero! ¡Muera ese pillo lairon!... *¡O salutaris hooo...stia!* Si me bian dejao, le hago porvo con este palo... Prrum, prrum... ¡marchen! Media güelta... ¡Viva el comendante Pujitos!

—¡Oh espectáculo lastimoso!—dijo D. Celestino.—Está como una cuba. Ya no le aguanto más... á la calle, á la calle mañana mismo. Se lo diré al señor Patriarca... Pero no; ahora me acuerdo de que es un viudo con cuatro hijos.

Á todas estas las campanas seguian tocando con igual furia, prueba evidente de que el entusiasmo de los cuatro muchachos no habia disminuido.

Santurrias se agarró al antepecho del corredor para no caer. Despues de haber dicho mil heregías, que á D. Celestino le pusieron el cabello de puntas, dijo que nos iba á contar lo que habia hecho.

—Calla de una vez, deshonra de la santa Iglesia, borracho, hereje, blasfemo—le dijo D. Celestino empujándole.—Yo te aseguro que si no fueras un viudo con cuatro hijos...

—Pos, pos...—balbució Santurrias—lo que hamos hecho se llama... ¡ri-

golucion!... Que si vamos á Palacio, que si no vamos. Yo queria ir pa pedí la aldicacion.

—¡Cómo!—exclamó el cura con espanto.—¿Ha abdicado S. M. el Rey Cárlos IV?



Santurrias.

—Nones... entavía nones...

Quantus tremor es futurus
Quando judex est venturus.

Viva quien baila,
que merece la moza
mejor de España.

—¡Muera Godoy!... marchen... señor cura: ya el menistro no es menistro, polque el Rey...

—Creo que el Rey—dije yo para sacar de su ansiedad al buen anciano

—ha firmado ya la destitucion del Príncipe de la Paz. Segun allí se dijo, los ministros que estaban en Palacio se lo pedian así.

—Eso... eso... juimos á Palacio—continuó Santurrias, que no pudiendo sostenerse ya, habia caido al suelo,—y salió un gentilon con un papé escrito y leyó... y decia... decia: *Queriendo mandal por mi mesma mesmedá en el enjército y la marina, he venido en ex... ex... ex...*

—En exonerar—dijo el cura, dirigiendo sus ojos al cielo.

Santurrias murmuró algunas palabras más entre latinas y castellanas, y calló al fin. Un fuerte ronquido anunció el aplanamiento de aquel elevado espíritu, conturbado por el vino de la conjuracion.

Observé que D. Celestino enjugaba una lágrima con la punta del mismo pañuelo que tenia arrollado en la cabeza. Amanecia, y una turba de pájaros procedentes de los árboles cercanos, pasaron por sobre el pátio cantando un himno de paz. Las primeras luces de la mañana iluminaron la casa, y el cura se retiró á su cuarto, diciendo:

—Dentro de un rato diré la misa y la aplicaré por la salvacion de mi amigo el Príncipe de la Paz... ¡Ay! si yo le hubiera avisado con tiempo... Pero ¿no oyes? ¡Esas condenadas campanas me tienen loco!

En efecto, los cuatro muchachos seguian tocando.



XI

Pasé todo aquel dia durmiendo. Al caer de la tarde salí para observar el aspecto del pueblo, y en la taberna encontré á Lopito, que hacia con su navajita mil rúbricas en el aire, para que le viera Mariminguilla. Despues, guardando el arma, me dijo:

—Le he caido en gracia á la muchacha, y si el tio Malayerba no me la deja sacar de aquí, ya sabrá quién es Lopito. ¡Qué bien me porté anoche, Gabriel! Todos están entusiasmados conmigo, y para cuando tengamos al Príncipe en el trono, ya me han prometido darme una plaza de ocho mil reales en la contaduría del Consejo de Hacienda.

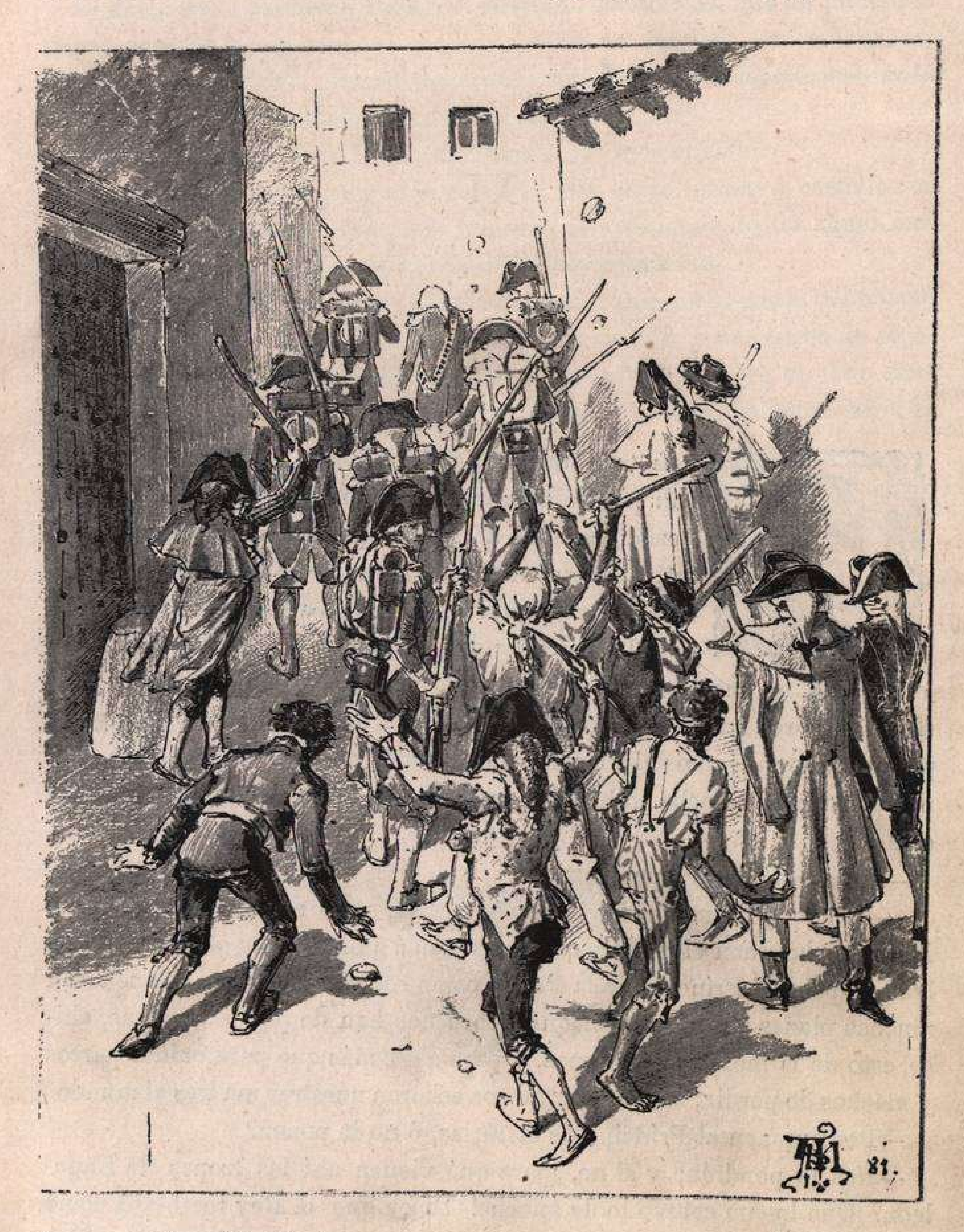
—Chico, si tienes buena letra...

—Ni buena ni mala, porque no sé escribir; pero eso será lo de ménos. Me ha dicho Juan el cochero que ahora van á quitar de las oficinas á todos los que puso el Príncipe de la Paz, y como son cientos de miles, quedarán muchas plazas vacantes. Con que á toos nos han de poner... porque, chico, esto de la montería me cansa, y para algo más que para cuidar perros y machos de perdiz, me parece que nos echaron nuestras madres al mundo.

—Pero ¿ponen al Príncipe de Astúrias, ó no le ponen?

—Nos lo pondrán; y si no, ¿para qué vienen ahí las tropas de Napoleon? ¡Qué bueno estuvo lo de anoche! Dicen que el Rey temblaba como un chiquillo, y queria venir á calmarnos; pero parece que los ministrillos no le dejaron. La Reina decia que nos debian matar á todos, para que no pasara aquí otra como la de Francia, donde le cortaron la cabeza á los

Reyes con un estrumento que llaman la *tia Gillotina.* Así me lo contó esta mañana Pujitos, que sabe de toas estas cosas, y lo ha leido en un papel que tiene. Nosotros queremos al Rey porque es el Rey, y esta ma-



ñana, cuando salió al balcon, gritamos mucho y le aclamamos. Él se llevaba la mano á los ojos para secarse las lágrimas; pero la condenada Reina estaba allí como un palo, y no nos saludó. Pujitos, que lo sabe todo, dice

que es porque está afligida con lo que hemos hecho en casa del Choricero, y asegura que ella lo tiene escondido en su camarin.

—Puede ser.

—Pues yo me he lucido—continuó Lopito, alzando la voz para que lo oyera Mariminguilla.—Esta mañana cuando prendieron á D. Diego Godoy, hermano del menistro, íbamos toos gritando detrás, y yo le tiré una piedra, que si le llega á dar en metá la cara, lo deja en el sitio.

—¿Y qué habia hecho ese señor?

—¿Te parece poco ser hermano de ese pillastron? Era coronel de guardias; pero sus mismos soldados le quitaron las insignias y ahora me lo van á llevar á un castillo.

Aquella noche oí un nuevo discurso de Pujitos; pero haré á mis lectores el señalado favor de no copiarlo aquí. El poeta calagurritano que ántes mencioné, jefe de la conspiracion literaria fraguada contra *El sí de las niñas*, se arrimó á nosotros, acompañado de Cuarta y Media, y entre uno y otro nos descerrajaron la cabeza con media docena de sonetos y otros proyectiles fundidos en sus cerebros. Pero despues que nos molieron á sonetazos, Lopito trabó cierta pendencia con el poeta, porque á éste se le antojó requebrar á Mariminguilla, llamándola *ninfa* de no sé qué aguas ó poéticos charcos. La navaja de Lopito salió á relucir, y si el poeta no hubiera sido el más cobarde de los cabalgantes del Pegaso, habria corrido mezclada en espantoso rio la sangre de un futuro empleado de Hacienda y la de un pretérito émulo del viejo Homero.

Nada más ocurrió en aquella noche, digno de ser transmitido á la posteridad; pero á la mañana siguiente se esparció con la rapidez del rayo por todo el pueblo la voz de que el Príncipe de la Paz habia sido encontrado en su propia casa. La taberna del tio Malayerba se vació en dos minutos, y de todas partes cundió en gran masa la gente para verle salir.

Era cierto: Godoy se habia refugiado en un desvan donde le encerró uno de sus sirvientes, el cual, preso despues, no pudo acudir á sacarle. Á las treinta y seis horas de encierro, el Príncipe, prefiriendo sin duda la muerte á la angustia, hambre y sed que le devoraban, bajó de su escondite, presentándose á los guardias que custodiaban su morada. Éstos, léjos de amparar al que un dia ántes era su jefe, alborotaron el vecindario, y la misma turbamulta de la noche del 17 acudió con heróico entusiasmo á apoderarse de él.

—¡Ya pareció, ya le cogimos, ya es nuestro!—exclamaban muchas voces.

Fuimos todos allá, y en la puerta del palacio el agolpado gentío formaba una muralla. Los feroces gritos, los ahullidos de cólera componian

espantoso y discorde concierto. Sorprendióme oir entre tanta algarabía las voces de algunas mujeres chillonas, que deshonraban á su sexo pidiendo venganza. Lopito no cabia en sí de satisfaccion, y la navajilla fué blandida sobre nuestras cabezas, como si quisiera partir el firmamento en dos pedazos.

Empujábamos todos, pugnando cada cual por acercarse, y codazo por aquí, codazo por allí, Lopito y yo pudimos aproximarnos bastante á la puerta. El poeta y Cuarta y Media estaban en primera fila. El segundo de estos personajes se volvió á mí y me dijo con gozo:

—Creo que no saldrá vivo de manos del pueblo.

—¿Y á usted qué le ha hecho ese caballero?—le pregunté.

—¡Oh!—me contestó.—Ese hombre es un infame, un pícaro que se ha hecho rico á costa del reino. Yo le aborrezco, le detesto: yo soy una víctima de sus picardías. Ha de saber usted que la tienda de calderería que tengo me la puso él, por ser yo hijo de la que le lavaba la ropa... Al año de tener la tienda me arruiné, y él me dió unos cuartos para seguir adelante; pero como le pidiese un destino donde con descanso y sin trabajar me ganase la vida, tuvo la poca vergüenza de contestarme que yo no debia ser empleado, sino calderero, y añadió que yo era un animal. Vea usted, ¡decir que yo soy un animal!

No quise oirle más, y me volví de otro lado. La turba chillaba: no he podido olvidar nunca aquellos gritos que relaciono siempre con la voz de los séres más innobles de la creacion; y miéntras aquel gatazo de mil voces mayaba, extendia determinadamente su garra con la decision irrevocable, parecida al valor, que resulta de la superioridad física, con la fuerte entereza que da el sentirse gato en presencia del raton.

La tropa contenia al pueblo, anheloso de entrar, y algunos ginetes de la guardia se colocaron á derecha é izquierda de la puerta. No léjos de allí, Pujitos, que tenia, como hemos dicho, el instinto, el genio de la reglamentacion del desórden, mandaba á la turba que se pusiese en fila, y decia, alzando su garrote:

—Señores, á un laito .. de dos en dos. Formen en batallon, y no rempujen.

De pronto un clamor inmenso, compuesto de declamaciones groseras, de torpes dichos, de gritos rencorosos, resonó en la calle. En la puerta habia aparecido un hombre de mediana estatura, con el pelo en desórden, el rostro blanco como el mármol, los ojos hundidos y amoratados, los brazos caidos, en mangas de camisa y con un capote echado sobre los hombros. Era el ministro de ayer, el jefe de los ejércitos de mar y tierra, el

árbitro del gobierno, el opulento Príncipe y prócer, señor de inmensos estados, el amigo íntimo de los Reyes, el dispensador de gracias, el dueño de España y de los españoles, pues de aquélla y de éstos disponia como de hacienda propia; el coloso de la fortuna, el que de nada se convirtió en todo, y de pobre en millonario; el guardia que á los veinticinco años subió desde las cuadras de su regimiento al trono de los Reyes, el conde de Eboramonte, y duque de Sueca, y duque de la Alcudia, y Príncipe de la Paz, y Alteza Serenísima, que en un dia, en un instante, en un soplo habia caido desde la cumbre de su grandeza y poder al charco de la miseria y de la nulidad más espantosas.

Cuando apareció, mil puños cerrados se extendieron hácia él: los caballos tuvieron que recular y los ginetes que hacer uso de sus sables, para que el cuerpo del Príncipe no desapareciera, arista devorada por aquel gran fuego del odio humano. El favorito dirigió al pueblo una mirada que imploraba conmiseracion; pero el pueblo, que en tales momentos es siempre una fiera, más se irritaba cuanto más le veia; sin duda el mayor placer de esa bestia que se llama vulgo, consiste en ver descender hasta su nivel á los que por mucho tiempo vió á mayor altura.

El piquete de guardias de á caballo trató de conducir al Príncipe al cuartel, para lo cual fué preciso que él se colocase entre dos caballos, apoyando sus brazos en los arzones, y siguiendo el paso de aquéllos, que si al principio era lento, despues fué muy acelerado, con objeto de terminar pronto tan fatal viacrucis. Entre tanto la multitud pugnaba por apartar los caballos; por aquí se alargaba un brazo, por allí una pierna; los garrotes se blandian bajo la barriga de los corceles, y las piedras llovian por encima. Tanto menudeaban éstas, que los ginetes empezaron á amoscarse y repartieron algunos linternazos.

Lopito, ébrio de gozo, me dijo:

—He sido más listo que todos, porque me escurrí por entre las patas de los caballos, y le pinché con mi navaja. Mírala, entavía tiene sangre.

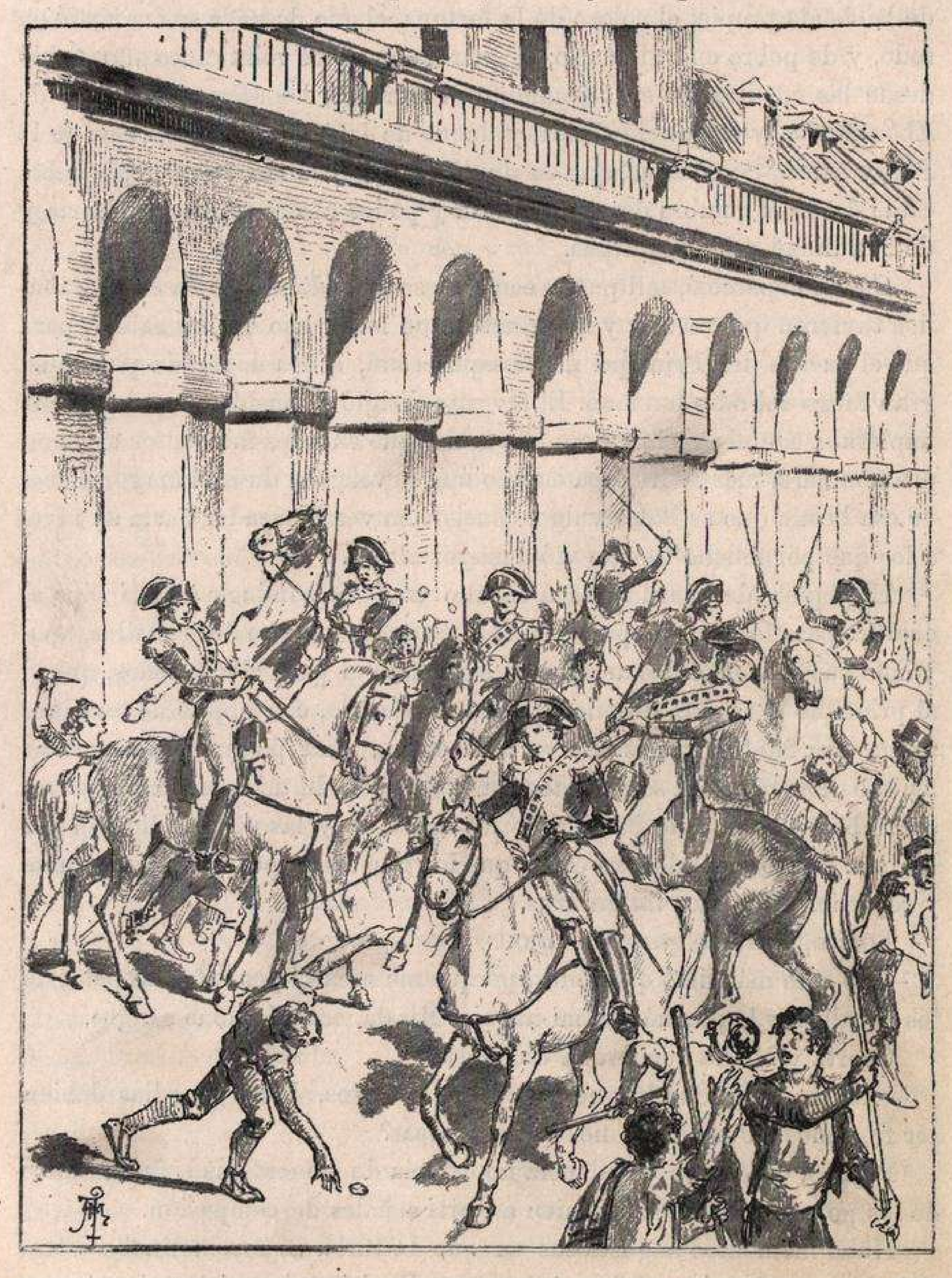
Cuarta y Media vociferaba diciendo:

—Es una iniquidad lo que hacen con nosotros. Esos guardias debian ser fusilados. ¿Por qué no nos dejan acercar?

Pujitos, que en su petulancia no carecia de generosidad, fué el único de los por mí conocidos en quien advertí señales de compasion.

Hubo momentos angustiosos en que la turba se arremolinaba estrechándose, y parecia próxima á devorar al prisionero y á los ginetes que le custodiaban; pero éstos sabian abrirse paso, y aclarándose el grupo volvia á aparecer la cara del mártir, asido con convulsas manos á los ar-

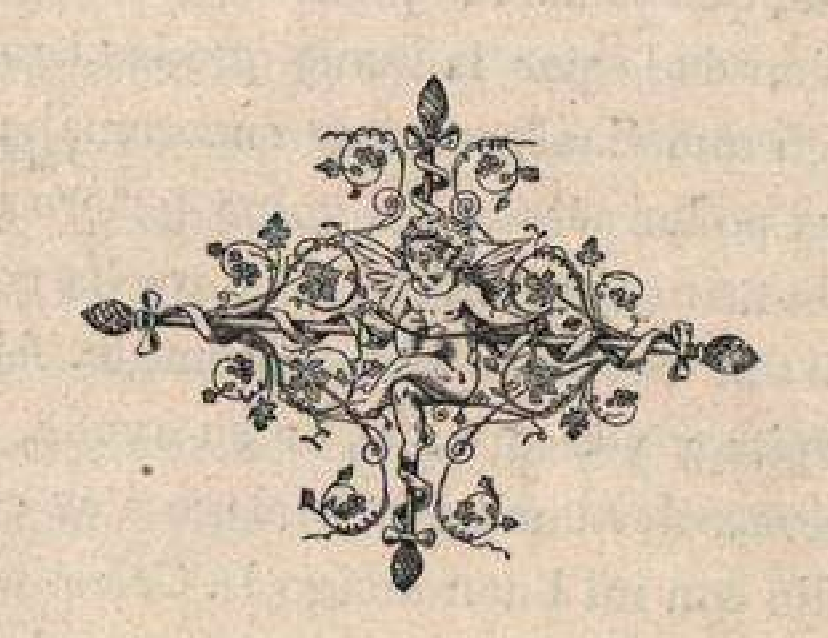
zones, cerrados sus ojos, la frente herida y cubierta de sangre, las piernas flojas y trémulas, llevado casi en volandas y casi arrastrando, con la respiracion jadeante, la boca espumosa, las ropas desgarradas. Parecíame



mentira que fuese aquel el mismo hombre que dos dias ántes me recibió en su palacio, el mismo á quien ví asediado por los pretendientes, agitado y receloso sin duda, pero seguro aún de su poder, y muy ajeno á aquella

tan repentina y traidora y alevosa mudanza del destino... ¡Y los chicos más desarrapados se aventuraban entre los piés de las cabalgaduras para golpearle, y las mujeres le arrojaban el fango de las calles, ménos repugnante que las exclamaciones de los hombres... y éstos no disparaban sus escopetas por temor de herir á los soldados! No creo que haya ocurrido jamás caida tan degradante. Sin duda está escrito que la caida sea tan ignominiosa como la elevacion.

Los favoritos que dejaron su cabeza sobre el tajo de un cadalso, fueron sin disputa ménos mártires que D. Manuel Godoy, llevado en vergonzosa procesion entre feroces risas y torpes dicharachos, sin morir, porque no matan los arañazos y pellizcos.



XII



L fin entró en el cuartel la comitiva, y el populacho azuzado sin cesar por los lacayos palaciegos, tuvo el sentimiento de no poder mostrar su heroismo con el éxito que deseara. Alguno de los más celosos entre tan bravos campeones salió mal herido á consecuencia de que todas las piedras lanzadas contra el ministro no seguian la direccion dada por la mano que las tiraba. Digo esto, porque en el momento en que Santurrias se encaramaba sobre los hombros de dos palurdos para poder asestar un golpe certero al infeliz mártir, recibió una peladilla de arroyo sobre la ceja derecha con tanta fuerza, que el benemérito sacristan cayó al suelo sin sentido. Al punto los que más cerca estábamos, Lopito y yo, corrimos en su ayuda, y en union de otras dos personas caritativas, llevamos aquel talego á su casa, pues Santurrias vivia pared por medio con mi buen amigo D. Celestino del Malvar. Luégo que éste vió entrar á su subalterno tan mal parado, cruzó las manos y dijo:

—Castigo de Dios ha sido, por las muchas blasfemias de este hombre y su abominable complicidad con los enemigos del Estado. No es esta ocasion de demostrar cólera, sino blandura: aquí estoy yo para curarle y asistirle, pues prójimo es, aunque un grandísimo bribon. Dejadle ahí sobre una estera, que yo prepararé las bizmas y el ungüento, con lo cual quedará como nuevo. Ánimo, amigo Santurrias, ¿estais encandilado todavía? ¿Quereis que saque una de aquellas botellas que tanto deseais? Tia Gila—añadió, dando una llave á la mujer que le servia,—abra usted la alacena y saque al punto una de las que dicen *La Nava, seco*, para ver si con la

perspectiva de ella se reanima un tantico este buen hombre. Y vosotros, chiquillos—prosiguió dirigiéndose á los cuatro hijos de Santurrias, que exhalaban plañideros hipidos en torno al desmayado cuerpo de su padre, —no lloreis, que esto no es más que un rasguño alcanzado por este buen hombre en alguna disputa. No lloreis, que vuestro padre vive y estará sano dentro de una hora... Y si muriese, yo os prometo que no quedareis huérfanos, porque aquí me teneis á mí, que os he de amparar como un padre. Vamos, chiquillos, aquí no servís más que de estorbo. Idos á jugar... Vaya, para que os quiteis de en medio, os permito que toqueis un poquito las campanas, picarones... id á la torre; pero no toqueis fuerte, tocad á sermon ó á completas.

Como se levanta la bandada de pájaros, sorprendida por el cazador, así volaron fuera del cuarto los cuatro muchachos, y un instante despues todas las viejas del pueblo salian á sus puertas y balcones, diciéndose unas á otras:—Señora Doña Blasa, esta tarde tenemos sermon y completas Buena falta hace, á ver si se acaban pronto estas heregías.

Santurrias, que habia perdido mucha sangre, recobró algo tarde el completo uso de sus eminentes facultades, y al abrir á la luz del dia sus ojos, permaneció como atontado por un buen rato, hasta que fué devuelto á su lengua el don de la facundia.

—¡Que lo ahorquen!—dijo.—Que nos lo den; que lo echen hácia cá, y nosotros le enjusticiaremos. Despachemos primero á los guardias de á caballo y dimpues á él... No arrempujar, señores. Darle onde le duela. Pincha tú por bajo, Agustinillo, que yo con esta almendra le echo la puntería en metá la nariz. ¡Mil demonios! ¿Quién tira piedras?... ¡Muerto soy!

—No; yerba ruin: vivo estás—dijo D. Celestino, aplicándole una venda á la herida.—Mira esto que he puesto delante. Es una botella de aquellas que deseabas, borracho: tuya será cuando te pongas bueno, si prometes no decir disparates.

Despues nos preguntó que en qué refriega habia acontecido tan funesto percance, y Lopito y yo, cada cual con distinta manera y estilo, le contamos lo que habia sucedido, el encuentro del Príncipe, su prision y su suplicio por las calles del pueblo.

—Corro allá, voy al instante—exclamó fuera de sí D. Celestino.—Es mi bienhechor, mi amigo, mi paisano y áun creo que pariente. ¿Cómo he de desampararle en su desventura?

Quisimos disuadirle de tan peligroso intento; pero él no reparaba en obstáculos ni ménos en el riesgo que corria, haciendo pública ostentacion de sus sentimientos humanitarios en favor del desgraciado valido. Nada

le convencia, y despues que dejó á Santurrias muy bien vendado, y ya algo repuesto de su malestar, tomó el manteo, vistióse á toda prisa y fué en direccion del cuartel.

—No se exponga usted—le decia yo por el camino.—Mire que son unos bárbaros, y en cuanto usted demuestre que es amigo del Príncipe, no respetarán ni sus canas ni su traje.

—¡Que me maten!—contestó.—Quiero ver al Príncipe... Cuando me acuerdo de lo que me queria ese buen señor... ¡Ah! Gabrielillo: lo que está pasando es espantoso y clama al Cielo. Pase que algunos estén descontentos de su gobierno; pase que le tengan otros por mal ministro, aunque yo creo que es el mejor que hemos tenido desde hace mucho tiempo; se puede perdonar que sus enemigos le quieran derribar y le insulten; se comprende que dichos enemigos, en un momento de coraje, le prendan, le arrastren, le ahorquen; pero hijo, que esto lo hagan los mismos á quienes ha favorecido tanto, los que sacó de la miseria, los que de furrieles trocó él en capitanes, y de covachuelos en ministros, los que han vivido á su arrimo y han comido sobre sus manteles, y le han adulado en verso y en prosa... ¡ah! esto no tiene perdon de Dios, y ménos si se considera que se han valido para esto de los mismos lacayos, cocineros y criados de los Infantes... Hijo mio, me parece que veo la corona de España paseada por los patanes y los majos en la punta de sus innobles garrotes.

Llegamos al cuartel, cuya puerta estaba bloqueada por el populacho. D. Celestino se abrió paso difícilmente. Algunos preguntaron con sorna: —"¿Á dónde va el padrito?„ y él, dando codazos á diestra y siniestra, repetia:—"Quiero ver á ese desgraciado, mi amigo y bienhechor.„

Muy mal recibidas fueron estas palabras; pero al fin más que la exaltada pasion pudo el tradicional respeto que al pueblo español infundian los sacerdotes.

—Hijos mios—les decia:—sed caritativos; no seais crueles ni áun con vuestros enemigos.

La turba se amansó, y D. Celestino pudo abrirse calle por entre dos filas de garrotes, navajas, escopetas, sables y puños vigorosos, que se apartaban para darle paso. Yo estaba muy asustado viéndole entre aquella gente, y mi viva inquietud no se calmó hasta que le consideré sano y salvo dentro del cuartel.

Y los cuatro hijos de Santurrias seguian tocando á sermon y completas, y la iglesia se llenaba de viejas, que al tomar agua bendita se saludaban diciendo:—"Creo que aún no ha concluido todo, y que tendremos esta tarde otra jaranita.„ Y el segundo acólito, creyendo que la cosa iba

de veras, encendió el altar y preparó las ropas, y abrió los libros santos. Y dieron las tres, las tres y media, las cuatro, las cuatro y media y el cura no parecia, y las viejas se impacientaban, y el segundo acólito se volvia loco, y los cuatro hijos de Santurrias seguian tocando.

Y yo fuí tambien á la iglesia, y sentado en un banco reflexioné detenidamente sobre la instabilidad de las glorias humanas, hasta que al fin, observando que la impaciencia de las viejas llegaba á su último extremo y que empezaban á entablar diálogos pintorescos para matar el fastidio, salí en busca de mi amigo. Encontréle muy á punto en el momento en que regresaba del cuartel. Su rostro era cadavérico: su habla trémula.

—¡Ah, Gabriel!—me dijo.—Vengo traspasado de dolor. Allí sobre unas



fétidas pajas, cubierto de sangre y pidiendo á voces la muerte, está el que ayer gobernaba dos mundos. Ni una alma compasiva se acerca á darle consuelo. Ayer cien mil soldados le obedecian, y hoy hasta los furrieles se rien de su miseria. No creí que todo se pudiera perder tan pronto; pero ¡ay, hijo! el hombre es así. Gusta mucho de las caidas, y el dia en que un poderoso de la tierra viene al suelo siempre es un dia feliz.

—Sosiéguese usted—le dije.—Usted no recordará que mandó tocar á sermon y á completas. La iglesia está llena de gente. No hay más remedio sino subir al púlpito.

—Hablé con él—prosiguió sin hacerme caso.—El corazon se me parte recordándolo. Desde anteanoche hasta esta mañana estuvo en un desvan, envuelto en un saco de esteras, muerto de hambre y de sed. La horrorosa calentura le devoraba de tal modo, que prefirió la muerte. Por eso salió el

infeliz. ¡Pobre amigo mio! Yo le dije:—"Señor, si cada uno de los que han recibido un beneficio de Vuestra Alteza le hubiera echado una gota de agua en la boca, su sed se habria apagado." Él me miró con expresion de agradecimiento, y no dijo más; pero á mí se me caian las lágrimas. Todo esto ha sido obra del Príncipe de Astúrias y de sus amigos. Bien claro se ve. Cuando el Príncipe fué de órden de su padre á calmar al pueblo para que no despedazaran al infeliz prisionero, los amotinados le aclamaban y obedecian. Y esto no ha de parar aquí. Ellos quieren la abdicacion del Rey, y viendo que esto no es fácil de conseguir, tratan de irritar más al populacho para que D. Cárlos coja miedo y suelte la corona. Ahora pusieron en la puerta del cuartel un coche de colleras, con lo cual ese bestia de pueblo creyó que el preso iba á ser puesto en salvo de órden del Rey. ¡Qué fácilmente se engaña á esos desgraciados! El ardid salió bien, porque la turba destrozó el carruaje, y despues ha corrido hácia Palacio dando vivas á Fernando VII.

—Ya me explicará usted detenidamente—repuse.—Ahora prepárese usted para ir á la iglesia, donde la aguarda una multitud de respetables señoras.

—¿Qué dices? Si no hay sermon esta tarde...

—Usted mandó á los cuatro muchachos que tocaran á...

—¡Es verdad, qué inadvertencia!—dijo muy confundido.—Y están allí esas buenas señoras, Doña Robustiana, Doña Gumersinda, Doña Nicolasa la del escribano. ¡Oh! ¿Qué dirá Nicolasa si no predico?

—Es preciso que usted haga un esfuerzo.

—Si no tengo ideas, si no sé qué decir. No puedo apartar mi mente del espectáculo que he visto. ¡Ah! ¡Cuánto me queria! ¡Si vieras cómo me apretó la mano! Yo lloraba á moco y baba. Si á él se lo debo todo... Él fué mi amparo; él me dió este beneficio á los catorce años de haberlo pedido, en seguida, como quien dice. Y lo mejor es que sin merecimientos por parte mia... No, no puedo predicar... estoy atontado... Esos endiablados muchachos todavía no cesan de tocar á sermon... ¡Oh! tendré que hacer un esfuerzo.

D. Celestino, comprendiendo la necesidad de no desairar á sus feligresas, entró en su iglesia y oró un poco, recogiendo su espíritu. Despues subió al púlpito y predicó un sermon sobre la ingratitud.

Todas las viejas lloraron.

XIII



Ya era de noche cuando me avisaron que á las diez salia un coche para Madrid. Resolví partir, y por hacer tiempo hasta que llegase la hora de la marcha, fuí á la taberna. Como en los dias anteriores, el gentío era inmenso, los trajes pintorescos y variados, las voces animadas (aunque ya enronquecidas por el patriotismo), los gestos elocuentes, las patadas clásicas, los pellizcos propinados á Mariminguilla infinitos, el vino más aguado que el dia anterior, pues por algo disfruta Aranjuez el beneficio de dos copiosos rios.

Lopito y Cuarta y Media me convidaron á beber con demostraciones de entusiasmo, y el primero de aquellos consecuentes hombres políticos me dijo:

—Hoy sí que nos hemos lucido, Gabrielillo. Aquí me está diciendo el Sr. Cuarta y Media que esta noche ponen al Príncipe de Astúrias, de modo que hemos de ir á darle vivas al balcon.

Pujitos distrajo mi atencion, hablándome de que pensaba organizar una compañía de buenos españoles que desfilaran por delante de Palacio en marcial formacion como la tropa, con objeto de hacer ver á los Reyes que el pueblo sabe dar media vuelta á la izquierda lo mismo que el ejército. ¡Qué predestinacion! ¡Qué genio! ¡Qué mirada al porvenir! Yo contesté á Pujitos, excusándome de formar parte de tan brillante escuadron, por serme indispensable marchar del Sitio aquella misma noche.

Habia oscurecido. Mariminguilla colgó el candil de cuatro mecheros para la completa aunque pálida iluminacion de la escena, y aún me en-

contraba yo allí, cuando llegó la feliz, la anhelada noticia. Algunos entraron diciéndolo, y no se les dió crédito: otros salieron á averiguarlo y tornaron al poco rato confirmando tan fausto suceso; y por fin un grupo, el más bullicioso, el más maleante, el más entrometido de todos los grupos de aquellos dias, la comparsa de los cocineros vestidos de patanes manchegos y de pinches convertidos en majos, entró anunciando con patadas, manoplazos, berridos y coces, que la corona de España habia pasado de las sienes del padre á las del hijo. No dejaban de tener razon al entusiasmarse aquellos angelitos, porque en apariencia ellos lo habian hecho todo.

Comunicada por tan brillante pléyade la noticia, no podia ménos de ser cierta, y en prueba de que los *patres conscripti* la creyeron, allí estaban los mil cascos de los vasos rotos en el momento en que se convencieron del cambio de monarca. Tambien Mariminguilla tenia en sus brazos señales evidentes del alborozo fernandista, pues se redoblaron los pellizcos. La multitud, espoleada por Pujitos, partió á los alrededores de Palacio á pedir que saliese el nuevo Rey para vitorearle, y la taberna quedó desocupada en dos minutos. Pueblo y soldados, mujeres y chiquillos, todos se unieron al alegre escuadron: su paso era marcha y baile y carrera á un mismo tiempo, y su alarido de gozo me habria aterrado, si hubiese yo sido el Príncipe en cuyo loor entonaban himno tan discorde las gargantas humedecidas por el fraudulento vino del tio Malayerba.

No quise ver ni oir más aquello, y fuí á despedirme del incomparable D. Celestino, á quien hallé en el cuarto de Santurrias, ocupado aún en bizmarle y curar sus heridas. Luégo que puso fin á esta operacion, se ocupó en acostar á los cuatro muchachos campaneros, los cuales fatigados de la batahola de aquel dia, yacian medio dormidos sobre el suelo. Era preciso desnudarles como á cuerpos muertos, y al mismo tiempo hacerles comer las sopas de ajo que la tia Gila habia traido en una gran cazuela. D. Celestino, teniendo sobre sus rodillas al más pequeño de aquellos diablillos, le acercaba la cuchara á la boca, esforzándose en introducirla por entre los apretados dientes. Despues, procurando despabilarle, decia:

—Vamos ahora á rezar todos el Padre Nuestro. Si vieras, Gabrielillo—añadió dirigiéndose á mí,—¡cómo me han mortificado estos cuatro enemigos! Uno me ponia rabos de papel en la sotana; otro tendia una cuerda desde la cama á la mesa para que al pasar me enredara las piernas y cayese al suelo; otro calentó la llave de la alacena y me abrasé los dedos cuando fuí á abrir; y por último, con mi sombrero hicieron un muñeco que decian era el Príncipe de la Paz, y despues de arrastrarle por el pa-

tio, iban á meterle en el fogon para quemarlo. Afortunadamente la tia Gila acudió á tiempo. ¡Pero qué han de hacer, si ya no hay autoridad, ni se obedece á los superiores! Me parece que ahora van á venir tiempos muy calamitosos. Si cada vez que se les antoje quitar á un ministro, salen gritando los cocheros de los príncipes con unas cuantas docenas de labriegos y soldados de la guarnicion, de antemano seducidos, vamos á estar con el alma en un hilo. Gabriel, aquí para entre los dos, ¿no es indecoroso y humillante, é indigno que un Príncipe de Astúrias arranque la corona de las sienes de su padre, amedrentándole con los ladridos de torpes lacayos, de ignorantes patanes, de bárbaros chisperos y de una soldadesca estúpida y sobornada? ¡Ah! Si yo no fuera un hombre corto de genio, y lo hubiera tenido para decirle al Príncipe de la Paz lo que se fraguaba; si él, siguiendo mis consejos, hubiera puesto á la sombra á tres ó cuatro pícaros como Santurrias y otros... Porque créelo, hijo, este borrachon es, segun me han dicho, el que ha embaucado á medio pueblo para hacerle tomar parte en el alboroto... por supuesto, que ha corrido dinero de largo. Yo de buena gana castigaria á este hombre execrable, á este pérfido sacristan; ¿pero cómo he de dejar sin pan á un viudo con cuatro hijos? Ya ves: se me parte el corazon al considerar que estos angelitos andarán por las calles pidiendo una limosna... Lo que ántes te he dicho es cierto... El vulgo, esa turba que pide las cosas sin saber lo que pide, y grita viva esto y lo otro, sin haber estudiado la cartilla, es una calamidad de las naciones, y yo, á ser rey, haria siempre lo contrario de lo que el vulgo quiere. La mejor cosa hecha por el vulgo resulta mala. Por eso repito yo siempre con el gran latino: *Odi profanum vulgus et arceo... et arceo*, y lo aparto... *et arceo*, y lo echo léjos de mí... *et arceo*, y no quiero nada con él.



Concluida esta filípica, me abrazó deseándome mil felicidades, y haciéndome jurar que le enteraria puntualmente de la situacion de Inés. Salí al fin de su casa y del pueblo, y cuando el coche que me conducia pasó por la plaza de San Antonio, sentí la algazara del pueblo agolpado delante del Palacio. Sus gritos formaban un clamor estrepitoso que hacia enmudecer de estupor á las ranas de los estanques y asustaba á los grillos,

pues unas y otros desconocian aquella monstruosidad sonora que tan de improviso les habia quitado la palabra.

El pueblo vitoreaba al nuevo Rey. El plan concebido en las antecámaras de Palacio habia sido puesto en ejecucion con el éxito más lisonjero. Todo estaba hecho, y los cortesanos que desde los balcones contemplaban con desprecio el entusiasmo de la fiera, tan brutal en su odio como en su alegría, no cabian en sí de satisfaccion, creyendo haber realizado un gran prodigio.

En su ignorancia y necedad no se les alcanzaba que habian envilecido el trono, haciendo creer á Napoleon que una nacion donde príncipes y reyes jugaban la corona á cara y cruz sobre la capa rota del populacho, no podia ser inexpugnable.

Hasta que nuestro coche no se internó mucho por la calle Larga no dejamos de oir los gritos. Aquel fué el primer motin que he presenciado en mi vida, y á pesar de mis pocos años entónces, tengo la satisfaccion de no haber simpatizado con él. Despues he visto muchos, casi todos puestos en ejecucion con los mismos elementos que aquel famosísimo, primera página del libro de nuestros trastornos contemporáneos; y es preciso confesar que sin estos divertimientos periódicos, que cuestan mucha sangre y mucho dinero, la historia moderna de la heróica España seria esencialmente fastidiosa.

Pasan años y más años: las revoluciones se suceden, hechas en comandita por los grandes hombres y por el vulgo, sin que todo lo demas que existe en medio de estas dos extremidades se tome el trabajo de hacer sentir su existencia. Así lo digo yo hoy, á los ochenta y dos años de mi edad, á varios amigos que nos reunimos en el café de Pombo, y oigo con satisfaccion que ellos piensan lo mismo que yo. D. Antero, progresista blindado, cuenta la picardía de O'Donnell el 56; D. Buenaventura Luchana, progresista fósil, hace depender todos los males de España de la caida de Espartero el 43; D. Aniceto Burguillos, que fué de la Guardia Real en tiempo de María Cristina, se lamenta de la caida del Estatuto. Reúnense junto á nuestra mesa algunos jóvenes estudiantes, varios capitanes y tenientes de infantería y no pocos parásitos de esos que pueblan los cafés, probándonos que son tan pesados de pretendientes como de cesantes. Todos nos ruegan que les contemos algo de las felicidades pasadas para edificacion de la edad presente, y sin hacerse de rogar, cuenta D. Antero la del 56; D. Buenaventura se conmueve un poco y relata la del 43; D. Aniceto da doce puñetazos sobre la mesa, miéntras narra la del 36, y yo, mojando un terroncito de azúcar y chupándomelo despues, les digo con

este tonillo zumbon que no puedo remediar: "Ustedes han visto muchas cosas buenas; ustedes han visto la de los grandes militares, la de los grandes civiles y la de los sargentos; pero no han visto la de los lacayos y cocheros, que fué la primera, la primerita y sin disputa la más salada de todas."



XIV



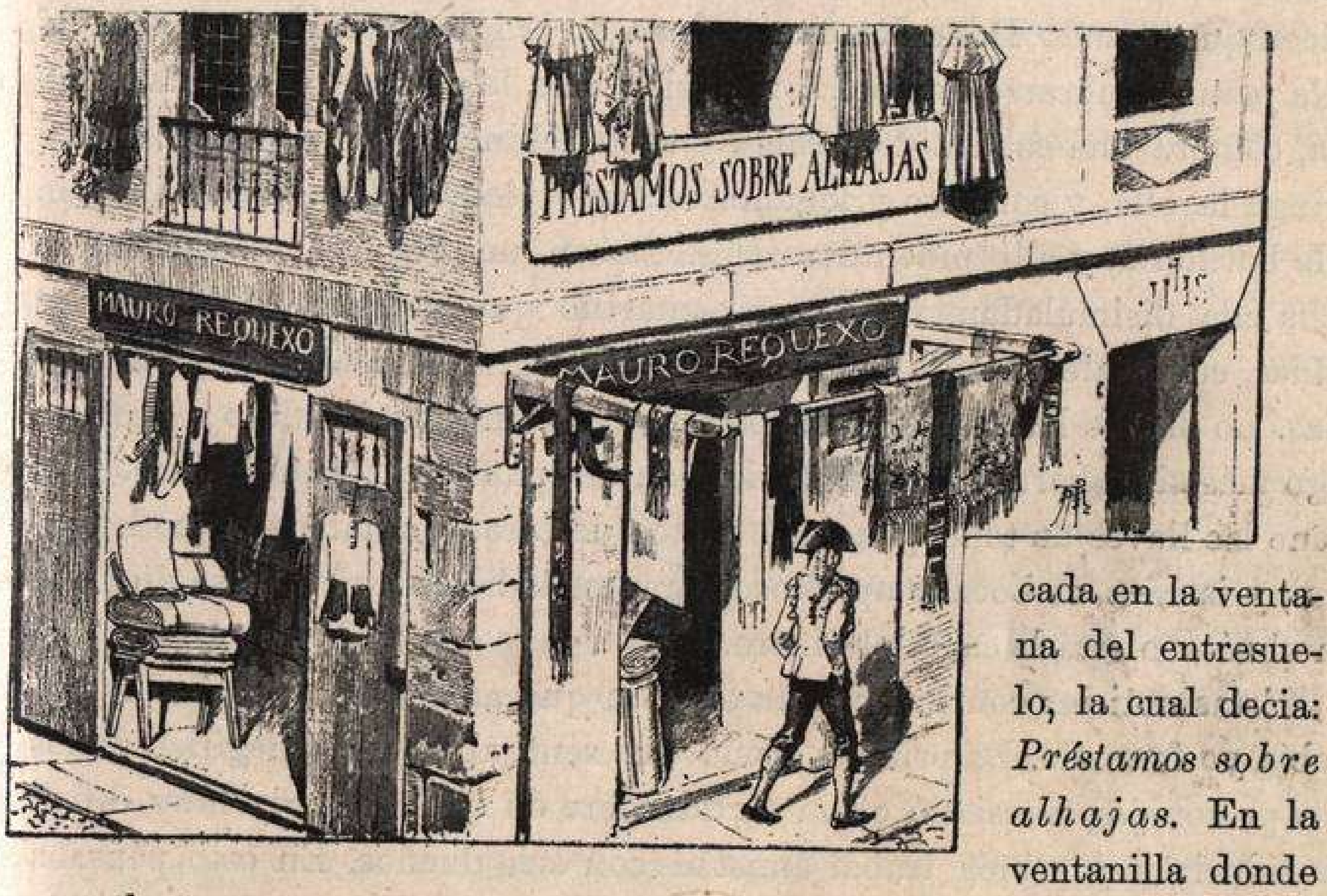
Me siento fatigado; pero es preciso seguir contando. Ustedes están impacientes por saber de Inés; lo conozco, y justo es que no la olvidemos.

Llegué, pues, á Madrid muy temprano, y despues de haber acomodado mi equipaje en la casa que tenia el honor de albergarme (calle de San José, número 12, frente al Parque de Monteleon), me arreglé y salí á la calle, resuelto á visitar á Inés en casa de sus tios. Mas por el camino ocurrióme que no debia presentarme en casa de tales señores sin informarme primero de su verdadera condicion y carácter. Por fortuna, yo conocia un maestro guarnicionero instalado en la calle de la Zapatería de Viejo, muy contigua á la de la Sal, y resolví dirigirme á él para pedir informes del Sr. Requejo.

Cuando entré por la calle de Postas, mi emocion era violentísima, y cuando ví la casa en que moraba Inés, me flaqueaban las piernas, porque toda la vida se me fué de improviso al corazon. La tienda de los Requejos estaba en la calle de la Sal, esquina á la de Postas, con dos puertas, una en cada calle. En la muestra, verde, se leia: *Mauro Requexo*, inscripcion pintada con letras amarillas; y de ambos lados de la entrada, así como del andrajoso toldo, pendian piezas de tela, fajas de lana, medias de lo mismo, pañuelos de diversos tamaños y colores. Como la puerta no tenia vidrieras, dirigí con disimulo una mirada al interior, y ví varias mujeres á quienes mostraba telas un hombre amarillo y flaco, que era de seguro el mancebo de la lonja. En el fondo de la tienda habia un San Antonio, patron sin duda de aquel comercio, con dos velas apagadas, y á la derecha mano del mostrador una como balaustrada de madera, algo semejante á

una reja, detrás de la cual estaba un hombre en mangas de camisa, y que parecia hacer cuentas en un libro. Era Requejo: visto al través de los barrotes, parecia un oso en su jaula.

Apartéme de la puerta, y alzando la vista observé otra muestra colocada en la ventana del entresuelo, la cual decia: *Préstamos sobre alhajas.* En la ventanilla donde campeaba tan consolador llamamiento, no habia flores, ni jaulas de pájaros, sino una multitud de capas, que respiraban higiénicamente el aire matutino por entre los agujeros de sus remiendos y apolilladuras. Tras los vidrios pendia una mugrienta cortineja. Observé que una mano apartó la cortina; ví la mano, luégo un brazo y despues una cara. ¡Dios mio! Era Inés. Yo la ví y ella me vió. Parecióme que sus ojos expresaban no sé si terror ó alegría. Aquel rayo de luz duró un segundo. Cayó la cortinilla y ya no la ví más.



Esto avivó en mí el deseo de entrar. ¿Cómo podian encontrarse en aquella vivienda las comodidades, los lujos, las riquezas que ponderaban los Requejos en su visita inolvidable? Para salir de dudas, doblé la esquina, y molí á preguntas al guarnicionero.

—Ese Requejo—me dijo—es el bicho de peores trazas que ha venido al mundo. Está rico; pero ya se ve... en casa donde no se come, ¿no ha de haber dinero? Porque has de saber que en el barrio corre la voz de que él se alimenta con las carnes de su hermana y su hermana con las del mancebo, que por eso está como una vela. ¡Y cuidado si tienen dinero esas dos ratas!... Con la tienda y la casa de préstamos se han puesto las botas.

Verdad es que por las prendas de vestir no dan más que la cuarta parte de su valor, con interés de dos pesetas en duro por cada mes. Cuando toman sábanas finas y vajillas, dan una onza, con interés de cuatro duros al mes. En la tienda dan al fiado á los vendedores que van por los pueblos; pero les cobran cuatro pesetas y media por cada duro que venden. Dicen que cuando Doña Restituta entra en la iglesia, roba los cabos de vela para alumbrarse de noche, y cuando va á la plaza, que es cada tercer dia, compra una cabeza de carnero y sebo del mismo animal, con lo cual pringa la olla, y con esto y legumbres van viviendo. Una vez al año van á la botillería, y allí piden dos cafés. Beben un poquito, y lo demas lo echa ella disimuladamente en un cantarillo que deja escondido bajo las faldas, cuyo café traen á casa, y echándole agua lo alargan hasta ocho dias. Lo mismo hacen con el chocolate. D. Mauro es vanidoso y gastaria algo más si su hermana no le tuviera en un puño, como quien dice. Ella tiene las llaves de todo, y no sale nunca de casa, por miedo á que les roben; y la casa es bocado apetitoso para los ladrones, porque se dice que en el sótano está la caja del dinero.

Estas noticias confirmaron la opinion que acerca de los tios de Inés habia yo formado. La primera pena que sentí al oir el panegírico de los dos personajes, consistió en la certidumbre de que me seria muy difícil introducirme y ménos trabar amistad con sus dueños. En esto pensaba tristemente, cuando vino á mi memoria un anuncio que varias veces habia compuesto en la imprenta del *Diario*, el cual decia: *Se necesita un mozo de diez y siete á diez y ocho años, que sepa de cuentas, afeitar, algo de peinar, aunque sólo sea de hombre, y guisar si se ofreciere. El que tenga estas partes, y ademas buenos informes, diríjase á la calle de la Sal, esquina á la de Postas, frente á los peineros, lonja de lencería y pañolería de D. Mauro Requexo, donde se tratará del salario y demas.*

Corrí á la imprenta del *Diario* á ver si aún se insertaba aquel anuncio, y tuve el gusto de saber que los Requejos no habian encontrado quien les sirviera. Abandoné mi profesion de cajista, y sin consultarlo con nadie, pues nadie me hubiera comprendido, presentéme en la casa de la calle de la Sal, declarándome poseedor de las cualidades consignadas en el anuncio.

Mi único temor consistia en que los Requejos recordasen haberme visto en Aranjuez, con lo cual recelarian de tomarme á su servicio; pero Dios, que sin duda protegia mi buena obra, permitió que ni uno ni otro me reconocieran, y si Doña Restituta me miró al pronto con cierta expresion sospechosa y como diciendo, "yo he visto esta cara en alguna parte,"

fué sin duda un fugaz pensamiento que no la decidió á poner obstáculos á mi admision.

Cuando entré en la tienda la primera persona á quien expuse mis pretensiones fué D. Mauro, el cual, dejando un rancio librote donde escribia torcidos números, se rascó los codos y me dijo:

—Veremos si sirves para el caso. De un mes acá han venido más de cincuenta; pero piden mucho dinero. Como ahora quieren todos ser señoritos...

Llamada por su hermano, presentóse Doña Restituta, y entónces fué cuando me miró como más arriba he dicho.

—¿Tú sabes—me preguntó la tia de Inés—lo que damos aquí al mozo? Pues damos la *mantencion* y doce reales al mes. En otras partes dan mucho ménos, sí señor, pues en casa de Cobos, despues de matarles de hambre, dánles ocho reales y gracias. Con que, muchacho, ¿te quedas?

Yo fingí que me parecia poco; hasta intenté regatear para que no se descubriera mi propósito, y al fin dije que, hallándome sin acomodo, aceptaba lo que me ofrecian. En cuanto á los informes que me exigieron, fácil me fué conseguir la merced de una recomendacion del regente del *Diario*.

—Doce reales al mes y la *mantencion*—repitió Doña Restituta, creyendo sin duda, vista mi conformidad, que habia ofrecido demasiado.—La *mantencion*, sí, que es lo principal.

¡Ay! El lector no conoce aún todo el sarcasmo que allí encerraba la palabra *mantencion*.

—Por supuesto—dijo Requejo—que aquí se viene á trabajar. Veremos si sabes tú de todos los menesteres que se necesitan. Y aquí hay que andar derechito, sí señor, porque si no... Mírame á mí; yo era un *jambrera* lo mismo que tú, y en fin... con mi honradez y mi...

—La economía es lo principal—añadió la hermana.—Gabriel, coge la escoba y barre todo el almacen interior. Despues irás á llevar estos fardos á la posada de la calle del Carnero; luégo copiarás las cuentas; más tarde lavarás la loza de la cocina, ántes de mondar las patatas, y así te quedará tiempo para apalear las capas, encender el fuego y soplarlo, devanar el hilo de la costura, poner los números á las papeletas, aviar la lamparilla, limpiar el polvo, dar lustre á los zapatos de mi hermano y todo lo demas que se vaya ofreciendo.



XV



L punto empecé las indicadas operaciones, cuidando de poner en ellas todo el celo posible para contentar á mis generosos patrones. Debo ante todo dar á conocer la casa en que me encontraba. La tienda, sin dejar de ser pequeñísima, era lo más espacioso y claro de aquella triste morada, uno de los muchos escondrijos en que realizaba sus operaciones el comercio del Madrid antiguo. La trastienda era almacen y al mismo tiempo comedor, y los fardos de pañuelos y lanas servian de aparador á la cacharrería, cuyo brillo se empañaba diariamente con repetidas capas de polvo. Todos los artículos del comercio estaban allí reunidos y hacinados con cierto órden. Los Requejos vendian telas de lana y algodones, á saber: pañuelos del Bearne, género muy comun entónces, percales ingleses, que desafiaban en la frontera portuguesa las aduanas del bloqueo continental; artículos de lana de las fábricas de Béjar y Segovia; algunas sederías de Talavera y Toledo; y por último, viendo D. Mauro que sus negocios iban siempre á pedir de boca, se metió en los mares de la perfumería, artículo eminentemente lucrativo. Así es que, ademas de los géneros citados, habia en la trastienda multitud de cajas que encerraban polvos finos, pomadas y aguas de olor en su variedad infinita, *verbi gratia*: de lima, tomillo, bergamota, macuba, clavel, almizcle, lavanda, del Cármen, del cachirulo y otras muchas. Como el local donde se guardaban todos estos géneros servia de comedor, ya pueden ustedes figurarse la repugnante mescolanza de olores, desprendidos de sustancias tan diversas, como son una pieza de lana teñida con rubia,

un frasco de vinagrillo del Príncipe y una cazuela de migas; pero los Requejos estaban hechos de antiguo á esta repugnante asociacion de olores inarmónicos.

De la trastienda se subia al entresuelo por una escalera que presumo fué construida por algun sapientísimo maestro de gimnasia, pues no pueden ustedes figurarse las contorsiones, los dobleces, las planchas, las mil torturas á que tenia que someterse para subirla el frágil barro de nuestro cuerpo. Sólo la escurridiza Doña Restituta pasaba por aquellos aéreos escollos sin tropiezo alguno. Subia y bajaba con singular ligereza; y como por un don especial á ella sola concedido, no se le sentia el andar, siempre que la veia deslizarse por aquella problemática escalera, sus pasos no me parecian pasos, sino los ondulantes y resbaladizos arqueos de una culebra.

Cuando, franqueada la escalera, se llegaba al entresuelo, era preciso hacer un cálculo matemático para saber qué direccion debia tomarse, pues el viajero se encontraba en el centro de un pasillo tan oscuro, que ni en pleno dia entraba por él una vergonzante luz. Tentando aquí y allí, se encontraba la puerta de la sala, con ventana á la calle de Postas, y por cierto que allí no ví ninguna cortina verde con ramos amarillos, sino un descolorido papel, que en mil girones se desternillaba de risa sobre las paredes. Un mostrador negro y muy semejante á las mesillas en que piden limosna para los ajusticiados los hermanos de la Paz y Caridad, indicaba que allí estaba el cadalso de la miseria y el altar de la usura. Efectivamente, un tintero con pluma de ganso, cortada de ocho meses, servia para extender las papeletas, algunas de las cuales esperaban sobre la mesa la anhelada víctima. Una cómoda y varios cofres, resguardados con barrotes, eran Bastilla de las alhajas y Argel de las ropas finas. Las capas, sábanas y vestidos estaban en una habitacion inmediata, que ademas tenia la preeminencia de protejer el casto sueño del amo de la casa.

Ademas de esta sala habia otra, con ventana á la calle de la Sal, cuya elegante pieza no desmerecia de la anterior en lujo ni en exquisitos muebles, pues su sillería de paja, adornada con vistosos festones, y tan aéreas que cada pieza parecia dispuesta á caer por su lado, no hubieran hallado compradores en el Rastro. En esta sala estaba el taller. ¿El taller de qué? Los Requejos tenian tres industrias: la venta, los préstamos y la confeccion de camisas, que en los dias á que me refiero eran cortadas por Doña Restituta y cosidas por Inés. Allí estaba Inés desde las cinco de la mañana hasta las once de la noche, trabajando sin cesar en beneficio de la sórdida tacañería de sus tios. Una órden expresa de Doña Restituta le

impedia salir de aquel cuarto: no bajaba á la trastienda sino á la hora de comer; no se le permitia asomarse á la ventana; no se le permitia cantar ni leer un libro; no se le permitia distraerse de su obra perenne, ni mencionar á su tio, ni recordar á su madre, ni hablar de cosa alguna que no fuera la honradez de los Requejos, y la longanimidad de los Requejos.

Pero sigamos la descripcion de la casa. En una habitacion interior, mejor dicho, en una caverna, estaba el dormitorio de la tia y la sobrina, y en el fondo del pasillo y junto á la cocina se abria mi cuarto, el cual era una vasta pieza como de tres varas de largo por dos de ancho, con una espaciosísima abertura, no ménos chica que la palma de mi mano, por cuya claraboya entraban, procedentes del patio medianero, algunos intrusos rayos de luz, que se marchaban al cuarto de hora despues de pasearse como unos caballeros por la pared de en frente. Mis muebles eran un mullido jergon de hoja de maíz, y un cajon vacío que me servia de pupitre, mesa, silla, cómoda y sofá. Semejante ajuar era para mí en realidad más que suficiente; y en cuanto á la densa y providencial lobreguez que envolvia la casa como nube perpétua, me parecia hecha de encargo para mi objeto.

El entresuelo se comunicaba con la escalera general de la casa, la cual partia majestuosamente desde la misma puerta de la calle, y en su grandioso arranque de tres cuartas tenia espacio suficiente para que fuera matemáticamente imposible que una persona subiese miéntras otra estaba ocupada en la fatigosa tarea de bajar. Por este túnel ascendente tenian que introducirse los que iban á empeñar alguna cosa, siendo en cierto modo simbólico aquel tránsito, y expresion arquitectónica muy exacta de las angustias del alma miserable en los momentos críticos de la vida. Bien podia llamarse la escalera de los suspiros.

No debo pasar en silencio que en la casa de los Requejos habia cierto aseo, aunque bien considerado el problema, aquella limpieza era la limpieza propia de todos los sitios donde no existe nada, *exempli gratia*, la limpieza de la mesa donde no se come, de la cocina donde no se guisa, del pasillo donde no se corre, de la sala donde no entran visitas, la diafanidad del vaso donde no entra más que agua.

Allí no habia perros ni gatos, ni animal alguno, si se exceptúan los ratones, para cuya persecucion D. Mauro tenia un gato de hierro, es decir, una ratonera. Los infelices que caian en ella eran tan flacos, que bien se conocia estaban alimentados con perfumes. Un perro hubiera comido mucho: un jilguero habria necesitado más rentas que un obispo; una codorniz hubiera echado la casa por la ventana: las flores cuestan caras, y

ademas el agua... La fauna y la flora fueron por estas razones proscritas, y para admirar las obras del Sér Supremo, los Requejos se recreaban en sí mismos.

Me falta ahora hacerme cargo de otro sér que habitaba la casa durante el dia: me refiero al mancebo.

El cual era un hombre cuajado, quiero decir, que parecia haberse detenido en un punto de su existencia, renunciando á las transformaciones progresivas del cuerpo y del alma. Juan de Dios tenia el aspecto de los treinta años, aunque frisaba en los cuarenta. Su cara amarilla tenia gran semejanza con la de Doña Restituta; pero jamás se notaron en ella las contracciones, los enrojecimientos repentinos, propios de aquella señora. Era en sus modales lento y acompasado; su movilidad tenia límites fijos como la de una máquina, y si el método puede llegar é establecerse de un modo perfecto en los actos del organismo humano, Juan de Dios habia realizado este prodigio. Llegar, abrir la tienda, barrerla, cortar las plumas, colgar las piezas de tela en la puerta, recibir al comprador, decirle los precios, regatear siempre con las mismas palabras, medir y cortar el género, cobrarlo, contar por las noches el dinero, apartando el oro, la plata y el cobre: tales eran sus funciones, y tales habian sido por espacio de veinte años.



Juan de Dios.

Juan de Dios comia en casa de los Requejos, que le trataban como un hermano. Serviales él con fidelidad incomparable, y si en algo nacido tenian ellos confianza, era en su mancebo. Cinco años ántes de mi entrada en la casa, la organizadora y genial cabeza de D. Mauro Requejo concibió un proyecto gigantesco, semejante á esos que de siglo en siglo transforman la faz del humano linaje. D. Mauro, despues de hacer la cuenta del dia, se rascó los codos, dióse un golpe en la serena frente, puso los ojos en blanco, rióse con estupidez, y llamando aparte á su hermana, le dijo:

—¿Sabes lo que estoy pensando? Pues pienso que tú debes casarte con Juan de Dios.

Es fama que Doña Restituta arqueó las cejas, llevóse un dedo á la barba, inclicó hácia el suelo la luminosa mirada y pensó.

—Pues sí—continuó Requejo;—Juan de Dios es trabajador, es ahorrativo, entiende del comercio, y en cuanto á honradez, creo que, no siendo nosotros, no habrá en el mundo quien le iguale. Yo no pienso volver á casarme; y si hemos de tener herederos, no sé cómo nos las vamos á componer.

El mancebo fué enterado del proyecto, y desde entónces se trabó entre ambos prometidos una comunicacion amorosa, de la cual no hablo á mis lectores porque no puedo figurarme cómo seria, aunque cavilo en ello. Debieron ellos sin duda tratar de aquel asunto, como si el matrimonio no fuera la union de dos almas al mismo tiempo que es la union de dos cuerpos. Restituta pensaria en casarse, y Juan de Dios pensaria en casarse, ambos sin pena ni alegría, de tal modo que, pasados cinco años, hablaban del asunto con indiferencia, y dándolo como cosa cercana. Parecia que no les importaba el rápido paso de los años, y aquellos séres encerrados en una tienda, sin duda median la vida por varas, no considerando que alguna vez llegarian al fin de la pieza. Ambos novios eran de esos que se aprestan á casarse y se casan al fin, sin que los hombres ni Dios ni el Demonio sepan nunca por qué.



XVI



POR las noches, despues de cenar, rezábamos el rosario, que llevaba el amo de la casa con voz becerrona; y concluida la oracion al patrono bendito, permanecian en la trastienda en plácida tertulia que sólo duraba hora y media, y á la cual solia concurrir algun antiguo amigo ó vecino cercano. La noche de mi inauguracion no se alteró tan santa costumbre. D. Mauro, su hermana, Juan de Dios, Inés y yo, decíamos el último *ora pro nobis*, cuando sonó la campanilla del entresuelo y mandáronme que abriese.

—Es el vecino Lobo—dijo mi ama.

Figúrense mis lectores cuál seria mi confusion cuando al abrir la



puerta encaré con la espantable fisonomía del licenciado de los espejuelos verdes que habia querido prenderme cinco meses ántes en el Escorial. El temor de que me conociera dióme gran turbacion; pero tuve la suerte de que el ilustre leguleyo no parara mientes en mi persona. No sé si he dicho que en mí se estaba verificando la transformacion propia de la edad, y

que un repentino desarrollo habia engrosado mi cuerpo y redondeado mi cara, donde ya me apuntaba ligero bozo. Esta fué la causa de que el licenciado Lobo no me reconociera, como yo temia.

—Señores—dijo Lobo, sentándose en un cajon de medias,—hoy es dia de universal enhorabuena. Ya tenemos á nuestro Rey en el trono. ¿No han salido ustedes? Pues está Madrid que parece un ascua de oro. ¡Qué luminarias, qué banderas, qué gentío por esas calles de Dios!

—Nosotros no salimos á ver luminarias—contestó Requejo,—que harto tenemos que hacer en casa. ¡Ay, Sr. de Lobo, qué trabajo! Aquí no hay haraganes, y se gana el pan de cada dia como Dios manda.

—¡Loado sea Dios!—añadió el leguleyo—y vivan los hombres ricos como D. Mauro Requejo, que á fuerza de inteligencia...

—La honradez, nada más que la honradez—dijo Requejo, rascándose los codos.

—¡Viva el comercio!—exclamó Lobo.—Lo que es la pluma, Sr. D. Mauro, no da ni para zapatos. Ahí estoy yo hace veintidos años en mi placita del Consejo y Cámara de Castilla, y Dios sabe que hasta hoy no he salido de pobre. Mucho romper de zapatos para andar en las actuaciones y nada más. Lo que hay es que ahora espero que me den una de las escribanías de Cámara, que harto la merece este cuerpo que se ha de comer la tierra.

—Como usted ha servido al favorito...

—No... diré á usted; yo no me he andado en dibujos, y serví al gobierno anterior con buena fé y lealtad. Pero amigo, es preciso hacer algo por este perro garbanzo que tanto cuesta. En cuanto ví que el Generalísimo estaba ya en manos de la Paz y Caridad, he hecho un memorial al de Astúrias y escrito ocho cartas á D. Juan Escoiquiz para ver si me cae la escribanía de Cámara. Yo les perseguí cuando la famosa causa; pero ellos no se acuerdan de eso, y por si se acuerdan, ya he redactado una retractacion en forma, donde digo que me obligaron á hacer aquellas actuaciones poniéndome una pistola en el pecho.

—No he visto *jormiguita* como el Sr. de Lobo.

—¡Y qué entusiasmado está el pueblo español con su nuevo Rey!—continuó el curial.—Dan ganas de llorar, señora Doña Restituta. Ahora salí á llevar á mi Angustias con las niñas á la novena del señor San José, y despues que rezamos el rosario en San Felipe, fuimos á dar una vuelta por las calles. ¡Ay qué risa! Parece que están quemando la casa de Godoy, la de su madre y su hermano D. Diego, lo cual está muy retebien hecho, porque entre los tres han robado tanto, que no se ve una peseta por ningun lado. Despues que nos entretuvimos un poco volvimos allá; ellas se

han quedado en el 13 en casa de Corchuelo, y yo me he venido aquí á charlar un poquito. Pero me habia olvidado... Inesita, ¿cómo va? ¿Y usted, Sr. D. Juan de Dios?

Inés contestó brevemente al saludo.

—Está un poco holgazana—dijo Restituta, mirando con desden á la huérfana.—Hoy no ha cosido más que camisa y media, lo cual es un asco.

—Pues me parece bastante.

—¡Ay! Sr. de Lobo, no diga usted que es bastante. Mi abuela, segun me contaba mi madre, echaba en un dia la friolera de dos camisas. Pero esta chica está acostumbrada á la holgazanería; ya se vé... su madre no hacia más que arrastrar el guardapiés por las calles, y la niñita me andaba todo el dia de zeca en meca, aquí te pongo aquí te dejo.

—Pues es preciso trabajar—dijo Requejo,—porque, chiquilla, el garbanzo y el tocino y el pan y las patatas no caen del cielo, y el que viene á esta casa á sacar el vientre de mal año no se puede estar mano sobre mano. Y si no, aprendan todos de mí, que me he ganado lo que tengo ochavo por ochavo, y cuando era mozo, fardo por la mañana, fardo por la noche, fardo á todas horas, y siempre tan gordo y tan guapote.

—Ella es habilidosilla—afirmó Restituta,—y sabe coser; sólo que le falta voluntad. No es ya ninguna chiquilla, que tiene sus quince años cumplidos y ya puede comprender las cosas. Á su edad yo gobernaba la casa de mis padres. Verdad es que como yo habia pocas, y me llamaban el lucero de Santiagomillas.

—Pues yo creo que Inesita es una muchacha que no tiene pero—dijo benévolamente Lobo.—Y tan calladita, tan modesta, que no se puede ménos de quererla.

—Ya le dije cuando entró aquí—continuó Restituta—que los tiempos están muy malos, que no se gana nada, que se vende poco y en lo de arriba no cae más que miseria. Ella comprenderá que nos hemos echado encima una carga muy pesada al recogerla, porque... ¡si viera usted, señor de Lobo, qué miseria habia en aquella casa del cura de Aranjuez, donde estaba mi sobrina! ¡Ay, partia el corazon!

—Pero es preciso que trabaje—dijo D. Mauro.—Mi sobrina es una muchacha muy buena, y ya he dicho á usted cuánto la quiero. Como que al fin y al cabo para ella ha de ser cuanto hay en esta casa.

—Ya le he dicho—prosiguió Restituta—que mañana tiene que lavar toda la ropa de la casa, porque ya que ella está aquí, ¿para qué se ha de gastar en lavandera? Por supuesto que no ha de dejar la costura; y si pasa mañana de las veinte varas, la echaré en el pañuelo unas gotitas de agua

de bergamota, de la de los frascos averiados. Lo bueno que tiene esta muchacha, Sr. de Lobo, es que nunca da malas contestaciones. Verdad es que no le faltan luces y harto conoce lo que nos debe, pues ha encontrado en nosotros su santo Ángel de la Guardia. ¡Ah, no puede usted figurarse la miseria que habia en aquella casa del cura de Aranjuez!...

—Le conozco, sí—dijo Lobo, enseñando con feroz sonrisa sus dientes verdes.—Es un pobre hombre que hacia versos latinos al Príncipe de la Paz. Ya se lo dirán de misas. Está probado que ese D. Celestino, con su capita de hombre de bien, era el confidente del favorito, y el que le llevaba la correspondencia con Napoleon, para repartirse á España.

—¡Jesús, qué iniquidad! Bien decia yo que aquel hombre tenia cara de malo.

—Pero ya le daremos cordelejo—continuó Lobo.

—Como la parroquia de Aranjuez la pretende un primo mio, ya se la tenemos armada á D. Celestino, y entre yo y un compañero pensamos escribir ocho resmas de papel sellado para probar que el señor curita es reo de lesa nacion.

Miéntras esto hablaban, yo hacia esfuerzos por contener mi indignacion. Inés, aterrada por la verbosidad de sus tios, no se atrevia á decir una palabra. Lo mismo hacia Juan de Dios; pero por un fenómeno singular, las facciones heladas y quietas del mancebo indicaban aquella noche que lo que oia no le era indiferente.

—Así lo haremos—contestó Lobo frotándose las manos.—¿Pero qué hace ahí tan callado el Sr. D. Juan de Dios? ¡Ay, Restituta, qué marido tan mudo va usted á tener! Y lo que es por palabra de más ó por palabra de ménos no armarán ustedes camorra. ¿Y para cuándo dejan ustedes la boda? Animarse, señores, y anímese usted tambien, Sr. D. Mauro de mis entrañas, porque mire usted que la niñita lo merece. Nada: el mes que entra á la vicaría, Restituta con mi señor Juan y usted con su querida sobrinita Inés, que, si no me engaño, le ha rezado ya algun Padre nuestro á San Antonio para que esto se realice.

Todas las miradas se dirigieron hácia Inés. D. Mauro estiró los brazos en cruz, luégo cerrando los puños, levantólos hácia arriba como si quisiera coger el techo, descoyuntóse las quijadas, cayeron luégo ambas manos sobre la mesa con estruendosa pesadez, y habló así:

—Yo se lo he dicho ya, y por cierto que la niñita no tuvo á bien contestarme.

—¿Pues qué quiere decir el silencio en esos casos? ¿Cómo quiere usted que una niña bien criada diga: "Me quiero casar, sí señor, venga marido?„

Al contrario, es ley que hasta el último momento hagan mil ascos al matrimonio, diciendo que les da vergüenza.

—Ya te dije, hermano—indicó Doña Restituta,—que aunque ese es el destino de la muchacha, si se porta bien y trabaja, no conviene tratar todavía de tal asunto. Ya sabes lo que son las muchachas, y si les entra el entusiasmo y el aquel del casorio, no hay quien las aguante. Ella bien sé yo que se chupará los dedos; pero haces mal en manifestarle tan pronto tu generosidad, porque puede echarse á perder, pensando todos los dias en el amorcito, en la palabrilla, en el regalito. ¡Ah, bien sabe ella lo que se hace, la picarona! Bien sabe que un hombre como tú no lo catan las muchachas de Madrid todos los dias.

—¿Y por qué no he de decírselo desde luégo?—contestó Requejo riendo, es decir, moviendo la tecla de la risa en su brutal organismo.—Mi sobrina me gusta; y aunque conocemos todos á una porcion de señoras muy principales que me pretenden y se beben los cuatro vientos por mí, yo dije: "Vale más que todo se quede en casa." ¿Por qué no se le ha de decir de una vez que quiero casarme con ella? Bien sé que del alegron se estará ocho noches sin dormir, y se trastornará toda, y no dará una puntada; y si por ella fuera, mañana mismo... pero váyase lo uno por lo otro. Pues digo: ¡si ella viera el collar y los pendientes de oro que tengo apalabrados con el platero del arco de Manguiteros...!

—Dale... dale...—dijo Restituta.—¿Á qué viene hablar de esas cosas? ¿Á qué sacar de quicio á la chica, trastornándole el seso? Nada: no hay collar ni pendientes. ¿Ni cómo quieres que la niña lave la ropa ni cosa las camisas, cuando le dicen que va á ser, como si dijéramos, princesa?

—Nada, nada... yo la quiero y la estimo—afirmó Requejo.—¿Por qué la hemos de privar de ese gusto? Que lo sepa... y digo más, señora hermana; y es que, aunque á mí no me gusta la holgazanería, porque ya ven ustedes, yo desde la edad de catorce años... quiero decir, que aunque no me gusta la holgazanería, lo que es por estos dias y de aquí á que nos casemos, si Inés quiere trabajar que trabaje, y si no que no trabaje.

D. Mauro volvió á reir, y alargando el brazo hácia Inés, le tocó la barba.

Extremecióse la muchacha como al contacto de un animal asqueroso, y rechazó bruscamente la caricia de su impertinente tio.

—¿Qué es eso, niña? ¿Qué modales son esos?—dijo D. Mauro frunciendo el ceño.—Despues que me caso contigo...

—¿Conmigo?—exclamó la huérfana, sin poder disimular su horror.

—Contigo, sí.

—Déjala, Mauro; ya sabes que es un poco mal criada. Niña, no se contesta de ese modo.

—¿Pues no tiene tambien su orgullito la pazpuerca?—exclamó Requejo·

—Yo no me caso con usted; yo no quiero casarme—dijo enérgicamente Inés, recobrando su aplomo, una vez dicha la primera palabra.



—¿Que no? —preguntó Restituta con un chillido de rabia.—Pues, indinota, mocosa, ¿cuándo has podido tú soñar con tener semejante marido, un Mauro Requejo, un hombre como mi hermano? ¡Y eso despues que te hemos sacado de la miseria!...

—Á mí me han sacado ustedes del bienestar y de la felicidad para traerme á esta miseria, á esta mortificacion en que vivo—dijo la huérfana llorando.—Pero mi tio vendrá por mí, y me marcharé para no volver aquí ni verles más. ¡Casarme yo con semejante hombre! Prefiero la muerte.

¡Oh! al oirla me la hubiera comido. Inés estaba sublime. Yo lloraba.

Cuando los Requejos oyeron en boca de su víctima tan absoluta negativa, se encendió de un modo espantoso la ira de sus protervas almas. Restituta se quedó lívida, y levantóse D. Mauro balbuciendo palabrotas soeces.

—¿Cómo es eso? ¡Venir á comer mi pan, venir aquí á lavarse la sarna, venir aquí despues de haber andado por los caminos pidiendo limosna... y portarse de esa manera!... ¿Pero eres tú una Requejo, ó de qué endiablada casta eres?... Cuidado con la señorita *Panza en trote*. Niñita, ¿sabes tú quién soy yo? ¿sabes que tengo cinco dedos en la mano?... ¿sabes que

me llamo Mauro Requejo?... ¿sabes que de mí no se rie ninguna piojosa?... ¿sabes que á mí no me pican pulgas de tu laya?... Tengamos la fiesta en paz... y tú ten por sabido que has de hacer lo que yo mando, y nada más.

Diciendo esto, agarró con su mano de hierro el brazo de la muchacha y la sacudió con mucha fuerza. Quiso poner más alto aún el principio de autoridad, y lanzó á Inés contra la pared, avanzando sobre ella en actitud rabiosa. Cuando tal ví parecióme que se me nublaban los ojos, y sentí saltar mi sangre toda del corazon á la cabeza. Yo estaba en pié junto á la mesa, y al alcance de mi mano habia un cuchillo de punta afilada. El lector comprenderá aquella situacion terrible, y no es posible que vitupere mi conducta, si es que esos hechos, hijos de la ciega cólera y la impremeditacion, pueden llamarse conducta. ¿Quién al ver una huérfana inocente é indefensa, maltratada por el más necio y soez de los hombres, hubiera podido permanecer en calma? Durante aquella escena de un segundo, alargué la mano hasta tocar la empuñadura del cuchillo, y con rápida mirada observé el cuerpo deforme de D. Mauro Requejo; pero afortunadamente para mí y para todos, éste, sin duda aterrado ante la debilidad de la víctima, se contuvo y no se atrevió á tocarla. En un movimiento insignificante, en un paso atrás, en una mirada, en una idea que pasa y huye estriba la perdicion de personas honradas, y un grano de arena hace tropezar nuestro pié, precipitándonos en el abismo del crímen. Por aquella vez Dios apartó del camino de mi vida el cadalso ó el presidio.

El licenciado Lobo y el mancebo contribuyeron á calmar la enconada soberbia de su amigo. En el semblante del segundo noté una alteracion vivísima, y su piel amarilla se encendió con inusitado enrojecimiento, que yo no sabia si atribuir á la indignacion ó á la vergüenza.

Doña Restituta, queriendo poner fin á una escena que no podia tener buenas consecuencias, cortó la cuestion diciendo:

—No te acalores, hermano. Yo la haré entrar en razon. Ya sabes que es un poco mal criada. Vamos arriba, niña, y ajustaremos cuentas.

Esta fué la órden de retirada. Juan de Dios salió de la tienda para retirarse á su casa, y doña Restituta é Inés subieron seguidas por mí, pues tambien se me dió la órden de que me acostara. Entraron las dos mujeres en su cuarto y yo en el mio; mas no pudiendo dominar mi inquietud, y recelando que en el dormitorio vecino se repetiria entre tia y sobrina la violenta escena de la trastienda, luégo que pasó un rato, salí muy quedamente de mi escondrijo, y deslicéme por el pasillo, conteniendo la respiracion para no ser sentido. Puesto cerca de la puerta del dormitorio, sentí la voz de Doña Restituta que decia: "No llores, duérmete. Mi hermano es

una persona muy amable; sólo que de pronto... Si él te quiere mucho, niñita...„ Esta afabilidad de la culebra me sorprendió mucho; mas al punto comprendí que debia ser puro artificio.

Tambien llegaban confusamente á mí las voces de D. Máuro y de Lobo, que habian quedado en la trastienda. Avancé un poco más hasta llegar á la escalera, y echándome en tierra apliqué el oido.

—Cuando yo le doy á usted mi palabra de que es así—decia el leguleyo.—Inesita fué abandonada y recogida por Doña Juana. Su madre, que es una de las principales señoras de la Córte, desea encontrarla y protejerla. Yo poseo los papeles con que se puede identificar la personalidad de la muchacha. De modo que si usted se casa con ella... Amiguito, la señora condesa tiene los mejores olivares de Jaen, las mejores yeguadas de Córdoba, los mejores prados del Jarama, y más de treinta mil fanegadas de pan en tierra de Olmedo y de D. Benito, sin herederos directos que se lo disputen á esa barbilinda que hace poco estaba haciendo pucheros aquí mismo.

—Pero ya usted la ha visto—dijo D. Mauro, midiendo con grandes zancadas el piso de la trastienda.—La muchacha es un puerco-espin. Le hago una caricia y me da una manotada; le digo que la quiero y me escupe la cara.

—Amigo D. Mauro—repuso el licenciado,—el sistema que ustedes siguen no es el más á propósito para hacerse querer de la muchacha. Ustedes debian traerla en palmitas, y la están maltratando haciéndola trabajar hasta que reviente. ¿Á quién se le ocurre que una princesita como esta friegue los platos y lave la ropa? Por este camino aborrecerá á mi señor D. Mauro como si fuera el Demonio.

—Pues me parece—dijo mi amo, dándose un golpe en la majestuosa cerviz,—que el señor licenciado tiene muchísima razon. Eso mismo dije yo á mi hermana; pero como Restituta es tan ambiciosa, que se dejaria desollar por un ochavo, ha dado en sacarle el cuero á la infeliz. ¿No somos ricos, Sr. Lobo? Pues si somos ricos, ¿á qué viene el descajillarse por un maravedí? Pero con mi hermana no hay quien pueda. ¿Le parece á usted? Aquí vivimos como en el Hospicio: mi padre se llama hogaza y yo me muero de hambre, como dijo el otro. Pues digo que ha de ser lo que yo mando, y mi hermana que se case con Juan de Dios y se lleve lo que es suyo... Y nada más. Inesita no trabajará más, porque si se me muere...

—Ademas—dijo Lobo,—procure usted ser amable con ella. Cuide algo más de lo exterior, y no se le presente con esa facha de mozo de cordel,

porque las niñas son niñas, Sr. D. Mauro, y no se entra en el templo del Amor sino por la puerta del buen parecer.

—Eso está muy bien parlado. Si fuera por mí... Yo quiero vestirme bien; pero esa langostilla de Restituta no me deja, y dice que no me he de poner el traje bonito más que el dia de *San Corpus Christi.* Nada, nada, aquí mando yo; me pondré guapote, porque yo... á Dios gracias, no soy de esos que necesitan afeites y menjurges para parecer bien, y cuanto me cae encima está que ni pintado. Trataré á Inesita como ella se merece, y Dios por delante. Ántes de un mes la llevo á la parroquia.

—Ese es el mejor sistema, Sr. D. Mauro. Con las amenazas, con el encierro, con las privaciones, con el trabajo excesivo, no conseguirán ustedes sino que la muchacha les odie y se enamorisque del primer pelafustan que pase por la calle.



Así hablaron el comerciante y el leguleyo. Despidiéronse despues, y el segundo salió á la calle por la tienda. Retiréme á toda prisa; pero aunque no hice ruido, Doña Restituta, con su sutilísimo órgano auditivo debió sentir no sé si mi aliento ó el ligero rumor de un ladrillo roto que se movió bajo mis pisadas. Esto produjo cierta alarma en su vigilante espíritu, y saliendo al encuentro de su hermano que subia, le dijo:

—Me parece que he sentido ruido. ¿Tendremos ladroncitos? Anoche hicieron un robo en la calle Imperial, metiéndose por los tejados. ¿Estaremos seguros?

Registraron toda la casa, miéntras yo, metido entre mis sábanas, fingia dormir como un talego. Al fin, convencidos de que no habia ladrones, se acostaron.

Mucho más tarde advertí que Doña Restituta registraba la casa segunda vez, hasta que todo quedó en silencio. Cerca ya de la madrugada oí ruido de monedas. Era Doña Restituta contando su dinero. Despues la sentí salir de su cuarto, bajar á la trastienda y de allí al sótano, donde estuvo más de una hora.



XVII

AL siguiente dia D. Mauro se desvivió obsequiando á su sobrina; pero tan ramplonamente lo hacia, que cada una de sus finezas era una gansada y cada movimiento una coz.

—Restituta—decia,—no quiero que trabaje la muchacha. ¿Óyeslo, hermana? Inés es mi sobrinita, y todo es para ella. Si hace falta coser, aquí tengo yo mi dinero para pagar costureras. Sácame el vestido nuevo, que me lo quiero poner todos los dias, y quiero estar en la tienda con él... y no me pongas más olla con cabezas de carnero, sino que quiero carne de vaca para mí y para este angelito de mi sobrina... y lo que es el collar que tengo apalabrado lo compro hoy mismo... y aquí no manda nadie más que yo... y voy á traer un fortepiano para que Inés aprenda á tocar... y la voy á llevar en coche á la Florida... y si entra mañana el nuevo Rey, como dicen, hemos de ir todos á verle, y yo con mi vestido nuevo y mi sobrinita agarrada del brazo, *¿no verdá*, prenda?

Restituta quiso protestar contra estos despilfarros; pero amoscóse su hermano, y no hubo más remedio que obedecer, aunque á regañadientes. Merced á la enérgica resolucion del amo de la casa, vióse la trastienda honrada con inusitados y allí nunca vistos platos, aunque Doña Restituta, firme en su adhesion al antiguo régimen, no probó de ninguno.

—Hermana—le decia D. Mauro,—ya estoy de miserias hasta aquí. Nada, no más trabajar. ¿Ves esta gallina, Inesilla? Pues te la tienes que comer toda sin dejar ni una tripa, que para eso la he comprado con mi di-

nero. Y aquí te tengo un guardapiés de raso verde con eses de terciopelo amarillo que te has de poner mañana si vamos á ver entrar al Rey... Y tambien te has de poner unos zapatos azules y unas mediecitas encarnadas con rayas negras, y tambien le tengo echado el ojo á una escofieta que lo ménos tiene catorce varas de cinta de varios colores... Con que á ponerse guapa... porque lo mando yo.

—Buenas cosas le estás enseñando á la niña—dijo Doña Restituta, dirigiendo oblícuamente los ojos á las prendas indicadas, que acababan de traer á la tienda.

En efecto, señores, la generosidad de D. Mauro era tan bestial como su tacañería y salvajismo; así es que su empeño en que Inés se vistiera con tan chavacano y ridículo traje, fué uno de los mayores tormentos que padeció la huérfana durante su encierro.

—Esta tarde—continuó el tio—voy á traer dos ciegos para que toquen, y puedas bailar cuanto quieras, Inesilla. Yo quiero que bailes lo ménos tres horas seguidas, y así has de hacerlo, porque yo lo mando... y aquellos pendientes de á cuarta que están arriba, y son nuestros, porque no han venido á desempeñarlos, te los pondrás en tus lindas orejitas.

—Sí, para ella estaban—dijo con avinagrado gesto Restituta.—¡Dos pendientes de filigrana de oro, largos como badajos de campana, y que pertenecieron á una camarista de la Reina Doña Isabel de Farnesio! Hermano, tengamos la fiesta en paz.

—Aquí no manda nadie más que yo—exclamó Requejo, haciendo retemblar de un puñetazo el cajon que servia de mesa.

Como es de suponer, Inés se resistió á ponerse los vestidos de sainete comprados por D. Mauro, lo cual puso de mal humor al buen comerciante, quien no tuvo sosiego durante todo aquel dia, y se quitó y puso repetidas veces el traje nuevo, jurando que en su casa nadie mandaba más que él.

Al lector habrá sorprendido una circunstancia, y es que en tres dias que llevaba yo de permanencia en la funesta casa, no pudiese ni una vez tan sólo hablar con Inés. La suspicacia del ama era tan atroz y tan previsora, que siempre que bajaba del entresuelo á la trastienda, como no fuera en la hora tristísima de la comida, la dejaba encerrada, guardando la llave en su profundo bolsillo. Esto me desesperaba, quitándome toda esperanza de salvar á la pobre huérfana, hasta que un dia, resuelto á comunicarme con ella, aceché la ocasion en que Doña Restituta estaba desplumando á unos infelices en el despacho de los préstamos, y acercándome á la puerta del encierro, la llamé muy quedamente. Sentí el roce de su vestido, y su voz me preguntó:

—Gabriel, ¿eres tú?

—Sí, Inesilla de mi corazon. Hablemos un poquito; pero no alces la voz. Haré mucho ruido con la escoba para que no nos oigan.

—¿Cómo has venido aquí? Dí, Gabrielillo, ¿me sacarás tú?

—Reina, aunque aquí hubiera cien mil Requejos y ochocientas mil Restitutas, te sacaria. No llores ni te apures. Pero dí, picarona, ¿me quieres ahora ménos que ántes?

—No, Gabriel—me contestó.—Te quiero más, mucho más.

Hice mucho ruido y dí mil besos á la puerta.

—Toca con tus dedos en la puerta para que yo sienta—dije.

Inés dió algunos golpecitos en la madera, y despues me interrogó:

—¿Tardarás mucho en sacarme? Escribe á mi tio para que venga por mí.

—Tu tio no conseguiria nada de estos cafres. Espera y confía en mí. Chiquilla, hazme el favor de besar la puerta.

Inés besó la puerta.

—Yo te sacaré de esta casa, prenda mia, ó no soy Gabriel—le dije.—Haz por no disgustarles. Si te quieren sacar de paseo no te resistas. ¿Oyes bien? Déjame á mí lo demas. Adios, que viene la culebra.

—Adios, Gabriel. Estoy contenta.

Ambos besamos la barrera que nos separaba, y el diálogo acabó, porque consumado en el despacho de los préstamos el asesinato pecuniario, salieron las víctimas, y tras ellas Doña Restituta, radiante de ferocidad avariciosa. En su cara se conocia que habia hecho un buen negocio.



XVIII



QUELLA noche vino á la tertulia de la tra stienda, además del Sr. de Lobo, Doña Ambrosia de los Linos, tendera de la calle del Príncipe, á quien mis lectores, si no me engaño, tienen el honor de conocer, pues algo me parece que figuró en los sucesos que conté anteriormente. Su difunto esposo habia sido compañero de D. Mauro en el cargamento y arrastre de fardos y mercancías, y desde entónces entre ambas familias quedó establecida cordial amistad. Reconocióme Doña Ambrosia, mas no dijo nada que pudiese desfavorecerme en el concepto de mis nuevos amos, y cuando se hubo sentado, operacion no muy fácil, dados su volúmen y la estrechez de los asientos, soltó la sin hueso en estos términos:

—¿Cómo es eso, Restituta, cómo es eso D. Mauro, con que no han ido ustedes á ver la entrada de los franceses? Pues hijos, les aseguro que era cosa de ver. ¡Qué majos son, válgame el Santo Ángel de la Guardia!... Pues digo, si da gloria ver tan buenos mozos... y son tantos que parece que no caben en Madrid. Si viera usted, D. Mauro, unos que andan vestidos al modo de moros, con calzones como los maragatos, pero hasta el tobillo, y unos turbantes en la cabeza con un plumacho muy largo. Si vieras, Restituta, qué bigotazos, qué sables, qué morriones peludos y qué entorchados y cruces! Te digo que se me cae la baba... Pues á esos de los turbantes creo que los llaman los *zamacucos*. Tambien vienen unos que son, segun me dijo D. Lino Paniagua, los *tragones de la guardia imperial*, y llevan unas corazas como espejos. Detrás de todos venia el gene-

ral que los manda, y dicen está casado con la hermana de Napoleon... es ese que llaman el gran duque de *Murraz* ó no sé qué. Es el mozo más guapo que he visto: y cómo se sonreia el picaron mirando á los balcones de la calle de Fuencarral. Yo estaba en casa de las primas, y creo que se fijó en mí. ¡Ay, hija, qué ojazos! Me puse más encarnada... Por ahí andan pidiendo alojamiento. Á mí no me ha tocado ninguno y lo siento; porque la verdad, hija, esos señores me gustan,

—Gracias á Dios que tenemos Rey—dijo Mauro.—Y usted, Doña Ambrosia, ¿ha vendido mucho estos dias? Porque lo que es de aquí no ha salido ni una hilacha.

—En mi casa ni un boton—contestó la tendera.—¡Ay, hijito mio! Ahora cuando ese saladísimo Rey que tenemos arregle las cosas, hay esperanzas de hacer algo. ¡Qué tiempos, Restituta, qué tiempos! Pero no saben ustedes lo mejor; ¿no saben ustedes la gran noticia?

—¿Qué?

—Que mañana hará su entrada triunfal en Madrid el nuevo Rey de España, Sr. D. Fernando el Sétimo.

—Ya lo sabe hoy todo Madrid.

—Pues no nos quedaremos sin ir á verle; óyelo tú, Restituta, óyelo tú, Inés—dijo Requejo;—Mañana no se trabaja.

—Yo, primero me aspan que dejar de ir á verlo—dijo Doña Ambrosia. —Los primos han salido esta noche al camino de Aranjuez para esperarle. ¡Ay qué alegría, Sr. D. Mauro! ¡Si viviera mi esposo para verlo! Él que me decia: "miéntras duren este Rey y esta Reina de tres al cuarto, no tendremos un gobierno ilustrado." Mañana va á ser un dia de alegría. Yo tengo un balcon en la calle de Alcalá, y ya hemos encargado al valenciano media docena de ramos de flores para apedrear con ellas á Su Majestad cuando pase.

—Nada, lo dicho, dicho—exclamó D. Mauro;—si *ésta* no quiere ir, que se quede en la tienda. Inés me coserá la manga del casaquin que se me rompió ayer cuando me lo quité... Veremos qué tal sabe Gabriel hacer el coleto... Por supuesto, Inesilla, si quieres coger uno de esos frascos de agua de clavel que tienes á mano derecha, puedes hacerlo. Todo es para tí.

Así siguió la conversacion sin ningun incidente notable en lo sucesivo, por lo cual la omito, pues supongo al lector poco interesado en conocer la historia de la enfermedad que padeció el esposo de Doña Ambrosia, trágico acontecimiento que ella refirió. Los únicos personajes siempre mudos en aquellas tertulias, ademas de un servidor de ustedes, eran Inés

y el Sr. Juan de Dios, este último por ser hombre de pocas palabras, como he dicho.

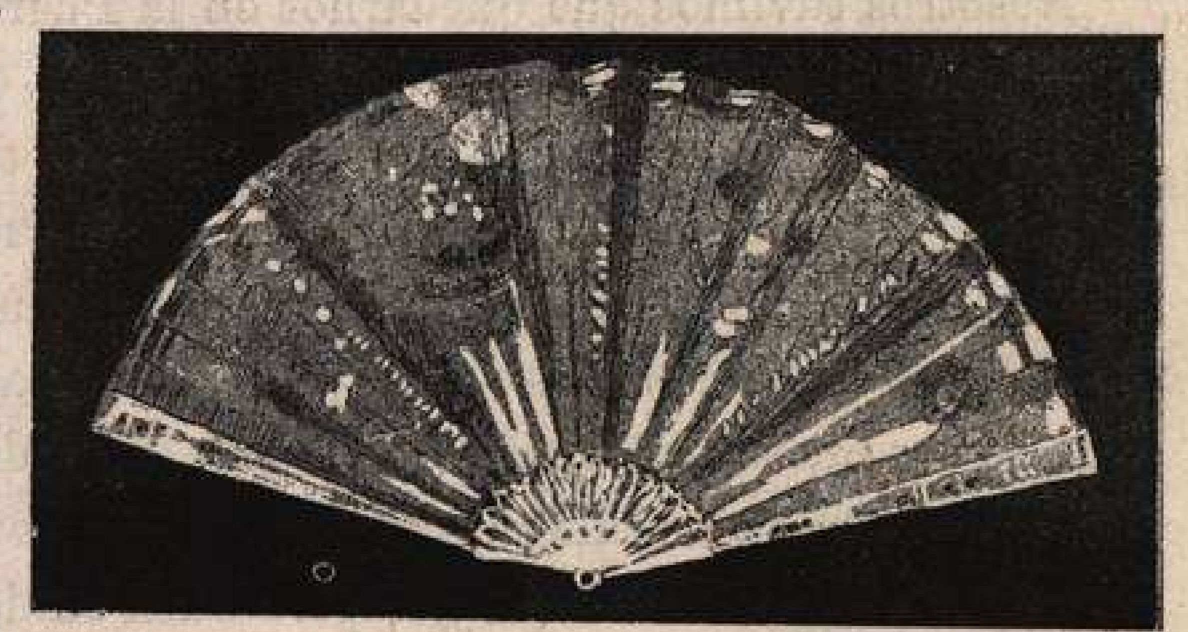
Llegó el dia 24 de Marzo, y la cabeza de D. Mauro, peinada por mí, salió á competir con el sol en brillo y hermosura. Doña Restituta, que no pudo resistir á las súplicas de su hermano, frotóse con una toalla el apergaminado forro de su cara hasta sacarse lustre, y despues se puso el mismo clásico traje con que por primera vez se presentó á mis ojos en Aranjuez. Por más que D. Mauro atronó la casa, no pudo conseguir que Inés se disfrazara con el guardapiés verde, las medias encarnadas, las azules botas y la escofieta que su vanidoso tio compró para adornar dignamente á la que consideraba como futura esposa. Negóse la muchacha á ser objeto de una fiesta pública, y al fin, para decidirla á salir, la permitieron vestirse con su ropa de luto. Luégo que los tres estuvieron apercibidos, encargaron á Juan de Dios el cuidado de la casa, y D. Mauro me dijo gravemente:

—Gabriel, hoy es dia de descanso. Vente con nosotros: con eso me enderezarás el rabo del coleto si se me tuerce, y me ayudarás á ponerme los guantes cuando pase S. M., pues hasta ese momento no quiero meter mis manos en tal Inquisicion. ¿Qué te parece? ¿Voy bien? Tira de ese faldon que está arrugado. Mira, chiquillo, haz el favor de meter bonitamente tu mano por entre la casaca y la chupa hácia la espalda, y rascarme en esa paletilla derecha, que no parece sino que se ha juntado ahí un regimiento de pulgas... Así... así... basta ya.

Dicho esto, y rascado el asno, tomé mi gorra y salimos. ¡Ay, Dios mio, cómo estaba esa Puerta del Sol, y esa calle Mayor, y esa calle de Alcalá! Mis lectores, cualquiera que sea su edad, habrán visto alguna de las solemnes entradas con que nos obsequia cada pocos años la historia contemporánea, de modo que para hacerles formar una idea de aquel gentío, de aquella algazara y de aquel júbilo, me bastará decirles que lo del 24 de Marzo de 1808 no se diferenció de lo visto en años posteriores, sino en la exageracion del delirio.

De los balcones de las casas nobles pendian las ricas colgaduras de damasco con su ancho escudo y brillantes flecos, prendas vinculadas que hasta hace poco han lucido, ya marchitas y mermadas como el patrimonio de sus dueños, en alguna fiesta del Córpus. Las demas casas se engalanaban con lo que el entusiasmo de sus inquilinos habia encontrado á mano, siendo considerable la cantidad de piezas de musolineta que un pueblo loco lanzó al aire de balcon á balcon en aquel memorable dia. La multitud infinita de abanicos con que resguardaban del sol su cara los millares de

damas asomadas á los balcones, ofrecia un aspecto sorprendente, y cuando la vista recorria panorama tan encantador, causábale cierto desvanecimiento el incesante ondular de los que se movian dando aire á sus dueñas. Aquel parlante dije español, en tan inmenso número reproducido, presentando alternativamente al sol una de sus caras, ya blanca, ya azul, ya roja, y adornado con lentejuelas de plata y oro, remedaba el aleteo de millares de pájaros pugnando por levantar el vuelo. Era un dia de Marzo de esos que parecen dias de Junio, privilegio de la Córte de las Españas, que suele abrasarse en Febrero y helarse en Mayo. La Naturaleza sonreia como la nacion.



El abigarrado gentío que poblaba las calles se componia de todas las clases de la sociedad, abundando principalmente la manolería y chispería, hombres y mujeres, viejos y muchachos. Los ancianos inválidos y gotosos habian dejado el lecho, y sostenidos por sus nietos abríanse paso. Las viejas santurronas, que durante tantos años olvidaran todo camino que no fuera el de sus casas á la cercana iglesia, acudian tambien, llevadas de la devocion al nuevo Rey, y felicitándose unas á otras aturdian á los demas con el cotorreo de sus bocas sin dientes. Los niños no habian asistido á la escuela, ni los jornaleros al trabajo, ni los frailes al coro, ni los empleados á la covachuela, ni los mendigos á las puertas de las iglesias, ni las cigarreras á la Fábrica, ni los profesores de las Vistillas dieron clase, ni hubo tertulia en las boticas, ni meriendas en la pradera del Corregidor, ni jaleo en el Rastro, ni colision de carreteros en la calle de Toledo.

La muchedumbre, obligada por su colosal corpulencia á estarse quieta, se arremolinaba y extremecia como un mónstruo atado. Agrietábase á veces aquella gran masa, pero el surco abierto era invadido por la corriente: de pronto crecia la aglomeracion en un punto y se aclaraba en otro. El empuje era tremendo, y el retroceso tan peligroso, que habia riesgo de ser hollado por las mil patas de la bestia. El zumbido con que aquel enjambre manifestaba sus impresiones, trastornaba el cerebro más fuerte: exclamaciones de alegría, diálogos entusiastas seguidos de abrazos generosos, gritos de dolor á consecuencia de los callos aplastados, ó de indignacion por cada sombrero que perdia su hechura, se unian á las do-

nosidades de las majas, que arrojaban cáscaras de naranja sobre los petimetres, y á los lamentos de los mendigos haraposos y mutilados que, escurriéndose entre la multitud, áun allí imploraban la caridad enseñando una pierna leprosa ó una mano deforme.

Nosotros tuvimos que quedarnos en la Puerta del Sol. Una de las oscilaciones del gentío nos llevó hácia la acera que hoy une las calles de Espoz y Mina y Carretas; otra oscilacion nos arrastró hácia la Inclusa, que estaba entre las calles del Cármen y Preciados; y por último, un nuevo sacudimiento, haciéndonos pasar por ante Mariblanca, nos encaminó hácia el Buen Suceso, á cuya verja nos agarramos D. Mauro y yo, para no ser nuevamente arrastrados á merced de aquel oleaje. Yo me alegraba de que esto sucediera, por si en alguna evolucion quedábamos Inés y yo apartados de los Requejos; pero buen cuidado tenia D. Mauro de no separarse de su sobrina, y ántes le hubiera roto el brazo que soltarla; tal era la fuerza con que su mano lagartijera tenia aprisionados los olivares de Jaen y las yeguadas de Córdoba.

Situados donde he dicho, aguardamos la aparicion de aquel sol hespérico, de aquel íris de paz, de aquel Príncipe Fernando, que este pueblo, á ser pagano, hubiera puesto en la gerarquía de sus dioses más queridos. En rededor nuestro zumbaban algunas viejas.

—¡Ay, mi señora Doña Gumersinda!—decia una estantigua.—Dios y mi patrono San Serapio, ese bendito fraile de la Merced que es abogado contra los dolores de coyunturas, han querido que yo no mordiera la tierra sin ver este dia.

—¡Ay, mi señora Doña María Facunda!—contestaba otra.—Desde que entró en Madrid al venir de Nápoles el Sr. D. Cárlos III, á quien ví desde este mismo sitio, no ha habido en Madrid una alegría semejante. ¿Pero usted no llora?

—¿Pues no me ve usted, señora Doña Gumersinda? Bendito sea el Señor, que nos ha permitido ver este dia. Al ménos se morirá una con la alegría de que España sea feliz con ese gran Rey que Dios nos ha dado. ¡Pues pocos rosarios he rezado yo para que esto sucediera! Al fin la Vírgen nos ha oido, y si nosotras no nos estuviéramos en la iglesia rogando dia y noche, ya podia la nacion esperar sentada su felicidad.

—¿Pero usted no ha visto al Príncipe, señora Doña María Facunda? Si es el más rozagante, el más lindo mozo que hay en toda España y sus Indias. Yo le ví el dia de la jura, y me parece que le tengo delante.

—No le he visto. Ya sabe usted, señora Doña Gumersinda, que desde que reñí con aquel oficial de walonas que me queria tanto, allá

cuando echaron á los jesuitas, no he vuelto á mirar á la cara á ningun hombre.

—¡Pero oiga usted, dicen que viene, ya está cerca!

En efecto; se oian las exclamaciones del gentío apelmazado en la calle de Alcalá, y muchos gritaban: ¡Ya viene por la Cibeles! ¡Ya viene por el Cármen Descalzo! ¡Ya viene por las Baronesas! ¡Ya viene por los Cartujos!

Una voz conocida me hizo volver la cara. Pacorro Chinitas, el famoso amolador, cuyas opiniones no habrán olvidado ustedes, estaba detrás de mí disputando acaloradamente con una mujer del pueblo, gruesa, garbosa, de ojos vivos, lengua expedita y expeditísimas manos.

—¡Que en todas partes has de meter camorra, condenada mujer!—decia Chinitas. Vete callando, que ya se me sube la mostaza á la nariz.

—No me da gana de callar—contestó la Primorosa, cruzándose en la cintura las puntas del pañuelo que le cubria los hombros.—¿Pues qué, estamos en misa? Si ese señorito del tupé no se nos quita delante...

Un petimetre, que olia á jazmin, volvió la compungida cara pidiendo mil perdones á la emperatriz del Rastro.

—¡Eh, tio *cata caldos!*—continuó la Primorosa, tirando por los faldones al currutaco.—¡Quítese de ahí, que me estorba!

—Mujer, deja en paz á ese caballero. Mira que la armo.

—¡Sopa sin sal, endino!—exclamó la manola, mostrando sus dedos cuajados de anillos con piedras falsas.—¡Pos pa qué quiero estas cinco manos de almirez! ¡Enriten á la Primorosa y verán lo güeno! ¡Eh... señor marqués del Barrilete!—añadió, dirigiéndose á D. Mauro,—que me está usted metiendo por los ojos el rabo de su peluquin.

—Mujer—insistió Chinitas,—que donde quiera que vamos me has de avergonzar...

El petimetre se volvió hácia nosotros y dijo, infestándonos con los perfumes de su ropa:

—No se puede estar donde hay gente ordinaria.

—¿Qué es eso de gente ordinaria?—exclamó la Primorosa, atropellando á los que tenia al lado para abalanzarse hácia el almibarado jóven.—Ya... á mí con esas. Pero si es el Sr. D. Narciso Pluma. Eh, Nicolasa, Bastiana, Polonia; mira al Sr. de Pluma, al que la otra noche le emprestamos dos reales pa osequiar á las madasmas que llevó á tu casa... Señor marquesito de la olla vacía, ménos facha y más comenencia con las señoras, porque yo soy muy reseñorona y muy requeteusía, y sé dar pa el pelo, y vivan los farolones de Madrid.

Á este punto llegaba, cuando un rumor creciente indicó que el Príncipe estaba cerca. La Primorosa, con las majas que la seguian, trató de atravesar el gentío dando codazos y manotadas á derecha é izquierda.

—Ea, desapártense toos, que viene el sol del mundo. Á un lao, á un laito, señores. Bastiana, Nicolasa, quitaos las flores del pelo y vengan acá, que yo se las daré al lucero de las Españas. Míralo allá, viene á caballo por la Aduana.



Á fuerza de empujones la Primorosa logró ¡cosa inaudita! despejar en torno suyo un breve espacio, donde campeaba sin obstáculo. Pero queriendo avanzar más aún, halló insuperable barrera en la persona de un *majo decente* que, con la capa en cuadril y el sombrero sobre la ceja, rechazaba varonilmente á cuantos intentaban adelantar hácia el centro de la carrera.

—¡Cómo!—dijo la maja con centellante ira.—¿Que no se pasa? ¿Y quién lo *ice*, tú, Pujitos? Anda y qué güeno me sabe.

—No se pasa—dijo Pujitos, que se esforzaba en poner á la multitud en fondo, en filas, en compañías, en batallones y en brigadas.—Póngase ca una en su puesto y no ladrar. Órden, señores... toos en fila. Primorosa, las mujeres á sus casas, y aquí denguna me levante el chillío.

—Pujitos de mi corazon—dijo la Primorosa con terrible ironía, clavando ambas manos en la cintura.—Si te requiero, si he venido por verte, si aquí vengo á pedirte de rodillas que me dejes pasar, y traigo un irgumento pa tu cara de peine viejo. ¿Quies verlo?... Pues toma.

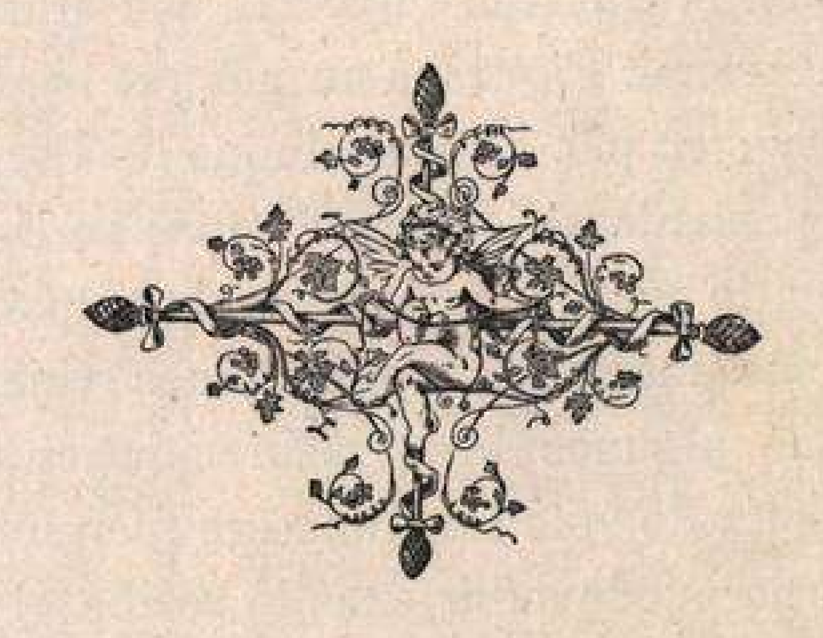
Aún no lo habia dicho, cuando rápida, fuerte y destructora como un ariete romano, la mano derecha de la maja voló en direccion de la cara de Pujitos, y el carrillo de éste resonó con tremendo chasquido. Una risotada general fué el himno con que los circunstantes celebraron la desgracia de Pujitos, el cual, vacilando primero y desplomado despues, fué á caer sobre un fraile, rompiéndole la escofieta á Doña María Facunda y la escusabaraja á Doña Gumersinda. La multitud hizo un movimiento: el oleaje corrió de un lado á otro, y Pujitos desapareció ante nuestra vista como un cuerpo que cae al mar.

La causa de aquel movimiento de la muchedumbre fué una nueva irrupcion de carne humana en aquel recinto estrecho donde ya habia tanta. Un destacamento de la Guardia Imperial, con Murat á la cabeza, apareció por la calle del Arenal. Figuraos un pié que se empeña en entrar en una bota donde ya hay otro pié. El gran duque de Berg, petulante y vanidoso, se obstinó en presentarse con sus tropas en la carrera por donde habia de pasar el Rey, lo cual no tenia nada de culpable; pero lo hizo tan inoportunamente, y sus mamelucos y dragones vejaron de tal modo al pueblo madrileño, que algunos historiadores hacen datar desde aquella hora la general antipatía de que los franceses fueron objeto. La multitud es un rio, cuyo nivel no puede subir cuando recibe el caudal de otro rio, y tiene que acomodarse juntando carne con carne y hueso con hueso, hasta que desaparece la personalidad humana en el informe conjunto. Esto pasó cuando los franceses penetraron en la estrecha plaza, y una tempestad de silbidos, reconvenciones é insultos fué la primera manifestacion del pueblo español contra los invasores. Entre tanto el desconcierto crecia, la sofocacion iba en aumento. D. Mauro bramó como un toro; Doña Restituta lanzó un gemido desde el fondo de su angosto pecho... pero la multitud olvidó sus penas, porque ya estaba cerca, ya venia, ya le veíamos en su caballo blanco, que apénas podia dar un paso; ya embocaba en

la Puerta del Sol, ya se agitaban los abanicos; llovian ramos de flores; alzábase de la superficie de aquel inquieto mar un rumor espantoso; cruzaban el aire como pájaros desbandados millares de gorras, y los brazos convulsos sobresalian de las cabezas descubiertas; los pañuelos no eran bastante expresivos, y las capas eran desplegadas como banderas de triunfo.

Entónces la masa de gente que estaba en torno mio avanzó con irresistible empuje. D. Mauro y Restituta clavaron las uñas en las mangas del vestido de Inés, que se les escapaba; pero un giron de tela se quedó en sus manos é Inés en mis brazos. Miré á la derecha, y ví entre una aglomeracion de cabezas el coleto de D. Mauro y el moño de Doña Restituta, que huian llevados como despojos de naufragio sobre la espuma de aquel mar alborotado. Estábamos solos.

Inés y yo nos abrazamos, y el gentío comprimiéndose despues, estrechaba á Inés contra mí, como si de nuestros dos cuerpos hubiera querido hacer uno solo.



XIX



STAMOS solos, Inés—le dije.—Ahora podremos hablarnos y vernos.

En efecto, estábamos solos. Yo no veia ni Rey, ni pueblo, ni Guardia Imperial, ni balcones, ni quitasoles, ni abanicos, ni capas, ni gorras, ni flores, ni nada: yo no veia más que á Inés, é Inés no veia más que á mí. Aprisionados entre un pueblo inmenso, nos creíamos en un desierto. Olvidamos que existia un Rey recien coronado, y una nacion alegre, y una ciudad feliz, y una multitud ébria, y no pensamos más que en nosotros mismos. No oíamos nada: el clamor de la gente, los vivas, los mueras, las felicitaciones; aquella borrachera de entusiasmo no producia en nuestros oidos más impresion que el vuelo de un insignificante insecto.

—Gracias á Dios que nos han dejado solos—dijo Inés, estrechándose más contra mí.

—¡Inés de mi corazon!—dije yo.—¡Cuánto deseaba hablarte! ¡Cuántas cosas tengo que decirte! Tus tios se han ido y no volverán, y si vuelven no estaremos aquí. Somos libres; oye lo que voy á decirte. Estamos fuera de esa maldita casa, Inés mia, y serás feliz y rica y poderosa y tendrás todo lo que es tuyo.

—Yo no tengo nada—me contestó.

—Sí: tú no sabes un cuento que yo te voy á contar; un cuento que sé y que me hace feliz y desgraciado al mismo tiempo.

—¿Qué estás diciendo, loquillo?

—Que tú no eres lo que pareces. Yo te devolveré á tus padres, que son muy ricos.

—¿Padres? ¿Acaso yo tengo padres?

—Sí: tú no eres hija de Doña Juana. Pero esto te lo explicaré en otra ocasion. ¡Ah! amiga mia: estoy alegre y estoy triste, porque deseo que seas feliz, y rica, y señora, y poderosa, y duquesa y princesa; pero al mismo tiempo considero que cuando llegues al puesto que te corresponde, no me has de querer.

—No entiendo una palabra de lo que dices.

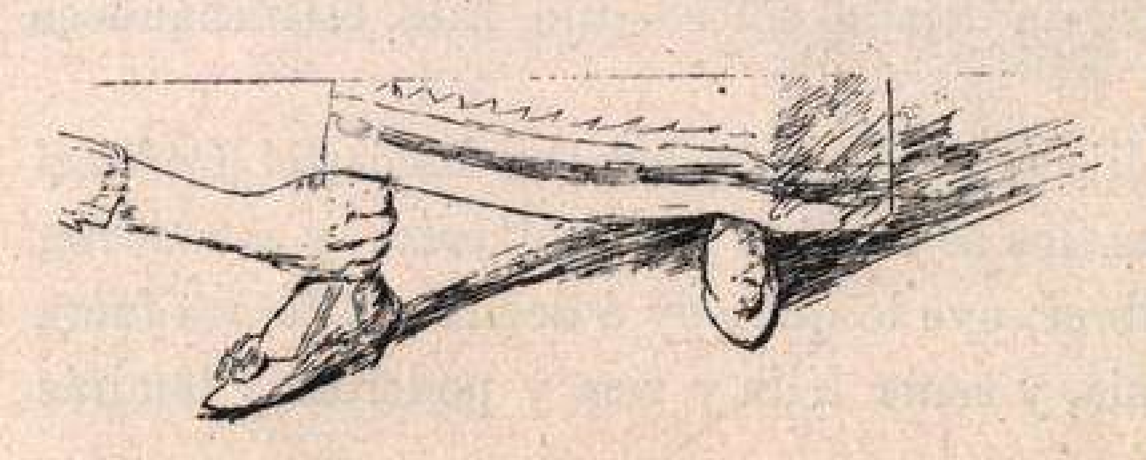
—Ya veremos. Tú no me querrás. ¿Cómo has de querer á un desgraciado como yo, sin padres, sin fortuna, sin educacion? Te avergonzarás de mí, que soy un criado, un infeliz de las calles... Pero ¡ay! no temas, que yo te llevaré á donde debes estar, y te pondré en tu verdadero puesto, y serás lo que debes ser. Yo no quiero nada para mí. Díme: ¿me dejarás que sea tu criado y que viva en tu casa lo mismo que vivo ahora en la de tus condenados tios?

—De veras te digo que pareces loco, Gabriel. Esto me recuerda cuando tú decias que ibas á ser ministro, generalísimo y príncipe. Yo no tengo esas ideas.

—No es lo mismo, niñita. Aquello era una necedad mia, y esto es cierto. Ya no volveremos á casa de los Requejos. Huiremos por la calle de Alcalá cuando se despeje, buscando refugio en Aranjuez, hasta tanto que yo te lleve á donde debo llevarte. Aunque sé que no lo has de cumplir, júrame que me querrás siempre.

—Yo no necesito jurarlo. Prométeme tú no decir disparates—dijo ella, miéntras la presion de la embriagada multitud estrechaba su cabeza contra mi pecho.

—No son disparates. Pronto te convencerás de ello; ¿pero me querrás siempre como me quieres ahora? ¿No te avergonzarás de mí, no me despreciarás? ¿Seré siempre para tí lo mismo que soy ahora, tu único amigo, tu salvacion y tu amparo?



—Siempre, siempre.

Al pronunciar estas palabras, Inés sintió que le cogian un pié.

Miró ella, miré yo, y vimos que clavaba en el pié sus flacos dedos una mano correspondiente á un brazo negro, que extendiéndose entre las piernas de los circunstantes, estaba unido al cuerpo de Restituta, quien esti-

raba el otro brazo hasta tocar la mano que pertenecia á una de las extremidades de D. Mauro Requejo, el cual D. Mauro Requejo, colocado como á dos varas de nosotros, pugnaba por abrirse paso entre piernas de hombre y faldas de mujer, recibiendo aquí una pisada, allí una coz. Sucedió que, encontrándose los dos hermanos tan separados de nosotros, perdian el tino buscándonos, y miéntras ella se encaramaba anhelando divisar por algun lado nuestras cabezas, él, á causa de su corpulencia, alcanzó á distinguir mi gorro.

Forcejeaban hasta alcanzarnos, cuando Doña Restituta cayó al suelo; dióle D. Mauro la mano, y ella alargó la otra para asir el pié de Inés, temiendo que en un nuevo vaivén ó sacudimiento se le escapara. Nuestro proyecto de fuga quedó frustrado, y ambos Requejos hicieron presa en los olivares de Jaen, asiéndoles cada uno por un brazo para estar más seguros.

—¡Pobrecita mia!—dijo D. Mauro.—Creimos que te nos perdias. Si no es por tí, Gabriel, se nos pierde.

Á causa del revolcon quedaron ambos hermanos tan lastimosamente magullados, que daba compasion verles. Del casaquin de mi amo se habian hecho dos, sin intervencion de ningun sastre, y su hermana veia con ojos furibundos los flotantes girones de su vestido negro, rasgado de arriba á abajo.

—¿Ves?—decia Restituta á su hermano al regresar á la casa.—¿Ves lo que sacamos de ir á donde nadie nos llama? Has perdido un guante... ¡lástima de guante, que costó un dineral en el Rastro! ¿Pues y la casaca? Ya tengo costura para tres dias... ¡Sí, que está barata la seda!... Y tú, niña, ¿has perdido algo? ¡Ay! ¿Dónde está mi pañuelo? ¿Pues y mi pañuelo? ¡Lo he perdido!.., ¡Dios me favorezca!... ¡Jesús mil veces! ¡Y yo que le eché tres gotas de agua de bergamota!



XX

TRANSCURRIERON muchos dias desde aquél, famoso por la entrada de nuestro soberano, sin que se alterara con ningun accidente la uniformidad de la casa de los Requejos.

Largo tiempo estuve sin poder hablar con Inés, aunque vivíamos tan cerca el uno del otro; pero el encierro en que la guardaba Restituta era cada vez más inaccesible, y la vigilancia llegó á ser un acecho implacable. D. Mauro estaba furioso algunas veces, otras triste, y sin duda en su rudeza no dejaba de comprender que era incapaz de hacerse amar por Inés. Su cólera no podia ménos de derivarse de la conciencia de su brutalidad. Si no hubiera mediado el ambicioso interés, que era su alma, quizás D. Mauro habria sido naturalmente afable y hasta cariñoso con la que pasaba por su sobrina; pero la falta de educacion, de delicadeza, de modales y de sentido comun le perdia, haciéndole no sólo aborrecible, sino espantoso á los ojos de la misma á quien deseaba interesar.

Las dificultades para sacar á Inés del poder de los Requejos aumentaban de dia en dia con la suspicaz vigilancia de Restituta; pero esto no me desanimaba, y firme en mi honrado propósito, procuré por todos los medios posibles conquistar la benevolencia de los dos hermanos, fingiendo en mí gustos é inclinaciones iguales á las suyas. Yo aspiraba á una empresa más difícil que las doce de Hércules; aspiraba á conquistar el inexpugnable castillo de su confianza, donde jamás entrara persona alguna.

Para llegar á este fin, principié fingiéndome mezquino y avaro, cual

si me consumiera, como á ellos, la mísera pasion del ahorro en su último delirio. Un dia, despues de haber barrido los pasillos y cuartos, me ocupaba en reunir el polvo y la tierra, recogiendo y guardando aquellos ingredientes en un gran cucurucho. Como esta operacion la hacia yo de modo que Doña Restituta me observase, preguntóme un dia cuál era mi objeto, y le contesté:

—Pues qué, señora, ¿se ha de desperdiciar esta sustancia alimenticia?

—¿Cómo? ¿El polvo y la basura de los ladrillos, con las telarañas de los techos y el lodo de los zapatos forman una sustancia alimenticia?

—Ya lo creo; y me asombra que usted no sepa que hay en Madrid un jardinero francés que compra todo esto para criar unas endemoniadas yerbas farmacéuticas que han inventado ahora.

—¿Qué me dices, Gabriel? Pues yo no sabia nada.

—Pues cuando yo estaba en la casa del señor duque de Torregorda, la señora duquesa vendia esto todas las semanas, y por un paquete así, le daban sus cuatro cuartos como cuatro soles.

Ella se regocijaba tanto con esto, que cuando yo, despues de arrojar á un muladar el paquete, volvia entregándole los cuatro cuartos de mi fingida venta, me decia:

—Eres un chico de disposicion, Gabriel: no he conocido otro como tú.

Tambien fingia vender los cráneos de carnero que allí se consumian con frecuencia, los huesos de toda clase de frutas, los pedazos de papel, los cascos de vidrio, y hasta los pezones de los higos pasados, diciéndole que un boticario los compraba para hacer cierta droga venenosa. Cuando llegó el 20 de Abril y me dieron los diez reales de mi salario, dije á Doña Restituta:

—Señora, ¿para qué quiero yo todo ese dineral? Puesto que tengo todas mis necesidades satisfechas y no me falta nada, guárdemelo, y si algun dia salgo de esta bendita casa (lo que ojalá no suceda nunca), me lo entregará junto. Guardadito quiero que esté como oro en paño, y primero me dejaré cortar las orejas que consentir en el gasto de un maravedí.

—¡Ay, Gabriel!—me contestó, rebosando satisfaccion,—no he visto nunca un chico como tú. Bien es verdad que no en vano se pisa esta casa, donde reinan el órden y la economía. Eres un rapaz de provecho; si sigues trabajando, á vuelta de diez años tendrás reunidos sesenta duros, y si siempre persistes en tan buenas ideas, llegarás al fin de tu vida... (pongamos que vives sesenta años más...) con un capital de trescientos sesenta duros, que tendrás guardaditos y los enterrarás ántes de morirte, para que ningun heredero holgazan se divierta con tu dinero.

Con estas y otras artimañas me hacia querer de mis amos, hasta el punto de que confiaban mucho en mí; pero á pesar de todo, no logré nunca adquirir la confianza suprema, que consistia para mí en ser encargado de la custodia de Inés, miéntras ellos estaban fuera. ¡Ay! cuando alguna vez permitian los hados que Doña Restituta se ahuyentara del hogar doméstico, siempre era depositario de todas las llaves el impasible, el mecánico, el glacial mancebo.

Pero he hablado poco de este personaje, cuando en realidad debiera ocuparnos mucho, y urge dar de él completa idea. Juan de Dios era sin género de duda un excéntrico, pues tambien en aquella época habia excéntricos. Un hombre que no habla, que ignora lo que es risa, que no da un paso más de los necesarios para trasladarse al punto donde están la pieza de tela que ha de vender, la vara con que la ha de medir, y la hortera en que ha de guardar el dinero; un hombre que en todas las ocasiones de la vida parece una máquina cubierta con la humana piel para remedar mejor nuestra libre, móvil é impresionable naturaleza, ha de llevar dentro de sí algo ignorado y excepcional. Sin embargo, al poco tiempo de conocer yo á Juan de Dios, ocurrió algun percance en el misterioso engranaje de las piezas de aquel mueble animado.

Por aquellos dias D. Mauro y Doña Restituta habíanse comunicado con asombro su extrañeza por las frecuentes distracciones de Juan de Dios. Juan de Dios, que en veinte años no se equivocara nunca midiendo ó contando, contaba y media como un mancebillo recien venido de la Alcarria. Aún habia algo más alarmante. Juan de Dios se paseaba por la tienda sin hacer nada, lo cual era tan extraordinario como el choque de un planeta con otro; Juan de Dios preguntaba al parroquiano si queria *poplin*, *cotepalis*, *organdis*, *madapolanes ó muselinetas*, y en vez de traer lo pedido, daba media vuelta, rascándose la cabeza, iba á la trastienda, y salia despues á preguntar de nuevo, porque se le habia olvidado. Al mismo tiempo Juan de Dios estaba más amarillo y más flaco, lo cual parecia imposible al que en sus buenos tiempos le hubiese conocido, y su mirada, siempre mortecina y tristona, como la llama de un candil que se apaga, indicaba últimamente una resignacion, un dolor que no son susceptibles de descripcion ni pintura.

Un dia salieron los amos, encargándole como de costumbre la custodia de la casa. Inés, encerrada en su aposento, habló conmigo como Tisbe al través del muro, y en mi desesperacion, no pudiendo ni verla, ni sacarla de allí, discurrí que convenia explorar el corazon del mancebo, por si era posible ablandarle para que protegiera nuestra fuga. Bajé á la tienda, y

despues que hablamos un poco de cosas indiferentes, dije á Juan de Dios:

—¿No es un dolor, Sr. D. Juan, que esa muchacha se muera de tristeza en ese cuartucho? ¿Por qué no la dejan suelta por la casa? ¿Acaso es alguna fiera?

Advertí en el semblante del mancebo un como extremecimiento ó vislumbre, despues pareció que la poca sangre de su cuerpo se le agolpaba en la frente, y me habló así:

—Gabriel, tienes razon. ¿Por qué la encierran así, siendo tan buena y tan humilde?... Ya estará libre...—dijo Juan de Dios, como hablando consigo mismo.

Estas palabras despertaron mucho mi curiosidad, y resolví hacerle hablar sobre el asunto, fingiendo poco interés por la huérfana.

—Verdad es—dije—que como está tan mal criada...

—¡Mal criada!—exclamó el dependiente con viveza.—Tú sí que eres un mal criado y un bruto. Cuando la veo tan dulce, tan modesta, tan guapa, me da una lástima que... Aquí la tratan de un modo que da compasion...

—Pero los amos son muy buenos con ella; la han comprado un vestido, y D. Mauro quiere que sea su mujer.

Al oirlo, Juan de Dios se inmutó de tal modo, que le tuve miedo.

—¡Casarse con ella!—exclamó. No, no; eso no puede ser.

—Bien es verdad que si la muchacha no quiere, ¿por qué la han de obligar?

—Es verdad. No, no la obligarán.

Comprendí que convenia variar de táctica, demostrando mucho interés por la prisionera.

—Pues si ella no quiere—dije,—será una obra de caridad sacarla de aquí.

—¿Tú crees lo mismo?—me preguntó con ansiedad.

—Sí. Me da tanta lástima de la pobrecita, que si en mí consistiera, ya le hubiera abierto las puertas para que volara como un pajarito.

—Gabriel—me dijo Juan de Dios solemnemente, poniendo su mano sobre mi brazo,—si tú fueras un chico prudente y discreto, yo te confiaria un proyectillo.

No habia más remedio que fingir gran indignacion contra los Requejos, y así lo hice, diciendo:

—¡Pues no he de serlo! Á mí puede usted confiarme lo que quiera, sobre todo si se refiere á esa niña, porque la tengo compasion, y si mi amo se empeña en maltratarla, no lo podré aguantar, y el mejor dia...

—Nuestros patronos son muy crueles—dijo él con la gravedad de quien revela importante secreto.

—¿Qué dice usted, crueles? Bárbaros y tacaños, que serian capaces de vender á Cristo por dos cuartos.

El semblante de Juan de Dios expresó cierto entusiasmo. Despues de vacilar un momento entre la seriedad y una sonrisa, se apretó el corazon con ambas manos, y me dijo:

—Gabriel, yo estoy enamorado, yo estoy loco.

—¿De quién? ¿Por quién?

—No me lo preguntes y adivínalo. Á tí solo te lo digo: quiero que me ayudes. Veo que tienes buenos sentimientos, y que aborreces á los carceleros de Inés. Pero tú no te has fijado bien ella. ¿No te admira su resignacion, no te admira su modestia? Y sobre todo, Gabriel, ¿has visto alguna vez jóven más linda? Díme, ¿te ha mirado alguna vez y no te has vuelto loco?

Juan de Dios lo parecia al decir estas palabras.

—Inés es una gran personita—respondí.—Hace usted bien en quererla, y mucho mejor en sacarla de aquí. ¿Pero no dicen que se casa usted con Doña Restituta?

—¿Yo? ¿estás loco?... Ántes de ahora he sido tan estúpido que llegué á creerme capaz de semejante desgracia. Pero ahora... ¿Has conocido mujer más repugnante que esa?

—No, no hay otra que la iguale en toda la tierra. Pero hablemos de Inés, que es lo que á usted le interesa.

—Sí, hablemos. ¡Ay! No sabes qué desahogo siento al confiarte este secreto. Yo necesitaba decírselo á alguien para no desesperarme. Desde que Inés entró en esta casa, yo experimenté una sensacion desconocida. Yo habia dicho muchas veces: "tanto como oigo hablar del amor, y yo no sé lo que es..." Pero ya sé lo que es... ¡Ay! he pasado toda mi vida trabajando como una bestia. Hace veinte años tuve algo con una mujer que vivia en mi casa; pero aquello no pasó de tres dias. Yo nací en Francia, de padres españoles; me crié en un convento, y cuando salí de él á los veinte años, estaba muy persuadido de que las mujeres todas eran el Demonio, pues así me lo decian los padres del convento de Guetaria. Así es que cuando pasaba alguna cerca de mí, yo bajaba los ojos, cuidando de no mirarla. Siempre he sido melancólico y... no sé por qué me han disgustado las mujeres... Nunca voy á bailes ni á tertulias, y con tan uniforme vida me he vuelto tan triston, que me aburro de mí mismo. Los domingos echo un paseo allá por los Meláncólicos, y esto un año y otro,

hasta que ahora... te contaré punto por punto. Cuando llegó Inés aquí, me pareció que no era como las mujeres que yo he visto siempre; quedéme asombrado contemplándola, y hasta se me figuró que la habia visto en alguna parte; ¿dónde? ¡qué sé yo! sin duda dentro de mí mismo. Todo aquel dia pensé en ella, y al dia siguiente, que era domingo, me fuí despues de oir misa á mi paseo de los Melancólicos. Allí dí mil vueltas, figurándome que hablaba con ella, y fueron tantas las cosas que le dije, que de seguro no cabrian en este libro grande. Pasó algun tiempo: Inés no me habia mirado nunca, hasta que una noche... estábamos comiendo, yo fuí á coger un plato, y como me temblaba la mano, le dejé caer al suelo y se rompió. Restituta se puso á dar gritos, y D. Mauro me dijo no sé qué barbaridades. Entónces Inés alzó los ojos y me miró.



Cuando esto decia, Juan de Dios mostraba la incomparable satisfaccion del amante que ha recibido favor muy lisongero de su dama.

—Pues ánimo—le dije:—la madamita es linda y buena. Sáquela usted de aquí.

—¡Que si la saco! ¿Pues no la he de sacar?—exclamó con decision.—Resuelto estoy á ello. Pero necesito hablarle, Gabriel; necesito decirle lo que siento por ella. ¿Me corresponderá? ¿Crees tú que me corresponderá?

—Pero tonto, si quiere usted hablarle, ¿qué más tiene que ir á su cuarto y entrar? ¿Los amos no le dejan las llaves?

—Varias veces he intentado hablar con ella; he subido la escalera, he llegado junto á la puerta, y al fin me he vuelto sin valor para decirle: "Inés, ¿oye usted una palabra?„

—Pues de esa manera no se consigue nada—le contesté.—¡Ah! Vea usted lo que me ocurre en este instante. Yo me pinto solo para esas comi-

siones. Me da usted la llave, abro, entro y le digo que usted la quiere y discurre el modo de sacarla de aquí. ¿Qué le parece mi invencion?

—Te equivocas si crees que tengo la llave de su cuarto. Todas me las dejan ménos esa.

—Entónces todo está perdido.

—No, porque voy á que un cerrajero me haga una por un modelo de cera, enteramente igual. Por de pronto, ya que te ofreces á servirme, mira lo que he pensado. Aquí tengo un ramito de violetas que he comprado esta mañana. Se lo llevas, arrojándolo dentro por el tragaluz que está sobre la puerta, y le dices: "esto le manda á usted una persona que la ama," pero sin mentarla quién es. Luégo, otro dia que los amos salgan, le llevas una carta que estoy escribiendo en mi casa, y que tiene ya ocho pliegos de papel, con una letra como el sol. ¿Lo harás así?

—Todo lo que usted me mande.

—¡Ay, Gabriel! Desde que ella está en esta casa, me he vuelto todo del revés. Pero dí: ¿crees tú que Inés me querrá? ¿lo crees tú? ¡Ay! yo de veras te digo que por verme amado de ella por todo el dia de hoy, consentiria mañana en perder la vida. Te juro que si supiera de cierto que no me puede querer, moriria. Si Inés me ama, seré tan feliz que... no sé lo que me pasará. Y tiene que ser, tiene que amarme; yo me la llevaré á una parte del mundo donde no haya gente, y allí, solitos los dos, ¿no es verdad que tendrá que quererme? Estoy ahora averiguando por qué camino se va á una de esas islas desiertas que, segun dicen, hay no sé dónde... La sacaré de aquí, Gabriel; nos iremos ella y yo, si quiere, bien, y si no tambien. Cuando llegue el caso me creo capaz de todo; de matar al que quiera impedírmelo, de vencer cuantas dificultades se me opongan, de echarme á cuestas toda la tierra y beberme todo el mar, si es preciso para mi fin... Gabriel, ¿llevarás á Inés el ramo de violetas? Yo tengo miedo de ir... Cuando le hable una vez se me quitará esta turbacion... ¿No es verdad?... ¿Crees tú que ella me amará?

La pasion de Juan de Dios tenia cierta ferocidad. Junto con la timidez más ingénua, el corazon de aquel hombre abrigaba una determinacion impetuosa y una energía suficientes para llevar adelante el más difícil propósito. El secreto confiado causóme tanto asombro como miedo, porque si bien el amor del mancebo podia ser un gran auxilio para la evasion de Inés, tambien podia ser obstáculo.

Pensando en esto me separé de él, para llevar las violetas, sacadas de un cajon donde guardaba sus plumas: subí y púseme al habla con mi desgraciada amiga.

—Inés—le dije, arrojando el ramillete por el tragaluz,—toma esas flores que he comprado para tí.

—Gracias—me contestó.

—Niñita mia—continué—mételas en tu seno, para que la bruja de tu tia no las descubra. ¿Las has guardado ya?

—En eso estoy—repuso la dulce voz dentro del cuarto.—Vaya, ya están.

—Mira, Inesilla, pon la mano sobre tu corazon y júrame que no has de querer á nadie, á nadie más que á mí; ni á D. Mauro, ni á Juan de... quiero decir... á nadie.

—¿Qué estás ahí hablando?

—Júramelo. Pronto estarás libre, paloma. Pero cuando seas señora, rica y condesa, y tengas palacio, y lacayos y tierras, ¿me olvidarás? ¿Despreciarás al pobre Gabriel? Júrame que no me despreciarás.

La prisionera reia en su cárcel.

—Vaya, adios—añadí.—Ponte frente al agujero de la llave para verte; ¡qué guapa estás! Adios; me parece que ahí están tus simpáticos tios. Sí: ya siento la voz del buitre de D. Mauro. Adios.



XXI



Aquella noche nos favorecieron Doña Ambrosia de los Linos y el licenciado Lobo. La primera se quejó de no haber vendido ni una vara de cinta en toda la semana.

—Porque—decia—la gente anda tan azorada con lo que pasa, que nadie compra, y el dinero que hay se guarda por temor de que de la noche á la mañana nos quedemos todos en camisa.

—Pues aquí nada se ha hecho tampoco—dijo Requejo,—y si ahora no trajera yo entre ceja y ceja un proyecto para quedarme con la contrata del abastecimiento de las tropas francesas, puede que tuviéramos que pedir limosna.

—¿Y usted va á dar de comer á esa gente?—preguntó con inquietud Doña Ambrosia.—¿Por qué no les echa usted veneno para que revienten todos?

—¿Pero no era usted—preguntó Lobo—tan amiga del francés, y decia que si Murat la miró ó no la miró?... Vamos, señora Doña Ambrosia, ¿ha habido algo con ese caballero?

—¡Ay! Le juro á usted por mi salvacion que no he vuelto á ver á ese señor, ni ganas. ¡Demonios de franceses! ¿Pues no salen ahora con que vuelve á ser Rey mi Sr. D. Cárlos IV, y que el Príncipe se queda otra vez Príncipe? Y todo porque así se le antoja al emperadorcito.

—¡Bah!—dijo Lobo.—Pues ¿á qué ha ido á Búrgos nuestro Rey, sino á que le reconozca Napoleon?

—No ha ido á Búrgos, sino á Vitoria, y puede ser que á estas horas me le tengan en Francia cargado de cadenas. Si lo que quieren es quitarle la corona. Buen chasco nos hemos llevado; pues cuando creimos que el señor de Bonaparte venia á arreglarlo todo, resulta que lo echa á perder. Parece mentira: deseábamos tanto que vinieran esos señores, y ahora si se los llevara Patillas con dos mil pares de los suyos, nos daríamos con un canto en los pechos.

—No: que se estén aquí los franceses mil años es lo que yo deseo—dijo Requejo.—Como me quede con la contrata, ¡ay, mi señora Doña Ambrosia! puede ser que el que está dentro de esta camisa salga de pobre.

—Quite usted allá. ¿Ni para qué queremos aquí franceses, ni *zamacucos*, ni *tragones*, ni nada de toda esa canalla, que no viene aquí más que á comer? Pues ¿qué cree usted? muertos de hambre están ellos en su tierra, y harto saben los muy pillastres dónde lo hay. Si es lo que yo he dicho siempre. Dicen que si Napoleon tiene esta intencion ó la otra. Lo que tiene es hambre, mucha hambre.

—Yo creo que tenemos franceses por mucho tiempo—afirmó el licenciado,—porque ahora... Luégo que nuestro Rey sea reconocido, vendrán acá juntos para marchar despues sobre Portugal.



—¡Qué majadería!—exclamó la señora de los Linos.—Aquí nos están haciendo la gran jugarreta. Esta mañana estuvo en casa á tomarme medida de unos zapatos el maestro de obra prima, ese que llaman Pujitos. Díjome que en el Rastro y en las Vistillas todos están muy alarmados, y que cuando ven un francés le silban y le arrojan cáscaras de frutas; díjome tambien que él está furioso, y que así como fué uno de los principales para derribar á Godoy, será tambien ahora el primero en alzarles el gallo á los franceses... ¡Ah! lo que es Pujitos mete miedo, y es persona que ha de hacer lo que dice.

—Si me quedo con la contrata, Dios quiera que no se levanten contra los franceses,—dijo Requejo.

—Si hay levantamiento—afirmó Restituta—y mueren unos cuantos

cientos de docenas, esos ménos serán á comer. Siempre son algunas bocas ménos, y la contrata no disminuirá por eso.

—Has pensado como una doctora—dijo D. Mauro.—¿Pero y si se van?

—Se irán cuando nos hayan molido bastante—añadió Doña Ambrosia. ¡Pues no tienen poca facha esos señores! Van por las calles dando unos taconazos y metiendo con sus espuelas, sables, carteras, chacós y demas ferretería, más ruido que una matraca... ¡Y cómo miran á la gente!... Parece que se quieren comer los niños crudos... Por supuesto, que ya les verá usted correr el dia en que el español diga: "por ahí me pica, y me quiero rascar."

—Eso es música—dijo Lobo.—Deje usted que vuelvan á Madrid el Rey y el Emperador, y verá cómo todo se arregla. D. Juan de Escoiquiz, que es amigo mio, y el primer diplomático de toda la Europa, me dijo ántes de irse que son unos bobos los que creen que Napoleon intenta destronar al Rey de acá. Descuiden ustedes, que como haya dificultades, mi canónigo las arreglará todas, que para eso le dió el Señor aquel talentazo que asusta.

—Napoleon no viene acá sino con la espada en la mano—continuó Doña Ambrosia. El padre Salmon, de la órden de la Merced, que estuvo esta mañana en casa (y por cierto que se llevó media docena de huevos como puños), me dijo que á él no se le escapa nada, y que tendremos guerra con los franceses. Napoleon nos está engañando como á unos dominguillos. Ya ve usted, hace quince dias se dijo que venia, y en Palacio enseñaban las botas y el sombrero que habia mandado por delante. D. Lino Paniagua, que vió aquellas prendas y las tuvo en su mano, me dijo que las botas eran grandísimas y casi tan altas como este cuarto. En cuanto al sombrero, dice que era tan grasiento que un cochero simon no se le pondria, lo cual prueba que este Emperador es un grandísimo gorrino, con perdon sea dicho.

—Veinte mil franceses tenemos aquí—dijo D. Mauro con expresion meditabunda.—¡Mucho pan, mucho tocino, muchas patatas, mucho pimenton, mucha sal, mucha berza, han de entrar por veinticinco mil bocas! Y dicen que traen hambre atrasada.

—Por supuesto, hermano—dijo Restituta,—el dinerito por adelantado.

D. Mauro tomó un papel, y con profunda abstraccion hizo cuentas.

—Y de lo que sobre en el almacen ¿no se podrá traer lo necesario para el gasto de la casa?—preguntó la digna hermana.—Porque están unos tiempos... ¡ay! señora Doña Ambrosia, no se gana nada...

—Vaya, vaya—dijo Doña Ambrosia.—Poco mal y bien quejado. Más

dinero tienen ustedes que las arcas del Tesoro. Y á propósito, Restituta, ¿cuándo se casa usted?

—¡Jesús! ¿Quién piensa ahora en eso? No corre prisa.

—No pensará lo mismo Juan de Dios. ¿Y usted, Inesita, cuándo se decide?

—Ya está decidida—dijo vivamente Restituta.—La pícara harto disimula su satisfaccion. *Éste* la tiene muy mimosa.

—Esto está muy bien: una niña bien criada debe hacer ascos al matrimonio hasta que llegue el momento crítico. Pero hija, con la conversacion se me ha ido el tiempo: son las diez... Adios, adios.

Fuése doña Ambrosia; desfiló al poco rato Lobo, y habiendo subido á acostarse las dos mujeres, quedaron solos en la trastienda el patrono y el mancebo haciendo las cuentas de la contrata.

Yo me acosté y dormí profundamente; pero á eso de la media noche, y cuando recogido tambien el amo, reinaban en la casa el sosiego y la tranquilidad, me desvelaron unos agudos gritos, que al punto reconocí como procedentes de la esprimida laringe de Restituta.

—Sin duda hay ladrones en la casa—dije levantándome.

Restituta llamaba angustiosamente á su hermano, el cual salió con una tranca, diciendo:

—¡Dónde están esos pícaros, dónde están, para que sepan si soy hombre que se deja quitar el fruto de su honradez!

—No son ladrones—dijo Restituta con voz temblorosa á causa de la ira;—no son ladrones, sino otra cosa peor.

—¿Pues qué son, con mil pares de diablos?

—Es que...—continuó la hermana, dirigiéndose al amo y á mí, que tambien habia acudido con un palo.—Inesilla... bien decia yo que esa muchacha nos daria que sentir... es una loca, una mujerzuela, una trapisondista, una perdida de las calles.

—Á ver... ¿qué ha hecho?

—Pues yo velaba, ella dormia, y de repente empezó á hablar en sueños. ¡Ay, no sé cómo no la extrangulé! Primero pronunció algunas palabras que no pude entender, y despues dijo así: "Juro que te querré siempre; juro que te querré cuando sea condesa, cuando sea princesa, cuando sea rica, cuando sea gran señora. Pero yo no quiero ser nada de eso sin tí." Estuvo callada un rato y despues siguió diciendo: "¿Cómo no he de quererte? Tú me arrancarás del poder de estas dos fieras... ¡Ay! adios: siento la voz del buitre de mi tio. Adios..." Despues la condenada niña, como si le parecieran poco estos insultos, llevóse las palmas de las manos

á su boquirrita y se dió muchos besos. ¿Qué te parece, hermano? ¡No sé cómo no la ahogué! Sin poderme contener, arrojéme sobre ella; despertóse despavorida, y al incorporarse se le cayó del pecho este ramo de violetas.



Al decir esto, Restituta mostraba en su trémula mano la terrible prueba del delito. Quedóse D. Mauro aturrullado, confuso, y luégo, tomando el ramo y mordiéndolo con rabia, lo arrojó al suelo, donde fué pisoteado *alterno pede* por ambos furiosos hermanos.

—¡Con que dice que soy un buitre!—exclamó él echando chispas.—¡Un buitre! ¡Llamar buitre á un caballero como yo! ¡Bonito modo de pagar el pan que le doy! Ya le enseñaré los dientes á esa chiquilla. Pero ese ramo, ¿quién le ha dado ese ramo?

—Pero Mauro...

—Pero Restituta...

Y más se confundian los dos cuanto más se irritaban, y crecia su cólera á medida que aumentaba su aturdimiento, hasta que Requejo, recogiendo sus luminosas ideas en rápida meditacion, dijo:

—Tiene amores con algun mozalvete de las calles. ¿Habrá entrado aquí? Esto es para volverse loco. Gabriel, Gabriel, ven acá.

Al punto comprendí que estaba en peligro de hacerme sospechoso á mis feroces amos, y como en este caso me arrojarian de la casa, imposibilitando de un modo absoluto la realizacion de mi proyecto, hallé prudente el desorientarles con una invencion ingeniosa, que apartara de mí toda sospecha.

—Señor—dije á mi amo,—estaba esperando á que su merced acabara de hablar, para decirle alguna cosa que contribuya á descubrir esta picardía. Pues anoche cuando salí en busca del cuarteron de higos pasados, me pareció que ví en la calle á un señorito, el cual señorito miraba á estos balcones... y despues, creyendo él que yo no le veia, arrojó una cosa...

—¡Eso, eso fué... el ramo!—exclamó Requejo

—Anoche mismo—continué—pensaba decírselo á su merced; pero como estaba ahí esa señora, y despues se quedaron usted y Juan de Dios haciendo números...

—¿Y ella se asomó al balcon?—preguntó Restituta.

—Eso no lo puedo asegurar, porque hacia oscuro y no ví bien. Pero encárguenme mis amos que esté ojo alerta, y no se me escapará nada. Á fé que si ustedes me dieran la comision de vigilar á la niña cuando salen de casa, la niña no se reiria de nosotros.

—¡Esto no se puede aguantar!—exclamó fieramente D. Mauro.—Vaya, acuéstense todos, que mañana le leeré yo la cartilla á la señorita.

Retiréme á mi cuarto, y desde mi cama oia al espantoso Requejo hablando con su hermana.

—Nada, nada, esta semana me casaré con ella. Si no quiere de grado, será por fuerza... Estoy furioso, estoy bramando. Mañana sabrá ella si soy yo Mauro Requejo, ó quién soy. La encerraremos en el sótano; sin darle de comer. ¿Acaso vale ella el mendrugo de pan con que le matamos el hambre? Le diremos que no probará bocado, ni beberá gota hasta que no consienta en ser mi mujer... La encerraremos en el sótano, sí señor, en el sótano. Y si no quiere, palos y más palos. Á fé que tengo yo buena mano de almirez... ¡Llamarme buitre esa rapazuela de las calles!.. Estoy furioso... me la comeria... Sí: que yo iba á dejarla escapar con el mozalvete del ramo... Se casará, sí, se casará, y si no, de aquí no sale, sino difunta... ¡Buen genio tengo yo!... Malas brujas me chupen, si no la caso conmigo mismo... Y si no quiere por blandas, será por duras; la amarraré á un poste, la azotaré, la abriré en canal con el cuchillo de abrir las latas de pomada.

Requejo en aquel instante parecia un demonio escapado del Infierno; y la primera luz de la aurora, entrando difícilmente en la oscura casa, le encontró despierto aún y vociferando como un insensato.



XXII

Dicho y hecho: desde la mañana del dia siguiente, don Mauro pareció dispuesto á llevar adelante su bestial propósito, el de precipitar el martirio de Inés, *casándola consigo mismo*, como él decia en su bárbaro lenguaje. La táctica de amabilidad y de astuta dulzura, recomendada por el licenciado Lobo, se consideró inútil, siendo sustituida por un sistema de terror, que ponia en fecundo ejercicio las facultades todas de Doña Restituta. Ántes de partir á la junta donde D. Mauro y otros dos comerciantes debian ponerse de acuerdo para la subasta del abastecimiento, mi amo tuvo el gusto de plantear por sí mismo el nuevo sistema. Dispuso que Inés no saldria de su cuarto ni para comer; que los vidrios y maderas de la ventanilla que daba á la calle de la Sal se cerraran, asegurándolas por dentro con fuertísimos clavos, y que se colocara un centinela de vista dentro de la misma pieza, cuya mision á nadie podia corresponder más propiamente que á Restituta.

Ya no era posible, pues, ni ver á Inés, ni hablarla, ni prevenirla, porque todo indicaba que aquella tenaz vigilancia no concluiria sino cuando los Requejos vieran satisfecho su ardiente anhelo de casar á la muchacha consigo mismos. Por último, llegaron las vejaciones ejercidas contra Inés hasta el extremo de notificarle enérgicamente que no veria la luz del sol sino para ir á casa del señor vicario á tomar los dichos. La situacion de Inés era por lo tanto insostenible, y tan crítica, que me decidí á intentar resueltamente y sin esperar más tiempo, su anhelada libertad. Para hacer algo de provecho, era indispensable utilizar un dia en que ambas fieras,

macho y hembra, salieran á la calle á cualquier negocio, pues pensar en la fuga miéntras nuestros carceleros estuviesen en la casa, era pensar en lo excusado. D. Mauro, ocupado en su contrata, salia con frecuencia; pero Restituta, imperturbable como esfinge faraónica, no se movia de la casa, ni del cuarto, ni de la silla. Para vencer tan formidable dificultad, discurrí á fuerza de cavilaciones el siguiente medio:

Mi seductora ama tenia la costumbre, harto lucrativa, de asistir á todas las almonedas que se anunciaban en el *Diario*, y hacíalo con la benemérita intencion de pescar muebles, colchones, ropas, adornos de sala y otros objetos que, adquiridos por poco precio, vendia despues en dos ó tres prenderías de la calle de Tudescos, que eran de su exclusiva pertenencia, aunque no lo pareciese. Hácia el 15 de Abril tuvo noticia de un ajuar completo de ricos muebles, puestos en almoneda en una casa de la plazuela de Afligidos. Habíales ella visto y examinado, y aunque le parecieron de perlas, no los tomó, porque la dueña, que era viuda de un consejero de Indias, no se resignaba á entregar su única fortuna casi de balde. Regatearon: Restituta ofreció una cantidad alzada; mas no fué posible la avenencia, y volvióse aquélla á su casa sin aflojar los cordones de la bolsa, aunque harto se le conocia su desconsuelo por haber dejado escapar un negocio de tal importancia. Pues bien, sobre aquella almoneda, sobre aquel regateo, sobre este desconsuelo, fundé yo el edificio de la invencion que debia quitarme de delante á mi señora Doña Restituta por unas cuantas horas.

Era un domingo, dia 1.° de Mayo. Salí por la mañana, y dirigiéndome á mi antigua casa, buscáronme allí una mujer que se encargó de llevar á Doña Restituta el recado que puntualmente le dí. Estaba el ama, á las cuatro de la tarde, sentada en el cuarto de la costura, cuando se presentó mi comisionada en la casa, diciendo que la señora de la plazuela de Afligidos consentia en dar los muebles á la señora de la calle de la Sal, por el precio que ésta habia tenido el honor de ofrecer.

Dió un salto en su asiento Restituta, y al punto su acalorada imaginacion ilusionóse con las pingües ganancias que iba á realizar. Se vistió con aquella ligereza viperina que le era propia, y despues de cerrar el balcon y la puerta de la habitacion de Inés, tuvo la condescendencia incomparable de entregarme la llave de la puerta que conducia á la escalerilla principal: encargó á Juan de Dios el mayor cuidado, y salió.

Cuando la ví salir, respiré con indecible desahogo. Parecióme que huia para siempre, llevada en alas de vengadores demonios.

Ya no podia perder un instante, y dije á mi amiga desde fuera.

—Inesilla, prepárate. Recoge toda tu ropa, y aguarda un momento.

La única contrariedad consistia ya en que Juan de Dios descubriese mi intriga, oponiéndose á nuestra fuga; pero yo contaba con la facilidad que ha existido siempre para cegar por completo á quien ya tiene ante los ojos la venda del amor. Bajé á la tienda, y ya desde el primer momento advertí que la fortuna no me era muy favorable, porque Juan de Dios estaba en conversacion con dos militares franceses, y no era aquella ocasion á propósito para que me diera la llave falsificada que hacia falta.



Diré brevemente por qué estaban allí los dos franceses. Un oficial de administracion militar fué en busca de mi amo para hablarle de no sé qué particularidades relativas al contrato de abastecimiento: acompañábale otro que me parecia teniente de la Guardia Imperial, el cual, entablada conversacion con Juan de Dios, habló en incorrecto español y dijo que era del país vasco-francés. Como el hortera habia nacido y criádose en el mismo país, al punto se la echaron los dos de compatriotas, y hubo apretones de manos. El extranjero era un mozo alto y rubio, de modales corteses y simpática figura.

—¿No recuerda usted la familia Sajous, en Bayona?—dijo al mancebo.

—¿Pues no la he de recordar? Mi padre, D. Blás Arroiz, estuvo de escribiente en casa de Mr. Hipólito Sajous, en Bayona, y despues en casa de otro Sajous en Saint-Sever—repuso Juan de Dios.

—El de Saint-Sever es mi padre—añadió el francés;—pero yo nací en Puyóo, donde aquél tiene una fábrica de tejidos. Me acuerdo de haber oido hablar en mi niñez de un administrador guipuzcoano que falleció en nuestra casa.

Á este tenor continuaron hablando un cuarto de hora, hasta que al fin, despues de mútuas felicitaciones y ofrecimientos, despidióse el fran-

cés, prometiendo volver á visitarnos. Yo estaba tan impaciente, que necesité disimular mi agitacion para que no se me conociera en el semblante lo que traia entre manos. Sin perder tiempo, porque perderlo era perderme, dije á Juan de Dios:

—Vamos, amigo; este es el momento de entregar á la niña la carta amorosa que usted tiene escrita.

—Sí, chiquillo, aquí está—repuso mostrándome la epístola, que era un monumento caligráfico.—¿Qué te parece este trabajo? ¿Has visto alguna vez letra como esta? Repara bien esa M y esa H mayúsculas. ¡Qué rasgos tan finos! Y esas letras con que pongo su nombre, ¿qué te parecen? Tres dias de tarea eché en ese nombre divino, que como el de Jesús,

endulza el alma y la lengua
más que con la miel y azúcar
con sólo sus cinco letras.

Éste no tiene más que cuatro; pero ¡qué perfiles! Y toda la carta está lo mismo. No tiene más que once pliegos; pero me parece que es bastante. Como es la primera que le escribo, no debo marearla mucho: ¿no te parece?

—Me parece bien. Dos palabritas bien dichas, y basta por ahora. Pero lo que importa es llevársela cuanto ántes, pues la espera con impaciencia.

—¿Cómo que la espera? ¿Pues acaso tú le has dicho algo?

—No... verá usted... Ella debe haberlo adivinado. Cuando le dí el ramo, díjele que se lo mandaba una persona de la casa que la queria mucho y tenia pensado sacarla de aquí: ella lo besó.

—¡Lo besó!—exclamó el mancebo, tan conmovido, que algunas lágrimas asomaron á sus ojos.—¡Lo besó! Es decir, se lo llevó á sus divinos labios. ¡Ah! Gabriel, crees tú que me corresponderá?

—No lo creo, sino que lo afirmo—respondí enérgicamente.—Pero venga la carta. ¡Pues no se va á poner poco contenta!... Ahora caigo en que me debe usted dar la llave que encargó al cerrajero, para que yo entre y le dé la carta en propia mano, porque no está bien visto que una cosa de tanta importancia se arroje así... pues.

—No, la llave no te la daré—contestó,—porque no necesitas entrar. Quiero que esté sola, para que se entregue á sus anchas al placer de la lectura. ¿Con que dices que lo recibió bien?

—Pero la llave, la llave... ¿No me da usted la llave?

—No, la llave no te la doy. Déjala encerrada, que no faltará quien la saque pronto. ¡Ay! si me atreviera á ir yo mismo y á hablarle... Pero no.

En la carta le digo mi amor y mis proyectos; le digo que la sacaré pronto de esta espantosa esclavitud, y que será mi mujer, mi mujercita, pues nos casaremos en tierras lejanas... ¿Sabes tú por dónde se va á alguna de esas islas desiertas que nos cuentan...? Iremos; porque has de saber, Gabrielillo, que yo soy rico. Yo he guardado mis ganancias desde hace veinte años. Lo malo es que todo lo tengo en poder de los Requejos... pero ya, ya tomaré yo lo que me pertenezca. Entre esta noche y mañana he de poner por obra mi plan. ¿Ves esta carta que tengo aquí para mi amo? pues de esto depende todo. Cuando él lea esta carta... pero esto es un secreto... punto en boca.

—¿De modo que no me da usted la llave?

—No. ¿Para qué? No quiero que la veas, no quiero que le hables, cuando yo no la hablo ni la veo. Al considerar que si entras en su cuarto te ha de mirar, siento unos celos... ¡Ay! yo me muero, Gabriel; yo no duermo, ni como, ni bebo. Si no tuviera qué hacer, me estaria dia y noche paseando por los Melancólicos. Esta es mi única delicia, pensar en ella, representármela en la imaginacion y entablar con ella unos diálogos que no tienen fin. Á cada instante la abrazo y la beso á mis anchas, le pongo una flor en la cabeza, la llevo en mis brazos cuando está cansada, la arrullo, le canto para que se duerma y la visto por la mañana cuando despierta.

—Así es usted feliz—repuse;—pero si me diera usted la llave le contaria todo eso.

—No; yo se lo diré mañana, esta noche quizás—dijo Juan de Dios con exaltacion.—¿Pues qué crees tú que soy capaz de consentir un dia más los martirios que padece? Gabriel, á tí te puedo confiar mis planes. ¡Esta noche, esta noche quedará Inés en libertad! ¿Tú sabes por dónde se va á alguna isla desierta?... Anda, lleva la carta: se la arrojas por el tragaluz, ¿entiendes? Pobrecita. ¡Qué dirá cuando vea que hay quien se interesa por ella, quien la adora, y está dispuesto á sacrificar vida, hacienda y honor!... Así se lo he dicho esta mañana al Santísimo Sacramento y á la Vírgen María. Todos los dias voy á misa y ruego por ella á Dios y á los santos. Esta mañana, cuando el cura alzaba el cáliz, le miré y dije: "Santísimo Sacramento de mi alma, yo amo á Inés. Si quieres que no la ame más que á tí, dámela. Nunca te he pedido nada. Con ella seré bueno, sin ella seré... lo que el Demonio quiera." Anda, Gabriel, llévale de una vez la esquelita.

Á este punto llegábamos, cuando entró D. Mauro con dos amigos. Dióle Juan de Dios la carta de que ántes me habia hablado con tanto

misterio, y cuando la hubo leido lanzó grandes exclamaciones de coraje, que á todos los presentes nos infundieron miedo. Al instante hizo salir á Juan de Dios con una comision apremiante, y yo me retiré. Aunque el maniático no habia querido entregar la llave, comprendí que no debia retroceder en mi empresa, y resuelto á todo, pensé en descerrajar la puerta de la prision de Inés. Favorecia este proyecto la circunstancia de estar Requejo en coloquio muy acalorado con sus dos amigos, y ademas ignorante de la ausencia de su hermana.

Pedí auxilio á Dios mentalmente, y despues de advertir á Inés para que estuviese preparada y me ayudase por dentro, cogí un pequeño barrote de hierro en figura de escoplo, que habia en la sala de los empeños, y comencé la delicada obra. El miedo de hacer ruido me obligaba á emplear poca fuerza, y la cerradura no cedia. Canté en alta voz para ahogar todo rumor, y al fin, ayudado por Inés, que empujaba desde dentro, logré desquiciar una de las hojas, que tuvimos buen cuidado de sostener para que no viniese al suelo.

—Estás libre, Inés, vámonos. Huyamos sin tardanza —exclamé con locura.—Si nos detenemos un instante estamos perdidos.

Nos dirijimos á la puerta que conducia á la escalera exterior. Abríla yo, y salimos. Ya oscurecia. Un hombre bajaba de los pisos superiores y se juntó á nosotros en la meseta. Advertí que nos miraba con sorpresa: observéle yo á mi vez, y no pude ménos de temblar reconociendo al licenciado Lobo, el cual, extendiendo sus brazos como para detenernos, preguntó:


Lobo.

—¿Á dónde van ustedes?

—¿Y á usted qué le importa?—dije con rabia, viendo delante de mí obstáculo tan terrible.

Despues, considerando que contra semejante cernícalo más convenia la astucia que la fuerza, añadí:

—Doña Restituta nos ha mandado salir en busca suya. Ha ido en casa de una amiga...

—Tú eres un pícaro redomado—me contestó.—¿Á dónde vas con esa muchacha? Tunantes: ¡os fugais de esta santa casa! Ya os arreglaré yo. Adentro pronto, si no quereis ir conmigo á la cárcel de Villa.

Mi desesperacion no tuvo límites, y ahora celebro no haber tenido en aquel momento un puñal en mi mano, porque de seguro le hubiera partido el corazon al leguleyo trapisondista.

—¡Ah! pícaro ladron, ya te conozco, ya se quién eres—continuó.—Esta noche precisamente pensaba venir á ajustarte las cuentas... No te habia conocido, bribonzuelo; pero ya sé qué clase de pájaro eres... Ya tenia ganas de cogerte entre mis uñas.

Y efectivamente, me tenia tan cogido, que no sé cómo no me desolló el brazo.

Inés lloraba. Lobo la asió tambien por un brazo y empujándonos hácia dentro, nos dijo:

—¡Qué á tiempo llegué, pimpollitos mios!

Hice un esfuerzo desesperado para desprenderme de sus garras, y me desprendí. Él entónces alzó el grito, exclamando:

—¡Que se me escapa ese tuno... ladrones... acudan acá!

Subió precipitadamente D. Mauro, reunióse en el portal alguna gente, y acertando á llegar Restituta, poco despues me encontraba entre ambos Requejos como Cristo entre los dos ladrones. Inés, desmayada, era sostenida por el escribano.



XXIII



ERO si apénas puedo creerlo—exclamaba mi ama.—¡Con que la señorita huia con Gabriel? Tunante, ladroncillo, y cómo nos engañaba con su carita de Páscua. Ven acá—añadió dándome golpes.—¿Á dónde ibas con Inesilla, mónstruo? ¿Qué te han dado por entregarla, ladron de doncellas? Á la cárcel, á presidio, pronto, si es que no le desollamos vivo. Pero dí, ¿robabas á Inés?

—¡Sí, vieja bruja!—respondí con furia.—¡Me iba con ella!

—Pues ahora vas á ir por el balcon á la calle—dijo D. Mauro, clavando en mi cuerpo su poderosa zarpa.

Francamente, señores, creí que habia llegado mi último instante entre aquellos tres bárbaros, que, cada cual segun su estilo peculiar, me mortificaban á porfía. De todos los golpes y vejaciones que allí recibí, les aseguro á ustedes que nada me dolia tanto como los pellizcos de Doña Restituta, cuyos dedos, imitando los furiosos picotazos de un ave de rapiña, se cebaban allí donde encontraban más carne.

—Y sin duda fuiste tú quien mandó á aquella maldita mujer para sacarme de la casa, pues en la plazuela de Afligidos no hay ya rastros de almoneda. Este chico merece la horca, sí, Sr. de Lobo, la horca.

—¡Y la muy andrajosa de mi sobrina se marchaba tan contenta!—dijo Requejo, encerrando de nuevo á Inés en el miserable cuartucho.

—Si tenemos metido el infierno dentro de la casa—añadió Restituta.—La horca, sí señor, la horca, Sr. de Lobo. No tiene usted pizca de caridad si no se lo dice al señor alcalde de casa y córte. ¡Pero cómo nos engañaba este dragoncillo! Si esto es para morirse uno de rabia.

El leguleyo tomó entónces la autorizada palabra, y extendiendo sobre mi cabeza sus brazos en la actitud propia de esa tutelar justicia que ampara hasta á los criminales, dijo:

—Moderen ustedes su justa cólera y óiganme un instante. Ya les he dicho que ahora nos ocupamos celosísimamente de hacer un benemérito espurgo descubriendo y desenmascarando á todas las indignas personas que fueron protejidas por el Príncipe de la Paz; ese mónstruo, señora, ese vil mercader, ese infame favorito... ¡gracias á Dios que está caido y podemos insultarle sin miedo! Pues como decia, para que la nacion se vea libre de pícaros, á todos los que con él sirvieron les quitamos ahora sus destinos, si no pagan sus crímenes en la cárcel ó en el destierro. Si vieran ustedes, amigos mios, cómo me estoy luciendo en estas pesquisas; si oyeran ustedes los elogios que he merecido de los principales servidores de la real persona...

—Pero ¿á qué viene tanta palabrería—dijo impaciente Requejo,—ni qué tiene eso que ver?...

—Tiene que ver...—prosiguió el hombre de la Justicia—porque ¿qué dirán mis señores D. Mauro y Doña Restituta al saber que ese tramposo y embaucador chicuelo aquí presente recibió favores del Príncipe, y es el mismo Gabrielillo que desde hace quince dias estamos buscando con los hígados en la boca mi compañero y yo?

Los Requejos macho y hembra se miraron con espanto.

—Pues oigan ustedes y tiemblen de indignacion—prosiguió el leguleyo.—El dia ántes de su caida, el Sr. Godoy envió á la secretaría de Estado un volante mandando que se diese á este jóven una plaza en las oficinas de la interpretacion de lenguas. ¿Qué tal, señores? ¿Y por qué? dirán ustedes. Porque este jóven parece que sabe latin, y compuso un poema en versos latinos; y algunos de esos alcahuetones que lo leyeron fueron con el cuento al Príncipe, diciéndole que mi niño era un portento de sabiduría. ¡Mentiras y más mentiras! Ya se ve; cuando en la secretaría de Estado recibieron el volante, se escandalizaron, porque ya habia caido el Príncipe de la Paz, y aquellos eminentes repúblicos, despues de poner en la calle á Moratin, esperaron á que se presentara este prodigio, si no para colocarle, para verle al ménos. Pero yo ando tras el objeto de que coloquen allí á un primo mio que sabe tres lenguas, el valenciano, el gallego y el castellano; así es que al punto mi compañero y yo pusimos una *diligencia en busca* para tener antecedentes de esta buena pieza, y hemos conseguido probar: que en Aranjuez vivia con el curita D. Celestino; otrosí que todos los dias iban ambos á casa de Godoy; otrosí, que el chico le escribia las

cartas y las traia á Madrid los domingos al embajador de Francia; otrosí, que se disfrazaba para entrar en cierta taberna á oir lo que se decia, y otras muchas bribonadas de que en el supradicho protocolo tengo hecha detallada mencion.

—¡Jesús, Dios nos ampare! Al santo patrono de la tienda debemos el haber descubierto á tiempo lo que teníamos en casa—dijo Restituta.

—Por supuesto, que lo del latin era pura farsa.

—Pues no hay que andarse con chiquitas—dijo mi amo—sino entregarle á la justicia.

—Eso corre de mi cuenta—repuso Lobo.—Veremos qué responde á los cargos que se le hacen en la sumaria como cómplice del cura castrense de Aranjuez. Á éste no le hemos podido coger, y segun las noticias que hoy recibí, ha desaparecido del Real Sitio. Es seguro que ha venido á Madrid, y lo que es aquí no se nos escapa.

—¡Cuidado con el sabandijo que tenia yo en mi casa!—vociferó don Mauro, amenazando segunda vez poner fin á mis dias.—Sr. de Lobo, quítemelo, quítemelo usted de entre las manos, porque acabo con él. Estoy furioso. ¡Qué dia, señor San Antonio de mi alma! ¡Qué dia!

—Yo me encargaré del mocito—dijo Lobo.—Lo único que les pido es que me lo guarden hasta mañana.

—¿Hasta mañana?

—Este bandolero no puede quedar en la casa hasta mañana; no señor —objetó mi ama.

—¿No hay lugar seguro donde encerrarle?

—¡Oh! pierda usted cuidado; que si le guardamos en el sótano, estará como en un sepulcro—dijo Requejo.—Dificililla es la salida, y puedo irme tranquilo.

—¿Pero te vas, hermano? ¿Á dónde vas de noche?

—¿Á dónde he de ir? ¡Mil pares de demonios! ¿Á dónde he de ir sino á Navalcarnero? ¿No saben ustedes lo que me pasa? ¿No les he contado?...

—Nada nos has dicho. Verdad es que con esta trapisonda de la sobrinita...

—Pues acabo de recibir una carta en que se me notifica que mi almacen de Navalcarnero ha sido robado. ¿Ves, hermana? ¡Esto es para volverse loco! Sí... me escribe D. Roque notificándome el robo, y diciéndome que acuda allí esta noche misma, si no quiero perderlo todo.

—¿Y va usted?

—Ahora mismo voy á buscar coche. Con que vean ustedes qué desas-

tre. ¡Ay, Restituta! Bien te dije que no dejaras de encender la vela al santo patrono. ¿Ves? Esto es un castigo.

—En el Cielo no gustan despilfarros. ¿Vas allá? ¿Pero me dejas en la casa á este ladronzuelo?

—En el sótano, en el sótano: hasta mañana, hasta que mi Sr. de Lobo



disponga de él. ¿No puede hacerse cuenta de que le dejamos en la sepultura? Sólo Dios puede sacarle.

—¿Pero me quedo sola? ¡Ánimas benditas!

—Juan de Dios vendrá á eso de las diez. Ya le he dicho que se quedará en casa esta noche.

La conferencia terminó aquí, y sin más palabras, me encerraron en el sótano, á cuyo subterráneo aposentamiento daba entrada una gran com-

puerta por bajo el piso de la trastienda. Yo estaba medio aletargado por la rabia y el despecho de aquella situacion terrible. Sentí que me impulsaban escalera abajo. D. Mauro cerró el escotillon, riendo con ese gozo felino que da la conciencia de la propia crueldad, y me encontré entre densas tinieblas. Mi amo habia dicho bien al asegurar que allí estaba como en un sepulcro. Sólo Dios podia sacarme.

Para que se comprenda si ellos tenian confianza en la seguridad de mi cárcel, baste decir que allí tenian parte de su fortuna en un arca de hierro. Cuando me encerraban en compañía de su dinero, ¿tendrian mis amos la conviccion de que era imposible la salida?

Hallábame en una de esas construcciones abovedadas con rosca de ladrillo, que sirven de fundamento á casi todas las casas de Madrid antiguas y modernas. Faltos de espacio superficial, los madrileños han buscado la extension hasta el cielo y hácia el abismo, de modo que cada albergue es una torre colocada sobre un pozo. La de mis amos no tenia en su sótano luces á la calle; la oscuridad era absoluta y el silencio tambien, excepto cuando pasaba algun coche. Extendiendo mis brazos á derecha, á izquierda y hácia arriba, tocaba ásperos ladrillos endurecidos por un siglo, no tan húmedos como los que describen los novelistas cuando el hilo de sus obras les lleva á alguna mazmorra donde ocurren maravillosas y nunca vistas aventuras.

Come he dicho, ni un ruido lejano ni un rayo de luz turbaban la paz de aquel antro, donde erá posible llegar al convencimiento de no existir, existiendo. Todo un arsenal de herramientas no habria bastado á proporcionarme escapatoria, y pensar en la fuga habria sido pensar en lo absurdo. No tenia más consuelo que la resignacion, y me resigné. Estar allí dentro en plena soledad, en plena lobreguez, en pleno silencio, era como cuando cerramos los ojos encarcelándonos voluntariamente dentro de esa otra bóveda de nuestro pensamiento. Acostéme en el suelo rendido de fatiga y medité. Mi prision no me parecia otra cosa que una prolongacion de mi cerebro.

Quise pensar en varias cosas; pero no pude pensar más que en Dios. Reconociéndome absolutamente incapaz para vencer la desgracia, comprendí que la voluntad suprema habia arrojado sobre mí tan gran pesadumbre de males, y cruzándome de brazos, incliné la cabeza, esperando que la misma voluntad suprema me descargase de ella. Como esta esperanza me infundió pronto una fé que hasta entónces en pocas ocasiones

habia tenido, creí firmemente que Dios me sacaria de allí, y con esta creencia empecé á adquirir un reposo moral y físico, precursor de cierto desvanecimiento parecido al sueño. El de la desgracia se diferencia mucho del sueño de todos los dias, así es que el mio fué conforme al angustioso estado de mi alma, un sueño de esos en que se representa el malestar real que experimentamos en proporciones informes, estrambóticas, monstruosas.

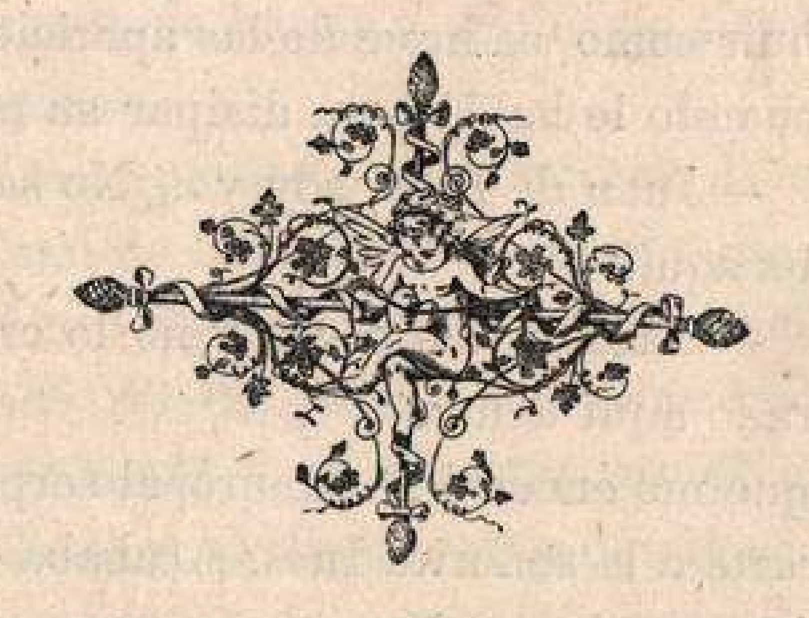
Yo percibia vagamente figuras y formas de esas que no pertenecen al mundo visible, ni á la humanidad, ni á la fauna, ni á la flora, ni al cielo, ni á la tierra, sino á cierta misteriosa geología, á yacimientos que contradicen todas las leyes de la estática y la dinámica; percibia una fantástica y continuada concatenacion de colores geométricos que se enredaban en mi cuerpo como culebras, y en aquella transmutacion de lo físico y lo moral, se verificaba el fenómeno de que un color me dolia, y un objeto semejante á una espada, á un cangrejo ó á una arpa, pronunciaba palabras incomprensibles. ¿Quién no ha desvariado alguna vez con estos sueños de lo absurdo? Las ideas se mezclan con las visiones, y éstas son aquéllas y aquéllas éstas. En aquel laberinto, en aquella aberracion, mi pensamiento formulaba sin cesar un silogismo azul, verde, ahora con picos, despues con curvas, más tarde irradiado, luégo concéntrico, en seguida poligonal y dorado, y al fin pequeño como un punto, para luégo ser grande como el mundo. El perenne silogismo era: "La justicia triunfa siempre: los Requejos son unos pillos; Inés y yo somos personas honradas. Luego nosotros triunfaremos.

Así pasé mucho tiempo en poder de estos demonios del sueño, cuando percibí una claridad que no irradiaba de los focos de mi imaginacion. ¿Estaba dormido ó despierto? Híceme esta pregunta, y al punto contesté que no sabia. La claridad aumentaba, y un chirrido metálico produjo en mí cierto extremecimiento. Me moví, miré y ví las paredes del sótano, la bóveda de ladrillo y multitud de cajas llenas y vacías; á mi izquierda una puerta que comunicaba á otro departamento subterráneo, y á mi derecha una escalera, por la cual descendia la claridad que llamaba mi atencion. Estaba indudablemente despierto, y así lo reconocí. Miré á la escalera, y ví dos piés que se trasladaban lentamente de peldaño á peldaño. La luz de una linterna me deslumbró; pero en el foco de la repentina claridad distinguí una cara amarilla. Era la de Juan de Dios; era Juan de Dios en persona.

Cuando me vió, su espanto fué tan grande, que la linterna con que se alumbraba estuvo á punto de caer de sus manos. Temblando y mudo me

miraba como se mira una aparicion diabólica ó imágen evocada por la brujería.

Figuraos la impresion del que entra en un sepulcro, no creyendo, como es natural, encontrar nada vivo, y encuentra un hombre que se mueve y no parece pertenecer al mundo de los muertos.



XXIV



antiguóse Juan de Dios, y ya parecia dispuesto á huir como se huye de las apariciones de ultratumba, cuando le hablé para disipar su miedo.

—Juan de Dios, soy yo. ¿No sabia usted que estaba aquí?

—Gabriel, si lo veo y no lo creo. ¡Jesús, María y José! ¿Cómo has entrado aquí dentro?

—¿No sabe usted que me encerró D. Mauro, al sorprenderme en el momento de arrojar la carta á la señorita Inés? Acababa usted de salir.

—¡No habia vuelto hasta ahora. ¡Y te encerraron aquí! ¡qué casualidad! Estoy absorto. Pero díme, ¿la carta...?

—Ella la tiene. No hay cuidado por eso. Despues de habérsela dado, me entró tentacion de hablar con ella. Toqué á la puerta, ¡ay! este fué el crítico momento en que se apareció Doña Restituta. Puede usted figurarse lo demas. Gracias á Dios que viene una buena alma para ponerme en libertad. Dios le ha enviado á usted.

—Óyeme, Gabrielillo—añadió con más sosiego.—Ya te dije que mi fortunilla la tengo depositada en poder de los Requejos. Si se la pido de improviso estoy seguro de que no me la han de dar. Por consiguiente, yo la tomo. Mira lo que hay allí.

Señaló al fondo del sótano contiguo, y ví un arca de hierro. Juan de Dios prosiguió de este modo:

—Yo tengo mi conciencia tranquila. No cojo más que lo mio, y ántes moriria que tomar un ochavo más. Eso bien lo sabe el Santísimo Sacra-

mento, que ya me conoce. Pero si en esta parte estoy tranquilo... ¡ay! ya le he dicho al Santísimo Sacramento que estoy loco de amor y que me perdone los dos grandes pecados que he cometido hoy.

—¿Y qué pecados son esos?

—Trabajo me cuesta el decirlo; pero allá van para empezar desde ahora á purgarlos con la vergüenza que me causan. Los dos pecados son: haber escrito una carta falsa á D. Mauro para obligarle á ir á Navalcarnero, y haber hecho construir por un molde de cera la llave con que he entrado aquí y la de la caja. La carta estaba perfectamente falsificada; las llaves no valen ménos.

—¿Con que eso va á toda prisa? ¿Y nuestra chicuela?

—Esta noche me la llevo. ¡Ah! ya habrá leido la carta. La habrá leido, sabrá que la quiero poner en libertad, y su inquietud, su agonía, su zozobra entre la esperanza y el temor serán inmensas. Dentro de un rato será mia. ¿Cuento contigo?

—Para lo que usted quiera. Pues no faltaba más—dije, discurriendo cuál sería el mejor modo de burlar á un mismo tiempo á Doña Restituta y á su prometido esposo.

—¡Ay! tiemblo todo al pensar que pronto he de sacarla del poder de estas fieras—dijo Juan de Dios.—La pobrecita me estará esperando ya. ¿Qué te parece? ¡Ah! he preguntado á varias personas por una isla desierta, y nadie me ha dado razon. ¿Esas que llaman las Canarias son desiertas? ¿Sabes tú á dónde caen? Creo que allá por el gran golfo, ó como si dijéramos, entre la China y el Moro.—¿Por dónde se va?

—De eso sí que no sé palotada—contesté, tratando de dejar á un lado la geografía.—Pero vamos á ver: ¿cómo piensa usted engañar á Doña Restituta?

—Eso no me inquieta. La amarraremos tapándole la boca, pero sin hacerle daño, porque es una buena mujer, como no sea para criar sobrinas... y ya ves. Hace veinte años que como el pan de esta casa. Si no fuera por esta terrible sofocacion que me ha entrado... Gabriel, yo me vuelvo loco; lo que no te sabré decir es si me vuelvo loco de alegría ó de pena.

—¿Le parece á usted—dije, afectando oficiosidad—que suba pasito á pasito á ver si Doña Restituta duerme ó vela?

—Bien pensado. Mejor es que te estés en la trastienda de centinela, y en caso de que sientas ruido en el entresuelo, me avisas al instante. Yo despacharé eso fácilmente.

No esperé á que me lo repitiera, y subí. No, Gabriel no subia, volaba. Mi resolucion, prontamente tomada, llevóme sin vacilar al cuarto donde

dormia Inés y velaba su feroz tia. Cuando ésta sintió mis pasos, cuando oyó que alguien se acercaba, cuando llegué al cuarto y me puse ante su vista, su terror no tuvo límites. Como no comprendia la posibilidad material de mi evasion, y era ademas mujer supersticiosa, no creyó sino que yo era el diablo en persona, ó al ménos hombre protegido por todos los diablos del Infierno. Quedóse muda de terror; quiso hablar y no pudo, quiso gritar y lanzó un aullido congojoso, cual si la apretaran el cuello. No queriendo yo perder un instante, me arrojé á sus plantas, exclamando con sofocante precipitacion:

—Señora, ama mia, ama de mi corazon, óigame su merced, soy inocente. Perdóneme su merced. Quise revelarles á ustedes todo; pero aquellos hombres no me dejaron. Yo no intenté robar á Inés, quise sacarla de aquí para impedir que la robara su amante. ¿No sabe usted quién es? ¡Juan de Dios, Juan de Dios! ¡Ah, señora! ¡y dudaba usted de mi fidelidad!

Restituta pasó del terror á la sorpresa, al asombro, al anonadamiento, á la estupidez.

—¡Juan de Dios!—exclamó.—¡Juan de Dios! Mi... No, no puede ser... tú eres el Demonio; ¡Jesús, María y José! Por la señal de la Santa Cruz...

—¿Qué cruz ni cruz? ¿Quiere usted la prueba? Pues tome usted esa carta que el caballerito me dió para su novia—dije, entregándole la carta del mancebo.

Restituta la tomó en sus manos, frias como el mármol y temblorosas, recorrió muy de prisa sus once pliegos, examinó la firma, y díjome despues:

—¿Estoy soñando? Tú... eres Gabriel... ¡Oh! yo estoy loca... Ese miserable, á quien hemos dado de comer...

—¿Aún lo duda usted?—dije.—Pues en este momento Juan de Dios está en el sótano abriendo el arca del dinero.

No me es posible hacer formar idea del salto que dió Restituta. Creo que hasta la silla saltó tambien arrastrada por el espantoso sacudimiento de los nervios de la hermana del Sr. D. Mauro.

—Venga usted y lo verá con sus propios ojos—exclamé, tomándole de la mano é impeliéndole hácia afuera.

Restituta me siguió, porque la curiosidad, la rabia, el mismo terror, la impulsaban tras mí. Tropezó mil veces. Su cuerpo temblaba, y con frecuencia llevábase las manos á los desgreñados pelos para arrancarse algunos ó para echarlos todos hácia atrás. El extravío de sus ojos á nada es comparable, y á mí mismo, que ya creia tenerla vencida, me causaba miedo.

Llegamos á la boca del escotillon, y allí, miéntras heria nuestros ojos la ténue claridad que del sótano salia, oimos claramente ruido de monedas. Juan de Dios contaba sus ahorros de veinte años. Cuando el tímpano de Restituta fué afectado de aquel vibrante sonido, un extremecimiento nervioso como el producido en la organizacion humana por la descarga de poderosas pilas eléctricas, sacudió sus miembros. Precipitándose ciegamente por la escalera, exclamó:

—¡Malvado! ¡Así nos pagas el pan de veinte años!

Aún no habian llegado los resbaladizos piés de mi ama al quinto peldaño, cuando la pesada puerta del escotillon cayó, lanzada por mis manos. No habia llave con que cerrar, porque Juan de Dios la habia quitado; pero al instante puse sobre la puerta una caja de latas de pomada, y luégo dos, y luégo cuatro, y despues un fardo de tela, y otro y otro encima. En diez minutos puse sobre la entrada de la que habia sido mi prision un peso tal, que cuatro hombres fuertes no hubieran podido levantarlo desde abajo.



Concluido esto subí. Inés, despavorida y aterrada, no sabia á qué santo encomendarse.

—¡Ya eres libre Inés!—exclamé con la mayor alegría.—Vístete, vámonos pronto. No perder un momento: puede venir el amo.

Vistióse tan precipitadamente, que la ví medio desnuda. Pero ni ella, con el gran azoramiento de la prisa, cayó en la cuenta de que me estaba mostrando su lindo cuerpo, ni yo me cuidaba más que de ayudarla á vestir, poniéndole enaguas, medias, zapatos, ligas. Al fin salimos de la casa y huimos á toda prisa de la calle de la Sal, por temor de encontrar al licenciado Lobo ó á mi amo. Hasta que no nos vimos en la Puerta del Sol, no tomamos aliento, y sintiéndome yo sin fuerzas, nos sentamos en un escalon junto á Mariblanca. Profundo silencio reinaba en la plaza: Madrid dormia sosegado y tranquilo. Paseé mi vista en derredor y no ví más que dos perros que se disputaban un hueso. El chorro de la fuente alegraba nuestras almas con su parlero rumor.

—Ya estás libre, condesilla—dije, reclinándome sobre el pecho de Inés.

—Bendito sea Dios que nos ha sacado de allí. No te olvidaré nunca, horrenda noche de amargura; no te olvidaré nunca, risueña mañana de este dia feliz. Estamos en lúnes, dia 2 del mes de Mayo.

Un rato permanecí en aquella postura, porque estaba rendido de cansancio. El dia se acercaba y se sentian los primeros lejanos y vagos rumores, desperezos de la indolente ciudad que despierta. Por Oriente hácia el fin de la calle de Alcalá se veia el resplandor de la aurora, y cuando nos retirábamos, Inés y yo nos detuvimos un instante á contemplar el cielo, que por aquella parte se teñia de un vivo color de sangre.



XXV



L entrar en mi casa, donde yo pensaba descansar un rato con Inés, ántes de emprender la fuga, encontramos al buen D. Celestino, que habiendo llegado la noche anterior, creyó conveniente albergarse en mi humilde posada, ántes que en otra cualquiera de las de la Córte. Ya le habia yo informado por escrito de la verdadera situacion de las cosas en casa de los Requejos, así es que desde luégo guardóse de poner los piés en la famosa tienda. Él y nosotros nos alegramos mucho de vernos juntos, y apénas teníamos tiempo para preguntarnos nuestras mútuas desgracias, pues ya habrán comprendido ustedes que las del bondadoso sacerdote no eran menores que las nuestras.

—Pero hijos mios—nos dijo,—Dios nos ha de protejer. ¿Cómo es posible que los malvados triunfen fácilmente de los rectos de corazon? Vosotros huís de la maldad de aquellos dos hermanos, y yo tambien huyo, yo tambien vengo aquí ocultando mi nombre honrado, porque me persiguen como á un criminal.

Al decir esto, el buen anciano derramó algunas lágrimas, y nosotros para consolarle, le animábamos presentándole el espectáculo de nuestra alegría, y contábamos entre risas y chistes las extravagancias y tacañerías de los tios de Inés.

—Dios nos ayudará—continuó el cura.—Veamos ahora cómo salimos de Madrid. ¡Oh qué persecucion tan horrorosa! Me acusan de que fuí amigo del Príncipe de la Paz. Ya lo creo que fuí amigo de S. A. No sólo amigo, sino áun creo que pariente. No puedes figurarte los lios que me han arma-

do, Gabrielillo... y tambien te acusan á tí... ¡Has visto qué pícaros!... Que si escribíamos cartas... que si tú las llevabas... Verdad es que yo fuí varias veces al palacio de S. A. para aconsejarle lo que me parecia conveniente para el bien de la nacion; pero nunca le dije nada, porque con esta mi cortedad de genio... En resúmen, hijo, sabiendo que me iban á prender, me puse en camino callandito, y pienso presentarme al señor Patriarca para que disponga de mí. Pero oid lo mejor. ¿Creereis que ese tunante de Santurrias es quien más sañudamente me ha perseguido, dando testimonios falsos de mi conducta? Nada, nada; es cierto lo que yo dije en aquel sermon: ¿te acuerdas, Gabriel? Dije que la ingratitud es el más feo mónstruo que existe sobre la tierra. *Vilissima et turpissima hydra.* ¡Quién lo habia de pensar!

—Ahora pensemos, señor cura, cómo nos las vamos á componer para salir de este laberinto. ¿Á dónde vamos? ¿Qué recursos tenemos?

—Hijo mio, Dios no ha de desampararnos. Confiemos en él, y entre tanto oye un proyecto que esta madrugada me ha ocurrido. Hace ocho dias estaba en Aranjuez la señora marquesa de ***, persona discreta, temerosa de Dios, y de tan buen corazon, que remedia cuantas necesidades llegan á su noticia. Visitóme ella varias veces, la visité yo tambien, y segun me decia, mi trato le era sumamente agradable. Esto lo diria por urbanidad. Me preguntaba mucho por Inés, mostrando grandísimos deseos de conocerla, y cuando por última vez la ví, suplicóme encarecidamente que si alguna vez pasaba á la Córte, no dejase de acudir á su casa, en compañía de mi sobrina. Esto me lo repitió muchas veces, y su empeño por ver á la sobrinilla me ha llamado mucho la atencion.

—Tambien á mí—repuse.—Conozco á la señora marquesa, en cuyo palacio representé cierto papel de traidor, de que no quisiera acordarme. Era en la misma casa donde ustedes vivian.

—Pero la señora marquesa no vive ahora allí, pues durante la primavera se traslada á casa de su hermano, allá por la cuesta de la Vega, en un palacio que tiene muy amenos jardines y espacioso horizonte hácia la parte del Manzanares. Allí encontraremos hoy á esa insigne señora, honor de la hispana grandeza. ¿Por qué no acudir á ella? Me ha dicho infinitas veces que desea servirme, tanto á mí como á mi sobrina, y que espera con ansia el momento en que yo quiera usar de su poder y valimiento para cualquier asunto.

—En esa señora nos manda Dios un comisionado para salir de este apuro—dije yo, sintiéndome con mayores ánimos.—Le contaremos lo que nos pasa, comprenderá con cuánta injusticia se nos persigue, y cuando

vea á Inés... ¡Ay! se me figura que el empeño de la marquesa por ver á Inés no es simple curiosidad. En fin, visitarémosla hoy mismo, y Dios dirá.

—Temo salir á la calle.

—Yo tambien; pero es preciso salir, pues no es cosa de que andemos por los tejados. Si quiere usted iré yo ahora mismo á casa de la señora marquesa, que ya me conoce, y diciéndole que voy de parte de usted, le pintaré la situacion en que nos encontramos, hablándole tambien de Inesilla, que es sin duda lo que le interesa más.

—Me parece bien; ¿y si te ven?

—Iré por calles extraviadas, y en caso de apuro, no me faltan piernas con que perderme de vista.

Yo estaba dominado por vivísima excitacion, y cuando adoptaba un plan, cada segundo que transcurria sin ponerlo por obra, parecíame un siglo. No me era posible entregarme al reposo sin dar aquel paso en un camino que me parecia conducir á lugar seguro en nuestro desgraciado aislamiento. Inés no podia descansar tampoco, y su espíritu, no repuesto del azoramiento y zozobra de la madrugada anterior, era impresionado fuertemente por cuanto veia. Asomábase á la ventana que caia hácia la calle de San José, frente al Parque de artillería, y como la vivienda era piso principal bajando del cielo, se veia el gran patio interior de aquel establecimiento de guerra, con los cañones y demas pertrechos, puestos en ordenadas filas á un lado y otro.

—Esto que ves es el Parque de artillería, hija—le dijo D. Celestino.—¿Ves? en aquellos grandes edificios se alojan los artilleros. Mira, salen algunos con un carro para ir á casa del abastecedor en busca de las provisiones.

—¿Y esas montañitas tan bonitas, formadas por cosas negras y redondas, iguales todas y puestas con mucho órden?—preguntó la muchacha sin dar tregua á su admiracion.

—Esas son balas, chicuela—repuso el clérigo.—Los hombres han inventado esos juguetes para matarse unos á otros.

—Esas balas se meten en los cañones que están allí junto—dije yo, queriendo mostrar mi erudicion,—y poniendo tambien pólvora y un cartucho, se dispara y es muy bonito. Hace un ruido, chiquilla, que se vuelve uno loco. ¡Si vieras cómo me lucí en el combate de Trafalgar! ¡Si tú me hubieras visto!... Lo ménos maté mil ingleses.

—Quiten para allá—exclamó con miedo D. Celestino.—Sólo de pensar que eso se dispara, me pongo á temblar.

Y se retiraron de la ventana. Yo aconsejé á Inés que descansara, y salí á la calle despues que D. Celestino, echándome algunas bendiciones, rezó un *pater noster* por mi seguridad y buena suerte en la comision que iba á desempeñar.

Alejándome todo lo posible del centro de la Villa, llegué á la plazuela de Palacio, donde me detuvo un obstáculo casi insuperable; un gran gentío, que bajando de las calles del Viento, de Rebeque, del Factor, de Noblejas y de las plazuelas de San Gil y del Tufo, invadia toda la calle Nueva y parte de la plazuela de la Armería. Pensando que seria probable encontrar entre tanta gente al licenciado Lobo, procuré abrirme paso hasta rebasar tan molesta compañía; pero esto era punto ménos que imposible, porque me encontraba envuelto, arrastrado por aquel inmenso oleaje humano, contra el cual era difícil luchar.

Yo estaba tan preocupado con mis propios asuntos, que durante algun tiempo no discurrí sobre la causa de aquella tan grande y ruidosa reunion de gente, ni sobre lo que pedia, porque indudablemente pedia ó manifestaba desear alguna cosa. Despues de recibir algunos porrazos y tropezar repetidas veces, me detuve arrimado al muro de Palacio, y pregunté á los que me rodeaban:

—¿Pero qué quiere toda esa gente?

—Es que se van, se los llevan—me dijo un chispero, y eso no lo hemos de consentir.

El lector comprenderá que no me importaba gran cosa que se fueran ó dejaran de irse los que lo tuvieran por conveniente, así es que intenté seguir mi camino. Poco habia adelantado, cuando me sentí cogido por un brazo. Extremecíme de terror, creyendo que estaba nuevamente en las garras del licenciado; pero no se asusten ustedes: era Pacorro Chinitas.

—¿Con que parece que se los llevan?—me dijo.

—¿Á los Infantes? Eso dicen; pero te aseguro, Chinitas, que eso me tiene sin cuidado.

—Pues á mí no. Hasta aquí llegó la cosa, hasta aquí nos aguantamos, y de aquí no ha de pasar. Tú eres un chiquillo y no piensas más que en jugar, y por eso no te importa.

—Francamente, Chinitas, yo tengo que ocuparme demasiado de lo que á mí me pasa.

—Tú no eres español—me dijo el amolador con gravedad.

—Sí que lo soy—repuse.

—Pues entónces no tienes corazon, ni eres hombre para nada.

—Sí que soy hombre y tengo corazon para lo que sea preciso.

—Pues entónces, ¿qué haces ahí como un marmolillo? ¿No tienes armas? Coge una piedra y rómpele la cabeza al primer francés que se te ponga por delante.

—Han pasado sin duda cosas que yo no sé, porque he estado muchos dias sin salir á la calle.

—No, no ha pasado nada todavía, pero pasará. ¡Ah! Gabrielillo, lo que yo te decia ha salido cierto. Todos se han equivocado, ménos el amolador. Todos se han ido y nos han dejado solos con los franceses. Ya no tenemos Rey, ni más gobierno que esos cuatro carcamales de la Junta.

Yo me encogí de hombros, no comprendiendo por qué estábamos sin Rey y sin más gobierno que los cuatro carcamales de la Junta.

—Gabriel—me dijo mi amigo, despues de un rato,—¿te gusta que te manden los franceses, y que con su lengua que no entiendes, te digan "haz esto ó haz lo otro," y que se entren en tu casa, y que te hagan ser soldado de Napoleon, y que España no sea España, vamos al decir, que nosotros no seamos como nos da la gana de ser, sino como el Emperador quiera que seamos?

—¿Qué me ha de gustar? Pero eso es pura fantasía tuya. ¿Los franceses son los que nos mandan? ¡Quiá! Nuestro Rey, cualquiera que sea, no lo consentiria.

—No tenemos Rey.

—¿Pero no habrá en la familia otro que se ponga la corona?

—Se llevan todos los Infantes.

—Pero habrá grandes de España y señores de muchas campanillas, y generales y ministros que les digan á los ministros: "Señores, hasta aquí llegó. Ni un paso más."

—Los señores de muchas campanillas se han ido á Bayona, y allí andan á la greña por saber si obedecen al padre ó al hijo.

—Pero aquí tenemos tropas que no consentirán...

—El Rey les ha mandado que sean amigos de los franceses y que les dejen hacer.

—Pero son españoles, y tal vez no obedezcan esa barbaridad; porque díme: si los franceses nos quieren mandar, ¿es posible que un español de los que vistan uniforme lo consienta?

—El soldado español no puede ver al francés; pero son uno por cada veinte. Poquito á poquito se han ido entrando, entrando, y ahora, Gabriel, esta baldosa en que ponemos los piés es tierra del Emperador Napoleon.

—¡Oh, Chinitas! Me haces temblar de cólera. Eso no se puede aguantar,

no señor. Si las cosas van como dices, tú y todos los demas españoles que tengan vergüenza cogerán un arma, y entónces...

—No tenemos armas.

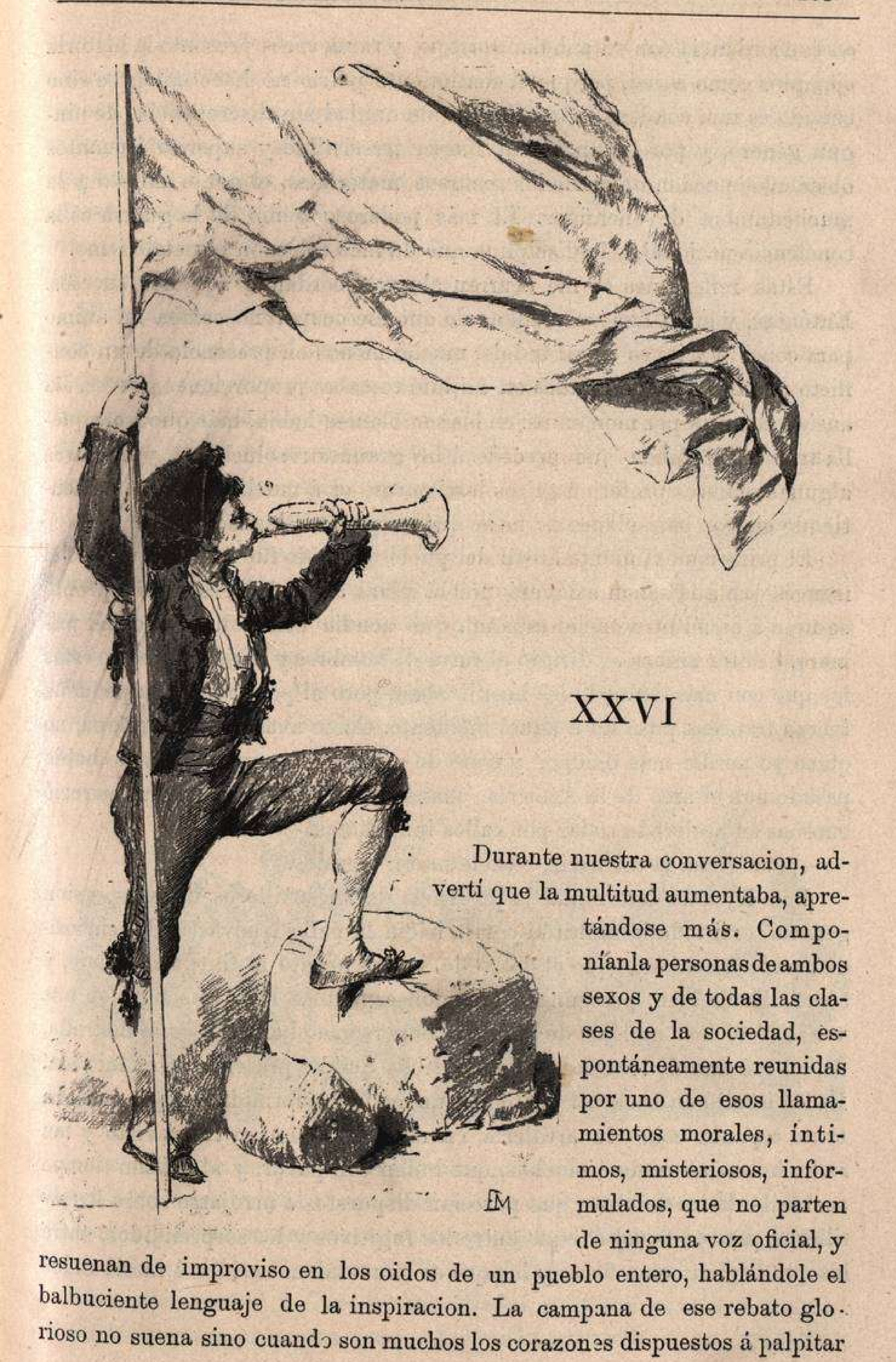
—Entónces, Chinitas, ¿qué remedio hay? Yo creo que si todos, todos, todos dicen: "vamos á ellos,„ los franceses tendrán que retirarse.

—Napoleon ha vencido á todas las naciones.

—Pues entónces echémonos á llorar y metámonos en nuestras casas.

—¿Llorar?—exclamó el amolador, cerrando los puños.—Si todos pensaran como yo... No se puede decir lo que sucederá, pero... Mira: yo soy hombre de paz; pero cuando veo que estos condenados franceses se van metiendo callandito en España, diciendo que somos amigos; cuando veo que se llevan engañado al Rey; cuando les veo por esas calles echando facha y bebiéndose el mundo de un sorbo; cuando pienso que ellos están muy creidos de que nos han metido en un puño por los siglos de los siglos, me dan ganas... no de llorar, sino de matar, pongo el caso, pues... quiero decir que si un francés pasa y me toca con su codo en el pelo de la ropa, levanto la mano... mejor dicho, abro la boca y me lo como. Y cuidado que un francés me enseñó el oficio que tengo. El francés me gusta; pero allá en su tierra.





XXVI

Durante nuestra conversacion, advertí que la multitud aumentaba, apretándose más. Componíanla personas de ambos sexos y de todas las clases de la sociedad, espontáneamente reunidas por uno de esos llamamientos morales, íntimos, misteriosos, informulados, que no parten de ninguna voz oficial, y resuenan de improviso en los oidos de un pueblo entero, hablándole el balbuciente lenguaje de la inspiracion. La campana de ese rebato glorioso no suena sino cuando son muchos los corazones dispuestos á palpitar

en concordancia con su anhelante ritmo, y raras veces presenta la historia ejemplos como aquel, porque el sentimiento patrio no hace milagros sino cuando es una condensacion colosal, una unidad sin discrepancias de ningun género, y por lo tanto una fuerza irresistible y superior á cuantos obstáculos pueden oponerle los recursos materiales, el genio militar y la muchedumbre de enemigos. El más poderoso genio de la guerra es la conciencia nacional, y la disciplina que da más cohesion el patriotismo.

Estas reflexiones se me ocurren ahora recordando aquellos sucesos. Entónces, y en la famosa mañana de que me ocupo, no estaba mi ánimo para consideraciones de tal índole, mucho ménos en presencia de un conflicto popular que de minuto en minuto tomaba proporciones graves. La ansiedad crecia por momentos: en los semblantes habia, más que ira, aquella tristeza profunda que precede á las grandes resoluciones, y miéntras algunas mujeres proferian gritos lastimosos, oí á muchos hombres discutiendo en voz baja planes de no sé qué inverosímil lucha.

El primer movimiento hostil del pueblo reunido fué rodear á un oficial francés que á la sazon atravesó por la plaza de la Armería. Bien pronto se unió á aquél otro oficial español, que acudia como en auxilio del primero. Contra ambos se dirigió el furor de hombres y mujeres, siendo éstas las que con más denuedo les hostilizaban; pero al poco rato una pequeña fuerza francesa puso fin á aquel incidente. Como avanzaba la mañana, no quise yo perder más tiempo, y traté de seguir mi camino; mas no habia pasado aún el arco de la Armería, cuando sentí un ruido que me pareció cureñas en acelerado rodar por calles inmediatas.

—¡Que viene la artillería!—exclamaron algunos.

Pero léjos de determinar la presencia de los artilleros una dispersion general, casi toda la multitud corria hácia la calle Nueva (*). La curiosidad pudo en mí más que el deseo de llegar pronto al fin de mi viaje, y corrí allá tambien; pero una detonacion espantosa heló la sangre en mis venas, y ví caer no léjos de mí algunas personas, heridas por la metralla. Aquel fué uno de los cuadros más terribles que he presenciado en mi vida. La ira estalló en boca del pueblo de un modo tan formidable, que causaba tanto espanto como la artillería enemiga. Ataque tan imprevisto y tan rudo habia aterrado á muchos, que huian con pavor, y al mismo tiempo acaloraba la ira de otros, que parecian dispuestos á arrojarse sobre los artilleros; mas en aquel choque entre los fugitivos y los sorprendidos, entre los que rugian como fieras y los que se lamentaban heridos ó moribundos

(*) Hoy de Bailén.

bajo las pisadas de la multitud, predominó al fin el movimiento de dispersion, y corrieron todos hácia la calle Mayor. No se oian más voces que "armas, armas, armas." Los que no vociferaban en las calles, vociferaban en los balcones, y si un momento ántes la mitad de los madrileños eran simplemente curiosos, despues de la aparicion de la artillería todos fueron actores. Cada cual corria á su casa, á la ajena ó á la más cercana en busca de un arma, y no encontrándola, echaba mano de cualquier herramienta. Todo servia, con tal que sirviera para matar.

El resultado era asombroso. Yo no sé de dónde salia tanta gente armada. Cualquiera habria creido en la existencia de una conjuracion silenciosamente preparada; pero el arsenal de aquella guerra imprevista y sin plan, movida por la inspiracion de cada uno, estaba en las cocinas, en los bodegones, en los almacenes al por menor, en las salas y tiendas de armas, en las posadas y en las herrerías.

La calle Mayor y las contiguas ofrecian el aspecto de un hervidero de rabia imposible de describir por medio del lenguaje. El que no lo vió, renuncie á tener idea de semejante levantamiento. Despues me dijeron que entre nueve y once todas las calles de Madrid presentaban el mismo aspecto; habíase propagado la insurreccion como se propaga la llama en el bosque seco azotado por impetuosos vientos.

En el Pretil de los Consejos, por San Justo y por la plazuela de la



Villa, la irrupcion de gente armada viniendo de los barrios bajos era considerable; mas por donde ví aparecer despues mayor número de hombres y mujeres, y hasta enjambres de chicos y algunos viejos fué por la Plaza Mayor y los portales llamados de Bringas. Hácia la esquina de la calle de Milaneses, frente á la Cava de San Miguel, presencié el primer choque del pueblo con los invasores, porque habiendo aparecido como una vein-

tena de franceses que acudian á incorporarse á sus regimientos, fueron atacados de improviso por una cuadrilla de mujeres, ayudadas por media docena de hombres. Aquella lucha no se parecia á ninguna peripecia de los combates ordinarios, pues consistia en reunirse súbitamente, envolviéndose y atacándose sin reparar en el número ni en la fuerza del contrario.

Los extranjeros se defendian con su certera puntería y sus buenas armas; pero no contaban con la multitud de brazos que les ceñian por detrás y por delante, como rejos de un inmenso pulpo; ni con el incansable pinchar de millares de herramientas, esgrimidas contra ellos con un desórden y una multiplicidad semejante al de un ametrallamiento á mano; ni con la espantosa centuplicacion de pequeñas fuerzas que, sin matar, imposibilitaban la defensa. Algunas veces esta superioridad de los madrileños era tan grande, que no po lia ménos de ser generosa: pues cuando los enemigos aparecian en número escaso, se abria para ellos un portal ó tienda donde quedaban á salvo, y muchos de los que se alojaban en las casas de aquella calle debieron la vida á la tenacidad con que sus patronos les impidieron la salida.

No se salvaron tres de á caballo que corrian á todo escape hácia la Puerta del Sol. Se les hicieron varios disparos; pero irritados ellos, cargaron sobre un grupo apostado en la esquina del callejon de la Chamberga, y bien pronto viéronse envueltos por el paisanaje. De un fuerte sablazo, el más audaz de ellos abrió la cabeza á una infeliz maja en el instante en que daba á su marido el fusil recien cargado, y la imprecacion de la furiosa mujer al caer herida al suelo, espoleó el coraje de los hombres. La lucha se trabó entónces cuerpo á cuerpo y á arma blanca.

Entre tanto yo corrí hácia la Puerta del Sol buscando lugar más seguro, y en los portales de Pretineros encontré á Chinitas. La Primorosa salió del grupo cercano, exclamando con frenesí:

—¡Han matado á Bastiana! Más de veinte hombres hay aquí y denguno vale un rial. Canallas; ¿para qué os poneis bragas si teneis almas de pitiminí?

—Mujer—dijo Chinitas, cargando su escopeta,—quítate de en medio. Las mujeres aquí no sirven más que de estorbo.

—¡Cobardon, calzonazos, corazon de albondiguilla!—dijo la Primorosa, pugnando por arrancar el arma á su marido.—Con el aire que hago moviéndome, mato yo más franceses que tú con un cañon de á ocho.

Entónces uno de los de á caballo se lanzó al galope hácia nosotros blandiendo su sable.

—¡Menegilda! ¿Tienes navaja?—exclamó la esposa de Chinitas con desesperacion.

—Tengo tres, la de cortar, la de picar y el cuchillo grande.

—¡Aquí estamos, espanta-cuervos!—gritó la maja, tomando de manos de su amiga un cuchillo carnicero, cuya sola vista causaba espanto.

El coracero clavó las espuelas á su corcel y despreciando los tiros se arrojó sobre el grupo. Yo ví las patas del corpulento animal sobre los hombros de la Primorosa; pero ésta, agachándose más ligera que el rayo, hundió su cuchillo en el pecho del caballo. Con la violenta caida, el ginete quedó indefenso, y miéntras la cabalgadura espiraba con horrible pataleo, el soldado proseguia el combate, ayudado por otros cuatro que á la sazon llegaron.

Chinitas, herido en la frente y con una oreja ménos, se habia retirado



como á unas diez varas más allá, y cargaba un fusil en el callejon del Triunfo, miéntras la Primorosa le envolvia un pañuelo en la cabeza, diciéndole:

—Si te moverás al fin. No parece sino que tienes en cada pata las pesas del reloj del Buen Suceso.

El amolador se volvió hácia mí y me dijo:

—Gabrielillo, ¿qué haces con ese fusil? ¿Lo tienes en la mano para escarbarte los dientes?

En efecto, yo tenia en mis manos un fusil sin que hasta aquel instante me hubiese dado cuenta de ello. ¿Me lo habian dado? ¿Lo tomé yo? Lo más probable es que lo recogí maquinalmente, hallándome cercano al lugar de la lucha, y cuando caia sin duda de manos de algun combatiente herido; pero mi turbacion y estupor eran tan grandes ante aquella escena, que ni áun acertaba á hacerme cargo de lo que tenia entre las manos.

—¿Pa qué está aquí esa lombriz?—dijo la Primorosa, encarándose conmigo y dándome en el hombro una fuerte manotada.—Descosío: coge ese fusil con más garbo. ¿Tienes en la mano un cirio de procesion?

—Vamos: aquí no hay nada que hacer—afirmó Chinitas, encaminándose con sus compañeros hácia la Puerta del Sol.

Echéme el fusil al hombro y les seguí. La Primorosa seguia burlándose de mi poca aptitud para el manejo de las armas de fuego.

—¿Se acabaron los franceses?—dijo una maja, mirando á todos lados. —¿Se han acabado?

—No hemos dejado uno pa simiente de rábanos—contestó la Primorosa.—¡Viva España y el Rey Fernando!

En efecto, no se veia ningun francés en toda la calle Mayor; pero no distábamos mucho de las gradas de San Felipe, cuando sentimos ruido de tambores, despues ruido de cornetas, despues pisadas de caballos, despues estruendo de cureñas rodando con precipitacion. El drama no habia empezado todavía realmente. Nos detuvimos, y advertí que los paisanos se miraban unos á otros, consultándose mudamente sobre la importancia de las fuerzas ya cercanas. Aquellos infelices madrileños habian sostenido una lucha terrible con los soldados que encontraron al paso, y no contaban con las formidables divisiones y cuerpos de ejército que se acampaban en las cercanías de Madrid. No habian medido los alcances y las consecuencias de su calaverada, ni aunque los midieran, habrian retrocedido en aquel movimiento impremeditado y sublime que les impulsó á rechazar fuerzas tan superiores.

Habia llegado el momento de que los paisanos de la calle Mayor pudieran contar el número de armas que apuntaban á sus pechos, porque por la calle de la Montera apareció un cuerpo de ejército, por la de Carretas otro y por la Carrera de San Jerónimo el tercero, que era el más formidable.

—¿Son muchos?—preguntó la Primorosa.

—Muchísimos, y tambien vienen por esta calle. Allá por Platerías se siente ruido de tambores.

Frente á nosotros y á nuestra espalda teníamos á los infantes, á los ginetes y á los artilleros de Austerlitz. Viéndoles, la Primorosa reia; pero yo... no puedo ménos de confesarlo... yo temblaba.



XXVII



LLEGAR los cuerpos de ejército á la Puerta del Sol y comenzar el ataque, fueron sucesos ocurridos en un mismo instante. Yo creo que los franceses, á pesar de su superioridad numérica y material, estaban más aturdidos que los españoles; así es que en vez de comenzar poniendo en juego la caballería, hicieron uso de la metralla desde los primeros momentos.

La lucha, mejor dicho, la carnicería era espantosa en la Puerta del Sol. Cuando cesó el fuego y comenzaron á funcionar los caballos, la guardia polaca, llamada *noble*, y los famosos mamelucos cayeron á sablazos sobre el pueblo, siendo los ocupadores de la calle Mayor los que alcanzamos la peor parte, porque por uno y otro flanco nos atacaban los feroces ginetes. El peligro no me impedia observar quién estaba en torno mio, y así puedo decir que sostenian mi valor vacilante, ademas de la Primorosa, un señor grave y bien vestido que parecia aristócrata, y dos honradísimos tenderos de la misma calle, á quienes yo de antiguo conocia.

Teníamos á mano izquierda el callejon de la Duda; como sitio estratégico que nos sirviera de parapeto y de camino para la fuga, y desde allí el señor noble y yo dirigíamos nuestros tiros á los primeros mamelucos que aparecieron en la calle. Debo advertir que los tiradores formábamos una especie de retaguardia ó reserva, porque los verdaderos y más aguerridos combatientes eran los que luchaban á arma blanca entre la caballería. Tambien de los balcones salian muchos tiros de pistola y gran número de armas arrojadizas, como tiestos, ladrillos, pucheros, pesas de reloj, etc.

—Ven acá, Júdas Iscariote—exclamó la Primorosa, dirigiendo los puños hácia un mameluco que hacia estragos en el portal de la casa de Oñate.—¡Y no hay quien te meta una libra de pólvora en el cuerpo! ¡Eh,

so estantigua! ¿pa qué le sirve ese chisme? Y tú, Piltrafilla, echa fuego por ese fusil, ó te saco los ojos.

Las imprecaciones de nuestra generala nos obligaban á disparar tiro tras tiro. Pero aquel fuego mal dirigido no nos valia gran cosa, porque los mamelucos habian conseguido despejar á golpes gran parte de la calle, y adelantaban de minuto en minuto.

—Á ellos, muchachos—exclamó la maja, adelantándose al encuentro de una pareja de ginetes, cuyos caballos venian hácia nosotros.

Ustedes no pueden figurarse cómo eran aquellos combates parciales. Miéntras desde las ventanas y desde la calle se les hacia fuego, los manolos les atacaban navaja en mano, y las mujeres clavaban sus dedos en la cabeza del caballo, ó saltaban, asiendo por los brazos al ginete. Éste recibia auxilio, y al instante acudian dos, tres, diez, veinte, que eran atacados de la misma manera, y se formaba una confusion, una mescolanza horrible y sangrienta que no se puede pintar. Los caballos vencian al fin y avanzaban al galope, y cuando la multitud, encontrándose libre, se extendia hácia la Puerta del Sol, una lluvia de metralla le cerraba el paso.

Perdí de vista á la Primorosa en uno de aquellos espantosos choques;



pero al poco rato la ví reaparecer, lamentándose de haber perdido su cuchillo, y me arrancó el fusil de las manos con tanta fuerza, que no pude impedirlo. Quedé desarmado en el mismo momento en que una fuerte embestida de los franceses nos hizo recular á la acera de San Felipe el Real. El anciano noble fué herido junto á mí: quise sostenerle; pero des-

lizándose de mis manos, cayó exclamando: "¡Muera Napoleon! ¡Viva España!„

Aquel instante fué terrible, porque nos acuchillaron sin piedad; pero quiso mi buena estrella que, siendo yo de los más cercanos á la pared, tuviera delante de mí una muralla de carne humana que me defendia del plomo y del hierro. En cambio era tan fuertemente comprimido contra la pared, que casi llegué á creer que moria aplastado. Aquella masa se replegó por la calle Mayor, y como el violento retroceso nos obligara á invadir una casa de las que hoy deben tener la numeracion desde el 21 al 25, entramos decididos á continuar la lucha desde los balcones. No achaquen ustedes á petulancia el que diga nosotros, pues yo, aunque al principio me ví comprendido entre los sublevados como al acaso y sin ninguna iniciativa de mi parte, despues el ardor de la refriega, el odio contra los franceses que se comunicaba de corazon á corazon de un modo pasmoso, me indujeron á obrar enérgicamente en pró de los mios. Yo creo que en aquella ocasion memorable hubiérame puesto al nivel de algunos que me rodeaban, si el recuerdo de Inés y la consideracion de que corria algun peligro no aflojaran mi valor á cada instante.

Invadiendo la casa, la ocupamos desde el piso bajo á las bohardillas: por todas las ventanas se hacia fuego, arrojando al mismo tiempo cuanto la diligente valentía de sus moradores encontraba á mano. En el piso segundo un padre anciano, sosteniendo á sus dos hijas que medio desmayadas se abrazaban á sus rodillas, nos decia: "Haced fuego; coged lo que os convenga. Aquí teneis pistolas; aquí teneis mi escopeta de caza. Arrojad mis muebles por el balcon y perezcamos todos, y húndase mi casa si bajo sus escombros ha de quedar sepultada esa canalla. ¡Viva Fernando! ¡Viva España! ¡Muera Napoleon!„

Estas palabras reanimaban á las dos doncellas, y la menor nos conducia á una habitacion contigua, desde donde podíamos dirigir mejor el fuego. Pero nos escaseó la pólvora, nos faltó al fin, y al cuarto de hora de nuestra entrada ya los mamelucos daban violentos golpes en la puerta.

—Quemad las esteras y arrojadlas ardiendo á la calle—nos dijo el anciano.—Ánimo, hijas mias. No lloreis. En este dia el llanto es indigno áun en las mujeres. ¡Viva España! ¿Vosotras sabeis lo que es España? Pues es nuestra tierra, nuestros hijos, los sepulcros de nuestros padres, nuestras casas, nuestros reyes, nuestros ejércitos, nuestra riqueza, nuestra historia, nuestra grandeza, nuestro nombre, nuestra religion. Pues todo esto nos quieren quitar. ¡Muera Napoleon!

Entre tanto los franceses asaltaban la casa, miéntras otros de los suyos cometian las mayores atrocidades en la de Oñate.

—Ya entran, nos cogen y estamos perdidos—exclamamos con terror, sintiendo que los mamelucos se encarnizaban en los defensores del piso bajo.

—Subid á la bohardilla—nos dijo el anciano con frenesí,—y saliendo al tejado, echad por el cañon de la escalera todas las tejas que podais levantar. ¿Subirán los caballos de estos mónstruos hasta el techo?

Las dos muchachas, medio muertas de terror, se enlazaban á los brazos de su padre, rogándole que huyese.

—¡Huir!—exclamaba el viejo.—No, mil veces no. Enseñemos á esos bandoleros cómo se defiende el hogar sagrado. Traedme fuego, fuego, y apresarán nuestras cenizas, no nuestras personas.

Los mamelucos subian. Estábamos perdidos. Yo me acordé de la pobre Inés, y me sentí más cobarde que nunca. Pero algunos de los nuestros habíanse en tanto internado en la casa, y con fuerte palanca rompian el tabique de una de las habitaciones más escondidas. Al ruido, acudí allá velozmente, con la esperanza de encontrar escapatoria, y en efecto, ví que habian abierto en la medianería un gran agujero, por donde podia pasarse á la casa inmediata. Nos hablaron de la otra parte, ofreciéndonos socorro, y nos apresuramos á pasar; pero ántes de que estuviéramos del opuesto lado sentimos á los mamelucos y otros soldados franceses vociferando en las habitaciones principales: oyóse un tiro; despues una de las muchachas lanzó un grito espantoso y desgarrador. Lo que allí debió pasar no es para contado.

Cuando pasamos á la casa contigua, con ánimo de tomar inmediatamente la calle, nos vimos en una habitacion pequeña y algo oscura, donde distinguí dos hombres que nos miraban con espanto. Yo me aterré tambien en su presencia, porque eran el uno el licenciado Lobo y el otro Juan de Dios.

Habíamos pasado á una casa de la calle de Postas, á la misma casa en cuyo cuarto entresuelo habia yo vivido hasta el dia anterior al servicio de los Requejos. Estábamos en el piso segundo, vivienda del leguleyo trapisondista. El terror de éste era tan grande, que al vernos dijo:

—¿Están ahí los franceses? ¿Vienen ya? Huyamos.

Juan de Dios estaba tambien tan pálido y alterado, que era difícil reconocerle.

—¡Gabriel!—exclamó al verme.—¡Ah! tunante; ¿qué has hecho de Inés?

—¡Los franceses, los franceses!—exclamó Lobo, saliendo á toda prisa

de la habitacion y bajando la escalera de cuatro en cuatro peldaños.-¡Huyamos!

La esposa del licenciado y sus tres hijas, todas trémulas de miedo, corrian de aquí para allí, recogiendo algunos objetos para salir á la calle. No era ocasion de disputar con Juan de Dios, ni de darnos explicaciones sobre los sucesos de la madrugada anterior, así es que salimos á todo escape, temiendo que los mamelucos invadieran aquella casa.

El mancebo no se separaba de mí, miéntras que Lobo, harto ocupado de su propia seguridad, se cuidaba de mi presencia tanto como si yo no existiera.

—¿Á dónde vamos?—preguntó una de las niñas en la calle. ¿Á la calle de San Pedro la Nueva, en casa de la primita?

—¿Estais locas? ¿Frente al Parque de Monteleon?

—Allí se están batiendo—dijo Juan de Dios.—Dicen que se ha empeñado un combate terrible, porque la artillería española no quiere soltar el Parque.

—¡Dios mio! ¡Corro allá!—exclamé sin poderme contener.

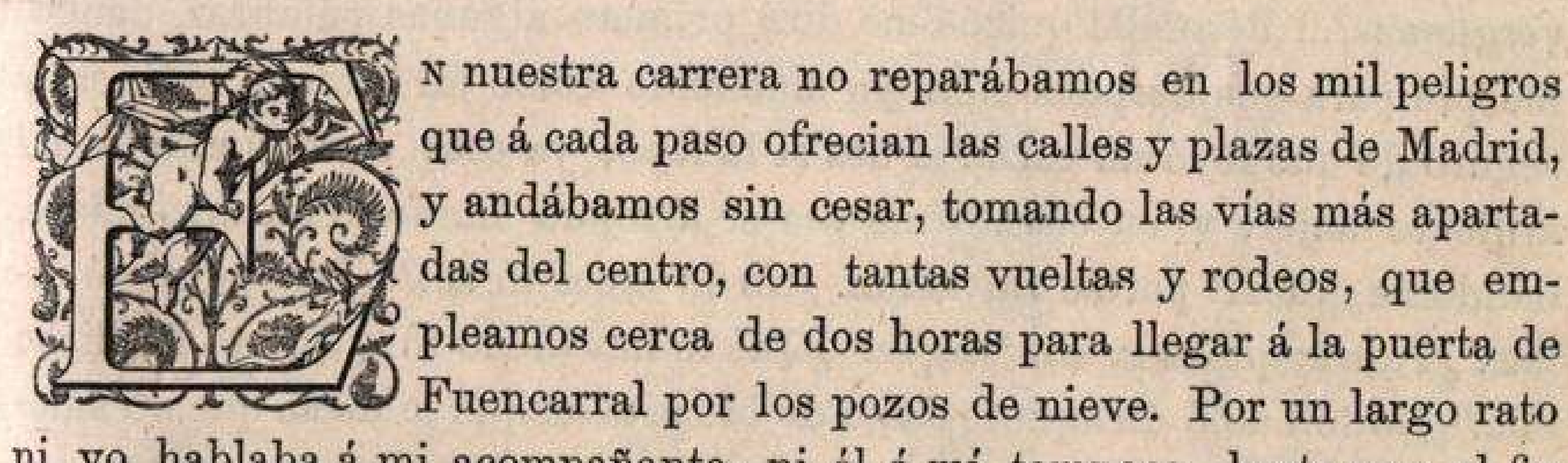
—¡Perro!—gritó Juan de Dios, asiéndome por un brazo.—¿Allí la tienes guardada?

—Sí, allí está—contesté sin vacilar.—Corramos.

Juan de Dios y yo partimos como dos insensatos en direccion á mi casa.



XXVIII



En nuestra carrera no reparábamos en los mil peligros que á cada paso ofrecian las calles y plazas de Madrid, y andábamos sin cesar, tomando las vías más apartadas del centro, con tantas vueltas y rodeos, que empleamos cerca de dos horas para llegar á la puerta de Fuencarral por los pozos de nieve. Por un largo rato ni yo hablaba á mi acompañante, ni él á mí tampoco, hasta que al fin Juan de Dios, con voz entrecortada por el fatigoso aliento, me dijo:

—¿Pero tú sacaste á Inés para entregármela despues, ó eres un tunante ladron, digno de ser fusilado por los franceses?

—Sr. Juan de Dios—repuse apretando más el paso.—No es ocasion de disputar, y vamos más á prisa, porque si los franceses llegan á meterse en mi casa...

—¡Cuánto se asustará la pobrecita! Pero dí, ¿por qué la sacaste, por qué me encontré encerrado en el sótano con aquella maldita mujer...? ¡Oh me falta el aliento; pero no nos detengamos... ¿Inés no se asustó al verse en tu poder? ¿No te preguntó por mí? ¿No te rogó que me llevases á su lado? ¡Qué confusion! ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Quién eres tú? ¿Eres un infame ó un hombre de bien? Ya me darás cuenta y razon de todo. ¡Ay! cuando me encontré en el sótano con Restituta... ¿Ves este rasguño que tengo en la mano?... Yo me quedé azorado y mudo de espanto cuando la ví. ¡Qué desdicha! Creo que fué castigo de Dios por los pecadillos de que te hablé... Ella me insultaba llamándome ladron, y á mí un sudor se me iba

y otro se me venia. Luégo tratamos de salir... La compuerta cerrada... ella parecia una gata rabiosa. ¿Ves este arañazo que tengo en la cara?... Descansemos un rato, porque me ahogo. ¿No llegamos nunca á tu casa? ¿Y mi Inés, está allí? Pero tunante, modera un poco el paso y díme: ¿Inés me espera? ¿Te mandó en busca mia? ¿Sabe que á mí me debe su libertad? Gabriel, te juro que tengo la cabeza como una jaula de grillos, y que no sé qué pensar. Cuando ví entrar á Restituta... ¿Creerás que no puedo apartar de mi memoria su repugnante imágen? Lo que dije... aquéllos dos pecadillos... Pero en cuanto Inés esté á mi lado me confesaré... El Santísimo Sacramento sabe que mi intencion es buena, y que el inmenso, el loco amor que me domina es causa de todo... ¿Pero no hablas? ¿Estás mudo? ¿Inés me espera? Dímelo francamente y no me hagas padecer. ¿Está contenta? ¿Está triste? ¿Ella quiso desde luégo salir contigo para esperarme fuera?... ¡Mil demonios! ¿Cuándo llegamos á tu casa? Me aguarda, ¿no es verdad? Ahora la hablaré cara á cara por primera vez. ¿Sabes que me da vergüenza?... Pero ella quizás me dirá primero algunas palabras, dándome pié para que despues siga yo hablando como un cotorro. ¿Tú estás seguro de que leyó mi carta? Pues si la leyó, ya está al corriente de mi ardiente amor, y en cuanto me vea se arrojará llorando en mis brazos, dándome gracias por su salvacion. ¿No lo crees tú así? ¿Pero por qué callas? ¿Te has quedado sin lengua? ¿Qué le has dicho tú? ¿Qué te ha dicho ella? ¿No te habló de aquel pasaje de la carta en que le decia que mi amor es tan casto como el de los ángeles del Cielo?... Me faltó decirle que mi corazon es el altar en que la adoro con tanto fervor como al Dios que hizo el mundo para todos y para nosotros una isla desierta, llena de flores y pajaritos muy lindos que canten dia y noche... ¡Ah, Gabriel! ¿Sabes que soy rico? Cogí lo mio, aunque la condenada me clavó las uñas para arrebatármelo. ¡Cuánto luchamos! ¡Espantosa noche! Por fin, ya muy avanzado el dia, llega D. Mauro y abre el sótano para sacarte... Salimos Restituta y yo; ella está medio muerta. Su hermano, al vernos... ¡Jesús cómo se pone! Despues de insultarnos, nos dice que tenemos que casarnos el mismo dia. Luégo, al saber que Inés se ha fugado contigo, brama como un leon, arráncase los cabellos, y despues de amenazar con la muerte á su hermana y á mí, enciende las dos velas al santo patrono. Yo salgo de la casa sin contestar á nada, y como ya empiezan los tiros, me refugio en la del licenciado Lobo... Todos están allí llenos de terror... ¡los franceses, los franceses!... ¡ban, bun! golpean un tabique, acudimos: se abre un agujero y apareces tú... ¿Pero llegaremos al fin? ¡Qué impaciente estará la pobrecita! Cuando me vea entrar, ella romperá á hablar, ¿no lo crees tú? Si no...

yo estoy seguro de que me quedaré como una estátua. Si se me quitara esta vergüenza...

Yo no contestaba á ninguna de las atropelladas é inconexas razones de Juan de Dios, porque más que la verbosidad de aquel desgraciado, ocupaba mi mente la idea de los peligros que corrian Inés y su tio en mi casa. Nuestra marcha era sumamente fatigosa, pues algunas veces despues de recorrer toda una calle, teníamos que volver atrás huyendo de los mamelucos: otras veces nos detenia algun grupo, compuesto en su mayor parte de mujeres y ancianos, que con lamentos y gritos rodeaban un cadáver, víctima reciente de los invasores: más adelante veíamos desfilar precipitadamente pelotones de granaderos que hacian retroceder á



todo el mundo; luégo el espectáculo de una lucha parcial, tan encarnizada como las anteriores, era lo que de improviso nos estorbaba el paso.

En la calle de Fuencarral el gentío era grande, y todos corrian hácia arriba, como en direccion al Parque. Oíanse fuertes descargas, que aterraron á mi acompañante, y cuando embocamos á la calle de la Palma por la casa de Aranda, los gritos de los héroes llegaban hasta nuestros oidos.

Era entre doce y una. Dando un gran rodeo pudimos al fin entrar en la calle de San José, y desde léjos distinguí las altas ventanas de mi casa entre el denso humo de la pólvora.

—No podemos subir á nuestra casa—dije al mancebo,—á ménos que no nos metamos en medio del fuego.

—¡En medio del fuego! ¡Qué horror! No: no expongamos la vida. Veo que tambien hacen fuego desde algun balcon. Escondámonos, Gabriel.

—No, avancemos. Parece que cesa el fuego.

—Tienes razon. Ya no se oyen sino pocos tiros, y me parece que oigo decir: "¡victoria, victoria!„

—Sí, y el paisanaje se despliega, y vienen algunos hácia acá. ¡Ah! ¿No son franceses aquellos que corren hácia la calle de la Palma? Sí: no ve usted los sombreros de piel?

—Vamos allá. ¡Qué algazara! Parece que están contentos. Mira cómo agitan las gorras aquellos que están en el balcon.

—Inés, allí está Inés, en el balcon de arriba, arriba... Allí está: mira hácia el Parque, parece que tiene miedo y se retira. Tambien sale á curiosear D. Celestino. Corramos y ahora nos será fácil entrar en la casa.

Despues de una empeñada refriega, el combate habia cesado en el Parque con la derrota y retirada del primer destacamento francés que fué á atacarlo. Pero si el crédulo paisanaje se entregó á la alegría, creyendo que aquel triunfo era decisivo, los jefes militares conocieron que serian bien pronto atacados con más fuerzas, y se preparaban para la resistencia.

Pacorro Chinitas, que habia sido uno de los que primero acudieron á aquel sitio, se llegó á mí ponderándome la victoria alcanzada con las cuatro piezas que Daoiz habia echado á la calle; pero bien pronto él y los demas se convencieron de que los franceses no habian retrocedido sino para volver pronto con numerosa artillería. Así fué en efecto, y cuando subíamos la escalera de mi casa, sentí el alarmante rumor de la tropa cercana.

El mancebo tropezaba á cada peldaño, circunstancia que cualquiera hubiera atribuido al miedo, y yo atribuí á la emocion. Cuando llegamos á presencia de Inés y D. Celestino, éstos se alegraron en extremo de verme sano, y ella me señaló una imágen de la Vírgen, ante la cual habian encendido dos velas. Juan de Dios permaneció un rato en el umbral, medio cuerpo fuera y dentro el otro medio, con el sombrero en la mano, el rostro pálido y contraido, la actitud embarazosa, sin atreverse á hablar ni tampoco á retirarse, miéntras que Inés, enteramente ocupada de mi vuelta, no ponia en él la menor atencion.

—Aquí, Gabriel—me dijo el clérigo,—hemos presenciado escenas de grande heroismo. Los franceses han sido rechazados.—Por lo visto, Madrid entero se levanta contra ellos.

Al decir esto, una detonacion terrible hizo extremecer la casa.

—¡Vuelven los franceses! Ese disparo ha sido de los nuestros, que si-

guen decididos á no entregarse. Dios y su santa Madre, y los cuatro patriarcas y los cuatro doctores nos asistan.

Juan de Dios continuaba en la puerta, sin que mis dos amigos, profundamente afectados por el próximo peligro, hicieran caso de su presencia.

—Va á empezar otra vez—exclamó Inés, huyendo de la ventana despues de cerrarla.—Yo creí que se habia concluido. ¡Cuántos tiros! ¡Qué gritos! ¿Pues y los cañones? Yo creí que el mundo se hacia pedazos, y puesta de rodillas no cesaba de rezar. Si vieras, Gabriel... Primero sentimos que unos soldados daban recios golpes en la puerta del Parque. Despues vinieron muchos hombres y algunas mujeres pidiendo armas. Dentro del patio un español con uniforme verde disputó un instante con otro de uniforme azul, y luégo se abrazaron, abriendo en seguida las puertas. ¡Ay! ¡Qué voces, qué gritos! Mi tio se echó á llorar y dijo tambien "¡viva España!„ tres veces, aunque yo le suplicaba que callase para no dar qué hablar á la vecindad. Al momento empezaron los tiros de fusil, y al cabo de un rato los de cañon, que salieron empujados por dos ó tres mujeres... El del uniforme azul mandaba el fuego, y otro del mismo traje, pero que se distinguia del primero por su mayor estatura, estaba dentro disponiendo cómo se habian de sacar la pólvora y las balas... Yo me extremecia al sentir los cañonazos; y si á veces me ocultaba en la alcoba, poniéndome á rezar, otras podia tanto la curiosidad, que sin pensar en el peligro me asomaba á la ventana para ver todo... ¡Qué espanto! Humo, mucho humo, brazos levantados, algunos hombres tendidos en el suelo y cubiertos de sangre, y por todos lados el resplandor de esos grandes cuchillos que llevan en los fusiles.

Una segunda detonacion, seguida del estruendo de la fusilería, nos dejó paralizados de estupor. Inés miró á la Vírgen, y el cura, encarándose solemnemente con la santa imágen, dirigióle así la palabra:

—Señora: protejed á vuestros queridos españoles, de quienes fuisteis reina y ahora sois capitana. Dadles valor contra tantos y tan fieros enemigos, y haced subir al Cielo á los que mueran en defensa de su patria querida.

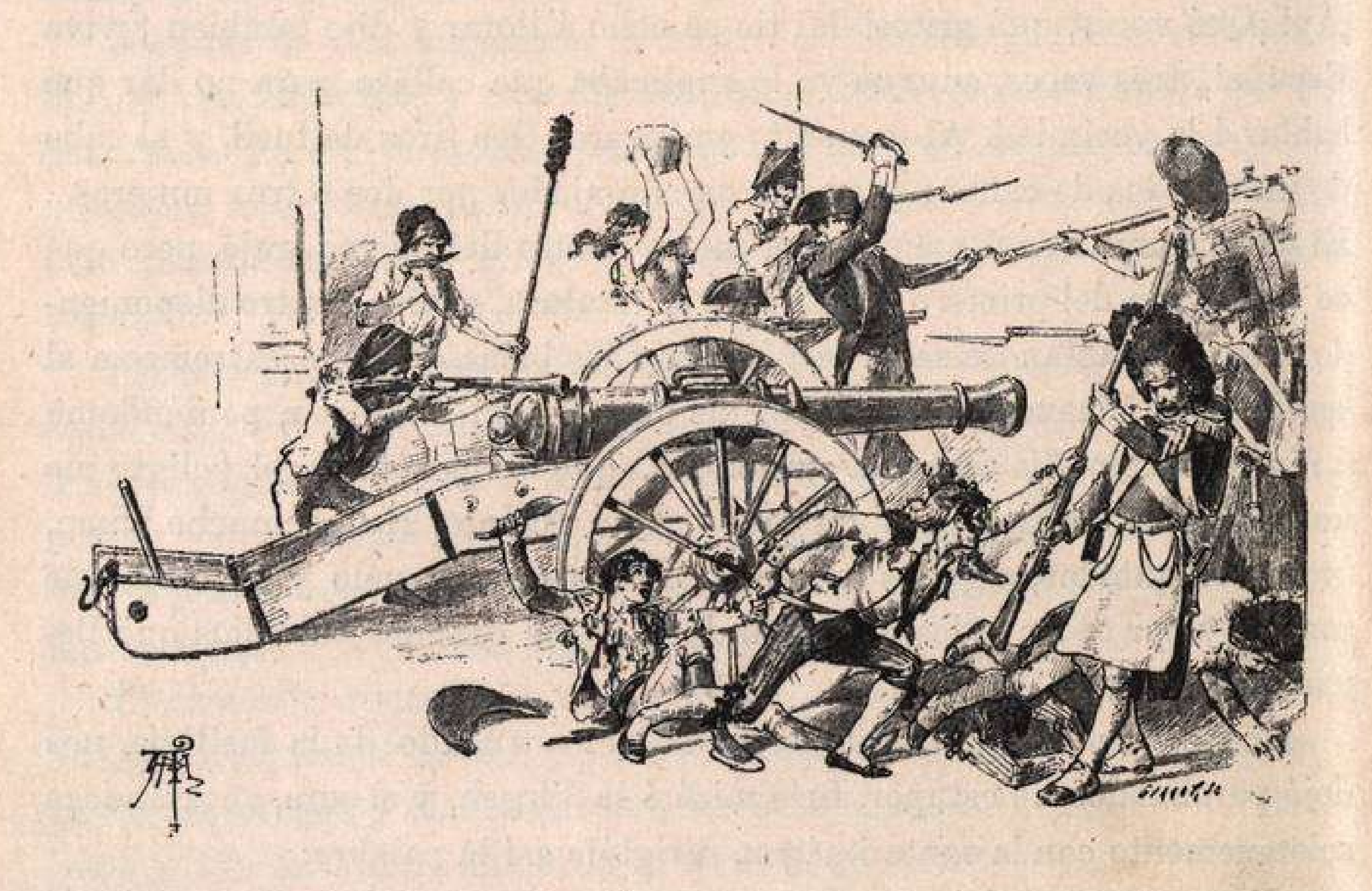
Quise abrir la ventana; pero Inés se opuso á ello muy acongojada. Juan de Dios, que al fin traspasó el umbral, se habia sentado tímidamente en el borde de una silla puesta junto á la misma puerta, donde Inés le reconoció al fin, mejor dicho, advirtió su presencia, y ántes que formulara una pregunta, le dije yo:

—Es el Sr. Juan de Dios, que ha venido á acompañarme.

—Yo... yo...—balbució el mancebo en el momento en que la gritería de la calle apénas permitia oirle.—Gabriel habrá enterado á usted...

—El miedo le quita á usted el habla—dijo Inés.—Yo tambien tengo mucho miedo. Pero usted tiembla, usted está malo...

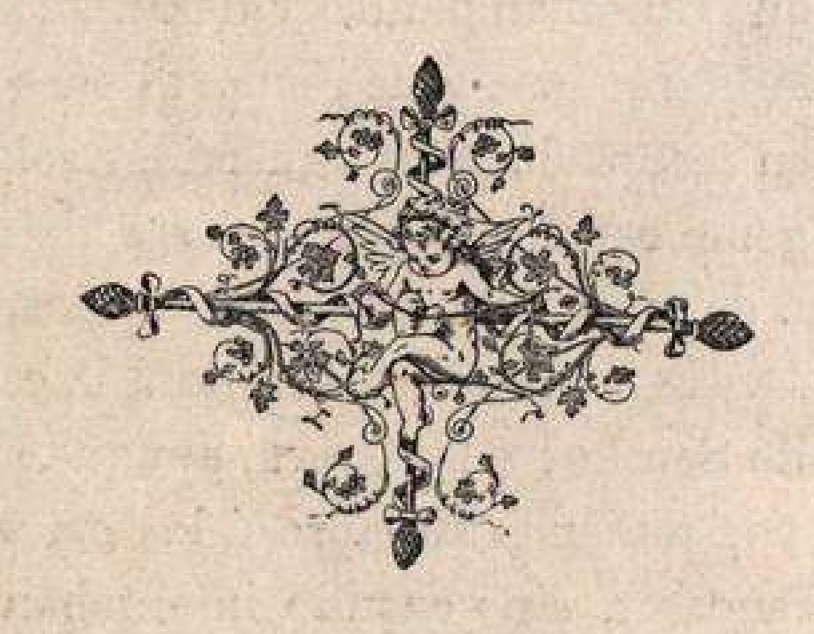
En efecto, Juan de Dios parecia desmayarse, y alargaba sus brazos hácia la huérfana, que absorta y confundida no sabia si acercarse á darle auxilio ó si huir con recelo de visitante tan importuno. Yo estaba tan excitado, que sin parar mientes en lo que junto á mí ocurria, ni atender al pavor de mi amiga, abrí resueltamente la ventana. Desde allí pude ver los movimientos de los combatientes, claramente percibidos, cual si tuviera delante un plano de campaña con figuras movibles. Funcionaban cuatro piezas: he oido hablar de cinco, dos de á 8 y tres de á 4; pero yo creo que una de ellas no hizo fuego, ó sólo trabajó hácia el fin de la lu-



cha. Los artilleros me parece que no pasaban de veinte; tampoco eran muchos los de infantería, mandados por Ruiz; pero el número de paisanos no era escaso, ni faltaban algunas heróicas amazonas de las que poco ántes ví en la Puerta del Sol. Un oficial, de uniforme azul, mandaba las dos piezas colocadas frente á la calle de San Pedro la Nueva (*). Por cuenta del otro, del mismo uniforme y graduacion, corrian las que enfilaban la calle de San Miguel y de San José (**), apuntando una de ellas hácia la

(*) Hoy del Dos de Mayo.
(**) Hoy de Daoiz y Velarde.

de San Bernardo, pues por allí se esperaban nuevas fuerzas francesas en auxilio de las que invadian la Palma Alta y sitios inmediatos á la iglesia de Maravillas. La lucha estaba reconcentrada entónces en la pequeña calle de San Pedro la Nueva, por donde atacaron los granaderos imperiales en número considerable. Para contrarestar su empuje, los nuestros disparaban las piezas con la mayor rapidez posible, empleándose en ello lo mismo los artilleros que los paisanos, y auxiliaba á los cañones la valerosa fusilería que tras las tapias del Parque, en la puerta y en la calle hacia mortífero é incesante fuego.



XXIX


UANDO los franceses trataban de tomar las piezas á la bayoneta, sin cesar el fuego por nuestra parte, eran recibidos por los paisanos con una batería de navajas, que causaban pánico y desaliento entre los héroes de las Pirámides y de Jena, al paso que el arma blanca en manos de estos aguerridos soldados no hacia gran estrago moral en la gente española, por ser ésta de muy antiguo aficionada á jugar con ella, de modo que al verse heridos, ántes les enfurecia que les desmayaba. Desde mi ventana, abierta á la calle de San José, no se veia la inmediata de San Pedro la Nueva, aunque la casa hacia esquina á las dos, así es que yo, teniendo siempre á los españoles bajo mis ojos, no distinguia á los franceses, sino cuando intentaban caer sobre las piezas, desafiando la metralla, el plomo, el acero y hasta las implacables manos de los defensores del Parque. Esto pasó una vez, y cuando lo ví, parecióme que todo iba á concluir por el sencillo procedimiento de destrozarse simultáneamente unos á otros; pero nuestro valiente paisanaje, sublimado por su propio arrojo y el ejemplo y la pericia y la inverosímil constancia de los dos oficiales de Artillería, rechazaba las bayonetas enemigas, miéntras sus navajas hacian estragos, rematando la obra de los fusiles.

Cayeron algunos, muchos artilleros, y buen número de paisanos; pero esto no desalentaba á los madrileños. Al paso que uno de los oficiales de Artillería hacia uso de su sable con fuerte puño, sin desatender el cañon, cuya cureña servia de escudo á los paisanos más resueltos, el otro, acau-

dillando un pequeño grupo, se arrojaba sobre la avanzada francesa, destrozándola ántes de que tuviera tiempo de reponerse. Eran aquéllos los dos oficiales oscuros y sin historia, que en un dia, en una hora, haciéndose, por inspiracion de sus almas generosas, instrumentos de la conciencia nacional, se anticiparon á la declaracion de guerra por las Juntas y descargaron los primeros golpes de la lucha que empezó á abatir el más grande poder que se ha señoreado del mundo. Así sus ignorados nombres alcanzaron la inmortalidad.

El estruendo de aquella colision, los gritos de unos y otros, la heróica embriaguez de los nuestros y tambien de los franceses, pues éstos evocaban entre sí sus grandes glorias para salir bien de aquel empeño, formaban un conjunto terrible, ante el cual no existia el miedo, ni tampoco era posible resignarse á ser inmóvil espectador. Causaba rabia y al mismo tiempo cierto júbilo inexplicable, lo desigual de las fuerzas, y el espectáculo de la superioridad adquirida por los débiles á fuerza de constancia. Á pesar de que nuestras bajas eran inmensas, todo parecia anunciar una segunda victoria. Así lo comprendian sin duda los franceses, retirados hácia el fondo de la calle de San Pedro la Nueva; y viendo que para meter en un puño á los veinte artilleros, ayudados de paisanos y mujeres, era necesaria más tropa con refuerzos de todas armas, trajeron

más gente, trajeron un ejército completo; y la division de San Bernardino, mandada por Lefranc, apareció hácia las Salesas Nuevas con varias piezas de artillería. Los imperiales daban al Parque, cercado de mezquinas tapias, las proporciones de una fortaleza, y á la abigarrada pandilla las proporciones de un pueblo.

Hubo un momento de silencio, durante el cual no oí más voces que las de algunas mujeres, entre las cuales reconocí la de la Primorosa, enronquecida por la fatiga y el perpétuo gritar. Cuando en aquel breve respiro me aparté de la ventana, ví á Juan de Dios completamente desvanecido. Inés estaba á su lado presentándole un vaso de agua.

—Este buen hombre—dijo la muchacha—ha perdido el tino. ¡Tan grande es su pavor! Verdad que la cosa no es para ménos. Yo estoy muerta. ¿Se ha acabado, Gabriel? Ya no se oyen tiros. ¿Ha concluido todo? ¿Quién ha vencido?

Un cañonazo resonó extremeciendo la casa. Á Inés cayósele el vaso de las manos, y en el mismo instante entró D. Celestino, que observaba la lucha desde otra habitacion de la casa.

Es la artillería francesa—exclamó.—Ahora es ella. Traen más de doce cañones. ¡Jesús, María y José nos amparen! Van á hacer polvo á nuestros valientes paisanos. ¡Señor de justicia! ¡Vírgen María, santa patrona de España!

Juan de Dios abrió sus ojos buscando á Inés con una mirada calmosa y apagada como la de un enfermo. Ella, en tanto, puesta de rodillas ante la imágen, derramaba abundantes lágrimas.

—Los franceses son innumerables -continuó el cura.—Vienen cientos de miles. En cambio los nuestros son ménos cada vez. Muchos han muerto ya. ¿Podrán resistir los que quedan? ¡Oh! Gabriel, y usted, caballero, quien quiera que sea, aunque presumo será español: ¿están ustedes en paz con su conciencia, miéntras nuestros hermanos pelean abajo por la patria y por el Rey? Hijos mios, ánimo: los franceses van á atacar por tercera vez. ¿No veis cómo se aperciben los nuestros para recibirlos con tanto brio como ántes? ¿No oís los gritos de los que han sobrevivido al último combate? ¿No oís las voces de esa noble juventud? Gabriel, usted, caballero, quien quiera que sea, ¿habeis visto á las mujeres? ¿Darán leccion de valor esas heróicas hembras á los varones que huyen de la honrosa lucha?

Al decir esto, el buen sacerdote, con una alteracion que hasta entónces jamás habia yo advertido en él, se asomaba al balcon, retrocedia con espanto, volvia los ojos á la imágen de la Vírgen, luégo á nosotros, y tan pronto hablaba consigo mismo como con los demás.

—Si yo tuviera quince años, Gabriel—continuó,—si yo tuviera tu edad... Francamente, hijos mios, yo tengo muchísimo miedo. En mi vida habia visto una guerra, ni habia oido jamás el estruendo de los mortíferos cañones; pero lo que es ahora cogeria un fusil, sí, señores, lo cogeria... ¿No veis que va escaseando la gente? ¿No veis cómo los barre la metralla?... Mirad aquellas mujeres que con sus brazos despedazados empujan uno de nuestros cañones hasta embocarle en esta calle. Mirad aquel monton de cadáveres del cual sale una mano increpando con terrible gesto á los enemigos. Parece que hasta los muertos hablan, lanzando de sus bocas exclamaciones furiosas... ¡Oh! yo tiemblo, sostenedme; no, dejadme tomar un fusil, lo tomaré yo. Gabriel, caballero, y tú tambien, Inés; vamos todos á la calle, á la calle. ¿Oís? Aquí llegan las vociferaciones de los franceses. Su artillería avanza. ¡Ah, perros! todavía somos suficientes, aunque pocos. ¿Quereis á España? ¿Quereis este suelo? ¿Quereis nuestras casas, nuestras iglesias, nuestros Reyes, nuestros santos? Pues ahí está, ahí está dentro de esos cañones lo que quereis. Acercaos. ¡Ah! Aquellos hombres que hacian fuego desde la tapia han perecido todos. No importa. Cada muerto no significa más sino que un fusil cambia de mano, porque ántes de que pierda el calor de los dedos heridos que lo sueltan, otros lo agarran... Mirad: el oficial que los manda parece contrariado; mira hácia el interior del Parque y se lleva la mano á la cabeza con ademan de desesperacion. Es que les faltan balas, les falta metralla. Pero ahora sale el otro con una cesta de piedras de chispa. Cargan con ellas, hacen fuego... ¡Oh! que vengan, que vengan ahora. ¡Miserables! España tiene todavía piedras en sus calles para acabar con vosotros... Pero ¡ay! los franceses parece que están cerca. Mueren muchos de los nuestros. Desde los balcones se hace mucho fuego; mas esto no basta. Si yo tuviera veinte años... Si yo tuviera veinte años, tendria el valor que ahora me falta, y me lanzaria en medio del combate, y á palos, sí, señores, á palos acabaria con todos esos franceses. Ahora mismo, con mis sesenta años... Gabriel, ¿sabes tú lo que es el deber? ¿Sabes tú lo que es el honor? Pues para que lo sepas, oye: Yo, que soy un viejo inútil; yo, que nunca he visto un combate; yo, que jamás he disparado un tiro; yo, que en mi vida he peleado con nadie; yo, que no puedo ver matar un pollo; yo, que nunca he tenido valor para ver matar un gusanito; yo, que siempre he tenido miedo á todo; yo, que ahora tiemblo como una liebre y á cada tiro que oigo parece que entrego el alma al Señor, voy á bajar al instante á la calle, no con armas, porque armas no me corresponden, sino para alentar á esos valientes, diciéndoles en castellano aquello de *¡Dulce et decorum est pro patria mori!*

Estas palabras, dichas con un entusiasmo que el anciano no habia manifestado ante mí sino muy pocas veces, y siempre desde el púlpito, me enardeció de tal modo que me avergoncé de reconocerme cobarde espectador de aquella heróica lucha sin disparar un tiro ni lanzar una piedra en defensa de los mios. Á no contenerme la presencia de Inés, ni un instante habria yo permanecido en aquella situacion. Despues, cuando ví al buen anciano precipitarse fuera de la casa, dichas sus últimas palabras, miedo y amor se oscurecieron en mí ante una grande, una repentina iluminacion de entusiasmo, de esas que rarísimas veces, pero con fuerza poderosa, nos arrastran á las grandes acciones.

Inés hizo un movimiento como para detenerme; pero sin duda su admirable buen sentido comprendió cuánto habria desmerecido á mis propios ojos cediendo á los reclamos de la debilidad, y se contuvo, ahogando todo sentimiento. Juan de Dios, que al volver de su desmayo era completamente extraño á la situacion en que nos encontrábamos, y no parecia tener ojos ni oidos más que para espectáculos y voces de su propia alma, se adelantó hácia Inés con ademan embarazoso, y le dijo:

—Pero Gabriel le habrá enterado á usted de todo. ¿La he ofendido á usted en algo? Bien habrá comprendido usted...

—Este caballero—dijo Inés—está muerto de miedo, y no se moverá de aquí. ¿Quiere usted esconderse en la cocina?

—¡Miedo! ¡Que yo tengo miedo!—exclamó el mancebo con un repentino arrebato que le puso encendido como la grana.—¿Á dónde vas, Gabriel?

—Á la calle—respondí saliendo.—Á pelear por España. Yo no tengo miedo.

—Ni yo, ni yo tampoco—afirmó resuelta, furiosamente Juan de Dios, corriendo detrás de mí.



XXX



LEGUÉ á la calle en momentos muy críticos. Las dos piezas de la calle de San Pedro habian perdido gran parte de su gente, y los cadáveres obstruian el suelo. La colocada hácia Poniente habia de resistir el fuego de la de los franceses, sin más garantía de superioridad que el heroismo de D. Pedro Velarde y el auxilio de los tiros de fusil. Al dar los primeros pasos encontré uno, y me situé junto á la entrada del Parque, desde donde podia hacer fuego hácia la calle Ancha, resguardado por el machon de la puerta. Allí se me presentó una cara conocida, aunque horriblemente desfigurada en la persona de Pacorro Chinitas, que incorporándose entre un monton de tierra y el cuerpo de otro infeliz ya moribundo, hablóme así con voz desfallecida:



—Gabriel, yo me acabo; yo no sirvo ya para nada.

—Ánimo, Chinitas—dije, devolviéndole el fusil que caia de sus manos, levántate.

—¿Levantarme? Ya no tengo piernas. ¿Traes tú pólvora? Dame acá: yo

te cargaré el fusil... Pero me caigo redondo. ¿Ves esta sangre? Pues es toda mia y de este compañero que ahora se va... Ya espiró... Adios, Juancho: tú al ménos no verás á los franceses en el Parque.

Hice fuego repetidas veces; al principio muy torpemente, y despues con algun acierto, procurando siempre dirigir los tiros á algun francés claramente destacado de los demas. Entre tanto y sin cesar en mi faena, oí la voz del amolador que, apagándose por grados, decia:

—"Adios, Madrid, ya me encandilo... Gabriel, apunta á la cabeza. Juancho, que ya estás tieso, allá voy yo tambien: Dios sea conmigo y me perdone. Nos quitan el Parque; pero de cada gota de esta sangre saldrá un hombre con su fusil, hoy, mañana y al otro dia. Gabriel, no cargues tan fuerte, que revienta. Ponte más adentro. Si no tienes navaja, búscala, porque vendrán á la bayoneta. Toma la mia. Allí está junto á la pierna que perdí... ¡Ay! ya no veo más que un cielo negro. ¡Qué humo tan negro! ¿De dónde viene ese humo? Gabriel, cuando esto se acabe, ¿me darás un poco de agua? ¡Qué ruido tan atroz!... ¿Por qué no traen agua?... ¡Agua, Señor Dios Poderoso! ¡Ah! ya veo el agua; ahí está. La traen unos angelitos; es un chorro, una fuente, un rio...„

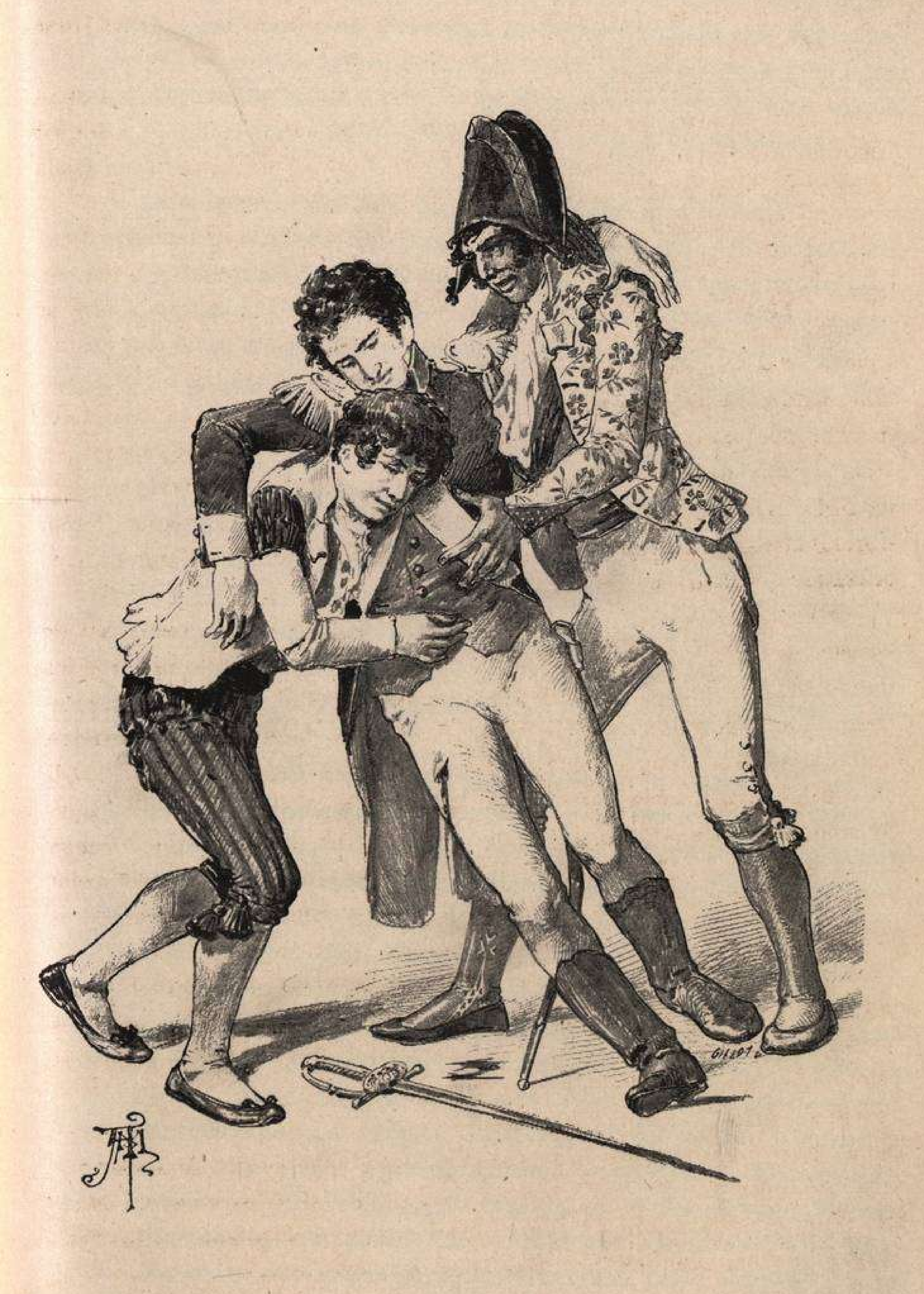
Cuando me aparté de allí, Chinitas ya no existia. La debilidad de nuestro centro de combate me obligó á unirme á él, como lo hicieron los demas. Apénas quedaban artilleros, y dos mujeres servian la pieza principal, apuntada hácia la calle Ancha. Era una de ellas la Primorosa, á quien ví soplando fuertemente la mecha, próxima á extinguirse.

—Mi general—decia á Daoiz.—Miéntras su merced y yo estemos aquí, no se perderán las Españas ni sus Indias... Allá va el petardo... Venga ahora acá el *destupidor*. ¡Cómo rempuja pa trás este animal cuando suelta el tiro. ¡Ah! ¿Ya estás aquí, Tripita?—gritó al verme.—Toca este instrumento y verás lo bueno.

El combate llegaba á un extremo de desesperacion, y la artillería enemiga avanzó hácia nosotros. Animados por Daoiz, los heróicos paisanos pudieron rechazar por última vez la infantería francesa, que en pequeños pelotones se destacaba de la fuerza enemiga.

—¡Ea!—gritó la Primorosa cuando recomenzó el fuego de cañon.—Atrás, que yo gasto malas bromas. ¿Vió usted cómo se fueron, señor general? Sólo con mirarles yo con estos recelestiales ojos, les hice volver pa trás. Van muertos de miedo. ¡Viva España y muera Napoleon!... Chinitas, ¿no está por ahí Chinitas? Ven acá, cobarde, calzonazos.

Y cuando los franceses, replegando su infantería, volvieron á cañonearnos, ella, despues de ayudar á cargar la pieza, prosiguió gritando:



—Renacuajos, volved acá. Ea, otro paseito. Sus mercedes quieren conquistarme á mí, ¿no verdá? Pues aquí me teneis. Vengan acá: soy la reina, sí, señores, soy la emperadora del Rastro, y yo acostumbro á fumar en este cigarro de bronce, porque no las gasto ménos. ¿Quieren ustedes una chupadita? Pos allá va. Desapártense pa que no les salpique la saliva; si no...

La heróica mujer calló de improviso, porque la otra maja que cerca de ella estaba, cayó tan violentamente herida por un casco de metralla, que de su despedazada cabeza saltaron, salpicándonos, repugnantes pedazos. La esposa de Chinitas, que tambien estaba herida, miró el cuerpo espirante de su amiga. Debo consignar aquí un hecho trascendental; la Primorosa se puso repentinamente pálida y repentinamente seria. Tuvo miedo.

Llegó el instante crítico y terrible. Durante él sentí una mano que se apoyaba en mi brazo. Al volver los ojos ví un brazo azul con charreteras de capitan. Pertenecia á D. Luis Daoiz, que herido en la pierna, hacia esfuerzos por no caer al suelo, y se apoyaba en lo que encontró más cerca. Yo extendí mi brazo alrededor de su cintura, y él, cerrando los puños, elevándolos convulsamente al cielo, apretando los dientes y mordiendo despues el pomo de su sable, lanzó una imprecacion, una blasfemia, que habria hecho desplomar el firmamento, si lo de arriba obedeciera á las voces de abajo.

En seguida se habló de capitulacion y cesaron los fuegos. El jefe de las fuerzas francesas acercóse á nosotros, y en vez de tratar decorosamente de las condiciones de la rendicion, habló á Daoiz de la manera más destemplada y en términos amenazadores y groseros. Nuestro inmortal artillero pronunció entónces aquellas célebres palabras: *Si fuérais capaz de hablar con vuestro sable, no me trataríais así.*

El francés, sin atender á lo que le decia, llamó á los suyos, y en el mismo instante... Ya no hay narracion posible, porque todo acabó. Los franceses se arrojaron sobre nosotros con empuje formidable. El primero que cayó fué Daoiz, traspasado el pecho á bayonetazos. Retrocedimos precipitadamente hácia el interior del Parque todos los que pudimos, y como áun en aquel trance espantoso quisiera contenernos D. Pedro Velarde, le mató de un pistoletazo por la espalda un oficial enemigo. Muchos fueron implacablemente pasados á cuchillo; pero algunos y yo pudimos escapar, saltando velozmente por entre escombros, hasta alcanzar las tapias de la parte más honda, y allí nos dispersamos, huyendo cada cual por donde encontró mejor camino, miéntras los franceses, bramando de

ira, indicaban con sus alaridos al aterrado vecindario que Monteleon habia quedado por Bonaparte.

Difícilmente salvamos la vida, y no fuimos muchos los que pudimos dar con nuestros fatigados cuerpos en la huerta de las Salesas Nuevas ó en el quemadero. Los franceses no se cuidaban de perseguirnos, ó por



creer que bastaba con rematar á los más próximos, ó porque se sentian con tanto cansancio como nosotros. Por fortuna, yo no estaba herido sino muy levemente en la cabeza, y pude ponerme á cubierto en breve tiempo: al poco rato ya no pensaba más que en volver á mi casa, donde suponia á Inés en penosa angustia por mi ausencia. Cuando traté de regresar, hallé cerrada la puerta de Santo Domingo; y tuve que andar mucho trecho buscando el portillo de San Joaquin. Por el camino me dijeron que los franceses, despues de dejar una pequeña guarnicion en el Parque, se habian retirado.

Dirigíme con esta noticia tranquilamente á casa, y al llegar á la calle de San José, encontré aquel sitio inundado de gente del pueblo, especialmente de mujeres, que reconocian los cadáveres. La Primorosa habia recogido el cuerpo de Chinitas. Yo ví llevar el cuerpo, vivo aún, de Daoiz en hombros de cuatro paisanos, y seguido de apiñado gentío. D. Pedro Velarde oí que habia sido completamente desnudado por los franceses, y en aquellos instantes sus deudos y amigos estaban amortajándole para

darle sepultura en San Márcos. Los imperiales se ocupaban en encerrar de nuevo las piezas, y retiraban silenciosamente sus heridos al interior del Parque: por último, ví una pequeña fuerza de caballería polaca, estacionada hácia la calle de San Miguel.

Ya estaba cerca de mi casa, cuando un hombre cruzó á lo léjos la calle, con tan marcado ademan de locura, que no pude ménos de fijar en él la atencion. Era Juan de Dios, y andaba con pié inseguro de aquí para allí, como demente ó borracho, sin sombrero, con el pelo en desórden sobre la cara, las ropas destrozadas y la mano derecha envuelta en un pañuelo manchado de sangre.

—¡Se la han llevado!—exclamó al verme, agitando sus brazos con desesperacion.

—¿Á quién?—pregunté, adivinando mi nueva desgracia.

—¡Á Inés!... Se la han llevado los franceses; se han llevado tambien á aquel infeliz sacerdote.

La sorpresa y la angustia de tan tremenda nueva me dejaron por un instante como sin vida.



XXXI



NA vez que tomaron el Parque—continuó Juan de Dios,—entraron en esa casa de la esquina y en otra de la calle de San Pedro para prender á todos los que les habian hecho fuego, y sacaron hasta dos docenas de infelices. ¡Ay, Gabriel, qué consternacion! Yo entraba en la taberna para echarme un poco de agua en la mano... porque sabrás que una bala me llevó los dos dedos... Entraba en la taberna y ví que sacaban á Inés. La pobrecita lloraba como un niño, y volvia la vista á todos lados, sin duda buscándome con sus ojos. Acerquéme, y hablando en francés, rogué al sargento que la soltase; pero me dieron tan fuerte golpe que casi perdí el sentido. ¡Si vieras cómo lloraba la pobrecita, y cómo miraba á todos lados, buscándome sin duda!... Yo me vuelvo loco, Gabriel. El buen eclesiástico subia la escalera cuando le cogieron, y dicen que llevaba un cuchillo en la mano. Todos los de la casa están presos. Los franceses dijeron que desde allí les habian tirado una cazuela de agua hirviendo. Gabriel, si no ponen en libertad á Inés, yo me muero, yo me mato, yo les diré á los franceses que me maten.

Al oir esta relacion, el vivo dolor arrancó al principio ardientes lágrimas á mis ojos; pero despues fué tanta mi indignacion, que prorumpí en exclamaciones terribles y recorrí la calle gritando como un insensato. Aún dudé; subí á mi casa, encontréla desierta; supe de boca de algunos vecinos consternados la verdad, tal como Juan de Dios me la habia dicho, y ciego de ira, con el alma llena de presentimientos siniestros y de inexplicables

angustias, marché hácia el centro de Madrid, sin saber á dónde me encaminaba, y sin que me fuera posible discurrir cuál partido seria más conveniente en tales circunstancias. ¿Á quién pedir auxilio, si yo á mi vez era tambien injustamente perseguido? Á ratos me alentaba la esperanza de que los franceses pusieran en libertad á mis dos amigos. La inocencia de uno y otro, especialmente de ella, era para mí tan óbvia, que sin género de duda habia de ser reconocida por los invasores. Juan de Dios me seguia y lloraba como una mujer.

—Por ahí van diciendo—me indicó—que los prisioneros han sido llevados á la casa de Correos. Vamos allá, Gabriel, y veremos si conseguimos algo.

Fuimos al instante á la Puerta del Sol, y en todo su recinto no oíamos sino quejas y lamentos, por el hermano, el padre, el hijo ó el amigo, bárbaramente aprisionados sin motivo. Se decia que en la casa de Correos funcionaba un tribunal militar; pero despues corrió la voz de que los indivíduos de la Junta habian hecho un convenio con Murat para que todo se arreglara, olvidando el conflicto pasado y perdonándose respectivamente las imprudencias cometidas. Esto nos alborozó á todos los presentes, aunque no nos parecia muy tranquilizador ver á la entrada de las principales calles una pieza de artillería con mecha encendida. Dieron las cuatro de la tarde, y no se desvanecia nuestra duda, ni de las puertas de la fatal casa de Correos salia otra gente que algun oficial de órdenes que á toda prisa partia hácia el Retiro ó la Montaña. Nuestra ansiedad crecia; profunda zozobra invadia los ánimos, y todos se dispersaban tratando de buscar noticias verídicas en fuentes autorizadas.

De pronto oigo decir que alguien va por las calles leyendo un bando. Corremos todos hácia la del Arenal; pero nos es imposible enterarnos de lo que leen. Preguntamos y nadie nos responde, porque nadie oye. Retrocedemos pidiendo informes, y nadie nos los da. Volvemos á mirar la casa de Correos, tras cuyas paredes están los que nos son queridos, y media compañía de granaderos con algunos mamelucos dispersan al padre, al hermano, al hijo, al amante, amenazándoles con la muerte. Nos vamos al fin por las calles, cada cual discurriendo qué influencias pondrá en juego para salvar á los suyos.

Juan de Dios y yo nos dirigimos hácia los Caños del Peral, y al poco rato vimos un peloton de franceses que conducian maniatados y en trailla, como á salteadores, á dos ancianos y á un jóven de buen porte. Despues de esta fatídica procesion, vimos hácia la calle de los Tintes otra no ménos lúgubre, en que iban una señora jóven, un sacerdote, dos caballeros

y un hombre del pueblo en traje como de vendedor de plazuela. La tercera la encontramos en la calle de Quebrantapiernas, y se componia de más de veinte personas, pertenecientes á distintas clases de la sociedad. Aquellos infelices iban mudos y resignados, guardando el odio en sus corazones, y ya no se oian voces patrióticas en las calles de la ciudad vencida y aherrojada, porque los invasores dominábanla toda piedra por piedra, y no habia esquina donde no asomase la boca de un cañon, ni callejuela por la cual no desfilaran pelotones de fusileros, ni plaza donde no apareciesen, fúnebremente estacionados, fuertes piquetes de mamelucos, dragones ó caballería polaca.

Repetidas veces vimos que detenian á personas pacíficas y las registraban, llevándoselas presas por si acertaban éstas á guardar acaso algun arma, aunque fuera navaja para usos comunes. Yo llevaba en el bolsillo la de Chinitas, y ni áun me ocurrió tirarla, ¡tales eran mi aturdimiento y abstraccion! Pero tuvimos la suerte de que no nos registraran. Últimamente, y á medida que anochecia, apénas encontrábamos gente por las calles. No íbamos, no, á la ventura por aquellos desiertos lugares, pues yo tenia un proyecto que al fin comuniqué á mi acompañante; pensaba dirigirme á casa de la marquesa, con viva esperanza de conseguir de ella poderoso auxilio en mi tribulacion. Juan de Dios me contestó que él por su parte habia pensado dirigirse á un amigo que á su vez lo era del señor O'farril, individuo de la Junta. Dicho esto, convenimos en separarnos, prometiendo acudir de nuevo á la Puerta del Sol una hora despues.

Fuí á casa de la marquesa, y el portero me dijo que Su Excelencia habia partido dos dias ántes para Andalucía. Tambien pregunté por Amaranta; mas tuve el disgusto de saber que Su Excelencia la señora condesa estaba en camino de Andalucía. Desesperado regresé al centro de Madrid, elevando mis pensamientos á Dios, como el más eficaz amparador de la inocencia, y traté de penetrar en la casa de Correos. Al poco rato de estar allí procurándolo inútilmente, ví salir á Juan de Dios tan pálido y alterado que temblé, adivinando nuevas desdichas.

—¿No está?—pregunté.—¿Les han puesto en libertad?

—No—dijo, secando el sudor de su frente.—Todos los presos que estaban aquí han sido entregados á los franceses. Se los han llevado al Buen Suceso, al Retiro, no sé á dónde... ¿Pero no conoces el bando? Los que sean encontrados con armas, *serán arcabuceados*... Los que se junten en grupos de más de ocho personas, *serán arcabuceados*... Los que hagan daño á un francés, *serán arcabuceados*... Los que parezcan agentes de Inglaterra, *serán arcabuceados*.

—¿Pero dónde está Inés?—exclamé con exaltacion.—¿Dónde está? Si esos verdugos son capaces de sacrificar á una niña inocente y á un pobre anciano, la tierra se abrirá para tragárselos, las piedras se levantarán solas del suelo para volar contra ellos, el cielo se desplomará sobre sus cabezas, se encenderá el aire, y el agua que beben se les tornará veneno; y si esto no sucede, es que no hay Dios ni puede haberlo. Vamos, amigo: hagamos esta buena obra. ¿Dice usted que están en el Retiro?

—Ó aquí en el Buen Suceso, ó en la Moncloa. Gabriel, yo salvaré á Inés de la muerte, ó me pondré delante de los fusiles de esa canalla para que me quiten tambien la vida. Quiero irme al Cielo con ella; si supiera que sus dulces ojos no me habian de mirar más en la tierra, ahora mismo dejaria de existir. Gabriel, todo lo que tengo es tuyo si me ayudas á buscarla; que despues que ella y yo nos juntemos, y nos casemos, y nos vayamos al lugar desierto que he pensado, para nada necesitamos dinero. Yo tengo esperanza, ¿y tú?

—Yo tambien—respondí, pensando en Dios.

—Pues hijo, marcha tú al Retiro, que yo entraré en el Buen Suceso, por la parte del hospital, que allí conozco á uno de los enfermeros. Tambien conozco á dos oficiales franceses. ¿Podrán hacer algo por ella? Vamos: las diez. ¡Ay! ¿No oiste una descarga?

—Sí, hácia abajo; hácia el Prado: se me ha helado la sangre en las venas. Corro allá. Adios, y buena suerte. Si no nos encontramos despues aquí, en mi casa.

Dicho esto, nos separamos á toda prisa, y yo corrí por la Carrera de San Jerónimo. La noche era oscura, fria y solitaria. Por mi camino encontré tan sólo algunos hombres que corrian despavoridos, y á cada paso lamentos dolorosísimos llegaban á mis oidos. Á lo léjos distinguí las pisadas de las patrullas francesas, y de rato en rato un resplandor lejano seguido de estruendosa detonacion.



XXXII



ómo se presentaba en mi alma atribulada aquel espectáculo en la negra noche, aquellos ruidos pavorosos, no es cosa que puedo yo referir, ni palabras de ninguna lengua alcanzan á manifestar angustia tan grande. Llegaba junto al Espíritu Santo, cuando sentí muy cercana ya una descarga de fusilería. Allá abajo en la esquina del palacio de Medinaceli la rápida luz del fogonazo habia iluminado un grupo, mejor dicho, un monton de personas, en distintas actitudes colocadas, y con diversos trajes vestidas. Tras de la detonacion, oyéronse quejidos de dolor, imprecaciones que se apagaban al fin en el silencio de la noche. Despues algunas voces hablando en lengua extranjera, dialogaban entre sí; se oian las pisadas de los verdugos, cuya marcha en direccion al fondo del Prado era indicada por los movimientos de unos farolillos de agonizante luz. Á cada rato circulaban pequeños tropeles con gentes maniatadas, y hácia el Retiro se percibia resplandor muy vivo, como de la hoguera de un vivac.

Acerquéme al palacio de Medinaceli por la parte del Prado, y allí ví algunas personas que acudian á reconocer los infelices últimamente arcabuceados. Reconocílos yo tambien uno por uno, y observé que pequeña parte de ellos estaban vivos, aunque ferozmente heridos, y arrastrábanse éstos pidiendo socorro, ó clamaban con voz desgarradora suplicando que se les rematase.

Entre todas aquellas víctimas no habia más que una mujer, que no

tenia semejanza con Inés, ni encontré tampoco sacerdote alguno. Sin prestar oidos á las voces de socorro, ni reparar tampoco en el peligro que cerca de allí se corria, me dirigí hácia el Retiro.



En la puerta que se abria al primer patio me detuvieron los centinelas. Un oficial se acercó á la entrada.

—Señor—exclamé juntando las manos y expresando de la manera más espontánea el vivo dolor que me dominaba,—busco á dos personas de mi familia que han sido traidas aquí por equivocacion. Son inocentes: Inés no arrojó á la calle ningun caldero de agua hirviendo, ni el pobre clérigo ha matado á ningun francés. Yo lo aseguro, señor oficial, y el que dijese lo contrario es un vil mentiroso.

El oficial, que no me entendia, hizo un movimiento para echarme hácia fuera; pero yo, sin reparar en consideraciones de ninguna clase, me arrodillé delante de él, y con fuertes gritos proseguí suplicando de esta manera:

—Señor oficial, ¿será usted tan inhumano que mande fusilar á dos personas inofensivas, á una muchacha de diez y seis años y á un infeliz viejo de sesenta? No puede ser. Déjeme usted entrar; yo le diré cuáles son, y

usted les mandará poner en libertad. Los pobrecitos no han hecho nada. Fusílenme á mí, que disparé muchos tiros contra ustedes en la accion del Parque; pero dejen en libertad á la jóven y al sacerdote. Yo entraré, les sacaremos... Mañana, mañana probaré yo, como esta es noche, que son inocentes, y si no resultasen tan inocentes como los ángeles del Cielo, fusíleme usted á mí cien veces. Señor oficial, usted es bueno; usted no puede ser un verdugo. Esas cruces que tiene en el pecho las habrá adquirido honrosamente en las grandes batallas que dicen ha ganado el ejército de Napoleon. Un hombre como usted no puede deshonrarse asesinando á mujeres inocentes. Yo no lo creo, aunque me lo digan. Señor oficial, si quieren ustedes vengarse de lo de esta mañana, maten á todos los hombres de Madrid, mátenme á mí tambien; pero no á Inés. ¿Usted no tiene hermanitas jóvenes y lindas? Si usted las viera amarradas á un palo, á la luz de una linterna, delante de cuatro soldados con los fusiles en la cara, ¿estaria tan sereno como ahora está? Déjeme entrar: yo le diré quiénes son los que busco, y entre los dos haremos esta buena obra que Dios le tendrá en cuenta cuando se muera. El corazon me dice que están aquí... entremos por Dios y por la Vírgen. Usted está aquí en tierra extranjera, y léjos, muy léjos de los suyos. Cuando recibe cartas de su madre ó de sus hermanitas, ¿no le rebosa el corazon de alegría, no quiere verlas, no quiere volver allá? Si le dijesen que ahora las estaban poniendo un farol en el pecho para fusilarlas...

El estrépito de otra descarga me hizo enmudecer, y la voz espiró en mi garganta por falta de aliento. Estuve á punto de caer sin sentido; pero haciendo un heróico esfuerzo, volví á suplicar al oficial con voz ronca y ademan desesperado, pretendiendo que me dejase entrar á ver si algunos de los recien inmolados eran los que yo buscaba. Sin duda mi ruego, expresado ardientemente y con profundísima verdad, conmovió al jóven oficial, más por la angustia de mis ademanes que por el sentido de las palabras, extranjeras para él, y apartándose á un lado me indicó que entrara. Hícelo rápidamente, y recorrí como un insensato el primer patio y el segundo. En éste, que era el de la Pelota, no habia más que franceses; pero en aquél yacían por el suelo las víctimas aún palpitantes, y no léjos de ellas las que esperaban la muerte. Ví que las ataban codo con codo, obligándoles á ponerse de rodillas, unos de espaldas, otros de frente. Los más extendian los brazos agitándolos al mismo tiempo que lanzaban imprecaciones y retos á los verdugos; algunos escondian con horror la cara en el pecho del vecino; otros lloraban; otros pedian la muerte, y ví uno que rompiendo con fuertes sacudidas las ligaduras, se abalanzó hácia los

granaderos. Ninguna fórmula de juicio, ni tampoco preparacion espiritual, precedian á esta abominacion: los granaderos hacian fuego una ó dos veces, y los sacrificados se revolvian en charcos de sangre con espantosa agonía.

Algunos acababan en el acto; pero los más padecian largo martirio ántes de espirar, y hubo muchos que, heridos por las balas en las extremidades y desangrados, sobrevivieron, despues de pasar por muertos, hasta la mañana del dia siguiente, en que los mismos franceses, reconociendo su mala puntería, los mandaron al hospital. Estos casos no fueron raros, y yo sé de dos ó tres á quienes cupo la suerte de vivir despues de pasar por los horrores de una ejecucion sangrienta. Un maestro herrero, comprendido en una de las traillas del Retiro, dió señales de vida al dia siguiente, y al borde mismo del hoyo en que se le preparaba sepultura: lo mismo aconteció á un tendero de la calle de Carretas, y hasta hace poco tiempo ha existido uno que era entónces empleado en la imprenta de Sancha, y fué fusilado torpemente



dos veces, una en la Soledad, donde se hizo la primera matanza, despues en el patio del Buen Suceso, desde cuyo sitio pudo escapar, arrastrándose entre cadáveres y regueros de sangre hasta el hospital cercano, donde le dieron auxilio. Los franceses, aunque á quema-ropa, disparaban mal, y algunos de ellos, preciso es confesarlo, con marcada repugnancia, pues sin duda conocian el envilecimiento en que habian repentinamente caido las águilas imperiales.

Casi sin esperar á que se consumara la sentencia de los que cayeron ante mí, les examiné á todos. Las linternas, puestas delante de cada grupo, alumbraban con su luz siniestra la escena. Ni entre los inmolados ni entre los que aguardaban el sacrificio, ví á Inés ni á D. Celestino, aunque á veces me parecia reconocerles en cualquier bulto que se movia implorando compasion ó murmurando una plegaria.

Recuerdo que en aquel exámen una mano helada cogió la mia, y al inclinarme ví un hombre desconocido que dijo algunas palabras y espiró. Repetidas veces pisé los piés y las manos de varios desgraciados; pero en trances tan terribles, parece que se extingue todo sentimiento compasivo hácia los extraños, y buscando con anhelo á los nuestros, somos impasibles para las desgracias agenas.

Algunos franceses me obligaron á alejarme de aquel sitio; y por las palabras que oí me juzgué en peligro de ser tambien comprendido en la trailla; pero á mí no me importaba la muerte, ni en tal situacion hubiera dejado de mirar á un punto donde creyera distinguir el semblante de mis dos amigos, aunque me arcabucearan cien veces. Corrí hácia otro extremo del patio, donde sonaban lamentos y mucha bulla de gente, cuando un anciano se acercó á mí tomándome por el brazo.

—¿Á quién busca usted?—le dije.

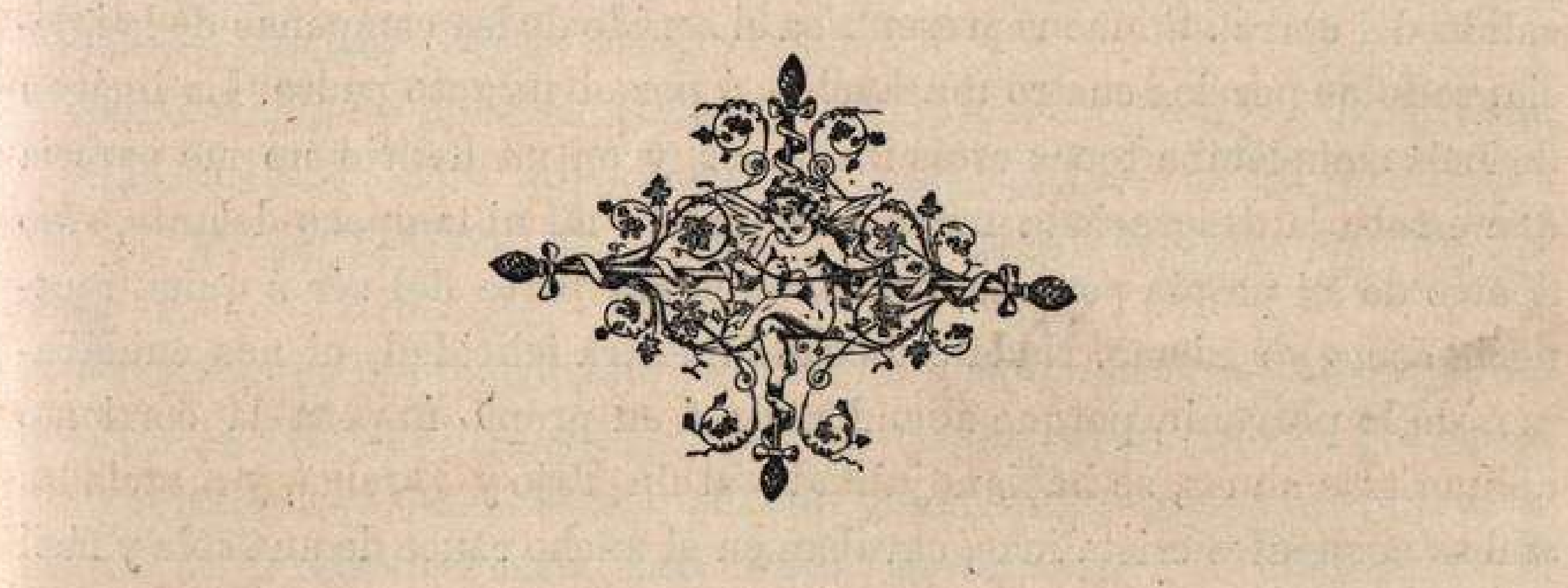
—¡Mi hijo, mi único hijo!—me contestó.—¿Dónde está? ¿Eres tú mi hijo? ¿Eres tú mi Juan? ¿Te han fusilado? ¿Has salido de aquel monton de muertos?

Comprendí por su mirada y por sus palabras que aquel hombre estaba loco, y seguí adelante. Otro se llegó á mí y preguntóme á su vez que á quién buscaba. Contéle brevemente la historia, y me dijo:

—Los que fueron presos en el barrio de Maravillas no han venido aquí ni á la casa de Correos. Están en la Moncloa. Primero los llevaron á San Bernardino, y á estas horas... Vamos allá. Yo tengo un salvo-conducto de un oficial francés, y podemos salir.

Salimos en efecto, y en el Prado aquel hombre corrió desaladamente y le perdí de vista. Yo tambien corrí cuanto me era posible, pues mis fuer-

zas, á tan terribles pruebas sujetas por tanto tiempo, desfallecian ya. No puedo decir qué calles pasé, porque ni miraba á mi alrededor, ni tenia entónces más ojos que los del alma para ver siempre dentro de mí mismo el espectáculo de aquella gran desdicha. Sólo sé que corrí sin cesar; sólo sé que ninguna voz, ninguna queja que sonasen cerca de mí me conmovian ni me interesaban; sólo sé que miéntras más corria, mayores eran mi debilidad y extenuacion, y que al fin, no sé en qué calle, me detuve apoyándome en la pared cercana, porque mi cuerpo se caia al suelo y no me era posible dar un paso más. Limpié el sudor de mi frente; pareciame que se habia acabado el aire y que el suelo se marchaba tambien bajo mis piés, y que las casas se hundian sobre mi cabeza. Recuerdo haber hecho esfuerzos para seguir; pero no me fué posible, y por un espacio de tiempo que no puedo apreciar, sólo tinieblas me rodearon, acompañadas de absoluto silencio.



XXXIII



URANTE mi desvanecimiento, hijo de la extenuacion, traje á la memoria las arboledas de Aranjuez, con sus millares de pájaros charlatanes, aquellas tardes sonrosadas, aquellos paseos por los bordes del Jarama y el espectáculo de la union de éste con el Tajo. Me acordé de la casa del cura, y parecíame ver la parra del patio y los tiestos de la huerta, y oir los chillidos de la tia Gila, riñendo formalmente con las gallinas porque sin su permiso se habian salido del corral. Se me representaba el sonido de las campanas de la iglesia, tocadas por los cuatro muchachos ó por el ingrato padre. La imágen de Inés completaba todas estas imágenes, y en mi delirio no me parecia que estaba la desgraciada muchacha junto á mí ni tampoco delante, sino dentro de mi propia persona, como formando parte del sér á quien reconocia como yo mismo. Nada estorbaba nuestra felicidad, ni nos cuidábamos de lo porvenir, porque abandonada á su propio ímpetu la corriente de nuestras almas, se habian juntado al fin Tajo y Jarama, y mezcladas ambas corrientes cristalinas, cavaban en el ancho cauce de una sola y fácil existencia.

Sacóme de aquel estado soñoliento un fuerte golpe que me dieron en el cuerpo, y no tardé en verme rodeado de algunas personas, una de las cuales dijo, examinándome de cerca: "Está borracho.„

Creí reconocer la voz del licenciado Lobo, aunque á decir verdad, aún hoy no puedo asegurar que fuera él quien tal cosa dijo. Lo que sí afirmo es que uno de los que me miraban era Juan de Dios.

—¡Eres tú, Gabriel!—me dijo.—¿Cómo estás por los suelos? ¡Bonito modo de buscar á la muchacha! No está en el Retiro, ni en el Buen Suce-

so. El señor licenciado me ayuda en mis pesquisas, y estamos seguros de encontrarla, y áun de salvarla.

Estas palabras las oí confusamente, y despues me quedé solo, ó mejor dicho, acompañado de algunos chicuelos que me empujaban de acá para allá jugando conmigo. No tardé en recobrar con el completo uso de mis facultades la idea perfecta de la terrible situacion, sólo olvidada durante un rato de marasmo físico y de turbacion mental. Oí distintamente las dos en un reloj cercano, y observé el sitio en que me encontraba, el cual no era otro que la plazuela del Barranco, inmediata á los Caños del Peral. Contemplar mental y retrospectivamente cuanto habia pasado, medir con el pensamiento la distancia que me separaba de la Montaña y correr hácia allá todo pasó en el mismo instante. Sentíame ágil; la desesperacion aligeraba tanto mis pasos, que en poco tiempo llegué al fin de mi viaje; y en la portalada que daba á la huerta del Príncipe Pío ví tanta gente curiosa que era difícil acercarse. Yo lo hice, á pesar de los obstáculos, y habria sido preciso matarme para hacerme retroceder. Las mujeres allí reunidas daban cuenta de los desgraciados que habian visto penetrar para no salir más. Desde luégo quise introducirme, é intenté conmover á los centinelas con ruegos, con llantos, con razones, hasta con amenazas. Pero mis esfuerzos eran inútiles, y cuanto más clamaba, más enérgicamente me impelian hácia fuera. Despues de forcejear un rato, la desesperacion y la rabia me sugirieron estas palabras que dirigí al centinela:

—Déjeme entrar. Vengo á que me fusilen.

El centinela me miró con lástima, y apartóme con la culata de su fusil.

—¡Tienes lástima de mí—continué,—y no la tienes de los que busco! No, no tengas lástima. Yo quiero entrar. Quiero ser arcabuceado con ellos.

Fuí nuevamente rechazado; pero de tal modo me dominaba el deseo de entrar, y tan terriblemente pesaba sobre mi espíritu aquella horrorosa incertidumbre, que la vida me parecia precio mezquino para comprar el ingreso de la funesta puerta, tras la cual agonizaban ó se disponian á la muerte mis dos amigos.

Desde fuera escuchaba un sordo murmullo, concierto lúgubre á mi parecer, de plegarias dolorosas y de violentas imprecaciones. Yo tan pronto me apartaba de la puerta como volvia á ella, á suplicar de nuevo, y la angustia me sugeria razones incontestables para cualquiera, ménos para los franceses. Á veces golpeaba la pared con mi cabeza, á veces clavábame las uñas en mi propio cuerpo hasta hacerme sangre; medía con la vista la altura de la tapia, aspirando á franquearla de un vuelo; iba y venia sin

cesar, insultando á los afligidos circunstantes y miraba el negro cielo, por entre cuyos turbios y apelmazados celajes creia distinguir danzando en veloz carrera una turba de mofadores demonios.

Volvia á suplicar al centinela, diciéndole:

—¿Por qué no me fusilais? ¿Por qué no entro, para que me maten con mis amigos? ¡Ah! ¡Asesinos de Madrid! ¿Sabeis para qué quiero yo á vuestro Emperador? Para esto.

Y escupia con rabia á los piés de los soldados, que sin duda me tenian por loco. Luégo, concibiendo una idea que me parecia salvadora, registré ávidamente mis bolsillos, como si en ellos encerrase un tesoro, y sacando la navaja de Chinitas, que aún conservaba, exclamé con febril alegría:



—¡Ah! ¿No veis lo que tengo aquí? Una navaja, un cuchillo aún manchado de sangre. Con él he matado muchos franceses, y mataria al mismo Napoleon I. ¿No prendeis á todo el que lleva armas? Pues aquí estoy. Torpes: habeis cogido á tantos inocentes y á mí me dejais suelto por las calles... ¿No me andábais buscando? Pues aquí estoy. Ved, ved el cuchillo; aún gotea sangre.

Tan convincentes razones me valieron el ser aprehendido, y al fin penetré en la huerta. Apénas habia dado algunos pasos hácia las personas que confusamente distinguia delante de mí, cuando un vivo gozo inundó mi alma. Inés y D. Celestino estaban allí, ¡pero de qué manera! En el momento de mi entrada á ambos los ataban, como eslabones de la cadena humana que iba á ser entregada al suplicio. Me arrojé en sus brazos, y por un momento, estrechados con inmenso amor, los tres no fuimos más que uno solo. Inés empezó despues á llorar amargamente; mas el clérigo conservaba su semblante sereno.

—Desde que le has visto, Inés, has perdido la serenidad—dijo gravemente.—Ya no estamos en la tierra. Dios aguarda á sus queridos mártires, y la palma que merecemos nos obliga á rechazar todo sentimiento que sea de este mundo.

—¡Inés!—exclamé con el dolor más vivo que he sentido en toda mi vida.—¡Inés! Despues de verte en esta situacion, ¿qué puedo hacer sino morir?

Y luégo, volviéndome á los franceses ébrio de coraje, y sintiéndome con un valor inmenso, extraordinario, sobrehumano, exclamé:

—Canallas, cobardes, verdugos, ¿creeis que tengo miedo á la muerte? Haced fuego de una vez y acabad con nosotros.

Mi furor no irritaba á los franceses, que hacian los preparativos del sacrificio con frialdad horripilante. Lleváronme á presencia de uno, el cual, despues de decirme algunas palabras, me envió ante otro, que al fin decidió de mi suerte. Al poco rato me ví puesto en fila junto al clérigo, cuya mano estrechó la mia.

—¿Cuándo te cogieron? ¿Te encontraron algun arma, desgraciado?—me dijo.—Pero no es esta ocasion de mostrar odio, sino resignacion. Vamos á entrar en nueva y más gloriosa vida. Dios ha querido que nuestra existencia acabe en este dia, y nos ha dado el laurel de mártires por la patria, que todos no tienen la dicha de alcanzar. Gabriel, eleva tu mente al Cielo. Tú estás libre de todo pecado, y yo te absuelvo. Hijo mio, este trance es terrible; pero tras él viene la bienaventuranza eterna. Sigue el ejemplo de Inés. Y tú, hija mia, la más inocente de todas las víctimas inmoladas en este dia, implora por nosotros, si, como creo, llegas la primera al goce de la eterna dicha.

Pero yo no atendia á las razones de mi amigo, sino que me empeñaba en hablar con Inés; en distraerla de su devoto recogimiento; en pretender que dirigiera á mí las palabras que á Dios sin duda dirigia; en obligarla á alzar los ojos y mirarme, pues sin esto yo me sentia incapaz de contricion.

Un oficial francés nos pasó una especie de revista, examinándonos uno á uno.

—¿Para qué prolongais nuestro martirio?—exclamé, sin poderme contener, viendo sobre mí la impertinente mirada del francés.—Todos somos españoles; todos somos españoles; todos hemos luchado contra vosotros. Por cada vida que ahogueis en sangre, renacerán otras mil que al fin acabarán con vosotros, y ninguno de los que estais aquí verá la casa en que nació.

—Gabriel, modérate y perdónales como les perdono yo—me dijo el cura.—¿Qué te importa esa gente? ¿Para qué les afeas su pasado, si harto lo verán en el turbio espejo de su conciencia? ¿Qué importa morir? Hijo mio, destruirán nuestros cuerpos, pero no nuestra alma inmortal, que Dios ha de recibir en su seno. Perdónalos; haz lo que yo, que pienso pedir á Dios por los enemigos del Príncipe de la Paz, mi amigo y hasta pariente; por Santurrias, por el licenciado Lobo, por los tios de Inesilla, y hasta por los franceses que nos quieren quitar nuestra patria. Mi conciencia está más serena que ese cielo que tenemos sobre nuestras cabezas, y por cuyo lejano horizonte aparece ya la aurora del nuevo dia. Lo mismo están nuestras almas, Gabriel, y en ellas despuntan ya los primeros resplandores del dia sin fin.

—Ya amanece—dije mirando á Oriente.—Inés: no bajes los ojos, por Dios, y mírame; estréchate más contra nosotros.

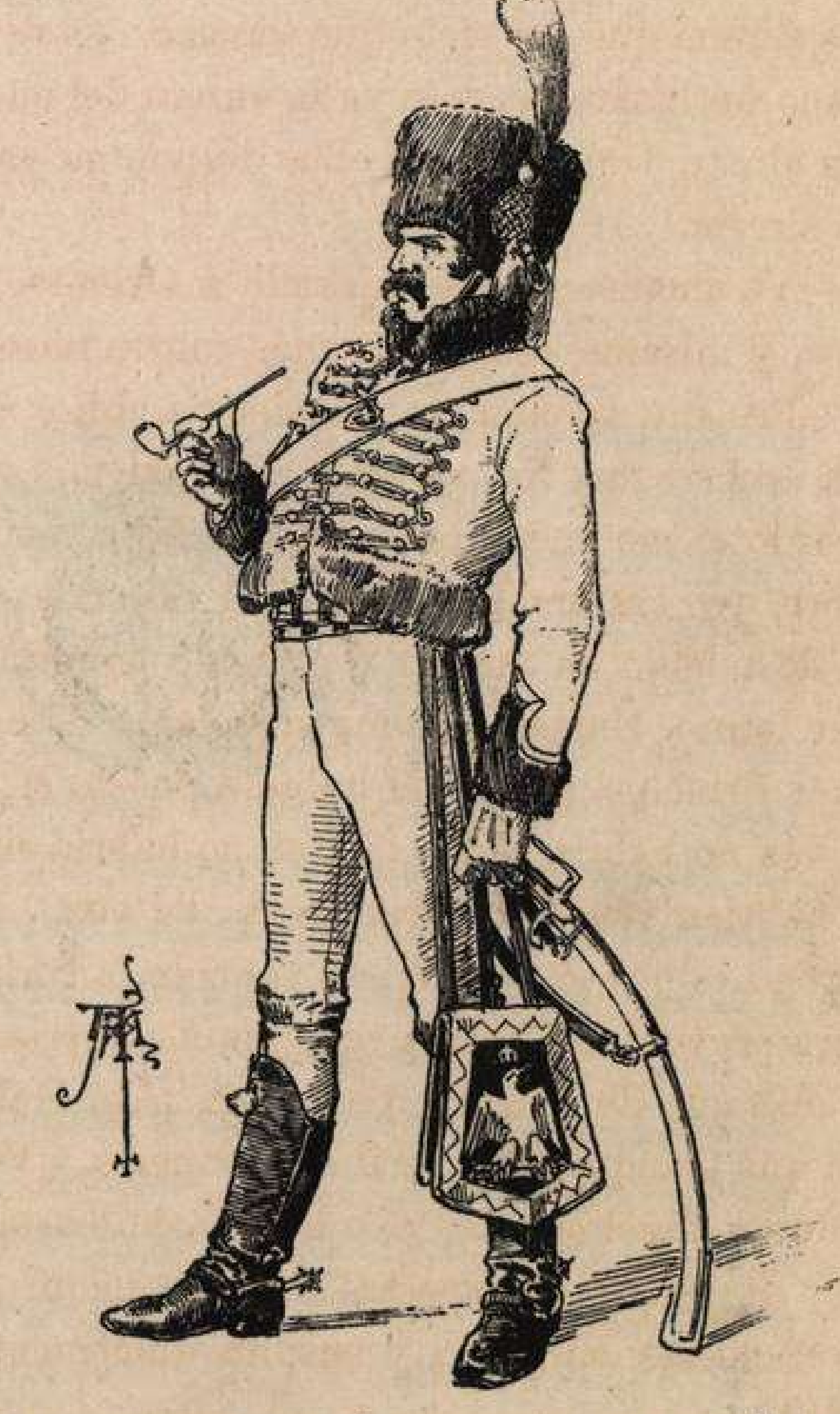
—Procura serenar tu conciencia, hijo mio—continuó el clérigo.—La mia está serena. No, no he manchado mis manos con sangre, porque soy sacerdote; me encontraron un cuchillo, pero no era mio. Yo cumplí mi deber, que era arengar á aquellos valientes, y si ahora me soltaran acudiria de pueblo en pueblo repitiendo aquello de *Dulce et decorum est* del gran latino. Únicamente me arrepiento de no haber advertido á tiempo al señor Príncipe. ¡Ah! si él hubiera puesto en la cárcel á aquellos perdidos... tal vez no habria caido; tal vez no habria sido Rey Fernando VII; tal vez no habrian venido los franceses... tal vez... Pero Dios lo ha querido así... Verdad es que si yo hubiera vencido la cortedad de mi genio... si yo hubiera prevenido á Su Alteza, que me queria tanto... ¡Ah! no nos ocupemos ya más que de morir y perdonar. ¡Ah, Gabriel! Haz lo que yo, y verás con qué tranquilidad recibes la muerte. ¿Ves á Inés? ¿No parece su cara la de un ángel celeste? ¿No la ves cómo está tranquila en su recogimiento, y digna y circunspecta sin afectacion? ¿No la ves cómo contempla á los franceses sin odio, y suspira dulcemente, animándonos con su mirada?

—¡Inés!—exclamé yo, sin poder adquirir nunca la serenidad que Don Celestino me pedia.—Tú no debes morir, tú no morirás. Señor oficial, fusiladnos á todos, fusilad al mundo entero; pero poned en libertad á esta infeliz muchacha, que nada ha hecho. Así como digo y repito y juro que he matado yo más de cincuenta franceses, digo y repito y juro que Inés no arrojó á la calle ningun caldero de agua hirviendo, como han dicho.

El francés miró á Inés, y viéndola tan humilde, tan resignada, tan be-

lla, tan dulcemente triste en su disposicion para la muerte, no pudo ménos de mostrarse algo compasivo. D. Celestino, viendo aquella inclinacion favorable, se echó á llorar y dijo tambien: "todos nosotros hemos pecado; pero Inés es inocente." Las lágrimas del anciano produjeron en mí trastorno tan vivo, que de improviso á la tirantez colérica de mi irritado ánimo, sucedió una como tranquila aunque penosísima expansion, un reblandecimiento, si así puede decirse, de mi endurecido dolor.

—Inés es inocente—exclamé de nuevo.—¿No ven ustedes su semblante, señores oficiales?—¡Ah! ustedes son unos caballeros muy decentes y muy honrados, y no pueden cometer la villanía de asesinar á esta niña.



—Nosotros no valemos para nada—dijo el clérigo con voz balbuciente.—Mátennos en buen hora, porque somos hombres, y el que más y el que ménos... Pero ella... señores militares... Me parece que son ustedes unas personas muy finas... pues... ¡Ah! Inés es inocente. No tienen ustedes conciencia; ¿no tienen en su corazon una voz que les dice que esa jovencita es inocente?

El oficial pareció más inclinado á la compasion, pareció hasta conmovido. Acercándose, miró á Inés con interés.

Mas la huérfana se abrazó á nosotros en el momento en que los granaderos formaron la horrenda fila. Yo miraba todo aquello con ojos absortos y sentíame nuevamente aletargado, con algo como enajenacion ó delirio en mi cabeza.

Ví que se acercó otro oficial con una linterna, seguido de dos hombres, uno de los cuales nos examinó ansiosamente, y al llegar á Inés, paróse y dijo: "Esta."

Era Juan de Dios, acompañado del licenciado Lobo y de aquel mismo oficial francés que varias veces le visitó en nuestra tienda.

Lo que entónces pasó se me representa siempre en formas vagas como las que pasea la mentirosa fiebre ante nuestros ojos cuando estamos enfermos.



XXXIV



L oficial recien venido y el que ántes nos custodiaba hablaron un instante con precipitacion. El segundo dirigióse en seguida á desatar á Inés para entregarla á su amigo. ¡Momento inexplicable! Inés no queria separarse de nosotros, y abrazándonos, se aferraba á la muerte con sus manos ya libres. Un violento, un irresistible egoismo que hundia sus poderosas raíces hasta lo más profundo de mi sér, se apoderó de mí. No sé qué íntima fuerza desarrollada de súbito me permitió romper la ligadura de un brazo y pude asir fuertemente á Inés, miéntras con angustiosa impaciencia miraba los fusiles del peloton de granaderos.

¡Instante terrible, cuyo recuerdo hiela la sangre en las venas y paraliza el corazon, simulando la muerte! Aunque la infeliz queria compartir nuestra suerte, la tardía compasion de nuestros asesinos nos la quitaba. Ella, durante la breve lucha, dijo algo que he olvidado. Yo tambien pronuncié palabras de que hoy no puedo darme cuenta. Pero nos la quitaron: recuerdo la extraña sensacion que experimenté al perder el calor de sus manos y de su cara. Yo estaba como loco. Pero la ví claramente cuando se la llevaron, cuando desapareció de entre las filas, arrastrada, sostenida, cargada por Juan de Dios.

Y al ver esto sentí un estruendo horroroso; despues un zumbido dentro de la cabeza y un hervidero en todo el cuerpo; despues un calor intenso, seguido de penetrante frio; despues una sensacion inexplicable, como si algo rozara por toda mi epidermis; despues un vapor dentro del

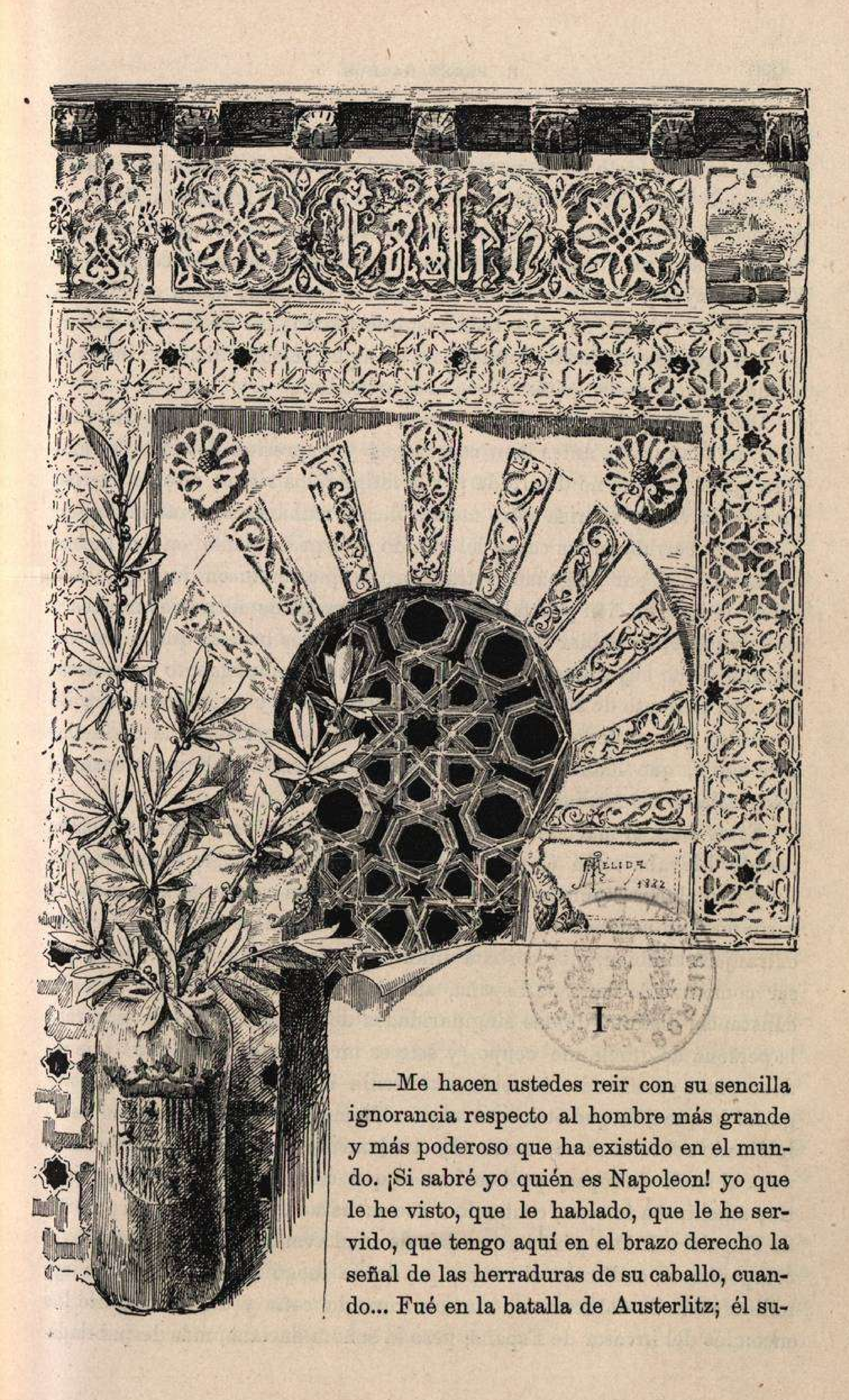
pecho, que subia invadiendo mi cabeza; despues una debilidad incomprensible que me hacia el efecto de quedarme sin piernas; despues una palpitacion vivísima en el corazon; despues un súbito detenimiento en el latido de esta víscera; despues la pérdida de toda sensacion en el cuerpo, y en el busto, y en el cuello y en la boca; despues la inconsciencia de tener cabeza, la absoluta reconcentracion de todo yo en mi pensamiento; despues unas como ondulaciones concéntricas en mi cerebro, parecidas á las que forma una piedra cayendo al mar; despues un chisporroteo colosal que difundia por espacios mayores que cielo y tierra juntos la imágen de Inés en doscientos mil millones de luces; despues oscuridad profunda, misteriosamente asociada á un agudísimo dolor en las sienes; despues un vago reposo, una extincion rápida, un olvido creciente é invasor, y por último nada, absolutamente nada.



FIN DE EL 19 DE MARZO Y EL 2 DE MAYO

MADRID.—Julio de 1873.


BAILÉN



I

—Me hacen ustedes reir con su sencilla ignorancia respecto al hombre más grande y más poderoso que ha existido en el mundo. ¡Si sabré yo quién es Napoleon! yo que le he visto, que le hablado, que le he servido, que tengo aquí en el brazo derecho la señal de las herraduras de su caballo, cuando... Fué en la batalla de Austerlitz; él su-

bia á todo escape la loma de Pratzen, despues de haber mandado destruir á cañonazos el hielo de los pantanos, donde perecieron ahogados más de cuatro mil rusos. Yo, que estaba en el 17 de línea, de la division de Vandamme, yacía en tierra gravemente herido en la cabeza. De veras creí que habia llegado mi última hora. Pues como digo, al pasar él con todo su Estado Mayor y la infantería de la Guardia, las patas de su caballo me magullaron el brazo en tales términos que todavía me duele. Sin embargo, tan grande era nuestro entusiasmo en aquel célebre dia, que incorporándome como pude, grité: "¡Viva el Emperador!„

Decia estas palabras un hombre para mí desconocido, como de cuarenta años, no malcarado, ántes bien con rasgos y expresion de cierta hermosura ajada, aunque no destruida por la fatiga ó los vicios; alto de cuerpo, de mirada viva y sonrisa entre melancólica y truhanesca, como la de persona muy corrida en las cosas del mundo y especialmente en las luchas de ese vivir al par holgazan y trabajoso, á que conducen juntamente la sobra de imaginacion y la falta de dinero; persona de ademanes francos y desenvueltos, de hablar facilísimo, lo mismo en las bromas que en las veras; individuo cuya personalidad tenia acabado complemento en el desaliño casi elegante de su traje, más viejo que nuevo, y no ménos descosido que roto, aunque todo esto se echaba poco de ver, gracias á la disimuladora aguja, que habia corregido así las rozaduras del chupetin como la ortografía de las medias.

Estas eran, si mal no recuerdo, negras, y el pantalon de color de clavo pasado. Llevaba corto el pelo, con dos mechoncitos sobre ambas sienes, sin polvo alguno, como no fuera el del camino: su casaca oscura, y de un corte no muy usual entre nosotros, su chaleco ombliguero, forma un poco extranjera tambien, y su corbata informemente escarolada, le hacian pasar como nacido fuera de España, aunque era español. Mas por otra circunstancia distinta de las singularidades de su vestir, causaba sorpresa la persona de quien me ocupo, y este es un capitalísimo punto que no debo pasar en silencio. Aquel hombre tenia bigote. Esto fué, ¿á qué negarlo? lo que más que otra cosa alguna llamó mi atencion cuando le ví inclinado sobre la mesa, comiendo ávidamente en descomunal escudilla unas al modo de sopas, puches ó no sé qué endemoniado manjar, miéntras amenizaba la cena, contando entre cucharada y cucharada las proezas de Napoleon I. Dos personas, ambas de edad avanzada y de distinto sexo, componian su auditorio: el varon, que desde luego me pareció un viejo militar retirado del servicio, oia con fruncido ceño y taciturnamente los encomios del invasor de España; pero la señora anciana, más despabilada

y locuaz que su consorte, contestaba é interrumpia al panegirista con cierto desenfado tan chistoso como impertinente.

—Por Dios, Sr. de Santorcaz—decia la vieja,—no grite usted ni hable tales cosas donde le puedan oir. Mi marido y yo, que ya le conocemos de ántes, no nos espantamos de sus extravagancias; pero ¡ay! la vecindad de esta casa es muy entrometida, muy enredadora, y toda ella no se ocupa más que de chismes y trampantojos. Como que ayer las niñas de la bordadora en fino, que vive en el cuarto núm. 8, llegaron pasito á pasito á nuestra puerta para oir lo que usted decia cuando nos contaba con desaforados gritos lo que pasó allá en las Austrias en la batalla de Pirrinclum, ó no sé qué... pues esos enrevesados nombres no se han hecho para mi lengua... Esta mañana, cuando usted entró de la calle, la comadre del núm. 3 y la mujer del lañador, dijeron: "Ahí va el pícaro *flamason* que está en casa del Gran Capitan. Apuesto á que es espía de la *canalla*, para ver lo que se dice en esta casa y contarlo á sus mercedes.„ El mejor dia nos van á dar qué sentir, porque como dice usted esas cosas y tiene esos modos, y hace ascos de la comida cuando tiene azafran, y siempre saca lo que ha visto en las tierras de allá, le traen entre ojos, y sabe Dios... Como aquí están tan rabiosos con lo del dia 2...

—Ya se aplacarán los humos de esta buena gente—dijo Santorcaz, apartando de sí escudilla y cuchara.—Cuando se organicen bien los cuerpos de ejército y venga el Emperador en persona á dirigir la guerra, España no podrá ménos de someterse, y esto que es la pura verdad, lo digo aquí para entre los tres, de modo que no lo oigan nuestras camisas.

—España no se somete, no señor, no se somete—exclamó de improviso el anciano, quebrantando el voto de su ántes silenciosa prudencia, y levantándose de la silla para expresar con frases y gestos más desembarazados los sentimientos de su alma patriota.—España no se somete, señor D. Luis de Santorcaz, porque aquí no somos como esos cobardes prusianos y austriacos de que usted nos habla. España echará á los franceses, aunque los manden todos los Emperadores nacidos y por nacer, porque si Francia tiene á Napoleon, España tiene á Santiago, que es ademas de general un santo del Cielo. Cree usted que no entiendo de batallas? Pues si: soy perro viejo, y callos tengo en los oidos de tanto oir el redoblar de los tambores y los tiros de cañon.

—No te sofoques, Santiago—dijo apaciblemente la anciana,—que ya andas en los tres duros y medio, y aunque yo creo como tú que España no bajará la cabeza, no es cosa de que te dé el reuma en la cara por lo que hable este mala cabeza de Santorcaz.

—Pues lo digo y lo repito—añadió el viejo soldado.—¡Venir á hablarme á mí de cuerpos de ejército, y de brigadas de caballería, y de cuadros...

—¿En qué batallas se ha encontrado usted?—preguntó con sonrisa burlona Santorcaz.

—¡Que en qué batallas me he encontrado!—exclamó D. Santiago Fer-



nandez, cuadrándose ante su interpelante y mirándole con el desprecio propio de los grandes genios al ver puesta en duda su superioridad.—¿Pues no sabe todo el mundo que fuí asistente del señor marqués de Sarriá el año 1762 cuando aquella famosa campaña de Portugal, que fué la más terrible y hábil y estratégica que ha habido en el mundo, así como

tambien digo que despues de Alejandro el Macedonio no ha nacido otro marqués de Sarriá?... ¡Qué cosas tiene este caballerito! ¡Preguntar en qué acciones me he encontrado! Aquella fué una gran campaña, sí señor; entramos en Portugal, y aunque al poco tiempo tuvimos que volvernos, porque el inglés se nos puso por delante, se dieron unas batallas... ¡qué batallitas, mi Dios! Yo era asistente del señor marqués, y todas las mañanas le hacia los rizos y le empolvaba la peluca, de tal modo que la cabeza de nuestro general parecia un sol. Él me decia: "Santiago, ten cuidado de que los rizos vayan parejos, y que uno de otro no discrepen ni el canto de un duro, porque no hay nada que aterre tanto al enemigo como la conveniencia y buen parecer de nuestras personas." ¡Y cuánto le querian los soldados! Como que en toda aquella guerra apénas murieron tres ó cuatro.

Santorcaz al oir esto se desternillaba de risa, haciendo subir de punto con sus irreverentes manifestaciones el enfado de D. Santiago Fernandez, el cual, dando una fuerte puñada en la mesa, continuó así:

—¿Qué valen todos los generales de hoy, ni los emperadores todos, comparados con el marqués de Sarriá? El marqués de Sarriá era partidario de la táctica prusiana, que consiste en estarse quieto esperando á que venga el enemigo muy desaforadamente, con lo cual éste se cansa pronto y se le remata luégo en un dos por tres. En la primera batalla que dimos con los aldeanos portugueses, todos echaron á correr en cuanto nos vieron, y el general mandó á la caballería que se apoderara de un hato de carneros, lo cual se verificó sin efusion de sangre.

—No, no ha habido en el mundo batallas como esas, Sr. D. Santiago—dijo Santorcaz, moderando su risa;—y si usted me las cuenta todas, confesaré que las que yo he visto son juegos de chicos. Y como desde aquella fecha ha conservado usted los hábitos de campaña, y gusta tanto de conversar sobre el tema de la guerra, los vecinos le llaman el Gran Capitan.

—Ese es un mote, y á mí no me gustan motes—dijo Doña Gregoria, pues así se llamaba la mujer del valiente expedicionario de Portugal.—Cuando nos mudamos aquí, y dieron los vecinos en llamarte Gran Capitan, bien te dije que alzaras la mano y regalaras un bofeton al primero que en tus propias barbas te dijera tal insolencia; pero tú con tu santa pachorra, en vez de llenarte de coraje se te caia la baba siempre que los chicos te saludaban con el apodo, y ahora Gran Capitan eres y Gran Capitan serás por los siglos de los siglos.

—Yo no me paro en pequeñeces—dijo D. Santiago Fernandez,—y aunque tolero un apodo honroso, no consiento que nadie se burle de mí. Á

fé, á fé, que cuando uno ha servido en las milicias del Rey por espacio de veinte años; cuando uno ha estado en la campaña de Portugal; cuando uno ha tenido tambien el honor de encontrarse en la expedicion de Argel que mandó el Sr. D. Alejandro O'Reilly en 1774; cuando despues de tan gloriosas jornadas se le han podrido á uno las nalgas sentado en la portería de la oficina del Detall y Cuenta y Razon del arma de Artillería, viendo entrar y salir á los señores oficiales, y haciéndoles un recadito hoy y otro mañana, bien se puede alzar la cabeza y decir una palabra sobre cosas militares.

—Eso mismo digo yo—indicó Doña Gregoria.—Bien saben todos que tú no eres ningun rana, y que has escupido en corro con guardias de Corps y walonas y generales de aquellos que habia ántes, tan valientes que sólo con mirar al enemigo le hacian correr.

—Y no se trate—prosiguió el Gran Capitan—de embobarnos con cuentos de brujas como los que desembucha el Sr. de Santorcaz. Á las niñas del lañador y á Doña Melchora, la que borda en fino, les puede trastornar el seso este caballero, contándoles esas batallas fabulosas de prusianos y rusos, con lo de que si el Emperador fué por aquí ó vino por allí. Hombres como yo no se tragan bolas tan terribles, ni ha estado uno veinte años mordiendo el cartucho y peinando los rizos del señor marqués de Sarriá, para dar crédito á tales novelas de caballerías. Con que ¿cómo fué aquello? —añadió en tono de mofa y sentándose junto á Santorcaz.—Dijo usted que cuatro mil franceses atacaron á la bayoneta á diez mil rusos y les hicieron caer en un pantano donde se ahogaron la mitad. Pues ¡y lo de que rompieron el hielo á cañonazos para que se hundieran los enemigos que estaban encima!... ¡Bonito modo de hacer la guerra! Pero hombre de Dios, si andaban por sobre el hielo se resbalarian y... pobres nalgas del Emperador... digo, de los tres Emperadores, pues ahí dice usted que eran tres nada ménos. ¿Sabes, Gregoria, que es aprovechada la familia?

El Gran Capitan hizo reir á su digna esposa con estos chistes, hijos de su inexperta fatuidad, y ambos se celebraron recíprocamente sus ocurrencias.

—Si es novela de caballerías lo que he contado—dijo Santorcaz,—pronto lo hemos de ver en España, porque pasan de cien mil los Esplandianes que andan desparramados por ahí esperando que su amo y señor les mande empezar la funcion.

—¡Los asesinos de Madrid!—exclamó el Gran Capitan, inflamándose en patriótico ardor.—¿Y cree usted que les tenemos miedo? ¡Santa María de la Cabeza! Ya veo que están fortificando el Retiro, y que no permiten que

vuele una mosca alrededor de sus señorías; pero ya hablaremos. Esto es ahora, porque estamos sin tropa; pero ¿sabe usted lo que se va á formar en Andalucía? un ejército. ¿Y en Valencia? otro ejército. Y en Galicia y en Castilla, otro y otro ejército. ¿Cuántos españoles hay en España, Sr. de Santorcaz? Pues ponga usted en el tablero tantos soldados como hombres somos aquí, y veremos. ¿Á que no sabe usted lo que me ha dicho hoy el portero de la secretaría de la Guerra? Pues me ha dicho que mi pueblo ha declarado la guerra á Napoleon. ¿Qué tal?

—¿Cuál es el pueblo de usted?

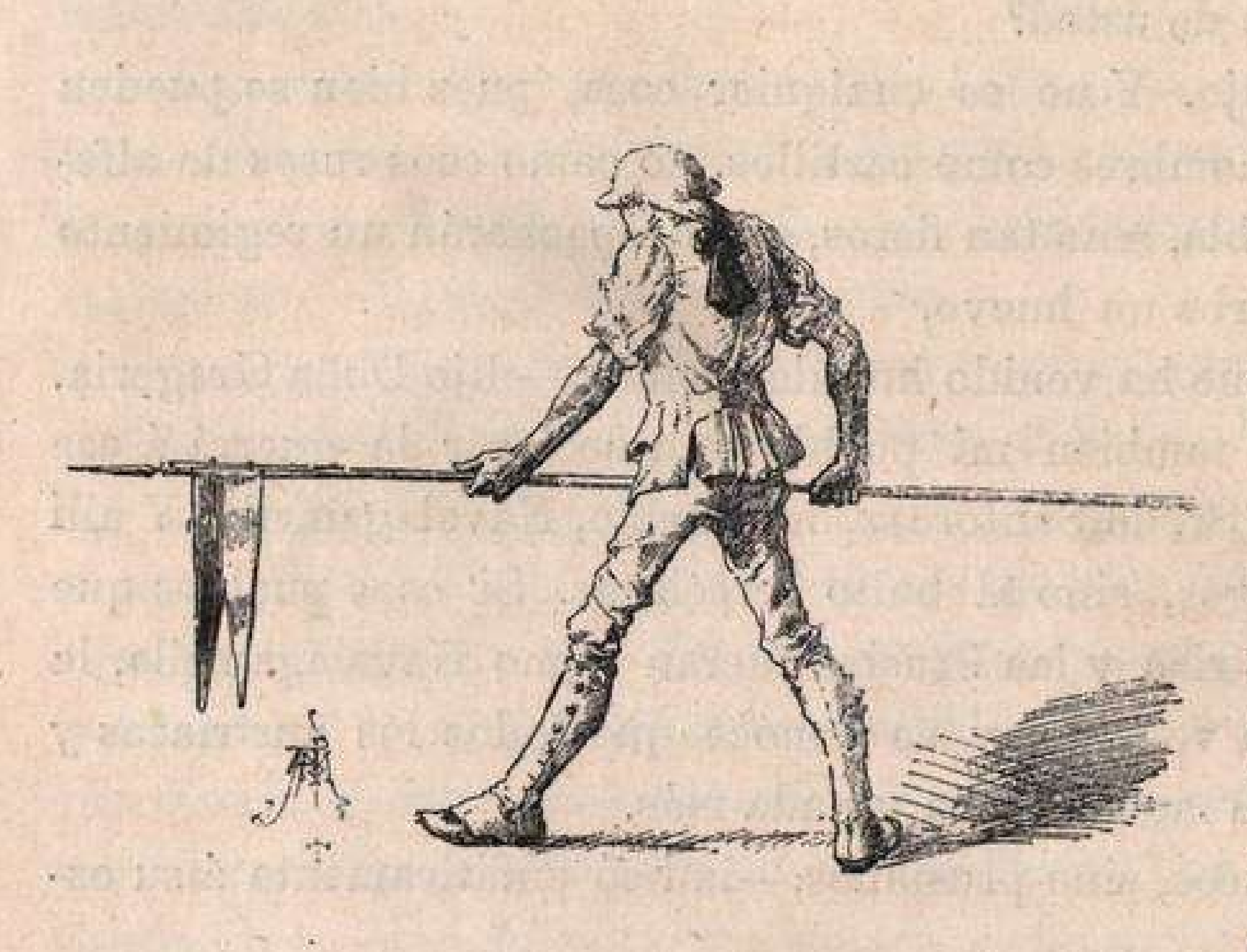
—Valdesogo de Abajo. Y no es cualquier cosa, pues bien se pueden juntar allí hasta cien hombres como castillos, no como esos rusos de alfeñique de que usted habla, sino tan fieros, que despacharán un regimiento francés como quien sorbe un huevo.

—Pues una mujer que ha venido hoy de la sierra—dijo Doña Gregoria, —me ha contado que tambien mi pueblo va á declarar la guerra á ese ladron de caminos, sí, Sr. de Santorcaz, mi pueblo, Navalagamella. Y allí no se andarán con juegos, sino al bulto derechitos. Si esos pueblos que usted nombra, las Austrias y las Prusias fueran como Navalagamella, la *canalla* no los hubiera vencido, y se conoce que todos los austriacos y prusiacos son gente de mucha facha y nada más.

—No se dice prusiacos, sino prusianos,—indicó enfáticamente á su esposa el Gran Capitan.

—Bien, hombre; los rusos y los prusos, lo mismo da. Lo que digo es que si Valdesogo de Abajo y Navalagamella, que son dos pueblos como dos lentejas comparados con la grandeza de todo el Reino, se ponen en ese pié, los demas lugares y ciudades harán lo mismo, y entónces, áteme esa mosca el Sr. de Santorcaz. No, no quedará un francés para contarlo, y la que hicieron aquí á primeros del mes la pagarán muy cara. ¿Háse visto alguna vez bribonada semejante? ¡Fusilar en cuadrilla á tantos pobrecitos, sin perdonar á sacerdotes ancianos, á inocentes doncellas y á infelices muchachos como el que está en esa cama! ¡Ay! Usted no vió aquello, señor de Santorcaz, porque llegó á Madrid tres dias despues; ¡pero si usted lo hubiera visto! Por esta calle del Barquillo pasaron esas fieras, y como les arrojaran algunos ladrillos desde los andamios de la casa que se está fabricando en la esquina, mataron á una pobre mujer que pasaba con un niño en brazos. Al ver esto, todas las vecinas de la casa que estábamos en los balcones, empezamos á tirarles cuanto teníamos. Una les echaba una cazuela de agua hirviendo, otra la sarten con el aceite frito; yo cogí el puchero que habia empezado á cocer, y sin pensarlo dije *allá va*, y aun-

que aquel dia nos quedamos sin comer, no me pesó, no señor. Despues entre Juanita la lañadora, las niñas de al lado y yo, cogimos una cómoda y echándola á la calle aplastamos á uno. Querian subir á matarnos; pero ¡quiá! Todo facha, nada más que facha. Más de cuarenta mujeres nos apostamos en la escalera, unas con tenedores, otras con tenacillas, éstas con asadores, aquélla con un berbiquí, estotra con una vara de apalear lana. Si llegan á subir, les hacemos pedazos. Mi marido tomó aquella lanza vieja que tiene allí desde las tan famosas guerras, y poniéndose delante de nosotras en la escalera, nos arengó y dispuso cómo nos habíamos de colocar. ¡Ah, si llegan á subir esos perros! Yo era la más vieja de todas, y la más valiente, aunque me esté mal el decirlo. Mi marido queria salir á la calle al frente de todas nosotras; pero le convencimos de que esto era una locura. Con su carga de setenta á la espalda, él hubiera partido de un lanzazo á cuantos mamelucos encontrara en la calle. ¡Ay qué dia! Cuando nos retiramos cada una á nuestro cuarto, en toda la casa no se oia más que "¡viva el Gran Capitan!„



—¡Qué dia!—exclamó melancólicamente Fernandez, disimulando el legítimo orgullo que el recuerdo de sus proezas le causara.—Á eso de las ocho de la mañana ví salir de la oficina al capitan D. Luis Daoiz. El dia anterior me habia mandado por unas botas á la zapatería de la calle del Lobo, y desde allí se las llevé á su casa en la calle de la Ternera, y cuando volví despues de hacer el mandado, viendo que habia cumplido con la puntualidad y el esmero que son en mí peculiares, me dió dos reales, que guardo en este pañuelo como memoria de hombre tan valiente.

Diciendo esto, trajo un pañuelo y desdoblando una de las puntas despaciosamente, y como si se tratara de la mas venerable y santa reliquia, sacó una moneda de plata que puso ante la vista de Santorcaz sin permitirle que la tocara.

—Esto me dió—añadió, enjugando con el mismísimo pañuelo las lágrimas que de improviso corrieron de sus ojos;—esto me dió con sus propias manos aquel que vivirá en la memoria de los españoles, miéntras haya españoles en el mundo. Yo estaba barriendo la oficina cuando entró D. Pedro Velarde buscándole, y le dije: "Mi capitan, hace un rato que salió con D. Jacinto Ruiz." Despues D. Pedro entró y estuvo disputando con el coronel: al cabo de un cuarto de hora volvió á pasar por delante de mí. ¡Quién me habia de decir...!

El Gran Capitan no pudo continuar, porque la pena ahogaba su voz; Doña Gregoria se llevó tambien la punta del delantal á los ojos, y Santorcaz, más serio y grave que ántes, respetaba el dolor de sus dos amigos.

—Me han asegurado—dijo, despues de una pausa,—que ese D. Pedro Velarde iba á comer todos los dias en casa de Murat. ¿Es que simpatizaba con los franceses?

—No, no; y quien lo dijere miente—exclamó D. Santiago, dejando caer de plano sobre la mesa sus dos pesadísimas manos.—D. Pedro Velarde pasaba por un oficial muy entendido en el arma, y como fué de los que el Rey envió á Somosierra á recibir al *melenudo*, éste le trató, supo conocer sus buenas dotes y quiso atraérselo. ¡Bonito genio tenia D. Pedro Velarde para andarse con mieles! Le convidaban á comer, obsequiábanle mucho; pero bien sabian todos que si nuestro capitan pisaba las alfombras de aquel palacio era *para conocer más de cerca á la canalla*, como él mismo decia.

—Él y sus compañeros de Monteleon—dijo Santorcaz,—demostraron un valor tanto más admirable, cuanto que es completamente inútil. Aquí están ciegos y locos. Creen que es posible luchar ventajosamente contra las tropas más aguerridas del mundo, sin otros elementos que un ejército escaso, mal instruido, y esas nubes de paisanos que quieren armarse en todos los pueblos. La obstinacion ridícula de esta gente hará que sean más dolorosos los sacrificios y el número de víctimas mucho más grande, sin que puedan vanagloriarse al morir de haber comprado con su sangre la independencia de la patria. España sucumbirá, como han sucumbido Austria y Prusia, naciones poderosas, que contaban con buenos ejércitos y Reyes muy valientes.

—¡Esos países no tienen vergüenza!—exclamó con furor D. Santiago Fernandez, levantándose otra vez de su asiento.—En Austria y Prusia habrá lo que usted quiera; pero no hay un Valdesogo de Abajo, ni un Navalagamella.

Discretísimo lector: no te rias de esta presuntuosa afirmacion del

Gran Capitan, porque bajo su aparente simpleza encierra una profunda verdad histórica.

Santorcaz soltó de nuevo la risa al ver el acaloramiento de su amigo, cuyas patrióticas opiniones apoyó de nuevo su esposa, hablando así:

—Aquí somos de otra manera, Sr. de Santorcaz. Usted viviendo por allá tanto tiempo, se ha hecho ya muy extranjero y no comprende cómo se toman aquí las cosas.

—Por lo mismo que he estado fuera tanto tiempo, tengo motivos para saber lo que digo. He servido algunos años en el ejército francés; conozco lo que es Napoleon para la guerra, y lo que son capaces de hacer sus soldados y sus generales. Cien mil de aquéllos han entrado en España al mando de los jefes más queridos del Emperador. ¿Saben ustedes quién es Lefebvre? Pues es el vencedor de Dantzig. ¿Saben ustedes quién es Pedro Dupont de l'Etang? Pues es el héroe de Friedland. ¿Conocen ustedes al duque de Istria? Pues es quien principalmente decidió la victoria de Rívoli. ¿Y qué me dicen de Joaquin Murat? Pues es el gran soldado de las Pirámides, y el que mandó la caballería en Marengo...

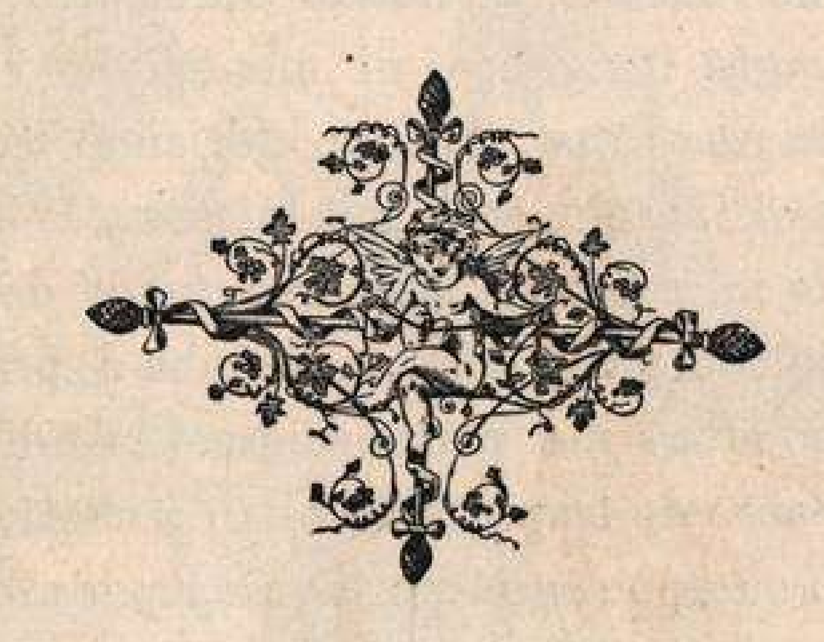


—No, no le nombre usted—dijo Doña Gregoria,—porque si todos los demas son como ese de *las melenas*, buena gavilla de perdidos ha metido Napoleon en España.

—Sr. de Santorcaz—añadió con grave comedimiento el Gran Capitan,—ya sabe usted que un hombre como yo, testigo de cien combates, no se traga ruedas de molino, y todas esas heroicidades del general Pitos y del general Flautas las vamos á ver de manifiesto ahora, sí señor. Y supongo que usted habrá venido para ponerse de parte de ellos, pues quien tanto les alaba y admira, es natural que les ayude.

—No—repuso Santorcaz;—yo he vuelto á España para un asunto de intereses, y dentro de unos dias partiré para Andalucía. Cuando arregle mi negocio, me volveré á Francia.

—¡Qué mal hombre es usted!—exclamó Doña Gregoria.—Y su pobre padre, y toda la familia llorando su ausencia, y muertos de pena sin poder traer al buen camino á este calaverilla que durante quince años y desde aquella famosa aventura... Pero chiton—añadió volviendo la cara hácia mí;—me parece que el chico se ha despertado y nos está oyendo.



II



os tres me miraron y yo observé claramente cuanto me rodeaba, pudiendo apreciarlo todo sin mezcla de vagas imágenes, ni mentirosas visiones. Hallábame en una cama, de cuyo durísimo colchon daban fé las mortificaciones de mis huesos y la instintiva tendencia de mi cuerpo á arrojarse fuera de ella, miéntras uno de mis brazos, fuertemente vendado, se negaba á prestarme apoyo, tan inmóvil y rígido como si no me perteneciera. Asimismo rodeaba mi cabeza complicado turbante de trapos que olian á ungüentos y vinagre, y mi débil y extenuado cuerpo sentia por aquí y por allí terribles picazones. El lecho en que yacía tan incómodamente ocupaba el rincon del cuarto, el cual era de ordinarias dimensiones, con blancos muros y suelo de ladrillos, mal cubiertos por una vieja y acribillada estera de esparto. Algunas láminas de santos, á quienes el artista grabador habia dado nuevo martirio en sus impíos troqueles, adornaban la desnuda pared, en uno de cuyos testeros ostentaba su temerosa longitud la lanza del Gran Capitan. En el centro de la pieza hallábase la mesa, que sostenia un candil de cuatro mecheros, y junto á ella, sentados en sendas sillas de cuero, que lastimosamente gemian al menor movimiento, estaban los tres personajes cuya conversacion hirió mis oidos cuando volví de un largo parasismo.

Todos fijaron en mí la atencion, y Doña Gregoria, acercándose maternalmente á mi cama, me habló así:

—¿Estás despierto, niño? ¿Ves y entiendes? ¿Puedes hablar? Pobrecito: ya se te ha quitado la terrible calentura, y el Santo Ángel de tu Guarda

ha conseguido del Padre Eterno que te otorgue el seguir viviendo. ¿Cómo estás? ¿No ves á los que estamos aquí? ¿Nos conoces? ¿Entiendes lo que decimos? Debes de estar bien, porque ya no dices desatinos, ni quieres echarte de la cama, ni nos insultas, ni dices que nos vas á matar, ni llamas á D. Celestino ni á la Doña Inés, que te traian trastornado el juicio. Estás bien, ya estás fuera de peligro, y vivirás, pobre niño; pero ¿has



D. Luis de Santorcaz.

perdido la razon, ó Dios quiere que te veamos en tu sér natural, sano y completo y cuerdo, tal y como estabas ántes de que aquellos caribes...?

—Y en verdad, no sé cómo ha escapado el infeliz—dijo Fernandez á Santorcaz.—Tres balazos tenia en su cuerpecito: uno en la cabeza, el cual no es más que una rozadura, otro en el brazo izquierdo, que no le

dejará manco, y el tercero en un costado, y en parte sensible, tanto que si no le hubieran sacado la bala, no le veríamos ahora tan despiertillo.

Aquellas bondadosas personas me instaron para que hablase, mostrándoles que mi razon, como mi cuerpo, se habia repuesto de la tremenda crísis á que estuviera sujeta. Tambien acudió con cariñosa solicitud á darme alimento la ejemplar Doña Gregoria, y tomado aquél ávidamente por mí, me sentí muy bien. ¿Habia resucitado ó habia nacido en aquella noche?

—Ahora, chiquillo, estate tranquilo—continuó Doña Gregoria, sentándose junto á mí.—¡Cuánto se va á alegrar el Sr. Juan de Dios cuando te vea!

—¡Cómo!—exclamé con la mayor sorpresa.—¿Juan de Dios vive aquí? ¿Pues en dónde estoy? ¿Y ustedes quiénes son? ¿Qué ha sido de Inés?

—¡Otra vez Inés! Este jóven no está todavía bueno. Dejémonos de Ineses y á descansar.

Santorcaz se llegó á mí, y mostrándome algun interés, me dijo:

—¡Pobrecito! ¡Con que te fusilaron! El gran duque de Berg es hombre terrible y sabe sentar la mano. Dicen que mataste más de veinte franceses. Ya me contarás tus hazañas, picaron. Y dí, ¿tienes ánimo de volver á hacer de las tuyas? Me parece que no... porque habrás visto que esa gente gasta unas bromas un poco pesadas.

Dicho esto, Santorcaz, tomando su capa, se marchó.

La sensacion que yo experimentaba al verme allí, tornado nuevamente y de improviso, segun mi entender, á la vida, en presencia de personas desconocidas y volviendo sin cesar al pasado mi pensamiento, recien salido de una sombra profunda; las impresiones de mi alma, á quien el repentino despertar, despues de un largo entumecimiento, habia dado cierta actividad ansiosa, fueron causa de que no pudiera estar tranquilo, como me rogaban el Gran Capitan y su mujer. Hacíales mil preguntas diversas, con la curiosidad del que volviendo al mundo despues de un siglo de muerte real, deseara conocer en un instante cuanto ha pasado en el planeta durante su ausencia. Á todo contestaban que me estuviera quieto y sin cuidarme de nada, para que no me repitiesen los accesos de fiebre; pero no pude conseguir este objeto, y si descansé un poco, procurando poner á un lado mis terribles recuerdos y apartar de la vista las siniestras figuras que se habian hecho compañeras inseparables de mi espíritu, poco despues, cuando ya avanzada la noche, llegó Juan de Dios, me sentí tan vivamente inquieto al verle, que á no impedírmelo mi debilidad, habria saltado del lecho para correr hácia él, arrastrado por un

odio terrible y por una curiosidad más fuerte aún que el odio. El antiguo mancebo de D. Mauro Requejo estaba tan demacrado, tan excesivamente amarillo y mustio, que parecia haber vivido diez años de penas en el transcurso de algunos dias. Sus ojos encendidos conservaban huellas de recientes lágrimas, y su desmadejado cuerpo se movia con pesadez, como si le fatigara su propio peso. Arrojóse en una silla junto á mi cama, cuando los dos ancianos se retiraban á su aposento, y me habló así:

—Gabriel, ¿ya estás bueno? ¿Has recobrado el juicio? ¿Entiendes lo que se te dice?

—¿Dónde está Inés?—le pregunté con ansiedad.

—¡Oh, desgraciado de mí!—exclamó, ocultando el rostro entre las manos.—Tú estás enfermo todavía, y si te doy la noticia... ¿Que dónde está Inés? Espántate, Gabriel, porque no lo sé. Yo estoy loco, yo estoy imbécil. Llevo quince dias de dolores que á nada son comparables. Las lágrimas que he derramado podrian agujerear una peña. Ahora mismo... ¿de dónde crees que vengo? Pues vengo de la bóveda de San Ginés, adonde voy todas las noches á mortificarme el cuerpo con disciplinazos, por ver si Dios se apiada de mí y me devuelve lo que me quitó, sin duda en castigo de mis grandes pecados.

Despues de enjugar sus lágrimas y sonarse con estrépito, continuó así.

—Yo saqué á Inés de la huerta del Príncipe Pio. ¡Ay! si no te salvaste tambien tú, fué porque no pude, que bien lo intenté; te juro que lo intenté. Inés se desmayó, y no pudiendo traerla aquí, por ser esto muy léjos, Lobo me indujo á llevarla á casa de unas que él llamaba honradísimas señoras, donde permaneceria hasta tanto que fuera posible traerla aquí para casarme con ella... ¡Oh, infame legista, miserable enredador, tramposo y falsario! Inés me abofeteó, Gabriel, al verse en aquella casa, y me clavó en las mejillas sus deditos. No puedes formarte idea de las palabras tiernas que le dije para que se calmara; pero nada podia consolarla de que no os hubiérais salvado tambien tú y el buen sacerdote. En vano le dije que seria mi mujer; en vano le dije que la adoraba con profundísimo amor; tambien le mostré mi dinero, prometiéndole gastar una buena parte en huir para siempre de Madrid y de España, si así lo deseaba. ¡Infeliz de mí! á estas irrecusables pruebas de mi cariño sólo contestaba llamándome bestia y ordenándome que me quitara de delante... Á cada momento te llamaba, y luégo se deshacia en lágrimas, y queria despues arrojarse fuera de la casa para volver á la Montaña. Á pesar de esto yo era feliz, porque la tenia en mis brazos, apartábale de la frente los desordenados cabellos, y con mi pañuelo le limpiaba sus lágrimas divinas, con

las cuales se refrescarian, si las bebieran, los condenados del Infierno... El pérfido Lobo no se apartaba de allí, y desde luégo me parecieron sospechosos el esmero y solicitud con que la atendia. Inés no cesaba un momento de gemir, y tanto á mi compañero como á mí nos mostraba mucha repugnancia, ordenándonos que la dejáramos sola, porque no queria vernos, y que la matáramos, porque no queria vivir. Su desesperacion llegó á tal punto que no la podíamos contener, y se nos escapaba de entre los brazos, diciendo que pues no le era posible salvaros la vida, queria ir á daros á entrambos sepultura. Por último, á fuerza de ruegos logramos calmarla un poco, prometiéndole yo acudir al lugar del suplicio á cumplir tan triste obligacion. Cuando esto le dije, me miró con tanta ternura, y despues me lo ordenó de un modo tan persuasivo, tan elocuente, que no vacilé un instante en hacer lo prometido, y salí dejándola al cuidado de Lobo. ¡Nunca tal hiciera, y maldito sea el instante en que me separé de aquel tesoro de mi vida, de aquel iman de mi espíritu! Gabriel, corrí á la Moncloa, me acerqué á los grupos en que eran reconocidos los cadáveres, y anduve de un lado para otro esperando encontrarte entre aquellos que, abandonados hasta en tan triste ocasion, no tenian quien formara á su alrededor concierto de llantos y exclamaciones... Al fin encontré al sacerdote; pero tú no estabas á su lado, pues unas mujeres compasivas, habiendo notado que vivias, te habian llevado á un paraje cercano para prodigarte algunos cuidados. Grande fué mi alegría cuando te ví abrir los ojos, cuando te oí pronunciar algunas frases oscuras, y observé que tus heridas no parecian de mucha gravedad; así es que en cuanto dimos sepultura á tu buen amigo, me ocupé de los medios de traerte á mi casa. Rogué á aquellas mujeres que te cuidaran un momento más, miéntras yo volvia con una camilla, y al salir de la huerta, me regocijaba con la idea de participar á Inés que estabas vivo. "¡Cuánto se va á alegrar la pobrecita!„ decia para mí, y yo me alegraba tambien, porque habia comprendido por sus palabras que aquella flor de Jericó te apreciaba bastante, ¿no es verdad? ¡Ay! Gabriel, tú hubieras sido nuestro criado, tú nos hubieras servido fielmente, ¿no es verdad?... Pues bien, hijo, como te iba diciendo, corrí desalado á comunicarle la feliz nueva de tu salvacion, y cuando entré en la casa donde la habia dejado, Inés ya no estaba allí. Aquellas señoras desconocidas dijéronme que Lobo se habia llevado á la jóven, y como yo les manifestara mi extrañeza é indignacion, llamáronme estúpido y me arrojaron de su casa. Volé á la de ese miserable ladron; mas no le pude ver ni en todo aquel dia ni en los siguientes. Figúrate mi desesperacion, mi agonía, mi locura; yo no sé cómo no entregué

el alma á Dios en aquellos dias, porque además de mi gran pena, me consumia una fuerte calentura, á consecuencia de la herida de esta mano, pues bien viste que perdí dedo y medio en la calle de San José... ¿Crees que me curaba? Ni por pienso. Despues que el boticario de la Palma Alta me vendó la mano, no volví á acordarme de tal cosa, y no digo yo dedo y medio, sino los cinco de cada mano me hubiera yo arrancado con los dientes, con tal de hallar á mi idolatrada Inés, ¡á aquella rosa temprana, á aquel jazmin de Alejandría! Durante este tiempo no me olvidé de tí, pues el mismo dia 3 te hice conducir á esta casa, que es la mia, en la cual has permanecido hasta hoy, y donde, gracias á los cuidados de tan buena gente, has recobrado la salud.

—¿Pero Lobo ha desaparecido tambien?—pregunté con afanoso interés. —Si no ha desaparecido, ¿no puede obligársele á decir qué ha hecho de Inés?

—Al cabo de diez dias le encontré al fin en su casa. ¿Sabes tú lo que me dijo el muy embustero? Pues verás. Despues de reirse de mí, llamándome bobo y mentecato, me dijo que no pensara en volver á ver á Inés, porque la habia entregado á sus padres. "¿Pues acaso Inés tiene padres?„ le dije. Y él me contestó: "Sí, y son personas de las principales de España, por lo cual he creido de mi deber entregarles la infeliz jovenzuela, desde tanto tiempo condenada á vivir fuera de su rango y entre personas de inferior condicion.„ Me quedé atónito; pero al punto comprendí que esto era invencion de aquel inícuo tramposo embaucador, y en mi cólera le dije las más atroces insolencias que han salido de estos lábios... ¿No crees tú como yo que lo de entregarla á sus desconocidos padres es pura fábula de Lobo, para ocultar así su crímen? Gabriel, ¿no te extremeces de espanto como yo? ¿Dónde estará Inés? ¿Dónde la tendrá ese mónstruo? ¿Qué habrá hecho de ella? ¡Ay! Yo la he buscado sin cesar por todo Madrid; he pasado noches enteras junto á la casa de la calle de la Sal, examinando quién entraba y quién salia; he dado dinero á los criados, aguadores, lavanderas, á los escribientes del licenciado, á cuantas personas visitaban la casa; pero nadie me ha sabido dar razon: nadie, nadie. ¿Es esto para desesperarse? ¿Es esto para morirse de pena? ¡Trabajar tanto, cavilar tanto para sacarla del poder de sus tios; cometer grandes pecados, y exponer uno su alma á las horribles penas del Infierno, para ver desvanecida como el humo aquella esperanza encantadora, aquella soñada dicha y suprema felicidad!... ¿Será castigo de Dios por mis culpas, Gabriel? ¿Lo crees tú así? ¿Apruebas lo que estoy haciendo ahora? que es rezar mucho y pedir á Dios que me perdone, ó que me devuelva á Inés,

aunque no me perdone? ¿Crees tú que concurriendo á la bóveda de San Ginés con mucha constancia y devocion, podré alcanzar de Dios alguna misericordia? ¡Ay! Si las lágrimas que he derramado hubiesen caido todas en el corazon de ese infame Lobo, habríanle atravesado de parte á parte haciendo el efecto de un puñal. ¿Dónde está Inés? ¿Qué es de ella? ¿Vive ó muere? Gabriel, tú tienes ingenio, y Dios ha querido que recobres tu preciosa vida para que desbarates los inícuos planes de ese mónstruo abominable, y devuelvas á Inés su anhelada libertad, así como á mí la paz del alma que he perdido quizás para siempre.



Así habló el afligido hortera, y oyéndole no pude ménos de compadecerle por los tormentos de su alma, tan apasionada como inocente. No se cansó de hablar hasta muy avanzada la noche, siempre sobre el mismo tema y con iguales demostraciones dolorosas. Al fin su voz se perdió para mí en el vacío de un silencio profundo, porque me quedé dormido, cediendo mi atencion y curiosidad á la fatiga y flaqueza de ánimo que me consumian aún.



III



L dia siguiente la primera persona que vieron mis ojos fué Doña Gregogia, á quien ya habia empezado á tener cariño, pues tan propio de la caridad es inspirarlo en poco tiempo. La mujer del Gran Capitan limpiaba la sala, procurando mover los trastos lentamente para no hacer ruido, cuando desperté, y al punto lo dejó todo para correr á mi lado.

—Esa cara está respirando salud—me dijo.—Veremos lo que dice hoy D. Pedro Nolasco cuando te vea.

—¿Y quien es ese D. Pedro Nolasco?—pregunté, sospechando fuera el citado varon algun médico afamado de la vecindad.

—¿Quién ha de ser, hijo? El albéitar, que vive en el cuarto número 14. Aquí no gastamos médico, porque es bocado de príncipes. Y cuando Fernandez padece del reuma, le ve D. Pedro Nolasco, que es un gran doctor. Á él debes la vida, chiquillo, y él te sacó del costado la bala; que si no, á estas horas estarias en el otro mundo.

Oido esto, le hice varias preguntas acerca de su condicion y la calidad de la casa, á las que satisfizo bondadosamente, diciendo que su esposo era portero en una oficina del ramo de la Guerra, y que con su sueldo, y lo que el Sr. Juan de Dios les daba por su modesto pupilaje, pasaban la vida pobres y contentos.

—Esta no es casa de huéspedes, porque nosotros no queremos barullo—continuó;—pero hace mucho tiempo que conocemos al Sr. de Arroiz y por eso le tenemos aquí. Este Sr. de Santorcaz que has visto anoche, y que

no ha de tardar en venir, es un jóven á quien conocimos en Alcalá, cuando estábamos allí establecidos, y él corria la tuna en aquella célebre Universidad. Ha sido muy calavera, y sus padres no le han vuelto á ver desde que se marchó á Francia hace quince años, huyendo de una persecucion muy merecida, á consecuencia de sus barrabasadas y viciosas costumbres. ¡Desgraciado jóven! Allá ha sido soldado, y cuando nos cuenta sus trabajos y penalidades nos quedamos como si oyéramos leer la novela *El asombro de la Francia, Marta la Romarantina*, aunque Santiago dice que todo lo que cuenta es mentira. Á pesar de que es un tarambana, nosotros apreciamos á este mala cabeza de Santorcaz, y él no nos quiere mal; así es que cuando se aparece por España, siempre viene á parar á nuestra casa, donde le damos hospitalidad por bien poco dinero. ¡Ay! sí, por bien poco dinero: verdad es que si le pidiéramos mucho, el infeliz no podria dárnoslo, porque no lo tiene. Y no es porque haya nacido de las yerbas del campo, pues su familia á un buen solar de tierra de Salamanca pertenece: sólo que como no es primogénito... su padre se empeñó en dedicarle á la Iglesia, y el pobre chico no tenia aficion de misacantano...

Estábamos Doña Gregoria y yo enfrascados en este coloquio, que no dejaba de interesarme, cuando volviendo de su oficina D. Santiago Fernandez, quitóse gravemente el pesado uniforme, que su consorte colgó en la percha, no léjos de la amenazadora lanza, y se dispuso á comer.

—Grandes noticias te traigo, mujer—dijo con retozona sonrisa, sentado ya en el sillon de cuero y con ambas manos posadas en las respectivas rodillas, mientras con lento compás movia el cuerpo.—Te vas á poner más contenta...

—No puede ser sino que el Gran Duque ha reventado ya de los cólicos que padecia.

—No, no es eso, mujer. ¿Quién te dijo que Navalagamella le habia declarado la guerra á la *canalla*? No es Navalagamella sólo, mujer; es Astúrias, Leon, Galicia, Valencia, Toledo, Búrgos, Valladolid, y se cree que tambien Sevilla, Badajoz, Granada y Cádiz. En la oficina lo han dicho, y si vieras cómo están todos bailando de contento... Oficial conozco que no ha dormido en toda la noche esperando el correo, y si supieras, mujer... Á tí te lo puedo decir, y no importa que lo oiga este chico. Oye, oid los dos: muchos oficiales se han fugado, sin que en los cuarteles ni en sus casas se sepa dónde están. Y dirás tú, "¿pues dónde están?„ Yo lo sé, sí señora, yo lo sé: se han ido á unirse á los ejércitos españoles que se están formando... ¿á que no sabes dónde se están formando? Pues yo lo sé, sí señora, yo lo sé: uno se está formando en Valladolid, y lo mandará

D. Gregorio de la Cuesta; otro en Astúrias y Galicia, que corre á cargo de Blake... y el tercero... Esta es la más gorda de todas: ¿te la digo?

—Hombre, sí, díla, no nos dejes á media miel.

—Pues se dice por ahí que las tropas de Andalucía se sublevarán, sí señor, se sublevarán. ¡Pues no se han de sublevar!... Si en cuanto uno dé la voz empieza á desfilar nuestra gente, y ni un ranchero español quedará á las órdenes de Murat, ni de la Junta.

—Veo que lo van á pasar mal, Santiago. Pero siento golpes en la puerta. Son los vecinos que vienen á saber noticias... Pase usted, señor D. Roque; pasen ustedes, niñas; pase usted, Sr. de Cuervaton.

Abrió Doña Gregoria la puerta y penetraron en ordenada falange como una docena de personas de uno y otro sexo, y de diferentes edades y fachas, las cuales personas eran los vecinos más adictos á la simpática persona del Gran Capitan, y además entusiastas creyentes de sus noticias, por lo cual acudian todas las mañanas cuando aquél regresaba de la oficina, con el anhelo de saciar en la fuente más pura y cristalina la ardorosa curiosidad que entónces devoraba á los habitantes de Madrid. ¿Debo detenerme en enumerar á tan dignas personas? ¿Para qué, si el lector no necesita conocer al lañador, ni al talabartero, ni tampoco á D. Roque, el arruinado comerciante, ni al Sr. de Cuervaton, ni ménos á las niñas de la bordadora en fino? Dejémosles envueltos en el velo de su discreto incógnito, y oigamos á Fernandez, que desbordándose de su propio sér, á causa de la exorbitante hinchazon de su orgulloso júbilo, iba contando lo que oyera, sin dejar de aderezar sus relatos con la sal y pimienta de la exageracion.

—Pues en Andalucía—dijo,—en Andalucía... ya saben ustedes dónde está Andalucía; como si dijéramos en Cádiz... pues. Dicen que la Junta de Sevilla ha armado un gran ejército, con las tropas que estaban en San Roque. ¿Saben ustedes lo que es San Roque? Pues es como si dijéramos... supongan ustedes que aquí está Gibraltar, pues aquí abajito está San Roque.

—Este D. Santiago lo sabe todo.

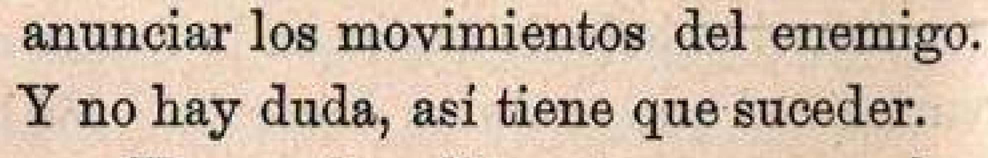
—Ya, como quien ha visto tantas tierras y ha estado en tantas batallas.

—En San Roque están las mejores tropas de España, tanto en infantería como en artillería y caballos; de modo que si se forma ese ejército, y viene sobre Madrid... ¡Jesús!

—¡Jesús!—repitió un coro de diez voces.

—¿Usted cree que vendrá sobre Madrid?—preguntó uno de los concurrentes.

—Eso es lo que no puedo asegurar—repuso con énfasis el Gran Capitan.—Pero á lo que yo entiendo, y segun la experiencia que adquirí en aquellas terribles guerras, me atrevo á decir que el ejército de Andalucía viene sobre Madrid, y si hace lo mismo el de D. Gregorio de la Cuesta, juzguen ustedes el susto que pasarán los franceses. Hay que guardar el secreto: mucho cuidado, señores, y ustedes, niñas, guárdense muy bien de ir contando estas cosas cuando vayan á la costura, porque puede llegar á oidos del Gran Duque de Berg... Yo creo que pasará lo siguiente: El ejército de Andalucía vendrá á la Mancha; los franceses irán á batirlos, dejando libre á Madrid, donde entrará D. Gregorio de la Cuesta, el cual si sigue despues hácia el Mediodía, les picará la retaguardia por Tarancon, y como al mismo tiempo los de allí le harán retroceder hácia el Tajo, viéndose los franceses atacados por todos lados, por fuerza tendrán que caer en el rio, donde se ahogarán.

—¡Cuánto sabe este hombre! Es un asombro que de esa manera pueda

anunciar los movimientos del enemigo. Y no hay duda, así tiene que suceder.



—Y como la sublevacion es general—añadió Fernandez,—no podrán acudir á todos lados. Ademas no pueden contar con un solo soldado español que les ayude, porque todos desertan; de modo que si Napoleon quiere continuar la guerra en España, ya puede mandar gente.

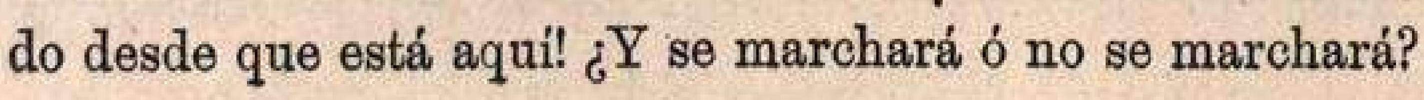
—Y como de los que vienen, la mitad mueren de borrachera...

—El mismo Murat está padeciendo unos cólicos, que se lo llevarán al otro mundo.

—¡Quiá! si lo que tiene es una enfermedad vergonzosa.

—Así pagará las que ha hecho. ¿Pues qué puede ser eso, sino castigo de Dios por su barbárie y crueldad?

—No es eso, señora; es que, segun dicen, es aficionado á la bebida.

—¡Menudas borracheras habrá tomado desde que está aquí! ¿Y se marchará ó no se marchará?


—Yo creo que sí—dijo Fernandez.—Tengo entendido que está muy disgustado, porque Napoleon no le quiere hacer Rey de España.

—Angelito; pues no pide poco que digamos.

—Y como parece que mandan de Rey al que lo es de Nápoles, un Don José, al cual, segun dicen, tambien le gusta aquello...

—Se conoce que es aficion de familia.

—Lo que debiera hacer el Sr. Fernandez—dijo el lañador,—es irse á cualquiera de esos ejércitos, donde sin duda se habia de lucir, y quién sabe si nos lo harian general de la noche á la mañana.

—Yo no sirvo para nada—contestó el Gran Capitan.—Yo tuve mi época, y ahora que trabajen otros como trabajamos los de entónces. Aquellas sí eran guerras, señores... Esto de ahora es una bobería, y sino, ya verán ustedes cómo en ménos que canta un gallo se acaba todo.

—Pero lo del ejército de Andalucía, ¿es cierto ó es puro barrunto de usted? Sepámoslo de una vez.

—Es cierto, señores. Me parece que Santiago Fernandez tiene motivos para saber lo que hace un ejército y lo que deja de hacer. Cuando empiecen nuestros generales á decir "por aquí te doy,„ ya les tendré á ustedes al tanto de todo dia por dia.

Á este punto llegaba, cuando entró Santorcaz, y no bien le vieron las honradas personas que formaban el auditorio del buen Fernandez, empezaron todos á desfilar de muy mal talante, porque la presencia del citado *flamason* era harto desagradable á todos los habitantes de la casa.

—Grandes noticias, grandes noticias traigo, Sr. D. Gonzalo Fernandez de Córdova—exclamó desde la puerta.—Aguárdense todos, si quieren saber la verdad pura. ¿Pero se van estas niñas? ¿Por qué me tienen miedo? ¿Y usted, D. Roque, no quiere escuchar?... Vayan noramala, pues, y ustedes se lo pierden, porque no saben lo que ocurre... La lanza, Sr. Fernandez, tome usted al punto la lanza, y prepárese al combate, porque se acerca lo tremendo, y ahora verá quiénes son buenos patriotas y quiénes no lo son.

—No tomemos á broma estas graves cosas, señor D. Luis—dijo algo amoscado el que podremos llamar vencedor de Cerinola,—ni nos escandalice á la vecindad con sus endemoniados aspavientos.

—¿Á que no sabe usted lo que yo sé?—añadió Santorcaz.—¿Á que no sabe usted que el general Dupont, que estaba en Toledo, ha recibido órden de marchar á Andalucía, y que Moncey sale mañana de aquí para Valencia, y que Lefebvre, que está en Pamplona, irá pronto sobre la capital de Aragon; que Duhesme se extenderá por Cataluña y que Bessie-

res baja hácia Valladolid á toda prisa con las divisiones de Lasalle y de Merle?

—¡Cómo se conoce que usted escupe en corro con la canalla! ¿Y cómo están sus mercedes del estómago? ¿Se han hecho al fin al vino de España? Y el Gran Duque de Berg, ¿cómo anda de sus calenturas? ¿Hay mieditis? Porque yo tengo para mí que si á esos señores se les caen los calzones, es porque, como dijo el otro, al que mal vive, el miedo le sigue. Yo, en verdad, no sabia lo que usted acaba de decir; pero allá en la oficina oí decir otras cosillas que no sé si sonarán bien en las orejas de la canalla. ¿Por qué no va mi Sr. D. Luis á contárselas, á ver si con el gusto se les quita el destemple?

—¿Qué noticias son esas?

—Nada, poca cosa. Cuando el francés las sepa, verá usted qué contento se pone... Que en todas las ciudades se han nombrado ó se van á nombrar Juntas, las cuales no harán caso de lo que se mande en Bayona, sino que...

—Pero si Fernando VII no es ya Rey de España, porque ha cedido sus derechos al Emperador, lo mismo que Cárlos IV. ¿Qué son esas Juntas más que cuadrillas de insurgentes?

—Sí... pues que las quiten: es cosa fácil. ¡Demonios de Juntas! Y los muy simples están formando unos ejércitos... cosa de juego, Sr. de Santorcaz; cuatro gatos que estaban ahí en el Campo de San Roque con unos cuantos cañoncillos... Y tambien han dado en armarse los paisanos, lo mismo en Castilla, que en Cataluña, que en Valencia, que en Andalucía... Pero eso no vale nada; son hombres de alfeñique y alcorza, y no digo yo con balas, con saliva los destruirán los franceses.

—¿Y todo lo que sabe usted se reduce á que la Junta de Sevilla está formando un ejército con las tropas de San Roque, que manda Castaños, y las de Granada, que están á las órdenes de Reding? Pues eso lo sabe todo Madrid.

—Mira, Fernandez—dijo oficiosamente Doña Gregoria,—haces mal en revelar lo que sabes por tan buen conducto, porque yo no soy lerda para conocer que lo que hace nuestro ejército no se debe decir. Y si no, pongo por caso: si tú, que estás enterado de todo, á causa de tu gran tino para la guerra, descubres lo que hace el ejército de Andalucía y llega á oidos del francés, puede aprovecharse de la noticia, y entónces...

—¡Qué ha de aprovecharse, mujer, ni qué entiendes tú de estas cosas! Al contrario, yo quiero que el Sr. de Santorcaz vaya con el cuento. Y tambien en Castilla...

—Otro ejército, sí, compuesto de Guardias de Corps, acostumbrados á hacer la guerra en los palacios, de estudiantes, de paletos y contrabandistas. ¡Ah!—exclamó Santorcaz, dando tregua á las bromas y hablando con completa seriedad.—Es una desgracia para nosotros el tener que confesar que no podemos batirnos con los franceses. ¿Qué importa que se armen multitud de paisanos, si esas turbas indisciplinadas ántes que ayuda serán elemento de desconcierto para el escaso ejército español? ¿Qué obstáculo pueden ofrecer á los que han sometido la Europa entera, esos infelices alucinados, á quienes engaña su ignorancia? ¿Tienen idea de lo que sig-



nifican la prevision, la táctica, el genio de un jefe experto, para decidir la victoria? Es una triste cosa haber llegado á este extremo por las torpezas de nuestros Reyes; pero una vez aquí, no hay más remedio que someterse á lo que la Providencia ha querido hacer de nosotros. España no puede resistir la invasion, porque si la resistiera haria un milagro, una hazaña sobrenatural y nunca vista. Condenada á ser de Napoleon y á ver sentado en su trono á un Rey de la familia imperial, lo más cuerdo es resignarse á este resultado con la conciencia de haberlo merecido.

—¡Que España será francesa, que España será de Napoleon!—exclamó el Gran Capitan, encendido en violenta ira.—Sr. de Santorcaz, usted es un insolente, usted es un deslenguado, usted no tiene respeto á mis canas. Ya ¿qué se puede esperar de un trapisondista calavera como usted, que ha abandonado á su familia por irse al extranjero á aprender malas mañas? ¡Decir que España ha de ser francesa! Salga usted de mi casa, y no ponga más los piés en ella. ¿Qué te parece, Gregoria? Mujer, ¿te estás con esa calma y no bufas de cólera como yo?

Y levantándose de su asiento, indicó á Santorcaz con majestuoso gesto la puerta de la sala; mas como D. Luis no tuviera humor de marcharse, porque todos los dias se repetia la misma escena sin resultado alguno, preparábase á comer tranquilamente, dejando que se desvaneciera, como efectivamente se desvaneció sin efusion de sangre, la ira de su honrado amigo. Durante la comida, D. Santiago gruñó un poco; pero la prudencia y discrecion de su esposa evitó un choque que pudiera haber tenido calamitosas consecuencias.



IV



o que he contado pasaba el 20 de Mayo, si no me engaña la memoria. Poco á poco fuí avanzando en mi convalecencia, y en pocos dias me hallé ya con fuerzas suficientes para levantarme y dar algunos paseos por los grandes corredores de la casa, pues la vivienda del Gran Capitan tenia como único desahogo el largo pasillo, en cuya pared se abrian hasta veinte puertas numeradas, albergues de otras tantas familias. Peor que mi cuerpo se hallaba mi alma, llena de turbaciones, de sobresaltos y congojas, tan apenada por terribles recuerdos como por angustiosas presunciones, de tal modo que mi pensamiento corria á refugiarse alternativamente de lo pasado á lo futuro, buscando en vano un poco de paz.

La muerte del cura de Aranjuez, sin dejar de formar en mi alma un gran vacío, me era ménos sensible de lo que á primera vista pudiera parecer, porque conceptuándola yo como tránsito que habia llevado un nuevo santo á las falanges del Paraiso, consideraba á mi amigo en su verdadero lugar, y no tan léjos de nosotros que pudiera desampararnos si le invocábamos.

En cuanto á Inés, no dudaba que existia en poder de alguien que la protegiera por encargo de los parientes de su madre, y aunque para esta creencia no tenia más dato que la relacion del alucinado Juan de Dios, yo me confirmaba cada vez más en ella, fundándome en antecedentes que omito por ser de mis lectores conocidos, y en la sórdida avaricia del licenciado Lobo, á cuyo carácter correspondia perfectamente el apoderarse

de la muchacha para entregarla, mediante una buena recompensa, á quien deseaba poseerla.

Todo mi afan consistia en hallarme completamente restablecido para poder salir á la calle, y cuando lo conseguí, tuve el gusto de darme á conocer á todos mis amigos como un verdadero resucitado, ó alma del otro mundo, que vuelve con forma corporal á cobrar deudas atrasadas.

No tendrán ustedes idea del aspecto que ofrecia entónces Madrid, si no les digo que la gente toda andaba azorada y aturdida, á veces llena de miedo y á veces haciendo esfuerzos para disimular su alegría. El odio á los franceses no era odio, era un fanatismo de que no he conocido despues ningun ejemplo; era un sentimiento que ocupaba los corazones por entero sin dejar hueco para otro alguno, de modo que el amar á los semejantes, el amarse á sí mismo, y hasta me atrevo á decir el amar á Dios, se adoptaban y sometian como fenómenos secundarios al gran aborrecimiento que inspiraban los verdugos del pueblo de Madrid.

Á éstos se les veia solos en todos los sitios: su presencia hacia detener ó apresurar á los transeuntes; y era tan extraordinario este desvío, que hasta parecian ellos mismos afectados de profundo pesar, y se les observaba taciturnos y foscos, sintiendo que el suelo les quemaba las plantas de los piés. Habian llenado de trincheras y baterías el Retiro, y para ver en todo su orgullo y presuncion á los invasores, no habia más que dirigir el paseo hácia Oriente, y se les encontraba en grandes grupos alrededor de las cantinas, ó paseando por la carretera de Aragon. Ningun español se encaminaba hácia allí, á no ser los granujas que, entónces como ahora, gustaban de meter las narices en todas partes. Yo, llevado de mi curiosidad, me acerqué al Retiro, y tambien recorrí otros sitios hácia el Mediodía, igualmente ocupados como posiciones ventajosas.

En el interior de Madrid las tiendas estaban desiertas, pues todas las personas que se juntaban para pedir ó comunicar noticias se reunian en parajes ocultos, siendo de notar que ya entónces comenzaban á dar sus primeras señales de vida las sociedades secretas, aunque yo no ví ninguna, y digo esto sólo con referencia á vagos rumores. Como el afan por tener noticias relativas al levantamiento de las provincias era una fiebre de que no estaban exentos ni los niños, ni los ancianos, ni las mujeres, cuando se sabia que D. Fulano de Tal habia recibido una carta de Andalucía, de Galicia ó de Cataluña, la casa se llenaba de amigos, y hasta los desconocidos se permitian invadirla ruidosamente para no esperar á que se les contara el gran suceso. Sacábanse copias de las cartas que hablaban de la Junta de Sevilla y de la sublevacion de las tropas de San Roque, y

aquellas copias circulaban con una rapidez que envidiaria la moderna imprenta.

Todos los dias y á todas horas se hablaba de los oficiales que habian huido de Madrid para unirse á los ejércitos de Cuesta ó de Blake, y cuando se tropezaba con un militar ó con algun jóven paisano de buen porte y bríos, no se le hacia otra pregunta que esta: "¿Usted cuándo se va?„ Las familias de las víctimas se habian olvidado ya de rezar por los muertos, y pensaban en equipar á los vivos. Escaseaban los jornaleros y menestrales, porque de los barrios bajos partian diariamente muchos hombres á engrosar las partidas de Toledo y la Mancha, y á pesar de los brutales bandos del general francés, ni faltaban armas en las casas, ni los fugitivos partian con las manos vacías.

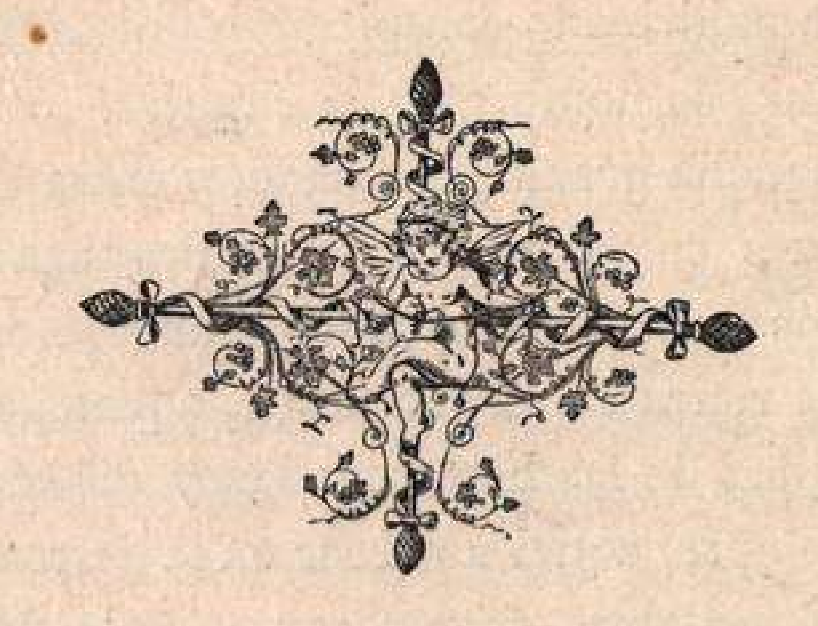
Los invasores, que vigilaban el odio de la capital con la suspicacia medrosa del que ha padecido sus terribles efectos, no permitian, siendo tan grande su número y fuerza, que se manifestara lo que los madrileños pensaban y sentian; pero áun así, ¡cuántos cantares, cuántas jácaras, romances y décimas brotaron de improviso de la vena popular, ya amenazando con rencor, ya zahiriendo con picantes chistes á los que nadie conocia sino por el injurioso nombre de *la canalla!*

En el fondo de aquella grande agitacion, y entre tantos recelos, habia un júbilo secreto, pues como un dia y otro llegaban noticias de nuevos levantamientos, todos consideraban á los franceses como puestos en el vergonzoso trance de retirarse. Aquel júbilo, aquella confianza, aquella fé ciega en la superioridad de las heterogéneas y discordes fuerzas populares, aquel esperar siempre, aquel no creer en la derrota, aquel *no importa* con que curaban el descalabro, fueron causa de la definitiva victoria en tan larga guerra, y bien puede decirse que la estrategia, y la fuerza y la táctica, que son cosas humanas, no pueden ni podrán nunca nada contra el entusiasmo, que es divino.

Como era natural, las noticias del levantamiento se exageraban mucho, y el entusiasmo popular veia miles de hombres donde no habia sino centenares. Cuando las noticias venian de Bayona, eran objeto de sistemático desprecio, y las disposiciones del palacio de Marrás, así como la convocatoria de irrisorias Córtes en la ciudad del Adour, y el pleito homenaje por algunos grandes tributado á Bonaparte, daban pábulo á las sátiras más sangrientas. Cuando alguno decia que vendria de Rey á Madrid el hermano de Napoleon, daba el pié para las más ingeniosas improvisaciones del género epigramático.

Todas las tertulias, que entónces eran muchas, pues la sociedad no se

desparramaba aún por los cafés, eran, digámoslo así, verdaderos clubs donde latia sorda y terrible la conspiracion nacional. Se conspiraba con el deseo, con las noticias, con las sospechas, con las exageraciones, con las sátiras, con verdades y mentiras, con el llanto tributado á los muertos y las oraciones por el triunfo de los vivos.



V


AL estaba Madrid á fines de Mayo de 1808, ántes de que sonaran los primeros cañonazos de Cabezon y los primeros tiros del Bruch. Dicho esto, se me permitirá que hable un poco de mi persona, pues atendiendo á que la desgracia halla siempre eco en las personas discretas y sensibles, creo que no soy saco de paja á los ojos de mis lectores, y que algun interés les inspiran los penosos trances de mi borrascosa existencia. Necesito, además, explicar por qué causas emprendí mi viaje á Andalucía entre Mayo y Junio; y si de buenas á primeras me presentara camino de Despeñaperros en compañía del desconocido Santorcaz, ustedes no acertarian á explicarse ni los móviles de jornada tan peligrosa, ni mi repentino acomodamiento con aquel hombre singular.

Es, pues, el caso que no satisfecho con las noticias que acerca de Inés me dió Juan de Dios, traté de averiguar la verdad y tuve la feliz ocurrencia, mejor dicho, la inspiracion de presentarme en casa de la marquesa, á quien no hallé; mas quiso la Divina Providencia que un criado, conocido mio desde la famosa noche de la representacion, me saliera al encuentro, y despues de mostrarse muy obsequioso, satisficiera mi curiosidad sobre aquel punto. Segun me dijo, el mismo dia 3 de Mayo se presentó allí un hombre de antiparras verdes, el cual conducia dentro de una litera á cierta jóven llorosa y al parecer enferma. No encontrando á la señora, preguntó por su hermano, con el cual hubo de conferenciar más

de dos horas, despues de cuyo tiempo despidióse, dejando á la madamita en la casa.

El hermano de la señora marquesa, que no era otro que aquel simpático diplomático á quien conocimos en Octubre de 1807, partió el dia 4 para Córdoba á unirse con su hermana y sobrina, y ¡cosa rara!—decia aquel curioso servidor,—se llevó consigo á la jovenzuela.



—¿De modo que ahora están todos en Córdoba?—le pregunté.

—Sí, y segun noticias, no piensan venir hasta que no se acaben estas cosas. Eso de la muchacha que trajeron en la litera ha dado mucho que hablar á la servidumbre, y, segun dice mi mujer... más vale callar. El hombre aquel de las antiparras verdes habia estado ya algunos dias aquí, y unas veces la señora condesa, otras su tia, le recibian. Mal hombre parece.

—¿Y la jóven no hizo resistencia cuando se la quisieron llevar?

—Si parecia muerta; ¿qué resistencia podia hacer? Si tuvimos que cargarla entre dos para ponerla en el coche...

Ignoro si esto que oí y puntualmente refiero llamará la atencion de ustedes; pero lo que sí les ha de causar sorpresa, ¡qué digo sorpresa! asombro grandísimo, es el saber que me atreví á desafiar las iras del licenciado Lobo, del mismo Lobo de marras, no vacilando en arriesgarlo todo por esclarecer más aún lo que tan hondamente me preocupaba. No queriendo aparecer ni áun en sombra por la aborrecida calle de la Sal, busquéle allá por la alcaldía de Casa y Córte, donde con toda seguridad pensaba encontrarle, y al punto que me vió... No, no es verosímil, no lo van ustedes á creer. ¿Necesitaré jurarlo? Pues lo juro: juro que es la pura verdad... Pues bien: al pronto que me vió, echóme los brazos al cuello, demostrando gran interés por mi persona, y no sólo me pidió nuevas acerca de mi salud, sino que me rogó le contase algunos pormenores acerca de mi fusilamiento y para él milagrosa resurreccion.

Esto me dejó atónito, aunque no tranquilo, pues presumí que tan desusadas blanduras serian obra de su refinada astucia, y preparacion de algun nuevo golpe contra mí; pero cuando le pregunté por el estado en que se hallaba el proceso célebre, respondióme que ya no se pensaba en

tal cosa, porque como los franceses eran amigos del Príncipe de la Paz, no convenia molestar á los servidores y amigos de éste.

—No quiero—añadió—que S. A. el Gran Duque se amosque. Aquello fué una broma, y de haberte prendido, al punto hubieras sido puesto en libertad. Pero dí, picaron... ¿con que tú eras galan de Doña Inés? Cuéntame todo: ¿dónde la conociste? ¡Ah, bien comprendia Requejo que guardaba un tesoro en su casa! Yo lo sabia todo... ¿y tú? sospecho que tambien, perillan. Lo que sí no sabias es que á fines del mes de Abril se acordó en consejo de familia recoger é identificar á esa jovencita para darle la posicion que le corresponde. Como yo estaba al tanto de todo, y ademas tenia el honor de conocer á la señora marquesa, comprometíme á entregarla, haciéndoles creer que habia grandes dificultades para arrancarla de casa de los parientes de su supuesta madre. Hijo, es preciso hacer algo por la vida: á fé que es uno un pobre con mujer, nueve hijos, dos suegras y tres cuñadas; dos suegras, sí señor, la madre y la abuela de mi mujer, y si uno no se da maña para mantener á este familion... La v rdad es que á todos les dí cordelejo, á D. Mauro, al papanatas de Juan de Dios, y á tí mismo, que ahora resucitas para pedirme á Inesita. ¿Pero la amabas tú? Anda, zanguango, cortéjala, á ver si logras casarte con ella, lo cual, aunque difícil, no es imposible... la niña tendrá un dote regular y quizás pueda heredar el mayorazgo y el título, lo cual será, segun el tenor de las escrituras... ¡Ah, pelafustan! Me parece que tú traes un proyectillo entre ceja y ceja. ¿Vas á Córdoba? Oye: recuerdo que la palomita te llamaba con exclamaciones muy tiernas, cuando medio muerta la conducíamos en la litera mi pasante y yo. ¡Já, já, já! ¿Sabes de qué me rio? De ese ganso de Juan de Dios, que estuvo aquí el otro dia, y poniéndose de rodillas delante de mí, me dijo: "¡Déme usted á Inés porque me muero sin ella! ¡Démela usted hoy y máteme mañana!„ Fué una comedia, Gabriel, y aunque nos reimos mucho, al fin nos cansó tanto que tuvimos que echarle á palos de la escribanía.

Atencion sostenida presté yo á estas y otras muchas razones del licenciado Lobo, el cual para que nada faltara en su inexplicable benignidad y cortesanía, al tiempo de despedirme me dijo que quizás pudiera proporcionarme algunas lecciones de latin, si me hallaba con ánimos, puesto que era tan gran humanista, de ganarme el pan con la enseñanza. Díle las gracias y me retiré tan satisfecho del resultado de mis investigaciones, que el mismo dia decidí marchar á Córdoba cuando estuviera restablecido.

¿Me seguirán ustedes, ó fatigados de estas aventuras dejarán que

marche solo á resolver cuestiones que á nadie interesan más que al que esto escribe? No; espero que no nos separaremos tan á deshora, y cuando parece probable que siguiéndome asistan ustedes á algun espectáculo que les haga más llevadero el fastidio de mis narraciones personales. Vamos, pues, y tengan en cuenta que nos acompaña el Sr. de Santorcaz, á quien llevan á Andalucía asuntos de familia. Yo le manifesté que deseaba me llevase como escudero; mas él dijo que no tenia con qué pagar mis servicios, porque su bolsa no estaba en disposicion de atender á gastos de servidumbre, y que harto se congratularia de llevarme como compañero y amigo. Así fué, en efecto, y como yo necesitara algunos dias más de restablecimiento, él me esperó, y en uno de los últimos de Mayo ó de los primeros de Junio, luégo que me despedí de mis obsequiosos protectores, correspondiéndoles como pude, y de Juan de Dios, á quien oculté el objeto de mi expedicion, nos pusimos en marcha.



VI.

Como Santorcaz era pobre, y yo más pobre todavía, nuestro viaje fué tan irregular, cual los que en antiguas novelas vemos descritos. No adoptamos sistemáticamente ninguna de las clases de incómodos vehículos conocidos en nuestra España; así es que en varias ocasiones marchábamos en galera, otras en macho, si nos franqueaban sus caballerías los arrieros que tornaban á la Mancha de vacío, y las más veces á pié. Hacíamos noche en las posadas y ventas del camino, donde Santorcaz lucia su prodigiosa habilidad en el no gastar, logrando siempre que se le sirviese bien. Para estas y otras picardías, mi compañero se hacia pasar por un insigne personaje, mandándome que le llamase Su Excelencia y me descubriese ante él siempre que nos mirase el mesonero. Yo lo cumplia puntualmente; y con tal artificio, más de una vez, ademas de no cobrarnos nada, salian á despedirnos humildemente, rogándonos que les dispensáramos el mal servicio.

Más allá de Noblejas y Villarrubia de Santiago, y cuando despues de una larga jornada sesteábamos, apartados del camino, junto á la ermita del *Santo Niño*, se nos unió un mozo que nos dijo llevaba el mismo camino que nosotros, y que desde entónces fué nuestro inseparable compañero. Tenia como veinte años, llamábase Andresillo Marijuan, y aunque era natural de Aragon, iba á servir de mozo de mulas á un pueblo de Andalucía, en casa de la condesa de Rumblar, su ama y señora, pues en las fincas que ésta poseia en tierra de Almunia de Doña Godina habia nacido aquel mancebo. Al punto su genio franco y alegre simpatizó con

el mio, y nos hicimos muy amigos. Santorcaz nos trataba con superioridad, aunque sin tiranía. Cuando al llegar á una posada, cabalgando él en perverso macho y nosotros á pié, íbamos á tenerle el estribo y despues á quitarle las espuelas, deshaciéndonos en cumplidos y cortesías, teníamos que apretar los dientes para no soltar la risa. Marijuan, que mejor que yo sabia fingir, era el encargado de ordenar al ventero que le diese al amo lo mejor de la despensa, porque Su Excelencia, que iba de Regente á Se-



villa, era hombre terrible, y castigaba con fiereza á los posaderos que no le servian bien.

Así atravesamos la Mancha, triste y solitario país, donde el sol está en su reino y el hombre parece obra exclusiva del sol y del polvo; país entre todos famoso desde que el mundo entero se ha acostumbrado á suponer la inmensidad de sus llanuras recorrida por el caballo de D. Quijote. Es opinion general que la Mancha es la más fea y la ménos pintoresca de todas las tierras conocidas, y el viajero que viene hoy de la costa de Levante ó de Andalucía, se aburre junto al ventanillo del wagon, anhelando que se acabe pronto aquella desnuda estepa, que como inmóvil y estancado mar de tierra, no ofrece á sus ojos accidente, ni sorpresa, ni variedad, ni recreo alguno. Esto es lo cierto: la Mancha, si alguna belleza tiene, es la belleza de su conjunto, es su propia desnudez y monotonía,

que si no distraen ni sorprenden la imaginacion, la dejan libre, dándole espacio y luz donde se precipite sin tropiezo alguno. La grandeza del pensamiento de D. Quijote no se comprende sino en la grandeza de la Mancha. En un país montuoso, fresco, verde, poblado de agradables sombras, con lindas casas, huertos floridos, luz templada y ambiente espeso, D. Quijote no hubiera podido existir, y habria muerto en flor, tras la primera salida, sin asombrar al mundo con las grandes hazañas de la segunda.

D. Quijote necesitaba aquel horizonte, aquel suelo sin caminos, y que, sin embargo, todo él es camino; aquella tierra sin direcciones, pues por ella se va á todas partes, sin ir determinadamente á ninguna; tierra surcada por las veredas del acaso, de la aventura, y donde todo cuanto pase ha de parecer obra de la casualidad ó de los genios de la fábula; necesitaba de aquel sol que derrite los sesos y hace locos á los cuerdos; aquel campo sin fin, donde se levanta el polvo de imaginarias batallas, produciendo al transparentar de la luz, visiones de ejércitos de gigantes, de torres, de castillos; necesitaba aquella escasez de ciudades, que hace más rara y extraordinaria la presencia de un hombre ó de un animal; necesitaba aquel silencio cuando hay calma, y aquel desaforado rugir de los vientos cuando hay tempestad; calma y ruido que son igualmente tristes y extienden su tristeza á todo lo que pasa, de modo que si se encuentra un sér humano en aquellas soledades, al punto se le tiene por un desgraciado, un afligido, un menesteroso, un agraviado que anda buscando quien le ampare contra los opresores y tiranos; necesitaba, repito, aquella total ausencia de obras humanas que representen el positivismo, el sentido práctico, cortapisas de la imaginacion, que la detendrian en su insensato vuelo; necesitaba, en fin, que el hombre no pusiera en aquellos campos más muestras de su industria y de su ciencia que los patriarcales molinos de viento, á los cuales sólo faltaria el lenguaje para asemejarse á colosos inquietos y furibundos, que desde léjos llaman y espantan al viajero con sus gestos amenazadores.





VII



sí es la Mancha. Al atravesarla no podia ménos de acordarme de D. Quijote, cuya lectura estaba fresca en mi imaginacion. Durante nuestras jornadas nos aburríamos bastante, ménos cuando Santorcaz nos contaba algun extraordinario suceso de los muchos que en lejanos países habia presenciado. Una vez nos dejó con la boca abierta contándonos la fiesta de la coronacion de Bonaparte, con todos sus pelos y señales, y otra vez nos puso los cabellos de punta refiriendo la más famosa batalla de las muchas en que se habia encontrado. Cuando nos hizo el cuento, íbamos caballeros en sendos machos que nos facilitaron por poco dinero unos arrieros de Villarta, y no estoy seguro si

habíamos traspasado ya el término de Puerto Lápiche ó íbamos á entrar en él. Lo que sí recuerdo es que por huir del calor, emprendimos nuestra jornada mucho ántes de la salida del sol, y que la noche estaba brumosa, el cielo encapotado y sombrío, y la tierra húmeda, á consecuencia del fuerte temporal de agua que descargara el dia anterior.

Debo indicar el paisaje que teníamos delante, porque no ménos que la pintoresca relacion de Santorcaz, contribuyó aquél á impresionar mis sentidos. El camino seguia en línea recta ante nosotros: á la izquierda elevábanse unos cerros cuyas suaves ondulaciones se perdian en el horizonte formando dilatadas curvas: en el fondo y muy léjos se alcanzaba á ver una colina más alta, en cuya falda parecian distinguirse las casas de un pueblo: á la derecha el suelo se extendia completamente llano, y en su inmensa costra la tarda corriente de un arroyo y el agua de la lluvia formaban multitud de pequeños charcos, cuyas superficies, iluminadas por la luna, ofrecian á la vista la engañosa perspectiva de una gran laguna ó pantano. He hablado de la luna, y debo añadir que aquel astro, desfigurador de las cosas de la tierra, prestaba imponente solemnidad al desnudo y solitario paisaje, exclareciéndolo ó dejándolo á oscuras alternativamente, segun que daban paso ó no á sus pálidos rayos los boquetes, desgarrones y acribilladuras de las nubes.

Santorcaz, despues de un rato de silencio y meditacion, contuvo su cabalgadura, paróse en mitad del camino y contemplando con cierto arrobamiento el horizonte lejano, las colinas de la izquierda y los charcos de la derecha, habló así:

—Estoy asombrado, porque nunca he visto dos cosas que tanto se parezca, como este país á otro muy distante donde me encontraba hace tres años á esta misma hora, en la madrugada del 2 de Diciembre. ¿Es mi imaginacion la que me reproduce las formas de aquel célebre lugar, ó por arte milagrosa nos encontramos en él? Gabriel, ¿no hay en frente y hácia la derecho unos grandes pantanos? ¿No se ven á la izquierda unos cerros que terminan en lo alto con un pequeño bosque? ¿No se eleva delante una colina en cuya falda blanquea un pueblecillo? Y aquellas torres que distingo al otro lado de dicha colina ¿no son las del castillo de Austerlitz?

Marijuan y yo nos reimos, diciéndole que se le quitaran de la cabeza tales cosas, y que si bien lo de los charcos era cierto, por allí no habia ningun castillo de Terlin ni nada parecido. Pero él, poniendo al paso la cabalgadura y mandándonos que le siguiéramos uno á cada lado, continuó hablando así:

—Muchachos, no puedo olvidar aquella célebre jornada, que llamamos

de los Tres Emperadores, y que es sin duda la más sangrienta, la más gloriosa, la más hábil con que ha ilustrado su nombre el gran tirano, ese hombre casi divino, á quien ahora puedo nombrar á boca llena, porque no nos oyen más que el cielo y la tierra. Os contaré, muchachos, para que sepais lo que es el hacha de la guerra en manos de ese leñador de Europa. Yo me hallaba en Paris sin recursos despues de haber sido sucesivamente maestro de latin, pintor de muestras, corista en Ventadour, espadachin, servidor de los emigrados de Coblentza, postillon de diligencias, carbonero y cajista de imprenta, cuando senté plaza en el ejército de Boulogne, destinado á dar un golpe de mano contra Inglaterra... Cuando el Emperador nos trasladó de improviso y sin revelar su pensamiento al centro de Europa, estábamos un tanto amoscados, porque las violentas marchas nos mortificaban mucho, y como éramos unos zopencos, no comprendíamos los grandes planes de nuestro jefe. Pero despues de la capitulacion de Ulm, nos creíamos los primeros soldados del mundo, y al hablar de los prusianos y de los rusos, nos reíamos de ellos, juzgándoles hasta indignos de nuestras balas. Cuando pasamos el Inn ya presumíamos que se preparaban grandes cosas: al internarnos en la Moravia, despues de la accion de Hollabrünn, comprendimos que el ejército ruso-austriaco nos iba á presentar batalla formal. Lo que no estaba reservado á nuestras cabezas era el discurrir si tomaríamos la ofensiva ó si operaríamos á la defensiva. Pero la gran cabeza, aquella que tiene un mechon en la frente y el rayo en el entrecejo, lo iba á decidir bien pronto.

Á este punto llegaba, cuando el camino por que marchábamos torció hácia la derecha, describiendo una gran vuelta, de modo que formaba ángulo recto con su primitiva direccion. Santorcaz, nuevamente alucinado con aquello que parecia para él extraordinaria coincidencia, prosiguió así:

—¿Pero no es este el camino de Olmutz? Gabriel, ó esto es aquello mismo, ó se le parece como una gota á otra gota. Mira, ahora tenemos en frente los pantanos de Satzchan y á nuestra izquierda la colina de Pratzen. Mira hácia allá. ¿No se oye ruido de tambores? ¿No se ven algunas luces? Pues allí están los rusos y los austriacos. ¿Sabes cuál es su intencion? Pues quieren cortarnos el camino de Viena, para lo cual tendrán que bajar de la colina de Pratzen y situarse entre nuestra derecha y los pantanos. ¡Mira si son estúpidos! Eso precisamente es lo que quiere el Emperador, y todo lo dispone de modo qne parezca que nos retiramos hácia Viena. Figúrate que aquí está nuestro ejército, compuesto de setenta mil hombres, cuyo inmenso frente ocupan todas las colinas de la izquierda, el camino y parte de la llanura que hay á la derecha. El Emperador,

despues de llenarse las narices de tabaco, sale á media noche á recorrer el campo y observar los movimientos del enemigo. ¿Veis? por allí va. ¿No se oyen las pisadas de su caballo y los gritos de entusiasmo con que le saludan los soldados? ¿No se ve el resplandor de las hogueras que encienden á su paso? ¿Pero ustedes no ven todo esto? Bah. Es ilusion mia; pero de tal modo aviva mis recuerdos la similitud del paisaje, que me parece ver y oir lo que estoy contando... Pero querreis saber cómo fué que vencimos á los rusos y á los austriacos, y os lo voy á referir. Al amanecer, ¡oh, chiquillos! los rusos bajaban maquinalmente por aquella alta colina de en frente, con objeto de venir hácia nuestra derecha para cortarnos el camino. No olvideis que aquí delante tenemos un arroyo que viene serpenteando de izquierda á derecha hasta perderse en los pantanos. El Emperador manda que la derecha pase el arroyo, y verificado esto, los rusos la atacan. El centro, mandado por Soult, y la izquierda por Lannes, ansiaban entrar en fuego; pero el Emperador contenia el ardor de aquellos generales, para aguardar á que los rusos acabasen de cometer el desatino de bajar de las alturas de Pratzen para meterse en la madre del arroyo de Golbasch. Os explicaré bien. Allá en lontananza y al pié de la loma están las aldeas de Telnitz y Sokolnitz...

—Si aquí no hay tales aldeas, señor—interrumpió Marijuan, indócil á la mistificacion.

—Necio, ¿querrás callar?—continuó el francmason.—Yo sé lo que me digo, y es que todo el afan del Emperador despues que vió bajar á los rusos, consistia en tomar aquellas aldeas para luégo apoderarse de la loma que tenemos en frente. ¿No lo veis? Pues bien; los generales Soult y Lannes partieron al galope para dirigir las operaciones del centro y de la izquierda. Yo pertenecia al centro, y estaba en el 17 de línea y á las órdenes de Vandamme. Avanzamos hácia el arroyo: ¿veis? fuimos por aquí á toda prisa.

—Si aquí no hay tal arroyo—dijo Marijuan riendo.—Usted sí que tiene la cabeza llena de arroyos y aldeas, y derechas é izquierdas.

—Llegamos á la aldea de Telnitz y allí comenzó el ataque—continuó imperturbablemente Santorcaz.—En la loma quedaban todavía veintisiete batallones de infantería rusa y austriaca, mandados en persona por los dos Emperadores y por el general en jefe ruso Kutusof. ¡Ah, muchachos, si hubiérais visto aquello! Mirad hácia en frente, pues desde aquí se distingue muy bien la posicion que respectivamente teníamos; ellos encima, nosotros debajo... Al principio nos acribillaban; pero Soult nos manda subir á todo trance, y subimos desafiando la lluvia de balas. Para ayu-

darnos, el general Thiebault, que pertenecia á la division de Saint-Hilaire, refuerza nuestra derecha con doce piezas de artillería que, bien disparadas, hacen grandes claros en las filas enemigas. Éstas tienen al fin que retroceder al otro lado de la loma. ¿Veis aquel repecho que hay á la izquierda? Pues allí fué el 17 de línea. Piquemos nuestras caballerías y nos hallaremos en el mismo sitio. Estúpidos, ¿no os entusiasmais con estas cosas? Mira, Gabriel, ya estamos subiendo: esta es la loma que veíamos desde léjos: este repecho que mirais á la izquierda es el repecho de Stari-Winobradi, á donde el general Vandamme nos condujo. ¿Pero creeis que era cosa de juego? El repecho estaba defendido por numerosas tropas rusas y una formidable artillería. La cosa era peliaguda; pero cuando los generales dicen siempre *adelante, adelante*, no es posible resistir, y aunque del 17 de línea no quedamos más que la tercera parte para contarlo, ayudados por el 24 de ligeros, tomamos al fin el repecho, apoderándonos de la artillería. Los rusos se desbandaron por el otro lado de la loma, dirigiéndose hácia aquel caserío que á lo léjos clarea á la luz de la luna, y que no es otro que el castillo de Austerlitz.

Marijuan reventaba de hilaridad. Yo á mi vez no pude ménos de hacer alguna observacion al narrador, diciéndole:

—Sr. de Santorcaz, allá no se ve ningun castillo, como no sea que se le antoje fortaleza la cabaña de algun pastor de carneros, únicos rusos que andan por estos lugares.

—Tú sí que no sabes lo que te dices—prosiguió Santorcaz, deteniendo su macho en medio del camino.—Os seguiré contando. Miéntras los del centro hacíamos lo que habeis oido, allá por la izquierda, en esa tierra llana que tenemos á este lado, la caballería cargaba portentosamente al mando de Lannes y Murat. Francamente, rapaces, de esto poco os puedo hablar, porque caí herido: por un buen rato se me pusieron ciertas telarañas ante los ojos, y mis oidos no percibian sino un vago zumbido. Pero ahí hácia la derecha se remataba á los rusos y austriacos del modo más admirable. ¿No veis los pantanos de Satzchan? Á lo léjos brilla su engañosa superficie: están helados, y los rusos, impelidos por Soult, se precipitan sobre ellos. En el acto el Emperador manda que la artillería de la Guardia dispare algunos cañonazos sobre el hielo para que se hunda, y entre los desmenuzados cristales caen al agua dos mil rusos con sus cañones, caballos, pertrechos, armas, municiones y carros, precipitándose confusamente, sin que sus compañeros les prestaran socorro, porque no pensaban más que en huir, y huyendo se ahogaban, y quedándose morian barridos por la metralla francesa. ¡Qué espantoso desastre para aquella

pobre gente, y qué gran victoria para nosotros! Estábamos locos de entusiasmo. ¡Pero qué veo! Gabriel, y tú, Marijuan, ¿no os entusiasmais? Sois unos gaznápiros. Aquello fué prodigioso. Sólo entramos en fuego cuarenta mil hombres, y merced á las hábiles disposiciones del gran tirano, derrotamos á noventa mil aliados, matándoles ó ahogando quince mil, cogiendo veinte mil prisioneros y ciento veinte cañones. ¿No habia motivo para que nos volviéramos locos con nuestro jefe? ¡Ah, muchachos, si hubiérais estado allí cuando recorrió el campo de batalla mandando recoger los heridos! Creo que hasta los muertos se levantaban para gritar "¡viva el Emperador!„ y cuando á la noche siguiente encendimos una gran hoguera, en este mismo sitio donde ahora estamos, y vino él á situarse allí en frente para recibir al Emperador de Austria, parecia un dios rodeado de aureola de fuego y teniendo al alcance de su mano los rayos con que destruia tronos y reyes, imperios y coronas.

Marijuan y yo nos reíamos; pero pronto nos fué forzoso disimular nuestra hilaridad, porque habiendo preguntado el jóven aragonés con mucha sorna que cuál fué la ventaja sacada de tal lucha, Santorcaz se amoscó, y amenazando castigarnos si no nos entusiasmábamos como él, nos dijo:

—Mentecatos, podencos, ¿acaso la paz y tratado de Presburgo es paja? Prusia quedó aliada de Francia, perdiendo Austria el apoyo de su hermana. Austria abandonó á Francia el estado de Venecia y cedió el Tirol á Baviera reconociendo al mismo tiempo la soberanía de los electores de Baviera, Wurtemberg y Baden, despues de pagar á Francia cuarenta millones de indemnizacion de guerra. Al mismo tiempo, pedazos de alcornoque, por el tratado de Schœnbrunn, Francia cedió á Prusia el Hannover, Prusia cedió á Baviera el marquesado de Anspach y á Francia el principado de Neufchatel y el ducado de Cleves.

Marijuan y yo volvimos á mirarnos y nos volvimos á reir, lo cual, advertido por Santorcaz, fué causa de que éste nos sacudiera un par de latigazos que, á ser repetidos, nos habrian obligado á defendernos, haciendo allí mismo un segundo Austerlitz. Más bien estábamos para burlas que para veras, y Marijuan especialmente no dejaba pasar coyuntura alguna en que pudiera zaherir á nuestro compañero; así es que habiendo acertado á encontrar un rebaño de ovejas y cabras, dijo el aragonés:

—Apartémonos aquí junto al charco para ver de derrotar á estos austriacos y rusiacos, que vienen mandados por el tio Parranclof, emperador del Zurron y rey de los guarros, y subamos á la loma de la Panza para quitarles la artillería y hacerles meter en el castillo.

Yo en tanto, acordándome de D. Quijote, contemplaba el cielo, en cuyo sombrío fondo las pardas y desgarradas nubes, tan pronto negras como radiantes de luz, dibujaban mil figuras de colosal tamaño y con esa expresion que, sin dejar de ser cercana á la caricatura, tiene no sé qué sello de solemne y pavorosa grandeza. Fuera por efecto de lo que acababa de oir, fuera simplemente que mi fantasía se hallase por sí dispuesta á la alucinacion que siempre produce un bello espectáculo en la solitaria y muda noche, lo cierto es que ví en aquellas irregulares manchas del cielo veloces escuadrones que corrian de Norte á Sur; y en su revuelta masa las cabezas de los caballos y sus poderosos pechos, pasando unos delante de otros, ya blancos, ya negros, como disputándose el mayor avance en la carrera. Las recortaduras, varias hasta lo infinito, de las nubes hacian visajes de distintas formas, de colosales sombreros ó morriones con plumas, penachos, bandas, picos, testuces, colas, crines, garzotas; aquí y allí se alzaban manos con sables y fusiles, banderas con águilas, picas, lanzas, que corrian sin cesar; y al fin, en medio de toda esa barahunda, se me figuró que aquellas mil formas se deshacian, y que las nubes se conglomeraban para formar un inmenso sombrero apuntado de dos candiles, bajo el cual los difuminados resplandores de la luna como que bosquejaban una cara redonda y hundida entre altas solapas, desde las cuales se extendia un largo brazo negro, señalando con insistente fijeza el horizonte.

Yo contemplaba esto, preguntándome si la terrible imágen estaba realmente ante mis ojos, ó dentro de ellos, cuando Santorcaz exclamó de improviso:

—Miradle, miradle allí. ¿Le veis? ¡Estúpidos! ¡y quereis luchar con este rayo de la guerra, con este enviado de Dios que viene á transformar á los pueblos!

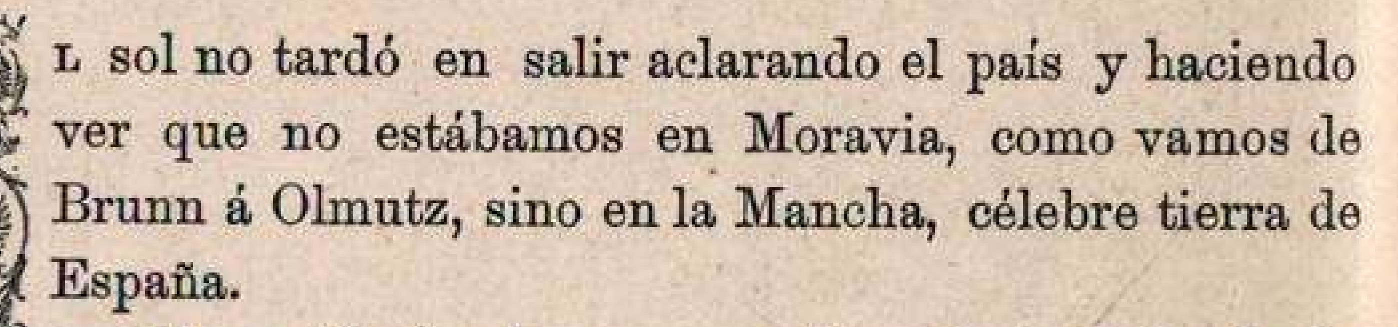
—Sí, allí lo veo—exclamó Marijuan, riendo á carcajadas.—Es D. Quijote de la Mancha que viene en su caballo y seguido de Sancho Panza. Déjenlo venir, que ahora le aguarda la gran paliza.

Las nubes se movieron, y todo se tornó en caricatura.




82

VIII



El sol no tardó en salir aclarando el país y haciendo ver que no estábamos en Moravia, como vamos de Brunn á Olmutz, sino en la Mancha, célebre tierra de España.

El pueblo donde paramos á eso de las ocho de la mañana era Villarta, y dejando allí nuestros machos, tomamos unas galeras que en nueve horas nos hicieron recorrer las cinco leguas que hay desde aquel pueblo á Manzanares: ¡tal era la rapidez de los vehículos en aquellos felices tiempos! Cuando entrábamos en esta villa al caer de la tarde, distinguimos á lo léjos una gran polvareda, levantada al parecer por la marcha de un ejército, y dejando los perezosos carros, entramos á pié en el pueblo para llegar más pronto, y saber qué tropas eran aquellas y á dónde iban.

Allí supimos que eran las del general Ligier-Belair que iba á auxiliar el destacamento de Santa Cruz de Mudela, sorprendido y derrotado el dia anterior por los habitantes de esta villa. En la de Manzanares reinaba gran desasosiego, y una vez que los franceses desaparecieron, ocupábanse todos en armarse para acudir á auxiliar á los de Valdepeñas, punto donde se creia próximo un reñido combate. Dormimos en Manzanares, y al siguiente dia, no encontrando ni cabalgaduras ni carro alguno, partimos á pié para la venta de la Consolacion, donde nos detuvimos á oir las estupendas nuevas que allí se referian.

Transitaban constantemente por el camino paisanos armados con escopetas y garrotes, todos muy decididos, y segun la muchedumbre de

gente que acudia hácia Valdepeñas, en Manzanares y en los pueblos vecinos de Membrilla y la Solana no debian de quedar más que las mujeres y los niños, porque hasta algunos inútiles viejos acudian á la guerra. Por último, resolvimos asistir nosotros tambien al espectáculo que se preparaba en la vecina villa, y poniéndonos en marcha, pronto recorrimos las dos leguas de camino llano. Mucho ántes de llegar divisamos una gran columna de negro humo que el viento difundia en el cielo. La villa de Valdepeñas ardia por los cuatro costados.

Apretando el paso, oimos ya cerca del pueblo prolongado rumor de voces, algunos tiros de fusil, pero no descargas de artillería. Bien pronto nos fué imposible seguir por el arrecife, porque la retaguardia francesa nos lo impedia, y siguiendo el ejemplo de los demas paisanos, nos apartamos del camino, corriendo por entre las viñas y sembrados, sin poder acercarnos á la villa. En esto vimos que la caballería francesa se retiraba del pueblo, ocupando el llano que hay á la izquierda, y al mismo tiempo el incendio tomaba tales proporciones, que Valdepeñas parecia un inmenso horno. Los gritos, los quejidos, las imprecaciones que salian de aquel infierno llenaban de espanto el ánimo más esforzado.

Al punto comprendimos que el interior del pueblo se defendia heróicamente, y que el plan de los franceses consistia en apoderarse de los extremos, incendiando todas las casas que no pudieran ocupar. De vez en cuando un estruendo espantoso indicaba que alguno de los endebles edificios de adobes habia venido al suelo, y el polvo se confundia en los aires con el humo. Los escombros sofocaban momentáneamente el fuego; pero éste surgia con más fuerza, cundiendo á las casas inmediatas. Al fin pareció que todo iba á cesar, y, segun dijeron los que estaban cerca, habian salido de la villa algunos hombres á conferenciar con el general francés. Mucho tiempo debieron de durar las conferencias, porque no vimos que éstos se retiraran ni que concluyese el ruido y algazara en el interior; pero al cabo de largo rato un movimiento general de la multitud nos indicó que algo importante ocurria. En efecto, los franceses, replegando sus caballos en la calzada, retrocedian hácia Manzanares.

Cuando entramos en Valdepeñas, el espectáculo de la poblacion era horroroso. Parece increible que los hombres tengan en sus manos instrumentos capaces de destruir en pocas horas las obras de la paciencia, de la laboriosidad, del interés, acumuladas por el brazo trabajador de los años y los siglos. La calle Real, que es la más grande de aquella villa, y, como si dijéramos, la columna vertebral que sirve á las otras de engaste y punto de partida, estaba materialmente cubierta de ginetes franceses y de caba-

llos. Aunque la mayor parte eran cadáveres, habia muchos gravemente heridos, que pugnaban por levantarse; pero clavándose de nuevo en las agudas puntas del suelo, volvian á caer. Sabido es que bajo las arenas que artificiosamente cubrian el pavimento de la via, el suelo estaba erizado de



clavos y picos de hierro, de tal modo que la caballería iba tropezando y cayendo conforme entraba, para no levantarse más.

Á la calle se habian arrojado cuantos objetos mortíferos se creyeron convenientes para hostilizar á los dragones, y áun despues del combate surcaban la arena pequeños arroyos de agua hirviendo, que, mezclada con

la sangre, producia sofocante y horrible vapor. En algunas ventanas vimos cadáveres que pendian medio cuerpo fuera y apretando aún en sus crispados dedos el trabuco ó la podadera. En el interior de las casas que no eran presa de las llamas, el espectáculo era más lastimoso, porque no sólo los hombres, sino las mujeres y los niños, aparecian cosidos á bayonetazos en las cuevas, y á veces cuando se trataba de entrar en alguna casa á dar auxilio á los heridos que lo habian menester, era preciso salir á toda prisa, abandonándoles á su desgraciada suerte, porque el fuego, no saciado con devorar la habitacion cercana, penetraba en aquélla con furia irresistible.

En resúmen, franceses y españoles se habian destrozado unos á otros con implacable saña; pero al fin aquéllos creyeron prudente retirarse, como lo hicieron, no parando hasta Madridejos. Cuando Santorcaz, Marijuan y yo seguimos nuestra marcha, para hacer noche en Santa Cruz de Mudela, el espíritu de los valerosos paisanos de Valdepeñas no habia decaido, y tratando de reparar los estragos de aquella sangrienta jornada, parecian capaces de repetirla al siguiente dia.

De léjos y al caer de la tarde distinguíamos la columna de humo, cubriendo el cielo de vagabundas y sombrías ráfagas, y el aragonés y yo no pudimos ménos de maldecir en voz alta y expresivamente al tirano invasor de España. Contra lo que esperábamos, Santorcaz no nos contestó una palabra, y seguia su camino profundamente pensativo.



IX



l pasar la sierra, me reconocí completamente sano de mi anterior enfermedad. La influencia sin duda de aquel hermoso país, el vivo sol, el viaje, el ejercicio equilibraron al punto las fuerzas de mi cuerpo, y respiraba con desahogo, andaba con energía, sin sentir malestar alguno en mis heridas. Todo rastro de dolor ó debilidad desapareció, y me encontré más fuerte que nunca. Nada de particular hallamos durante nuestro tránsito por las nuevas poblaciones, á no ser la alarma, la inquietud y los preparativos de defensa. En la Carolina y en Santa Elena escaseaban mucho los hombres, porque la mayor parte habian ido á incorporarse á la legion formada por D. Pedro Agustin de Echevarri, legion cuya base fueron los valerosos contrabandistas del país. Quedaba, no obstante, en los desfiladeros de Despeñaperros bastante gente para detener todos ó la mayor parte de los correos, y en varios puntos, apostadas las mujeres ó los chiquillos en lo escabroso de aquellas angosturas, avisaban la proximidad del convoy para que luégo cayeran sobre él los hombres. Tambien advertimos gran abandono en los primeros campos de pan que se ofrecieron á nuestra vista; y en algunos sitios las mujeres se ocupaban en segar á toda prisa los trigos todavía léjos de sazon. Cerca de Guarroman vimos grandes sementeras quemadas, señal de que habia comenzado allí su oficio la horrible tea invasora.

Hasta entónces no habia ocurrido ninguna colision sangrienta entre los imperiales y los andaluces. Éstos, al ver desfilar de improviso por entre los romeros y lentiscos de la sierra á aquellos soldados de la fábula,

tan hermosos y al mismo tiempo tan justamente engreidos de su valor, no volvieron de su asombro sino cuando los vieron desaparecer camino de Córdoba, y sólo entónces, sintiendo requemadas sus megillas por generosa vergüenza, cayeron en la cuenta de que el suelo patrio no debia ser hollado por extranjeras botas. Los franceses encontraron el país tranquilo, y creyeron llegar felizmente á Cádiz; pero bajo las herraduras de sus caballos iba naciendo la yerba de la insurreccion. Aquellos caballos no eran como el de Atila, que imprimia sello de muerte á la tierra, sino que por el contrario, sus pisadas, como un toque de rebato, iban despertando á los hombres y convocándoles detrás de sí.

Llegamos por último á Bailén, y explicaré por qué nos detuvimos en esta villa algunos dias. Allí residia el ama de Marijuan, quien al presentarse á ella nos rogó que le acompañásemos, y esta apreciable señora, que era Doña María Castro de Oro de Afan de Ribera, condesa de Rumblar, nos recibió con tanto agasajo, nos ponderó de tal modo la ruindad de las posadas y ventas de la villa, que no tuvimos por conveniente hacernos de rogar, y aceptamos la hospitalidad que se nos ofrecia. La casa era grandísima y no faltaba hueco para nosotros, ni tampoco excelente comida y bebida de lo más selecto de Montilla y Aguilar.

—Á estas horas—nos dijo la condesa—los franceses deben haber empeñado una accion con el ejército de paisanos que dicen salió de Córdoba para defender el paso del puente de Alcolea. Si ganan los españoles, los franceses retrocederán hácia Andújar, y como han de estar tan rabiosos, cometerán mil atrocidades en el camino. No conviene que salgan ustedes de aquí, á no ser que tengan intencion, como mi hijo, de incorporarse al ejército que se está formando en Utrera.

No eran necesarias tantas razones para convencernos. Nos quedamos, pues, en la ilustre casa; y ahora, señores mios, con todo reposo voy á contaros puntualmente lo que recuerdo de aquella mansion y de sus esclarecidos habitantes, destinados á figurar bastante en la historia que voy refiriendo.

El palacio de Rumblar era un caseron del siglo pasado, de feísimo aspecto en su exterior, pero con todas las comodidades interiores que alcanzaban los tiempos. Las altas paredes de ladrillo, las rejas enmohecidas y rematadas en pequeñas cruces, los dos escudos de piedra oscura que ocupaban las enjutas de la puerta, cuyo marco apainelado y con vuelta de cordel, parecia remontarse á fecha más antigua que el resto de la casa; sus dos ventanas angreladas junto á un mirador moderno; su farol sostenido por pesada armadura de hierro dulce, en cuyo centro se retorcian

algunas letras iniciales y una corona dibujadas con las vueltas del lingote; sus guarniciones jalbegadas alrededor de los huecos; sus pequeños vidrios, sus celosías, y la diversidad y variedad de aberturas practicadas en el muro, segun las exigencias del interior, le asemejaban á todas las antiguas mansiones de nuestros grandes, bastante desprendidos siempre para gastar en la fábrica de los conventos el gusto y el dinero que exigian las fachadas de sus palacios. Por dentro



resplandecia el blanco aseo de las casas de Andalucía. Tenia gran sala baja, capilla, patio con flores, habitaciones con zócalo de azulejos amarillos y verdes, puertas de pino, lustradas y chapeadas, gran número de arcones, muchas obras de talla, cuadros viejos y nuevos, algunas jaulas de pájaros, finísimas esteras, y sobre todo, una tranquilidad, un reposo y plácido silencio que convidaban á residir en aquella mansion por mucho tiempo.

Hablemos ahora de la familia de Afan de Ribera, ó Perafan de Ribera, que en esto no están acordes los cronistas. Ocupará el primer lugar en

esta reverente enumeracion la señora condesa viuda Doña María Castro de Oro de Afan, etc., aragonesa de nacimiento, la cual era de lo más severo, venerando y solemne que ha existido en el mundo. Parecia haber pasado de los cincuenta años, y era alta, gruesa, arrogante, varonil; usaba para leer sus libros devotos ó las cuentas de la casa, unos grandes espejuelos engastados en gruesa armazon de plata, y vestia constantemente de negro, con traje que á las mil maravillas convenia á su cara y figura. Aquélla y ésta eran de las que tienen el privilegio de no ser nunca olvidadas, pues su curva nariz, sus cabellos entrecanos, su barba echada hácia afuera y la despejada y correcta superficie de su hermosa frente, hacian de ella un tipo cual no he visto otro. Era la imágen del respeto antiguo, conservada para educar á las presentes generaciones.

Tendrá el segundo lugar su hijo, jóven de veinte años, niño aún por sus hábitos, su lenguaje, sus juegos y su escasa ciencia. Era el único varon, y por tanto el mayorazgo de aquella noble casa, cuyo orígen, como el del majestuoso Guadalquivir, se remontaba á las fragosidades de la Sierra de Cazorla, donde los primeros Afan de Ribera hicieron no sé qué hazañas durante la conquista de Jaen. El jóven D. Diego Hipólito Félix de Cantalicio habia sido educado conforme á sus altos destinos en el mundo, bajo la direccion de un ayo, de que despues hablaremos, y aunque era voluntarioso y propenso á sacudir el cascaron de la niñez, así como á arrastrar por el polvo de la travesura juvenil el purpúreo manto de la primogenitura, su madre le tenia metido en un puño, como suele decirse, y ejercia sobre él todos los rigores de su carácter. Verdad es que el muchacho, con su instinto y buen ingenio, habia descubierto un medio habilísimo para atacar la severidad materna, y era que cuando su ayo ó la condesa no le hacian el gusto en alguna cosa, poníase los puños en los ojos, comenzaba á regar con pueriles lágrimas los veinte años de su cuerpo, y exclamaba: "Señora madre, yo me quiero meter fraile." Estas palabras, esta resolucion del muchachuelo, que de ser llevada adelante, troncharia implacablemente el frondoso árbol mayorazguil, difundia el pánico por todos los ámbitos de la casa. Procuraban todos aplacarle, y la madre decia: "No seas loco, hijo mio. Vaya, puedes montarte á caballo en la viga del patio, y te permito que le pongas al gato las cáscaras de nuez en sus cuatro patitas."

Á estos dos personajes seguirán forzosamente las dos hijas de la marquesa; dos pimpollos, dos flores de Andalucía, lindas, modestas, pequeñas, frescas, sonrosadas, alegres, sin pretensiones á pesar de su nobleza, rezadoras de noche y cantadoras por la mañana; dos avecillas que encan-

taban la vista con el aleteo de su inocente frivolidad y de cierta ingenua coquetería, de ellas mismas ignorada. Eran pequeñas como el reseda; pero como el reseda tenian la seduccion de un aroma que se anuncia desde léjos, pues al sentirles los pasos se alegraba uno, y su proximidad era aspirada con delicia. Asuncion y Presentacion eran dos angelitos con quienes se deseaba jugar para verles reir y para reirse uno mismo del grave gesto con que enmascaraban sus lindas facciones cuando su madre les mandaba estar serias. La de menor edad era destinada al cláustro, y



miéntras acariciaba Doña María la grandiosa idea de ponerla en las Huelgas de Búrgos, se acordó que tomara las lecciones necesarias para ser doctora, por lo cual el ayo de su hermano le habia empezado á enseñar la primera declinacion latina, que aprendió en un periquete, encontrando aquello muy bonito. La primera, esto es, Asuncion, no tenia necesidad de aprender nada, porque era destinada al matrimonio.

Y por último, no quiero dejar en la oscuridad al ayo del jóven Don Diego. Llamábanle comunmente D. Paco, y era un varon de gran sencillez y moderacion en sus costumbres, aunque algo pedante. Estaba él convencido de que sabia latin, y citaba á veces los autores más célebres, aplicándoles lo que estos desgraciados no pensaron nunca en decir. ¡Á tales imputaciones calumniosas está expuesta la celebridad! Tambien se

preciaba D. Paco de enseñar acertadamente la historia antigua y moderna á sus discípulos, aunque nosotros sabemos por documentos de autenticidad incontestable que en sus explicaciones nunca pasó más acá del arca de Noé. Era, sí, muy fuerte en la vida de Alejandro el Grande, y podemos asegurar que poseia en altísimo grado un arte que no á todos los mortales es dado cultivar con regular acierto. D. Paco era un gran pendolista, que pudiera competir con esos colosos de la caligrafía, Torío el sublime y Palomares el divino, y hasta con el moderno Iturzaeta; habilidad que en parte habia transmitido á su discípulo, pues las planas del heredero de Rumblar llenaban de admiracion al señor obispo de Guadix cuando iba á pasar unos dias en la casa. Ademas D. Paco era un hombre excelente, y temblaba de miedo delante de la condesa, cuando ésta le achacaba las faltas del niño. Vestia de negro y siempre en traje ceremonioso, aunque no nuevo, usando asimismo peluca blanca, rematada en descomunal bolsa. Á los forasteros huéspedes nos trataba con mucha dulzura, porque la hospitalidad—decia—fué don particular de los pueblos antiguos, y debe ser practicada por los presentes para enseñanza de los venideros.



X



L patrimonio de aquella casa era bueno, aunque muy inferior al de otras familias de Andalucía y de Castilla; pero Doña María contaba con que seria de los primeros de España luégo que su hijo heredase el mayorazgo de unos parientes por línea colateral, que carecian de sucesion directa. Para facilitar esto, Doña María concibió un proyecto gigantesco, del cual dependia, como el lector verá, la perpetuacion de aquella casa y linaje y solar ilustre por el largo discurso de los siglos; trató de casar á su hijo con una hembra de la familia de aquellos sus parientes, á la sazon poseedores del mayorazgo, y residentes en Córdoba, aunque su habitual morada era Madrid. No era obstáculo para esto la niñez más bien moral que física de D. Diego, pues siendo entónces costumbre emparentar lo más pronto posible á los mayorazgos, los casaban fresquitos y ántes que tuvieran tiempo de asomar las narices por las rehendijas de la puerta del mundo, donde al decir de D. Paco, no habia sino perdicion y desvanecimiento para la juventud, porque las dulzuras de la copa de los placeres duraban breves instantes, miéntras que sus amargas heces transcendian por luengos años.

Pero alguien desconcertó ó aplazó al ménos los planes sábiamente trazados por Doña María y sus ilustres primas; desconcertólos Napoleon, Emperador de los franceses, al poner sus ojos en esta joya del continente y al invadirla. La guerra, aquella santa guerra de que no nos muestra otro ejemplo la historia en tiempos cercanos, obligó á suspender este como otros proyectos, y Doña María, que era aragonesa y mujer muy patriota,

hubo de llamar á D. Diego, y desde lo alto de su sitial le aterró con estas palabras, confiadas despues á mi discrecion por D. Paco:

—Hijo mio, mucho te quiero. Tu muerte no sólo nos mataria de pena, sino que aniquilaria nuestra casa y linaje. Eres mi único varon, eres el alma de esta casa, y sin embargo es preciso que vayas á la guerra. Sangre valerosa corre por tus venas, y estoy bien segura de que á pesar de tus pocos años dejarás en buen lugar el nombre que llevas. Todos los jóvenes se deben á su rey y á su patria en estos terribles dias en que un miserable extranjero se atreve á conquistar á España. Hijo mio, mucho te amo; pero prefiero verte muerto en los campos de batalla y pisoteado por los caballos franceses, á que se diga que el hijo del conde de Rumblar no disparó un tiro en defensa de su patria. Los hijos de todas las familias nobles de Andalucía se han alistado ya en el ejército de Castaños; tú irás tambien, con un séquito de criados, que armaré y mantendré á mis expensas miéntras dure la guerra.

Al decir esto, la marmórea cara de Doña María no se inmutó; pero Asuncion y Presentacion lloraron á moco y baba. El jóven palpitó de entusiasmo al tomar parte en un juego que no conocia, y que, visto de léjos, es muy bonito.

Nosotros llegamos precisamente cuando se estaban haciendo los preparativos y el equipo de guerra del mayorazgo. Todos trabajaban en aquella casa, y no eran las ménos atareadas las hermanitas del señor conde, porque á más de la delicadísima ropa blanca que con sus propias manos y bajo la inspeccion de su madre aparejaron, poniéndola con mucho órden en las gruperas, se ocupaban á toda prisa en arreglar unos muy lindos escapularios, no sólo para él, sino para todos los de la comitiva.

No sé qué tenian aquellos preparativos de semejante con los que se hacen para mandar á un chico al colegio: verdad es que nada hay tan instructivo y despabilador como un campamento, y por eso decia D. Paco que la guerra es maestra del ingenio y domeñadora de las impetuosidades juveniles.

Marijuan fué destinado á acompañar al señorito. Con él y otros criados formóse una legioncilla de cinco hombres; mas sabedora Doña María de que otros jóvenes de familias ricas de Baeza, Bujalance y Andújar habian llevado hasta diez, mandó que se aumentara aquel número, fijándose al instante en Santorcaz y en mí. Se nos ofrecia una peseta diaria, ademas de lo que cayera si volvíamos con vida y salud; así es que mi compañero y yo nos miramos, consultando con elocuente silencio el aspecto de nuestras respectivas fachas. Hallábamonos ambos muy derrota-

dos; y con aquella escrutadora penetracion que da la carencia de posibles, cada cual conoció la escualidez y vanidad de la bolsa del otro. Santorcaz opinó que yo debia aceptar el enganche, y yo fuí del mismo dictámen respecto á mi amigo; Doña María ofreció equiparnos, mudando nuestras ropas por otras nuevas y mejores, y ademas se comprometia á mantener por algun tiempo á los que ya comenzaban á abrigar algunas dudas acerca del pan que comerian al llegar á Córdoba. No vacilamos, y hénos convertidos en soldados de caballería, prontos á incorporarnos al pequeño pero brillante ejército de San Roque. Comprendí que aquel era mi destino, y que para el fin que á Córdoba me llevaba más me convenia penetrar en esta ciudad como soldado oscuro que como desalmado y andrajoso vagabundo. Santorcaz se decidió despues de meditarlo mucho, dando paseos en la habitacion donde se nos habia albergado. Una vez resuelto á ello, pareció muy alegre, y le oí pronunciar algunas palabras que me demostraron la agitacion de su alma por causas para mí desconocidas entónces. Luégo expuso á Doña María que no partiria de Bailén hasta no recibir unas cartas que esperaba de Córdoba y de Madrid, relativas á sus intereses, á lo cual accedió la señora, diciéndole que permaneciese en la casa hasta cuando quisiera con la condicion de incorporarse despues á la escolta de D. Diego si ésta salia ántes.

No tardó mucho el dia de la partida. El jóven mayorazgo estaba vestido del modo siguiente: una ancha faja de seda color de amaranto le ceñia el cuerpo; sus calzones de ante se ataban bajo la rodilla, y sobre las medias de seda llevaba gruesas botas de cordoban con espuelas de plata. El marsellés de paño pardo fino con adornos rojos y azules daba singular elegancia á su cuerpo, así como el ladeado sombrero portugués, con moña de felpa negra y cordon de oro. Guarnecia su cintura sobre el fajin lo que llamaban charpa, y era un ancho cinturon de cuero con diversos compartimientos ocupados por dos pistolas, un puñal y un cuchillo de monte, de modo que aquello equivalia á llevar en los lomos un completo arsenal, propio para hacer frente á todas las circunstancias imaginables.

Ocupábanse la madre y las hijas en arreglar los últimos pormenores del vestido, ésta cosiendo el último boton, aquélla poniendo un alfiler á la cinta del sombrero, la otra calzando la espuela al mozo, cuando Doña María dijo con la viveza propia del que recuerda de improviso la cosa más importante:

—Falta lo principal, falta la espada.

Al punto las miradas de todos fijáronse con cierto respeto en un venerable armario de añejo roble que en el testero principal de la habita-

cion desde largos años existia. Acercóse á él la señora condesa, y abriéndolo, sacó una espada larguísima, con su vaina y tahalí, las tres piezas muy marcadas con el sello de honrosa antigüedad. Desenvainó el acero la propia Doña María con gesto majestuoso, aunque sin ninguna afectacion de brio varonil, y luégo que lo hubo contemplado un instante, volvió á esconderlo en la vaina, entregándolo despues á su hijo. Era aquella espada una hermosa hoja toledana de cuatro mesas y de una vara y seis pulgadas de largo. En la cazoleta ó taza cabia holgadamente una azumbre, y sus gavilanes nielados de oro, lo mismo que el arriaz, daban aspecto artístico y lujoso á la empuñadura. Tenia en las dos fachadas del puño el escudo de los Rumblares, y en el pomo una cabeza con la empresa del armero toledano Sebastian Hernandez. En la hoja, algo roñosa, se podia deletrear, aunque con trabajo, la inscripcion grabada en uno de sus lados, *Pro Fide et Patria, Pro Christo et Patria, Pro Aris et Focis, Inter Arma silent Leges.*

Colgóse al cinto esta poderosa é ilustre tizona el jóven D. Diego, para cuyas manos era exorbitante peso; mas él, orgulloso de llevarlo, hizo un gesto poco favorable á los propósitos del invasor de España, y se preparó á salir. Prorumpieron en copioso llanto Asuncion y Presentacion, lo cual dió al traste con la forzada entereza del condesito, destinado á ser el terror de la Francia, y pasando de los pucheros á los hipidos y de los hipidos á una violenta explosion de lágrimas, atronó la casa por espacio de un cuarto de hora. Ni por esas perdió Doña María su serenidad, hablando á su hijo de asuntos extraños á la guerra.

—Lo primero que has de hacer cuando llegues á Córdoba es visitar á mis primas y entregarles estas cartas. Mira, aquí van las señas de su palacio. Harto sentimos que no pueda celebrarse la boda concertada; pero Dios lo quiere así, y la patria es lo primero. Algun dia será. Dí á esas señoras que si vuelven pronto á Madrid, como me dicen en su última carta, no les perdono que pasen sin detenerse algunos dias en esta su casa.

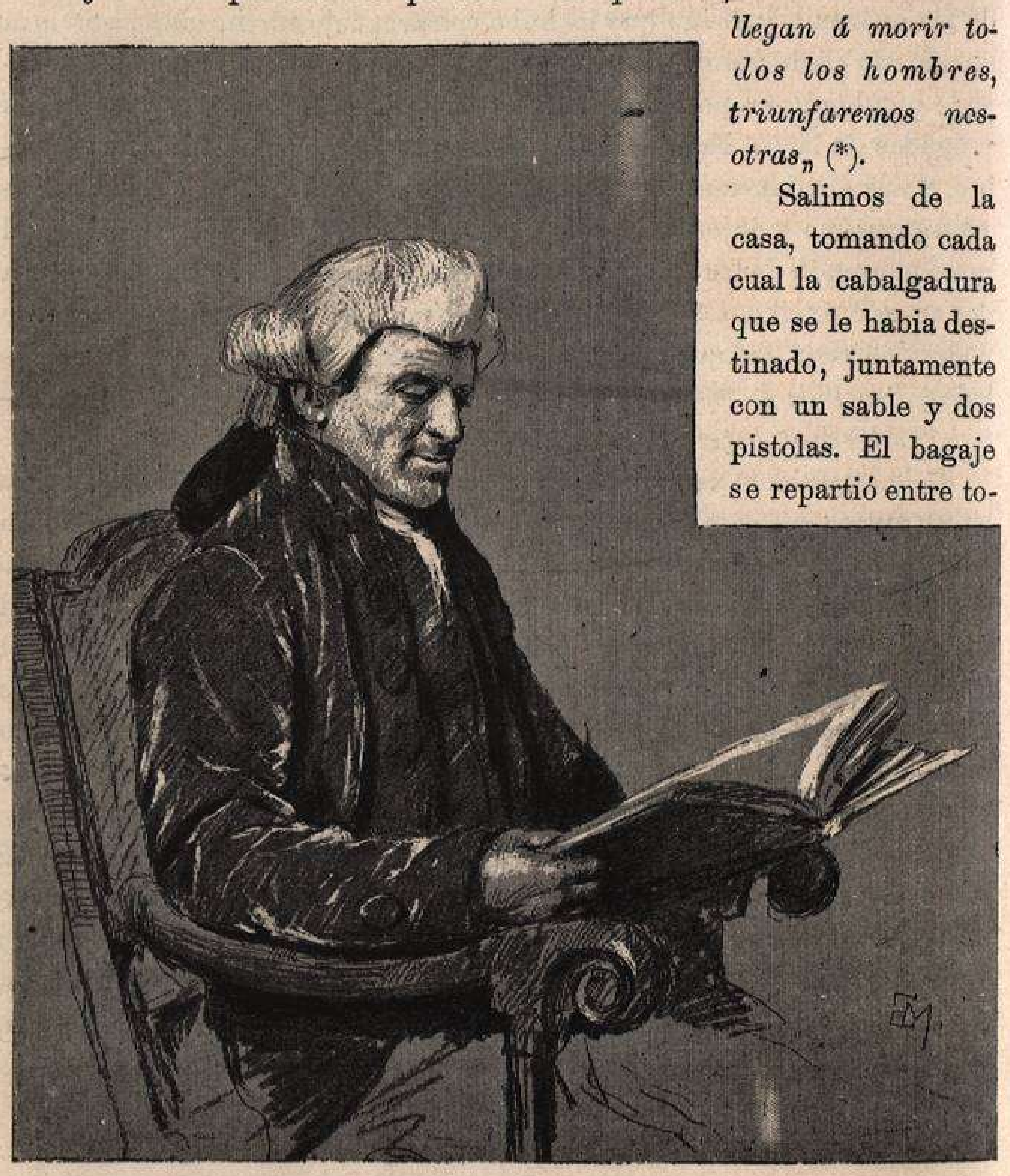
Luégo tomando distinto tono, habló así:

—Hijo mio: cuidado con lo que haces. Observa la mejor conducta: mira que vas á combatir al enemigo y á defender la religion, la patria, el Estado y el Rey. Si cobarde vuelves la espalda, no vuelvas jamás á mi casa, ni te acuerdes nunca de tu madre, ni cuentes ya con su tierno cariño... Su indignacion, su aborrecimiento eterno, hé aquí la recompensa que te aguarda.

He subrayado estas palabras porque son puntualmente históricas; y si no están en la historia, constan en papeles impresos de aquel tiempo, que

puedo mostrar al que desee verlos. La mujer que las pronunciara (pues no fué Doña María, y el atribuirlo á ésta es de mi exclusiva responsabilidad), añadió lo siguiente, dirigiéndose á otras madres que despedian á sus hijos en las puertas del pueblo:—"*Compañeras, si en las batallas llegan á morir todos los hombres, triunfaremos nosotras*" (*).

Salimos de la casa, tomando cada cual la cabalgadura que se le habia destinado, juntamente con un sable y dos pistolas. El bagaje se repartió entre todos. Un criado antiguo se habia encargado del dinero, otro llevaba las ropas del señorito; Marijuan llenaba sus alforjas con abundantes provisiones, y en mi grupera pusimos varios encargos y las cartas que D. Diego



D. Paco.

(*) Esto pasó en Mérida en 23 de Junio.

XI



órdoba, la ciudad de Abdherrahman, la Meca de Occidente, la que fué maestra del género humano, la vieja andaluza, que aún se engalana con algunos restos de su antigua grandeza; todavía hermosa, á pesar de los siglos guerreros que han pasado por ella; ya sin Zahara, sin Academias, sin pensiles, sin aquellas doscientas mil casas de que hablan los cronistas árabes; sin califa, sin sabios, pero orgullosa aún de su mezquita catedral, la de las ochocientas columnas; triste y religiosa, habiendo sustituido el bullicio de sus bazares con el culto de sus sesenta iglesias y sus cuarenta conventos; siempre poética y no ménos rica en la decadencia cristiana que en el apogeo musulman; ciudad que hasta en los más pequeños accidentes lleva el sello de los siglos; tortuosa, arrugada, defendiéndose de la luz como si quisiera ocultar su vejez; escondida en sus interiores donde guarda innumerables maravillas, y siempre asustada al paso del transeunte; protectora de los enamorados para quienes ha hecho sus mil rejas y ha oscurecido sus calles; devota y coqueta á la vez, porque cubre con sus joyas las imágenes sagradas, y se engalana y perfuma aún con los jazmines de sus patios.

Tal era la ciudad que habia estado entregada por tres dias á la brutal y salvaje codicia de los soldados de Dupont. Este desgraciado general, que desde entónces comenzó á sentir aquel aturdimiento é indecision que lo acompañaron hasta capitular, temeroso de ser sorprendido allí por las tropas de Castaños, se retiró el 16 de Junio, dirigiéndose á Andújar, desde donde pidió refuerzos á Madrid.

debía entregar en Córdoba. Cuando yo las acomodaba entre mi pequeño equipaje, pude de soslayo ver los sobres y me quedé frio de sorpresa y casi diré de terror; leí los nombres de Amaranta, de la marquesa su tia y del señor diplomático.

Santorcaz, que hasta entónces no habia recibido lo que aguardaba, se quedó, prometiendo juntarse con nosotros al dia siguiente ó á los dos dias. Yo le ví muy pensativo y tétrico, con las manos á la espalda, paseando por el portal de la casa cuando salíamos de ella. Hasta fuera de la villa fué en nuestra compañía D. Paco, el cual recordaba á su discípulo las máximas de Alejandro sobre la guerra, recomendándole una y otra vez que las pusiera en práctica al pelear contra los franceses, y que cuidase de sostener siempre el órden oblícuo disponiendo una segunda línea para asegurar las espaldas y los flancos, porque á esto—decia—debió el gran Macedonio que siempre quedaran victoriosas sus difalangarquías y tetrafalangarquías.

Con tan sabia máxima, que el heredero de Rumblar juró cumplir al pié de la letra, despidióse D. Paco, y seguimos nuestra marcha muy contentos. No tomamos el camino real desde Bailén á Córdoba por no tropezar con la retaguardia del general Dupont ó los muchos destacamentos que habia dejado en todos los pueblos, y en vez de las diez y ocho leguas y media de que consta aquella vía, tuvimos que andar unas veinticuatro, pues en nuestro gran rodeo fuimos á Menjibar; desde allí por Torre Jimeno, siguiendo un detestable camino de herradura, pasamos á Martos, y de Martos, por Alcaudete y Baena, fuimos á buscar en Castro del Rio la márgen derecha del Guadajoz, que nos condujo á las inmediaciones de Córdoba.

Al salir de Bailén supimos la derrota de los paisanos y soldados de regimientos provinciales en el puente de Alcolea, y en Alcaudete nos dieron otra terrible noticia, referente á la entrada de los franceses en Córdoba y al saqueo de aquella hermosa ciudad. Esto y el encuentro de algunos hombres dispersados de la partida de Echevarri nos inclinó á tomar el camino de Écija; pero el dia 16 supimos que los franceses habian evacuado á Córdoba; y adoptando nuestro primitivo itinerario, divisamos en la mañana del 18 un inmenso caserío blanco, que destacaba sobre el verde-azul de la lejana sierra infinidad de torres, minaretes, espadañas y cimborrios.



El 18 entramos nosotros en la ciudad saqueada, aún llena de mortal espanto. Todavía no habia sido lavada la sangre que manchaba sus calles, ni sabian exactamente los cordobeses á ciencia cierta el dinero y cantidad de alhajas que se les habia robado. Antes que en contar lo que les quedaba pensaron en armarse, y si ántes habian ido á la lucha, ademas de los regimientos provinciales y las milicias urbanas, los paisanos del campo, despues del saqueo todas las clases de la sociedad se apercibieron para lo que más que guerra era un ciego plan de exterminio, pues no se decia *vamos á la guerra*, sino vamos á *matar franceses*.

Desde que entré en la desgraciada ciudad, á la emocion producida por el espectáculo del reciente desastre se unia la que experimentaba por asuntos de mi propia cuenta, y por la supuesta proximidad á quien era el faro de mi vida. Así es que luégo que el conde y los de la comitiva nos arreglamos en una de las mejores posadas, salí con objeto de buscar la casa de la señora Amaranta y de su tia, lo cual me era sumamente fácil, por haber visto los sobres de las cartas que traíamos para aquellas personas.

Llegué á eso de las doce á la calle de la Espartería, donde era su residencia. En lo sucesivo, y para evitar confusiones, ya que no puedo nombrar á la tia de Amaranta con su verdadero nombre, usaré el título convencional de marquesa de Leiva.

Cuando dí los primeros aldabonazos en la puerta, parecíame que golpeaba en mi propio corazon. ¿Estaria allí Inés? ¿Estaria allí, ya olvidada de que existiera ántes en el mundo un chico llamado Gabriel, arcabuceado por los franceses? Y si estaba y de improviso me veia, ¿no era posible que se me presentara deslumbrada por los esplendores de su nueva posicion, y que á la palidez de la primera sorpresa sucediera en su rostro el rubor de haberme amado? ¿Se acercaba el momento de que yo cayese de la inconmensurable altura de mi fatuidad amorosa, encontrando una sonrisa de desden y la mano de un criado que me pusiera en la calle? ¿Por ventura el trance que me esperaba era hermano gemelo de aquella otra gran caida ocurrida en el Escorial, cuando por el favor de Amaranta soñaba con los primeros puestos de la Nacion? ¿Bajaria mi alma desde príncipe á lacayo, como poco ántes bajó mi ambicion?

Abrióme la puerta un criado conocido, á quien rogué me llevase á presencia de mi antigua ama la señora condesa. Miéntras atravesábamos el patio, buscaba afanosamente algun objeto que me indicase la proximidad de Inés. Como olfatea el perro buscando el rastro de su amo, así aspiraba yo las emanaciones de la casa, buscando el aire que habia sido

aliento de aquella naturaleza querida. No oí su voz, ni sentí sus pasos, ni ví cosa alguna que tuviera las huellas de su mano. Á mí se me antojaba que en cualquier objeto podia notar un sello especial que indicara pertenecerle.

En nada de lo que vieron mis ojos encontré la huella indefinible que debia tener todo aquello en que Inés pusiera los suyos. Esto se comprende y no se explica. El corazon es el único adivino, y el mio me dijo que Inés no estaba allí.

El patio era fresco y risueño, como todos los de las buenas casas de Andalucía. Entrè los jazmines reales, que abrazándose á una columna ostentaban sus mil florecillas llenas del perfume más grato á los enamorados; entre los naranjos de la China, graciosas miniaturas del naranjo comun; entre los rosales de la tierra y esos claveles indígenas, cuya imperial hermosura no ha logrado eclipsar ninguna de las elegantes flores modernas; entre los tiestos de reseda, de mejorana, de albahaca y de sándalo, saltaban los chorros de una fuente habladora, con cuyo monólogo se concertaba el canto de algunos pájaros prisioneros en doradas jaulas. El pavimento era de mármol y los zócalos de azulejos; sobre estos, y cubriendo gran parte de la pared, habia muchos cuadros al óleo de aquella escuela andaluza que ha llevado á los lienzos el tono caliente de la tierra, la esplendidez de la inflamada atmósfera y la agraciada melancolía de los semblantes.

Afortunadamente para mí, Amaranta se dignó recibirme. Estaba en una sala baja, fresca y oscura, y cuando yo entré se ocupaba en armar unas flores de altar. ¿Se habia entregado á la devocion? Vestia completamente de blanco, y á la exigencia de la moda se habia unido el rigor de la estacion para que aquel ligero traje fuera nada más que lo absolutamente necesario para cubrir su hermoso cuerpo. Entónces entre las miradas de fuera y el pudor interno no se ponia tan gran baluarte de telas como se pone hoy.

Amaranta estaba abrumadoramente hermosa, y sus ojos negros, que eran, como otra vez he dicho, los primeros ojos del mundo, es decir, los Bonapartes de la mirada humana, conquistaban al punto todo aquello á que dirigian su pupila. Sentí en su presencia mucha cortedad, mucha turbacion; sentíme sin ideas y sin palabra.

—¿Qué vienes á buscar aquí?—me dijo.

—Señora, he venido á Córdoba para afiliarme en el ejército del general Castaños, y sabiendo que Su Excelencia y apreciable familia estaban en esta poblacion, he querido visitar á mi antigua y querida ama.

—Eres tan hipócrita como intrigantuelo y trapisondista—repuso entre severa y amable.—¿Con que me tienes ley? ¿Por qué te portaste tan mal conmigo?

—Señora—exclamé, haciendo aspavientos de respeto.—¡Yo portarme mal! Si no podré olvidar nunca lo bien que estaba al servicio de Su Excelencia.

—¿Quieres ser otra vez mi criado?—me preguntó.

Esta proposicion cayó sobre mí como un rayo. Pensé en Inés, en el repentino engrandecimiento de la que habia juzgado compañera de mi existencia, y al considerarme criado de aquella casa, temblé de indignacion.

—No señora, no quiero servir más. Soy soldado—repuse.—Sin embargo, estoy á las órdenes de Vuecencia para lo que guste mandar.

—¿Con que soldado? ¿Y vas á la guerra? Dentro de un mes serás general—dijo con punzante ironía.

—No aspiro á tanto. Quiero servir á mi país, y nada más. Con tal de que mañana pueda decir: "contribuí á echar de España á la canalla," quedaré satisfecho.

—¿Y crees que España podrá echar fuera á la canalla? ¡Ah! yo no participo de la ilusion de esta buena gente. ¿Qué pasó el dia 9 en el puente de Alcolea? Aquellos pobres paisanos, á quienes no se puede negar valor, huyeron ante las tropas disciplinadas del general Dupont. En Córdoba tampoco se les puso resistencia, y ¡qué horror, Dios mio! ¡qué tres dias de angustia! Todos creíamos que los franceses entrarian con bandera de paz, porque la gente de Echevarri abandonó la ciudad, y los de aquí no trataban de hacer resistencia. Llegaron los franceses á la Puerta Nueva, y miéntras las autoridades hablaban con ellos para darles entrada, de una casa cercana salieron algunos tiros. Furiosos los enemigos, despues de derribar la puerta á cañonazos, desparramáronse por las calles de Córdoba, asesinando á cuantos encontraban al paso y metiéndose en las casas para coger cuanto habia. No puedes figurarte lo que era aquello. Mudos de espanto y ansiedad estábamos todos aquí, atento el oido á los rumores de la calle, cuando sentimos que las puertas caian á golpes, y penetraba aquella soldadesca bestial, diciendo que se les entregasen todos los objetos de valor. El miedo nos impidió andar en contestaciones con ellos, y al punto les dimos alhajas, dinero, plata de mesa y cuanto habia, deseando que se lo llevasen todo de una vez para no escuchar sus insultos. Mas luégo bajaron á la bodega, sedientos de vino; no contentos con echar fuera las cubas pequeñas, bebian en las llaves de las pipas grandes, y dejándo-

las luégo abiertas, corria el Montilla de setenta y cinco años, inundando las cuevas. Uno de aquellos salvajes pereció ahogado en vino. Pero al fin se fueron de casa sin cometer atrocidades de otra clase, y nos vimos libres de semejante chusma. En otras partes los horrores no pueden contarse. Robaron todo el dinero de la administracion, toda la plata de los conventos, los vasos sagrados, los cálices, las custodias, las alhajas de las imágenes; penetraron tambien en los conventos de frailes, muchos de los cuales murieron asesinados; convirtieron en lupanar la iglesia de Fuensanta, y por tres dias Córdoba no fué una ciudad, fué un infierno, porque todos los demonios, todas las maldades, sacrilegios y abominaciones cayeron sobre ella. Por las calles se les encontraba borrachos, llenos de inmundicia, y revolcándose en el lodo, engullendo vorazmente la comida que sacaban á viva fuerza de las casas. Los generales franceses, avergonzados de tanta bajeza, querian someterlos á palos; pero fué preciso emplear mucho rigor, y algunos hubieron de ser fusilados para que entraran en razon los demas. Por último, saliendo de Córdoba para Andújar, esos cafres nos han dejado en paz por algun tiempo. ¡Qué espantoso estado el de España! Y lo peor es que sucumbirá. ¡Qué dias terribles nos aguardan! Yo quisiera tener las ilusiones de esta gente, y creer, como ellos creen, que con unas cuantas batallas ganadas por nosotros... y por cierto que no sé cómo será eso de ganar batallas, sin ejército, ni generales, ni dinero, ni nada... que con unas cuantas batallas se va á concluir todo felizmente. Hay quien sueña con ir á Francia, despues de echar á los franceses, y traerse para acá á Napoleon con un grillete al pié. ¡Dios quiera que no



perezcamos todos! ¡Dios nos dé valor para resistir la tormenta que se nos viene encima!... Aquí vivimos sin saber á qué santo encomendarnos. Casi no nos tratamos con nadie, y si tememos que Francia nos tome por exaltadas patriotas, más nos duele que los vecinos nos crean afrancesadas. Quisiéramos estar bien con todos, y que ni unos ni otros nos molestaran... Pero qué sé yo... creo difícil... ¿Y en Madrid qué tal se vive?

—¿Piensa usía volver á la Córte?

—¡Oh! Sí... Pensamos marcharnos pronto, porque nos llama un asunto en que está interesada toda la familia. Á ser por mí, ya estaríamos allá. No puedo vivir en Córdoba, y ménos en el estado actual de las cosas. Esto no es vivir. Si en Madrid no hubiese tranquilidad, nos iríamos á Bayona con toda la familia.

—¿Y ninguna de las personas de esta casa fué maltratada por la soldadesca francesa?—pregunté, deseando saber qué personas habia en la casa.

—Ninguna; sólo mi tio el marqués tuvo una contusion en la cabeza; pero recibióla al esconderse debajo de una cama, y lo hizo con tanto ímpetu que se dió un golpe muy fuerte contra el suelo. Un amigo de casa, que nos visita todos los dias, D. José María de Malespina, tambien recibió un ligero rasguño en la mano derecha al ocultarse detrás de un armario.

—¿Y las señoras? Oí decir que una sobrinita de la señora marquesa... ó sobrinita de Su Excelencia, no estoy bien seguro, habia venido de Madrid á acompañarlas.

—No—contestó Amaranta, mirando al suelo.

—Pues entónces lo confundo yo con otra cosa. Paréceme que lo oí decir en Madrid al señor licenciado Lobo, aquel famoso escribano... pero no, seguramente se equivocó.

—¿Conoces tú al Sr. de Lobo?—me preguntó con zozobra.

—Ya lo creo; somos muy amigos. Le conocí cuando yo servia en casa de D. Mauro Requejo... y por cierto que el señor licenciado y yo tuvimos una cuestion con motivo de cierta jovencita... una infeliz, señora, una desgraciada chiquilla, huérfana de padre y madre.

—Á ver, cuéntame eso—dijo con interés.

—Pues los señores de Requejo, que eran dos puerco-espines, martirizaban á la damisela. Yo tenia lástima de ella, y quise sacarla de allí... pero me fusilaron los franceses.

—¡Te fusilaron!

—Sí, señora, y el Sr. de Lobo... pues... lo cierto fué que la muchacha desapareció.

—Ya... Cuéntamelo todo.

Con el mayor afan, con el interés más grande que durante mi vida he sentido por cosa alguna, empezaba á contar á Amaranta lo que sabia, cuando la entrada de dos personas me interrumpió.

Eran el diplomático y D. José María de Malespina, aquel por tantos títulos famoso, aunque retirado, coronel de Artillería, de quien hablé cuando lo de Trafalgar. El primero me reconoció y tuvo la bondad de dirigirme algunas bromas.



XII



OBRINA—dijo el marqués,—ya pronto tendremos aquí las tropas de Castaños. ¿Sabes lo que ahora le decia al Sr. de Malespina? Pues le decia que si la Junta de Sevilla me comisionara para entrar en negociaciones con los franceses, tal vez lograria poner fin á esta desastrosa guerra.

—¿Qué negociaciones, ni qué ocho cuartos?—dijo con desprecio Malespina.—¡Oh! ¡Si la Junta de Sevilla siguiera el plan que he imaginado estos dias! Miéntras no demos á la Artillería el lugar que le corresponde, no es posible alcanzar ventaja alguna. Mis recientes estudios sobre cyclodiatomía y capéltica me han hecho descubrir importantes principios que ahora debieran llevarse á la práctica.

—Reniego de la ciencia que inventa medios de destruccion—exclamó con gesto elocuente el marqués,—cuando por las vías diplomáticas pudieran las Naciones resolver todas sus querellas. ¡La guerra! ¿De qué sirve la guerra? ¿Vale la pena de que perezcan miles de séres humanos por una cuestion que podria arreglarse con un pedazo de papel y una pluma mojada en tinta, puesta en manos de alguna persona que yo me sé?

—Hombre de Dios, sin la guerra ¿qué seria del mundo? Y sobre todo, ¿qué seria del mundo sin la Artillería? Montecúculi dice que las batallas *dan y quitan las coronas, concluyen las guerras é inmortalizan al vencedor.*

—¡Sangre y luto y desolacion! Pero no disputemos sobre el volcan, amigo. La guerra es un mal, pero existe hoy entre nosotros. Lo que con-

viene es buscar alianzas en Europa. Por eso desde que llegué á Andalucía, sugerí á la Junta Suprema la idea de pedir auxilio á Inglaterra. ¡Magnífico pensamiento, que ni á Saavedra, ni al padre Gil se le habian ocurrido!

—¡Y usted se atribuye la invencion!—dijo con sorna Malespina.—Pero hombre de Dios, si los asturianos fueron los primeros que en tal cosa pensaron, y desde el 30 de Mayo salieron de Gijon mis queridísimos amigos D. Andrés Ángel de la Vega y el vizconde de Matarrosa, hijo del conde de Toreno... ¡Bah, bah!... Si estos diplomáticos han perdido la chaveta. Nada, amigo mio, yo le dije al padre Gil que cuidara de aumentar la artillería, adoptando los adelantos que yo quiero introducir en el arma. Pues qué, ¿cree usted que Napoleon no tiene noticia de ellos? Yo he descubierto que ántes de invadir á España mandó una comision secreta para que averiguara si estaba yo aquí. Como entónces mi familia hizo correr la voz de que yo habia pasado á América, Napoleon dijo: "Pues no hay cuidado ninguno," y ordenó la invasion. Ya, ya me conoce él de antiguo.

—¡Qué vanaglorioso es usted!—dijo el diplomático con mayor fatuidad que la de su amigo.—Eso lo dice usted por obligarme á hablar, por obligarme á que revele... no; ese secreto de Estado, del cual quizás depende la paz de España y de Europa, no saldrá de mis labios, ni soy hombre que cede fácilmente á las sugestiones de la curiosa é imprudente amistad.

—Todo eso es pura farsa. Sepamos de una vez esos secretos.

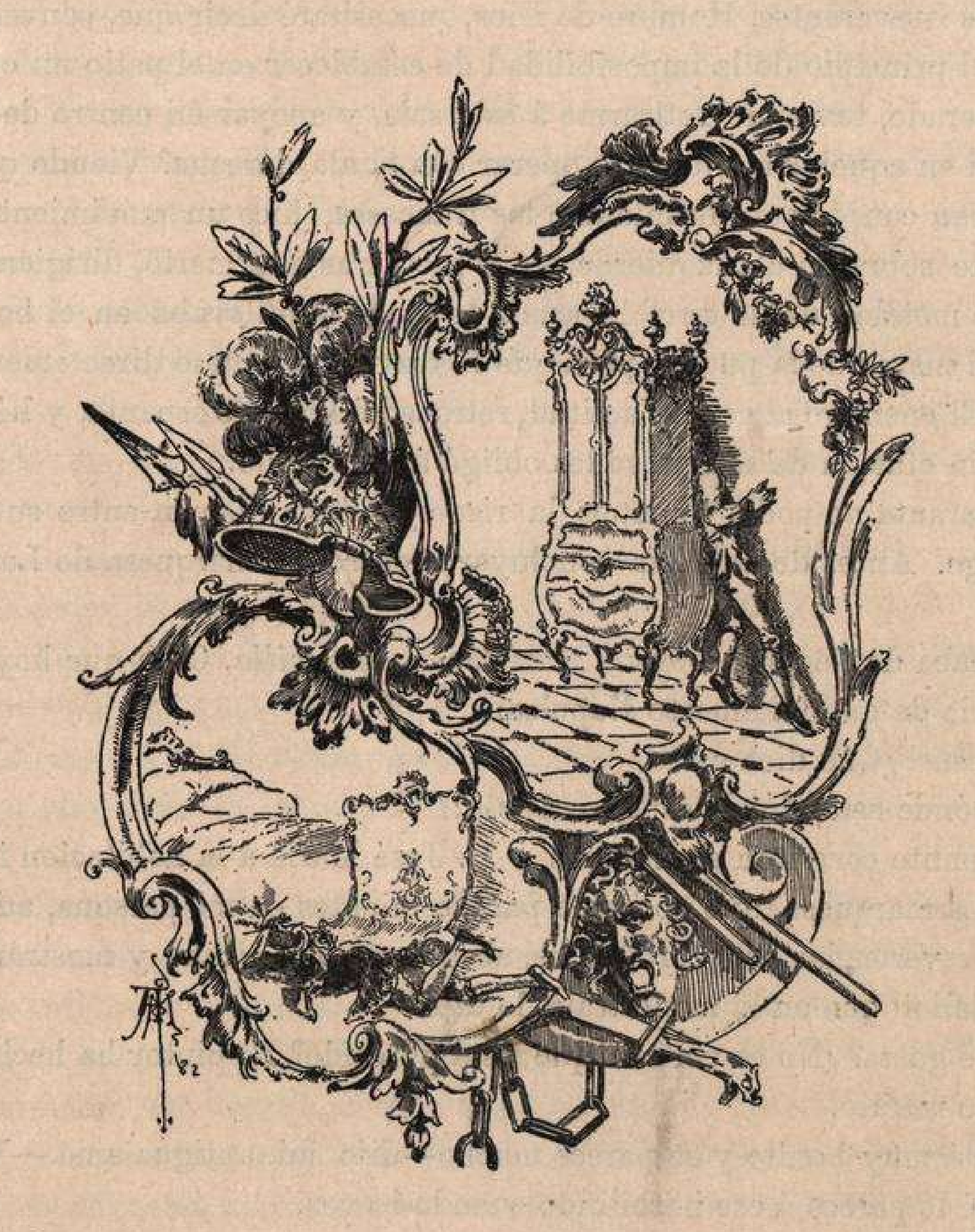
—¡Farsa!—exclamó con enojo el diplomático.—Pero ya comprendo el juego. Lo mismo hace mi sobrina cuando quiere obligarme á que revele los secretos de Estado. No, callaré, callaré, aunque usted me insulte, aunque usted aparente dudar de mi veracidad, para que la indignacion me haga romper el silencio. ¡Pues qué! si yo dijera que un elevado personaje, el más poderoso que hoy existe en el mundo, se decidió al fin á transigir conmigo, despues de una enemistad que data desde la paz de Luneville; si yo dijera que los preliminares de negociacion que entablé para evitar á España los horrores de la guerra, comenzaban á dar resultado, cuando algunos hombres pérfidos... si yo dijera esto... pero no: mi sobrina me mira como para incitarme á seguir hablando, y usted, Sr. de Malespina, me mira tambien... mas no, punto en boca, y cesen las impertinentes preguntas que en vano amenazan el inexpugnable alcázar de mi discrecion.

—Todo eso es pura fábula—afirmó D. José María con desenfado.—Aborrezco la falsedad y la jactancia, pues soy hombre que se dejaria hacer picadillo ántes que decir una palabra contraria á la rigorosa verdad. Por tanto basta de fingidas diplomacias y de tratados que no han existido

sino en la cabeza de usted. En estos momentos seamos soldados, y dejemos á un lado los protocolos. Veremos si ahora, cuando en Bayona se sepa que yo sigo en España y que no pienso en partir á América, se retiran los franceses de nuestro país, porque francamente... Napoleon me conoce.

—Hombre, eso es demasiado fuerte—exclamó el diplomático, soltando la risa.—Con que Napoleon...

—No extraño esas risas—dijo muy amoscado el artillero.—¿Qué ha de



hacer quien no conoce el peligro personal? ¿Qué ha de hacer un hombre que cuando entraron los franceses á saquear esta casa, se escondió debajo de la cama?

—Yo...—contestó con turbacion el marqués,—si penetré en aquel apartado sitio, bien saben todos la causa, que no fué miedo ni mucho ménos. En aquel instante me ocupaba mentalmente en buscar los términos más propios de un arreglo y transaccion con aquella gente, y como el ruido

no me dejaba pensar, busqué la soledad de aquel lugar recogido y pacífico, donde sin estorbo pudiera entregarme á mis sutilísimas cavilaciones. Lo incomprensible es que un militar viejo como usted buscase asilo detrás de un armario, miéntras los franceses insultaban á las señoras.

—Nada, lo que he dicho siempre—repuso Malespina.—Es inútil esperar que los profanos hagan nunca justicia á las combinaciones de la ciencia. Todo lo ven bajo el aspecto vulgar, y lanzan al público las acusaciones más irreverentes. Hombre de Dios, ¿necesitaré decir que, convencido desde el principio de la imposibilidad de establecer en el patio un campo atrincherado, tuve que retirarme á esta sala, y apoyar mi centro de retaguardia en aquel armario, para operar con el ala derecha? Viendo que se acercaban con ímpetu formidable los franceses, hice un movimiento envolvente sobre mi ala izquierda, y me metí tras el armario, dirigiendo el raso de metales de la terrible arma de fuego que llevaba en el bolsillo hácia el marco de la puerta, para que la trayectoria fuese directamente al patio. El enemigo al ver mi actitud, retrocedió lleno de espanto, y hé aquí cómo sin efusion de sangre se les obligó á la retirada.

Amaranta no podia contener la risa oyendo la disputa entre su tio y su amigo. Ántes de que ésta concluyera, entró la marquesa de Leiva y dijo:

—Acaba de llegar la *Gaceta Ministerial de Sevilla*. Creo que hoy trae la noticia de que ha muerto Napoleon.

—¡Jesús! ¿Qué dice usted?

—¿Dónde está, dónde está esa *Gaceta?*

Al punto corrieron el marqués y D. José María á la habitacion inmediata. La marquesa, que no habia parado mientes en mi persona, aunque le hice reverencias muy profundas, acercóse á Amaranta, y mostrándole un medallon que en la mano traia, le dijo:

—¿Te gusta? ¿No es verdad que está parecido? El pintor ha hecho un hermoso retrato.

—Está muy bonito y se parece mucho—dijo mi antigua ama.—Veremos qué le parece á ese barbilindo cuando lo vea.

—Es extraño que no haya llegado ya. Su madre me decia que para el 12 pasaria por aquí.

El diplomático y Malespina aparecieron de nuevo, trayendo cada cual una hoja de papel impreso.

—Efectivamente, aquí está en letras de molde—dijo con grandes aspavientos el diplomático, preparándose á leer.—Oigan ustedes: *Madrid 6 de Junio. El descontento de las tropas enemigas parece general, y corre muy*

válida la voz de que en Bayona hay insurreccion y de que el Emperador está oculto, añadiendo algunos que herido.

—Hombre, eso es importantísimo—exclamó Malespina,—aunque no me coge de nuevo, porque ya tenia noticias detalladas de este suceso.

—¿Que los franceses se sublevan contra Napoleon?—dijo la marquesa. —Dios les habrá tocado el corazon.

—Pero oigan ustedes estotra noticia—añadió Malespina.—*Toledo* 4. *Dícese que cerca de Gallur los franceses han sido derrotados por Palafox, dejando en el campo de batalla* 12.000 *muertos y un número infinito de heridos. Los españoles les tomaron* 48 *cañones y* 12 *águilas.*

—Hombre, magnífica victoria—exclamó el diplomático.—¿Pero qué dice aquí? ¡Oh, esta sí que es gorda! *Reus* 8 *de Junio. Aquí se habla de la muerte de Josef Napoleon, de los varios partidos que dividen la Francia y de la sublevacion del Rosellon. Si estas noticias salen ciertas, podemos asegurar que llegó ya el dia de la venganza y de la libertad de España.*

—Vienen muy satisfactorios estos dos números de la *Gaceta*—dijo Amaranta.

—Ya sabia yo todo eso—afirmó con aplomo el marqués.—¡Pero qué veo, santos cielos! Este sí que es noticion. Oigan todos, oiga usted, Sr. D. José María: *Valencia* 10 *de Junio. El ejército de Duhesme ha sido derrotado. Corren voces de que el castillo de Figueras está en nuestro poder; se repite la noticia del levantamiento del Rosellon y de la indignacion con que ha visto toda la Francia la conducta de su Emperador con la España.*

Los sueltos que oí leer en aquella ocasion pueden verse en la *Gaceta Ministerial de Sevilla*, periódico oficial de la Junta Suprema. En sus breves columnas se insertaban diariamente despachos y noticias que remitian de todas partes. Dictábalas el entusiasmo y las leia la credulidad, y como nadie las discutia, el efecto era inmenso. Segun la *Gaceta Ministerial*, todos los dias era derrotado un ejército francés, y todos los dias ocurria en Francia una insurreccion para destronar al azotador de Europa. ¡Ah! entónces corrian unas bolas, junto á las cuales son flor de cantueso las equivocaciones del moderno telégrafo.

—Oigan ustedes—indicó la marquesa, que habia tomado el periódico de manos del marqués;—esta sí que es noticia extraordinaria. Y no digan ustedes que la sabian, porque hasta ahora no se ha hablado en España ni en el mundo de semejante cosa. Atencion. *Cádiz* 14. *Corre muy válida la voz de que la Francia está dividida en tres partidos: borbónico, repu-*

blicano y bonapartista. Tambien dice que han desembarcado en Rosas 11.000 hombres con armas que vienen de Mallorca.

—¡Tres partidos!—gritó el marqués diplomático mirando á D. José María.

—¡Tres partidos! Ya lo sabia.

—¡Y yo tambien!... Pero corro á comunicar esta nueva á nuestros amigos—dijo el marqués levantándose.

—Aguarda—le insinuó su hermana.—No olvides que esta tarde tienes que pasar por allí.

—¡Otra vez!—objetó el diplomático.—Si no hay quien la haga salir. Le he prometido, le he rogado, le he amenazado, le he dicho mil finezas y ternuras, y nada, no quiere salir. ¿Por qué no vais vosotras?

—Sí, esta tarde iremos—afirmó determinadamente la marquesa.—Es preciso hacerla salir; porque sin ella no podemos volver á Madrid.

—¡Oh! picaron... ya sabemos el secreto—dijo Malespina, dirigiéndose con maliciosa expresion al marqués.—Ayer me hablaron del caso en varias tertulias... Ya sabia yo que habia usted sido un terrible seductor... ¿Pero ahora salimos con eso?



—Amigo, es preciso reparar de algun modo los extravíos de una borrascosa juventud. Ya sabe usted que hasta hace quince años me llamaban el *azote de las familias.* Pero ya pasaron aquellos tiempos, y ahora...

—¿De modo que no vas esta tarde?

—Francamente—dijo el marqués,—en estos dias me gusta salir á la calle lo ménos posible. Suele haber tumultos... ¡la gente está tan excitada!... ¡Qué susto me llevé la otra tarde en el barrio de San Lorenzo!... y como á causa de la gota no puedo correr...

—Y como en la calle no se encuentran camas para esconderse debajo

de ellas... Vamos, vamos, señor marqués, y leeremos á los amigos estas estupendas novedades.

Salieron la Artillería y la Diplomacia, y como la marquesa habia abandonado la habitacion un momento ántes, quedamos solos otra vez Amaranta y yo.

—Sigue contando—me dijo.—Y ese señor tendero con quien servias, ¿ha venido contigo á Córdoba?

—No, señora, yo no he vuelto más á aquella casa. Salí de Madrid acompañando al Sr. de Santorcaz.

—¡Santorcaz!—exclamó la dama, poniéndose encarnada y despues pálida como una difunta.—¿Quién? ¿Quién has dicho?

—D. Luis de Santorcaz, señora; un caballero castellano que ha venido ahora de Francia.

Amaranta parecia experimentar una conmocion profunda. Para disimularla se levantó fingiendo buscar algo, dió media vuelta, sentóse de nuevo, despúes se puso la mano sobre los ojos, y finalmente, rompió una flor de trapo que tenia entre sus manos.

—¿Qué estabas diciendo, que no te oí...?—me preguntó.

—Que el Sr. de Santorcaz...

—Deja á ese hombre... no hables de lo que no me interesa. ¿Con que ántes decias que los tenderos de la calle de la Sal martirizaban mucho á la jóven...?

—Sí señora, mucho. Aquello me desgarraba el corazon—contesté sin cuidarme de disimular los tiernos sentimientos de mi alma.

—Era natural que te interesaras por la desgracia.

—Es que yo habia conocido á Inés ántes de que fuera á aquella casa. La habia conocido cuando estaba con su tio el buen D. Celestino del Malvar. Nos conocíamos los dos, señora, y como ella era tan buena, y yo tambien... porque yo era muy bueno... En fin, señora, yo no puedo ocultar á usía la verdad.

—Dímela de una vez.

Dejándome llevar de la impetuosa pena que pugnaba por desbordarse en mi afligido pecho, y olvidando toda consideracion, todo tacto, toda prudencia, con el acento de la verdad y de un dolor inmenso, dije lo siguiente, sin reflexion ni cálculo alguno:

—Señora, Inés y yo éramos novios... Yo la quiero, yo la adoro... ella tambien...

Amaranta se levantó rápidamente, y en su semblante observé señales de repentina cólera. Mandándome callar, despues de decirme que era un desvergonzado y un truhan, agitó con inquieta mano una campanilla.

¡Altos cielos, por qué no os hundísteis sobre mí! Entró un criado, y Amaranta le mandó que me pusiera al instante en la puerta de la calle.



XIII



L criado, cumplidor de la ignominiosa órden, era un segundo mayordomo llamado Roman, que desde su niñez servia en la casa. Desde que le conocí en el Escorial, aquel hombre me habia inspirado inexplicable antipatía, y digo esto y ademas le nombro, para que mis lectores le tengan presente, por si casualmente figurase despues un poco en los raros sucesos de esta historia.

¿Será preciso que hable de mis tormentos morales en los dias siguientes á aquel suceso? ¡Dios mio! Voy á aburrir á mis lectores, abusando de esa gentil cortesía que les movió á fijar sus ojos en estas relaciones. No, más vale que devore en silencio mis penas y les hable de otros asuntos, que así alcanzaré la doble ventaja de proporcionarles útil entretenimiento, y de calmar mis pesares, adormeciéndoles con el beleño de patriótico entusiasmo.

En Córdoba reinaba gran impaciencia por la tardanza del ejército de Castaños. Entónces, como ahora y como siempre, los profanos en el arte de la guerra arreglaban fácilmente las cuestiones más árduas, charlando en cafés y en tertulias, y para ellos era muy fácil, como lo es hoy, organizar ejércitos, ganar batallas, sitiar plazas y coger prisionero á medio mundo. Á los profanos se unian los bullangueros y voceadores que entónces ¡santo Dios! pululaban tanto como en nuestros felices dias, y entre aquéllos y éstos y el torpe vulgo armaban tal algazara, que no sé cómo las Juntas y los generales podian resistirla.

Principiaron á hacerse comentarios muy diversos sobre la lentitud con

que Castaños organizaba sus tropas; unos aseguraban que tenia miedo, otros que estaba decidido á dar la batalla, pero que seguro de perderla, tenia tomadas sus medidas para retirarse á Cádiz y huir á América con lo más granado de sus tropas; otros, en fin, se atrevieron á más, y pronunciaron la palabra *traidor*. Esta palabra no era entónces palabra, era un puñal: víctimas de ella fueron Solano en Cádiz, Filangieri en Galicia, Cevallos en Valladolid, Ordoñez en Palencia, el conde del Águila en Sevilla, Trujillo en Granada, Torre del Fresno en Badajoz, el baron de Albalat en Valencia. Inútil era decir á los impacientes de Córdoba que un ejército no se instruye, arma y equipa en cuatro dias: nada de esto entendian. Aunque al través del tiempo nos parezca lo contrario, entónces se chillaba mucho, y tambien habia quien tomara muy á pechos los asuntos de la guerra sólo por el simple placer de meter ruido, y tambien para hacerse de notar. Todos los dias oíamos decir: "mañana viene el ejército," ó "ya ha salido de Utrera, ya está en Carmona..." Pero pasaban los dias y el ejército no venia.

En tanto, en Córdoba no cesaban los trabajos. Si no tienen ustedes idea de lo que es el delirio de la guerra, entérense de aquello. En estos tiempos modernos, si hay guerra, las señoras, llevadas de sus humanitarios sentimientos, se ocupan en hacer hilas. ¡Ay! entónces las señoras tenian alma para ocuparse en fundir cañones. Cuando tal era el espíritu de las mujeres, figúrense ustedes cómo estarian los hombres. ¡Hilas! Allí nadie pensaba en tales morondangas.

Los voluntarios y cuerpos francos se uniformaban segun el gusto indumentario de cada uno, y aquí de la imaginacion de las hembras de la familia, para galonar marselleses, para emplumar sombreros y guarnecer charpas y polainas. Se hicieron muchos uniformes; pero no bastaban para equipar los dos regimientos, uno de caballería y otro de infantería que organizó la Junta de Córdoba. Sin embargo, este inconveniente se obvió, disponiendo que con cada prenda de vestir se cubriesen dos: el uno llevaba los calzones, casaca y sombrero, y el otro el pantalon, chaqueta y gorra de cuartel. El correaje tambien servia para dos: uno llevaba la bayoneta en la cartuchera y el otro en el porta-bayoneta, y no alcanzando las cartucheras y cananas, se suplian con saquillos de lienzo. Más adelante, cuando tenga el gusto de describiros en su conjunto el ejército de Andalucía, daré completa idea de su abigarrada conformacion y aspecto. Francamente, señores, era aquel un ejército que movia á risa.

Durante los dias que aguardamos la llegada de Castaños para incorporarnos á él (y necesariamente tengo que volver á hablar de mí), yo hacia

una vida vagabunda y holgazana. Como el servicio del jóven D. Diego no exigia más que presentarme en la posada á la hora de comer, pasaba el dia y parte de la noche discurriendo por aquellas tortuosas calles, que convidan al transeunte á perderse por ellas, entregándose al azar, á lo aventurero, á lo desconocido, sin saber á dónde se va, ni de dónde se viene. Por ser la soledad mi mayor gusto, rechazaba la compañía de mis camaradas, buscando errante y solo aquellos lugares donde más pronto me perdia.

El único sitio adonde iba deliberadamente todos los dias era la casa de Amaranta, y pasaba largas horas contemplando su puerta, con los ojos fijos en las desnudas paredes, como si quisiese leer en ellas alguna mal escrita página de mi destino. Sus cerradas ventanas, sus espesas celosías, no daban paso á ninguna esperanza. Sin embargo, aquella fachada era tan elocuente, que no podia dejar de mirarla. Al apartarme de allí, el viejo muro con su puerta, sus ventanas, sus aleros y sus miradores, quedaba tan presente en mi imaginacion como si fuese una fisonomía. ¡Cara funesta, que nunca tuvo una sonrisa para mí!

Los criados de la casa, á quienes impacientemente preguntaba por Inés, no sabian ó no querian darme noticia alguna.

Pero un dia, precisamente el 1.° de Julio, cambió repentinamente la situacion de mi espíritu. Atiendan ustedes, que esto es de suma importancia. Por fin, tras larga espera, llegó el ejército del general Castaños y al anochecer debian partir para el Carpio. Entre los paisanos armados que se juntaron con Echevarri, existia un grupo compuesto de contrabandistas de Sierra-Morena, de Villamanrique y de Pozo Alcon, con los cuales fraternizaron bien pronto formando amistosa cuadrilla, los licenciados de Málaga, batallon que se formó con alguna gente condenada por faltas, y que la Junta tuvo á bien indultar. Estos caballeros, para cuya domesticacion emplearon grandes rigores los jefes militares, tuvo una pequeña reyerta en Córdoba con los suizos de Reding. Fué cuestion de vino, prontamente aplacada, pero que, sin embargo, alarmó el barrio de Santa Marina durante media hora, produciendo sustos, algunas corridas, tal cual desmayo de sensibles mujeres, las que al oir los dos ó tres tiros disparados en la colision creyeron que los franceses estaban otra vez sobre Córdoba, y así lo gritaban corriendo desordenadamente por las calles. La parte mayor de la ciudad no se enteró de este suceso, que insignificante en las páginas de la historia patria, fué para mí de trascendencia suma, y más digno de mencion que si hubiese derribado añejos tronos y alterado la geografía del continente. Así los granos de arena pesan á veces como

montañas en el destino de un sér humano, y lo que es gota de água en el cáuce de la generalidad, es rio impetuoso en el de uno solo, ó vice-versa, segun lo que nosotros llamamos antojos de allá arriba, y no es sino concierto sublime, que no podemos comprender, como no puede una hormiga tragarse el sol.

Pues bien: algunas horas ántes de la que señalaron para la partida, salí á la calle, impulsado por un sentimiento de amor hácia los laberintos de aquella ciudad que en sus repliegues escondidos habia dado un asilo á mi tristeza. Sentia salir de Córdoba, como siente el ermitaño dejar su cueva. Me habia acostumbrado tanto á pasear mi aburrimiento y soledad por aquellos callejones, á quienes en cierto modo habia hecho confidentes de mi pesar; hallaba tantas perspectivas amigas en un recodo, en una torre, en un ajimez, en una encrucijada, en un poste, en una reja, en una piedra corroida por el tiempo, en un zócalo garabateado por los chicos, que no pude ménos de salir á dar el último adios á todas aquellas mudas compañías de mi tristeza. Aquel dia estaba más triste que nunca.

Era de tarde: pasé por una plazuela solitaria é irregular, de esas que son la desesperacion de los arquitectos modernos: á un lado muros de ladrillo, en los cuales, por la disposicion de este material se ha querido imitar una decoracion greco-romana, con jambas, dentículas, capiteles, metopas y triglifos; á otro una pared sin puertas ni ventanas, luégo un descomunal portalon, una esquina cargada de escudos, un farol, un santo, torres medio caidas y machones que se van á caer, una plazuela, en fin, de esas que nos salen al paso cuando visitamos cualquier vieja metrópoli, tal como Toledo, Granada, Valladolid, Leon, etc... Al atravesarla sentí el ruido que cerca producia la citada reyerta entre los licenciados y los suizos, oíase lejana algazara, y al extremo de largo callejon ví algunas mujeres que corrian gritando. Esto despertó mi curiosidad y marché hácia allí; pero no habia dado dos pasos, cuando me detuve asombrado y extremecido, porque en el fondo de la plazuela, y en el ángulo que ésta formaba con una calle, ví una mano que me hacia señas; sí, una mano blanca que me llamaba.

Dirigíme allá y en unos cuantos segundos se disipó la ilusion. Me reí de mi torpeza al examinar que en el ángulo mencionado habia una imágen de la Vírgen de esas que la devocion de los españoles ha puesto en las antiguas calles. La Vírgen tenia una corona de hierro, en cuyos picos debió de haberse enredado una cometa de algun chico de la vecindad, pues un giron de papel, todavía suspendido junto al cuerpo de la sagrada estátua, se movia á impulsos del viento. Aquello fué lo que á mí me pare-

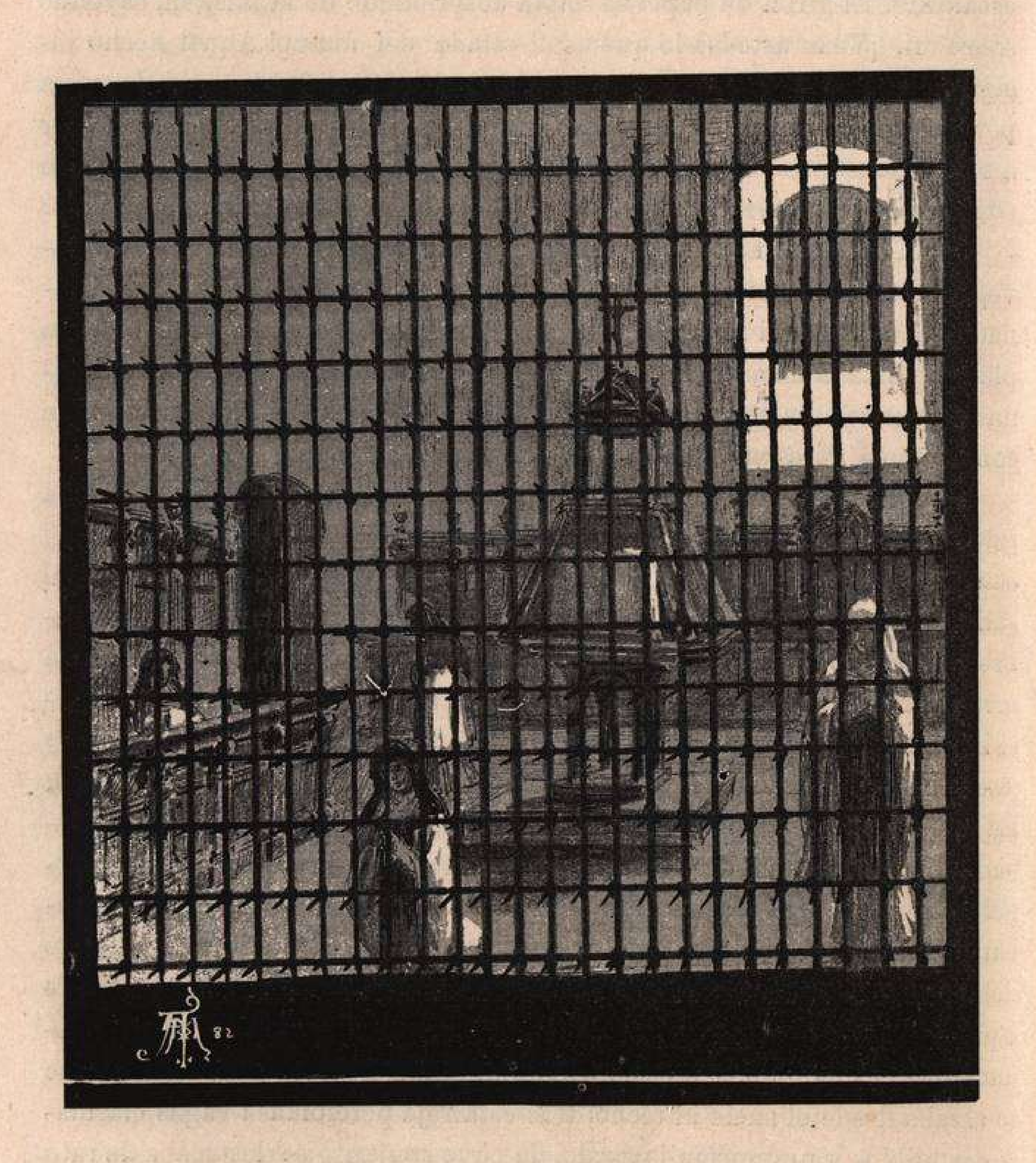
ció un brazo que se movia y una mano que me llamaba. Tal alucinacion en pleno dia era señal de mi estupidez, por lo cual, burlándome de mí propio, seguí mi camino.

Pasando bajo la imágen, contemplaba el giron de la cometa, cuando me detuve de nuevo, porque un objeto rozó mi cara, produciéndome cierto escalofrío. El giron de papel se habia desprendido de la imágen, cayendo sobre mí. ¡Vean ustedes lo que es el estado del ánimo! Aquel hecho insignificante, tan insignificante como el aplastamiento de un grano de arena por nuestro pié, me hizo detener el paso, me hizo temblar, me hizo mirar á todos lados, puso en mis labios esta pregunta que me dirigí lleno de confusion:—Pero Gabriel, ¿te has vuelto bobo, ó lo has sido toda tu vida?

Seguí andando hácia la acera de enfrente, cuando de nuevo me detuve, me quedé helado, absorto, estupefacto, porque detrás de mí habia sonado claramente mi nombre. ¿Quién me llamaba? Volvíme y nada ví. La plazuela estaba enteramente desierta y muda: sólo á lo léjos se oian apénas algunas voces del altercado, que de ningun modo podian confundirse con la que á mi espalda habia dicho "Gabriel."

Al volverme, mis ojos se fijaron en una puerta; era la puerta de una iglesia. Abiertas de par en par las hojas de madera chapeada, se veia el cancel de mugriento cuero, con dos puertecillas laterales. Una vieja, al salir, puso en movimiento las mohosas visagras, y al ruido de la herrumbre, un sonido lastimero llegó á mis oidos, modulando aquella voz que á mí me habia parecido mi nombre. Esta vez no me reí, sino que entré decididamente en la iglesia. Ví muchos santos pintados ó de escultura, y ¡cosa singular! parecióme que todas las imágenes sonreian apaciblemente. La iglesia era modesta, blanca, oscura. En los lustrosos bancos se sentaban algunas señoras de edad. Las luces del altar, al reflejarse en los oropeles de un luengo cortinon rojo que servia de dosel á la Vírgen, brillaban, estrellas tembladoras de aquella dulce oscuridad, indicando á dónde debian dirigirse los piadosos ojos. Al poco rato de estar allí, parecióme aquel interior ménos oscuro, y comencé á ver distintamente todos los objetos. En el fondo de la iglesia, frente al altar, habia una gran reja que se alzaba desde el suelo al techo; tras esta reja percibíanse vagas claridades movibles y un murmullo sordo, de cuyo conjunto se destacaba de rato en rato una sílaba ó una tos que repetian los ecos de la bóveda. Acercándome á aquella reja, pude fácilmente distinguir tras ella varios bultos blancos y negros, entre los cuales algunos desfilaron pausadamente y sin ruido hácia una puerta que se abria en el ángulo del fondo, y otros permanecian inmóviles y de rodillas. Eran las monjas.

Contemplando la tranquilidad de aquellas santas mujeres, su apacible recogimiento, la aparente vaguedad de sus formas corpóreas, aquel silencio de sus pasos que las asemejaba á simples creaciones de la luz, discurriendo por el fondo de la cámara oscura; contemplando aquella calma de sus rezos, que nadie oia, sentí envidia hácia los que sumergen su vida en



la dulce sombra de un cláustro. Yo no apartaba mis ojos del coro, observando indiscretamente los movimientos de las buenas madres, y miéntras mayor era mi atencion, con más claridad se me iban presentando los distintos objetos de aquel recinto, y ví poco á poco los sillones, el facistol, el órgano, los cuadros. Tan lentamente salian de la oscuridad los perfiles

de estos objetos, que mi propia imaginacion podia creerse autora de aquel espectáculo.

El dia iba descendiendo, y la iglesia se oscurecia por grados; pero una de las madres, tirando de unas cuerdas, descorrió la cortina negra de la alta ventana del coro, y entónces entró la luz crepuscular, dando á todo su verdadera forma. Retiráronse algunas monjas: yo sentí el ténue chocar de las medallas de sus rosarios cuando levantaban la rodilla, y luégo algunos besos. Era fácil contar el número de las que salian por el número de los suaves estallidos que resonaban en aquel espacio, porque todas al salir besaban los piés de un Cristo colgado junto á la puerta. Yo atendia á esto, cuando de las figuras que aún quedaban de rodillas en el centro del coro, se levantó una dirigiéndose á la reja y al mismo lugar en que yo estaba. Mi impresion al verla, al ver su cara, al ver sus ojos que me miraban, fué tan viva, tan aterradora que me quedé pretrificado, me quedé con la sangre helada, la vida en suspenso, hecho una estátua de plomo. Lo que estaba viendo, ¿qué era? ¿Era una aberracion, un delirio, una imágen del sueño, un juguete fantástico, obra de los ángeles traviesos para burlarse de los que con sus mundanas tristezas van á profanar la casa de Dios? La miré fijamente, atónito ante aquel enigma, ante aquel misterio; pero la vision no duró más que algunos segundos, porque la monja, llamada por otra, se apartó de la reja, y salió rápidamente del coro sin besar el pié del Santo Cristo.

Al hallarme solo reuní todos, absolutamente todos los rayos de mi razon, y juntándolos los dirigí á la confusa y negra oscuridad de aquel fenómeno. Quise desavanecer el celaje que envolvia mi inteligencia haciéndome estúpido, y me pregunté si lo que acababa de presenciar era reproduccion de aquella burla de mis sentidos que poco ántes me habia hecho ver una mano en un pedazo de papel y oir mi nombre en el chirrido de una puerta. Me dí golpes en la cabeza, busqué un sitio más solitario, donde, serenándome, pudiera poner en claro cuestion tan árdua, y sin saber cómo, dí conmigo en el fondo de una capilla. En un cuadro que se ofreció de improviso á mis ojos ví una falange de ángeles, mil encantadoras criaturas de esas que sin más naturaleza corporal que una cabeza y dos alas, han creado los artistas para regocijar los lienzos de la pintura ascética. Atrajeron mi atencion aquellos séres juguetones y enredadores: todos se reian con infantiles carcajadas y entremezclándose volaban, rasgando nuubes, esparciendo flores con el batir de sus alas de pollo y dándose de coscorrones al chocar unas con otras las rubias cabecitas. Por momentos me parecia que avanzaba sobre mí aquella bandada de rostros

voladores, y que luego retrocedian haciendo con alegre algazara movimientos de miedo, para esconderse despues tras una nube, y hacerme desde allí guiños con sus ojuelos, y encantadoras muecas con sus bocas.

Á tal situacion habian llegado mis sentidos cuando el sacristan, agitando un grueso manojo de llaves con cencerril estruendo, me hizo salir de la iglesia, pues yo era la única persona que quedaba en ella. Salí, y la luz de la calle pareció devolverme el sentido comun, que, segun mi propia opinion, habia perdido. El tumulto de que poco ántes hablé, continuaba más reciamente, y algunas personas atravesaron corriendo la plazuela. Entre éstas ví un hombre, un caballero que corria azorado y con miedo, volviendo la vista atrás, deteniéndose á cada dos pasos, y vacilando luégo sobre qué direccion tomaria. Fijóse en mí, y al punto, llamándome por mi nombre, se me acercó con muestras de alegría por haberme encontrado. Era el diplomático.



XIV



ABRIEL—me dijo con voz temblorosa y sin dejar de mirar hácia el sitio del tumulto,—vas á hacerme un favor... ¡Los franceses! ¡Están ahí los franceses! Sí... yo he visto pasar por esas calles las gorras de pelo de á dos varas de alto... Bien lo decia yo... Mi sobrinita y mi hermana tienen unas cosas... Á ellas solas se les ocurre mandarme con esta comision, sin reparar que la pierna gotosa no me deja correr. Pero no doy un paso más... me retiro á casa... tú te encargarás de llevar las flores, la carta y el recado... ¿No oiste un tiro? Me parece que vienen por ese lado. ¡Jesús, esto es atroz! Si viene una bala perdida... Adios, me voy; toma, chiquillo, encárgate tú de esto. Es muy fácil. Ahí está el convento. Mira, en aquel callejon está la puerta del torno. Entras, preguntas por la señorita Inés, la novicia... pues. Dices que vas de parte de la señora marquesa de Leiva. ¿Lo olvidarás?... ¡Dios mio! ¡Esas mujeres que pasan corriendo!... Sin duda los muy tunantes intentan deshonrarlas. Me voy... Toma: entra tú en el locutorio. ¡Para qué vendria yo á estos malditos barrios! Toma el ramo de flores contrahechas... toma la carta, que darás á la señorita Inés... le dices que la señora marquesa está enojada con ella, y que es preciso que se decida á salir del convento... insiste mucho en esto, ¿eh? díle que nos vamos para Madrid, y que en la córte del nuevo Rey José I... ¡Demonio, eso que ha sonado es un tiro de obús!... Me parece que ahora cayó una granada en el techo de esa casa.

—¿Una granada? Lo ménos cincuenta van disparadas ya—dije yo, ati-

zando el fuego de su miedo para que se marchara pronto y me dejase tan sublime comision.

—Con que, chiquillo—continuó, temblando como un azogado,—¿lo harás bien? Si te dan contestacion la llevas á casa. Vé pronto. Yo me escaparé corriendo por esta calle donde no se siente ruido... adios.



Desapareció el diplomático, llevado por su miedo, y al punto entré en la portería del convento con febril alegría, y dí fuertes porrazos en el torno. Una voz regañona me contestó:

—Deogracias—dije.—Vengo de parte de mi ama la señora marquesa de Leiva á traer un recado á la señorita Inés.

La portera me dijo que esperara en el locutorio, y al poco rato de estar allí corrióse la cortina de éste y ví dos monjas. No sé cómo me pude mantener en pié. Una de ellas era Inés.

No me cabia duda alguna, era ella misma: en su semblante, adelgazado y pálido, habian impreso terribles huellas los sesenta dias de incesantes pesares transcurridos desde el 2 de Mayo; pero la reconocí, á pesar de la escasísima luz del locutorio, y la hubiera reconocido en la oscuridad de las entrañas de la tierra. Parecióme que al verme cerró los ojos, y que asió las rejas con sus dos manos para sostenerse. Cuando me dirigió la primera pregunta su voz temblaba de tal modo, que era imposible entender sus palabras. Sin poder decir una sola, incapaz de discurso y de movimiento, permanecí yo breve rato con la cara apoyada en la reja.

La monja que la acompañaba me obligó por fin á hablar.

—La señora marquesa me ha dado este ramo de flores y esta carta—dije, introduciendo ambas cosas para que las tomara Inés.

—¡Ah, el ramo para el Santo Niño de la Enfermería!—exclamó la monja vieja.—La señora condesa no se olvida de nosotras.

—Tambien me ha dado un recado de palabra para la señorita Inés—continué,—y es que se prepare á salir del convento para partir con ella á Madrid dentro de algunos dias.

—¡Oh!—exclamó la vieja.—La señora condesa y la señora marquesa hacen mal en contrariar la decidida vocacion de esta buena niña. ¡Por qué ese empeño en llevarla al siglo, cuando ella quiere dejar sus maldades y abominaciones! La pobrecita no quiere cuentas con nadie más que con su prometido esposo, que es nuestro Señor Jesucristo.

—Madre Transverberacion—dijo Inés con voz más entera,—el chocolate y los bollos que han hecho sus mercedes ayer para la señora condesa, ¿dónde están? ¿Los ha traido su merced?

—No por cierto.

—¡Si tuviera su merced la bondad de ir á buscarlos para que los lleve este mozo...!

—Bien pudo usted haberlos traido—replicó gruñendo la vieja.

—Si la señora condesa no lo recibe esta tarde, se enojará mucho, y me será difícil convencerla de que no quiero dejar nunca más esta santa morada.

—Voy por él... ¡Qué niñas estas!

Dejónos solos la madre Transverberacion, y entónces hablé así:

—Inés mia, estoy vivo, he resucitado. Salí vivo de aquel monton de víctimas, donde perdimos para siempre á nuestro buen amigo D. Celestino. Al verme vivo y sin tí, pensé que Dios me habia devuelto la vida para castigarme; pero ahora que te encuentro, alabo á Dios porque veo que no una, sino dos veces, me ha devuelto la vida.

—¿Debo salir de aquí? ¿Debo hacer lo que me mandan esas señoras?—me preguntó Inés con impaciencia, porque temia la vuelta de la madre Transverberacion.

—Sí, Inés, sal de aquí. Haz lo que te mandan esas señoras. ¿Qué dicen en esa carta?

—Toma, léela—dijo, alargándola al través de la reja.

A la escasa luz del locutorio pude leer la carta, que decia, entre otras cosas relativas al ramo y al chocolate, lo siguiente: "Esperamos que cesará „tu obstinacion en profesar. Nos oponemos resueltamente á ello, y no „queremos que tu ingreso en el seno de esta familia sea señal de aniqui„lamiento de nuestra casa. Ya te dijimos que habíamos determinado ca„sarte con un jóven de alto linaje, proyecto en el cual estriba la felicidad „y grandeza y lustre de la familia á que perteneces. Todo está concerta„do, y aunque se aplace por motivo de la guerra, al fin tiene que ser; de „modo que si persistes en profesar, nos llenarás de dolor. ¿No anhelas „servirnos de consuelo en nuestra soledad? ¿No correspondes al mucho „amor que te profesamos? ¿No deseas ocupar el puesto que te pertenece „en nuestro corazon y en nuestra casa? Mi sobrina y yo iremos á conven„certe, y en tanto disponemos el viaje á Madrid, adonde nos acompañarás „porque tu presencia es indispensable á las diligencias de tu legitima„cion.„

—Sí, saldré—dijo Inés cuando acabé de leer la carta.—Ya no quiero estar más aquí.

—¿Pues qué, estabas decidida á profesar?

—Sí, muy decidida. Nada me consolaba sino la idea de encerrarme aquí para siempre. Cuando me trajeron á Córdoba... ¡qué dias y qué viaje! yo no sabia lo que era de mí. ¡Me encerraron en este convento... luégo vinieron esas señoras á decirme que era su sobrina... me besaron... lloraron mucho las dos... luégo dijeron que me iban á casar, y cuando les contesté "Pues ya que me han puesto aquí, aquí me he de quedar toda la vida,„ ambas se aflijieron mucho... Me visitan con frecuencia, acompañadas de un señor de edad, que me hace mil caricias y asegura quererme mucho; pero siempre me he negado á ceder á sus ruegos para salir.

—¿Y ahora?

—Las paredes del convento se me caen encima, y anhelo salir.

—¡Pero te van á casar!—exclamé indignado.—Te quieren casar, y no se hunde el mundo.

Entónces se rió, creo que por primera vez desde mucho tiempo, y aquella espontánea alegría me pareció expresion de una renaciente vida. Inés salia del seno del cláustro como yo del monton de muertos de la Moncloa, y al contestar con una sonrisa á mis amorosas quejas, sacaba del sepulcro de la Orden el pié que tan impremeditadamente habia metido dentro. Viéndola reir, reíme yo tambien, y al punto olvidando la situacion, nos hablamos con la confianza de aquellos tiempos en que de nuestras penas hacíamos una sola.

—¡Ay, chiquilla! Ahora que eres archiduquesa y archipámpana, ¿no tienes vergüenza de quererme?

—¿Pero qué quieren hacer de mí?—preguntó poniéndose triste otra vez.

—Mira, princesa; haz lo que te mandan esas señoras: obedécelas en todo. Ya habrás conocido el parentesco que tienes con ellas. Dios te ha puesto en sus manos: acepta lo que Dios te da, y Él arreglará lo demas.

—Saldré del convento—afirmó ella.—¡Ay! Las madres se van á asustar cuando me lo oigan decir. Pero ya Dios no quiere que yo sea monja.

—No lo serás, no: y cuando yo vuelva de la guerra...

—¿Pero vas tú á la guerra? Chiquillo, ¿quién te ha metido á tí en guerras?

—¿Pues qué he de hacer? ¿Quieres que toda la vida sea criado? Escucha, Inés, lo que me pasó hace dias en casa de la señora condesa. Fuí á visitarla, y habiendo cometido la indiscrecion de decirle que te queria, se enfureció de tal modo que me hizo poner en la puerta de la calle.

Inés cruzó las manos, dejándolas caer luégo con desaliento sobre su falda, miéntras elevaba sus ojos al cielo, sin decir nada.

—No soy más que un criado, Inés—exclamé agarrándome con fuerza á la reja y sacudiéndola, como si quisiera hacerla pedazos;—no soy más que un miserable chico de las calles, indigno de ser mirado por personas de tu clase. Despues que nos separamos, mira qué distantes estamos uno de otro. Pero no creas que lo siento; me gusta verte donde debes estar.

—¿Y tú?—me preguntó con perplejidad.

—Yo haré lo que deba, Inesilla. Sal de este convento, vé con esas señoras, y espérame tranquila, con la seguridad de que iré á buscarte. Si para entónces no has variado... si te encuentro la misma...

Inés me contestó al instante pasando su dedo índice por uno de los huecos de la reja. Yo se lo besé, se lo mordí tan sin pensarlo, que ella no

pudo contener un pequeño grito, á punto que la madre Transverberacion regresaba con el chocolate y los bollos.

—¿Qué es eso, niña?—exclamó la vieja asombrada de oirla chillar.

—Nada, madre Transverberacion. Esta reja tiene unos picos... Al mover la mano me lastimé un dedo—repuso Inés, chupándose la coyuntura del dedo índice y sacudiéndolo despues para fingir el dolor del supuesto rasguño.



—Aquí están el chocolate y los bollos—añadió la monja.—Vaya, ya es tiempo de que se marche ese mocito, porque oscurece y no es esta hora de tener abierto el locutorio.

—Rabiando estoy por marcharme—dije.—Vengan acá esos bollos y ese chocolate, que la señora marquesa ha de estar con el alma en un hilo, aguardando tan buenas cosas. ¿Y qué le digo á su merced en contestacion al recado que tuve el honor de traer?

—Que está muy bien—contestó Inés, apretando su cara contra la reja.—Que haré lo que me mandan, y que cuando quieran venir por mí, estoy dispuesta á salir del convento.

—¿Cómo es eso, niña?—gruñó alarmada la monja.—¡Que quiere usted salir! ¡Qué pensará su futuro esposo Jesucristo si llega á sus oidos lo que usted ha dicho! Y tiene que saberlo forzosamente, porque Él está en todas partes y todo lo oye. Nada, nada—añadió arrimando su hocico á la verja.—Rapaz, á la señora marquesa dirá usted que la niña persiste en su ejemplar vocacion, y que si quieren verla enfadada y bufando de rabia, que le hablen del siglo y sus tentaciones.

Inés prorumpió en una carcajada tan natural, tan graciosa, tan fresca, tan jovial, que hasta las paredes del convento parecian regocijarse con tan alegre música.

—¿Qué risas tan mundanas son esas?—dijo la madre Transverberacion. —Es la primera vez que se rie usted de ese modo en esta casa. ¿Qué pasa para tanta alegría?... Adentro, niña, adentro y daremos parte de este inaudito acontecimiento á la madre abadesa.

Cerróse el locutorio y salí á la calle. Sentíame con nueva vida, con centuplicadas fuerzas en mi espíritu y en mi cuerpo; sentíame capaz de todo, de la abnegacion, de la lucha, hasta del heroismo, porque la presencia y las palabras de Inés habian abierto desconocidos horizontes, inmensos espacios delante de mí.



XV



NTES de llegar á la posada, fuerte ruido de tambores y cornetas me anunció la salida del ejército. Corrí á buscar mis armas y mi caballo, y ántes de que se notara mi falta, ya estaba en fila con el señorito conde de Rumblar, Marijuan y los demas de la partida. Era ya de noche cuando salimos, y el pueblo todo tomó parte en aquella espontánea fiesta de nuestra despedida: millares de luces se encendieron á nuestro paso en balcones y puertas; ninguna mujer dejó de saludarnos desde la reja, ya sin galan, y todos los chicos engendrados por aquella fecunda generacion salieron delante de los tambores, acompañándonos hasta más allá de la Puerta Nueva.

Anduvimos toda la noche, y al dia siguiente, al salir del Carpio, nos desviamos del camino real de Andalucía, tomando á la derecha en direccion á Bujalance. Durante esta primera jornada encontramos á Santorcaz, que habia salido de Bailén para incorporarse á su cuadrilla, y á todos nos dió mucho gusto el verle.

—Aquí traigo varios regalitos que le manda á usted su señora mamá—dijo á mi amo, entregándole unos paquetes.—La señora estaba desazonada por no haber tenido noticias de usted, y me encargó que le cuidase bien. ¿Hizo el señor conde las visitas que Doña María le encargó?

—Puntualmente—contestó mi amo.—Y usted ¿por qué no ha venido ántes?

—¡Qué demonio!—exclamó Santorcaz.—Con estas cosas ni tenemos posta, ni quien lleve una carta. Sin embargo, yo recibí las que esperaba,

y aquí estoy al fin, deseando, como los demas, que tropecemos con los franceses.

Desde entónces fué Santorcaz el principal personaje de la cuadrilla despues del amo, lugar que supo conquistarse con la desenvoltura subyugadora de su conversacion. Él ponia todo su esmero en agradar á D. Diego, cosa fácil de conseguir; y siempre fijo al lado de éste, cautivó prontamente el ánimo del buen chico, ya contándole hazañas y extraordinarios hechos, ya sugiriéndole con su fértil imaginacion ideas y conceptos propios para enloquecer á un jóven de chispa, pero muy atrasado en su desarrollo intelectual.

Y á todas estas, señores mios, ni una palabra os he dicho de aquel ejército, ni de su extraña composicion; pero atended ahora, que léjos de ser tarde, es esta la ocasion propicia de hacerlo, segun el refran que dice: "cada cosa en su tiempo y los nabos en adviento."

La base del ejército de Andalucía estaba en las tropas del campo de San Roque, mandadas por Castaños, y en las que despues trajo D. Teodoro Reding de Granada. Componíase de lo más selecto de nuestra infantería de línea, con algunos caballos y muy buena artillería, no excediendo su número de trece á catorce mil hombres. Agregáronse á aquellas fuerzas algunos regimientos provinciales y los paisanos que espontáneamente ó por disposicion de las Juntas se engancharon en las principales ciudades de Andalucía. Difícil es conocer la cifra exacta á que se elevaron las fuerzas de paisanos armados; pero seguramente eran muchos, porque la convocatoria habia llamado á todos los mozos de diez y seis á cuarenta y cinco años, solteros, casados y viudos sin hijos, de cinco piés ménos una pulgada, medidos descalzos. Ademas de los notoriamente inútiles, como cojos, mancos, ciegos, etc., se exceptuaba á los que tenian su mujer embarazada ó ejercian cargos públicos, así como á los ordenados de Epístola; pero no habia excepcion por razon de cosecha ó labores del campo. Los únicos rechazados de las filas, sin tener aquellos reparos, eran los *negros*, *mulatos*, *carniceros*, *verdugos* y *pregoneros*. Con paisanos, pues, creó Sevilla cinco batallones y dos regimientos de caballería; Cádiz mandó el batallon de tiradores que llevaba su nombre, y las ciudades y villas de Utrera, Jerez, Osuna, Carmona, Jaen, Montoro y Cabra, enviaron cuerpos de infantería y caballería de número irregular.

Esto aumentó el ejército; pero aún debia crecer un poco más aquel que empezó enano y debia ser gigante terrible, si no por su tamaño, por su fuerza. Los militares españoles que el Gobierno de Madrid incorporaba á las divisiones de Moncey, de Vedel ó de Lefebvre iban huyendo de sus

traidoras filas en cuanto se les presentaba ocasion para ello, de tal modo que al verificar sus marchas aquellos ejércitos por parajes montuosos y accidentados, veian que los españoles se les escapaban por entre los dedos, como suele decirse. Los desertores acudian á engrosar las tropas del ejército de Blake, del de Cuesta ó del de Castaños; y á Carmona y á Cór-



doba llegaron muchos, escapados de las filas de Moncey, así como casi todos los que hacian la campaña de Portugal con Junot. Aquellos oficiales y soldados, al romper la disciplina literal que los sujetaba á la Francia invasora para acudir al llamamiento de la disciplina moral de su patria oprimida, hacian el viaje disfrazados, traspasaban á pié las altas montañas y los ardientes llanos, hasta encontrar un núcleo de fuerza española.

Daba lástima verles llegar rotos, descalzos y hambrientos, aunque su gozo por hallarse al fin en tierra no invadida les hacia olvidar todas las penas. Con estos desertores, entre quienes habia Guardias de Corps, walones, ingenieros y artilleros, aumentó un poco más nuestro ejército.

Pero aún creció algo más. La Junta de Sevilla habia indultado el 15 de Mayo á todos los contrabandistas y á los penados que no lo fueran por los delitos de homicidio, alevosía ó lesa majestad divina ó humana, y esto trajo una legion, que si no era la mejor gente del mundo por sus costumbres, en cambio no temia combatir, y fuertemente disciplinada, dió al ejército excelentes soldados. Ibros, lugar célebre en los fastos del contrabando, Jandulilla, Campillo de Arenas, y otras localidades, entregadas más tarde al sable de la Guardia Civil y de los carabineros, enviaron respetables escuadrones, con la particularidad de que por venir armados hasta los dientes, y ser todos unos caballeros de muy buen temple, que sabian dónde echaban la boca del trabuco, se les reputó como auxiliares muy eficaces del ejército. Cuerpos reglamentados españoles, con algunos suizos y walones; regimientos de línea, que eran la flor de la tropa española; regimientos provinciales, que ignoraban la guerra, pero que se disponian á aprenderla; honrados paisanos, que en su mayor parte eran muy duchos en el arte de la caza, y por lo general tiraban admirablemente; y por último, contrabandistas, granujas, vagabundos de la sierra, chulillos de Córdoba, holgazanes convertidos en guerreros al calor de aquel fuego patriótico que inflamaba el país; perdidos y merodeadores, que ponian al servicio de la causa nacional sus malas artes; lo bueno y lo malo, lo noble y lo innoble que el país tenia, desde su general más hábil hasta el último pelaire del Potro de Cordoba, paisano y colega de los que mantearon á Sancho, tales eran los elementos del ejército andaluz.

Se formó de lo que existia; entraron á componer aquel gran amasijo la flor y la escoria de la Nacion; nada quedó escondido, porque aquella fermentacion lo sacó todo á la superficie, y el cráter de nuestra venganza esputaba lo mismo el puro fuego que las pestilenciales lavas. Removido el seno de la patria, echó fuera cuanto habian engendrado en él los gloriosos y los degenerados siglos; y no alcanzando á defenderse con un solo brazo, trabajó con el derecho y el izquierdo, blandiendo con aquél la espada histórica y con éste la navaja.

En cuanto á uniformes y trajes, los habia de todas las formas conocidas. Es prodigioso cómo se equipó aquel ejército de paisanos en diez y seis dias. La administracion actual, con todos sus recursos, es un sastre de portal comparada con aquel confeccionador que puso en juego millones

de agujas en dos semanas. En cierto estado que la historia no ha creido digno de sus páginas, pero que existe aún, aunque en el olvido, se consigna el número de piezas de vestuario que hicieron gratuitamente las monjas y señoras de Sevilla. Dice así: "Por las comunidades y señoras de distincion se han hecho 3.335 camisas, 1.768 pantalones y 167 casacas de soldado: 1.001 camisas, 312 pantalones y 700 chalecos de sargento: 374 botines de paño, 149 sacos de caballería, 16 mochilas y 1.684 escarapelas." Las señoras de Alcolea, las de Carmona, Lora del Rio y otros pueblos figuran en la cuenta con cifras parecidas.

Esta diversidad de manos en la hechura del vestuario indica que la voz uniforme, en lo tocante á voluntarios, era una vana palabra. Al lado de las casacas blancas con solapa negra, carmesí ó azul que vestian la mayor parte de los regimientos de línea; al lado de las levitas azules con bandolera que vestian los walones y los suizos, veíamos los chaquetones de paño pardo con que se cubria la gente colecticia. Entre los altos morriones de la artillería y las gorras de los granaderos, llamaban la atencion nuestros blancos sombreros portugueses y las gorras de cuartel y los tocados de innumerables clases con que cubrian sus chollas los tiradores y voluntarios de los pueblos. Como ántes he dicho, aquel ejército hacia reir.

¿Y el dinero para la guerra? Causa risa ver cómo se da hoy de calabazadas un ministro de Hacienda para *arbitrar* con destino á otra guerra unos cuantos millones que nadie quiere darle si no hipoteca hasta el último pingajo de la Nacion. Aprended, generaciones egoistas. Leed las listas de donativos hechos por los gremios, por los comerciantes, por los nobles y hasta por los pobres. ¡Aquel sí era llover de dinero, y reunirlo á montones, sin que ni un realito de vellon se escapase por entre los agujeros del cesto administrativo! En la lista de donativos hay una partida conmovedora que dice así: "La señora condesa viuda de Montelirios ha entregado su *toaleta* de plata, manifestando el sentimiento de que sus medios no alcancen tanto como su voluntad."

¿Habrá hoy quien dé su *toaleta*?...



XVI



UESTRA marcha por Cañete de las Torres en direccion al rio Salado era un verdadero paseo triunfal, mejor dicho, casi no parecia que marchábamos, porque la gente de los pueblos, incluso mujeres, ancianos y chicos, nos seguian á un lado y otro del camino, improvisando fiestas y bailes en todas las paradas. Cuando el ejército se detenia, se eclipsaban en apariencia todos los males de la patria, porque la tropa, recobrando el buen humor, convertia el campamento en una especie de féria. Yo no sé de dónde salian tantas guitarras; no pude comprender de qué estaban hechos aquellos cuerpos tan incansables en el baile como en el ejercicio, ni de qué metal durísimo eran las gargantas, para ser tan constantes en el gritar y cantar.

Durante la primera semana del mes de Julio no nos faltaron víveres abundantes, así es que lo pasábamos perfectamente; y como tampoco tropezamos con los franceses, que estaban establecidos, aunque muy inquietos, al otro lado del rio, á todos, especialmente á los inexpertos, nos parecia la guerra una ocupacion dulcísima. Sobre todo el condesito de Rumblar no cabia en su pellejo de puro alborozado; y como con el roce de tanta y tan diversa gente se iba despabilando por extremo, llegó á adquirir con la nueva vida un desembarazo, un dominio de su propia persona que ántes no tenia. Santorcaz, como dije, habia logrado en poco tiempo gran ascendiente sobre D. Diego, de tal modo que cuanto nuestro mozalvete ponia por obra, lo consultaba con aquél. Marijuan en cambio hacia buenas migas con un servidor de ustedes, y siempre juntos en las marchas y en

los descansos, nos contábamos nuestras cosas, compadeciéndonos y consolándonos mútuamente. Nosotros dos solos y sin partirlos con nadie nos comimos el divino chocolate y los bollos de la madre Transverberacion.

Todo el ejército tenia gran impaciencia por venir á las manos con la *canalla*. Como existen en todo campamento, ademas del supremo consejo que se celebra en la tienda del general, tantos consejillos como grupos de soldados se escalonan aquí y allí en la cantina ó en el campo raso, para echar una caña ó tirar un par de cartas, nosotros estábamos dilucidando siempre en pequeños cónclaves la eterna cuestion de nuestro encuentro con los franceses. ¡Cuántas veces reunidos junto á un tambor, donde habia un jarro de vino, dispusimos el paso del rio, el ataque del enemigo en su posicion de Andújar, ú otra hazaña de la misma harina!



D. Diego.

Un dia, hallándonos en Porcuna, y despues que se nos unió el ejército de Reding, resolvimos, despues de ardiente discusion, que los generales estaban atolondrados, y sin saber qué plan adoptarian. El conde de Rumblar dijo que iba á escribir á su maestro D. Paco, para que le dijera lo que más convenia hacer; pero como todos se rieron de esta ocurrencia, nuestro generalito se amoscó y fué á que le consolara con sus adulaciones interminables el lugarteniente Santorcaz.

Por último, tras largo consejo celebrado por los generales, se dijo que iban á ser distribuidas las divisiones para tomar la ofensiva inmediata-

mente. Aquel dia, que fué, si no recuerdo mal, el 12 ó el 13 de Julio, ví por primera vez al general Castaños, cuando nos pasó revista. Parecia tener cincuenta años, y por cierto que me causó sorpresa su rostro, pues yo me le figuraba con semblante fiero y ceñudo, segun á mi entender debia tenerlo todo general en jefe puesto al frente de tan valientes tropas. Muy al contrario, la cara del general Castaños no causaba espanto á nadie, aunque sí respeto, pues los chascarrillos y las ingeniosas ocurrencias que le eran propias las guardaba para las intimidades de su tienda. Montaba airosamente á caballo, y en sus modales y apostura habia aquella gracia cortés y urbana, que tan comun ha sido en nuestros Césares y Pompeyos. Es preciso confesar que á caballo y en las paradas hemos tenido grandes figuras. Esto no es decir que Castaños fuera simplemente un general de parada, pues en 1808, y ántes de inmortalizar su nombre, tenia muy buenos antecedentes militares, aunque habia hecho su carrera con rapidez grande, si no desusada en aquellos tiempos. Á los doce años de edad obtuvo el mando de una compañía; á los veintiocho le hicieron teniente coronel y á los treinta y tres coronel. Si en su juventud no asistió á ninguna campaña, en 1794, y cuanto tenia treinta y ocho años y la faja de mariscal de campo, estuvo en la del Rosellon á las órdenes del general Caro, y allí le hirieron gravemente en el lado izquierdo del cuello. Cuentan que la ligera inclinacion de su cabeza hácia aquel lado provenia de la tal herida.

Voy á decir de qué manera nos distribuyeron. La primera division la mandaba Reding, la segunda Coupigny y la tercera Jones: la reserva estaba á las órdenes de D. Juan de la Peña, y mandaban destacamentos sueltos compuestos poco más ó ménos de mil hombres, y en calidad de tropas volantes para mortificar al enemigo, D. Juan de la Cruz, el marqués de Valdecañas y D. Pedro Echevarri, que despues fué uno de los más famosos polizontes de la reaccion. Trescientos escopeteros, que habian salido Dios sabe de dónde, eran capitaneados por el presbítero Don Ramon de Argote. ¿No es verdad que hubiera estado mejor diciendo misa?

Á caballo éramos tres mil, fuerza no muy grande si se considera que íbamos á operar en país entrellano y contra ginetes muy aguerridos; pero en cambio nuestra artillería era de primer órden. Teníamos veinticuatro piezas, servidas por el Real Cuerpo, con lo más florido de aquella oficialidad á quien estaba reservado la mayor gloria de la guerra, desde el 2 de Mayo hasta la batalla de Vitoria.

Nosotros nos extendíamos por la izquierda del Guadalquivir, ocupando los pueblos de Porcuna y Lopera; y alargando una de nuestras alas por el

camino de Arjonilla, observábamos la orilla derecha, miéntras la otra ala se extendia hácia Higuera de Arjona buscando á Menjíbar. El francés ocupaba á Andújar con las fuerzas que primitivamente trajo á Andalucía, y que habian vencido en el puente de Alcolea y saqueado á Córdoba. La division de Vedel, fuerte de diez mil hombres, ocupaba á Bailén, y la pequeña division de Ligier-Belair, el mismo general que vimos batirse con los vecinos de Valdepeñas en los primeros dias de Junio, estaba en Menjíbar guardando el paso del rio por aquella parte. Andújar, Bailén, Menjíbar. Del primero al segundo punto corria la carretera general de Andalucía, desde Bailén á Menjíbar el camino que iba á Jaen, y desde Menjíbar á Andújar el rio. Conserven ustedes en la memoria la disposicion de este triángulo para comprender la importancia de los movimientos de ambos ejércitos.

Cualquiera que fuese el pensamiento de nuestros generales, lo cierto es que la primera division recibió órden inmediata de ponerse en marcha, miéntras Castaños con la tercera y la reserva se dirigia hácia el puente de Marmolejo para pasarlo y atacar á Dupont en Andújar. Ya he dicho que mandaba D. Teodoro Reding la primera division: lo que aún no ha sido escrito por la historia ni dicho por mí, es que yo formaba parte de ella, porque toda la caballería voluntaria habia sido incorporada, mejor dicho, fundida en los batallones del ejército, que apénas contaban con la mitad del contingente. Á mi amo y á los que le seguian nos tocó formar en las filas del regimiento de Farnesio, miéntras que los lanceros de Sevilla fueron casi todos incorporados al regimiento de España.

El dia 13 nos separamos de nuestros compañeros y tomamos el camino, mejor dicho, las veredas y trochas que conducian á Menjíbar. No llegábamos á seis mil; pero éramos buena gente, aunque me esté mal el decirlo. El regimiento de guardias walones, los suizos, el de la Corona, el de Irlanda, el de Jaen, los granaderos provinciales, los fusileros de Carmona, la caballería de Farnesio y las seis bocas de fuego que mandaba D. Antonio de la Cruz, eran piezas respetables, orgullosas de sí mismas. Teníamos por general á un hombre impetuoso, de más arrojo que prudencia, mediano táctico, pero incansable en las marchas. Nuestro jefe de Estado Mayor, D. Francisco Javier Abadía, era un militar muy entendido, quizás de los mejores que entónces tenia el ejército español, y el coronel puesto al frente de la artillería pasaba por un oficial de mucho entendimiento en su arma. Nosotros le llamábamos el sainetero, por ser hijo de D. Ramon de la Cruz.

Adelante, pues. Al llegar á Menjíbar, encontramos la poblacion muy

alborotada, porque un destacamento francés, enviado á Jaen en busca de víveres, despues de saquear horriblemente esta ciudad, habia retrocedido á su cuartel general, asolando á su paso la comarca. De Jaen se contaban atrocidades que apénas son creibles en militares de un país europeo. Dijéronnos que mujeres y niños habian sido inhumanamente degollados, y que igual muerte padecieron dentro de sus mismos hospitales varios frailes agustinos y dominicos enfermos. La consternacion de aquellos pueblos era excesiva, y al aproximarse las tropas acudian en tropel á nuestro encuentro, derramando lágrimas de ira, suplicándonos que no dejáramos vivo un francés, y pidiendo los viejos aún fuertes y los rapaces de doce años que se les dejase marchar entre las filas para ayudarnos. Segun nos decian despues del saqueo, en los caseríos inmediatos al tránsito, Almenara, Fuente del Rey, Grañena y otros, no habian dejado ni un grano de trigo, ni un azumbre de vino, ni un puñado de paja. Hasta las medicinas de las boticas y de los hospitales de Jaen fueron robadas, y al mismo tiempo ni un carro ni una mula quedaron en todos aquellos contornos.

Muchas familias expoliadas habian acudido á Menjíbar. En la plaza del pueblo dos frailes escapados á las carnicerías de Jaen, predicaban el exterminio de los franceses. Al ver la indignacion de aquella infeliz gente robada y vejada, al ver las mujeres que acudian frenéticas y rabiosas pidiéndonos que vengáramos á sus inocentes hijos, degollados sin piedad en la cuna, comprendí las crueldades de que por su parte empezaban á ser víctimas los franceses, cuando se rezagaban.



XVII



NTES de decidirse á pasar el rio, nuestro general mandó una pequeña fuerza en reconocimiento de la situacion de las tropas de Coupigny. Algunos ginetes de Farnesio tomaron parte en esta expedicion, y Marijuan, que fué en ella, nos contó á su regreso en la tarde del 15, que habian encontrado la division del marqués hácia Villanueva de la Reina, donde le entregaron los pliegos de Reding. Desde el campamento de Coupigny se habia visto una gran polvareda en la orilla derecha, y parecia que la division de Vedel marchaba desde Bailén á Andújar, para reforzar á Dupont, que ya habia trabado la lucha con Castaños. La gente venida de Arjonilla aseguraba haber oido fuerte cañoneo hácia la parte de los Visos.

—Á estas horas—decia Marijuan,—ó ellos ó los de Castaños han de estar derrotados.

—¿Y qué esperaba el marqués en Villanueva de la Reina?—preguntó Santorcaz con aquella suficiencia estratégica que le hiciera tan digno de admiracion á los ojos del jóven D. Diego.

—Allí se estaba tan quieto—repuso Marijuan.—Parece que está de acuerdo con nuestro general para operar en combinacion y atacar juntos á Bailén.

—¿Pero qué estrategia es esa, ni á qué conduce atacar á Bailén?—dijo Santorcaz, atrayendo en su alrededor un círculo de soldados.—¿No dices que la division Vedel salió de Bailén y está ya sobre Andújar?

—Sí: así lo decian en Villanueva.

—Pues si no hay enemigos en Bailén, ¿qué es eso de atacar á Bailén? Se tratará de ocuparlo para luégo avanzar por el arrecife y embestir á Dupont y á Vedel por la espalda, miéntras Castaños, Jones y Peña lo atacan de frente.

—Eso, eso será—dijeron todos.—De ese modo los cogeremos entre dos fuegos y no escapará ni una patena de las que robaron en Córdoba.

—Pero si ese es el plan, ya debia estar puesto en ejecucion. Si se están batiendo en Andújar, á estas horas deberíamos estar nosotros cayendo sobre la retaguardia francesa; miéntras que si nos ponemos en marcha esta noche y llegamos mañana, sabe Dios...

Al anochecer se nos puso en movimiento rio arriba, lo cual no comprendimos ni poco ni mucho hasta que algunos compañeros que eran del



país y conocian el terreno nos dijeron que íbamos buscando el vado del Rincon para pasar al otro lado. Por la noche algunas fuerzas de infantería y dos piezas pasaron por junto á la barca, miéntras el grueso del ejército con la caballería nos disponíamos á hacerlo media legua más arriba. Ántes de amanecer sentimos algunos tiros del otro lado, y diósenos órden de hacer el menor ruido posible, y de no encender lumbre. La noche era calurosa; habíamos comido poco y mal el dia anterior, y con esto y el no dormir no estábamos del mejor humor; pero la guerra tiene mil contrariedades, y ojalá fueran todas como aquella. Entramos al fin en el rio, cuya frescura era agradable á nuestros cuerpos,

secos é irritados por el calor y el polvo, y algun tiempo despues, cuando comenzaban á iluminar el horizonte los primeros vislumbres de la aurora, ya éramos dueños de la orilla derecha. El mayor general Abadía, que habia dirigido el paso, nos mandó replegarnos á un sitio bajo, donde casi toda la fuerza podia permanecer oculta, y allí aguardamos más de media hora. No se veian los enemigos por ningun lado; pero allá léjos hácia la barca continuaba cada vez más vivo el tiroteo de fusil.

El terreno es por allí bastante accidentado, abundando los matorrales y chaparros; y entre éstos designaron un camino de trocha por donde avanzó la infantería, miéntras á los de á caballo se nos mandó caminar por terreno más alto. Habíamos tomado tan al pié de la letra la órden de no hacer ruido, que avanzamos despacio y silenciosamente con el alma en suspenso y los ojos atentamente fijos en el último término del terreno hácia la izquierda, punto donde se habia trabado la accion. Vimos al fin á los franceses tiroteándose con nuestros compañeros, con aquellos que habian pasado la barca durante la noche, y luchaban en un campo bajo, salpicado de espesos matorrales.

En una pequeña loma, y como á dos tiros de fusil de aquel sitio, brillaba inmóvil é imponente una cosa que desde el primer momento atrajo nuestras miradas, infundiéndonos cierto recelo. Era un escuadron de coraceros, la mejor caballería del ejército de Dupont. Todos los ginetes contemplamos el resplandor de las bruñidas corazas, en cuyos petos el sol naciente producia plateados reflejos; y despues de mirar aquello sin decir nada, nos miramos unos á otros, como si nos contáramos. Ni una voz se oia en nuestras filas: á todos se nos habia cambiado el color, y temblábamos, aunque cada cual hiciera esfuerzos por disimularlo. El único rumor que turbaba el profundo silencio de nuestro regimiento, donde hasta los caballos parecian contener el aliento y explorar el campo con atónitos ojos, era un ligero y casi imperceptible son metálico producido por las estrellas de las espuelas. Aquel temblor de piernas es un accidente que la caballería observa siempre en el comienzo de todas las batallas.

El combate, principiado en guerrillas, arreciaba desde que empezó la infantería á desplegar un frente compacto de consideracion. Pero casi toda la tropa española se mantenia en reserva, esperando á saber fijamente si los franceses ocultaban una gran fuerza en la carretera de Bailén. Miéntras el frente español aumentaba sus tiros, resistiendo á las innumerables guerrillas francesas, que al abrigo de sus posiciones medio atrincheradas hacian fuego mortífero, la artillería continuaba á retaguardia, y la caballería, asimismo fuera de accion, recibió órden de ocupar un cerro

á mano derecha. Fijos allí, no quitábamos los ojos de la tremenda fila de corazas que resplandecian en la loma de en frente, quietas y confiadas en su valor y pesadumbre. Aquella fuerza era muy superior á la nuestra por su organizacion y la marcialidad de cada uno de sus soldados; pero nosotros teníamos sobre ella, ademas de la ventaja numérica, que no era de gran valor, dada nuestra impericia, la siguiente ventaja moral: puestos ellos en la vertiente anterior de una loma, todo su poder y su número se presentaban á nuestra vista; no habia más coraceros que aquellos, y podíamos contarlos uno por uno. Nosotros, en cambio, estábamos sábiamente colocados por el mayor general en otra altura parecida; pero sólo una quinta parte del regimiento ocupaba la parte culminante de la loma, miéntras que todo lo demas se extendia en la vertiente posterior, permaneciendo completamente oculto á la vista del enemigo; de modo que si nosotros les contábamos perfectamente á ellos, los franceses, engañados por la apariencia, se reirian de los cuarenta ginetes sin uniforme, enseñoreados del cerro, con aire de perdonavidas.

Nosotros teníamos sobre ellos la ventaja de lo desconocido, que es el genio tutelar de las batallas, de eso que no se ve y que en el momento apurado y crítico sale inopinadamente de lo hondo de un camino, del respaldo de una loma, de entre la espesura de un bosque; combatiente de última hora que la tierra echa de su seno, y se presenta fresco, sin heridas ni cansancio á decidir la victoria.

Nuestras filas habian desalojado á los franceses de sus posiciones. Les vimos replegarse en desórden, y entónces cesó la inmovilidad de los coraceros. Los resplandecientes petos despedian múltiples reflejos, y ordenadamente descendieron de la colina en perfecta fila. Relincharon sus caballos, y los nuestros relincharon tambien, aceptando el reto. Pero entónces ocurrió uno de esos cambios de escena tan frecuentes en la guerra, y cuyo artificio, si cae en buenas manos, basta á decidir la victoria. Arrojadas nuestras filas sobre las guerrillas enemigas, clareado el terreno y puestas en juego algunas piezas de artillería, vióse que los franceses vacilaban, agrupándose y retrocediendo como si buscaran nuevas posiciones. Se nos dió órden de avanzar bajando, y una vez en llano, convertimos sobre nuestro flanco, para formar un largo frente de batalla. La infantería francesa estaba delante de nosotros, resguardada por sus coraceros: pero éstos, observando nuestro movimiento y reconociendo al instante su indudable inferioridad, invadieron precipitadamente la carretera. La retirada era cierta. Se nos formó en columnas, dándonos órden de cargar, y el regimiento se puso rápidamente al galope. Parecia que la misma tierra

sacudiéndose bajo las herraduras de nuestros caballos, nos echaba hácia adelante. Á aquellos primeros pasos tras un ideal de gloria, acompañaron voces de guerra mezcladas con piadosas invocaciones.

—¡Madre nuestra, Santa Vírgen de Araceli, ven con nosotros!

—¡Viva España, Fernando VII, y la Vírgen de la Fuensanta!

Ya nadie pensaba en tener miedo: muy léjos de esto, todos los de mi



fila rabiábamos por no estar en las de vanguardia, en aquellas filas dichosas que acometian á sablazos á los franceses de á pié, ya pronunciados en completa dispersion. Tal era nuestro furor bélico en aquella fácil victoria, que D. Diego, Marijuan y yo, no encontrando á derecha é izquierda francés alguno, hacíamos grande estrago con nuestros sables en los ar-

bustos del camino, diciendo: "Perros, canallas, ya sabreis cómo las gastamos los españoles."

La gloria de cargar sobre la infantería francesa perteneció tan sólo á las primeras filas, aunque no les duró mucho el regocijo, porque los enemigos, convencidos ya de que no tenian fuerza bastante para hacernos frente, tomaban á toda prisa el camino de Bailén. Una vez posesionados del camino, seguimos adelante; pero los caballos enemigos corrian á todo escape, y la infantería se puso en salvo por las veredas, dispersándose á un lado y otro de la carretera. Sobre las diez nos detuvimos, y puestas en órden las columnas, avanzamos despacio, porque recelábamos de ser atacados por una division entera. Entre tanto nuestras pérdidas habian sido nulas en la caballería, y escasas, aunque sensibles, en la infantería, que perdió un capitan del regimiento de la Reina y bastantes soldados.

Despues de haber perdido de vista á los enemigos, continuamos la marcha hácia Bailén, si bien con mucha cautela, pues habia la presuncion de que los franceses, reforzados con gran número de tropas, caballos y artillería, se nos presentarian de nuevo en mitad del camino, sorprendiéndonos en nuestra triunfal carrera. Así fué en efecto. Á eso del medio dia nuestras columnas avanzadas recibieron el fuego de los imperiales, que rehechos con un destacamento que habia llegado de Linares, trataban de ganar lo perdido.

Furiosos por el reciente desastre, acometieron briosamente á nuestra vanguardia. Tomamos posiciones, y las tropas ligeras, ayudadas de un enjambre de paisanos, se diseminaron por las escabrosidades colindantes, desde cuyos matorrales mortificaban á los franceses con fuego menudo. La caballería entre tanto continuaba muy léjos de la accion, y aunque nuestro deseo hubiera sido que se nos enviara á lo más recio para desahogar nuestro enardecido pecho, Dios quiso por fortuna que no llegase esta ocasion, pues la escaramuza terminó de improviso; cesaron los tiros, y vimos con sorpresa que los franceses, como poseidos de súbito pavor, retrocedian á la desbandada hácia Bailén, recogiendo precipitadamente sus heridos.

¿Qué ocurria? Segun despues supimos, los franceses habian tenido una pérdida funesta, la de su general Gobert, el cual cayó mortalmente herido por una de esas balas de invisible guerrero, que salian de entre las malezas para taladrar el corazon del Imperio. Aquel valiente militar murió pocas horas despues en Guarroman. Dueños nosotros del campo, y sin enemigos á la vista, parecia natural que fuéramos sobre Bailén; pero el ejército volvió hácia Menjíbar para repasar el rio, movimiento que no fué

por nosotros comprendido. Todos estábamos muy orgullosos, y especialmente los paisanos inexpertos no cabíamos en el pellejo.

—¡Hoy es dia del Cármen!—exclamó D. Diego.—¡Viva la Vírgen del Cármen, y mueran los franceses!

Ruidosas exclamaciones alegraron y conmovieron nuestras filas. Era el 16 de Julio: en este dia la Iglesia celebra, ademas de la advocacion del Cármen, el Triunfo de la Santa Cruz, fiesta conmemorativa de la gran batalla de las Navas de Tolosa, ganada contra los infieles por castellanos, aragoneses y navarros, en aquellos mismos sitios donde nosotros perseguíamos á los franceses, y en el mismo 16 del mes de Julio. Habian pasado quinientos noventa y seis años. La coincidencia del lugar y la fecha nos inflamaba más, y añadido á nuestro patriotismo una profunda fé religiosa, nos creimos héroes, aunque hasta entónces no habíamos tenido ocasion de probarlo.

Ántes de cruzar el rio, descansamos para llevar algo á la boca. ¡Oh, qué desengaño! Estábamos muertos de hambre y cansancio, y se nos dijo que no habia más que un tercio de racion. Pero nosotros éramos buenos chicos y nos conformamos, supliendo los dos tercios restantes con la sustancia moral del entusiasmo.

—Pero Sr. de Santorcaz—pregunté á mi compañero, cuando con el agua al estribo vadeábamos el Guadalquivir,—¿nos quiere usted decir por qué no se nos ha llevado adelante? ¿Por qué despues de esta victoria desandamos lo andado?

—¡Zopenco!—me contestó.—Esto no ha sido más que una fiestecilla de pólvora, y todavía no ha empezado lo bueno. ¿Crees que no hay más franceses que esos cuatro gatos de Ligier-Belair? ¿Qué sabes tú si á estas horas Vedel, que fué á Andújar en auxilio de Dupont, habrá regresado á Bailén? Ahora, ó yo me engaño mucho, ó vamos en busca del marqués de Coupigny para reunirnos y emprender juntos un nuevo ataque. ¿Estás al tanto de lo que digo? ¿Ves cómo no en vano ha mordido uno el cebo en Hollabrünn, en Austerlitz y en Jena?

Efectivamente, la intencion de nuestro general era reunirse con Coupigny, pero esto no se verificó hasta la noche del 17 al 18.



XVIII



E nos acampó en una altura á espaldas de Menjíbar, y supimos con gusto que aquella noche no haríamos movimiento alguno. Nuestro gozo, como nuestra fatiga, necesitaba descanso; necesitábamos dar desahogo al efervescente alborozo, no sólo renovando en la memoria todos los incidentes de la accion de aquel dia, sino tambien refiriendo cuanto cada uno hizo y cuanto dejó de hacer para que la batalla fuese completamente ganada. Los suizos y los soldados de línea no estaban tan engreidos como nosotros los paisanos, que creíamos haber asistido á la más grande y gloriosa batalla de los modernos tiempos. Mirábamos con desdeñosa indiferencia á los que quedaron de reserva, y al contarles lo que pasó, hacíamos subir á cifras fabulosas el número de franceses segados por nuestros cortadores sables en la refriega.

Largas horas pasamos sobre el campo saboreando los deliciosos recuerdos de tanta gloria, que como dejos de un manjar muy rico nos renovaban el placer del vencimiento. La noche era como de verano y como de Andalucía, serena, caliente, con un cielo inmenso y una atmósfera clara, donde fluctúa algo sonoro, cuya forma visible buscamos en vano en derredor nuestro. Tendidos sobre la caldeada tierra á orillas del rio, cuyas frescas emanaciones buscábamos con anhelo, entreteníamos las horas hablando, cantando, ó haciendo eruditas disertaciones sobre la campaña tan felizmente emprendida. En un grupo se jugaba á las cartas, en otro se decia un romance de héroes ó de santos, en éste algunos cantaores echaban al vuelo las más románticas endechas de la tierra, pues desde entón-

ces era romántica Andalucía; en aquél se narraban cuentos de brujas, y en algunos, finalmente, se dormia sin inquietud por el dia venidero.

Nuestro D. Diego, siempre al arrimo de Santorcaz; Marijuan, yo y algunos más formábamos un grupo bastante animado, en el cual no cesó el ruido hasta muy alta la noche. Despues de cantar, no escasearon los cuentos, acertijos y adivinanzas, y por último, la conversacion recayó en tema de mujeres.

—Yo—dijo D. Diego con su natural ingenuidad,—me voy á casar. Á todos les convido á mi boda. "¿Y quién es la novia?„ dirán ustedes. Pues sepan que no la he visto. Mi señora madre lo ha arreglado todo con otras dos señoras de Córdoba, y segun me han dicho, es más bonita que el sol, aunque ahora le ha dado por no salir del convento.

—Será para cuando acabe la guerra, porque ahora no está el horno para bollos—dijo Marijuan. —Yo tambien me voy á casar con una muchacha de Almunia, que tiene siete parras, media casa y burro y medio de hijuela. Tambien será cuando se acabe la guerra, y á todos les convido á mi boda. ¿Y tú, Gabriel, no piensas casarte?

—Pues yo para no ser ménos—contesté,—diré que cuando termine la guerra voy á casarme tambien. ¿Y con quién? dirán ustedes. Pues me caso con una condesa.

—¡Con una condesa!

—Sí, señores, con una condesa que tiene todas estas tierras que estamos viendo y otras más allá, y tiene dos escudos con ocho lobos sobre plata y catorce calderos, con media cabeza de moro y un letrero que dice...

—*Toma casa con hogar y mujer que sepa hilar*—dijo Marijuan interrumpiéndome.—¿Pues no dice que se casa con una condesa? Será con alguna duquesa del estropajo. Pero dí, ¿en qué alcázares reales está tu novia?

—Este es un bobalicon que no sabe lo que se habla—exclamó D. Diego.—¡Buena condesa será ella! Pues, como os decia, muchachos, mi novia

está muy desazonada esperando á que se acabe la guerra para casarse conmigo. Así me lo han dicho, y lo creo. Apuesto que están ustedes rabiando por saber quién es y cómo se llama; pero eso no lo he de mentar, porque mi señora madre y D. Paco me dijeron que si hablaba de esto ántes de llegar la ocasion me castigarian no dejándome montar en el potro. ¡Qué guapa es, señores! Sus ojos son dos luceros, como aquel grande y muy claro que está sobre el tejado de esa casa; su boca se compone de dos hojas de rosa; sus dientes hacen que todas las perlas echen á correr de envidia; sus mejillas son claveles abiertos, y cuando llora sus lágrimas son diamantes. Yo no la he visto más que en figura; porque han de saber ustedes que cuando fuí á visitar á sus tias en Córdoba me dieron un medalloncito con el retrato de la que ha de ser mi mujer, el cual retrato, por temor á que se me perdiera, lo he dado á guardar al Sr. de Santorcaz.

—Eso se parece—dijo uno de los oyentes—á aquella historia de la princesa Laureola, por quien vinieron de la Meca los tres reyes moros, y dice el cuento que tenia los ojos de azabache ardiendo, la boca de flor de granado, y las orejas de caracolitos del mar. ¿Lo sabes tú?

—Eso está en el romance de la Reina mora, bruto. ¿Qué tiene eso que ver con la princesa Laureola?

—Yo sé el romance de la Reina mora—gritó D. Diego batiendo palmas. —¿Lo echo?

—Venga.

—No; el del *Barandal del cielo*, que es más bonito y habla de la Vírgen—añadió el condesito, gozoso de hallarse á punto de lucir sus habilidades.—Me lo enseñó mi hermana Presentacion, que sabe veintisiete y los dijo todos arreo delante del señor obispo de Guadix, cuando su ilustrísima paró en casa el mes pasado.

Y sin esperar á que le rogaran, el mayorazguito de Rumblar, con sonsonete de escuela, voz agridulce y amanerados gestos, dió principio á la siguiente retahila:

«Por el barandal del cielo
se pasea una doncella
blanca, rubia y encarnada,
que alumbra como una estrella.
San Juan le dice á Jesús:
¿quién es aquella doncella?
Nuestra madre, buen San Juan,
nuestra madre linda y bella;
la Vírgen no viene sola,
ángeles vienen con ella;

no viene vestida de oro,
ni de plata, ni de seda;
viene vestida de grana...»
. . . .

Y como al concluir fuera acogida esta relacion con una salva de aplausos, animóse el recitador y nos endilgó otra, no ménos famosa, que empezaba:

«Allá arriba en aquel alto
hay una fuente muy clara,
donde se lava la Vírgen
sus santos pechos y cara...»
. . . .

—¡Basta de romances!—exclamó de improviso Santorcaz, asustándonos á todos con su interrupcion.—Eso es cosa de chiquillos, y no de hombres formales. ¿No sabe usted más que eso?

—Sé muchos más—dijo tímidamente el jóven.—D. Paco me ha enseñado muchos, y me los hace aprender de memoria para que los diga en las tertulias.

—¿Y nada más le ha enseñado á usted ese Sr. D. Paco, á quien desde el primer momento tuve y diputé por un gran zopenco?

—Tambien me ha enseñado historia, sí señor. Y sé lo de nuestro padre Adan y aquello de Alejandro cuando fué á dar batallas á los persas como ahora vamos nosotros á dárselas á los franceses.

—¿Y nada más?

—¡Toma! tambien latin; pero mi señora madre mandó que no me atarugasen la cabeza de latin, puesto que no era necesario, y por último, Don Paco dijo que con saber un poquito de *Musa musæ* bastaba.

—¿Y qué libros ha leido usted?

—Nada más que la *Guia de Pecadores*, donde está aquello del Infierno. Ese libro es muy feo, y mi señora madre no me dejaba leer más que lo del Infierno, que da mucho miedo y sueña uno con ello. Pero mi señora madre tiene otros libros en el cofre, y cuando iba á misa, yo con mucha cautela los sacaba para leerlos. Uno se titula *La farfulla ó la cómica convertida*, novela escrita por un fraile de mínimos, y otra, *Princesa, ramera y martir, Santa Afra*. Ambos libros son muy bonitos, y traen un aquel de amores y besos que me daba mucho gusto cuando los leia á escondidas.

Santorcaz sonreia. Despues de una pausa, dijo con cierta petulancia:

—¿De modo que no ha leido usted la *Enciclopedia?*

—¿Qué es eso?

—La *Cincopedia*—exclamó uno.—¡Eh! ¿sabes tú á dónde cae la *Cincopedia?*

Esta palabra, que adquirió fortuna aquella noche, fué pasando de boca en boca, y más de cien la repitieron entre zumbas y chacota.

—Veo que son ustedes unos animales—dijo Santorcaz un poco avispado.—De todos modos, Sr. D. Diego, la educacion que usted ha recibido no puede ser más deplorable en un jóven mayorazgo, que por lo mismo que ha de sobresalir entre los demas en la sociedad, debe cultivar su entendimiento.

—Á ver, amigo—indicó Rumblar,—hábleme usted de esas cosas que me gustan. Todo lo que usted me decia anteayer, cuando íbamos de camino por aquí, me tenia encantado, y le juro que si no estuviera en vísperas de casarme y fuera preciso seguir con ayo, le diria á mi señora madre que le pusiera en lugar de D. Paco, el cual bien se me alcanza que no me ha enseñado más que gansadas y tonterías.

—Pues repito que un jóven destinado á ocupar tan alta posicion en el mundo, debe saber algo más que el romance del *Barandal del cielo.* Verdad es que, ó mucho me equivoco, ó todo eso de los mayorazgos se lo llevará la trampa, y que tarde ó temprano se pondrán las cosas de manera que cada cual sea hijo de sus obras.

—Así debe ser—añadió Marijuan.—¿No somos todos hijos de Dios?

—Vengan ustedes acá y respondan—dijo Santorcaz, excitando la curiosidad de sus oyentes.—¿No les parece que el mundo está muy mal arreglado?

Abriéronse varias bocas con estupefaccion, y no se oyó ninguna respuesta.

—Pues yo, que no he leido ningun libro—afirmó al fin uno de los circunstantes—digo que Dios tiene que volver á hacer el mundo, porque eso de que se lo lleve todo el que primero salió del vientre de la madre, y los demas se queden bailando el pelao, no está bien. Mi hermano el mayor, sólo porque le dió la gana de nacer ántes que yo, tiene tres dehesas y dos casas; y los demas... uno hubo de meterse fraile, otro se fué al Perú, otro está muerto de hambre en un hospital de Sevilla, y yo, señores, tuve que meterme en el contrabando para que no se me helara el cielo de la boca.

—Oye tú, Marijuan—dijo otro,—¿sabes lo que decian en Sevilla? Pues decian que la Junta se iba á poner de compinche con las otras Juntas para ver de quitar muchas cosas malas que hay en el gobierno de España, lo

cual podemos hacer nosotros, *sin necesidad de que vengan los franceses á enseñárnoslo* (*).

—Así ha de ser—observó Santorcaz.—Me han dicho que en Sevilla hay sociedades secretas.

—¿Qué es eso?

—Ya sé—replicó uno.—Tiene razon D. Luis. En Sevilla hay lo que llaman *flamasones*, hombres malos que se juntan de noche para hacer maleficios y brujerías.

—¿Qué estás diciendo? No hay tales maleficios. Mi amo iba tambien á esas Juntas, y cuando su mujer se lo echaba en cara, respondia que los que allí iban eran al modo de filósofos, y no hacian mal á nadie.

—Pues en Madrid las sociedades secretas están todavía en la infancia añadió Santorcaz.—En Francia las hay á miles, y todo el mundo se apresura á inscribirse en ellas.

—Pues si voy á Madrid—dijo con énfasis el mayorazguito,—lo primero que haré será meterme en una de esas sociedades, donde sin duda se han de aprender muy buenas cosas. ¿No es verdad, D. Luis? Yo no tengo nada de torpe: me lo conozco, sí, señores. ¿Creerá usted, Sr. de Santorcaz, que eso que usted ha dicho de los mayorazgos se me habia ocurrido á mí muchas veces cuando jugaba en el patio de casa con las gallinas? Pero ya que me enseña usted lo que ignoro, contésteme á una duda: ¿Por qué tenemos nosotros en nuestras casas tantos papelotes llenos de garabatos, y por qué usamos esos escudos con sapos y culebras? El de mi casa tiene cuatro lagartos y un tablero de ajedrez con dos calderitos muy monos.



—Si esos signos representan algo—repuso Santorcaz,—es referente al primero que los usó, á sus hazañas, si las hizo, y á sus privilegios, si los tuvo; pero hoy, amiguito, tales pinturas no valen de nada, y dentro de algunos años, los que las posean sin dinero, serán unos pobres pelagatos, á quienes nadie se arrimará, así como todo aquel que haya hecho una fortuna con su trabajo ó descuelle por su talento, será bien quisto en el mundo, aunque no tenga ni un adarme de lagartija en su escudo.

(*) Palabras textuales de la Junta Suprema de Sevilla.

—¿De modo—preguntó el mozalvete,—que yo seré un pelagatos, si llego á perder mi patrimonio ó soy un bruto? Esto sí que es bueno.

—Nada, nada—dijo uno.—Fuera mayorazgos, y que todos los hermanos varones y hembras entren á heredar por partes iguales.

—Eso no puede ser—observó Marijuan,—porque entónces no habria las grandes casas que dan lustre al reino.

—Eso no puede ser—afirmó un tercero.—Pues qué, ¿el Rey iba á ser tan tonto que quitara los mayorazgos? Nada, nada; los dejará siempre por la cuenta que le tiene.

—Es que si el Rey no quiere quitarlos, no faltará quien los quite—añadió Santorcaz.

Todos se rieron al oir sostener la idea de que existe alguna voluntad superior á la voluntad del Rey.

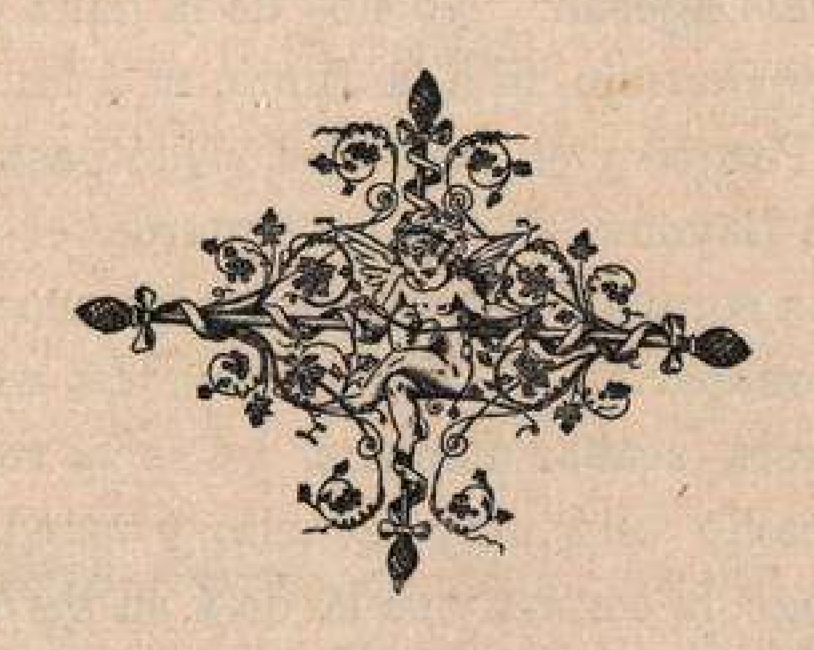
—¿Cómo puede ser eso? Si el Rey no quiere... ¿Hay quien esté por cima del Rey? El Rey manda en todas partes, y digan lo que quieran, no hay más que su sacra real voluntad. ¡Muchachos, viva Fernando VII!

—Pero vengan acá, zopencos—dijo Santorcaz.—¿Dicen ustedes que nadie manda más que el Rey?

—Nadie más.

—Y si todos los españoles dijeran á una voz: "queremos esto, señor Rey, nos da la gana de hacer esto," ¿qué haria el Rey?

—Abriéronse de nuevo todas las bocas, y nadie supo contestar.

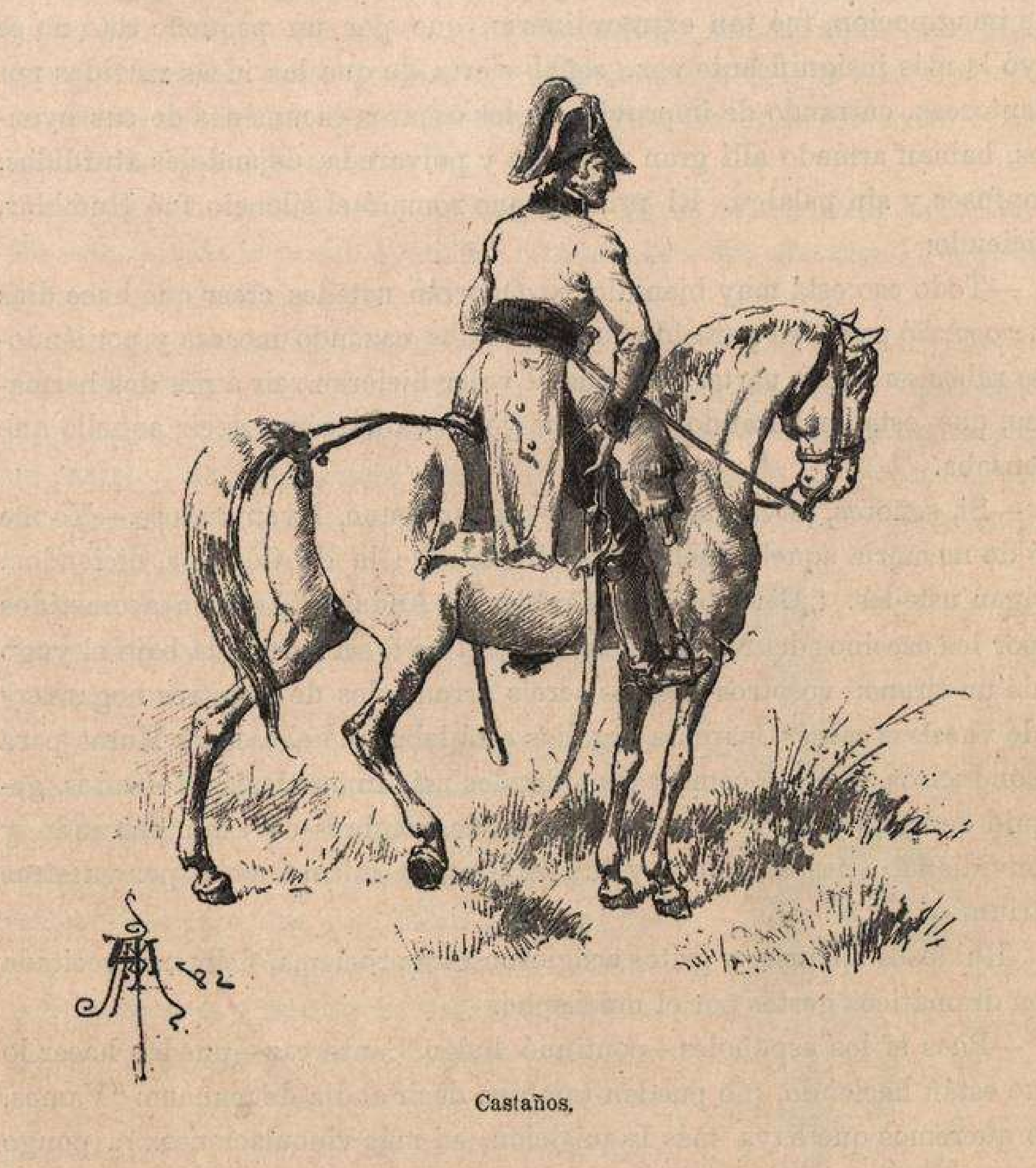


XIX



aznápiros, animales, si ustedes están probando lo que digo—añadió con energía D. Luis.—Lo que pasa en España ¿qué es? Es que el Reino ha tenido voluntad de hacer una cosa y la está haciendo, contra el parecer del Rey y del Emperador. Hace tres meses habia en Aranjuez un mal ministro, sostenido por un Rey bobo, y ustedes dijeron: "No queremos ese ministro ni ese Rey,„ y Godoy se fué y Cárlos abdicó. Despues Fernando VII puso sus tropas en manos de Napoleon, y las autoridades todas, así como los generales y los jefes de la guarnicion, recibieron órden de doblar la cabeza ante Joaquin Murat; pero los madrileños dijeron: "No nos da la gana de obedecer al Rey ni á los Infantes, ni al Consejo, ni á la Junta, ni á Murat,„ y acuchillaron á los franceses en el Parque y en las calles. ¿Qué pasa despues? El nuevo y el viejo Rey van á Bayona, donde les aguarda el tirano del mundo. Fernando le dice: "La corona de España me pertenece á mí; pero yo se la regalo á usted, Sr. Bonaparte.„ Y Cárlos dice: "La coronita no es de mi hijo, sino mia; pero para acabar disputas, yo se la regalo á usted, señor Napoleon, porque aquello está muy revuelto y usted sólo lo podrá arreglar.„ Y Napoleon coge la corona y se la da á su hermano, miéntras volviéndose á ustedes, les dice: *Españoles, conozco vuestros males y voy á remediarlos.* Pero ustedes se encabritan con aquello, y contestan: "No, camarada, aquí no entra usted. Si tenemos sarna, nosotros nos la rascaremos: no reconocemos más Rey que á Fernando VII.„ Fernando se dirige entónces á los españoles y les dice que obedezcan á Napoleon; pero entre

tanto, muchachos, un señor que se titula alcalde de un pueblo de doscientos vecinos, escribe un papelucho, diciendo que se armen todos contra los franceses: este papelucho va de pueblo en pueblo, y como si fuera una mecha que prende fuego á varias minas esparcidas aquí y allí, á su paso se va levantando la Nacion desde Madrid hasta Cádiz. Por el Norte pasa



Castaños.

lo propio, y los pueblos grandes, lo mismo que los pequeños, forman sus Juntas, que dicen: "No, si aquí no manda nadie más que nosotros. Si no reconocemos las abdicaciones, ni admitiremos de Rey á ese D. José, ni nos da la gana de obedecer al Emperador, porque los españoles mandamos en nuestra casa, y si los reyes se han hecho para gobernarnos, á nosotros no nos han parido nuestras madres para que ellos nos lleven y nos

traigan como si fuéramos manadas de carneros...„ ¿Están ustedes? ¿Lo comprenden ustedes? Pues esto, ni más ni ménos, es lo que está pasando aquí. Y ahora contéstenme los alcornoques que me oyen: ¿Quién manda, quién dispone las cosas, quién hace y deshace, el Rey ó el Reino?

El estupor que produjeron estas palabras reveladoras en el atento concurso, compuesto de muchachos rudos é ignorantes, pero de gran viveza de imaginacion, fué tan extraordinario, que por un pequeño rato no se oyó la más insignificante voz, señal cierta de que las ideas vertidas por Santorcaz, entrando de improviso en los oscuros cacúmenes de sus oyentes, habian armado allí gran zipizape y polvareda, dejándoles aturdidos, confusos y sin palabra. El primero que rompió el silencio fué Rumblar, diciendo:

—Todo eso está muy bien dicho. ¿Querrán ustedes creer que hace dias me ocurrió una idea parecida cuando estaba cazando moscas y poniéndoles rabos en cierta parte, para que al volar hicieran reir á mis dos hermanas, que estaban rezando? Sólo que yo no sabia cómo decir aquello que pensaba.

—Sí, señores, ¡vivan las Juntas!—exclamó uno, levantándose.—Yo me sé de memoria aquel papel que echó á la calle la de Córdoba, diciendo... Oigan ustedes: "¡Cordobeses: los reinos de Andalucía se ven acometidos „por los asesinos del Norte; vuestra patria va á ser oprimida bajo el yugo „de un tirano; vosotros mismos sereis arrancados de vuestros hogares y „de vuestras casas. Cuarenta argollas está labrando el lascivo Murat para „conduciros al Norte como á los animales más inmundos!... ¡Soldados, ge„mid de rabia y furor!... Doce millones de hombres os están mirando y „envidiando vuestra gloria, y áun la Francia misma ansía por vuestros „triunfos.„

Ruidosos aplausos y gritos acogieron esta proclama, fielmente recitada con dramáticos gestos por el muchacho.

—Pues si los españoles—continuó luégo Santorcaz—pueden hacer lo que están haciendo, ¿no pueden tambien decir el dia de mañana: "Vamos, no queremos que haya más Inquisicion, ni más vinculaciones...?„ pongo por caso... Ó que digan: "En lugar de mil conventos, que haya tan sólo la mitad, con lo cual basta y sobra,„ ó "no me da la gana de que haya diezmos...„

—Eso sí que estaria bueno—dijo Marijuan.—Pero si todos los españoles van á hacer eso, y cada uno empieza á tirar por su lado diciendo lo que quiere, se armará un laberinto tal que no podrán entenderse.

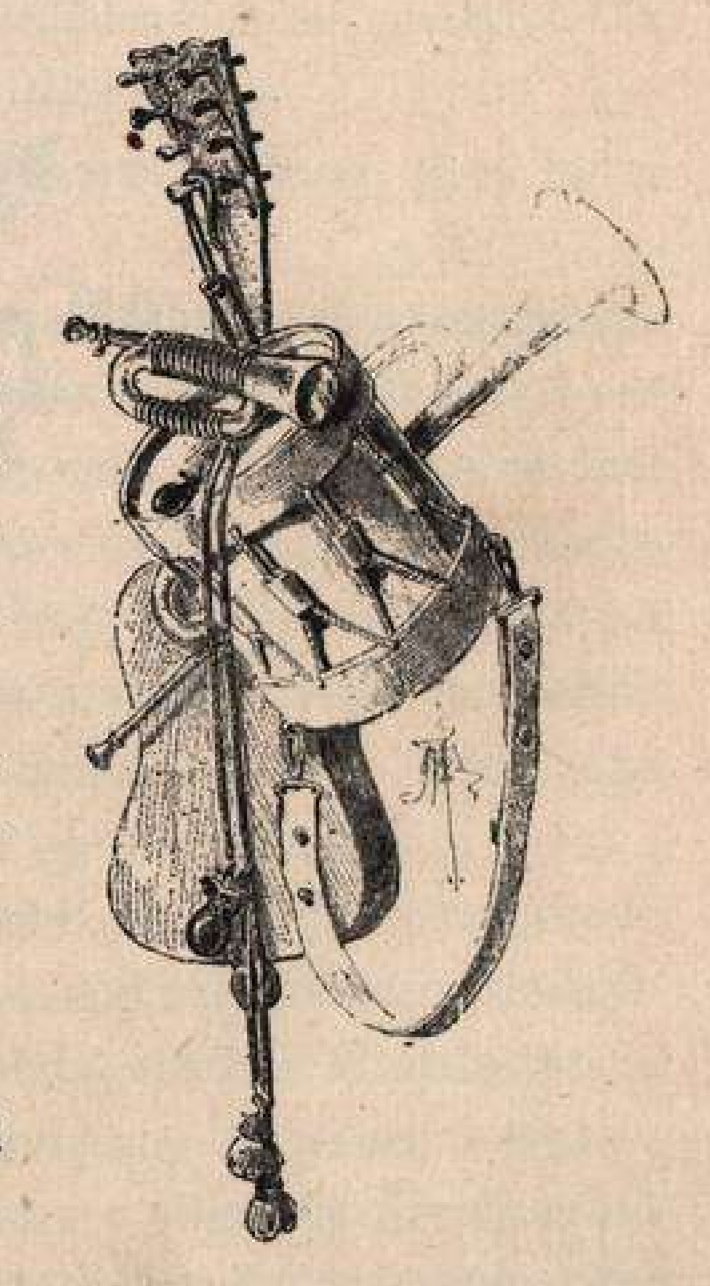
—Vaya unos zotes—añadió Santorcaz.—Pero venid acá: ¿no veis que

hay en Sevilla una Junta, que es la que dispone? ¿No veis que hay otra en Granada, otra en Córdoba y otra en Málaga, etc.? Pues en lugar de todas esas Juntas pequeñas que gobiernan en cada pueblo, ¿no puede haber una muy grande que se reuna en Madrid y acuerde lo que se ha de hacer?

Miráronse los oyentes unos á otros, y los monosílabos de aquiescencia y áun de admiracion corrieron de boca en boca, demostrando la prontitud con que aquellas juveniles inteligencias desplegaban sus alas, aún entumecidas y vacilantes, para intentar describir los primeros círculos en el espacio del pensamiento.

—Estas conversaciones me enamoran—dijo el condesito de Rumblar.—Me estaria toda la noche oyendo á este hombre, sin cansarme. Ya, ya voy aprendiendo muchas cosas que no sabia.

Así aquella fantasía encerrada en el capullo de una educacion mezquina, agujereaba con entusiasmo su encierro, porque habia vislumbrado fuera alguna cosa que tenia la fascinacion de lo nuevo. Así aquel germen de pasion y de inteligencia, guardado en un huevo, se reconocia con vida, se reconocia con fuerza, y empezaba á dar picotazos en su cárcel, anhelando respirar fuera de ella otros aires, y calentarse con calores más enérgicos. Así aquella ceguera abria sus párpados, gozándose en la desconocida luz.



La conversacion terminó en el punto en que la he dejado, porque la noche estaba muy avanzada y casi todos empezaron á rendirse al sueño, excepto el mayorazguito, cuyo despabilamiento era casi febril, á causa del orgasmo de su imaginacion. Largo tiempo continuaron él y Santorcaz hablando en diálogo animadísimo, y como si discutieran planes y expusieran proyectos de gran trascendencia para los dos. Yo me aparté del grupo, fingiendo retirarme á dormir; pero con ánimo de satisfacer una imperiosa exigencia de mi alma, que á voces me pedia soledad y meditacion. Todos los ruidos habian cesado en el campamento: las guitarras y castañuelas, así como las cajas y las cornetas, estaban mudas, porque el ejército dormia. Léjos del grupo de mis amigos, echéme sobre el suelo, aguardando la aurora, sin poder ni querer

cerrar los ojos; y allí me puse á meditar sobre lo que desde mi salida de Madrid habia visto y oido. ¡Cuántas personas nuevas para mí habia encontrado en aquella pequeña jornada de mi vida! ¡Con cuánto afan, meditando á solas y mirándolas al lado, preguntaba á aquellos caminantes si tenian alguna noticia de lo que me reservaba el destino! De todas aquellas personas, ninguna estaba tan enérgicamente fija en mi pensamiento como Santorcaz, hombre para mí incomprensible y sospechoso, y que empezaba á inspirarme secreta antipatía, sin que acertara á explicarme por qué.



XX



L siguiente dia hicimos un movimiento por la orilla izquierda, rio arriba, hasta un punto mucho más alto que Menjíbar. Nada entendíamos; pero Santorcaz, ó por petulancia ó porque realmente habia penetrado la intencion de Reding, nos dijo:

—Nuestro general sabe lo que se hace, y es hombre que conoce la filosofía de las marchas.

Haciendo alto á orillas del Guadalimas, parte del ejército se entretuvo en marchas incomprensibles, y empleando en esto más de un dia, nos encontramos de nuevo sobre Menjíbar al anochecer del 18, punto al cual habia llegado horas ántes la division del marqués de Coupigny. Reunidos ambos ejércitos, no hubo allí más parada que la precisa para recoger las provisiones de que estábamos tan escasos, y ya muy de noche emprendimos el camino de Bailén. Éramos catorce mil hombres. Todo anunciaba que íbamos á tener un encuentro formal con el ejército francés.

Segun nuestras noticias, Dupont continuaba en Andújar, reforzado por la division de Vedel. ¿Habian trabado accion con nuestro tercer cuerpo y el de reserva que, pasando el rio por Marmolejo, estaban situados en la orilla derecha? Nosotros creíamos que sí, á ménos que Castaños no aguardase para atacar enérgicamente á que la primera y segunda division cayeran sobre la espalda del ejército de Dupont, bajando desde Bailén. ¿Era este el objeto que nos guiaba en nuestra marcha? Parecíanos que sí.

Miéntras llegaba el momento del drama, léjos de nosotros y en los flancos del ejército imperial mil dramáticas peripecias debian precipitar la

catástrofe, irritando paulatinamente al enemigo. Los cuerpos y columnas de guerrilleros, mandadas por D. Juan de la Cruz, el conde de Valdecañas y el clérigo Argote, se habian desparramado como enjambre mortífero por los pueblos y caseríos que dominaba el cuartel general francés en las primeras estribaciones de la sierra al Norte de Andújar. De tal modo perseguian aquellos ardorosos paisanos á los franceses y con tanta rapidez se dispersaban para evitar ser atacados, que á los invasores les era de todo punto imposible estar tranquilos un solo momento. El poderoso gigante sacudia de una manotada aquellos moscones venenosos; pero éstos volvian á zumbar en derredor suyo, le molestaban con sus terribles picaduras y huian incólumes, sin temer la espada ni el cañon, pues estas armas no se han hecho para mosquitos.

No podian los franceses apartarse de su cuartel general como no fuera en grandes destacamentos. Frecuentemente iban mil hombres á llenar en la fuente próxima unas cuantas alcarrazas de agua. Si por acaso salian á merodear pelotones de poca fuerza, eran despachados por los guerrilleros en ménos que se reza un credo. Ántes que consentir que se apoderasen de una panera, la quemaban: las fuentes eran enturbiadas con lodo y estiércol, para que no pudieran beber: los molinos desmontados y enterradas sus piedras para que no molieran un solo grano. ¡Ay de aquel francés que se rezagara en las marchas de su destacamento! Sentíase de improviso asido por mil coléricas manos; sentíase arrastrado por las mujeres, pellizcado por los chicos y acuchillado por los hombres, hasta que su existencia se apagaba con horrible choque en la fria profundidad de un pozo. El invasor no encontraba asilo en ninguna parte, y forzosamente encerrado en los límites del cuartel general, veia conjurados contra sí hombres y Naturaleza. Por esto, rabioso y desesperado, anhelaba batirse en funcion campal, seguro de su destreza y costumbre de guerrear; y lamentando la estupefaccion del general en jefe, exclamaba: "Demos una batalla, y aunque muera la mitad del ejército, la otra mitad conquistará un charco en que beber y un puñado de trigo seco que llevar á la boca."

Habian dejado los franceses en Montoro un destacamento de setenta hombres, para custodiar un molino donde fabricaban con dificultad malísima harina. El alcalde de aquella villa, donde no habia quedado ni una sola arma de fuego, se atreve, sin embargo, á dar cuenta de los setenta franceses, para lo cual era preciso despachar primero á los veinticinco que á todas horas estaban de guardia en el puente. Reune, pues, algunos paisanos decididos, y usando la arma blanca, ataca con furia á la guardia; los veinticinco son exterminados; apodérase de sus fusiles la valiente cua-

drilla, sorprende el resto del destacamento en la casa donde se albergaba; hace prisioneros á soldados y jefes, y los manda á la isla de Leon. El parte en que se notificó este suceso á la Junta Suprema decia que todo se hizo con las *varas de los harrieros* (conservo la ortografía del original), pero esto ha de ser una hipérbole andaluza.

Sintiéndose llamado á más grandes acciones, D. José de La Torre (que así se nombraba aquel alcaldito), sale al encuentro de un convoy que venia de Córdoba, y de los cincuenta y nueve franceses que custodiaban éste, los cincuenta quedan tendidos en el camino, y los nueve restantes corren á contar á Dupont lo que ha pasado. Entónces Dupont envia mil hombres á Montoro con encargo de que incendien el pueblo y lleven vivo ó muerto al alcalde. Arde Montoro, y La Torre, conducido vivo, va á ser pasado por las armas; pero un general francés, á quien poco ántes habia dado hospitalidad, intercede por él; es puesto en libertad, y aquel *petit caporal* de las guerrillas marcha á Sevilla á recibir de la Junta los galones de capitan de ejército.

Pues bien; lo que pasaba en Montoro, ocurria en todos los pueblos de la carretera de Andalucía, desde Córdoba hasta Santa Elena. El gigante que incendiaba lugares y destrozaba ejércitos no podia dar un paso sin encontrar un avispero, y frenético con aquel zumbido, envenenado por los aguijones, maldecia la hora de la invasion. El águila, devorada por los insectos, graznaba á orillas del Guadalquivir con hambre y calentura, afilando sus garras en el tronco de los olivos, con el ánsia de que llegara pronto la ocasion de destrozar alguna cosa.



XXI



UANDO entramos en Bailén, ya muy avanzada la noche, nos sorprendió mucho el no ver ninguna fuerza francesa á la entrada del pueblo para disputarnos el paso. ¿Á dónde habian ido los franceses? ¿Qué les pasaba, cuando ni por precaucion dejaron allí un par de batallones para guardar punto tan importante? Pronto salimos de dudas, porque de boca de los habitantes de Bailén, que salieron en masa á recibirnos, supimos que la division Vedel habia pasado por allí en direccion á la Carolina.

—Nosotros les hacíamos á ustedes en Linares—dijo D. Paco, que tambien salió á nuestro encuentro, rebosando de júbilo.—¡Oh! señor conde, niño mio... ¿Está por ventura herido Vuestra Excelencia? Vamos un rato á casa, donde la señora marquesa y las niñas están rezando por el buen éxito de la guerra. ¿No darán un descanso á las tropas?

Nuestro general habia determinado salir en seguida para Andújar; pero como ocupábamos todo el pueblo, pudimos llegarnos á la casa de nuestro amo, en cuya sala baja se nos dió un tente-tieso muy confortante.

—Es un milagro que podamos daros estos cuantos panes y estas onzas de chocolate crudo—nos dijo D. Paco al ofrecernos aquellos artículos.—Los franceses no han dejado nada. ¡Qué horroroso saqueo! Y gracias que quedamos con vida. ¡Ay! la señora condesa salió á recibirlos con una serenidad que me espantó. Yo temblaba y tuve que esconderme en el oratorio, porque delante de ellos hubiera perdido la dignidad de mi carácter. ¡Qué modo de saquear!... En una palabra, la paja de los caballos, las gallinas del corral, los huevos, hasta unos tomates que tenia yo guardados

en mi escritorio para hacer un gazpachito... todo, todo se lo llevaron. El pueblo está muerto de miseria, y yo sé de mucha gente que echó la harina en los muladares para que ellos no se la llevaran. ¿No lo creeis? ¿Pues y el Sr. Salvador, que sacó al campo los doscientos pellejos de aceite y ciento de vino que tenia en su cueva, y destapándolos dejó correr aquel precioso caldo hasta que todo se lo chupó la tierra? Otros hicieron una grande hoguera con los carros y la paja. Las alhajas de las imágenes y la plata de las iglesias están todas enterradas, porque esto parece que es lo que más



les abre el ojo á esos señores. Así estaban ellos de rabiosos, cuando vieron que no sacaban de aquí gran cosa. El dia 16, despues de haber pasado un gran miedo, gozamos mucho cuando les vimos llegar de la barca de Menjíbar, derrotados y con su general muerto. ¡Cómo corrian por esas calles, y qué gritos daban, y qué cosas tan atroces é indecentes echaron por aquellas bocazas! ¡Así se vengaban los muy perros! ¿Pues qué creeis? Dieron muerte á muchas personas que no les hacian daño, lo cual creo yo que no se vió en ninguna de las guerras de Alejandro. Pero tambien se les molió de firme. Unos cuantos pasaron por la calle de en frente echando bravatas y detuviéronse en la puerta de la posada de Gil, donde tenian encendido el horno para cocer la loza. ¡Ay! Mis francesitos se ponen á

decir no sé qué insolencias obscenas á la mujer de Gil, cuando salen los mozos, me los agarran y con morriones y todo... ¡plaf!... al horno... Pero ahí viene la señora condesa, que estaba en el oratorio con las niñas.

En efecto, vimos desfilar gravemente, cubierta de negro manto, á la señora de la casa, seguida de los dos tiernos pimpollitos de sus hijas, las cuales arrojáronse llorando en los brazos de su hermano. Doña María abrazó á su hijo sin perder ni por un instante su solemne y estirado empaque, y luégo saludónos á todos con mucho afecto, nombrándonos uno por uno. Cuantos componian la cuadrilla estaban presentes, ménos Santorcaz, el cual desde nuestra llegada habia pedido con mucha prisa á Don Paco recado de escribir, y puéstose á trazar unas cartas en el despacho de éste.

La marquesa, despues de saludarnos, tomó asiento y dirigió á D. Diego estas palabras dignas de la historia:

—Hijo mio: sé todo lo que pasó en la accion del 16, y nadie me ha dicho que hicieras algo notable. ¿Has tenido miedo?

—¡Miedo!—exclamó el muchacho riendo.—No, señora. He cumplido con mi deber en las filas, y nada más hasta ahora; pero su merced no se impaciente, porque aunque no soy más que soldado, espero lucirme.

—¡Nada más que soldado!—dijo la condesa.—Tú no eres soldado, aunque así parezca. Cualquiera que sea el puesto que se ocupe, cada cual debe obrar conforme á su nombre y á la posicion que tiene en el mundo. ¿Qué se diria de tí, de mí, de esta casa, de tu difunto padre, si en estas guerras no hicieras algo superior á lo que corresponde á un simple soldado?

—Señora—repuso el mozo con un desenfado que sorprendió á su familia,—yo haré lo que pueda, y segun lo que haga, así seré más ó ménos que los demas. Y ya que hablo de esto, señora madre, yo quiero seguir en el ejército, yo quiero que su merced pida al Rey, ¿qué digo al Rey? á la Junta, una bandolera.

—Tú no estás destinado á ser militar sino en esta ocasion suprema, en que la patria necesita de todos sus hijos, desde el más alto hasta el más bajo.

—Pero, señora madre, no soy nada y quiero ser algo—insistió el muchacho, mostrando una energía que nadie hasta entónces le habia conocido.

—¡Que no eres nada!—exclamó la madre con sorpresa primero, despues con cólera, y mirándonos á todos como para preguntarnos si su hijo se habia vuelto loco durante la campaña.

—Yo no soy nada, no soy más que un papamoscas—repuso el chico.—

¿De qué me valen esos papeluchos viejos y esos escudos de armas, si todos se rien de mí desde que abro la boca, porque no digo más que necedades?

La marquesa se puso encendida como la grana, y sin decir palabra, miró á D. Paco, el cual confuso, absorto, aterrado por lo que acababa de oir, revolvia sus espantados ojos de un lado para otro.

—Este jóven—dijo al fin el ayo,—parece que ha perdido el juicio. Señora, cuando vuelva de cumplir sus deberes de caballero en los campos de batalla, le haremos que se penetre bien de las máximas contenidas en la historia de Alejandro el Grande.

Doña María, cuya dignidad no podia consentir que semejante asunto se tratara delante de personas extrañas, hizo callar á D. Paco, y tambien impuso silencio á su hijo con gesto aterrador. Asuncion y Presentacion, despues de registrar los bolsillos de su hermano, examinaban las polainas, el sombrero y la charpa, por ver, segun dijeron, si aquellas prendas estaban agujereadas por alguna bala de cañon.

Pero el D. Diego, sintiendo sin duda en su cabeza un hervidero de palabras, que atropelladamente se le ocurrian conforme á la repentina fecundidad de su entender, no pudo estar callado mucho tiempo, y habló para poner en mayores cuidados á la señora de Rumblar. Estábamos, como he dicho, en una sala baja, donde la condesa habia hecho traer para nuestro regalo un par de zaques, milagrosamente salvados de la rapacidad francesa. D. Diego, luégo que tal vió, volvióse á nosotros, que permanecíamos respetuosamente detenidos en la puerta, y con gesto de campechana confianza, nos dijo:

—Ea, muchachos, entrad todos aquí. ¿Por qué estais en la puerta? Vaya, poneos los sombreros, que aquí todos somos iguales, todos somos compañeros de armas, y lo mismo puede matarme á mí una bala que á vosotros. Ea, bebamos juntos. ¿Teneis vergüenza, porque soy noble y mayorazgo, y vosotros unos pobres hambrones? Fuera necedades; que hoy ó mañana las Juntas quitarán todas esas antiguallas, y entónces cada cual valdrá segun lo que tenga y lo que sepa.

D. Paco se puso verde al oir tales despropósitos, y llevándose la mano al corazon, miró á la condesa con semblante dolorido y contristado, como para manifestarle en la sola elocuencia de una mirada que él no habia enseñado tales cosas al jóven discípulo. Doña María encerraba su enojo en lo más hondo del pecho, y aunque harto se le conocian la inquietud y la ira en el furtivo centellear de sus negros ojos, nada dijo que comprometiera su dignidad, y deseando que su hijo variase de conversacion, le pre-

guntó si habia hecho en Córdoba las visitas á la señora marquesa de Leiva y su sobrina.

—Sí, señora—contestó el rapaz.—Las ví; la señora condesa me dió muchos dulces, y la marquesa me preguntó si sabia ayudar á misa. Una y otra me dijeron que la jóven con quien está concertado mi matrimonio, se obstinaba en no salir del convento, asegurando que ántes queria casarse con Jesucristo que conmigo. ¡Qué ranciedades, señora madre!—añadió con nuevo arrebato.—Yo quiero seguir en el ejército, yo quiero ir á Madrid para tratar á la gente que sabe, y á los filósofos, y leer la *Enciclopedia*, y ver las sociedades secretas, si las hay para entónces, y aprender lo que no sé, pues D. Paco no me ha enseñado más que esa sandez de *Por el barandal del cielo.*

El ayo volvió á mirar compugidísimamente á la condesa, pintando en sus húmedos ojos la persuasion de que no habia instruido al mayorazgo en tales iniquidades, y Doña María reprendió á su hijo con majestad verdaderamente régia, diciéndole con pausa y aplomo estas amargas palabras:



Doña María.

—Hijo mio, recordarás que te entregué una espada que fué de tus abuelos. Honra da al que la ciñe esa arma antigua; pero tambien ella la recibe de las manos de su poseedor, si éste es persona que sabe adquirirla en los campos de batalla. ¿Deshonrarás tú esa espada que llevó el tatarabuelo de tu padre en el sitio de Maestrich, cuando medio mundo se llamaba España?

—¡La espada!—exclamó el chico con sorpresa.—Ya no me acordaba de la dichosa espada. Si ya no la tengo.

—¿Que no la tienes?—preguntó Doña María con estupefaccion.

—No, señora. Si no sirve para nada. Cuando dimos el primer ataque en Menjíbar, yo saqué mi espada, y á los primeros golpes que dí en unas yerbas observé que no cortaba.

—¡Que no cortaba!

—No, señora. Era una hoja mellada, llena de garabatos, letreros, sapos por aquí, culebras por allí, y cubierta de moho desde la punta á la empuñadura. ¿Para qué me servia? Como no tenia filo, la cambié por un sable nuevo que me dió un sargento.

—¡Y diste la espada, la espada!...—exclamó la condesa, levantándose de su asiento.

La señora estaba sublime en su indignacion. Parecia la imágen de la historia levantándose de su sepulcro á pedir cuentas á la generacion contemporánea.

—Sí, señora; se la dí al sargento—añadió el mozo, sacando de la vaina un sable nuevo, reluciente y de agudísimo filo.—Si aquello no servia para nada. Muy bonita, eso sí, toda llena de dibujos de plata y oro; pero señora madre, si no cortaba... si estaba llena de orin... Vea usted este sable: no tiene letrero, ni cabecitas, ni garrapatos, ni nada; pero corta que es un gusto.

Observamos que la condesa dió un paso hácia su hijo; que su semblante hermosamente venerable se contrajo, desfigurado por la ira; que extendió sus brazos; que comenzó á balbucir con locucion atropellada, cual si su indignada lengua no acertara á encontrar una palabra bastante dura, bastante enérgica para aquella situacion; la vimos despues llevarse ambas manos á la cabeza, retroceder, vacilar, apoyarse en el hombro de D. Paco, y por último, reponerse, dominarse, erguirse, serenarse, mirar á su hijo con desden, señalar á la calle, donde de improviso empezaba á oirse fuerte redoblar de tambores, y decir:

—El ejército se va. Marcha, corre. Cuando se acabe la guerra te ajustaremos las cuentas. Si eres valiente y vuelves vivo, á palmetazos te enseñaré quién eres. Pero si eres cobarde, no vuelvas acá.

Salimos á toda prisa, y montando en nuestras cabalgaduras, ocupamos las filas. Al punto se nos unió Santorcaz. D. Paco no quiso salir á despedirnos, porque estaba traspasado de dolor, al ver—segun dijo despues—cómo en una semana se torciera, al soplo de las malas compañías, el derecho arbolito criado con tanto esmero en el apacible huerto de sus lecciones.

Las dos muchachas salieron á las ventanas, y nos despedian agitando los mismos pañuelos con que secaban sus lágrimas. Ninguna de las dos,

ni la destinada al matrimonio, que era, por lo tanto, ignorante, ni la consagrada al cláustro, que era ya medio doctora, habian entendido la conversacion de que he hecho mérito.

Las pobrecillas veian desaparecer un mundo y nacer otro nuevo sin darse cuenta de ello.



XXII



RA la madrugada cuando las columnas de vanguardia comenzaron á salir de Bailén. Mi regimiento debia salir de los últimos, y miéntras se puso en movimiento la artillería y los cuerpos de á pié, estuvimos más de media hora formados á la salida del pueblo y á mano derecha del camino, esperando la órden de la marcha. Íbamos á Andújar, resueltos á tomar la ofensiva contra el ejército francés, que al mismo tiempo debia ser atacado por Castaños, del lado de Marmolejo. ¿Y la division de Vedel, cuyos movimientos eran la clave de aquel problema estratégico? La division de Vedel estaba en Andújar el dia 16, cuando ocurrió la accion de Menjíbar, que ántes he descrito. Al saber Dupont la derrota de Ligier-Belair y la muerte de Gobert, dispuso que Vedel marchase sobre Bailén, con intencion de seguirle él al dia siguiente.

Miéntras éste avanzaba á Andújar, Ligier-Belair, al vernos retirar y pasar el rio, creyó que las tropas de Reding, unidas con las de Coupigny, intentaban extenderse cautelosamente por la orilla izquierda, rio arriba, tomando el camino de Linares á Guarroman, para ocupar luégo la Carolina y cortar el paso de la sierra. Persuadido de esto, y sin hacer averiguaciones, emprendió la marcha hácia el Norte, creyendo anticiparse á lo que creia un rasgo de ingenio estratégico del general Reding. Llega Vedel á Bailén creyendo encontrarnos, y los franceses que quedaron allí le dicen:

"Quiá, los *insurgentes* han repasado el rio y van por Linares á ocupar el paso de la sierra; pero el general Ligier-Belair, que ha comprendido el juego, ha marchado en seguida á ocupar la Carolina, de modo que cuando lleguen los españoles, creyendo haber hecho un movimiento de primer órden, se lo encontrarán allí." Vedel oye esto y dice: "Han ido á cortar el paso de la sierra para impedirnos la retirada y matarnos aquí de hambre y sed. Pues corramos á la Carolina. Vamos; en marcha." Manda un emisario á Dupont, diciéndole: "Señor general en jefe: los *insurgentes* han ido á cortar el paso de la sierra. Corro á la Carolina: venga usted tras mí, y acabaremos con ellos."

Esto pasaba en los dias 17 y 18. En tanto los *insurgentes*, replegados á la orilla izquierda, como he dicho, fingíamos un movimiento hácia Linares; pero en cuanto cerró la noche, los *insurgentes* caminamos á marchas forzadas hácia Bailén. Por eso en este pueblo nos decian: "Por aquí pasó Vedel esta mañana en direccion á la Carolina, para impedirles á ustedes que cortaran el paso de la sierra. ¿No ibais hácia Linares?"

No; nosotros íbamos á Andújar á atacar á Dupont. En virtud de los torpísimos movimientos de los generales franceses, una gran parte de la fuerza imperial corria hácia la sierra, buscando un fantasma. Los *insurgentes*, á quien ellos suponian en marcha hácia la Carolina, estaban en Bailén, en marcha para Andújar. Hé aquí la verdadera y exacta situacion de las divisiones españolas y francesas en la noche del 18 al 19 de Julio.

Íbamos á luchar con Dupont, sólo con Dupont. Pero ¿y si Vedel, conociendo á tiempo su error, retrocedia velozmente para caer de improviso sobre nuestra espalda durante el combate? Esta funesta probabilidad estaba compensada con el hecho seguro de que el ejército francés de Andújar tendria que defenderse al mismo tiempo de nosotros y de la reserva que le amenazaba del lado de Poniente. De todos modos, nuestra posicion era arriesgada; por lo cual, deseando Reding cerciorarse de la verdadera distancia á que se hallaba Vedel, habia despachado camino arriba desde Menjíbar al teniente de ingenieros D. José Jimenez, con encargo de averiguarlo.

Este valiente oficial, cuyo nombre no está en la historia, se disfrazó de arriero, y en una fatigosa jornada supo desempeñar muy bien su comision, volviendo por la noche á decir que Vedel habia pasado ya más allá de la Carolina.

Así andaban las cosas cuando nos preparábamos á salir de Bailén al amanecer del 19. Pero no lo habíamos previsto todo; no habíamos pre-

visto que Dupont, muy receloso de aquella ilusoria ocupacion de la sierra por los insurgentes, habia levantado su campo en la misma noche, y silenciosamente, sofocando los ruidos de su tropa, abandonaba la funesta y para ellos maldita ciudad de Andújar.

Era cerca de la madrugada cuando nuestros jefes disponian las columnas para la marcha. Si al comienzo de aquella misma noche, que ya se iba á extinguir, una mirada humana hubiera podido escudriñar desde la altura de los cielos lo que pasaba en aquella larga faja de sementeras y olivares que se extiende á la vera de los montes, entre éstos y el Guadalquivir, habria visto que del oscuro caserío de Andújar se destacaba cautelosamente, escurriéndose por detrás de las casas, una hilera de hombres y caballos; que esta hilera se iba alargando por la carretera en interminable procesion, y serpenteaba con lento paso, sin ruido y sin luces; habria visto cómo se iba extendiendo aquella raya negra, destacándose á ratos sobre la tierra blanquecina, á ratos confundiéndose con los negros olivos, sin dejar de seguir paso á paso, como si no quisiera ser vista y anhelara apagar en el polvo el ruido de las cureñas; habria visto que iban delante unos tres mil hombres de infantería, despues un escuadron de caballos, despues seis cañones, despues un número inmenso de carros, tantos, tantos carros, que ocupaban dos leguas; detrás de los carros nuevos grupos de infantería y muchos generales; despues otros seis cañones, dos regimientos de coraceros, luégo cuatro cañones, y al fin otro grupo de jefes, seguidos de quinientos hombres de á pié. Esta raya no se detenia en parte alguna y avanzaba despacio y con precaucion, custodiando sus dos leguas de convoy. Los hombres que la formaban, mudos y cabizbajos, presagiando sin duda funestos acontecimientos, dirian para sí: "Llegaremos á la Carolina, donde ya ha de estar



D. José Jimenez.

Vedel, y batiendo á los *insurgentes*, nos abriremos paso por los desfiladeros para abandonar esta tierra maldita, á la cual el Emperador ha tenido la mala ocurrencia de enviarnos... ¡Oh! ¡Cuándo os veremos, tierras de la Turenne, del Poitou, de la Charente, de los Vosgos, del Artois, del Limosin!...„



XXIII



MIÉNTRAS aguardábamos la salida, nuestras lenguas no estaban ociosas, y aunque Marijuan me entretenia por un lado con sus donaires y chuscadas, por el otro era de tanto interés un diálogo entablado entre Santorcaz y D. Diego, que á las palabras de éstos dirigí toda mi atencion. No puedo ménos de copiarlo íntegro y tal cual lo oí, por si mis lectores quieren meditar un poco sobre el mismo tema.

—Lo que me indicó usted hace poco—decia Santorcaz,—acerca de que esa linda jóven que se le destina para esposa no quiere salir del convento, debe tenerle sin cuidado. Esas son gazmoñerías de las muchachas españolas que, engañadas por su fantasía, se creen enamoradas de Jesucristo, cuando lo que sienten es verdadera pasion por un ideal mundano.

—Y si no quiere salir, que no salga—respondió el jóven.—Si yo no la he visto, si yo no comprendo por qué razon he podido pensar en ella una sola vez.

—¿Pero la quiere usted?

—Confesaré á usted lo que me pasa. Cuando mi madre me llamó un dia, y despues de darme dos palmetazos porque tenia las manos manchadas de tinta, me dijo que habia determinado casarme, sentí mucha alegría y al volver á mi cuarto rompí todas las planas de escritura, diciendo á D. Paco que yo era un hombre y no me daba la gana de obedecerle. Á todas horas pensaba en mi mujercita y en las delicias del matrimonio. Mi madre escribia cartas y más cartas para concertar mi boda, y cuando yo

le preguntaba con la mayor curiosidad: "Señora madre, ¿cómo va eso?„ me respondia: "Anda á estudiar, mocoso. Ahora con la novelería del casamiento no coges un libro en la mano.„ Por fin mi mamá, á fuerza de cartas, lo arregló todo. Cuando fuí á Córdoba creí que me la enseñarian; pero aquellas señoras dijéronme que la discreta jóven no queria salir del convento; y por último, me dieron el medallon que usted tiene guardado. Despues la sobrina me regaló unos dulces y su tia un pito para que fuera pitando por las calles, y en mi segunda y tercera visita pasó lo mismo, excepto que no me dieron más pitos. Cuando ví el retrato me gustó tanto la muchacha, que por la calle le iba dando besos, y por la noche lo acosté conmigo en mi cama. Estoy prendado de ella; mejor dicho, lo estuve estos dias atrás, porque ya, habiendo discurrido sobre la necedad de prendarme de un retrato, me rio de mí mismo y digo: "¡Si de carne y hueso encontraré tantas, á qué volverme loco por una pintura!„

—Pues no, Sr. D. Diego—dijo Santorcaz.—Puesto que la señora condesa le escogió á usted esa esposa, sin duda es un gran partido, y usted debe insistir en casarse con ella.

—¿Sí? Pues vaya usted á sacarla del convento—añadió Rumblar.—Vamos, que segun me dijeron, no hay quien le hable de otro esposo que Jesucristo.

—Ya lo he dicho: esas son gazmoñerías de las españolas, por lo general mujeres nerviosas, muy extremadas en sus pasiones, y dispuestas siempre á confundir en un mismo sentimiento la voluptuosidad y el misticismo. Cuidado con las monjitas de quince años, que reniegan del siglo y juran que han de morir de viejas en el cláustro. Yo conocí una jóven y linda novicia que tampoco queria tener más esposo que Jesucristo, y que se ponia furiosa cuando le hablaban de salir del convento, hasta que un Viernes Santo vió á cierto jóven al través de la verja del coro. Á los quince dias la hermosa novicia abrió por la noche una de las rejas del convento, y se arrojó á la calle, donde le esperaba su amante y hoy feliz esposo.

—¡Oh! ¡Bonitísimo suceso!—exclamó con entusiasmo D. Diego.—¡Cuánto daria porque á mí me pasase uno semejante!

—¿Ella le ha visto á usted?

—No.

—Pues en cuanto le vea, apuesto á que la muchacha se apresura á salir por la puerta, sin exponerse á los peligros de arrojarse por la ventana. Pero ahora que me ocurre, Sr. D. Diego, si usted en vez de ser un muchacho apocadito, educado á la antigua y sencillo como un fraile motilon, fuera un hombre atrevido, arrojado... pues... como somos todos aquellos

que no hemos recibido la educacion de Grandes de España; si usted echara de una vez fuera el cascaron de huevo en que le ha empollado la ciencia de D. Paco y los mimos de sus hermanitas, ahora podríamos lanzarnos á una aventura deliciosa.

—¿Cuál, amigo Santorcaz?

—Mire usted. Despues de la batalla y cuando volvamos á Córdoba, sacar á esa jóven del convento.

—¿Cómo?

—Demonio, ¿cómo se hacen las cosas? ¡Si viera usted! Eso es muy divertido. ¿Ve usted este rasguño que tengo en la mano derecha? Me lo hice saltando las tapias de un convento. Son cinco los que he escalado, por trapicheos con otras tantas novicias y monjas. ¡Ay, Sr. D. Diego de mi alma! El recuerdo de estas y otras cosillas es lo que le alegra á uno, cuando se siente ya en las puertas de la triste vejez.

—Hombre, eso me parece muy bonito—dijo D. Diego, saltando sobre la silla.—Pues yo quiero hacer lo mismo, yo quiero rasguñarme saltando las tapias de un convento. Con que diga usted, ¿qué hacemos? ¿Nos entramos de rondon en el convento y cogiendo á la muchacha me la llevo á mi casa? Sí: y habrá que pegarle un par de sablazos á alguien, y romper puertas, y apagar luces. Hombre, ¡magnífico! ¡Si dije que usted es el hombre de las grandes ideas! ¡Qué cosas tan nuevas y tan preciosas me dice! Estoy entusiasmado, y me parece que ántes de venir al ejército era yo un zoquete. Cabalmente recuerdo que he pensado alguna vez en eso que usted me dice ahora... sí... allá... cuando iba á misa con mi madre al convento de dominicas.

—Estas cosas, D. Diego, son la vida—añadió Santorcaz;—son la juventud y la alegría.

—¡Soberbia idea! ¿Con que vamos á buscar á esa jovenzuela, mi futura esposa? ¡Que preciosa ocurrencia! Verá ella si yo soy hombre que se deja burlar por niñerías de novicia. Nada, nada; mi esposa tiene que ser, quiera ó no quiera. Pero oiga usted, ¿y si nos descubren los alguaciles y nos llevan presos?

—Por eso hay que andar con cuidado; pero en ese mismo cuidado, en las precauciones que es preciso tomar consiste el mayor gusto de la empresa. Si no hubiera obstáculos y peligros, no valia la pena de intentarla.

—Efectivamente. Á mí me gustan los peligros, señor D. Luis. Á mí me gusta todo aquello que no se sabe á dónde va á parar. Siga usted hablándome del mismo asunto. ¿Qué precauciones tomaremos?

—¡Oh! Cuando llegue el caso... Yo soy muy corrido en esas cosas. Ya

no estoy para fiestas, es verdad, y por cuenta mia no intentaria aventuras de esta especie; pero son tan grandes las disposiciones que descubro en usted para ser hombre á la moderna, para ser hombre de ideas atrevidas y echar á un lado las ranciedades y rutinas de España, que volveré á las andadas y entre los dos haremos alguna cosa.

—Pero hombre, ¿cuándo se dará esa batalla, cuándo volveremos á Córdoba, para enseñarle yo á mi señorita cómo se portan los caballeros de ideas modernas, que han recibido un desaire de las novias de Jesucristo? Pero diga usted, Santorcaz, si perdemos la batalla, si nos matan...

—Todavía no se ha hecho la bala que me ha de matar. Y usted, ¿qué presentimientos tiene?

—Creo que tampoco he de morir por ahora. ¡Ay! Si viera usted, tengo un fuego dentro de la cabeza... Me hierven aquí tantos pensamientos nuevos, tantas aventuras, tantos proyectos, que se me figura he de vivir lo necesario para que sepa el mundo que existe un D. Diego Afan de Ribera, conde de Rumblar.

—¡Bueno, magnífico! Lo mismo era yo cuando niño. Fuí despues á Francia, donde aprendí muchísimas cosas que aquí ignoraban hasta los sabios. Al volver he encontrado á esta gente un poco ménos atrasada. Parece que hay aquí cierta disposicion á las cosas atrevidas y nuevas. En Madrid se han fundado varias sociedades secretas...

—¿Para asaltar conventos?

—No, no son sociedades de enamorados. Si algun dia se ocupan de conventos, será para echar fuera á los frailes y vender luégo los edificios...

—Pues yo no los compraria.

—¿Por qué?

—Porque esas casas son de Dios, y el que se las quite se condenará.

—¿Qué es eso de condenarse? Me rio de vuestras simplezas. Pues hijo, adelantado estais.

—Estemos en paz con Dios—dijo D. Diego.—Por eso creo que ántes de robar del convento á mi novia, debemos confesar y comulgar, diciéndole al Señor que nos perdone lo que vamos á hacer, pues no es más que una broma para divertirnos, sin que nos mueva la intencion de ofenderle.

Santorcaz rompió á reir desahogadamente.

—¿Con que usted es de los que encienden una vela á Dios y otra al Diablo? Robamos á la muchacha, ¿sí ó no?

—Sí, y mil veces sí. Ese proyecto me tiene entusiasmado. Y me marcharé con ella á Madrid; porque yo quiero ir á Madrid. Dicen que allí suele haber alborotos. ¡Oh! Cuánto deseo ver un alboroto, un motin, cual-

quier cosa de esas en que se grita, se corre, se pega. ¿Ha visto usted alguno?

—Más de mil.

—Eso debe de ser encantador. Me gustaria á mí verme en un alboroto; me gustaria gritar con los demas diciendo: abajo esto ó lo otro. ¡Ay! ¡Cómo me alegraba cuando mi señora madre reñia á D. Paco, y éste á los criados, y los criados unos con otros! No pudiendo resistir el alborozo que esto me causaba, iba al corral, ponia cañutillos de pólvora á los gatos, y encerrándolos en un cuarto con las gallinas, me moria de risa.

Santorcaz, léjos de reir con esta nueva barrabasada de su discípulo, estaba con la mirada fija en el horizonte, completamente abstraido de todo y meditando sin duda sobre graves asuntos de su propio interés. No sé cuál será la opinion que el lector forme de las ideas de aquel hombre; pero no se les habrá ocultado que sus ingeniosas sugestiones encerraban segundo intento. El atolondrado rapaz, lanzado á las filas de un ejército, sin tener conocimiento alguno del mundo, con mucha imaginacion, arrebatado temperamento y ningun criterio; igualmente fascinado por las ideas buenas y las malas, con tal que fueran nuevas, pues todas echaban súbita raíz en su feraz cerebro, acogia con júbilo las lecciones del astuto amigo; y su lenguaje, su nervioso entusiasmo, sus planes entre abominables é inocentes, todo anunciaba que D. Diego se disponia á cometer en el mundo mil disparates.

Santorcaz, despues de permanecer por algunos minutos indiferente á las preguntas de su discípulo, reanudó la conversacion; pero apénas comenzada ésta, oimos un tiro, en seguida otro y luégo otro y otro.



XXIV



Todos callamos: detuviéronse las columnas que habian comenzado á marchar, y desde el primero al último soldado prestamos atencion á aquel tiroteo, que sonaba delante de nosotros á la derecha del camino y á bastante distancia. Corrieron por las filas opiniones contradictorias respecto á la causa del hecho. Yo me alzaba sobre los estribos, procurando distinguir algo; pero ademas de ser la noche oscurísima, las descargas eran tan lejanas, que no se alcanzaba á ver el fogonazo.

—Nuestras columnas avanzadas—dijo Santorcaz—habrán encontrado á algun destacamento francés, que viene á reconocer el camino.

—Ha cesado el fuego—dije yo.—¿Echamos á andar? Parece que dan órden de marcha.

—Ó yo estoy lelo, ó la artillería de la vanguardia ha salido del camino.

Oyóse otra vez el tiroteo, más vivo aún y más cercano; y en la vanguardia se operaron varios movimientos, cuyas oscilaciones llegaron hasta nosotros. Sin duda pasaba algo grave, puesto que el ejército todo se extremeció desde su cabeza hasta su cola. Un largo rato permanecimos en la mayor ansiedad, pidiéndonos unos á otros noticias de lo que ocurria; pero en nuestro regimiento no se sabia nada; todos los generales corrieron hácia la izquierda del camino, y los jefes de los batallones aguardaban órdenes decisivas del Estado Mayor. Por último, un oficial que volvia á escape en direccion á la retaguardia, nos sacó de dudas, confirmando lo que en todo el ejército no era más que halagüeña sospecha. ¡Los france-

ses, los franceses venian á nuestro encuentro! Teníamos en frente á Dupont con todo su ejército, cuyas avanzadas principiaban á escaramucear con las nuestras. Cuando nosotros nos preparábamos á salir para buscarle en Andújar, llegaba él á Bailén de paso para la Carolina, donde creia encontrarnos. De improviso unos cuantos tiros les sorprenden á ellos tanto como á nosotros: detienen el paso; extendemos nosotros la vista con ansiedad y recelo en la oscura noche; todos ponemos atento el oido, y al fin nos reconocemos, sin vernos, porque el corazon á unos y otros nos dice: "Ahí están."

Cuando no quedó duda de que teníamos en frente al enemigo, el ejército se sintió al pronto electrizado por cierto religioso entusiasmo. Algunos vivas y mueras sonaron en las filas; pero al poco rato todo calló. Los ejércitos tienen momentos de entusiasmo y momentos de meditacion: nosotros meditábamos.

Sin embargo, no tardó en producirse fuertísimo ruido. Los generales empezaron á señalar posiciones. Todas las tropas que aún permanecian en las calles del pueblo, salieron más que de prisa, y la caballería fué sacada de la carretera por el lado derecho. Corrimos un rato por terreno de ligera pendiente; bajamos despues, volvimos á subir, y al fin se nos mandó hacer alto. Nada se veia, ni el terreno ni el enemigo: únicamente distinguíamos desde nuestra posicion los movimientos de la artillería española, que avanzaba por la carretera con bastante presteza. Entónces sentimos camino abajo, y como á distancia de tres cuartos de legua, un nuevo tiroteo que cesó al poco rato, reproduciéndose despues á mayor distancia. Las avanzadas francesas retrocedian y Dupont tomaba posiciones.

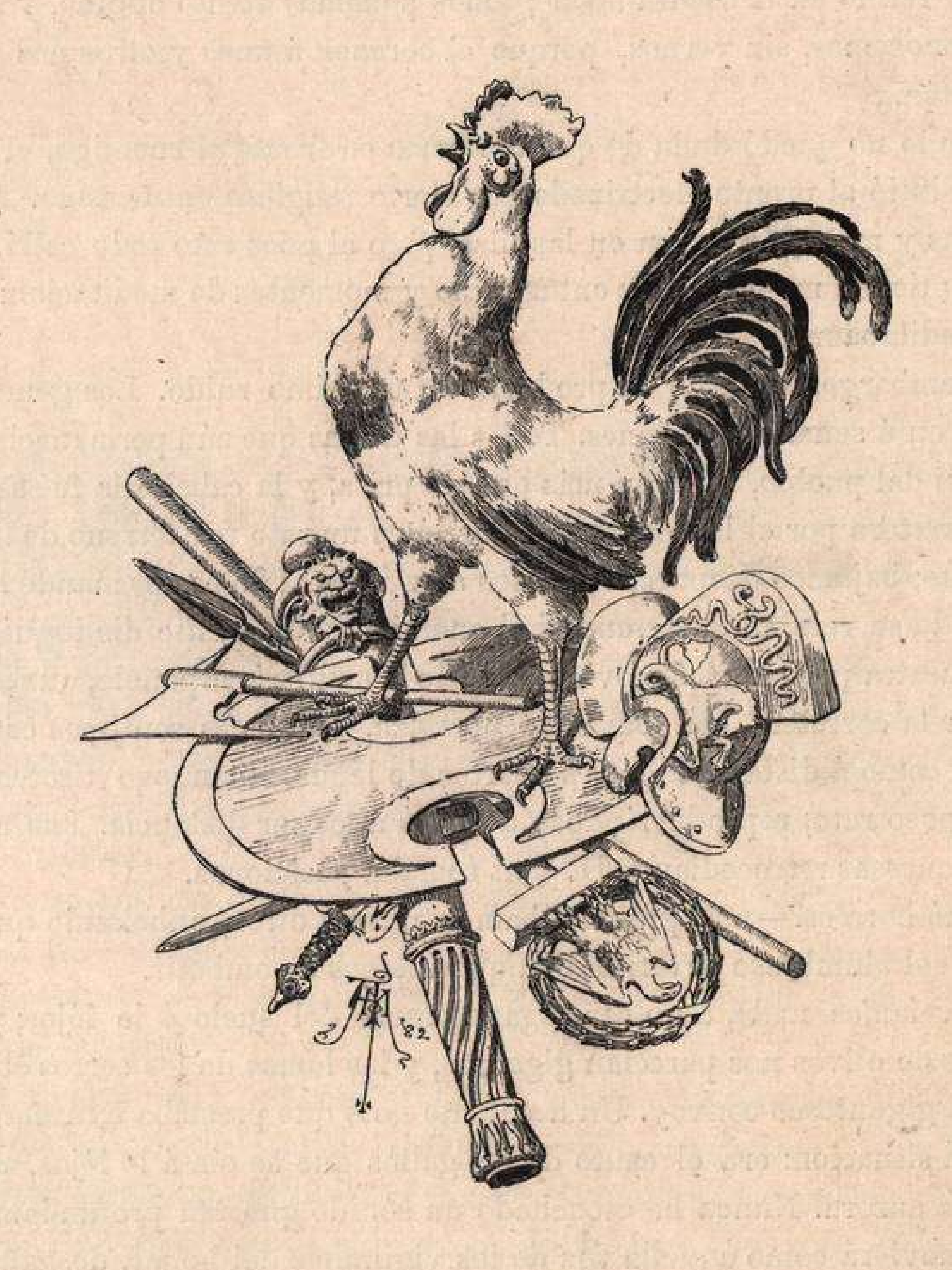
—¿Qué hora es?—nos preguntábamos unos á otros, anhelando que un rayo de sol alumbrase el terreno en que íbamos á combatir.

No veíamos nada, á no ser vagas formas del suelo á lo léjos; y las manchas de olivos nos parecian gigantes, y las lomas de los cerros el perfil de un gigantesco convoy. Un accidente noté que prestaba extraña tristeza á la situacion: era el canto de los gallos que se oia á lo léjos, anunciando la aurora. Nunca he escuchado un sonido que tan profundamente me conmoviera como aquella voz de los vigilantes del hogar, desgañitándose por llamar al hombre á la guerra.

Nuevamente se nos hizo cambiar de posicion, llevándonos más adelante á espaldas de una batería, y flanqueados por una columna de tropa de línea. Gran parte de la caballería fué trasladada al lado izquierdo; pero á mí con el regimiento de Farnesio me tocó permanecer en el ala derecha.

De repente una granada visitó con estruendo nuestro campo, reven-

tando hácia la izquierda, por donde estaban los generales. Era aquello una especie de saludo de cortesanía entre dos guerreros que se van á matar; un tanteo de fuerzas, una bravata echada al aire para explorar el ánimo del contrario. Nuestra artillería, poco amiga de fanfarronadas, calló. Sin embargo, los franceses, ansiando tomar la ofensiva, con ánimo de aterrarnos, acometieron á una columna de la vanguardia que se destacaba para



ocupar una altura, y la lóbrega noche se iluminó con relampagueo horroroso, que interrumpiéndose luégo, volvió á encenderse al poco rato en la misma direccion.

Por último, aquellas tinieblas en que se habian cruzado los resplandores de los primeros tiros, comenzaron á disiparse; vislumbramos las recortaduras de los cerros lejanos, de aquel suave é inmóvil oleaje de tierra

semejante á un mar de fango, petrificado en el apogeo de sus tempestades; principiamos á distinguir el ondular de la carretera, blanqueada por su propio polvo, y las masas negras del ejército, diseminado en columnas y en líneas; empezamos á ver la azulada masa de los olivares en el fondo y á mano derecha; y á la izquierda las colinas que iban descendiendo hácia el rio. Una débil y blanquecina claridad azuló el cielo ántes negro. Volviendo atrás nuestros ojos, vimos la irradiacion de la aurora, un resplandecimiento que surgia detrás de las montañas; y mirándonos despues unos á otros, nos vimos, nos reconocimos, observamos claramente á los de la segunda fila, á los de la tercera, á los de más allá, y nos encontramos con las mismas caras del dia anterior. La claridad aumentaba por grados, y distinguíamos los rastrojos, las yerbas agostadas, y despues las bayonetas de la infantería, las bocas de los cañones, y allá á lo léjos las masas enemigas, moviéndose sin cesar de derecha á izquierda. Volvieron á cantar los gallos. La luz, única cosa que faltaba para dar la batalla, habia llegado, y con la presencia del gran testigo, todo era completo.

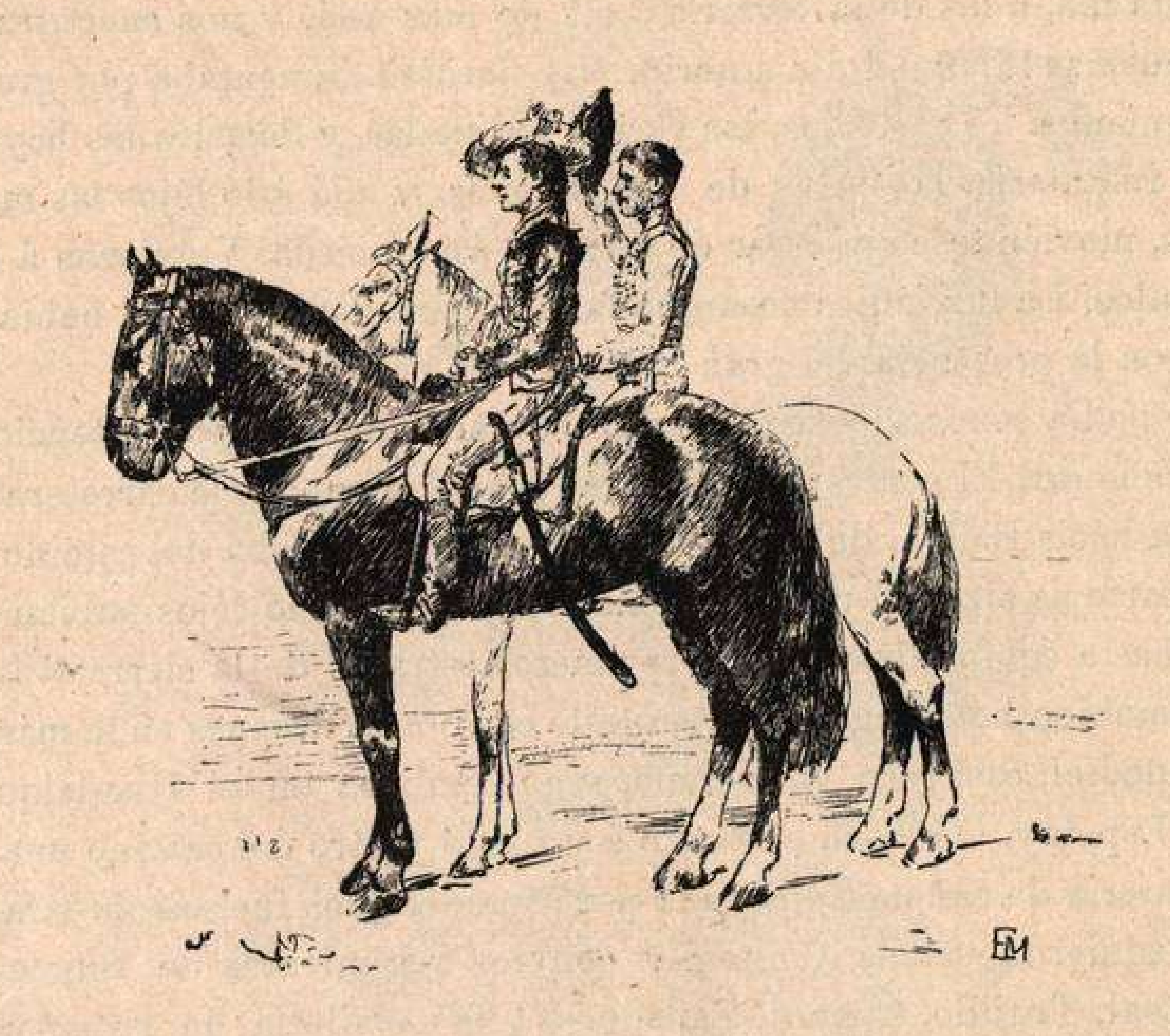
Ya se podia conocer perfectamente todo el campo. Prestad atencion y sabreis cómo era. El centro de la fuerza española ocupaba la carretera con la espalda hácia Bailén, de allí poco distante: á la derecha del camino por nuestra parte se alzaban unas pequeñas lomas, que á lo léjos subian lentamente hasta confundirse con los primeros estribos de la sierra: á la izquierda tambien habia un cerro; pero este cerro caia despues en la márgen del rio Guadiel, casi seco en verano, y que emboca en el Guadalquivir cerca de Espeluy. Ocupaba el centro á un lado y otro del camino una poderosa batería de cañones, apoyada por considerables fuerzas de infantería: á la izquierda estaba Coupigny con los regimientos de Bujalance, Ciudad-Real, Trujillo, Cuenca, Zapadores y la caballería de España; y á la derecha estábamos, ademas de la caballería de Farnesio, los tercios de Tejas, los suizos, los walones, el regimiento de Órdenes, el de Jaen, Irlanda y voluntarios de Utrera. Mandábanos el brigadier D. Pedro Grimarest. Los franceses ocupaban la carretera por la direccion de Andújar, y tenian su principal punto de apoyo en un espeso olivar situado frente á nuestra derecha, y que por consiguiente servia de resguardo á su ala izquierda. Asimismo ocupaban los cerros del lado opuesto con numerosa infantería y un regimiento de coraceros, y á su espalda tenian el arroyo de Herrumblar, tambien seco en verano, que habian pasado. Tal era la situacion de los dos ejércitos, cuando la primera luz nos permitió vernos las caras. Creo que entrambos nos encontramos respectivamente muy feos.

—¿Qué le parece á usted esta aventura, Sr. D. Diego?—dijo Santorcaz.

—Estoy entusiasmado—repuso el mozuelo,—y deseo que nos manden cargar sobre las filas francesas. ¡Y mi señora madre empeñada en que conservara aquella espada vieja sin filo ni punta...!

—¿Está usía sereno?—le preguntó Marijuan.

—Tan sereno que no me cambiaria por el Emperador Napoleon—repuso el conde.—Yo sé que no me puede pasar nada, porque llevo el escapulario de la Vírgen de Araceli que me dieron mis hermanitas, con lo cual dicho



se está que me puedo poner delante de un cañon. ¿Y usted, Sr. de Santorcaz, está sereno?

—¿Yo?—repuso D. Luis con cierta tristeza.—Ya sabe usted que he estado en Hollabrünn, en Austerlitz y en Jena.

—Pues entónces...

—Por lo mismo que he estado en tan terribles acciones de guerra, tengo miedo.

—¡Miedo! Pues fuera de la fila. Aquí no se quiere gente medrosa.

—Todos los soldados aguerridos—dijo Santorcaz,—tienen miedo al empezar la batalla, por lo mismo que saben lo que es.

Oido esto, casi todos los bisoños que poco ántes reíamos á carcajada

tendida, saludándonos con bravatas y dicharachos, conforme á la guerrera exaltacion de que estábamos poseidos, callamos, mirándonos unos á otros, para cerciorarse cada cual de que no era él solo quien tenia miedo.

—¿Sabeis lo que dijo mi señora madre que hiciera al comenzar la batalla?—indicó Rumblar.—Pues me dijo que rezara una Ave-María con toda devocion. Ha llegado el momento. *Dios te salve, María...*, *etc.*

El mayorazguito continuó en voz baja el Ave-María que habia empezado en alta voz, y todos los que estaban en la fila le imitaron, como si aquello en vez de un escuadron fuera un coro de religioso rezo; y lo más extraño es que Santorcaz, poniéndose pálido, cerrando los ojos, y quitándose el sombrero con humilde gesto, dijo tambien *Santa María...*

Aún resonaba en el aire aquella fervorosa invocacion, cuando un estruendo formidable retumbó en las avanzadas de ambos ejércitos. Las columnas francesas del ala derecha se desplegaron en línea y rompieron el fuego contra nuestra izquierda.



XXV



e empleado mucho tiempo en describir la posicion de los ejércitos, la configuracion del terreno y el principio del ataque; pero no necesito advertir que todo esto pasó en ménos tiempo del empleado por mi tarda pluma en contarlo. Nuestras fuerzas no estaban convenientemente distribuidas cuando tuvo lugar la primera embestida de los imperiales. Verificada ésta, no pueden ustedes figurarse qué precipitados movimientos hubo en el centro del ejército español. Las tropas de retaguardia, que aún llenaban la carretera, corrian velozmente á sostener la izquierda: los cañones ocupaban su puesto; todo era atropellarse y correr, de tal modo, que por un instante pareció que el primer ataque de los franceses habia producido confusion y pánico en las filas de Coupigny. En tanto los de la derecha permanecíamos quietos, y los de á caballo que ocupábamos parte de la altura, podíamos ver perfectamente los movimientos del combate, que en lugar más bajo y á bastante distancia se habia acabado de trabar.

Tras las primeras descargas de las líneas francesas, éstas se replegaron, y avanzando la artillería disparó varios tiros á bala rasa. Ellos ponian en ejecucion su táctica propia, consistente en atacar con mucha energía sobre el punto que juzgaban más débil, para desconcertar al enemigo desde los primeros momentos. Algo de esto lograron al principio; pero nosotros teníamos una excelente artillería, y disparando tambien con bala rasa las seis piezas puestas en la carretera y á sus flancos, el centro francés se resintió al instante, y para reforzarle tuvo que replegar su ala derecha, produciendo esto un pequeño avance de la division de Coupigny. Entre tanto, todos teníamos fija la vista en el otro extremo de la línea y hácia la carretera, y olvidábamos la espesura del olivar que estaba delante. De pronto, las columnas ocultas entre los árboles salieron y se des-

plegaron, arrojando un diluvio de balas sobre el frente del ala derecha. Desde entónces, el fuego, corriéndose de un extremo á otro, se hizo general en el frente de ambos ejércitos. La caballería, brazo de los momentos terribles, no funcionaba aún y permanecia detrás, quieta y relinchante, conteniéndose con sus propias riendas.

Pero á pesar de generalizarse la lucha, en aquel primer período de la batalla todo el interés continuaba, como he dicho, en el ala izquierda. Atacada por los franceses con valentía pasmosa, nuestros batallones de línea retrocedieron un momento. Casi parecia que iban á abandonar su posicion al enemigo; pero bien pronto se repusieron tomando la ofensiva al amparo de dos bocas de fuego y de la caballería de España que cargó á los franceses por el flanco. Vacilaron un tanto los imperiales de aquella ala, y gran parte de las fuerzas que habian salido del olivar se transportaron al otro lado. Su artillería hizo grandes estragos en nuestra gente; mas con tanta intrepidez se lanzó ésta sobre las lomas que ocupaba el enemigo entre el camino y el rio Guadiel; con tanta bravura y desprecio de la vida afrontaron los soldados de línea la mortífera bala rasa y las cargas de la caballería del general Privé, que llegaron á dominar tan fuerte posicion.

Ántes que esto se verificara, ocurrieron mil lances de esos que ponen á cada minuto en duda el éxito de una batalla. Se clareaban nuestras líneas, especialmente las formadas con voluntarios; volvian á verse compactas y formidables, avanzando como una muralla de carne; oscilaban despues y parecian resbalar por la pendiente cuando las patas delanteras de los caballos de los coraceros principiaban á martillar sobre los pechos de nuestros soldados; luégo éstos rechazaban á los animales con sus haces de bayonetas; caian para levantarse con frenético ardor ó no levantarse nunca, hasta que, por último, el ala francesa se puso en dispersion, replegándose hácia la carretera.

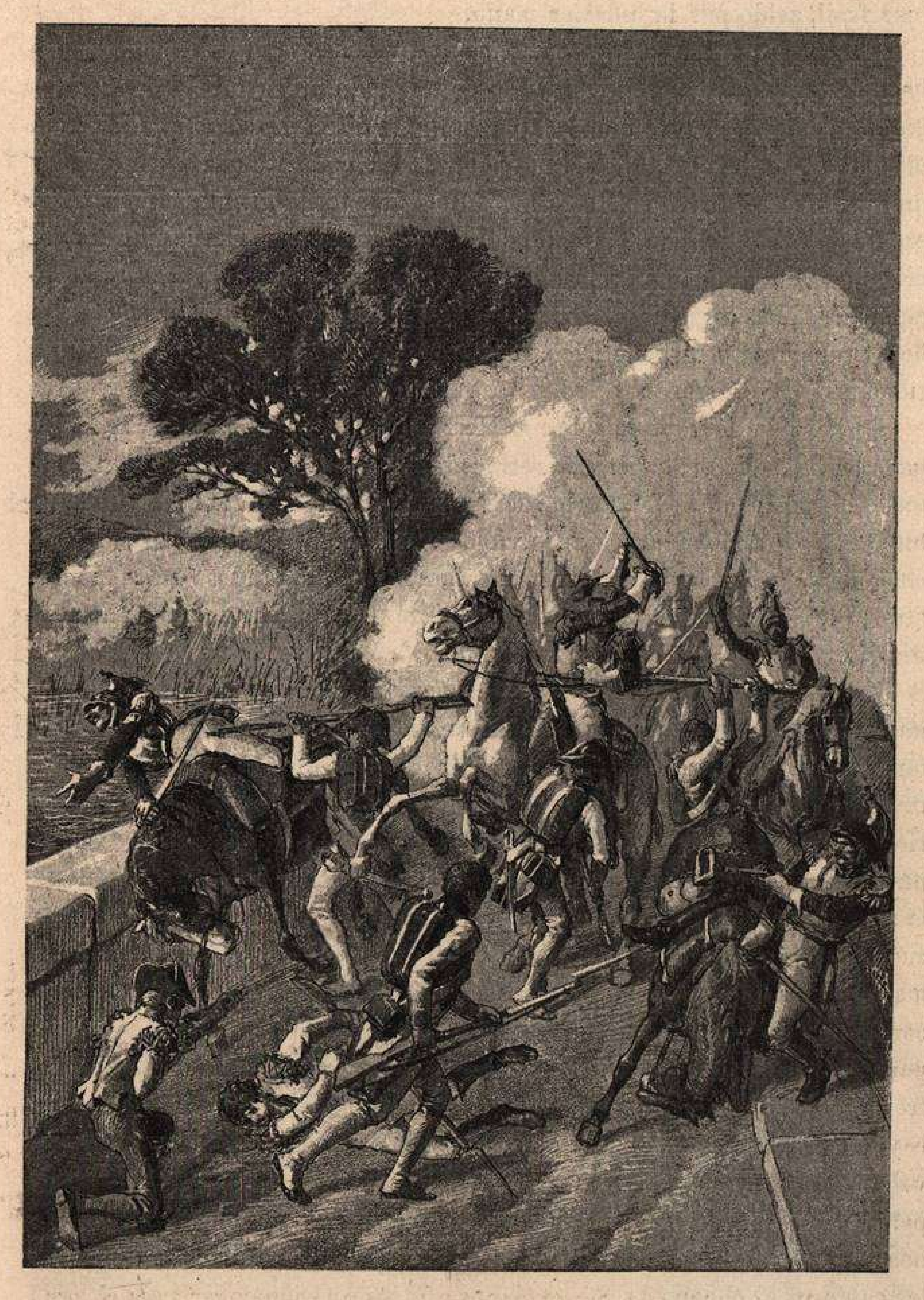
Miéntras esto pasaba, los de la derecha se sostenian á la defensiva, y el centro cañoneaba para mantener en respeto al enemigo, porque casi gran parte de la fuerza habia acudido á la izquierda; pero una vez que se oyeron los gritos de júbilo de los soldados de ésta, posesionados de la altura, ántes en poder de los franceses, y cuando se vió á éstos aglomerarse sobre su centro, dióse órden de avance á las seis piezas del nuestro, y por un instante el pánico y desórden del enemigo fueron extraordinarios. Para concertarse de nuevo y formar otra vez sus columnas tuvieron que retroceder al otro lado del puente del Herrumblar. Viéndoles en mal estado, se trató de lanzar toda la caballería en su persecucion; pero varias de sus piezas, desmontadas por nuestras balas, obstruian el camino, tambien en-

torpecido con los espaldones que habian empezado á formar. El sol esparcia ya sus rayos por el horizonte. Nuestros cuerpos proyectaban en la tierra y hácia adelante larguísimas sombras negras. Cada animal, con su ginete, dibujaba en el suelo una caricatura de hombre y caballo, escueta, enjuta, disparatada, y todo el suelo estaba lleno de aquellas absurdas legiones de sombras que harian reir á un chico de escuela.

Ustedes se reirán de verme ocupado en tan triviales observaciones; pero así era, y no tengo por qué ocultarlo. En aquel momento estábamos en una pequeña tregua, aunque la cosa no pareciera muy próxima á concluir. Hasta entónces sólo habíamos sido atacados por una parte de las fuerzas enemigas, pues la division de Barbou, algo rezagada, no estaba aún en el campo francés. Entre tanto, y miéntras se tomaban disposiciones para rechazar un segundo ataque, que no sabíamos si seria por la derecha ó por el centro, retiraban los españoles sus heridos, que no eran pocos, mas no ciertamente en mi division, la cual estuviera hasta entónces á la defensiva, tiroteándose ambos frentes á alguna distancia. Mi regimiento permanecia aún intacto y reservado para alguna ocasion solemne.

Los franceses no tardaron en intentar la adquisicion del puente perdido. Su primer ataque fué débil, pero el segundo violentísimo. Oid cómo fué el primero. La infantería española, desplegándose en guerrillas á un lado y á otro del camino, les azotaba con espeso tiroteo. Lanzaron ellos sus caballos por el puente; pero con tan poca fortuna, que tras de una pequeña ventaja obtenida por el empuje de aquella poderosa fuerza, tuvieron que retirarse, porque pasada la sorpresa, nuestros infantes les acribillaron á bayonetazos, dejando un sin número de ginetes en el suelo y otros precipitados por cima de los pretiles al lecho del arroyo. No tuvimos tan buena suerte en el segundo ataque, porque renunciando ellos á poner en movimiento la caballería en lugar angosto, atacaron á la bayoneta con tanta fiereza, que nuestros regimientos de línea, y áun los valientes walones y suizos, retrocedieron aterrados. Yo oí contar en la tarde de aquel mismo dia á un soldado de los tiradores de Utrera, presente en aquel lance, que los franceses, en su mayor parte militares viejos, cargaron á la bayoneta con furia sublime, que producia en los nuestros, ademas del desastre físico, una gran inferioridad moral. Me dijo que se espantaron, que en un momento viéronse pequeños, miéntras que los franceses se agrandaban, presentándose como una falange de millones de hombres; que los vivas al Emperador y los gritos de cólera eran tan furiosamente pronunciados, que parecian matar tambien por el solo efecto del sonido; y que, por último, sintiendo los de acá desfallecer su entusiasmo y al mismo

tiempo un repentino é invencible cariño á la vida, abandonaron aquel puente mezquino, ardientemente disputado por dos Naciones, y que al fin



quedó por Francia. El efecto moral de esta pérdida fué muy notable entre nosotros. Advirtióse claramente en todo el ejército como un extremeci-

miento de desasosiego, como una inquietud que, partiendo de aquel gran corazon compuesto de diez y ocho mil corazones, se transmitia al tembloroso fusil, asido por la indecisa mano.

Entónces pude observar cómo se individualiza un ejército, cómo se hace de tantos uno solo, resumiendo de un modo milagroso los sentimientos lo mismo que se resume la fuerza; pude observar cómo aquella gran masa recibe y transmite las impresiones del combate con la presteza y uniformidad de un solo sistema nervioso; cómo todos los movimientos del organismo físico, desde la mano del general en jefe hasta la pezuña del último caballo, obedecen á la alegría de un momento, á la pena de otro momento, á las angustiosas alternativas que en el discurso de unas cuantas horas consiente y dispone Dios, espectador no indiferente de estas barbaridades de los hombres.

La pérdida del puente sobre el Herrumblar, que al amanecer se habia ganado, hizo que el ala derecha retrocediera buscando mejor posicion. Casi todas las posiciones se variaron. Los generales conocian la inminencia de un ataque terrible, los soldados viejos la preveian, los bisoños la sospechábamos, y nuestros caballos, reculando y estrechándose unos contra otros, olian en el espacio, digámoslo así, la proximidad de una gran carnicería.

Eran las seis de la mañana y el calor principiaba á hacerse sentir con mucha fuerza. Comenzamos á sentir en las espaldas aquel fuego que más tarde habia de hacernos el efecto de tener por médula espinal una barra de metal fundido. No habíamos probado cosa alguna desde la noche anterior, y una parte del ejército ni áun en la noche anterior habia comido nada. Pero este malestar era insignificante comparado con otro que desde la mañana principió á atormentarnos; la sed, que todo lo destruye, alma y cuerpo, infundiendo una rabia inútil para la guerra, porque no se sácia matando. Es verdad que de Bailén salian en bandadas multitud de mujeres con cántaros de agua para refrescarnos; pero de este socorro apénas podia participar una pequeña parte de la tropa, porque los que estaban en el frente no tenian tiempo para ello. Algunas veces aquellas valerosas mujeres se exponian al fuego, penetrando en los sitios de mayor peligro, y llevaban sus alcarrazas á los artilleros del centro. En los puntos de mayor peligro, y donde era preciso estar con el arma en el puño constantemente, nos disputábamos un chorro de agua con atropellada brutalidad: rompíanse los cantaros al choque de veinte manos que los querian coger, caia el agua al suelo, y la tierra, más sedienta aún que los hombres, se la chupaba en un segundo.

XXVI



OR qué sitio pensaban atacarnos las franceses? Conociendo que el centro era inexpugnable por entónces; siendo el principal objeto de Dupont abrirse camino hácia Bailén, y considerando que era peligroso intentarlo por el ala izquierda, no sólo porque allí la posicion de los españoles era excelente, sino porque les ofrecia un gran peligro la cuenca del Guadiel, determinaron atacar nuestra ala derecha, esperando abrir en ella un gran boquete que les diera paso. Su artillería no cesaba de arrojar bala rasa, protegiendo la formacion de las poderosas columnas que bien pronto debian hostilizarnos. Al punto se reforzó el ala derecha, se desplegaron en línea varios batallones y sin esperar el ataque marcharon hácia el enemigo, amparados por dos piezas de artillería. El primer momento nos fué favorable. Pero el olivar vomitó gente y más gente sobre nuestra infantería. Por un instante confundidas ambas líneas en densa nube de polvo y humo, no se podia saber cuál llevaba ventaja. Caian las nuestras sobre los imperiales, y la metralla enemiga les hacia retroceder; avanzaban ellos, y adquiríamos á nuestra vez momentánea inferioridad.

Por largo tiempo duró este combate, tanto más cruel, cuanto era más proporcionado el empuje de una y otra parte; hasta que al fin observamos síntomas de confusion en nuestras filas; vimos que se quebraban aquellas compactas líneas, que retrocedian sin órden, que chocaban unos con otros los grupos de soldados. La division se conmovió toda, y dos batallones de reserva avanzaron para restablecer el órden. Gritaban los jefes hasta per-

der la voz, y todos se ponian á la cabeza de las columnas, conteniendo á los que flaqueaban y excitando con ardorosas palabras á los más valientes. Los tercios de Tejas y el regimiento de Órdenes se lanzaron al frente, miéntras se restablecia el concierto en los cuerpos que hasta entónces habian sostenido el fuego. Sobre todo, el regimiento de Órdenes, uno de los más valientes del ejército, se arrojó sobre el enemigo con una impavidez que á todos nos dejó conmovidos de entusiasmo. Su coronel, D. Francisco de Paula Soler, parecia dar fuego á todos los fusiles con la arrebatadora llama de sus ojos; con el gesto de su mano derecha empuñando la espada, que parecia un rayo; con sus gritos, que sobresalian entre el granizado tiroteo, sublimando á los soldados.

La metralla y la fusilería enemiga se recrudecieron de tal modo, que casi toda la primera fila del valiente regimiento de Órdenes cayó, cual si una gigantesca hoz la segara. Pero sobre los cuerpos palpitantes de la primera fila pasó la segunda, continuando el fuego. Como si los tiros franceses persiguieran con inteligente saña las charreteras, el regimiento vió desaparecer á muchos de sus oficiales.

Reforzáronse tambien los imperiales, y desplegando nueva línea con gente de reserva, avanzaron á la bayoneta, pujantes, aterradores, irresistibles. ¡Momento de incomparable horror! Figurábaseme ver á dos mónstruos que se baten, mordiéndose con rabia, igualmente fuertes, y que hallan en sus heridas, en vez de cansancio y muerte, nueva cólera para seguir luchando.

Cuando las bayonetas se cruzaban, el campo ocupado por nuestra infantería se clareó á trozos; sentimos el crugido de poderosas cureñas, rebotando en el suelo de hoyo en hoyo al arrastre de las mulas, castigadas sin piedad; los cañones de á 12 enfilaron el eje de sus ánimas hácia las líneas enemigas; los botes de metralla penetraron en el bronce; se atacaron con prontitud febril, y un diluvio de puntas de hierro, hendiendo horizontalmente el aire, contuvo la marcha del frente francés. Á un disparo se sucedia otro: la infantería, rehecha, flanqueaba los cañones, y para completar el acto de desesperacion, un grito resonó en nuestro regimiento. Todos los caballos patalearon, expresando en su ignoto lenguaje que comprendian la sublimidad del momento; apretamos con fuerte puño los sables, y medimos la tierra que se extendia delante de nosotros. La caballería iba á cargar.

Vimos que á todo escape se nos acercó un general, seguido de gran número de oficiales. Era el marqués de Coupigny, alto, fuerte, rubio, colorado de suyo, y en aquella ocasion encendido, como si toda su cara des-



D. Francisco de Paula Soler.

pidiera fuego. Era Coupigny hombre de pocas palabras; pero suplia su escasez oratoria con la llama de su mirar, que era por sí una proclama. Nosotros pusimos atencion esperando que nos dijera alguna cosa; pero el general dispuso con un gesto la direccion del movimiento, y despues nos miró. No necesitamos más.

—"¡Viva España! ¡Viva el Rey Fernando! ¡Mueran los franceses!„—exclamamos todos; y el escuadron se puso en movimiento.

Estábamos formados en columna, y nos desplegamos en batalla sobre los costados, bajando á buen paso, pero sin precipitacion, de la altura donde habíamos estado. Maniobramos luégo para tener á nuestro frente el flanco enemigo; las tropas que por allí atacaban dicho flanco doblaron por cuartas para darnos paso por los claros; el jefe gritó: "Á la carga„; picamos espuela, y ciegamente caimos sobre el enemigo como repentina avalancha. Yo, lo mismo que Santorcaz, el mayorazgo y los demas de la partida, íbamos en la segunda fila. Penetraron impetuosamente los de la primera, acuchillando sin piedad; los caballos bramaban de furor, sintiéndose heridos á fuego y á hierro. Algunos caian, dejando morir á sus ginetes, y otros se arrojaban con más fuerza, destrozando cuanto hallaban bajo sus poderosas manos. Los de la primera fila hicieron gran destrozo; pero á los de la segunda nos costó más trabajo, porque avanzando demasiado los delanteros, quedamos envueltos por la infantería, lo cual atenuaba un poco nuestra superioridad. Sin embargo, destrozábamos pechos y cráneos sin piedad.

Yo ví á Rumblar, ciego de ira, luchando cuerpo á cuerpo con un francés; ví á Santorcaz dando pruebas de tener un puño formidable para el manejo del sable; uséle con toda la destreza que me era posible, y lo mismo yo que mis amigos y otros muchos ginetes de mi fila nos internamos locamente por el grueso de la infantería enemiga. Otro escuadron daba nueva carga por el mismo flanco, lo cual, observado por nosotros, nos reanimó. No íbamos mal; pero los franceses eran muchos, estaban muy hechos á aquella especie de embestidas y sabian defenderse bien de la pesadumbre de los caballos, así como de los sablazos.

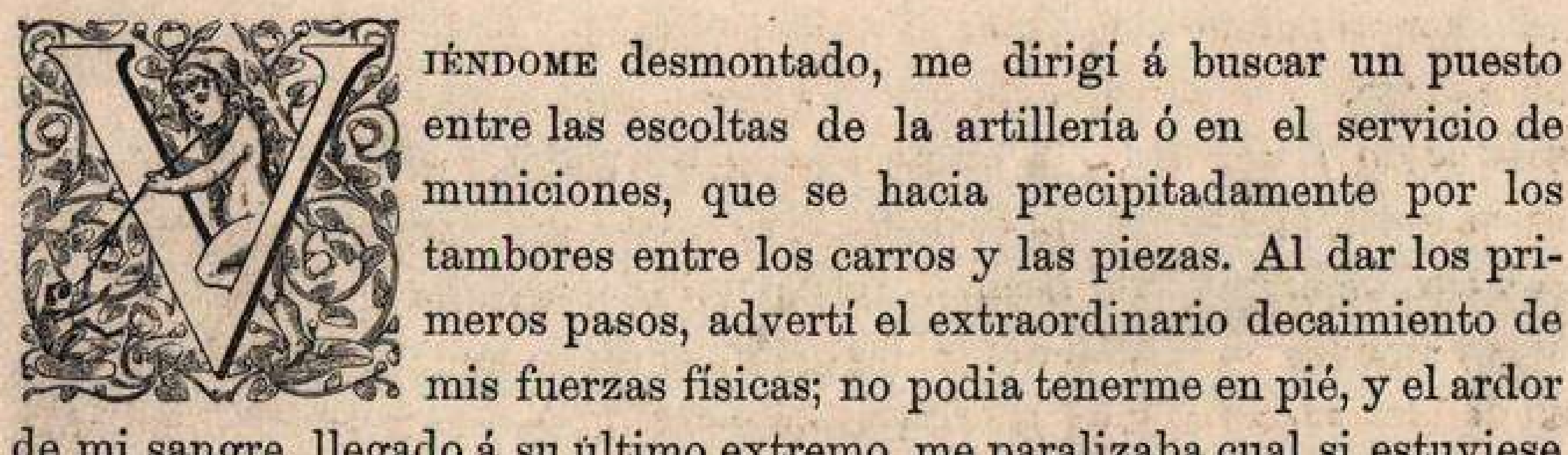
Sin embargo, no retrocedian delante de nosotros. Ya se sabe que siendo el objeto de la caballería producir un gran sacudimiento y pavor en las filas enemigas por la violencia del primer choque, cuando éste no da aquellos resultados y se empeñan combates parciales entre los caballos y una numerosa infantería, los primeros corren gran riesgo de desaparecer, brutales masas, devoradas en aquel hervidero de agilidad y destreza. Aunque en la carga les hicimos gran daño, no les pusimos en dispersion: los com-

bates parciales se entablaron pronto, y fué preciso que la caballería de España, á escape traida del ala izquierda, nos reforzase, para no ser envueltos y perdidos sin remedio. Hubo un momento en que me ví próximo á la muerte. Á mi lado no habia más que dos ó tres ginetes, que se hallaban en trance tan apurado como yo: nos miramos, y comprendiendo que era preciso hacer un supremo esfuerzo, arremetimos á sablazos con mucha fortuna. Con esto y el pronto auxilio de la carga hecha en el mismo instante por la caballería de España, salimos del apuro. Revolviendo atrás hundí las espuelas, y mi caballo de un salto se puso en la nueva fila. No ví á mi lado más cara conocida que la de Marijuan. El conde y Santorcaz habian desaparecido.

En el mismo instante mi caballo flaqueó de sus cuartos traseros. Intenté hacerle avanzar, clavándole impiamente las espuelas: el noble animal, comprendiendo sin duda la inmensidad de su deber y tratando de sobreponerle á la agudeza de su dolor, dió algunos botes; pero cayó al fin escarbando la tierra con furia. El desgraciado habia recibido una violenta herida en el vientre, y falto de palabra para expresar su padecimiento, bramaba, aspirando con ánsia el aire inflamado, sacudia el cuello, parecia dar á entender que hallando un charco de agua en que remojar la lengua, sus dolores serían ménos vivos, y al fin se abandonó á su suerte, tendiéndose sobre el campo, indiferente al ruido del cañon y al toque de degüello



XXVII



Viéndome desmontado, me dirigí á buscar un puesto entre las escoltas de la artillería ó en el servicio de municiones, que se hacia precipitadamente por los tambores entre los carros y las piezas. Al dar los primeros pasos, advertí el extraordinario decaimiento de mis fuerzas físicas; no podia tenerme en pié, y el ardor de mi sangre, llegado á su último extremo, me paralizaba cual si estuviese enfermo. No es propio decir que hacia calor, porque esta frase, comun al verano de todos los países europeos, es inexpresiva para indicar la espantosa inflamacion de aquella atmósfera de Andalucía en el dia infernal que presenció la batalla de Bailén. El efecto que hacia en nuestros cuerpos era el de una llamarada que les azotaba por todos lados: la cara se nos abrasaba como cuando nos asomamos á un horno encendido, y deshechos en sudor, nuestros cuerpos hervian, descomponiéndose la economía entera, desde el instante en que fuertes excitaciones del espíritu dejaban de sostenerla.

Cuando me encontré á pié y á alguna distancia del combate, que seguia con ventaja para los españoles, empecé á sentir vivamente y de un modo irresistible el aguijon candente de la sed que horadaba mi lengua, y la corriente de fuego que envolvia mi cuerpo. Esto me daba tal desesperacion, que de prolongarse mucho hubiérame impelido á beber la sangre de mis propias venas. Por ninguna parte alcanzaba á ver la gente del pueblo que ántes trajera cántaros con agua, y al buscar con ansiosa inspiracion en el seco aire una partícula de agua, bebia y respiraba oleadas de polvo abrasador.

Por un rato perdí toda la exaltacion guerrera y el furor patriótico que ántes me dominaban, para no pensar más que en la probabilidad de beber, previendo las delicias de un sorbo de agua, y anhelando apagar aquellas ascuas pegajosas que revolvia en mi boca. Con este deseo caminé largo trecho entre las filas de retaguardia del centro: los soldados de los regimientos que allí se rehacian para salir de nuevo al frente, clamaban tambien pidiendo agua. Vimos con alegría que desde el pueblo venian corriendo algunos soldados con cubos; pero al punto se nos dijo que aquella agua no era para nosotros; era para otros sedientos, cuyas bocas necesitaban refrescarse ántes que las nuestras, si el combate habia de tener buen éxito; era para los cañones.

La resistencia enérgica de las dos piezas del ala derecha, combinadas con las seis de la batería central, y el auxilio de la caballería atacando por



el flanco la línea enemiga, hizo que ésta fuese rechazada, á pesar de su frente compacto é incomparable bravura. Los franceses se retiraron, dejándose perseguir y desposicionar por la infantería y caballos de nuestra derecha. Harto se conocia este resultado en los gritos de alegría, en aquel concierto de injurias con que el vencedor confirma la catástrofe del vencido, cuando éste vuelve la espalda. El sitio donde yo estaba se vió despejado por el avance de nuestras tropas, y en casi todos los jefes que allí habia observé tal expresion de gozo, que sin duda consideraban asegurada la victoria. ¡Oh momento feliz! Ya se podia pensar en beber. ¿Pero dónde?

Despues del avance de nuestras tropas, que no ocuparon enteramente las posiciones francesas por ofrecer esto algun peligro, los soldados del regimiento de Órdenes divisaron una noria, en el momento en que los franceses, que durante la accion la habian ocupado, se hallaban en el caso de abandonarla. Vieron todos aquel lugar como un santuario cuya conquista era el supremo galardon de la victoria, y se arrojaron sobre los de-

fensores del agua escasa y corrompida que arrojaban unos cuantos arcaduces en un estanquillo. Los enemigos, que no querian desprenderse de aquel tesoro, le defendian con la rabia del sediento. Apénas disparados los primeros tiros, otros muchos franceses, extenuados de fatiga, y encontrándose ya sin fuerzas para combatir si no les caia del cielo ó les brotaba de la tierra una gota de agua, acudieron á beber, y viéndola tan réciamente disputada, se unieron á los defensores.

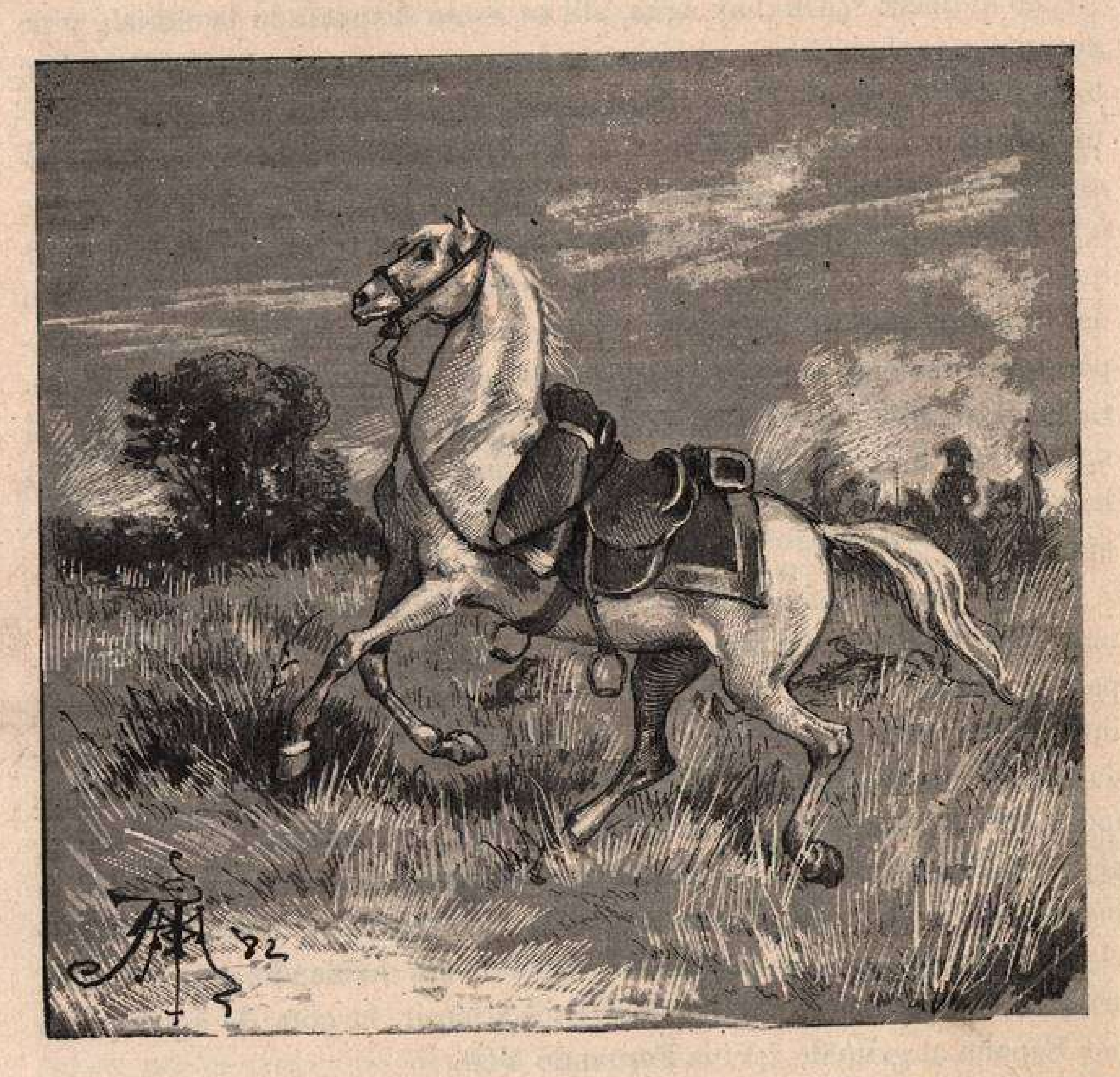
Yo oí decir: "¡Allí hay agua, allí se están disputando la noria!„ y no necesité más. Lancéme y conmigo se lanzaron otros en aquella direccion; tomé del suelo un fusil que aún apretaba en sus manos un soldado muerto, y corrí con los demás á todo escape en direccion á la noria. Penetramos en un campo á medio segar, á trechos cubierto de altos trigos secos, á trechos en rastrojo. La lucha en la noria se hacia en guerrillas; acerquéme á la que me pareció más floja, y desprecié la vida, lleno mi espíritu del frenético afan de conquistar un buche de agua. Aquel imperio, compuesto de dos mal engranadas ruedas de madera, por las cuales se escurria un miserable lagrimeo de agua turbia, era para nosotros el imperio del mundo. La hidrofagía, que á veces amilana, á ratos tambien convierte al hombre en fiera, llevándole con sublime ardor á desangrarse por no quemarse.

Los franceses defendian su vaso de agua, y nosotros se lo disputábamos; pero de improviso sentimos que se duplicaba el calor á nuestras espaldas. Mirando atrás, vimos que las secas espigas ardian como yesca, inflamadas por algunos cartuchos caidos por allí, y sus terribles llamaradas nos freian de léjos la espalda. "Ó tomar la noria ó morir„, pensamos todos. Nos batíamos apoyados contra una hoguera, y la hambrienta llama, al morder con su diente insaciable en aquel pasto, extendia alguna de sus lenguas de fuego azotándonos la cara. La desesperacion nos hizo redoblar el esfuerzo, porque nos asábamos, literalmente hablando; y por último, arrojándonos sobre el enemigo, resueltos á morir, la gota de agua quedó por España al grito de "¡Viva Fernando VII!„

Por un momento dejamos de ser soldados, dejamos de ser hombres, para no ser sino animales. Si cuando sumergimos nuestras bocas en el agua, hubiera venido un solo francés con un látigo, nos habria azotado á todos, sin que intentáramos defendernos. Despues de emborracharnos en aquel néctar fangoso, superior al vino de los Dioses, nos reconocimos otra vez en la plenitud de nuestras facultades. ¡Qué inmensa alegría! ¡Qué rebosamiento de fuerza y de orgullo!

¿Pero habíamos vencido definitivamente á los franceses? Cuando se

disipó aquella lobreguez moral con que la horrible sequedad del cuerpo habia envuelto el espíritu, nos vimos en situacion muy difícil. Corriendo hácia la noria nos habíamos apartado de nuestro campo, y adviértase que si el ejército francés fué rechazado con grandes pérdidas, conservaba aún sus posiciones. ¿Iba á emprenderse nuevo ataque, haciendo el último esfuerzo de la desesperacion? Creíamos que sí, y señales de esto notamos en el campo enemigo que teníamos tan cerca. Al punto corrimos desban-



dadamente hácia el nuestro, que estaba algo léjos, y saltando por junto á los trigos incendiados, abandonamos la noria, por temor á que fuerzas más numerosas que las nuestras nos hicieran prisioneros.

Verdad es que los franceses, no dando ya ninguna importancia á las acciones parciales, se ocupaban en organizar el resto y lo mejor de su fuerza para dar un golpe de mano, última estocada del gigante que se sentia morir. Corrimos, pues, hácia nuestro campo. Ya cerca de él, pasó rápidamente por delante de mí un caballo sin ginete, arrogante, vanaglo-

rioso, con la crin al aire, sano y sin heridas, algo azorado y aturdido. Era un animal de pura casta cordobesa, lo mismo que el mio. Le seguí, y apoderándome de sus bridas, cuando volvia, me monté en él: despues de ser por un rato soldado de á pié, tornaba á ser ginete. Busqué con la vista el escuadron más próximo, y ví que á retaguardia del centro se formaba en columna con distancias el de España. Entré en las primeras filas, á punto que dijeron junto á mí:

—Los generales franceses van á hacer el último esfuerzo. Dicen que hay unas tropas que todavía no han entrado en fuego, y son las mejores que Napoleon ha traido á España.

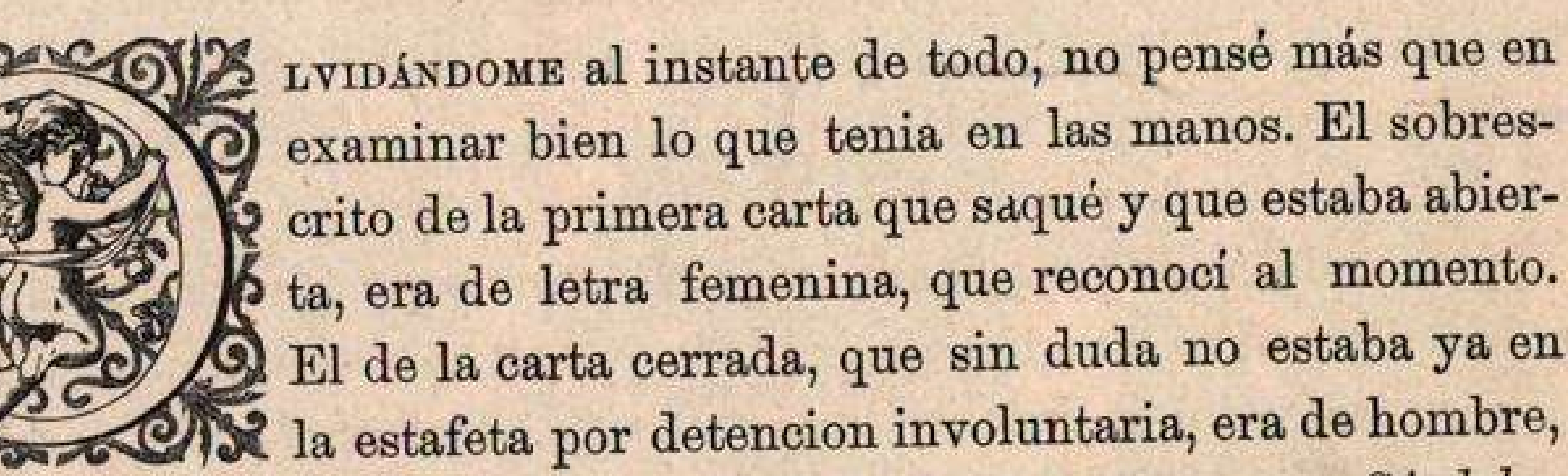
Efectivamente, el centro se preparaba á una defensa valerosa, y guarnecia sus baterías, distribuia los regimientos á un lado y otro, agrupando fuerzas considerables de caballería á retaguardia. Cuando esto pasaba, sentí un vivo clamor de la naturaleza dentro de mí, sentí hambre, pero ¡qué hambre!... Francamente, y sin ruborizarme, digo que tenia más ganas de comer que de batirme. ¿Y qué? ¿Este miserable hijo de España no habia hecho ya bastante por su Rey y por su patria, para permitir llevarse á la boca un pedazo de pan?

Haciendo estas reflexiones, registré primero la grupera de mi cabalgadura allegadiza, donde no habia más que alguna ropa blanca, y despues las pistoleras, donde encontré un mendrugo. ¡Hallazgo incomparable! No satisfecho, sin embargo, con tan poca racion, llevé mis exploraciones hasta lo más profundo de aquellos sacos de cuero, y mis dedos sintieron el contacto de unos papeles. Saquélos, y ví un pequeño envoltorio y tres cartas, la una cerrada y las otras dos abiertas, todas con sobrescrito. Leí el primer sobre que se me vino á la mano, y decia así: "Al Sr. D. Luis de Santorcaz, en Madrid, calle de..."

Habia montado en el caballo de Santorcaz.



XXVIII



OLVIDÁNDOME al instante de todo, no pensé más que en examinar bien lo que tenia en las manos. El sobrescrito de la primera carta que saqué y que estaba abierta, era de letra femenina, que reconocí al momento. El de la carta cerrada, que sin duda no estaba ya en la estafeta por detencion involuntaria, era de hombre, y decia: *Señora condesa de...* (aquí el título de Amaranta) *en Córdoba, calle de la Espartería.* El tercer sobre, tambien de carta abierta, era de letra de hombre y dirigido á Santorcaz. Desenvolví en seguida el envoltorio de papeles, que guardaba un bulto como del tamaño de un duro, y al ver lo que contenia, una luz vivísima inundó mi alma y sentí dolorosa punzada en el corazon. Era el retrato de Inés.

Aquella aparicion en el campo de batalla, en medio del zumbido de los cañones y del choque de las armas; la inesperada presencia ante mí de aquella cara celestial, fielmente reproducida por un gran artista; la sonrisa iluminada que creí observar sobre la placa, cuando fijé en ella mis ojos; aquella repentina visita, pues no era otra cosa, de mi fiel amiga, cuando yo hacia tan vivos esfuerzos para hacerme digno de ella, me regocijaron de un modo inexplicable. Para iluminar los rasgos y colores de aquel retrato que sonreia, valia la pena de que saliese el sol, de que existiese el mundo, de que la série del tiempo trajera aquel dia, aunque deslustrado por los horrores de una batalla.

Estreché aquella Inés de dos pulgadas contra mi corazon y la guardé en mi pecho, resuelto á no darla, aunque la materialidad del pedazo de

cobre pintado no me pertenecia... Pero era preciso leer aquellos papeles, que podian exclarecer alguna de mis dudas. Detúvome al principio la vergüenza de leer cartas ajenas, lo cual es cosa fea; pero consideré que Santorcaz habria muerto, fundándome en la dispersion de su caballo abandonado, y ademas, como la curiosidad me empezaba á picar, á escocer, á quemar de un modo muy vivo, me decidí á leer la carta abierta, porque el deseo de hacerlo era más fuerte que todas las consideraciones.

Yo estaba completamente absorbido por aquel asunto de interés íntimo: yo no atendia á la batalla; yo no hacia caso de los cañonazos; yo no me fijaba en los gritos; yo no apartaba la cabeza del papel, aunque sentia correr por junto á mis oidos el estrepitoso aliento de la lucha. En aquel instante, entre los veinte mil hombres que, formando dos grandes conjuntos, se disputaban unas cuantas varas de terreno, yo era quizás el único que merecia el nombre de indivíduo. Átomo disgregado momentáneamente de la masa, se ocupaba de sus propias batallas.

La carta abierta, que llevaba la firma de Amaranta, decia así, despues de las fórmulas de encabezamiento:

"¿Eres un malvado ó un desgraciado? En verdad no sé qué creer, pues „de tu conducta todo puede deducirse. Despues de una ausencia de mu„chos años, durante los cuales nadie ha logrado traerte al buen camino, „ahora vuelves á España sin más objeto que hostigarme con pretensiones „absurdas á que mi dignidad no me permite acceder. Harto he hecho por „tí, y ahora mismo cuando me has manifestado tu situacion, te he pro„puesto un medio decoroso de remediarla. ¿Qué más puedo hacer? Pero no „te satisface lo que en la actualidad y siempre bastaria á calmar la ambi„cion de un hombre ménos degradado que tú; te rebelas contra mis bene„ficios, y aspiras á más, amenazándome sin miramiento alguno. Á todo „eso contesto diciéndote que desprecio tus amenazas, y que no las temo. „No, no es posible que por la amenaza consiga nadie de mí lo que me „impelen á negar mi dignidad, mi categoría, mi familia y mi nombre. „Nunca creí que aspiraras á tanto, y siempre pensé que te conceptuarias „muy feliz con lo que otras veces has alcanzado de mí, y hoy te ofrezco, „haciendo un verdadero sacrificio, porque el estado del Reino ha dismi„nuido nuestras rentas..."

Al llegar aquí, el golpe de un peso que cayó chocando con mi rodilla, me hizo levantar la vista de la carta. El soldado que formaba junto á mí, herido mortalmente por una bala perdida, habia rodado al suelo. En aquel intervalo ví hácia el frente, envueltas en espeso humo, las columnas francesas que venian á atacar el centro. Pero mi ánimo no estaba para fijar la

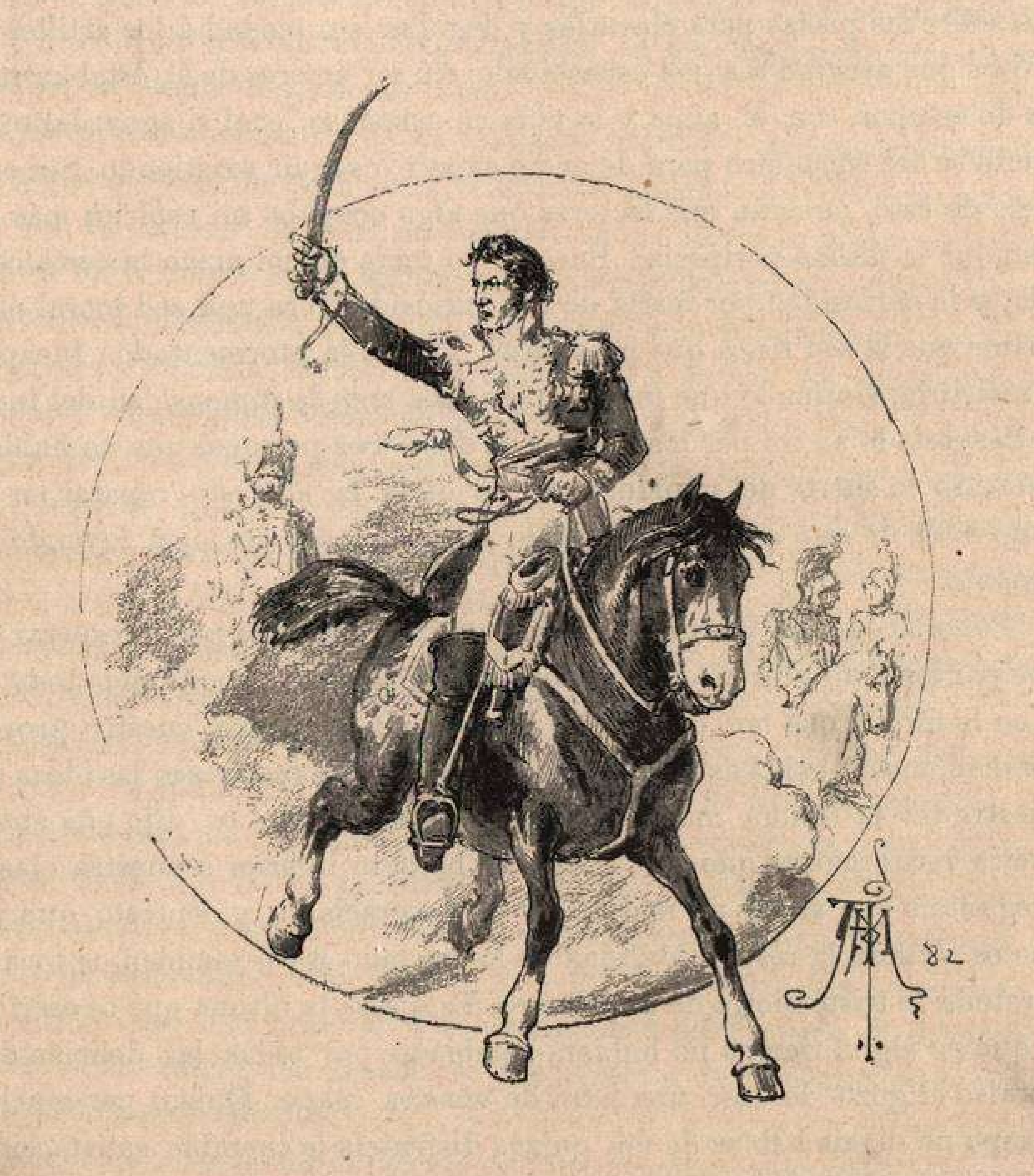
atencion en aquello. Pude notar que la caballería avanzaba un poco, que despues retrocedia y oscilaba de flanco; pero dejándome llevar por el caballo, con los ojos fijos en el papel, que sostenia á la altura de las riendas, no puse ni un desperdicio de voluntad en aquellos movimientos de la máquina en que estaba engranado. La carta continuaba así:

"...En vano para conmoverme finjes gran interés por aquel sér desgra-„ciado que vino al mundo como testimonio vivo de la funesta alucinacion „y del fatal error de su madre. ¿Á qué ese sentimiento tardío? ¿Á qué „acusarme de su abandono? No, esa niña no existe; te han engañado los „que te han dicho que yo la he recogido. Mal podria recogerla cuando ya „es un hecho evidente que Dios se la llevó de este mundo. ¿Á qué con-„duce el amenazarme con ella, haciéndola instrumento de tus malas artes „para conmigo? No pienses en esto. Por última vez te aconsejo que desis-„tas de tus locas pretensiones, y te presentes ante mí con bandera de paz. „¿Eres un malvado ó un desgraciado? Yo seria muy feliz si me probaras „lo segundo, porque uno de mis mayores tormentos consiste en suponer „tan profundamente corrompido el corazon que hace años sólo existia para „amarme...„

Con esto y la firma de Amaranta terminaba la epístola, cuya lectura, absorbiendo mi atencion, me distraia de la batalla. El fragor de ésta zumbaba en mis oidos como el rumor del mar, á quien generalmente no se hace caso desde tierra. ¿Es tal vuestra impertinencia que quereis obligarme á contaros lo que allí pasaba? Pues oid. Cuando la tropa francesa de línea retrocedió por tercera vez, extenuada de hambre, de sed y de cansancio; cuando los soldados que no habian sido heridos se arrojaban al suelo maldiciendo la guerra, negándose á batirse é insultando á los oficiales que les llevaran á tan terrible situacion, el general en jefe reunió la plana mayor, y expuesto en breve consejo el estado de las cosas, se decidió intentar un último ataque con los marinos de la guardia imperial, aún intactos, poniéndose á la cabeza todos los generales.

Por eso cuando, leida la carta, alcé los ojos, ví delante de las primeras filas de caballería algunas masas de tropa escoltando los seis cañones de la carretera, cuyo fuego certero y terrible habia sido el nudo gordiano de la batalla. Servidos siempre con destreza y al fin con exaltacion, aquellos seis cañones eran durante aquellos minutos la pieza de dos cuartos arrojada por España y Francia, por la usurpacion y la nacionalidad, en un corrillo de veinte mil soldados. ¿Cara ó cruz? ¿Las tomarian los franceses? ¿Se dejarian quitar los españoles aquellos cañones? ¿Quién podria más, nuestros valientes y hábiles oficiales de artillería, ó los quinientos marinos?

Yo ví á éstos avanzar por la carretera, y entre el denso humo distinguimos un hombre puesto al frente del valiente batallon y blandiendo con furia la espada; un hombre de alta estatura, con el rostro desfigurado por la costra de polvo que amasaban los sudores de la angustia; de uniforme lujoso y destrozado en la garganta y seno como si se lo hubiera hecho pedazos con las uñas para dar desahogo al oprimido pecho. Aquella imá-



gen de la desesperacion, que tan pronto señalaba la boca de los cañones como el cielo, indicando á sus soldados un alto ideal al conducirles á la muerte, era el desgraciado general Dupont que habia venido á Andalucía, seguro de alcanzar el baston de mariscal de Francia. El paseo triunfal de que habló al partir de Toledo habia tenido aquel tropiezo.

Los repetidos disparos de metralla no detenian á los franceses. Brilla-

ban los dorados uniformes de los generales puestos al frente, y tras ellos la hilera de marinos, todos vestidos de azul y con grandes gorras de pelo, avanzaba sin vacilacion. De rato en rato, como si una manotada gigantesca arrebatase la mitad de la fila, así desaparecian hombres y hombres. Pero en cada claro asomaba otro soldado azul, y el frente de columna se rehacia al instante, acercándose imponente y aterrador. Acelerábase su marcha al hallarse cerca; iban á caer como legion de invencibles demonios sobre las piezas para clavarlas y degollar sin piedad á los artilleros.

Los que asistian á aquel espectáculo, sin ser actores de él, estaban mudos de estupor, con el alma y la vida en suspenso, cual si aguardaran el resultado del encuentro para dejar de existir ó seguir existiendo. Sin embargo de esto, ¿creerán mis lectores que algo ocupaba mi espíritu más de lleno que la última peripecia? Pues sí: yo tenia en mi mano la carta cerrada, y la curiosidad por leerla no era curiosidad, era una sed moral más terrible que la sed física que poco ántes me habia atormentado. Incapaz de resistirla, sintiendo que todo se eclipsaba ante la inmensidad del interés despertado en mí por los asuntos de dos ó tres personas que no habian de decidir la suerte del mundo, tomé la carta, la abrí sin reparar en lo vituperable de esta accion, y al punto la devoré con los ojos, leyendo lo siguiente:

"Señora condesa: Vuestra carta me anuncia que nada puedo esperar de „vos por los honrados medios que os he propuesto. Lo comprendo todo, y „si en la última que me dirijísteis, dictada sin duda por vuestro propio „corazon, mostrábais bastante generosidad, en esta reconozco las ideas de „vuestra tia la señora marquesa, que en otro tiempo os dijo que ántes „queria veros muerta que casada con un hombre inferior á vuestra clase. „Preguntais que si soy un malvado ó un desgraciado, y contesto que ya „que os alcanza la responsabilidad de lo segundo, á vos tambien os tocará „sin duda la triste gloria de lo primero. Esta será la última que os escriba „el que en algun tiempo no hubiera cambiado por todas las delicias del „Paraiso el gozo de leer una letra de vuestra mano. Quizás por mucho „tiempo no oigais hablar de mí; quizás disfruteis la inefable satisfaccion „de creer que he muerto; pero en la oscuridad y léjos de vos, yo me ocu„paré de lo que me pertenece. ¿Quién es el culpable, vos ó yo? Cuando „supe en Madrid que habíais recogido á nuestra hija despues de largo „abandono, os prometí legitimarla por subsiguiente matrimonio, como „correspondia á personas honradas. Primero me contestásteis indecisa y „luégo furiosa, rechazando una proposicion que calificábais de absurda é „irreverente, y llamándome jacobino, francmason, calavera, perdido, tram-

„poso, con otras injurias que quisiera oir en tan linda boca. Yo acepto el „bofeton de vuestro orgullo. Lo que no me explico es la desfachatez con „que negais haber recogido á vuestra hija. ¿Y decís que esto no me im„porta? Ya vereis si me importa ó no. Yo sé que la habeis recogido; yo sé „que está en un convento; yo sé que su boda con el conde de Rumblar „está concertada; yo sé que para realizarla se han tenido en cuenta po„derosos intereses de ambas familias, que la hacen imprescindible; yo „sé que para llevar á efecto la legitimacion, se ha consumado una super„chería poco digna de personas como...„

Una inmensa conmocion, un estrépito indescriptible me obligaron á apartar de la carta mi atencion. Los marinos llegaban á la boca de los cañones, y un combate terrible, en que parecíamos llevar lo mejor, se habia trabado. Esto era sin duda sublime; esto sacaba de quicio y conmovia el alma en su fundamento; pero ¿no habia algo más en el mundo? Inés, su madre, su padre, su porvenir, su casamiento, y yo con mi desmedido y leal amor; yo, preguntándome si podria subir hasta ella, ó si era preciso hacerla descender hasta mí... ¡Oh! esta sí que era batalla; esta sí que era lucha, señores. Su campo estaba dentro de mí, y sus fuerzas terribles chocaban dentro del espacio silencioso de mi pensamiento. ¿Cómo no atender á ella más que á otra alguna? El corazon, tirano indiscutible, agrandando inconmensurablemente las proporciones de mi batalla, la habia hecho mayor que aquella de que tal vez dependian los destinos del mundo.

Yo ví los marinos próximos ya, muy próximos á nuestros cañones; sentí gritos de júbilo y de victoria pronunciados en lengua española, y aunque todo esto me conmovia mucho, la carta no concluida me quemaba la mano. Decid que yo era un estúpido egoista; pero señores, ¿y la carta, y aquel *casamiento imprescindible*, y aquella *superchería* misteriosa?... ¿Se ganaba la batalla? Creo que sí, y la faz de Europa iba á variar sin duda. ¿Pero qué me importaba el desconcierto del Imperio, el júbilo de Inglaterra, el estupor de Rusia, los preparativos de la coalicion, el descrédito del grande ejército?

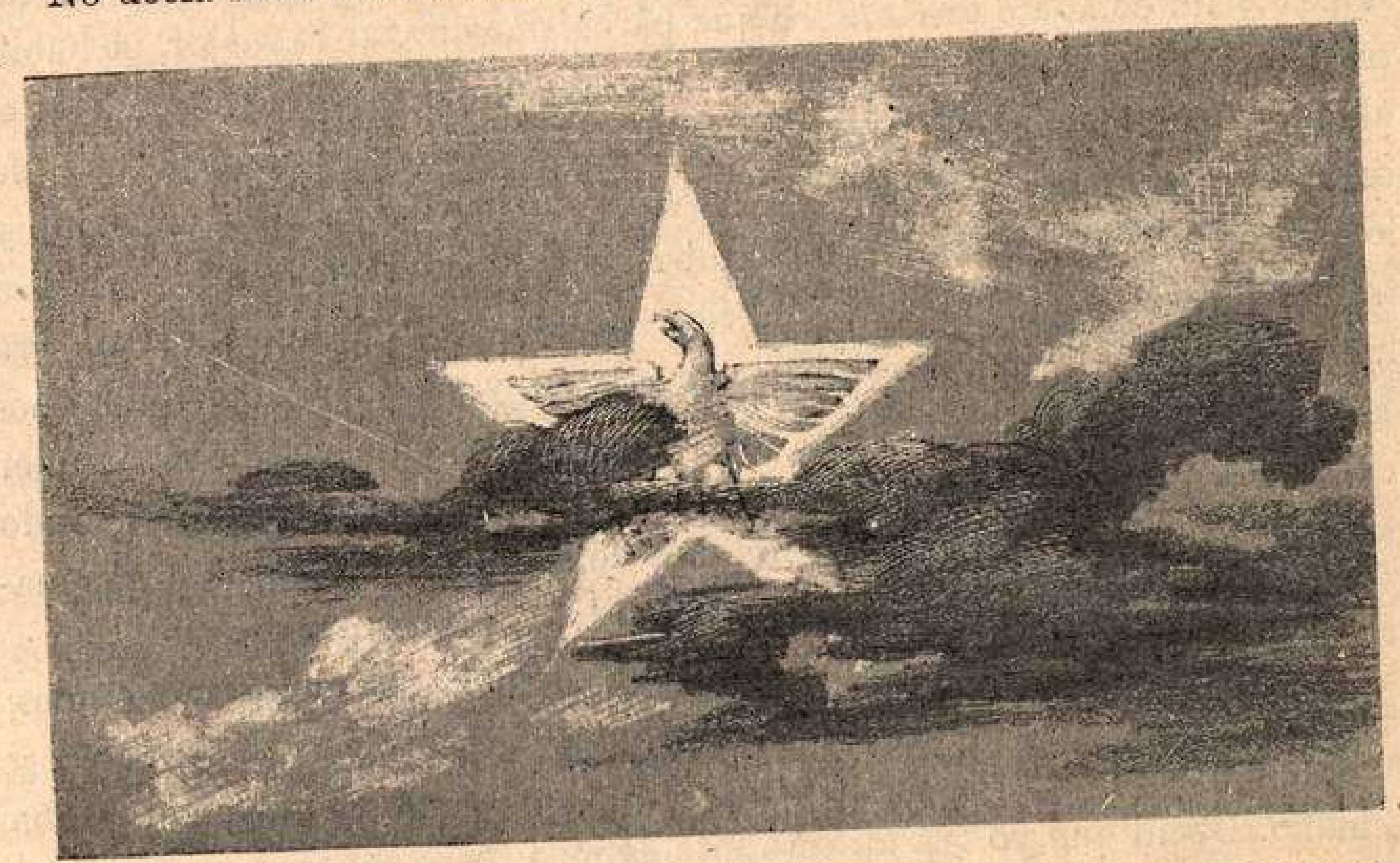
¿Hemos de sobreponer el interés de los conjuntos lanzados á bárbaras guerras, al interés del inocente indivíduo que lucha á solas por el bien y por el amor? ¿Hemos de sobreponer el interés de la guerra, que destruye, al del amor, que crea y aumenta y embellece lo creado? Reios de mí; pero al mismo tiempo pensad en el modo de probarme que un corazon ocupa ménos espacio en la totalidad del universo que los quinientos diez millones de kilómetros cuadrados de la pelota de tierra en que habitamos.

Si es egoismo, confieso mi egoismo, sí, y declaro á la faz de mi audi-

torio que en el punto en que se eclipsaba la estrella que por diez años habia iluminado la Europa, volví á fijar los ojos en la carta para continuar leyendo. Si no quieren ustedes enterarse de ello, no se enteren; pero es mi deber decir que la carta concluia así:

"...una supercheria poco digna de personas como vos. Segura estais y „con razon de que nada puedo contra vos. En efecto, yo sé que si algo „intentara seria vencido. Pobre, sin recursos, sin valimiento, ¿qué podria „contra la justicia que sólo defiende á los poderosos? Pero mi hija me „pertenece, y si hoy no está en mi poder, os aseguro que lo estará ma„ñana. Entre tanto guardaos vuestro dinero."

No decia más. Pero cuando acabé de leerla, ¡qué nueva y terrible fase



tomaba la refriega entre los marinos y nuestros soldados! ¡Santo Dios! ¿La batalla se perderia? Los franceses, destrozados en el primer ataque, lo repetian sacando el último resto de bravura de sus corazones resecados por el calor, y volvian á la carga resueltos á dejarse hacer trizas en la boca de los cañones, ó tomarlos. Nuestros soldados sacaban fuerzas de su espíritu, porque en el cuerpo ya no las tenian. Hasta los artilleros empezaban á desfallecer, y heridos casi todos los primeros de derecha é izquierda, atacaban los segundos, daban fuego los terceros, y el servicio de municiones era hecho por paisanos. Los franceses medio resucitados con la valentía de los marinos, pudieron habilitar dos piezas, y desde léjos, y tomando por punto en blanco la masa de nuestra caballería, disparaban bastantes tiros. Su larga trayectoria, pasando por encima de la batería española, heria las primeras filas de mi regimiento. Éste se encabritó como

si fuera un solo caballo; chocamos unos con otros, y el espectáculo de dos compañeros muertos sin combatir nos llenó de terror. Al mismo tiempo oimos decir que escaseaban las municiones de cañon. ¡Terrible palabra! Si nuestros cañones llegaban á carecer de pólvora, si en sus almas de bronce se extinguia aquella indignacion artificial, cuyo resoplido conmueve y trastorna el aire, extremece el suelo y arrasa cuanto encuentra por delante, bien pronto serian tomados por los valientes marinos, y les aguardaba el morir inutilizados por el denigrante clavo, fruslería que destruye un gigante, alfiler que mata á Aquiles.

Esta consideracion ponia los pelos de punta. ¿Sucumbiria España? ¿No le reservaba Dios la gloria de dar el primer golpe en el pedestal del tirano de Europa?... No, no es posible asistir indiferente al espectáculo de tan supremo esfuerzo, oh patria; pero te confieso que yo rabiaba por conocer el autor de aquella tercera carta que tenia en mi mano, y cuando sin desatender á tu admirable heroismo, miré la firma y ví el nombre de *Roman*, segundo mayordomo de mi inolvidable ama; cuando consideré que aquel papel contendria revelaciones importantes, me dominó de tal modo la curiosidad, que por un instante desapareciste de mi espíritu, ¡oh sublime rincon de tierra, destinado más de una vez á ser equilibrio del mundo! Adios, España; adios, Napoleon; adios, guerra; adios, batalla de Bailén. Como borra la esponja del escolar el problema escrito con tiza en la pizarra, para entregarse al juego, así se borró todo en mí para no ver más que lo siguiente:

"Sr. D. Luis de Santorcaz: Voy á decirle lo ocurrido. Todo está re„suelto, y por ahora le dan á usted con la puerta en los hocicos. La „señora marquesa de Leiva, al recoger á la señorita Inés, pensó en el modo „de legitimarla. Advierto á usted que desde que la trataron, ambas la quie„ren mucho, y se desviven por decidirla á que salga del convento. Cuando „la señora condesa recibió la carta de usted, en que le proponia la legiti„macion por subsiguiente matrimonio, mostróla á su tia, y ésta, furiosa y „fuera de sí, preguntó si queria deshonrarse para siempre siendo esposa „de semejante perdido. Lloró un poco la condesa, lo cual es indicio de „que aún le queda algo de aquel amor; y por último, despues de muchas „reconvenciones, convinieron las dos en no admitirle á usted en su fami„lia por ningun caso. Ya sabe usted que, segun consta en la fundacion de „este gran mayorazgo, uno de los principales de España, no habiendo „herederos directos, pasa á los de segundo grado en línea recta, por lo „cual ahora corresponderia al primogénito del conde Rumblar. La actual „condesa de Rumblar, enterada de la aparicion de una heredera, anunció

„á mi ama que entablaria un pleito, y vea usted aquí el motivo de que en „casa se haya trabajado tanto por la legitimacion. Por fin, las dos familias „acordaron evitar la ruina de un pleito, y se han puesto de acuerdo sobre „esta base: casar á la señorita Inés con D. Diego de Rumblar, prévia legi„timacion de aquélla, por lo que llaman autorizacion del Rey, con lo cual, „ambos derechos se funden en uno solo, evitando cuestiones. En cuanto „al punto más difícil, la señora marquesa lo ha resuelto al fin de un modo „ingenioso y seguro. La niña ha entrado al fin con pié derecho en la fa„milia. No pudiendo legitimar la madre, porque á ello se oponen las le„yes; no pudiendo aceptarse la fórmula del subsiguiente matrimonio, ni „conviniendo tampoco la adopcion; por no dar esto derecho á la herencia „del mayorazgo, se acordó lo que voy á decir á usted, y que sin duda le „llenará de admiracion. Este sesgo del asunto tiene para la familia la ven„taja de que mi señora la condesa no pasará ningun bochorno. La señorita „Inés ha sido reconocida por aquel...„

Un violento golpe arrebató el papel de mis manos. Encabritóse mi ca



ballo, y al avanzar siguiendo el escuadron, sentí la estrepitosa risa de un soldado que decia: "Aquí no se viene á leer cartas.„ Corrimos fuera de la carretera, y todos mis compañeros proferian exclamaciones de frenética alegría. Ví los cañones inmóviles y delante una espesa cortina de humo, que al disiparse permitia distinguir los restos del batallon de marinos. En el frente francés flotaba una bandera blanca, avanzando hácia nuestro frente. La batalla habia concluido.

Nuestros soldados se abrazaban con delirio. Confundíanse los diversos regimientos, y los paisanos advenedizos con la tropa. La gente del vecino pueblo de Bailén acudia con cántaros y botijos de agua. Agrupábanse hombres y mujeres junto á los heridos para recogerlos. Los caballos recorrian orgullosos la carretera, y los generales, confundidos con la gente de tropa, demostraban su alegría con tanta llaneza como ésta. Los gritos de ¡viva España! ¡viva Fernando VII! parecian sublime concierto que llenaba el espacio como ántes el ruido del cañon; y el mundo todo se extremecia con el júbilo de nuestra victoria y con el desastre de los franceses, primera vacilacion del orgulloso Imperio. En tanto, yo recorria el campamento, miraba al suelo, miraba las manos de todos, las cureñas de los cañones, los charcos de sangre, los mil rincones del suelo, junto al cuerpo de un herido y y bajo la cabeza del caballo moribundo. Marijuan se llegó á mí con los brazos abiertos, y gritó:

—Les vencimos, Gabriel. ¡Viva España y los españoles y la Vírgen del Pilar á quien se debe todo! Pero ¿qué buscas, que así miras al suelo?

—Busco un papel que se me ha perdido.



XXIX



ÉJATE de papeles—me dijo Marijuan.—¡Qué demonios de marinos! ¿Viste cómo atacaban?

—La hacen hija legítima por autorizacion real.

—¿Qué estás diciendo? Ya no queda duda que hemos vencido á Napoleon, y cómo éste ha vencido á todo el mundo, resulta que nosotros hemos vencido al mundo entero. ¿Pero chico, no te vuelves loco? Mira cómo alzan los brazos gritando, aquellos generales que vienen por el llano. ¡Benditas penas, benditos golpes, bendito calor y bendita sed, puesto que al fin hemos salido vencedores. ¡Viva España!

—De esa manera—le dije yo, preocupado con mis guerras,—entra á disfrutar el mayorazgo, casándose con D. Diego, para evitar un litigio que arruinaria á las dos familias.

—¿Qué hablas ahí, muchacho?—exclamó con sorpresa.—Ya sabes que los franceses se van á entregar todos. ¡Qué vergüenza! ¡Que vuelva Napoleon á meterse con los españoles! Chico; nos vamos á comer el mundo, y digo que la Junta de Sevilla es una remilgada si no nos manda conquistar á Paris. ¡Viva España!

—Y nuestro amo, ¿dónde está?—pregunté intranquilo.—¿Qué ha sido del señorito de Rumblar?

—¡Creo que ha muerto!—me contestó lacónicamente Marijuan, picando espuelas y alejándose de mí.

Tan estupenda noticia dió nueva direccion á mis alborotados pensamientos. El aspecto de la refriega interior, que me sacudia el alma, cam-

bió de improviso y por completo. Todo vino abajo, todo se puso de otro color, y el mundo fué distinto á mis ojos. Ignoro si en aquel momento sentí la muerte de mi amo, ó si por el contrario, desbordado el corruptor egoismo en mi alma, acepté con regocijo la desaparicion de quien interponiéndose entre mi ideal y yo, alteraba á mis ojos el equilibrio del universo, más que Napoleon el de Europa... En medio del delirio de aquella gran victoria, una de las más trascendentales que han ocurrido en el mundo, yo permanecia mudo, y mi caballo me transportaba de un lado para otro, segun su albedrío. En mi derredor la efervescencia de aquella patriótica alegría, de aquel entusiasmo febril causaba estrepitoso oleaje. Allí la persona humana habia desaparecido, fundiéndose en el hermoso conjunto de la sociedad ó la Nacion, que era sin duda la que conmovia la tierra con sus gritos de gozo. El único que se conservaba aislado y podia llamarse hombre, era el egoista Gabriel, grano de arena no conglomerado con la montaña, y que rodaba solo, haciendo por su propia cuenta las revoluciones establecidas por la armonía del mundo.

—Es preciso averiguar si realmente ha muerto Rumblar... ¿Entrará al fin Inés en la familia de su madre? ¿La perderé para siempre? ¿Debo reirme de mi nécia y ridícula aspiracion? ¿Un hombre como yo puede subir á tanta altura? ¿La misteriosa oscuridad de los tiempos venideros ocultará alguna cosa que destruya este nivel espantoso? ¿Puedo esperar ó resignarme desde ahora, bendiciendo la mano de la Providencia que me arroja en el polvo de donde nunca debí intentar salir?

Estas preguntas me hacia, cuando un acontecimiento no previsto vino á alterar repentinamente la situacion de las cosas fuera de mí. El ejército corria á ocupar sus posiciones; la corneta y el tambor convocaban á todos los soldados, y gran número de gentes del pueblo, hombres y mujeres, corrian hácia las calles de Bailén. Nuestros destacamentos habian divisado las columnas avanzadas del general Vedel, que venia de Guarroman en auxilio de Dupont, y ya á poca distancia, un cañonazo nos anunció la presencia de un nuevo enemigo. ¡Ay! ¡si Vedel hubiese llegado un momento ántes, poniéndonos entre dos fuegos! Pero Dios, protector en aquel dia de la España oprimida y saqueada, permitió que Vedel llegase cuando estaba convenida ya la tregua, y se habia principiado á negociar la capitulacion.

Al instante mandó Reding un oficio al general francés dándole cuenta de lo ocurrido, y los enemigos se detuvieron más allá de una ermita que llaman de San Cristóbal, situada á mano izquierda del camino real, yendo de Bailén á Guarroman. Al poco rato vimos un oficial francés que llegó

al pueblo con un oficio para Reding y otro para Dupont, y como en el cuartel general de éste se estaban ya negociando las bases de la capitulacion, nos consideramos seguros de ser atacados por la parte alta del camino, á causa de que la acordada suspension de armas debia afectar á todas las fuerzas que componian el ejército imperial de Andalucía.

Á pesar de esta confianza, varios regimientos, entre ellos el de Irlanda y el famosísimo de Órdenes Militares, que tanto se habia distinguido en la batalla, ocuparon el camino frente á las tropas de Vedel, las cuales iban llegando por momentos y tomando posiciones. Mi regimiento fué colocado en la entrada oriental del pueblo. Seria poco más de la una cuando los franceses de Vedel, sin aguardar á que les contestara Dupont, rompieron el fuego contra Irlanda, sorprendiéndoles con fuerzas considerables. Gran efervescencia y algazara y tumulto en nuestras filas. Todos querian ir, no á combatir con los franceses, sino á pasarlos á cuchillo, por violar las leyes de la guerra. Pero nosotros teníamos, para sojuzgar á los traidores, rehenes preciosos, cuales eran los restos del ejército de Dupont, que estaban en nuestro poder, como una víctima maniatada y con la cabeza sobre el tajo. Durante la confusion que siguió al ataque, algunas tropas acudieron á cercar el campo francés vencido, y otras corrieron en auxilio de los regimientos de Irlanda y Órdenes, puestos en gran compromiso.

Á pesar de la inferioridad de número y de posicion de nuestras tropas, todo anunciaba que se iba á trabar un combate tan encarnizado como el primero, y los valerosos paisanos, lo mismo que los soldados de línea, ardian en generoso anhelo de morir si era preciso, por rematar con una tarde épica la gloriosa mañana.

Pero la Providencia, como he dicho, estaba de nuestra parte. Casi juntamente con los primeros tiros de la embestida de Vedel, sonaron cañonazos lejanos, que al principio no supimos á qué direccion referir.

—¿Qué es eso? ¿Hacen fuego por el Herrumblar, ó es de la gente de Menjíbar?—preguntaban allí.

—Es la division de D. Manuel de la Peña, que viene por la Casa del Rey—contestó uno que á todo escape venia del primer campo de batalla.

La tercera division, enviada al amanecer desde Andújar por Castaños en seguimiento de Dupont, habia llegado, y se anunciaba al enemigo con disparos de pólvora seca. Aterrado con este nuevo refuerzo, que aniquilaria los restos del ejército, si Vedel no se sometia al armisticio, Dupont dió enérgicas órdenes para que cesara el fuego de la division recien venida de Guarroman, y el fuego cesó. Con esto, los nueve mil hombres de Vedel se sometieron de antemano al pacto que ajustaba su general en jefe.

Seguimos, sin embargo, sobre las armas, y las entradas de la villa continuaron custodiadas por numerosas fuerzas, que se relevaban para proporcionarnos algun descanso. Cuando me tocó dejar la guardia, dirigíme á una de las muchas casas del pueblo en que curaban heridos, para que me pusieran algo en la mano izquierda, donde habia recibido una contusion que, aunque ligera, me escocia bastante. Regresaba luégo á pié en busca de mi puesto, cuando sintiendo una mano en mi hombro, miré y



tuve el gusto de encontrarme cara á cara con D. Paco, el maestro y ayo de D. Diego.

—¿Qué ha sido del niño? ¿dónde está? No ha venido por casa—me dijo con tono angustiado y poniéndose pálido.

—Sr. D. Paco—le contesté,—francamente, no sé dónde está el señor conde, aunque me parece que debe de estar vivo.

—¡Qué miedo, qué pavor! ¡La santa Vírgen de Araceli, la de Fuensanta, la del Pilar y la del Tremedal todas juntas nos favorezcan! Las piernas me tiemblan, Gabriel, y si mi señor y discípulo no parece, yo no me atrevo á decírselo á la señora.

—Ya parecerá; yo le ví poco ántes de concluir la batalla. Andará por cualquier lado—dije para calmar su inquietud.

—Es raro que estando sano y salvo no viniese á casa, ó mandara un recado. ¿En dónde hay caballería?

—En San Cristóbal, en donde estaba la batería, en la noria; en los altos

de la derecha, en los del Guadiel, hácia el Herrumblar, en muchas partes. Ya andará el Sr. D. Diego por ahí.

—Dios lo quiera. Voy, corro á buscarlo. ¿Díme tú... ya no harán fuego, eh? ¿Habrá peligro en andar por aquí? Si quisieras acompañarme... ¡Diantre con el niño, y si supiera él qué buenas noticias le traigo, cómo se apresuraria á venir á mi encuentro!

—¿Qué noticias, Sr. D. Francisco? ¿Se pueden saber?—pregunté disponiéndome á acompañar al ayo por el campo de batalla.

—¡Noticias estupendas y que le harán saltar de gozo! Esta mañana recibió la señora un propio de la marquesa de Leiva, anunciando que Su Excelencia, con la condesa, con la señorita Inés y el señor marqués, salen de Córdoba para Madrid, á donde las llama un negocio de mucho interés para las dos familias.

—El camimo no está para viajes, Sr. D. Paco.

—Vienen por Menjíbar, y anuncian que de esta noche á mañana llegarán á casa, donde piensan detenerse algunos dias, no sólo para tomar descanso, sino para que ambas familias se conozcan y traten, pues son ramas que van á ingertarse, formando un solo árbol frondoso que eche profundas raíces en el suelo de la Nacion y dé sombra á numerosa é ilustre prole.

—Sí—dije,—ya sé que el señorito se casa...

—¡Ay! ¡Dónde estará ese Juan Enreda de D. Diego!... Sí se casa. He visto el retrato de la señorita Inós, que es un portento de hermosura. Pues sí: la niña no queria salir del convento, aunque se lo predicaran frailes teatinos; pero yo no sé; algo pasó allá á principios del mes, ó sin duda la jóven al ver el retrato de D. Diego, sintió la flecha del dios ceguezuelo en su corazon. Lo cierto es que ha pedido salir del convento, con gran regocijo de sus parientes, y ahora marchan todos á Madrid para las diligencias de la legitimacion, porque ya sabes tú que...

—Sí, yo habia entendido que esa jóven era hija de la señora condesa.

—¡Calla, deslenguado procaz! ¿Qué has dicho? La señora condesa, prima de mi señora, ¿habia de tener semejantes tapujos? No hay tal cosa, chiquillo desvergonzado. La señorita Inés es hija de una dama extranjera, que ya no existe y que floreció hace quince años en la Córte, dando qué hablar por sus amores con un célebre caballero de esta ilustre familia. ¿Sabes quién es el padre de Doña Inés? Pues no es otro que ese espejo de los diplomáticos, ese discretísimo hermano de la señora marquesa de Leiva, el cual ha reconocido á la muchacha por hija suya, y ahora se apresura á legitimarla por autorizacion real para que entre en posesion del mayoraz-

go cuando Dios se sirva llamar á su seno á la señora marquesa de Leiva.

—¡Qué bien lo han compuesto todo!—exclamé, sin poder contener mi asombro.

—¿Cómo compuesto? Mi señora me ha participado esta mañana lo que acabo de decir. ¡Ah! Ese sin par diplomático, que tanta fama tiene en todas las Córtes de Europa, ha dado una prueba de caballerosidad, poniendo su nombre á ese fruto de sus iracundas fogosidades juveniles, abandonado hasta hoy, y que en lo sucesivo descollará cual arbusto lozano en el pensil de la sociedad española... Pero ese D. Diego... ¿En dónde está D. Diego? Hablemos al general en jefe... preguntemos á esos soldados... Diga usted, héroe de este dia, que se anotará en los fastos de la historia con piedra blanca, *albo notanda lapillo;* oiga usted, ¿ha visto usted por casualidad á D. Diego?

Y así iba preguntando á todos, sin que nadie le diese razon.



XXX



ino la noche. Los franceses, muertos de fatiga y de hambre en su campamento, aguardaban con anhelo á que la capitulacion estuviese firmada. Los que ménos paciencia tenian eran los suizos afiliados en el ejército imperial, y así que oscureció, empezaron á pasarse á nuestro campo. Un historiador francés, queriendo atenuar el desastre de los suyos, ha escrito que la defeccion ocurrió durante la batalla; pero esto es falso. Lo peor es que otro historiador, no francés sino español, lo ha repetido con mucha ligereza, faltando así á su patria y á la verdad, que es superior á todo.

La capitulacion iba despaciosamente, porque los parlamentarios se habian juntado en Andújar, residencia del general en jefe, y en Bailén no teníamos noticia de lo que allí pasaba. Temiendo que los enemigos intentaran escaparse, nuestros generales tomaron acertadas precauciones, y la artillería ocupó, mecha encendida, los puestos convenientes. Al mismo tiempo millares de paisanos, discurriendo por cerros y alturas, hostigaban de tal modo á los franceses en todas partes, que no les era posible moverse. Esta vigilancia permitia descansar á una parte del ejército; y especialmente los heridos, aunque sólo lo fueran muy levemente, como yo, teníamos libertad para estar en el pueblo, donde nos ocupábamos en reunir víveres y llevarlos á los del campamento, así como en acomodar á los heridos graves en las principales casas.

Salia yo de Bailén con un cesto de víveres para unos jefes de artillería, cuando tropecé con Santorcaz, que volvia seguido de algunos voluntarios de Utrera y licenciados de Málaga.

—¡Oh, Sr. de Santorcaz!—exclamé con la mayor sorpresa.—¿Está usted vivo? Yo le hacia en el otro barrio.

—No, muchacho, vivo estoy—me respondió.—Dios quiere que toda-



vía el que está dentro de esta camisa dé mucho que hacer en el mundo.

—¿Pero tampoco está usted herido?

—Aquí tengo un par de rasguños; pero esto no es nada para un hombre

como yo. Ya sabes que me han hecho sargento. No vine aquí para ganar charreteras; pero puesto que me las dan, las tomo.

—Grandes hazañas habrá hecho el Sr. D. Luis.

—Poca cosa. Caí del caballo, y á pié defendíme rabiosamente contra tres ó cuatro franceses. Reventé á uno, descalabré á otro, y me volví á nuestro campo con un águila que entregué al marqués de Coupigny. Al recoger de mis manos la bandera, el general, despues de preguntarme si era licenciado de presidio, me dijo: "Es usted sargento.„ ¿Ves? Me han puesto al frente de este peloton de buenos muchachos; ¿quieres venirte con nosotros?

Diciendo esto, señaló á los exclarecidos varones que le seguian, los cuales, ó yo me engaño mucho, ó eran la flor y nata de Ibros, Sierra de Cazorla y Despeñaperros, todos gente de ligerísimas piernas y manos. Díle las gracias por el ofrecimiento, y seguí mi camino.

—¡Ah! ¿Qué sabe usted de D. Diego?—le pregunté volviendo atrás.

—Pues qué—dijo retrocediendo,—¿no se sabe dónde está D. Diego? ¿Ha muerto? ¿Se ha estraviado? Es preciso averiguarlo. Y dí, ¿tú has visto por casualidad mi caballo? ¿Sabes si alguien lo recogió?

—No sé nada de tal caballo—repuse alejándome.

Ya avanzada la noche regresaba á Bailén, cuando me causó sorpresa ver una triste procesion compuesta de tres mujeres vestidas de negro, á las cuales seguian hasta media docena de hombres, llevando por delante dos criados con sendos farolillos para alumbrar el camino. Acerquéme y reconocí á Doña María, con sus dos hijas, las tres cubiertas con negros mantones y muy afligidas y llorosas. Digo mal, porque si las dos muchachas se deshacian en lágrimas, la señora condesa conservaba seco el rostro, aunque visiblemente alterado, la mirada fija y valerosa y el andar muy firme. Al instante me presenté á ella, saludándola con el mayor respeto y ofreciéndole mi ayuda si, como parecia, iban en busca de D. Diego.

—¿Con que no parece el niño? ¿Cuándo le perdiste de vista durante la batalla?—me preguntó.

—Señora, desde la gran carga que dimos sobre el ala izquierda de los franceses dejé de ver á D. Diego.

—Yo creí que estuviera entre los heridos; pero no está. ¿Todos los muertos han sido recogidos del campo de batalla?

—Sí, señora; sólo quedan los desconocidos, los paisanos que no estaban afiliados á ningun regimiento.

—Vamos á ver—dijo con un aplomo, con una firmeza que me asombraron, pues no suponia tanto valor en alma de mujer.

—Yo acompañaré á usía con mucho gusto.

—¿Y qué tal se ha portado mi hijo?—me preguntó cuando marchábamos juntos.

—Señora, se ha portado como un héroe; se ha portado como quien es.

—¿Los jefes advirtieron su valor? ¿Elogiaron su bizarría, recordando el linaje de mi hijo?

—Sí, señora; los jefes estaban con la boca abierta presenciando las hazañas de D. Diego—repuse, por halagar el amor propio de la noble señora, cuyo dolor se atenuaria sabiendo que su vástago habia honrado el nombre de Rumblar.

—¿Y amábais vosotros á mi hijo?

—¡Oh! sí, señora. D. Diego es tan bueno... y nos trata como si fuéramos todos iguales.

—¡Como si todos fuérais iguales!—exclamó Doña María con ligeras muestras de enfado.

—No... vamos al decir...—indiqué corrigiendo mi *lapsus*.—D. Diego es muy caballero y nosotros unos badulaques... quiero decir que nos trataba sin tiranía... ¡Pobre D. Diego! Pero le hemos de encontrar, señora. Don Diego está sano y salvo. Me lo dice el corazon.

—Tú eres un buen muchacho. Ayúdanos á buscar á mi hijo y te recompensaré. Si parece, yo te prometo que serás su paje cuando se case.

—¡Ah, gracias, señora! muchas gracias—contesté con viveza.

—Eres modesto. ¿Crees que no mereces este honor? Aunque no lo merezcas, yo te lo concedo.

Llegamos á un punto en que se distinguia un cuerpo tendido boca abajo sobre el suelo. Nos extremecimos todos, y Asuncion y Presentacion se abrazaron llorando á gritos. La curiosidad luchó un instante en nosotros con el temor, pues deseábamos acercarnos al cadáver por ver si era D. Diego, y temíamos llegar á él por si acaso era. Doña María fué la primera que dió un paso, y la seguimos todos. Aquel cadáver solitario de un hombre muerto por la patria, no habia encontrado todavía ni un pariente, ni un amigo, ni un camarada que se cuidase de él. No era D. Diego.

La condesa, despues de examinarlo, alzó los ojos al cielo, cruzó las manos y rezó en voz alta el *Padre nuestro*, á cuya oracion contestamos todos muy devotamente con *El pan nuestro*...

Seguimos andando, y en otro sitio encontramos algunos cadáveres, que la condesa con heroismo sobrenatural examinaba cara á cara hasta convencerse de que su hijo no estaba allí. Si nos acontecia llegar en el momento de abrir á alguno la sepultura, todos echábamos un puñado de tierra en la fosa del patriota, que bien pronto desaparecia en la vasta su-

perficie del campo, no quedando huella ni marca alguna en el suelo, como no queda noticia del heroismo individual en la historia.

Nuestras pesquisas por todo el campamento no dieron resultado alguno. Las dos hermanitas no podian tenerse en pié, ni cesaban de rezar en castellano y en latin, recitando con fervorosa declamacion cuantas oraciones sabian. Tales eran la confusion y anonadamiento de D. Paco, que más de una vez se cayó al suelo. Sólo Doña María conservaba una entereza heróica y casi bárbara, que hacia creer en la superioridad del temple mo-



ral de algunos linajes sobre el plebeyo vulgo. No en vano tenia aquella señora por su línea materna la sangre de Guzman el Bueno.

Era muy tarde cuando volvimos á la casa. Miéntras reinaba en ella la desolacion, ni una lágrima brotó de los ojos de Doña María.

—Si Dios ha querido disponer de la vida de mi hijo—exclamó, sentándose en el clásico sillon de cuero,—concédame al ménos el consuelo de saber que ha muerto con honor.

—D. Diego ha de parecer, señora—dije yo conmovido.—Si hubiera muerto ¿no habríamos encontrado su cuerpo?

Esta razon devolvió á D. Paco su perdida fuerza dialéctica, y habló así:

—¿Pero no hubo tambien un pequeño combate por donde estaba Vedel? ¡Quién sabe si cogerian prisionero al niño!

—Los prisioneros fueron devueltos esta tarde por órden de Dupont—repuso Doña María.

—¿Y si el niño estaba herido y le metieron en el hospital francés?...

—Yo lo he de averiguar, señora—exclamé.—Mañana mismo pediremos un salvo-conducto para ir al campo enemigo. Me parece que allí le encontraremos.

—Ya sabes que te he prometido una gran recompensa. Si haces lo que dices, y encuentras á mi hijo y le traes—me dijo la de Rumblar,—la recompensa será aún mayor. Dios dispone de todo, y las glorias de la tierra á veces son trocadas en miseria, en tristeza, en nada por su mano poderosa. Si mi hijo no parece, ¿qué soy, qué me queda, qué resta á mi casa y á mi nombre? Dios habrá decidido que todo perezca y que las grandezas de ayer sean hoy ruinas, donde nos ocultemos para llorar. ¿La victoria se habia de alcanzar sin desgracias? Napoleon es vencido en España, y ante la salvacion de nuestro país, ¿qué significa una vida, por noble que sea? ¿qué una familia, por grande que sea su lustre?

La enérgica entereza de aquella mujer de acero me llenó de asombro. Despues continuó así:

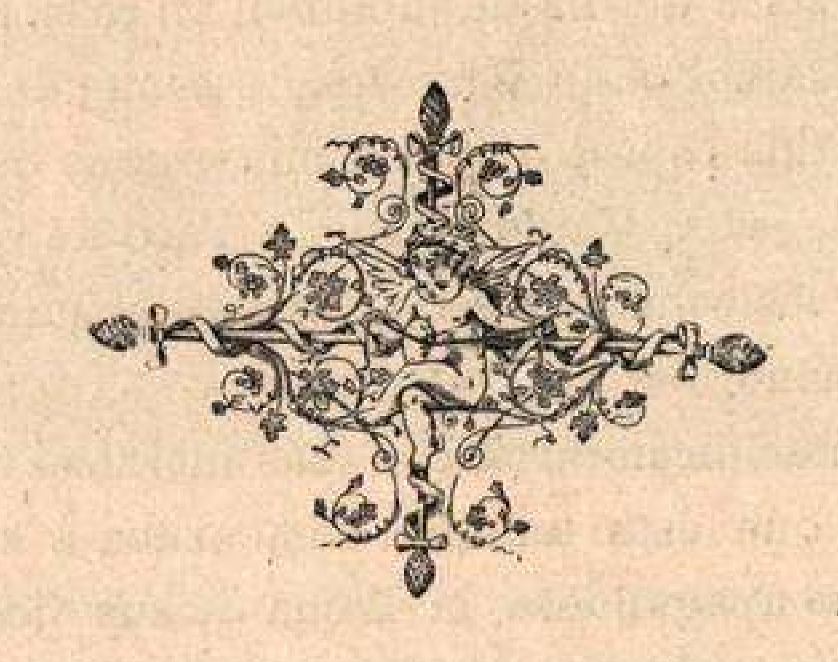
—Yo creí que este seria un dia de júbilo en mi casa. Despues de la victoria alcanzada, hubiéramos sido muy felices teniendo aquí á mi hijo, y recibiendo á la prometida esposa que con mis primas debe de llegar aquí esta noche... ¿No ha llegado? Cuide usted, D. Paco de que nada les falte. ¿Está todo preparado, las camas, la cena, las habitaciones? Niñas, ¿qué haceis ahí mano sobre mano?

Asuncion y Presentacion lloraron con más fuerza al oirse nombrar por su madre. Parecióme que ésta tambien comenzaba á sentir vacilante su varonil espíritu, y que apagándose la llama de sus ojos, se desmayaban sus enérgicos brazos, cayendo con desaliento sobre los del sillon. Pero sin duda no queria perder su dignidad de gran señora delante de nosotros, y mandándonos salir á todos, á sus hijas, á D. Paco, á los criados y á mí, se quedó sola.

Un rato despues sentí ruido de coches y mulas en la calle; luégo una gran algazara en el patio, y al oir esto dióme un gran vuelco el corazon. Escondido tras uno de los pilares ví descender de los coches y subir pausadamente á las personas que eran esperadas, y al mirar al diplomático que cargaba en sus brazos una mujer para bajarla del carruaje, reconocí á la monjita de Córdoba.

Yo temia ser visto de Amaranta; pero como ésta y su tia habíanse adelantado y estaban ya arriba, me aventuré á seguir al diplomático, que subió detrás de todos con Inés, sosteniéndola por la cintura. Delante iban los criados con hachas, detrás yo solo. Inés se envolvia en un gran man-

to, chal ó cabriolé que tenia larguísimos flecos en sus orillas. Subíamos lentamente, ellos delante, yo detrás, y aquellos menudos hilos de seda, pendientes de la espalda y de la cintura de Inés, flotaban delante de mis ojos. Como quien llega á la puerta del Cielo y tira del cordon de la campanilla para que le abran, así cogí yo entre mis dedos uno de aquellos cordoncitos rojos y tiré suavemente. Inés volvió la cabeza y me vió.



XXXI



NA vez arriba, el ayo informó á los viajeros de lo que ocurria, y pasando adentro las tres señoras, el diplomático se quedó con D. Paco en el comedor.

—Aquí estamos consternados, Sr. D. Felipe—dijo el ayo.—Y si mi amo no parece el mundo habrá perdido en el fragor de horripilante batalla á un jóven que prometia ser gran filósofo, y que ya era insigne calígrafo.

—¡Demonio de contrariedad!—dijo el diplomático, sacando su caja de tabaco y ofreciendo un polvo al ayo, despues de tomarlo él.—Lo siento... á nuestra edad nos gusta tener quien nos suceda y herede nuestras glorias para desparramar su luz por los venideros siglos. Vea usted la razon por qué me apresuré á reconocer á mi querida hija... ¡Ah! Sr. Francisco; yo he tenido una juventud muy borrascosa, como todo el mundo sabe, y hartas noticias tendrá usted de mis aventuras, pues no habia en las Córtes de Europa dama alguna, casada ni soltera, que no se me rindiese. Despues de todo es una desgracia haber nacido con tal fuerza de atraccion en la persona, Sr. D. Francisco; tanto que todavía... pero dejemos esto. Ahora no me ocupo más que del bienestar de mi idolatrada niña. Y á fé que si es cierto que no existe D. Diego, no por eso se quedará soltera; pues cartas tengo aquí del príncipe de Lichenstein, del archiduque Cárlos Eugenio, del conde de Schöenbrunn y de otros exclarecidos jóvenes de sangre real pidiéndomela en matrimonio. Como yo tengo tantos amigos en las Córtes de Europa, y en España mismo, pues... ya he sabido que las principales familias acogidas en Bayona ó residentes en Madrid, se disputan la mano

de mi hija. ¿La ha visto usted, Sr. D. Francisco? ¿Ha observado usted en su cara los rasgos que indican la noble sangre mia y la de aquella hermosísima, cuanto desgraciada señora extranjera...? ¡Oh! me enternezco, señor D. Francisco... Pero hablemos de otra cosa; cuénteme usted cómo ha sido esa batalla. ¿Con que hemos ganado? ¿Y hay capitulacion? De modo que he llegado á tiempo. ¡Oh! Sr. D. Francisco, temo que hagan un desatino, si no les asisto con mis luces, porque los militares son tan legos en esto de tratados... Yo traigo un proyectillo, mediante el cual la Rusia ocupará Despeñaperros, España pasará á guarnecer las orillas del Don y de la Moscowa, y Prusia...

Cuando me marché, el diplomático continuaba calentando los cascos al buen D. Paco, que le ofreció algunos manjares y vino de Montilla para reparar sus fuerzas. Al salir de la casa, ví en la puerta de la calle á varios hombres, no de muy buena facha por cierto, uno de los cuales llegóse á mí, y tomándome por el brazo, me dijo:

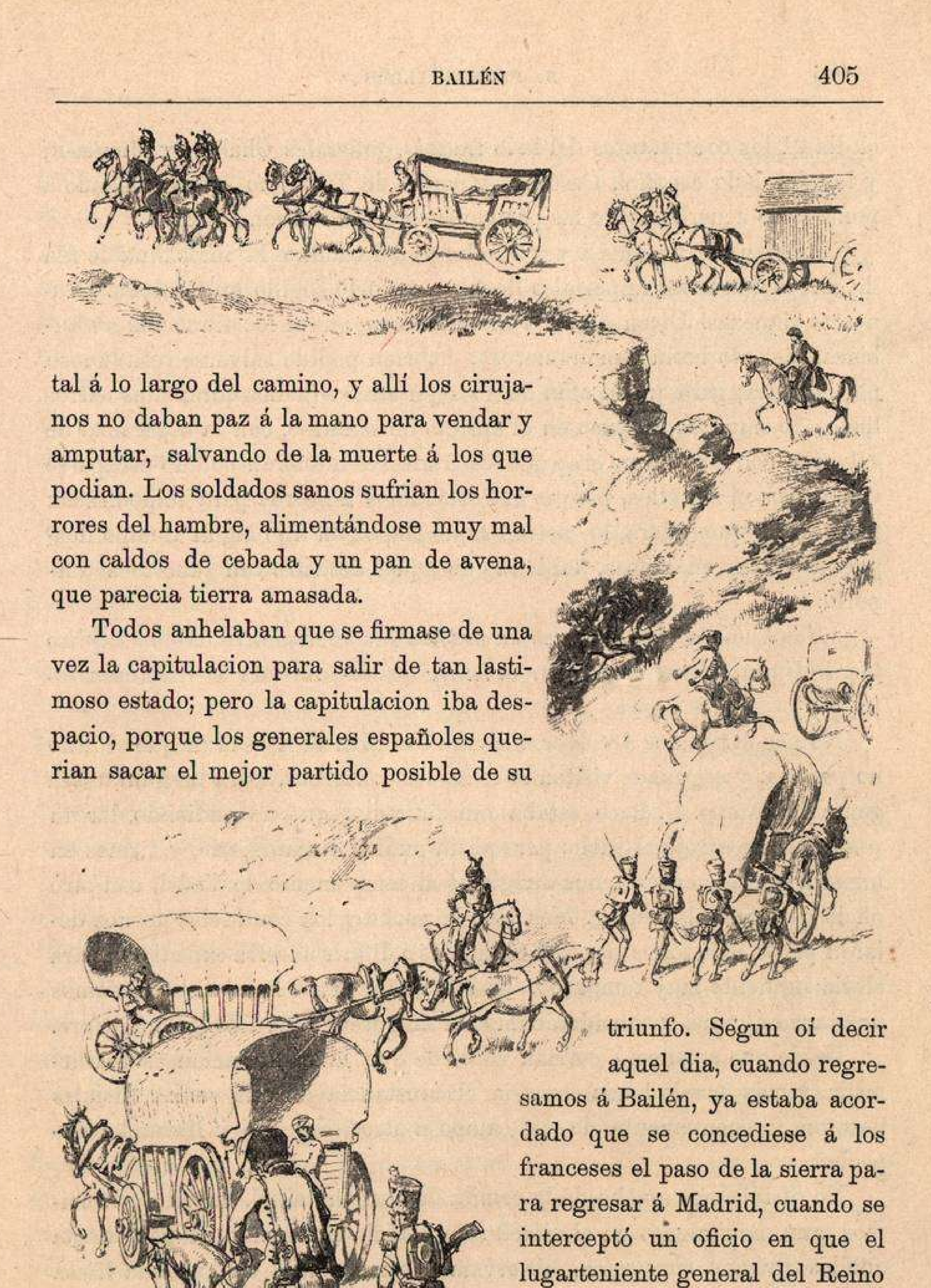
—¿Conoces tú á esa gente que acaba de llegar?

—No, Sr. de Santorcaz—repuse.—No sé qué gente es esa, ni me importa saberlo.

Apartámonos todos de la casa, y por el camino me dijo otra vez Don Luis que tendria mucho gusto en verme en las filas de su compañía.

Al dia siguiente, que era el 20, nos ocupamos Marijuan y yo en buscar otra vez á nuestro amo. Uniósenos D. Paco, y el general español escribió un oficio á Dupont, rogándole que nos permitiera hacer indagaciones en el campamento francés, para ver si se encontraba allí D. Diego, herido ó muerto. Visitamos el hospital enemigo, y entre los heridos no habia ningun español, lo cual nos desconsoló sobremanera. Yo no era el que ménos se acongojaba con esta contrariedad, aunque sabia el casamiento de Inés. ¿Qué significaba aquel generoso sentimiento mio? ¿Era pura bondad, era puro interés por la vida del semejante, aunque fuese enemigo, ó era un sentimiento mixto de benevolencia y orgullo, en virtud del cual yo, convencido de que Inés no amaba sino á mí, queria proporcionarme el gozo de ver á D. Diego despreciado por ella? Francamente, yo no lo sabia, ni lo sé aún.

Cuando recorrimos el campo francés, pudimos observar la terrible situacion de nuestros enemigos. Los carros de heridos ocupaban una extension inmensa, y para sepultar sus tres mil muertos, habian abierto profundas zanjas donde los iban arrojando en monton, cubriéndoles luégo con la mortaja comun de la tierra. Algunos heridos de distincion estaban en las Ventas del Rey; pero la mayor parte, como he dicho, tenian su hospi-



tal á lo largo del camino, y allí los cirujanos no daban paz á la mano para vendar y amputar, salvando de la muerte á los que podian. Los soldados sanos sufrian los horrores del hambre, alimentándose muy mal con caldos de cebada y un pan de avena, que parecia tierra amasada.

Todos anhelaban que se firmase de una vez la capitulacion para salir de tan lastimoso estado; pero la capitulacion iba despacio, porque los generales españoles querian sacar el mejor partido posible de su triunfo. Segun oí decir aquel dia, cuando regresamos á Bailén, ya estaba acordado que se concediese á los franceses el paso de la sierra para regresar á Madrid, cuando se interceptó un oficio en que el lugarteniente general del Reino mandaba á Dupont replegarse á la Mancha. Comprendieron entónces los españoles que conceder á los franceses lo mismo que que querian, era muy desairado para nuestras armas. Pero aún

el dia 21 los contratantes del lado francés, generales Chabert y Marescot, y los del lado español, Castaños y conde de Tilly, no habian llegado á ponerse de acuerdo sobre las particularidades de la rendicion.

Tambien alcanzamos á ver á lo largo del camino la interminable fila de carros donde los imperiales llevaban todo lo cogido en Córdoba. ¡Funestas riquezas! Dicen algunos historiadores que si los franceses no hubieran llevado botin tan numeroso, habrian podido salvarse retirándose por la sierra; pero que el afan de no dejar atrás aquellos quinientos carros llenos de riquezas les puso en el aprieto de rendirse, con la esperanza de salvar el convoy. Yo no creo que los franceses hubieran podido escaparse con carros ni sin ellos, porque allí estábamos nosotros para impedírselo; pero sea lo que quiera, lo cierto es que Napoleon dijo algun tiempo despues á Savary en Tolosa, hablando de aquel desastre tan funesto al Imperio:

—*Más hubiera querido saber su muerte que su deshonra. No me explico tan indigna cobardía sino por el temor de comprometer lo que habia robado* (*).

No nos atrevimos á volver á la casa con la mala noticia de que el niño no parecia, y seguimos visitando todos los contornos, para preguntar á la gente del campo. D. Paco estaba tan fatigado, que no pudiendo dar un paso más, se arrojó al suelo; pero al fin pudimos reanimarle, y firmes en nuestra santa empresa, nos dirigimos al campamento de Vedel, con otro oficio del general Reding. Mas vino la noche y los centinelas no nos dejaron pasar, viéndonos por esto obligados á diferir nuestra expedicion para el dia siguiente muy temprano. Ni Marijuan, ni D. Paco ni yo teníamos esperanza alguna, y considerábamos al mayorazgo perdido para siempre.

Desde que amaneció corrian voces de que la capitulacion estaba firmada, y más nos lo hacia creer la circunstancia de que varios oficiales pasaron frecuentemente de un campo á otro, trayendo y llevando despachos.

No distábamos mucho de la ermita de San Cristóbal, cuando advertimos gran movimiento en el ejército de Vedel. Apretando el paso hasta que les tuvimos muy cerca, observamos que camino abajo venia hácia nosotros un jóven saltando y jugando, con aquella volubilidad y ligereza propia de los chicos al salir de la escuela. Corria á ratos velozmente; luégo se detenia y acercándose á los matorrales sacaba su sable y la emprendia

(*) Je ne m'explique cette indigne lacheté que par la crainte de compromettre ce que l'on avait volé. *Mem.* Duc de Rovigo. vol. IV.

á cintarazos con un chaparro ó una pita; luégo parecia bailar, moviendo brazos y piernas al compás de su propio canto, y tambien echaba al aire su sombrero portugués para recogerlo en la punta del sable.

—¡Qué veo!—exclamó D. Paco con súbita exaltacion.—¿No es aquel mozalvete el propio D. Diego, no es mi niño querido, la joya de la casa, la antorcha de los Rumblares...? Eh... D. Dieguito, aquí estamos... venid acá.

En efecto, cuando estuvimos cerca, no nos quedó duda de que el mozuelo bailarin era D. Diego en persona. Él nos vió, y al punto vino corriendo para abrazarnos á todos con mucha alegría.

—Venid acá, venid á mis brazos, esperanza del mundo—exclamó Don Paco, loco de contento.—¡Si supiera usted cómo está mamá...! ¡Buen susto nos ha dado el picaroncillo!... ¿Pero qué ha sido eso, niño? ¿Estaba usía prisionero?

—Me cogieron prisionero junto á la ermita—dijo D. Diego.—¿Pero estás vivo, Gabriel? ¿Y tú tambien, Marijuan? Yo creí que os habian matado en aquella furiosa carga. ¿Y Santorcaz...? Pero os contaré lo que me pasó. Despues de la carga, y cuando entró la caballería de España, quedé á retaguardia del regimiento; se me murió el caballo y corrí á las filas del regimiento de Irlanda. Cuando vinimos aquí, nos cogieron prisioneros los franceses, y yo les dije tantas picardías que me quisieron fusilar.

—¡Qué horror!—exclamó D. Paco.—Pero veo que es usted un héroe, oh, mi niño querido. Creo que la mamá piensa dirigir una exposicion á la Junta para que le den á usted la faja de capitan general.

—Me iban á fusilar—continuó el rapaz,—cuando un oficial francés tuvo lástima de mí y me salvó la vida. Despues lleváronme á sus tiendas, donde me dieron vino, y...

—Vamos, vamos pronto á casa, y allí contará usted todo—dijo D. Paco. —¡Qué alegría! Volemos, señores. ¡Cuando la señora condesa sepa que le hemos encontrado...! ¡Ah! ¿No sabe usted que está ahí su novia?... ¡Qué guapísima es!... La pobre no cesa de llorar la ausencia del niño, y si no hubiese usted parecido, creo que la tendríamos que amortajar. Vamos, vamos al punto.

Corrimos todos á Bailén muy contentos. Al llegar al pueblo, uno de nosotros propuso anticiparse para anunciar á Doña María la fausta nueva; pero no permitió D. Paco que nadie sino él en persona se encargase de tan dulce comision, y con sus piernas vacilantes corrió hasta entrar en la casa, diciendo con desaforados gritos:—¡Ya pareció, ya pareció!

Cuando nosotros llegamos con el jóven, todos salieron á recibirle, ex-

cepto Amaranta, á quien un fuerte dolor de cabeza retenia en su cuarto. Era de ver cómo los criados, las hermanitas, y la misma Doña María, sin poder contener en los límites de la dignidad su maternal cariño, le abrazaban y besaban á porfía, y uno le coge, otro le deja, durante un buen rato le estrujaron sin compasion. Al fin, reuniéndose todos, incluso los huéspedes, en la sala baja, D. Diego fué solemnemente presentado á su novia. No puedo olvidar aquella escena que presencié desde la puerta con otros criados, y voy á referirla.



XXXII



NÉS, confusa y ruborosa, no contestó nada, cuando el diplomático se fué derecho á ella llevando de la mano á D. Diego, y le dijo:

—Hija mia, aquí tienes al que te destinamos por esposo; mi sobrino, varon ilustre, á quien veremos general dentro de poco como siga la guerra.

—Hijo mio—añadió Doña María,—las altas prendas de la que va á ser irremisiblemente tu mujer no necesitan ser ponderadas en esta ocasion, porque harto las conocemos todos. Ahora, con el trato, se avivará el inmenso cariño que os profesais desde hace algunos años, señal evidente de que Dios tenia ya decidida vuestra union en sus altos designios.

—Bonito es el retrato—dijo D. Diego, con un desenfado impropio de la situacion;—pero usted, Inés, lo es más todavía. ¿Y en qué consistia el no querer salir del maldito convento? Sin duda las pícaras monjas la retenian á usted por fuerza, esperando que al profesar les llevara un buen dote. Pero no, yo juro que estaba decidido á sacar de allí á mi monjita, y ya discurria el modo de saltar por las tapias de la huerta y romper rejas y celosías para conseguir mi objeto.

Doña María, al escuchar esto, palideció, y luégo las centellas de la ira brillaron en sus ojos. Pero con disimulo habló de otro asunto, procurando que el noble concurso y discreto senado olvidara las palabras del incipiente chico.

—Pero cuéntanos de una vez lo que te ha pasado en el campamento francés—dijo á D. Diego.

—Pues me querian fusilar—repuso el mayorazgo sentándose.—Ya me tenian puesto de rodillas, cuando un oficial mandó suspender la ejecucion.

—¿Y por qué te querian asesinar esos cafres?

—Porque les dije mil picardías. Despues, cuando me llevaron á la tienda, todos se reian de mí. Luégo me dieron vino, obligándome á beberlo, y yo miéntras más bebia más charlaba, diciendo atroces disparates y frases graciosas, hasta que me quedé como un cuerpo muerto.

—¿Y no sabes tú—exclamó Doña María, sin poder disimular su indignacion,—que las personas de buena crianza no beben sino poquito?

—Es verdad; pero aquel vino tenia un saborcillo que me gustaba, y los franceses se reian mucho conmigo. Todos iban á verme, llamándome *le petit espagnol*.

—Lo cual quiere decir *el pequeño español*—dijo D. Paco.

—Pero no debió usted dejarse emborrachar, jóven—indicó el diplomático.—Juro que si eso hubiera pasado conmigo, de un sablazo descalabro á todos los oficiales de la division de Vedel.

Doña María, profundamente indignada, silenciosa, ceñuda, parecia una sibila de Miguel Ángel.

—Pero si todos aquellos señores me querian mucho...—continuó D. Diego.—Por la tarde, y luégo que desperté de aquel largo sueño, me dijeron que si sabia yo lidiar un toro. Les dije que sí, y poniéndose muy contentos, me mandaron que diese al punto una corrida. No queria yo más para divertirme: así es que, poniendo una silla en lugar de toro, le capeé, le puse banderillas y le dí muerte con mi sable, pasándole de parte á parte. ¡Cuánto se rieron aquellos condenados! Hasta el general acudió á verme.

—Veo que has aprovechado el tiempo en el campamento francés—dijo la señora madre con tremenda ironía.

—Si no me querian dejar venir. Despues me dijeron que les cantase el jaleo, y lo canté de pié sobre un banqueta. ¡Ave-María Purísima! Hasta los soldados se acercaban á la tienda para oir. Entre los oficiales habia dos que no me dejaban de la mano, y me decian que si me pasaba al ejército francés, me tomarian por ayudante, llevándome á Francia, á Paris, y de Paris á recorrer toda la Europa.

—¡Y no les distes una bofetada!—exclamó Doña María, clavando sus dedos en el cuero del sillon.

—¡Quiá! Me eché á reir y les dije que ya pensaba ir á Francia con el Sr. de Santorcaz, que es mi amigo y ha de ser mi maestro cuando me case.

Esta vez no fué Doña María la que se extremeció de sorpresa é indignacion; fué la marquesa de Leiva, quien mudando el color y con absortos ojos miró sucesivamente á su prima, á su sobrino y al ayo.

—Pero ¿qué está diciendo el niño?—preguntó éste mirando á la condesa.—¿Quién dice que es su maestro y su amigo?

—Cualquiera ménos usted—contestó insolentemente el heredero.—¡Vaya un maestro, que no sabe enseñar sino mentecatadas y simplezas!

—¡Jesús! Diego, repara que estás...—dijo Doña María conteniendo con grandes esfuerzos los gestos amenazadores, natural expresion de su ira.

D. Paco se llevó el pañuelo á los ojos para enjugar una lágrima. Inés atendia á todo discretamente y sin hablar. ¡Ah! Miéntras allí la juzgaban indiferente al peligroso diálogo, ¡qué admirables observaciones, qué exactos juicios haria en aquellos momentos ante semejante escena! Su talento y alto criterio dominarian sobre las pasiones, los errores y las querellas de la histórica familia como el sol inmutable sobre la volteadora tierra.

Asuncion y Presentacion, que aguardaban coyuntura para dar expansion al comprimido gozo de sus almas, hubieran querido reir como su hermano, pero la seriedad de su madre las tenia mudas de terror.

—Esta predisposicion de usted—dijo el marqués—á visitar las Córtes europeas, me indica que se siente el niño con inclinaciones á la diplomacia. Hija mia—añadió dirigiéndose á Inés,—cada vez descubro más eminentes cualidades en el que te destinamos por esposo, y veo justificado el amor que desde hace tiempo en silencio le profesas, y que, en tu castidad y delicadeza, procuras disimular hasta el último instante.

—¡Ah! se me olvidaba decir—exclamó D. Diego, riendo á carcajadas,—que los franceses me han enseñado á decir algunas palabras en su lengua.

Y levantándose al punto, hizo profundas reverencias ante Inés, diciéndole:

—*Ponchú, madama. ¿Cómo la porta bú?*

Asuncion y Presentacion, despues de mirarse una á otra, creyeron que habia llegado el momento de reir, y rieron dando desahogo á sus oprimidos corazones; pero como Doña María no desplegó sus labios, las dos muchachitas tuvieron que ponerse sérias otra vez.

—¡Oh! *¡Tres bien!*—dijo el diplomático.—Señor D. Francisco, su alumno de usted demuestra las luces y copiosa doctrina de tan erudito maestro.

Hizo D. Paco graciosa reverencia, y su rostro compungido y lloroso se exclareció con una sonrisa.

Doña María callaba; pero en su pecho rugia iracunda y atormentadora la tempestad. Ella y su prima la de Leiva se miraban de vez en cuando, trasmitiéndose una á otra el fuego de sus coléricos sentimientos.

—Otras muchas palabras sé—continuó el rapaz;—como *Crenom de Dieu, Sacrebleu*, exclamaciones que se dicen cuando uno está rabioso, en vez de *¡Caracoles! ¡Canastos!*

Doña María se levantó de su asiento... y se volvió á sentar.

—¡Cómo me querian aquellos demonios de franceses! Uno de ellos sabia español y hablaba á ratos conmigo. Me dijo que los españoles eran muy valientes y muy honrados; pero que hacian mal en defender á Fernando VII, porque este príncipe es un farsantuelo que engañó á su padre y ahora está engañando á la Nacion y al Emperador.

Doña María se llevó la mano á los ojos.

—Yo le aseguré que los españoles les echaríamos de España, y él me contestó que parecia probable, porque la guerra iba tomando mal aspecto; pero que esto seria un mal para nosotros, porque de venir otra vez Fernando VII, España seguiria con su mal gobierno, y con las muchas cosas perversas, injustas y anticuadas que hay aquí.

—¡Oh! ¿Y no se le ocurrió á usted la contestacion á tan atrevido y antipatriótico aserto?—preguntó con énfasis el diplomático.

—Yo le dije que aquí íbamos ahora á arreglar todas esas cosas, y á quitar la santa Inquisicion, y los diezmos, y los mayorazgos, como me decia el Sr. de Santorcaz.

Doña María aferró sus manos á los brazos de la silla como si quisiera estrujar la madera entre sus dedos.

—Sobre todo los mayorazgos—prosiguió Rumblar.—Tambien le dije al francés que yo soy mayorazgo y que despues de casado tendré dos vinculaciones. ¡Cómo se reia cuando le dije que era Grande de España! Todos acudian á verme y me volvieron á dar de beber, y me caí otra vez al suelo, cantando que me las pelaba.

¡Ay! Doña María se llevó las manos á la cabeza; Doña María cerró los ojos; Doña María golpeó el suelo con su pié derecho; Doña María sememejaba la imponente imágen de la tradicion, aplastando la hidra revolucionaria.

—Esta mañana me preguntaron si yo tenia hermanas guapas. Díjeles que eran muy bonitas, y luégo me dijeron que vendrian á verlas, y que si las querian dar para casarse con ellas, puesto que tambien serian mayorazgas. Yo les contesté que mayorazgo era el que habia nacido primero.

Y luégo dirigiéndose á sus hermanitas, les dijo:

—Os fastidiásteis, chicas, por haber nacido hembras y despues que yo. Una de ustedes se casará con cualquier pelele, y la otra se meterá en un conventito á rezar por nosotros los pecadores, á no ser que algun dia vea un galan por la reja, y se enamore, y luégo se tire por la ventana á la calle.

Doña María no podia resistir más. Iba á estallar su furibunda cólera;

pero aún era mayor el caudal de su prudencia que el caudal de su enojo... se contuvo y cerró otra vez los ojos, ya que no podia cerrar los oidos.

—Despues—siguió el mancebo—me dijeron si mis hermanas usaban navaja, si tocaban la guitarra, si iban á los toros y si yo era familiar de la Inquisicion. ¡Cómo se reian aquellos condenados! Lo gracioso es que no me dejaban salir de allí, y á cada rato me decian *só, só, só.*

—*Un sot*—dijo el diplomático.—Pues sospecho que os llamaron tonto. ¡Oh iniquidad de la Nacion francesa! ¡Vea usted, señor D. Paco, lo que es un pueblo carcomido por el jacobinismo!... ¿Y no les dió usted un par de sablazos?

—Si me querian mucho... Ayer me tuvieron toda la noche bailando el bolero y la cachucha, en medio de un corrillo donde habia más de cuarenta oficiales.

Asuncion y Presentacion seguian esperando con ánsia la ocasion de reir; pero ésta no llegaba, y consultando el rostro de su madre, veíanle cada vez más borrascoso. Así es que las dos estaban muertas de miedo.

D. Paco, conociendo que se preparaba un cataclismo, quiso conjurarlo y dijo á su discípulo:

—Vamos, basta de franceses, D. Diego. Hable usted de otra cosa. Si no fuera demasiado largo, os mandaria que recitárais aquel capítulo sobre la batalla del Gránico que os hice aprender de memoria; mas para que tan escogido concurso, y especialmente este fresco azahar de Andalucía, vuestra prometida; para que todos, en una palabra, puedan apreciar la buena pronunciacion de usted y su cadencioso oido, échenos cualquiera de esos romances que sabe... vamos. Atencion, señores.

—El del *Barandal del cielo*—dijo Asuncion, respirando con alegría.

—El de los *Santos pechos*—dijo Presentacion.

—Vamos, no se haga usted de rogar.

—Pues voy á echarles una cancion que me enseñaron los franceses.

—No, nada de franceses.

—Si es muy bonita, aunque, á decir verdad, yo no sé lo que significa.

Y sin esperar más, púsose en pié D. Diego, y accionando como un cómico, con voz fuerte y exaltado acento, cantó así:

¡Allons, enfants de la patrie,
le jour de gloire est arrivé!
Contre nous de la tyrannie
l'etandart sanglant est levé!

Asuncion y Presentacion reian como locas, y Doña María no dijo nada. Ninguno de la familia habia entendido una palabra.

—Es bonita la cancion—dijo Paco,—pero no la comprendemos.

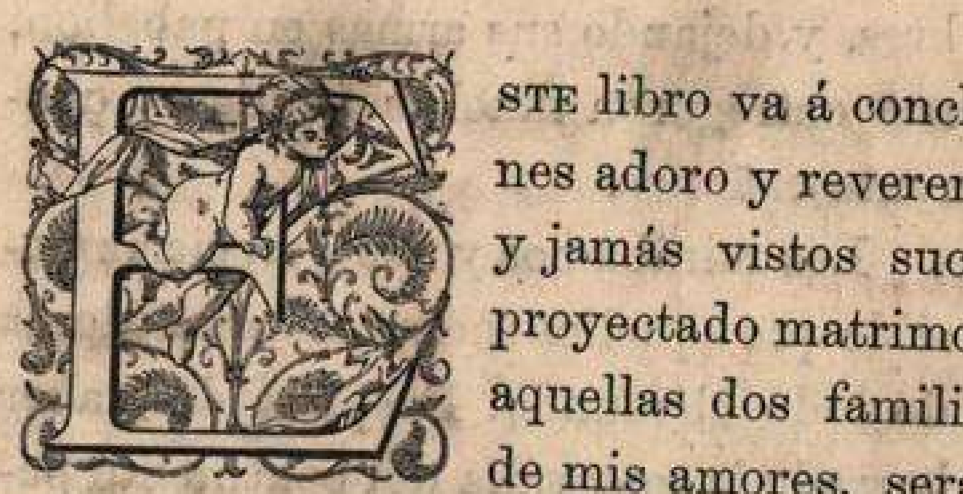
Entónces el diplomático levantóse ceremoniosa y gravemente, y tomando un tono de hombre severo habló así:

—¿Sabe usted lo que está cantando? Pues está cantando la *Marsellesa*, esa cancion impía y sanguinaria, señores, esa cancion que ha acompañado al suplicio á todos los mártires de la Revolucion, incluso Luis XVI, mi querido amigo... porque han de saber ustedes que Luis XVI y yo teníamos muchas bromas y nos echábamos el brazo por el hombro, paseándonos por Versalles... ¡La *Marsellesa*, señores, la *Marsellesa*! Tambien acompañó al cadalso á María Antonieta... ¡y qué buena era aquella señora! ¡Cuántas veces la ví marcando pañuelos en una ventana baja del pequeño Trianon! ¡Cómo me queria!... En fin, este jóven me ha horripilado con la tal tonadilla... Señora condesa, ¿está usted indispuesta? ¿Y tú, hermana? El caso no es para ménos! Hija mia, ¿estás nerviosa? ¿Te has puesto mala? ¿Te causa miedo esa cancion?

Inés le contestó que no tenia pizca de miedo. En tanto Doña María, no pudiendo resistir más salió del cuarto con las niñas. Desconcertóse al punto aquella ilustre reunion, y luégo no quedó en la sala más que la familia de Inés con D. Diego. Al poco rato tuvo lugar una escena lamentable, y fué que Doña María, ciega de furor, y necesitando desahogar aquella tormenta de su espíritu sobre alguien, descargó su enojo al fin; ¿pero sobre quién? dirán ustedes... Sobre las dos inocentes muchachas, sobre los dos angelitos celestiales, Asuncion y Presentacion. ¿Y todo por qué? Porque entusiasmadillas con la llegada de su hermano, habian dejado de hacer no sé qué cosa encomendada á sus tiernas manos. ¡Pobres pimpollitos! La dignidad impedia á mi señora la condesa castigar al primogénito delante de la novia y del suegro, y era forzoso que pagaran el pato las dos niñas desheredadas. Yo las ví llorando como Magdalenas y soplándose las palmas de las manos, escaldadas por aquel fatídico instrumento de cinco agujeros que pendia de fatal espetera en el despacho de D. Paco. Las pobrecillas estuvieron á moco y baba todo el dia.



XXXIII



ste libro va á concluir, queridísimos lectores, á quienes adoro y reverencio; va á concluir, y los notables y jamás vistos sucesos que me acontecieron por el proyectado matrimonio de Inés y por el encuentro de aquellas dos familias en el tortuoso y difícil camino de mis amores, serán escritos, por no caber en este volúmen, en otro que pondré á vuestra disposicion lo más pronto posible. Tened, pues, un adarme de paciencia, y miéntras aquellas distinguidas personas se preparan para ponerse en camino hácia Madrid, á donde con vuestra vénia pienso acompañarles, atended un poco más.

El mismo dia 22 encontré á Santorcaz, puesto ya al frente de su partidilla, la cual, como he dicho, estaba formada de lo mejorcito del país. Les digo á ustedes que tropa más escogida que aquella no la capitanearon los famosos *caballistas* José María y Diego Corrientes.

—¿Va usted ya de marcha?—le pregunté.

—Sí; dispusieron que fuera alguna fuerza de paisanos á guardar el paso de Despeñaperros, y yo solicité esa comision, que me agrada mucho. Allá voy con mi gente. ¿Quieres venir? ¿Has estado en casa de Rumblar?

—De allá vengo.

—¿Y esa familia que está ahí es la de la novia de D. Diego?

—Justamente.

—Creo que van todos para Madrid.

—Así parece.

—¿No sabes cuándo?

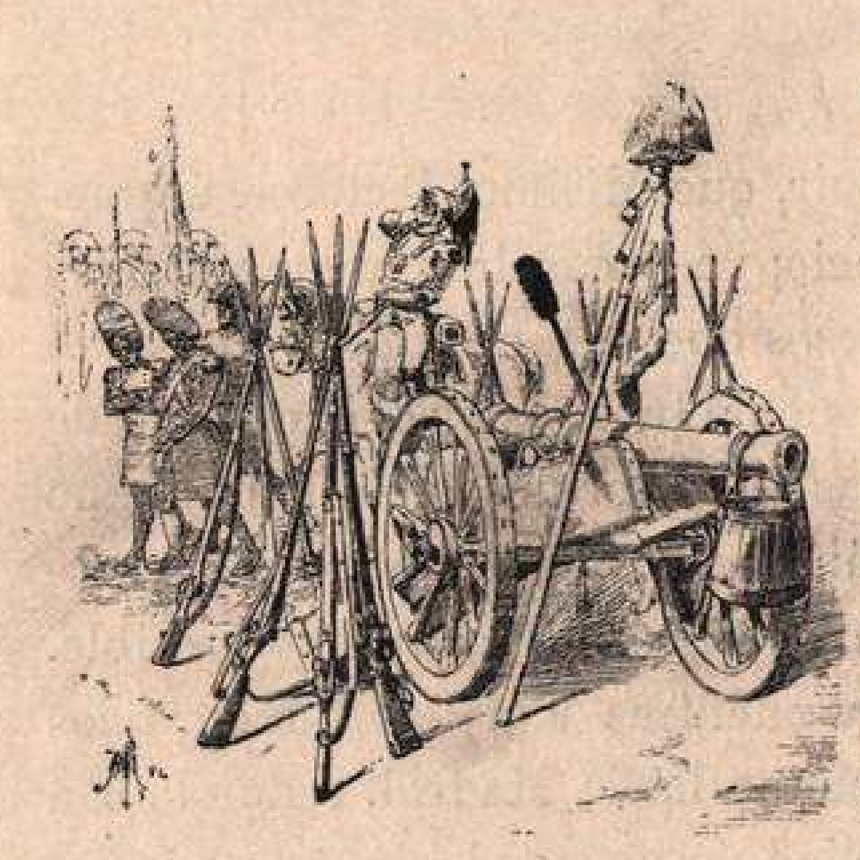
—Segun he oido, pasado mañana. Esperan saber lo de la capitulacion para llevar la noticia.

—¿Con que pasado mañana? Bien... Adios. ¿Quieres venir en mi partida?

—Gracias; adios.

Les ví partir, y todo el dia y toda la noche estuve pensando en aquella gente.

Yo no ví el triste desfile de los ocho mil soldados de Dupont cuando entregaron sus armas ante el general Castaños, porque esto tuvo lugar en Andújar. Á pesar de que la primera y segunda division habian sido las vencedoras de los franceses, la honra de presenciar la rendicion fué otorgada á la tercera y á la de reserva, por una de esas injusticias tan comunes en nuestra tierra, lo mismo en estos dias de vergüenza que en aquellos de gloria. Por delante de nosotros desfilaron las tropas de Vedel, en número de nueve mil trescientos hombres, y dejando sus armas en pabellon, nos entregaron muchas águilas y cuarenta cañones.



Les mirábamos y nos parecia imposible que aquellos fueran los vencedores de todo el mundo. Despues de haber borrado la geografía del continente para hacer otra nueva, clavando sus banderas donde mejor les pareció, desbaratando imperios, y haciendo con tronos y reyes un juego de titiriteros, tropezaban en una piedra del camino de aquella remota Andalucía, tierra casi olvidada del mundo desde la expulsion del islamismo. Su caida hizo extremecer de gozosa esperanza á todas las Naciones oprimidas. Ninguna victoria francesa resonó en Europa tanto como aquella derrota, que fué, sin disputa, el primer traspiés del Imperio. Desde entónces caminó mucho, pero siempre cojeando. España, armándose toda y rechazando la invasion con la espada y la tea, con la navaja, con las uñas y con los dientes, iba á probar, como dijo un francés, que los ejércitos sucumben, pero que las Naciones son invencibles.

—¡Cuánto siento que no esté aquí el Sr. de Santorcaz!—me dijo Marijuan, al ver pasar por delante de nosotros á aquellos hermosos soldados, medio muertos de fatiga y de vergüenza.—¿Te acuerdas de las grandes bolas que nos contaba cuando veníamos por la Mancha, y nos referia las batallas ganadas por éstos contra todo el mundo?

—Lo que nos contaba Santorcaz—respondí—era pura verdad; pero esto que ahora vemos, amigo Marijuan... tambien es verdad.

XXXIV


ahora consideren ustedes lo que pasaba del otro lado de Sierra-Morena en aquel mismo mes de Julio. El dia 7 habia jurado José en Bayona la Constitucion hecha por unos españoles vendidos al extranjero. El dia 9 el mismo José traspasaba la frontera para venir á gobernarnos. El dia 15 ganaba Bessieres en los campos de Rioseco una sangrienta batalla, y al tener de ella noticia Napoleon, decia lleno de gozo: "La batalla de Rioseco pone á mi hermano en el trono de España, como la de Villaviciosa puso á Felipe V.„ Napoleon partió para Paris el 21, creyendo que lo de España no ofrecia cuidado alguno. El 20, un dia despues de nuestra batalla, entró José en Madrid, y aunque la recepcion glacial que se le hizo le causara suma afliccion, aún le parecia que el buen momio de la corona duraria bastante tiempo.

Pero hácia los dias 25, 26 y 27 se esparce por la capital un rumor misterioso que conmueve de alegría á los españoles y llena de terror á los franceses; corre la voz de que los paisanos andaluces y algunas tropas de línea han derrotado á Dupont, obligándole á capitular. Este rumor crece y se extiende; pero nadie lo quiere creer, los españoles por parecerles demasiado lisonjero, y los franceses por considerarlo demasiado terrible. El absurdo se propaga y parece confirmarse; pero la córte de José se rie y no quiere dar crédito á aquel cuento de viejas. Cuando no queda duda de que semejante imposible es un hecho real, la Córte, que aún no habia ins-

talado sus bártulos, huye despavorida; las tropas de Moncey, que rechazadas de Valencia se habian replegado á la Mancha, se unen á las de Madrid, y todos juntos, soldados, generales y Rey intruso, corren precipitadamente hácia el Norte, asolando el país por donde pasan. Aquel fantasma de reino napoleónico se disipaba como el humo de un cañonazo.

Y ahora os de hablar de cómo la guerra, que parecia próxima á concluir, se trabó de nuevo con más fuerzas; os he de hablar de aquel infeliz y bondadoso Rey José, y de su córte, y de su hermano, y del paso de Somosierra con la famosa carga de los lanceros polacos, y del sitio de Madrid, y de otras muchas curiosísimas cosas; pero todo se ha de quedar para el libro siguiente, donde estos históricos sucesos han de tener feliz consorcio con los no ménos dramáticos de mi vida, y todo lo mucho y bueno que ocurrió en el matrimonio de Inés.

Por ahora guardaré prudente silencio sobre estos sucesos, pues decidido estoy á seguir al pié de la letra la reservadísima escuela del diplomático; y así os digo:

"No, no me obligueis á hablar, no me obligueis, abusando de la dulce amistad, á que revele estos secretos de que tal vez depende la suerte del mundo. No me seduzcais con ruegos y cariñosas sugestiones que en vano atacan el inexpugnable alcázar de mi discrecion."

Á pesar de esto, ¿insistís, importunos amigos? Nada más os digo por ahora, sino que la familia de Inés salió para Madrid hácia fin de mes y en los dias en que el ejército vencedor marchaba hácia la capital de España.

Esta circunstancia me permitió ir en la escolta que por el camino debia custodiar á tan exclarecida comitiva; así es que formé con los diez á caballo que galopaban á la zaga de los dos coches. ¡Ay! Por la portezuela de uno de ellos solia asomarse durante las paradas una linda cabeza, cuyos ojos se recreaban en la marcial apostura del pequeño escuadron.

—Estos valerosos muchachos, hija mia—le decia su padre,—son los que en los campos de Bailén echaron por tierra con belicosa furia al coloso de Europa. Veo que les miras mucho, lo cual me prueba tu entusiasmo por las glorias patrias.

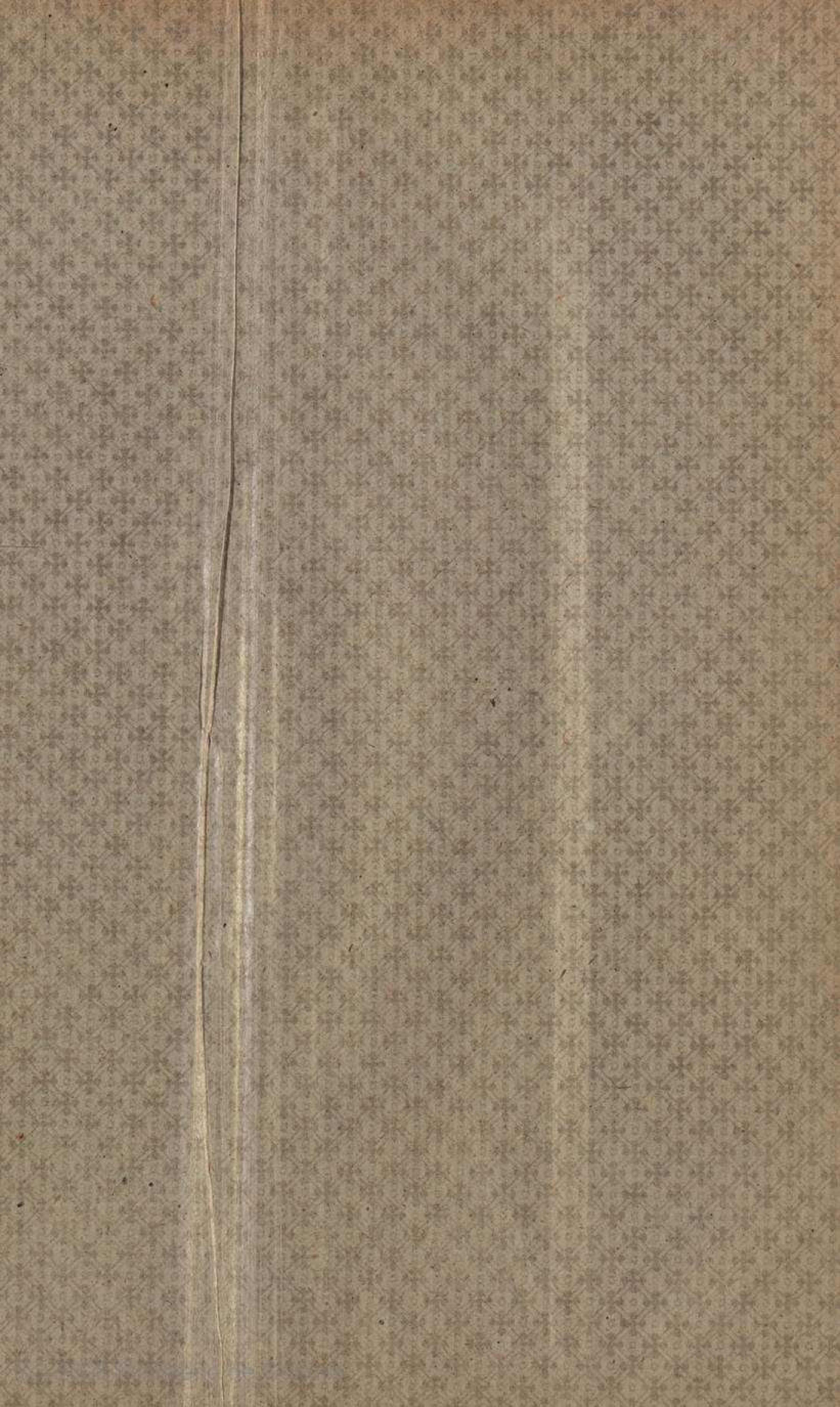
Basta con esto, señores, y no digo más. En vano me hacen ustedes señas, excitándome á hablar; en vano fingen conocer mentirosos hechos, para que yo les cuente los verdaderos. ¿Á qué conduce el anticipar la relacion de lo que no es de este lugar? Á los impacientes les diré que nada ocurrió hasta que llegamos al desfiladero de Despeñaperros. Lo pasábamos

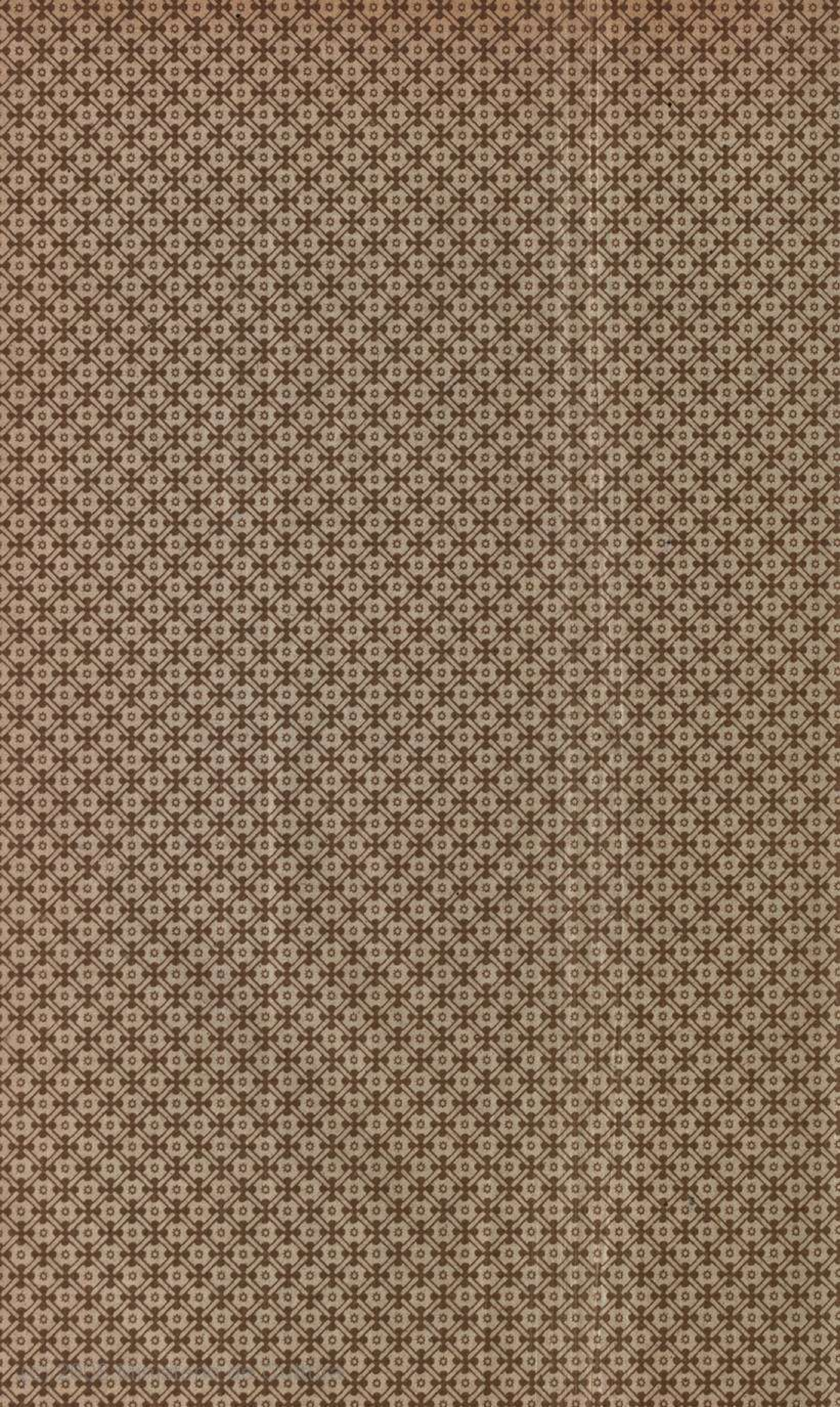
en una noche muy oscura, cuando de pronto detuviéronse los coches, oimos gritos, sonó un tiro, y algunos hombres de muy mal aspecto, saltando desde los cercanos matorrales, se arrojaron al camino. Al instante corrimos sable en mano hácia ellos... pero basta ya, y déjenme dormir, pues ni con tenazas me han de sacar una palabra más.

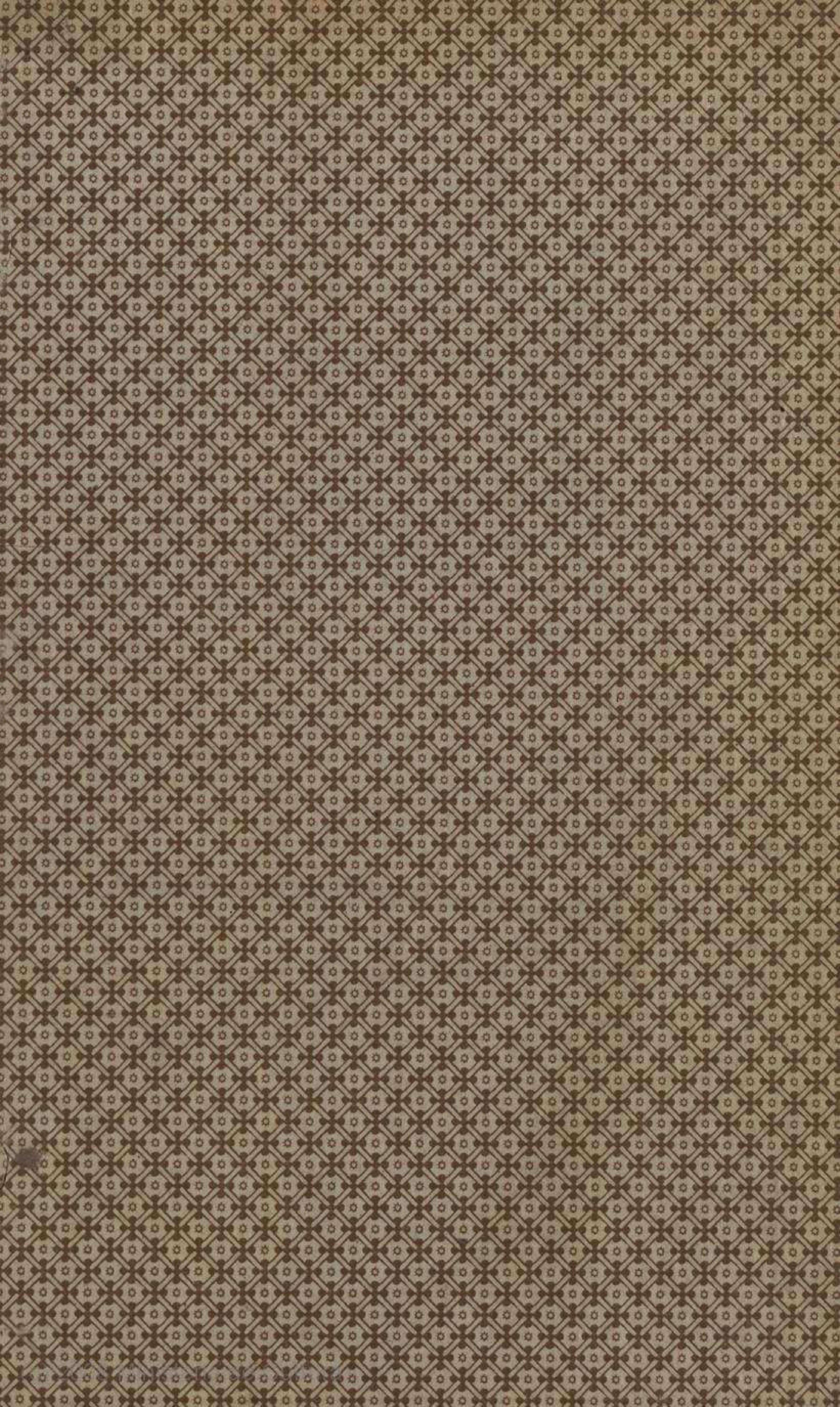


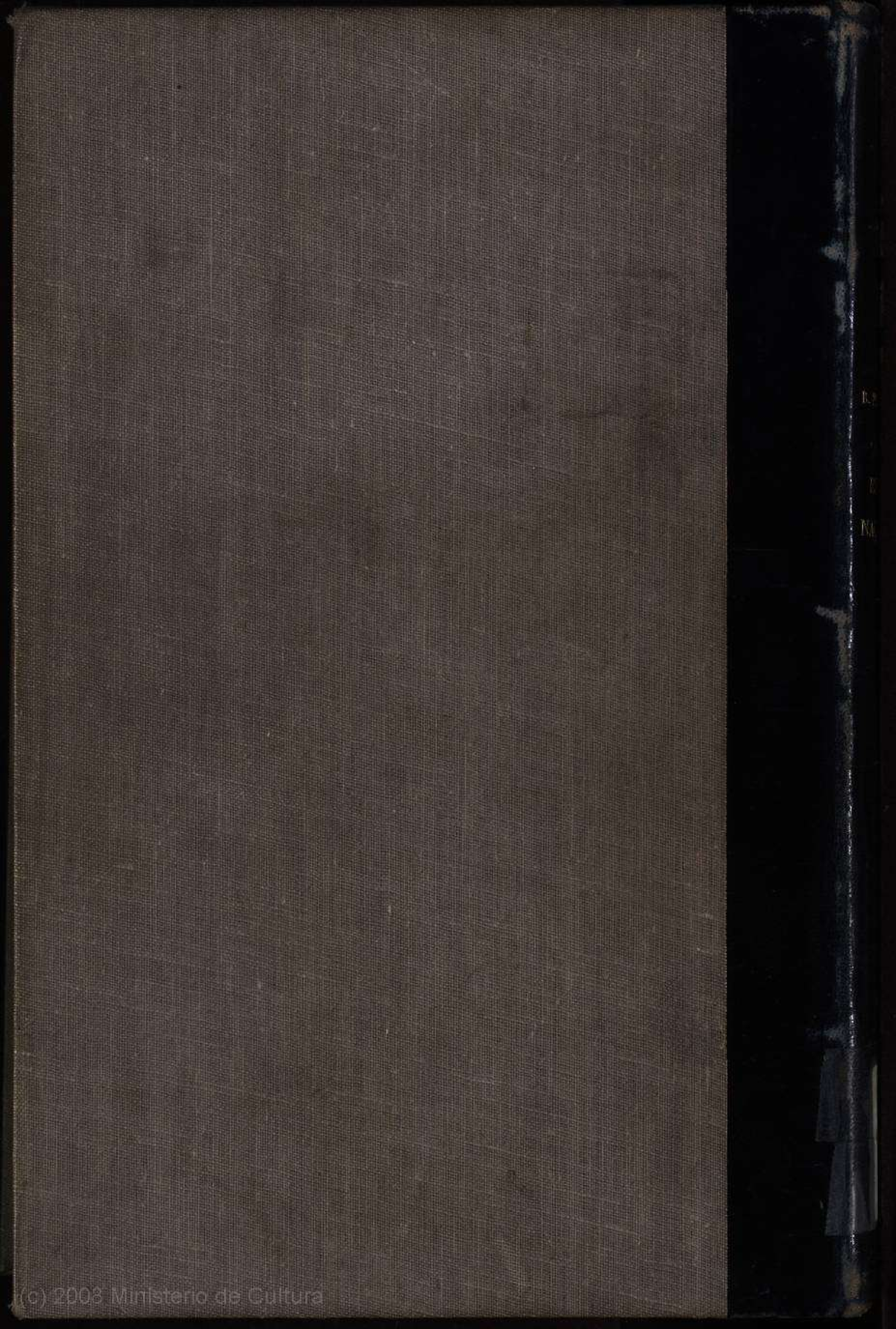
Octubre-Noviembre de 1873.

FIN DE BAILÉN

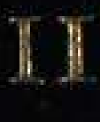








B. PEREZ GALDÓS



EPISODIOS NACIONALES

II

